



RENDICIÓN MORTAL

JAQUE MATE

LINA PEROZO ALTAMAR

Autora de Rendición y Eres Mío

LINA PEROZO ALTAMAR

RONDA MORTAL

JAQUE MATE



Copyright © 2016 Lina Perozo Altamar
Todos los derechos reservados.
Diseño de portada por: Tania Gialluca
Primera Edición: septiembre 2016.
ASIN: B01KAZ4S02

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio, sin permiso previo de la titular del copyright. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.
Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

INDICE

[CAPÍTULO 1](#)
[CAPÍTULO 2](#)
[CAPÍTULO 3](#)
[CAPÍTULO 4](#)
[CAPÍTULO 5](#)
[CAPÍTULO 6](#)
[CAPÍTULO 7](#)
[CAPÍTULO 8](#)
[CAPÍTULO 9](#)
[CAPÍTULO 10](#)
[CAPÍTULO 11](#)
[CAPÍTULO 12](#)
[CAPÍTULO 13](#)
[CAPÍTULO 14](#)
[CAPÍTULO 15](#)
[CAPÍTULO 16](#)
[CAPÍTULO 17](#)
[CAPÍTULO 18](#)
[CAPÍTULO 19](#)
[CAPÍTULO 20](#)
[CAPÍTULO 21](#)
[CAPÍTULO 22](#)
[CAPÍTULO 23](#)
[CAPÍTULO 24](#)
[CAPÍTULO 25](#)
[CAPÍTULO 26](#)
[CAPÍTULO 27](#)
[CAPÍTULO 28](#)
[CAPÍTULO 29](#)
[CAPÍTULO 30](#)
[CAPÍTULO 31](#)
[CAPÍTULO 32](#)
[CAPÍTULO 33](#)
[CAPÍTULO 34](#)
[CAPÍTULO 35](#)
[CAPÍTULO 36](#)
[CAPÍTULO 37](#)
[CAPÍTULO 38](#)
[CAPÍTULO 39](#)
[CAPÍTULO 40](#)
[CAPÍTULO 41](#)
[CAPÍTULO 42](#)
[CAPÍTULO 43](#)
[CAPÍTULO 44](#)
[CAPÍTULO 45](#)
[CAPÍTULO 46](#)
[CAPÍTULO 47](#)
[CAPÍTULO 48](#)
[CAPÍTULO 49](#)
[CAPÍTULO 50](#)

[CAPÍTULO 51](#)

[CAPÍTULO 52](#)

[CAPÍTULO 53](#)

[CAPÍTULO 54](#)

[CAPÍTULO 55](#)

[CAPÍTULO 56](#)

[CAPÍTULO 57](#)

[CAPÍTULO 58](#)

[CAPÍTULO 59](#)

[CAPÍTULO 60](#)

[CAPÍTULO 61](#)

[CAPÍTULO 62](#)

[CAPÍTULO 63](#)

[CAPÍTULO 64](#)

[CAPÍTULO 65](#)

[CAPÍTULO 66](#)

[CAPÍTULO 67](#)

[CAPÍTULO 68](#)

[CAPÍTULO 69](#)

[FINAL ALTERNATIVO](#)

[EPILOGO](#)

Dedicatoria



A Dios por darme, este regalo tan hermoso, por la sabiduría y la fortaleza para continuar adelante con mis sueños.

A mi hermano Omar, quien, sin estar presente en cuerpo, sigue junto a mí cuando recuerdo cada consejo, cada regaño y cada palabra de aliento que me ayudó a continuar cuando decaía. Siempre estarás conmigo, vivo en mi corazón.

Agradecimientos



A mi hermana Lily por sus sabios consejos, gracias por ser mi mayor cómplice, mi sobrina Paola, quien con su locura y alegría nos animó a seguir en estos días tan duros, así como a mis padres y mis hermanos, son mis pilares.

Todo mi agradecimiento a mi querida Jessica Fermín Murray, quien, como siempre dio lo mejor de sí, para darle presencia y sentido a esta segunda parte; mil gracias amiga por dedicarle tanto tiempo a esta historia, por tu profesionalismo y tu tesón, eres la mejor.

A mi talentosa amiga Tania Gialluca por desbordar toda su magia, en esta segunda portada que concretamos en minutos, esta es toda tuya amiga. Gracias.

A Georgina Maio por la complicidad, por cada meme que hiciste para representar los capítulos, por esa alegría que me contagiaste en todo momento, y por ser mi amiga. Volveremos a vivir muchas emociones en proyectos futuros.

A mis queridas Andrea, Celinés, María Fernanda, Karen, Maca, Georgina, Lore, María E. Lizyet, Liz Gabriela, Sandris, Danitza, Evelin, Dayana, Gri, Dayana, Fátima, Kari y Pilarcita, quienes forman parte del al equipo de artes y de preventa.

Gracias a las primeras por entregarme su extraordinario talento en esta especial cuenta regresiva.

Al equipo de pre venta por ser las grandiosas personas que son y ayudarme a que más chicas tengan los libros.

Gracias a Florian Folger seguir brindándome su imagen para darle rostro a Diego Cáceres, vas a tener mucho éxito.

A los grupos de Hermanas Perozo y Sras. Garnett que unidos como una misma familia siempre han estado allí para vivir junto a mí, cada aventura, a todas las personas que día a día llenan de vida ese espacio. También a los numerosos grupos de Instagram que me siguen y apoyan, no las nombro para no olvidar alguno, pero saben que las llevo en el corazón.

Al señor Edgar Ramírez por ser ese ser tan especial y talentoso, no existe nadie mejor para ser el detective Gonzalo Dorta, espero algún día entregar en tus manos esta historia.

Y mi más grande y sincero agradecimiento a quienes decidieron darle una nueva oportunidad a mi trabajo, a esos que se animaron a regresar a esta RONDA MORTAL.

Lina Perozo Altamar.

Luces como una película
Suenas como una canción
¡Oh, Dios! Esto me recuerda
cuando éramos jóvenes.
Déjame fotografiarte en esta luz
En caso de que sea la última vez
En que podamos ser
Exactamente como éramos.

Adele



Después de estar durante dos días en la casa de Maurice, analizando con cabeza fría, cada paso que daría en adelante; y de hacerle creer a su amante, que intentaría llevar las cosas en mejores términos con Dominic, para no suscitar, una situación como la pasada; Deborah, finalmente, volvía a la mansión.

Él insistió en acompañarla, para comprobar que estaría bien, aunque ya Angie le había dicho, que su patrón no se encontraba; igual no quería arriesgarse y ponerla en peligro.

Deborah no se mostró apenada en ningún momento, caminaba como siempre, con la cabeza en alto y sin importarle las miradas, cargadas de curiosidad, del personal de la casa.

Maurice se despidió de ella en el salón, le dio un beso y no la dejó ir, hasta que no le prometió, por décima vez, que lo llamaría de inmediato, si lo llegase a necesitar.

Se quedó, viéndola subir las escaleras; y después, se fue hasta la cocina, para hablar con Ingrid y Martha.

Cuando Deborah entró a su habitación, vio que todo estaba intacto; no sabía por qué razón, esperaba que Dominic hubiera dado la orden de recoger todas sus cosas y ponerlas en maletas, para que se las entregaran, en cuanto pusiera un pie en la casa.

Al parecer, se había equivocado en esa predicción, pero sabía, que no podía confiarse, que debía estar atenta, para esquivar cualquier golpe, que él le lanzara, porque de algo estaba segura, y era, que el miserable, no se quedaría de brazos cruzados, después de lo que ella hizo.

—No lo harás, pero yo tampoco. Ahora más que nunca, estoy dispuesta a seguir con mis planes...; y para ello, necesito a Diego.

Expresó sus pensamientos en voz alta, mientras caminaba al ventanal, para mirar hacia el invernadero. La tarde estaba cayendo; y sabía, que él debía estar allí; sin embargo, no podía ir a esa hora, porque lo que tenían que hablar, era muy delicado; y menos lo haría, sabiendo que Maurice se encontraba en la casa.

—Lo más probable es, que me toque retomar nuestra relación. Diego no cederá, si no lo hago...

Dejó escapar un suspiro, cerrando los ojos, al sentir esa incómoda sensación dentro del pecho; ese peso en el estómago, al saber, que lo que hacía, estaba mal, que volvería a cruzar los límites.

En lugar de endurecerse, por todo lo que había vivido hasta el momento, parecía que cada vez, se volvía más blanda, y eso la exasperaba. Debía retomar su actitud de meses atrás, cuando siempre anteponeía sus intereses a todo lo demás; esa era a la Deborah que debía traer de vuelta.

Caminó directo a su armario, para cambiarse, necesitaba sentir algo suyo encima de su cuerpo; pues, aunque no le resultó desagradable vestirse con las prendas de Maurice y dormir con estas, nada se compraba, con la sensación de estar envuelta en su propia ropa.

Se metió al baño, preparando la tina, dispuesta a pasar al menos, dos horas, sumergida en esencias y espuma; pero antes de desnudarse, regresó a la habitación, para buscar sus cigarrillos.

Aunque llevaba poco tiempo fumando, había estado a punto de volverse loca sin ellos; los necesitaba, porque había descubierto, que le servían de mucho, para concentrarse.

Y esos dos días de abstinencia, habían sido fatales; no podía pedirle a Maurice que le comprara unas cajetillas, porque sabía que empezaría a hacerle preguntas, y ninguna de sus amigas fumaba, para culparlas a ellas de pegarles el vicio; eso era responsabilidad de Diego, pues fue él, quien la incitó a probarlo.

La noche cayó, y como siempre, el insomnio se había apoderado de Diego, escuchaba música, a la espera de que el sueño, por fin se dignara a aparecer; odiaba esos momentos, en los que no podía hacer nada más que mirar el techo, porque por más que se esforzase, la imagen de Deborah, siempre terminaba adueñándose de sus pensamientos, y eso lo enfurecía.

Era evidente, que ella había dado por terminada su relación; después de dos semanas sin ir a verlo, ya no le quedaban esperanzas.

—Y no debes tenerlas, no seas pendejo, Diego; asume que no volverás a gozar de esa mujer y mándala a la mierda. Después de todo, las mujeres te sobran, puedes reemplazarla por otra.

Necesitaba decir esas palabras, para sentir las como ciertas, porque parecía, que con pensarlas, no bastaba. Deborah seguía aferrada a sus pensamientos; y su cuerpo la extrañaba tanto, que dolía.

La condenada se le había metido bajo la piel, en las venas; ya no podía coger con otras, sin que en algún momento ella se atravesara en sus pensamientos.

Por fortuna, todavía tenía la potestad sobre sus palabras, y aún se guardaba su nombre, mientras cabalgaba sobre una mujer, o recibía sexo oral; pero no sabía hasta cuándo eso sería posible. Tenía que reaccionar, tenía que acabar con esas estupideces de una buena vez.

Y como si el destino se confabulara contra él, en el equipo de sonido, comenzó a sonar una canción de *Maroon 5*, que le revolvió la bilis, quiso ponerse de pie y estrellar el aparato contra el piso, pero se contuvo, porque no tenía otro.

Igual se irguió en la cama, hasta quedar sentado, para buscar el control y cambiarla; pero en ese momento, la puerta se abrió; y él se quedó con la mano extendida, en el aire.

Los latidos del corazón, se le desbocaron y el cuerpo le tembló, al ver que era Deborah, quien entraba a la habitación; luciendo tan hermosa, tan sensual y deseable, llevando ese conjunto de ropa interior negro, de encajes, que dejaba mucho a la vista.

La muy maldita, sabía cómo provocarlo, cómo hacer que dejara de pensar con la cabeza y solo siguiera a sus huevos, a sus instintos más bajos y primitivos.

No conseguía hacer otra cosa que observarla, en silencio, recorriendo con su mirada, cada espacio de piel que estaba expuesto, y los que no, también; pues los recordaba con exactitud.

Mientras hacía eso, la canción seguía sonando; y de pronto, frunció el ceño, al ver, que podía adaptarla perfectamente a su situación, en ese momento.

*Try to tell you no but my body keeps on telling you yes
Try to tell you stop but your lipstick got me so out of breath.
I'll be waking up in the morning probably hating myself
And I'll be waking up feeling satisfied but guilty as hell.*

Deborah arqueó una ceja, intentando no sonreír, mientras escuchaba la canción; sabía que debía irse con cuidado, esta vez, para tratar de poner a Diego de su parte, de nuevo.

Pero no lograría nada de eso, si se burlaba de él, en ese momento; pero por Dios, que estaba aguantando todo lo que podía, para no soltar una carcajada; igual no pudo luchar contra sus labios y estos, dejaron ver una sonrisa lenta, sensual y algo arrogante.

—¿Te vas a quedar allí, solo mirándome o harás algo más? —preguntó, llevándose las manos a las caderas, abriendo un poco más la prenda de seda negra, que la cubría, para mostrarse ante él.

Diego también elevó una ceja, mirándola con prepotencia; y cruzó los brazos sobre su pecho, quedándose justo donde se encontraba.

No pensaba decir nada, pero sabía, que tampoco podía arriesgarse a perder esa oportunidad, así que tentó a su suerte, solo un poco y quiso darle de su propia medicina.

—Esta vez, no será tan fácil, Deborah —pronunció, mostrándose serio, para que ella viera, que no podía jugar con su orgullo, cada vez que le diera la maldita gana.

—No esperaba que lo fuera —contestó, sonriendo y caminando hacia él; moviéndose despacio, dándole un balanceo sensual y estudiado a sus caderas, a medida que se acercaba—; pero tampoco he venido hasta aquí, para pedir disculpas o absolución, Diego —esbozó, mirándole los labios; esos, que debía admitir, le fascinaban.

—Entonces, ¿a qué has venido, Deborah? —preguntó, sintiendo, cómo el corazón, le golpeaba muy fuerte dentro del pecho; parecía un tambor el desgraciado, y ya su miembro comenzaba a ponerse duro—. Espero que sea por una buena razón; de lo contrario, te vas de aquí ahora mismo. No pienso seguir perdiendo mi tiempo

contigo. —Sus palabras fueron duras, pero necesitaba saber, que tenía el control, que podía resistirse a esa condenada mujer.

Ella sonrió, con esa sensualidad, que le era innata. Lo miró a los ojos, fijamente, como si quisiera hechizarlo; y sin llegar siquiera a tocarlo, acercó su rostro al de Diego, dejando que su aliento tibio y denso, cubriera los gruesos y rojos labios de él.

—He venido a cogerte, Diego...; he venido a hacerlo toda la noche —susurró, temblando, ante la expectativa que esas palabras creaban dentro de ella; y también lo sintió temblar a él.

Diego la miró con intensidad, con lujuria y un deseo tan carnal, que Deborah sintió una ola de humedad bañar su intimidad, deslizándose suave y contrayéndose, al imaginarlo en su interior.

Él no pudo, por más que quiso, resistirse a lo que su cuerpo le rogaba; tomó el rostro de Deborah entre sus manos, con un movimiento brusco, apretándole las mejillas, primero; y después, bajó hasta el cuello, cerrándolas allí, para atraerla hacia él y romperle la boca con un beso poderoso, excitante, sensual, húmedo y tan caliente, que el ambiente en torno a ellos, se convirtió en una hoguera.

Deborah le cedió el control, al inicio del mismo, dejando que él gozara a su antojo de sus labios y su lengua, dándole libertad, para que llegara a cada espacio dentro de su boca; sin embargo, al poco tiempo, recuperó las riendas.

Después de unos segundos, lo tumbó de espaldas, en la cama; y se le subió con rapidez, encerrándolo entre sus piernas.

Él intentó poner las cosas a su favor, tomándola por la cintura; pero Deborah actuó antes, aprisionándole las manos contra el suave colchón, y se le sentó encima, para someterlo.

—Dije..., que seré yo..., quien te coja... esta noche —pronunció, intercalando sus palabras, con roces de lengua, suaves mordiscos y succiones, mientras lo miraba a los ojos.

—No mereces ser quien mande, esta noche —apuntó él, removiéndose bajo ella, para sentir la suavidad de su entrepierna; y contuvo un gemido, al descubrir, que estaba húmeda y tibia, como tanto le gustaba—. Lo que mereces es, que te castigue, Deborah —expresó, intentando levantarse, de nuevo.

Ella soltó una carcajada, con ese tono ronco y sensual, que la caracterizaba; lo miró con malicia, antes de mover sus caderas, con intensidad, rozándolo, provocando que toda la longitud de Diego, se deslizara en medio de sus labios íntimos.

Ambos jadearon ante ese roce, que se sintió tan exquisito, a pesar de que la suave tela de su panty, los separaba; pues él, como siempre, se encontraba desnudo, y la humedad que brotaba de ella, lo impregnó, multiplicando las sensaciones.

—Esta noche, no habrá castigos, solo placer, Diego —murmuró, besándole el cuello, deslizándolo su lengua, hasta posarla detrás de la ojera, y sopló, con suavidad; riendo, al sentir que temblaba. Le encantaba tener el poder de dominarlo así—. ¿Te gusta que me mueva así? —preguntó, rozándolo, despacio.

—Deborah... —Él se estaba conteniendo, para hacerle creer que necesitaba mucho más que eso para ganarse su perdón, pero lo cierto era, que ya no podía más; le urgía estar dentro de ella.

—Solo respóndeme... ¿Te gusta, Diego? ¿O quieres tocarme? ¿Quieres saber cómo estoy? ¿Quieres hacerlo con tu boca? —Cada pregunta, era una invitación, que ella le hacía, para ponerlo a su merced, para hacer que entrara de nuevo en su juego.

Lo vio tragar en seco y su mirada se iluminó, cargada de malicia; pensó, que nunca lograría tener ese efecto sobre Diego, que él era inmune a sus juegos de seducción; y en ese aspecto, le gustaba mucho más, estar con Maurice, porque la dejaba ser y no intentaba imponerse todo el tiempo; como lo hacía el jardinero.

—¡Maldita sea! Sí, déjame tocarte...; me estoy muriendo por tocarte, Deborah —expresó, dejándose vencer por ella; ya no podía seguir luchando, contra el deseo animal que pujaba dentro de él.

—Tócame, Diego...; quiero sentir tus dedos dentro de mí —esbozó, en un ronco ronroneo.

Deborah sonrió, mostrándose satisfecha, y le soltó una mano. Elevó un poco las caderas, para que él pudiera meterse entre sus cuerpos; tembló, al sentir cómo deslizaba sus dedos, por debajo de su ropa interior, para terminar hundiendo dos; llegando tan profundo, que la invasión le resultó un tanto dolorosa, pero excitante en la misma medida.

Gemía, mordiéndole los labios a Diego, soportando de esa manera, lo que él hacía; siguiéndolo en ese juego rudo y que cada vez iba más rápido.

—Suficiente de ser pasivo, por esta noche, belleza —dijo, antes de tomarla entre sus brazos, con rapidez, para invertir los papeles; la puso bajo su cuerpo, haciéndola su prisionera.

—¡Dios! Ya sabía yo, que este juego no me iba a durar mucho.

Deborah se quejó, frunciendo el ceño y mirándolo con reproche. Él, en cambio, le entregó una sonrisa, cargada de arrogancia, mientras le separaba las piernas con sus caderas; desesperado por entrar en ella, quien solo liberó un suspiro, resignándose a dejarlo ser quien mandara, una vez más; por lo menos, ya podía estar segura, que Diego, estaba en su juego, nuevamente.

—De cualquier forma, siempre te hago gozar, así que no te quejes... Mejor comienza a moverte, que tenemos mucho tiempo que recuperar —mencionó, antes de hundirse en ella.

Deborah jadeó, al sentirse colmada por él, después de dos semanas sin estar juntos, había olvidado, que tener sexo con Diego, era también tener que lidiar con su gran tamaño y su manera poco sutil de penetrarla.

Las comparaciones eran molestas, pero inevitables, y lo sabía; no le gustaba hacerlas, porque sentía, que ni él ni Maurice las merecían, ambos eran extraordinarios; sin embargo, su mente no dejaba de lado, ese afán por encontrar las diferencias entre ambos.

Maurice también estaba muy bien dotado, pero sabía mejor cómo manejar su tamaño; la iba dilatando de a poco, excitándola y seduciéndola, para que su cuerpo lo recibiera sin resistencia.

Diego, en cambio, quería las cosas siempre de prisa; no le gustaban los preámbulos extendidos, ni que ella tuviera las riendas de sus encuentros; cada vez que entraba en ella, era de un solo empuje y hasta el fondo; era evidente, que nadie le había enseñado, que el sexo, era más que solo coger como bestias.

Diego estaba abocado a su propio placer, embistiendo a Deborah sin darle tregua; necesitaba drenar todas las ansias que se habían acumulado en él, durante esas dos semanas, las ganas de ella, no solo de coger, porque eso lo había hecho; lo que estaba liberando, era el deseo que solo Deborah le despertaba.

De pronto, se dio cuenta de que algo no andaba bien, que ella no estaba como las veces anteriores; por el contrario, nunca la había sentido de esa manera, tan fría y alejada del momento.

—¿Qué ocurre, Deborah? Siento como si me estuviera cogiendo a una jodida muñeca inflable. —La confrontó de manera directa, al tiempo que la miraba a los ojos.

—No pasa nada..., solo me distraje un segundo, sigue... sigue así, Diego —respondió, de inmediato, al sentirse descubierta.

Comenzó a besarla, retomando el movimiento de sus caderas, mientras se reprochaba en pensamientos, por haber sido tan estúpida.

Se obligó a concentrarse en él y disfrutar del placer que le estaba dando; hacerlo como estaba acostumbrada y dejar de lado las absurdas comparaciones.

Encerró a Diego entre sus piernas y se aferró a su fuerte espalda; gimiendo, al sentir que todo estaba en un perfecto equilibrio, y el placer hacía espirales en su cuerpo.

—Te quiero concentrada en esto, belleza, te quiero solo sintiéndome..., gozando, como siempre, como nos gusta —pidió él, mirándola a los ojos, succionándole ese suave y voluptuoso labio, que tanto le encantaba; después, se volvió a desbocar dentro de ella.

Diego mantuvo su ritmo constante, hasta que sintió, que Deborah se corría, en un orgasmo poderoso y que a él le encantó; porque ella lo apretaba con fuerza, haciendo que el roce, se hiciera más intenso.

Apenas podía moverse, cuando se contraía en torno a su miembro y temblaba de pies a cabeza.

Cuando sintió que ella volvía, le acarició el rostro, besándola, y giró, quedando de espaldas, sobre la cama, llevándola con él, para ponerla encima; quería darle esa victoria, que le arrebató minutos atrás.

—Vamos, belleza, ahora quiero que te muevas, cógeme como me dijiste que lo harías —pronunció, acariciándole las caderas, para guiarla, sin dejar de anclarse en ella.

Sonrió, al ver la sorpresa reflejada en el hermoso y arrebolado rostro de Deborah; se veía tan bella después de correrse, que él quiso guardar esa imagen en su mente, para siempre.

Sentía, que el corazón le latía muy rápido y no era solo por el esfuerzo físico; algo más estaba allí, dentro de su pecho, y era provocado por Deborah, porque no lo

había sentido con ninguna de las mujeres con las que había estado, en esos días separados; solo lo hacía con ella.

Deborah se encontraba algo aturdida aún, por el orgasmo vivido, pero en cuanto fue consciente de su realidad y de lo que él le estaba pidiendo; sus caderas marcaron el ritmo preciso, para hacer que Diego maldijera entre dientes y le rogara.

—Me lo vas a romper... —esbozó él, mirándola con asombro.

—¡Aguenta! Yo sé que puedes con esto y con más... Así sabes cómo me siento, cuando te mueves como lo haces; esto es coger de verdad, querido —expresó, tratando de imitarlo.

Él sonrió, sintiéndose emocionado; y la haló, para pegarla a su cuerpo; la encerró entre sus brazos y se apoderó de esa apetitosa boca, con premura.

Deborah siguió en lo suyo, y segundos después, él se dejaba ir, vaciándose por completo dentro de ella, temblando y sudando; ahogando sus gemidos en esos senos perfectos, suaves y cálidos, que le brindaban el aroma de ella, intensificado por el sexo.

Regresaron a la realidad entre sonrisas, besos y caricias, todo parecía indicar, que esa conexión que existía entre los dos, se había restablecido; con esa convicción, Deborah se centró en contarle sobre sus planes; y para entusiasmarlo, le habló de todo el dinero que conseguiría, una vez que fuese la heredera de la fortuna Wallis.

Gonzalo no había dejado de pensar en las revelaciones que le había hecho su madre, en aquella carta; una que nunca pensó enviar, tal y como le había dicho en la misma, pero que igual, había llegado a sus manos.

La mezcla de sentimientos dentro de él, era muy compleja; se sentía dolido, defraudado, y al mismo tiempo, agradecido por la vida que Adela y Gaspar le dieron, pues siempre lo hicieron sentir como a su hijo; tanto, que jamás sospechó la verdad; y por eso, seguía pensando en ellos como sus padres, porque eso fueron para él. Lo demás no le importaba, no tenía por qué hacerlo.

Sin embargo, sacar de su cabeza esa poderosa verdad, no era sencillo; se sentía algo extraviado. El golpe lo había sacado de su eje; y sabía, que le llevaría un tiempo volver a entrar.

Ni siquiera la llamada de Rebecca, había logrado distraerlo de su situación, la escuchó preocupada y algo decepcionada, cuando le dijo, que no podía ir a verla esa noche, como había acordado; lo hizo, porque no era la mejor compañía para nadie, en ese momento.

Eran las dos de la mañana y él seguía deambulando por la casa, como si fuera un fantasma; esa noche, su insomnio era peor que nunca; no podía luchar contra sus pensamientos, y en ese momento, odiaba ese don que tenía, para hacer hipótesis.

El mismo, que le era tan útil en su trabajo como detective, no le permitía dejar de lado, lo que pudo haber pasado con la mujer llamada Christie; pensaba, en si ella se habría quitado la vida por sentirse culpable de haberlo abandonado; o si por el contrario, su muerte no fue más que un accidente.

—Si no le importó abandonarte siendo un bebé, dudo que verte hecho un hombre, le causara algún cargo de consciencia.

Expresó en voz alta, aquel reproche, mientras se frotaba los ojos con los dedos, para alejar esa sensación de entumecimiento, que lo envolvía por completo.

Sentía el cuerpo pesado, así que caminó hasta el sillón, en el pórtico y se dejó caer allí.

La noche estaba bastante fría, el aire se arremolinaba entre las copas de los cipreses, creando un silbido, que en medio de esa oscuridad, a cualquiera le habría resultado aterrador.

No obstante, él tenía asuntos más complicados, por los cuales preocuparse, que por una simple brisa y el sonido que hacía; respiró hondo, para aliviar la presión que sentía en el pecho y así evitar ponerse a llorar, de nuevo.

No era un hombre de expresar mucho sus emociones, y menos a través del llanto, ni siquiera estando completamente solo. Lo único que deseaba era, liberarse de esa sensación, de estar como metido en una bruma densa, que no lo dejaba avanzar.

—Tienes dos opciones, Gonzalo, marcharte de este lugar y olvidarte de lo que acabas de leer en esa carta o investigar todo lo que puedas sobre la mujer llamada Christie y cerrar de una vez la puerta que acabas de abrir. —Se dijo, en voz alta, cerrando los ojos y dejando escapar un suspiro pesado.

Nunca debió ir a ese lugar, y menos para enterarse, que toda su vida, había estado marcada por una mentira; hubiera preferido quedarse ignorante, pero tuvo que ceder a su curiosidad y leer la maldita carta.

Era consciente, que de allí en adelante, debía cargar con ese peso y que viviría agobiado por ello. Gonzalo sentía, que no podía quedarse allí, tenía que marcharse de ese lugar o su cabeza no dejaría de darle vueltas a lo que acababa de descubrir, esa era la opción que debía seguir, pues quedarse en Nueva Orleans e intentar averiguar más, solo le complicaría la vida.

—¡A la mierda con todo esto! —Se puso de pie y caminó de prisa, hasta la habitación que ocupaba.

Entró y fue directamente hasta el armario, sacó la maleta y su bolso de mano, con rapidez; los puso sobre la cama, abriendo primero la más grande, y empezó a lanzar su ropa dentro de esta.

Lo hacía, sin prestar mucha atención, a si quedaban bien o mal; después de todo, el orden no era algo que lo caracterizara.

—Cuando llegues a tu apartamento, mandas esto a la tintorería —dijo, metiendo la ropa sucia en una esquina.

Miró el reloj en su muñeca, que marcaba las dos y cuarenta de la mañana, le daría tiempo de prepararse y pasar a despedirse de Rebecca.

Ya a esa hora, no haría nada con intentar dormir; además, no sería la primera vez, que pasaba tanto tiempo sin hacerlo; lo primero era, buscar un vuelo directo hasta Filadelfia, o trasladarse de nuevo hasta Jackson o a cualquier otro aeropuerto.

No importaba la manera en la que lo hiciera, pero saldría de Luisiana ese mismo día.

Rebecca se encontraba en la cocina de su casa, mirando la despensa, sin saber por cuál de los dos cereales que tenía, decidirse, para desayunar, esa mañana.

No le provocaba preparar algo más sustancioso, y la verdad era, que se iba a obligar a comer, porque tampoco tenía mucho apetito.

La noche anterior, le había costado mucho conciliar el sueño; quedó preocupada, después de hablar con Gonzalo por teléfono, él se mostró extrañamente frío con ella; sabía que era un hombre serio, parco de palabras; pero en los últimos días, le había enseñado otra faceta de su personalidad, que nada tenía que ver con la de la noche anterior.

—Tal vez, tenga problemas con la cabaña, o como dijo, estaba lloviendo muy fuerte y por eso no le pareció prudente salir; ya sabes cómo es, con eso de la seguridad... No debería extrañarte; y ya, no te hagas una película de una simple llamada, Becca. —Se reprochó, pues era absurdo que estuviera tan preocupada.

Agarró la caja de *Honey Nut Cheerios* y vació una buena cantidad en un tazón; era su cereal favorito, desde que era una niña; y siempre lo disfrutaba con el mismo entusiasmo.

Sacó de la nevera el galón de leche y puso los aros de miel a flotar en abundante líquido blanco. Tomó asiento y comenzó a comer; iba por la mitad de su desayuno, cuando escuchó el motor de un auto, que hizo que el corazón se le acelerara.

Se puso de pie con rapidez y miró a través de la ventana que daba a la calle.

—¿Gonzalo? —preguntó, extrañada, y su mirada voló al reloj colgado en la pared; apenas iban a ser las cinco de la mañana.

Lo vio bajar de la camioneta y caminar hacia el portón de hierro forjado, que daba a la entrada de su casa; el sentimiento de zozobra empeoró en ella, pues algo le decía, que Gonzalo, no estaba bien. Su manera de caminar, se lo decía; y para presentarse a esa hora, algo muy importante debía haberle pasado.

—Hola Rebecca. —La saludó, en cuanto le abrió la puerta, intentando responder a esa hermosa sonrisa, que ella le entregaba, de la misma manera, pero no consiguió hacerlo—. Disculpa que me haya aparecido aquí tan temprano, pero tenía que hablar contigo, antes de que salieras para el restaurante.

—Hola..., no hay problema, pasa. —Lo invitó, haciéndole un ademán, para que entrara; y el corazón le latía tan fuerte, que le dolía.

Él no la había saludado con un beso, como hacía siempre que estaban a solas; tampoco sonrió y apenas sí le mantuvo la mirada.

Los peores miedos de Rebecca, se apoderaron de su pecho, una vez más. Sentía, que el cuerpo le temblaba y la respiración se le tornaba más pesada, con cada paso que daba.

—¿Ya desayunaste?... —Su voz salió ahogada, así que se aclaró la garganta, antes de continuar—: yo estaba comiendo solo cereal, pero si deseas, puedo prepararte algo —decía, caminando hacia la nevera; no quería llegar al punto que él había ido a tocar; pues ya sospechaba, por su actitud, lo que sería.

—No, no te preocupes, así estoy bien; Rebecca..., la verdad es, que solo vine... —Gonzalo inhaló profundo, antes de hablar, para armarse de valor—; solo he venido a despedirme de ti. Regresaré hoy a Filadelfia.

Rebecca estaba de espaldas a él, y dio gracias de no tener nada en las manos, porque seguramente, habría acabado estrellándose en el piso; tal como sintió que hacía su corazón, en ese instante.

Se mordió con fuerza el labio; y después, tragó, para pasar la ola de lágrimas que llegó hasta su garganta, ahogándola; cerró los ojos, esforzándose por contener su reacción; y cuando sintió que estaba en control, se volvió, para mirarlo.

—¿Tan pronto? —preguntó, con la voz estrangulada.

—Sí. —Gonzalo también afirmó, con un movimiento rígido de su cabeza, y le esquivó la mirada.

—¿Y qué pasará con la cabaña? ¿Ya cerraste la venta? —inquirió, sintiendo, que el dolor, al saber que se iba, comenzaba a ser reemplazado por la molestia.

De esa respuesta, dependían muchas cosas, porque si él le decía, que ya el negocio estaba cerrado y que ya sabía desde antes, que tendría que marcharse, pero apenas se lo estaba comunicando en ese momento, juraba por Dios, que lo sacaría de allí a patadas.

—Con las reparaciones que tiene, creo que es suficiente, para venderla a buen precio; igual, la constructora va a demolerla en cuanto pase a sus manos. Seguiré en contacto con la empresa desde Filadelfia; y si puedo, desde allá, también cerraré el trato —contestó, mirándola a los ojos; sentía que le debía al menos eso, después de lo que habían vivido en los últimos días.

—Es decir, que no regresarás, si no tienes que hacerlo —comentó, esforzándose por mostrarse casual.

—No, si no es necesario —confirmó lo que ella decía.

Gonzalo no quería lastimarla, pero sabía, que tampoco podía darle esperanzas; ella debía entender, que lo que vivieron, estuvo bien, fue agradable y le estaba agradecido por todo; sin embargo, nunca se comprometió a nada, ni siquiera tenían una relación como tal.

El hecho de haber ido junto a ella a aquella fiesta de Navidad y compartir con sus amigos, no significaba que la tuvieran o que iban a tomar eso en serio.

—De acuerdo... Bueno, supongo que es todo.

—Rebecca..., yo... no quiero que... —Él intentó que las cosas no terminaran de esa manera, no tan cargadas de tensión.

—No, no... Está todo bien, Gonzalo. —Rebecca caminó hacia el lavaplatos, para poner distancia entre los dos.

Se moría por preguntarle la razón por la cual se marchaba, porque sabía, que debía existir una; ese cambio de él, no era casual, pero la sola idea, de que sus sospechas se hicieran realidad, le resultaba mucho más dolorosa, que no saber la verdad.

—Yo tengo tu número de teléfono y podemos...

Gonzalo quiso mostrarle una opción; podían mantener una amistad; y tal vez, volver a verse, más adelante, cuando su vida estuviera más ordenada o cuando pudiera asimilar todo lo que le había sucedido la noche anterior.

—No, no podemos —sentenció ella, mirándolo a los ojos.

Si él se marchaba, que lo hiciera de una vez y que no regresara; tenía que dejarle claro, que ella no se quedaría allí, esperándolo; que no sería la mujer dispuesta, para que en cada oportunidad que se le antojase, pudiera ir a verla y tener sexo.

Puede que días atrás, no se hubiera dado su puesto, que cediera muy fácil, a las ganas que sentía por él; pero de allí a dejar que la convirtiera en la amante, había un gran trecho; y Gonzalo estaba muy equivocado, si pensaba que lo haría.

—Entiendo —mencionó él, sin dejar de mirarla; esa respuesta no le sorprendía; y tal vez, cortar las cosas de raíz, era lo más sano.

—Bueno, creo que deberías irte ya —indicó ella y parpadeó, para no derramar una lágrima delante de él—. Yo también tengo que apurarme, si no quiero llegar tarde al restaurante.

—Por supuesto, Rebecca. En verdad estoy muy agradecido, por todo... Compartir contigo..., ha sido maravilloso —expresó, sintiendo que le estaba costando mucho abandonar ese lugar; en realidad, lo que no quería era, dejarla a ella.

Dejó escapar un suspiro pesado y cerró los ojos, al ver que le daba la espalda, sin decir nada; negó con la cabeza, intentando buscar las palabras que los sacaran de esa situación.

Pensó, que lo mejor era marcharse y ya, no dilatar ese momento, que a cada segundo que transcurría, se iba haciendo más doloroso, giró medio cuerpo, para salir, pero antes de hacerlo, la miró.

No pudo continuar y solo marcharse, dejando las cosas así; no sabía ni siquiera porqué se sentía de esa manera, con esa presión en el pecho, que apenas lo dejaba respirar, y ese nudo en la garganta, que le robaba la voz.

Acortó la distancia que los separaba, con rapidez; y exponiéndose a que ella lo rechazara, la abrazó con fuerza, por detrás, hundiendo su rostro en el suave cabello azabache. Suspiró, sintiendo, que bien podía quedarse así, por mucho tiempo.

—Ya vete, Gonzalo...; por favor. —La voz de Rebecca, fue una súplica; estaba luchando por no derrumbarse, y no era justo que él le hiciera todo eso, que la torturara así.

Apretó los labios con fuerza, para no sollozar, mientras se negaba, a dejar que su corazón, se hiciera tontas ilusiones y le hiciera creer, que a él, en verdad, le dolía dejarla.

No debía caer en ese juego, otra vez; ya no era una chiquilla de diecisiete años; era una mujer adulta, con la madurez suficiente, de poder afrontar esa situación y superarla.

Cometió un error, ya estaba hecho; de allí en adelante, solo le quedaba continuar con su vida.

—Voy a extrañarte —esbozó él, dándole un beso en el cabello, antes de alejarse; después de eso, caminó con rapidez, para salir de la cocina, antes de que ese sentimiento, que estaba naciendo en él por Rebecca, lo hiciera quedarse allí.

Ella se mantuvo congelada, en el mismo lugar, hasta que escuchó que la puerta principal se cerraba, y segundos después, que el motor de la camioneta cobraba vida; en ese instante, todos los sollozos, que se habían acumulado en su interior, estallaron, saliendo de sus labios, de manera desordenada y dolorosa.

Se llevó una mano a la boca, para acallarlos, al tiempo que apretaba con fuerza los ojos y así detener las lágrimas.

—¡Deja de llorar! ¡No seas estúpida, Rebecca! ¡Para ya! —Se gritó, para hacerse entrar en razón; no tenía lógica que estuviera sintiéndose de esa manera, por un hombre, a quien apenas conoció, tan solo días atrás.

Gonzalo Dorta no era nadie en su vida; hace unos días, ni sabía siquiera que existía; así que no había motivos para que estuviera allí, llorando como una idiota.

Ese hombre, no era diferente a todos los demás, no era especial, no era único; y podía superarlo, estaba segura que lo haría.

Caminó de nuevo hasta la mesa, limpiándose las lágrimas, respirando hondo y de manera pausada, para intentar normalizar su respiración, pero un sollozo se atravesó, trayendo consigo más lágrimas, y ese dolor agudo en el pecho, que parecía querer romperla, pero le dio la pelea, no se dejaría vencer.

Cuando vio su tazón de cereales, supo que por más que se obligara, ya no comería más; estaba segura, que nada le pasaría por la garganta, probablemente en todo el día.

Lo vació en el lavaplatos y botó lo sólido en la basura; se irguió, para demostrarse a ella misma, que estaba bien, que en un par de semanas, a lo mucho, recordaría ese episodio y seguramente, sonreiría; sintiéndose avergonzada, por haber sido tan dramática.

Después de eso, subió a su habitación, se lavó la cara y se aplicó un poco de maquillaje, para que nadie notara que había estado llorando, tal y como dijo: la vida continuaba.

Gonzalo llevaba varias horas, sentado en una de las salas del aeropuerto de Nueva Orleans; se había acercado a las aerolíneas que operaban allí, para comprar un boleto hacia Filadelfia, pero solo encontró, que una de ellas, lo pusieran en una lista de espera, para un vuelo que salía al mediodía.

Pensó en viajar otra vez hasta Jackson o ir hasta Baton Rouge, para buscar vuelos allá; pero antes, se informó por internet y no halló nada disponible, así que le tocó permanecer allí y esperar a correr con suerte.

La paciencia no era uno de sus fuertes y estaba a punto de perderla; se puso de pie y caminó hasta la rampa, fuera de la terminal, para poder fumar un cigarrillo, ya que, dentro de la misma, estaba prohibido.

Le dio una profunda calada a su cigarrillo y apoyó la cadera contra la baranda; soltó el aire, creando una columna de humo; y después, cerró los ojos, para masajear sus párpados cansados, con el índice y el pulgar.

De pronto, sintió su teléfono vibrar, y de inmediato, la imagen de Rebecca se apoderó de sus pensamientos; apagó la colilla contra la suela de su bota y la lanzó a la papelería, que tenía cerca; lo sacó con rapidez de su bolsillo, pero la desilusión y la sorpresa, se reflejaron en su rostro, cuando leyó el nombre en la pantalla.

Frunció el ceño, analizando qué pudiera querer ella, y antes del último repique, deslizó su dedo, para atender; se lo llevó al oído y esperó a que hablara.

—¿Gonzalo? —preguntó la voz al otro lado.

—Sí, él habla, ¿cómo has estado, Deborah? —La saludó.

—Muy bien, gracias, ¿tú cómo te encuentras?

—Bien, pero no me esperaba tu llamada. —Fue directo al punto, porque se sentía intrigado.

—No debería extrañarte, ¿acaso no intercambiamos números, el día que almorzamos juntos? —inquirió Deborah, intentando sonar relajada y como si hubiera quedado muy entusiasmada.

—Sí, claro... solo que, como eres una mujer tan ocupada, pensé que lo habías hecho por protocolo. —Se detuvo frente a uno de los ventanales, que daban a la pista.

—Te lo di, porque quería hacerlo, no porque me sintiera obligada contigo; y no todo el tiempo estoy ocupada. —Quiso sonar divertida, pero no le gustaba que cuestionaran porqué hacía las cosas—. Te llamaba precisamente por eso, la empresa está algo sola, por las vacaciones de Navidad, y me estoy aburriendo aquí, encerrada; pensé, que quizás, podríamos vernos, para almorzar; y así jugábamos un rato, al detective que interroga a la Femme Fatale —comentó, dejándole sentir en su voz, lo gracioso que le resultaba todo.

Eso lo hacía, a través del teléfono, porque en la realidad, lo único que deseaba era, que él aceptara, para obtener la información del tiempo que se quedaría en la ciudad.

—¿Lo que hemos estado haciendo, le parece un juego, Deborah? —preguntó, en un tono serio, tratando de intimidarla. Sabía, que esa llamada, no era casual, que ella andaba detrás de algo.

—Bueno, señor detective, hasta ahora, no ha traído un orden ni me ha llevado a una sala de interrogatorios... No creo que espere, que me tome todo esto muy en serio, ¿verdad? —cuestionó y le agregó una carcajada, a sus palabras.

—Tiene razón, pero puedo hacer que las cosas se pongan serias para usted, señorita Wallis.

—¿Sí? ¿Y de qué manera, detective Dorta? —preguntó, luchando porque su voz no mostrara la tensión que la embargó en ese momento; se relajó en el sillón y habló de nuevo—. Verá, es que me siento realmente intrigada por descubrirlo, por verlo en acción. —Dejó de tutearlo, para seguir el juego de poner distancia entre los dos, que él había iniciado.

Gonzalo frunció mucho más el ceño y guardó silencio unos segundos; de pronto, sintió el sonido de una nueva llamada; no reconoció el número, pero era local; y una vez más, pensó en Rebecca.

—Estoy recibiendo otra llamada, debo contestarla; te llamo en cinco minutos —dijo, y sin esperar una respuesta por parte de Deborah, le colgó y recibió la otra—. ¿Diga?

—¿Señor Dorta? —preguntó la voz, al otro lado.

—Sí, él habla —respondió Gonzalo, a la voz de mujer, que no se esperaba y que lo hizo sentir desilusionado.

—Soy Lilian Ortiz, de American Airlines, lamento informarle, que no tenemos cupo disponible, para nuestro vuelo del mediodía, pero puedo mantenerlo en la lista de espera, para nuestro siguiente vuelo, que es a las tres de la tarde —informó, usando un tono cordial, mientras tecleaba en el ordenador, para ubicarlo, en caso de que él aceptara.

—¿Tendré más posibilidad en ese? —preguntó, sintiéndose molesto, por tener que esperar más.

—Los vuelos de la tarde, por lo general, siempre llevan puestos vacíos, señor Dorta; así que sí, es probable que podamos colocarlo en uno —contestó la mujer.

—Está bien, póngame en ese, por favor. —No se sentía tan optimista como la mujer, pero accedió a hacerlo.

—Enseguida, señor Dorta; me estaré comunicando con usted, en cuanto tenga alguna novedad. Gracias por preferirnos.

—Quedo a la espera de su llamada, y gracias a usted.

Gonzalo colgó, después de eso, dejando escapar un suspiro pesado; definitivamente, todo lo que hacía en ese lugar, le salía al revés, no había dado con nada que le resultara fácil o al menos a la primera.

En ese instante, recordó de nuevo a Rebecca, y se recriminó, por quejarse tanto de su suerte. Haber compartido con ella, había sido una de las pocas cosas buena, que le habían pasado en los últimos meses, y debía estar agradecido por ello.

Buscó el número de Deborah Wallis, para regresarle la llamada, aceptaría la invitación de la heredera; después de todo, era mejor ocupar su tiempo en tratar de averiguar lo que ella buscaba, que perderlo, sentado en la sala de espera.

Al parecer, la señorita Wallis se había molestado, porque la primera vez que le marcó, lo envió a mensajería; y la segunda, iba por el tercer repique.

—Gonzalo.

Respondió, con un tono glacial, que él reconoció de inmediato; sonrió, sintiéndose divertido por su reacción; era evidente, que a esa mujer no le gustaba que la pusieran a esperar.

Era del tipo de personas, que cuando pedía algo, todo el mundo corría a complacerla, pero él no era de los hombres, que le rindiera pleitesías a nadie; así que le daba igual, que se hubiera molestado.

—Disculpa, era una llamada de la aerolínea...

—¿Estás en el aeropuerto? —preguntó Deborah, sin poder esconder su sorpresa y la felicidad que eso le provocaba.

—Sí, pero ya terminé aquí. Paso a buscarte en una hora.

—¿Estás seguro? No quiero importunarte. —Deborah intentó hacerlo desistir, quería librarse de él, de una vez.

—Está todo bien, Deborah; paso por ti a la empresa —dijo, mirando su reloj, al tiempo que salía disparado, de la terminal.

—No, espera... —Lo detuvo ella, antes de que fuera a colgarle—. Mejor nos encontramos en el restaurante de la otra vez, ¿recuerdas la dirección? —preguntó, intentando esconder su miedo; no quería que se volviera a encontrar con Dominic.

—Sí, es el Nola, está cerca del río. Nos vemos allá en una hora —contestó, sonriendo con satisfacción, porque, aunque ella intentaba ocultarle sus reacciones; él podía descubrirlas, incluso, a través de esa llamada, la voz le vibraba mucho y eso era muestra de que estaba nerviosa.

—Perfecto, nos vemos en un rato, Gonzalo. —Se despidió, usando un tono meloso, para engañarlo, aunque con ese condenado hombre, nunca sabía si le creía o no.

—Hasta entonces, Deborah —dijo y finalizó la llamada.

Llegó hasta la casilla, para pagar el estacionamiento; después, se encaminó a la camioneta y subió; antes de salir, revisó su teléfono, una vez más, buscando algún mensaje de Rebecca, pero no tenía nada, suponía que era lo mejor.

Deborah se quedó varios minutos con la mente en blanco, después de colgar la llamada; sintiendo esa extraña emoción, que no lograba comprender, que la hacía sentir un poco perdida.

El solo escuchar la voz de Gonzalo, la dejó sumida, como en una especie de burbuja; algo tan contradictorio, porque por un lado, sabía que debía andarse con cuidado con ese hombre, pero por otro, deseaba saber más de él, conocer de su vida, de su pasado.

Al principio, pensó que todo ese interés, se debía a querer obtener alguna información, que le pudiera servir, para poner el juego a su favor; pero esa explicación, siempre la hacía dudar, su interés por ese hombre, iba más allá.

Intuía, que ocultaba un montón de cosas, que cada palabra que salía de sus labios, iba disfrazada. Él jugaba con ella, le hablaba en clave y eso no lo había encontrado en ningún otro hombre.

Gonzalo Dorta, se había convertido en un enigma, que deseaba descifrar, aunque eso significara, jugar con fuego.

Miró el reloj, comprobando que estaba bien de tiempo, revisó un par de correos, los respondió; y después, se puso de pie, caminó hasta el baño, para arreglarse un poco, antes de salir hacia el restaurante.

Se miró en el espejo y le alegró descubrir, que se veía mucho mejor que en días pasados; sonrió, antes de aplicarse generosamente brillo en los labios, y luego de eso, salió.

—¡Hey! ¿A dónde vas tan de prisa? —preguntó Maurice, interceptándola en el estacionamiento.

—Voy a comer en Nola —comentó, caminando hasta su auto.

—Bueno, yo te llevo. Voy a comer donde Rebecca... —Se interrumpió, al ver que ella endurecía el semblante.

—Bien —masculló Deborah, esperando que él le abriera la puerta; no comentó nada más, para no caer en una discusión.

Ya habían tenido una, días atrás, por la decisión de ella de mantenerlo en la mansión. Maurice no quería regresar, porque no le parecía correcto quedarse, después de lo que pasó con Dominic; aunque por lo visto, nadie se había enterado de ello, puesto que ni siquiera su padre, se acercó a reclamarle, por lo que había hecho.

Sin embargo, llegaron al acuerdo de que él, solo estaría a su servicio; y que ella, se encargaría de su pago; que no tendría nada que ver con Dominic ni con la mansión. En realidad, eso tampoco le gustaba mucho, pero ella terminó de convencerlo, cuando le dijo, que se sentiría más segura, si él se quedaba.

Llegaron al restaurante, quince minutos después, y antes de bajar del auto, Deborah miró su reloj, para confirmar, que no pasaba la hora que había acordado con Gonzalo, y eso captó la atención de Maurice.

—¿Quedaste en verte con alguien? —preguntó, solo por curiosidad; últimamente, estaban muy bien y no tenía motivos para desconfiar de ella, aparentemente.

—Sí, pero aún es temprano —respondió, con sinceridad.

—Si quieres, podemos dar una vuelta y así no tienes que esperar sola, mientras llega —sugirió, mirándola a los ojos.

—Sí, creo que es... —decía ella, cuando vio la camioneta de Gonzalo estacionarse a pocos metros de ellos, y el corazón se le aceleró—. Ya no será necesario, la persona con quien voy a almorzar, acaba de llegar. —Estiró su mano, para bajar del auto.

—Espera, yo te abro —indicó Maurice, al ver al hombre, que bajaba de una Dodge Ram, negra. Salió con rapidez y caminó hasta el puesto del copito, para abrirle la puerta a Deborah y ayudarla a descender.

—Gracias —mencionó ella, dedicándole una sonrisa, para relajarlo; no le había pasado desapercibida, la tensión que se apoderó de él, en cuanto vio al detective.

—De nada, paso por ti en una hora.

—Claro; o mejor, espera a que te escriba —comentó, porque eso le daría una excusa, para que Gonzalo no la llevara a la empresa; tampoco quería, que alguno de los espías de su padre, la viera junto a él.

—Está bien. —Eso dejó mucho más tranquilo a Maurice, pero igual se quedó allí, esperando a que ella entrara.

Gonzalo reconoció al hombre junto a Deborah, era el mismo que la acompañaba el día que entraron al restaurante de Rebecca; ambos se miraron con curiosidad y desconfianza.

—Buenas tardes —saludó el detective, mostrándose formal.

—Buenas tardes, Gonzalo... —Deborah podía sentir la tensión entre los dos hombres. En ocasiones anteriores, hubiera disfrutado de eso, pero en ese momento, solo la hacía sentir incómoda. Se volvió, para mirar a Maurice y despedirlo—. Nos vemos en un rato, que disfrutes de tu comida.

—Eso haré. Paso por ti —comentó, con un tono algo hosco, y se encaminó hasta el auto. Aceleró el motor, antes de ponerlo en marcha, fue una actitud infantil, pero no pudo evitarlo.

—Creo que tu novio se molestó —pronunció Gonzalo, regresando a Deborah al presente; pues se había quedado con la mirada perdida en el auto.

—No es mi novio —comentó, mostrando una sonrisa fingida y lo tomó del brazo, para caminar al interior del local. Lo hizo, para vivir de nuevo, esa sensación que solo él le provocaba; a ver si terminaba de descubrir lo que significaba—. Maurice es mi chofer —acotó, sin mirarlo a los ojos.

Gonzalo se tensó un poco, al ser abordado de esa manera por ella; no porque no lo hubieran tratado así antes; algunas mujeres habían sido más osadas, conociéndolo menos que Deborah; pero era lo que sentía, cuando se tocaban, lo que terminaba aturdiéndolo. Esa sensación, que no terminaba de definir, que no era deseo ni rechazo, era algo más complejo.

—No lo parece, hubiera jurado que eras su mujer; y no hablo solo por su actitud, sino también por la tuya —dijo, con toda la intención de sacarle alguna información.

—¿Por qué lo dices? —cuestionó ella, poniéndose alerta, de inmediato; buscando los ojos del detective.

—La primera vez que te vi, fue en un restaurante, cerca del centro financiero. Él había entrado, para hacer un pedido, y minutos después, lo hiciste tú; y parecía que querías sacarle los ojos, solo porque se mostró amable con la chica que atendía.

—La verdad, es que no recuerdo haber hecho algo así. —Mintió, esquivándole la mirada.

—Qué extraño, yo sí lo recuerdo y muy bien —apuntó él, tornándose serio; también recordó, lo desagradable que le pareció ese día, y cuánto le molestó, la manera en cómo trató a Rebecca.

—Bueno, no lo sé... Pudo haber pasado, pero tú lo interpretaste de otra manera —mencionó, intentando restarle importancia al asunto.

El Sommelier, les dio una mesa junto a la ventana; un rincón, donde podían tener mayor privacidad.

Les hizo sus recomendaciones y se retiró, de manera discreta, después de que Deborah escogiera un salmón con puré de brócoli; y Gonzalo, un lomo *Tenderloin*, junto a dos copas de vino, que acompañarían perfecto, cada plato.

—Entonces... ¿Maurice no es tu amante? —cuestionó él, una vez más; no dejaría ir a su presa.

—¿Tienes algún interés especial, en conocer esa respuesta? —contestó ella, con otra interrogante.

—Simple curiosidad —respondió Gonzalo, sonriéndole.

—Creo que es mucho más que eso, parecen estar interesado, en cada hombre con el que me relaciono —lanzó esa indirecta, para tratar de conseguir algo a cambio.

—No soy homosexual, si es lo que piensas —dijo, riendo, porque su jugada, había sido muy evidente.

—Me alivia mucho saberlo, porque sería una verdadera pérdida, para las mujeres que gustamos de los hombres. —Deborah intentó ser más directa; aunque no planeaba seducirlo, igual necesitaba, que él le mostrara más.

—Puedes estar tranquila, pero volviendo a tu comentario de antes, mi pregunta fue por mera curiosidad; el hecho de que ese hombre sea tu chofer, no es impedimento, para que sea algo más, ¿verdad? —cuestionó, estaba casi seguro, que el tal Maurice, era el hombre del que le habló George Stevenson.

—Nada para mí es un impedimento, cuando un hombre me atrae; si me gusta, lo consigo... Salvo que esté comprometido. No me atraen los de ese tipo, porque cuando quiero que alguien sea mío, lo quiero por completo —mencionó, mirándolo a los ojos y viendo un brillo, que se desprendía de los de él; al parecer, el detective Dorta, también era posesivo. Le agradó que tuvieran eso en común, y le sonrió, de manera seductora; llevándose la copa de agua a los labios, para darle un sorbo, antes de continuar—: pero cambiando de tema, cuando te llamé, estabas en el aeropuerto, ¿tienes pensado irte pronto? —inquirió, de manera directa.

—No, solo estaba solucionando un inconveniente, que tuve con el equipaje; una de mis maletas no llegó, cuando viajé; y la aerolínea se hizo responsable de enviarla, pero por las fechas, se había extraviado; por suerte, ya apareció. —Mintió, con maestría; ella no era la única que podía hacerlo.

—Debe ser una molestia, viajar en vuelos comerciales; gracias a Dios, no tengo ese problema; mi familia cuenta con un avión, que está a mi disposición —dijo, mientras sonreía, para tratar de esconder su desilusión.

—Tuviste la suerte de nacer en una cuna de oro, Deborah, y tener unos padres que te dieran todo; por cierto, nunca te he escuchado hablar de tu madre, siempre lo haces de tu padre.

—Mi madre está muerta —expresó, con seriedad; ese cambio de tema, no le había gustado.

—Lo siento, no quise importunarte; sé lo doloroso que es perder a alguien que se quiere tanto. En mi caso, fueron los dos —mencionó él, notando que le había molestado su pregunta; supuso, de inmediato, que debía ser por algo.

—Está bien, fue hace mucho tiempo...; solo que no me gusta hablar de ello. La relación que tuve con mi madre, fue bastante complicada. Christie era una mujer muy particular —esbozó, con algo de nostalgia, sin mirarlo; por eso se dio la libertad de hablar.

Gonzalo estuvo a punto de caer de la silla, cuando escuchó ese nombre; su mirada se clavó en Deborah y cientos de preguntas le llegaron a la cabeza, pero la voz no le dio para formular ninguna.

El corazón se le desbocó en latidos y las manos empezaron a sudarle; no podía creer que todo eso estuviera sucediéndole; él no creía en el destino ni en ninguna de esas tonterías, pero definitivamente, alguna fuerza había convergido en su contra, para llevarlo a estar justo donde estaba y frente a...

—¿Estás bien? —inquirió Deborah, al ver que se había quedado callado y puesto pálido, de pronto.

—Sí —pronunció, con la voz más ronca de lo habitual.

La comida llegó y ambos se concentraron en disfrutar de los platos; al menos, esa era la impresión que daban, pues seguían estando alerta, a cualquier comentario que alguno hiciera y les revelara algo importante. Sobre todo, Gonzalo, para quien el panorama, había cambiado por completo, en ese instante.

—Entonces... ¿Planeas instalarte en Nueva Orleans, Gonzalo? —preguntó ella, minutos después.

—Ahora eres tú, la que parece muy interesada en mi estadía en este lugar —acotó, mostrando media sonrisa.

—Es simple curiosidad. —Deborah jugó su mismo juego.

Él la miró fijamente, en silencio, cerca de un minuto, buscando algo en ella, que le confirmara lo que estaba sospechando; mejor dicho, intentando negar la posibilidad, de que eso fuera cierto.

Debían existir millones de mujeres en el mundo con ese mismo nombre, seguro varias en Nueva Orleans; aunque, si recordaba la carta de su madre, ella había escrito, que aquella mujer, contrajo matrimonio con un hombre millonario y que tuvo una hija.

¡Mierda, Gonzalo! Esto no... no es posible; Deborah Wallis, la mujer que tienes frente a ti, es... es...

Detuvo sus pensamientos, antes de que esa verdad, lo fuera a golpear más fuerte; se sentía aturdido y hasta el aire comenzaba a faltarle; tomó la copa de cabernet, terminándola de un trago.

—Gonzalo, ¿en serio te sientes bien? —preguntó Deborah, una vez más, quien reconocía lo que veía en él, pues a ella también le había pasado; se veía trastornado y quiso saber por qué.

—Sí... sí, claro; solo que..., hace un poco de calor aquí. —Se excusó, pasándose la mano por el cabello.

—Yo no lo siento —dijo, divertida, mientras lo miraba.

—Me quedaré en la ciudad, por algún tiempo más —contestó, ni siquiera analizó la decisión, solo la tomó en ese momento.

La sonrisa, a Deborah, se le congeló en los labios; y tuvo que hacer acopio de todo su autocontrol, para no gritarle en ese momento, que era un desgraciado por torturarla de esa manera.

—Supongo que te retiene algún asunto importante.

—Así es, igual no pienso hacerlo por mucho; me iré antes del Mardi Gras. No soy muy dado a ese tipo de celebraciones y por lo que sé, la ciudad se vuelve un caos.

Gonzalo le hizo una seña, al hombre que los atendía y le pidió otra copa de vino. Deborah aprovechó, para pedir el postre; necesitaba algo dulce, que le quitara el sabor amargo, que la noticia del detective, le había dejado en la boca.

—El *Crème Brûlée*, va a encantarte —dijo, con una sonrisa.

—No suelo comer postre, pero lo que tú decidas, está bien.

—Acabas de decir una de mis frases favoritas, Gonzalo —expresó ella, sonriendo y mirándolo a los ojos.

—Imagino cuál fue. —Él también le respondió a la sonrisa; y de pronto, vio un brillo en la mirada de Deborah, que le resultó familiar; que ya había visto antes..., en él—. ¿Dónde vives? —indagó, queriendo saber más de ella.

—A las afueras, en una mansión del siglo XIX. Antes fue una plantación de caña de azúcar y algodón, pero hoy, todo eso se ha convertido en jardines... Es muy hermosa —respondió, mirándolo, un tanto extrañada, por la pregunta.

Se quedaron en silencio, solo mirándose. Él, buscando reconocer más cosas en ella; y Deborah, tratando de descifrar lo que ese hombre le hacía sentir; eso que le era completamente nuevo y desconocido, pero que se moría por descubrir.

La burbuja fue reventada por el camarero, cuando les trajo el postre y dos copas de vino, pues Deborah también había pedido otra de Chardonnay.

Le propuso a Gonzalo un brindis, y él aceptó, dedicándole una sonrisa, que nació de sus labios sin el mayor esfuerzo; contrario a lo que pudiera creer, lo que acababa de descubrir, no había despertado un resentimiento o rechazo hacia ella, sino más bien, empatía.

Salieron del restaurante, y el aire afuera, estaba bastante frío. Ella se ajustó el elegante abrigo rojo, que llevaba; se suponía, que Maurice, debía llegar en unos minutos, aunque no le extrañaba, si lo veía estacionado al otro lado de la calle; pero, le sorprendió no verlo, en cuanto paseó su mirada por el lugar.

—Yo puedo llevarte, si lo deseas —dijo Gonzalo, captando su atención.

—No es necesario, recuerda que tengo chofer. —Lo miró y sonrió, al ver que él también lo hacía; aunque luego, le desvió la mirada, como si quisiera esconderle algo —. ¿Qué? —preguntó, intrigada.

—Nada...

Estaba por decir algo más, cuando sintió su teléfono vibrar; lo buscó, pensando que debía ser de la aerolínea, pero el nombre que había estado esperando que apareciera, en toda la mañana, por fin lo hizo.

La emoción que le provocó, no lo dejó reaccionar enseguida, y en el momento que quiso hacerlo, la llamada se había perdido.

Elevó la mirada, encontrándose con la de Deborah, cargada de curiosidad; y pensó, que debía excusarse con ella, antes de devolverle la llamada a Rebecca.

—Dame un minuto —pronunció, antes de alejarse.

—Claro. —Deborah lo siguió con la mirada, comprobando, que el detective, estaba muy bien; tenía un cuerpo realmente atractivo.

Gonzalo le marcó a Rebecca, al tiempo que sentía, que sus latidos se aceleraban. Ella tardó tres repiques en responderle, pero al fin, lo hizo; aunque se quedó en silencio.

—Hola, Rebecca, ¿me llamaste? —preguntó, intrigado.

—Eh... no... no, disculpa. Se me activó el teléfono, y tu número fue el último que marqué. —Se excusó, aunque sí lo había hecho.

—Entiendo, ¿cómo estás? —inquirió, estaba interesado en saber, si había terminado odiándolo.

—Bien, algo ocupada... ¿Ya llegaste a Filadelfia? —Se arrepiñó en cuanto hizo esa pregunta; y cerró los ojos, reprochándose por ser tan estúpida.

—No, aún estoy en Nueva Orleans; se me ha hecho difícil conseguir un vuelo, por la época.

—Es complicado en estos días... Bueno, Gonzalo, espero que lo hagas. —Mintió y un nudo de lágrimas, le cerró la garganta; y pensó, que lo mejor era, cortar esa llamada.

—Gracias —esbozó él, sintiendo, al igual que ella, que ya no tenían nada más que decirse.

—De nada... —Se detuvo unos segundos, debatiéndose internamente, entre hacer la pregunta que la había atormentado toda la mañana o quedarse callada y mantener su orgullo; al final, decidió ser directa, porque si no lo hacía, no quedaría tranquila—. ¿Por qué te vas? Tiene que existir algún motivo, porque hasta hace unos días, todo estaba bien; y de repente, llegas aquí y dices que te vas —expresó, dejando salir la rabia que contenía, así como un par de lágrimas.

—Se me presentó algo... —Intentó explicar, pero no tenía las palabras para hacerlo, todo estaba muy reciente y no había terminado de asimilarlo; así que, no sabía cómo exteriorizarlo.

—¿Existe alguien en Filadelfia, que te está esperando? —preguntó, y lo hizo de esa manera, porque la idea de que él estuviera casado o viviendo con alguien, la lastimaba.

—No, no hay nadie esperándome, Rebecca —pronunció; podía sentir su tristeza, y quiso estar a su lado y poder abrazarla.

—Bien..., igual espero que te vaya bien y resuelvas todos tus asuntos. Adiós, Gonzalo —dijo y colgó la llamada.

Rebecca no podía seguir escuchándolo, y aunque su respuesta, alivió un poco la pena que sentía; las ganas de llorar, la rebasaron, por lo que corrió hasta el baño de su oficina y se encerró allí, para dejar que su llanto, corriera libre, sin que nadie la molestara.

Deborah lo vio acercarse, y notó, que su semblante relajado, de minutos atrás, había desaparecido. Se sintió preocupada, sin llegar a comprender por qué. No pudo evitar, buscar su mirada gris y hablarle.

—¿Está todo bien?

—Sí..., es algo... que tengo que resolver —contestó.

Maurice se encontraba en el semáforo, antes del restaurante. Vio a Deborah parada en la acera, junto a ese hombre; y sintió, cómo el pecho se le incendiaba, por los celos.

Aceleró, en cuanto tuvo la luz verde y estacionó frente a ellos.

Haciendo caso omiso, a la mirada sorprendida de Deborah, bajó del auto y se encaminó hasta la otra puerta, abriéndola, para que subiera.

—Señorita Wallis. —La llamó, con un tono de voz frío, clavando su mirada en ella y en ese hombre.

Deborah arqueó su ceja derecha; y después, lo miró con reproche, dejándole saber, que estaba actuando mal. Se volvió, para mirar a Gonzalo y despedirse de él.

Maurice estaba loco, si creía que ella iba a entrar corriendo al auto, solo porque él estuviera actuando de esa manera tan infantil.

—Muchas gracias por el almuerzo, me encantó compartir contigo, Gonzalo —esbozó, haciéndolo con sinceridad, porque a pesar de todo, disfrutaba de su compañía.

—Gracias a ti por la invitación, Deborah; tal vez, volvamos a vernos; ya sabes que estaré por aquí —dijo, extendiéndole la mano, para despedirse y no causarle problemas con su «chofer».

—Seguramente. —Sonrió y rechazó su mano, para darle un beso en la mejilla; demostrándole a él y a Maurice, que a ella nadie la controlaba ni le imponía nada.

Gonzalo respondió al gesto, comprendiendo la señal que ella le enviaba; quería hacerle creer, que en verdad, no tenía nada con el tal Maurice, pero al ver que el hombre desviaba la mirada y se tensaba, confirmó lo que ya sospechaba; él era el amante de Deborah Wallis.

Se alejaron, la vio caminar hasta el auto, desbordando sensualidad y elegancia; subió, mirando apenas al pobre infeliz, quien caminó con rapidez hasta el otro lado; después de eso, puso el auto en marcha, con la misma prepotencia de antes; lo que le resultó bastante cómico a Gonzalo.

Será mejor que dejes de lado esa actitud, pendejo, y te comportes como debes; porque en algún momento, voy a pedirte que me rindas cuentas.

Caviló y de inmediato, negó con la cabeza, frunciendo el ceño.

—¿Qué carajos estás pensando, Gonzalo? ¿En serio vas a ponerte en el plan de hermano mayor?, ¿a estas alturas de tu vida? —Se preguntó, sintiéndose molesto, por el rumbo que habían tomado sus pensamientos—. Nunca lo has hecho y no lo harás; tú seguirás siendo el hijo de Gaspar y Adela Dorta, nada más.

Deborah y Maurice, hicieron el trayecto hasta la empresa en silencio, aunque los dos podían sentir la tensión entre ambos; ella intentó no prestarle mucha atención, porque no estaba de ánimos para discutir y menos por una tontería.

Cuando el auto se detuvo, en el estacionamiento subterráneo; él se volvió a mirarla, esperando que ella le diera una explicación por su actitud; pero Deborah, quien conocía muy bien ese comportamiento, decidió bajar del auto, sin decirle una sola palabra.

—¿De dónde conoces a ese hombre? —Él también bajó, siguiéndola a los ascensores.

—De Filadelfia. —Mantuvo la mentira, que le había inventado a su padre.

—Ya veo —masculló él, frunciendo el ceño.

—¿Ya ves? ¿Y qué es lo que ves, Maurice? —cuestionó, sintiéndose molesta y cansada, de su actitud.

—¿Acaso tengo que decírtelo? —preguntó, mirándola con rabia; y al ver, que ella solo elevaba una ceja, se molestó mucho más y le dio la respuesta que quería—. Ese tipo, seguramente, es uno de los amantes que tuviste, estando en la universidad. Lo que no sé es, qué ha venido a buscar aquí —indicó, sin apartar su mirada escudriñadora de ella.

Deborah se sintió furiosa, por la manera en cómo aseveraba, que cada hombre que se le acercaba, había tenido sexo con ella; cuando la verdad era, que siempre había sido muy selectiva, a la hora de escoger a sus amantes, que tampoco había sido la mitad de Nueva Orleans, como decía el infeliz de Dominic; por el contrario, eran muy pocos, porque se consideraba mucha mujer, para andar con cualquiera; y que Maurice también pensara lo mismo que todo el mundo, le dolía.

El elevador llegó y ella entró, dispuesta a dejarlo allí e ignorarlo; sabía que era lo mejor, porque de seguir, tendrían una discusión mucho más fuerte.

Dejó escapar un suspiro pesado y se replegó en el fondo, cuando vio que él también entraba; por lo visto, no descansaría, hasta terminar arrinconándola.

—No he tenido sexo nunca con ese hombre, pero lo que te diga, no te va a importar; así que bájate y no sigamos perdiendo el tiempo —pronunció, sin mirarlo.

—¿Y para qué vino a verte, entonces? ¿Qué hace en Nueva Orleans? —cuestionó, negándose a dejar el tema de lado.

—Solo quería hablar conmigo, compartir una comida y fue todo lo que hicimos; ya deja los malditos celos de lado. Y también deja de cuestionar mi pasado, porque tú también tienes el tuyo, y yo nunca te he reclamado nada —contestó, en un tono hosco.

—¿De qué mierda hablas, Deborah? —inquirió, mirándola, asombrado, antes de pasar de víctima a victimario.

—¿Que de qué hablo? ¡Ah! ¡Ahora no sabes! —Ella apretó con fuerza el botón, para detener el ascensor, antes de continuar—: tú hablas de los amantes que tuve, mientras estudié en Filadelfia; pero ¿qué hay de ti? ¿Acaso te volviste un maldito monje, Maurice? ¿O crees que no sé nada de lo que hiciste, cuando no estuve aquí? Porque si a esas vamos, puedo enumerarte a cada una de las mujeres con las que me he cruzado y que tuvieron sexo contigo; así que, antes de reclamarme algo, piénsalo mejor —dijo, pegándole con el dedo índice en el pecho.

—Sabes perfectamente, que estoy enamorado de ti, y que en este momento, no hay otra mujer en mi vida —mencionó, mirándola con seriedad, no lo haría sentir culpable.

—En este momento no, pero las hubo, Maurice, así como yo también tuve a otros hombres; ahora te pregunto, ¿cuál es el problema? ¿Por qué tienes que ponerte de esta manera y desconfiar de mí todo el tiempo? —cuestionó. La voz se le quebró al final de esa frase, porque en verdad, le dolía que lo hiciera. Ella no era una santa y lo sabía, solo que esos reproches, viniendo de él, la lastimaban, porque lo que pensara de ella, le importaba.

—¿Desconfiar de ti? ¡Por favor, Deborah! Tú no tienes ni la más mínima idea, de toda la confianza que deposito en ti; de cuántas veces he callado todas mis dudas o he cerrado mis oídos, a los comentarios de las personas, que me hablan mal de ti. Si existe alguien en este mundo que confíe en ti, soy yo; pero te digo algo, me estoy cansando —comentó, descargando parte de lo que llevaba dentro, y su pecho mostraba el vaivén, reflejo de todas sus emociones; así como su mirada oscura, revelaba su ira.

—¡Las personas hablan! ¡Dominic habla! ¡Tu padre habla! ¡Todo el mundo habla! Pero si tanto te molesta y quieres seguir escuchándolos, ve y hazlo, así terminamos con esto de una vez.

—¿Es eso lo que quieres? —preguntó, dolido y furioso.

—Es lo que tú quieres, fuiste tú quien inició todo esto; así que no me eches la culpa a mí —respondió, manteniéndole la mirada.

—Perfecto —pronunció, apretando los dientes y dándole un manotón, al tablero del ascensor, donde se ponía en marcha; después, marcó el piso que seguía—. De ahora en adelante, vas a poder hacer lo que se te dé la gana, Deborah; aunque, si hablamos con la verdad, siempre lo has hecho.

Después de decir esas palabras, las puertas se abrieron y él salió, dejando que se cerraran a su espalda, sin volverse a mirar a Deborah; ya estaba harto de siempre terminar dándole la razón a ella, de rogarle y hacer el papel de pendejo.

El amor que sentía por ella, podía ser muy grande, pero si solo iba en una sola dirección; si él no recibía lo mismo a cambio; no tenía ningún sentido seguir así, tal vez ya era hora de terminar.

Las puertas del elevador se abrieron, una vez más, esta vez en el último piso. Deborah seguía perpleja, por la actitud de Maurice; reaccionó, cuando dos de los directivos entraron al aparatado y la saludaron, sacándola del estado en el que había quedado.

Solo asintió, en silencio y se encaminó por el pasillo. Al llegar al cubículo de Kelly, la miró, antes de hablar.

—No atenderé a nadie, por el momento.

Fue todo lo que dijo y entró a su oficina, sintiendo que la ira y el dolor, cabalgaban dentro de ella. Se acercó a su escritorio, encendió el computador y tomó asiento, dispuesta a continuar con su trabajo; pero después de un minuto, no pudo seguir así, los números y las letras, bailaban ante sus ojos acuosos, por las lágrimas que se obligaba a contener.

—¡Eres un imbécil, Maurice Favre! —gritó y se derrumbó sobre el escritorio, temblando, a causa de los sollozos, que salían de sus labios y del llanto que mojaba sus antebrazos.

Deborah odiaba sentirse de esa manera, y ni siquiera sabía a ciencia cierta, porqué las palabras de Maurice, le afectaban tanto; tal vez porque nunca se había comportado así o porque era la única persona en el mundo, que le importaba; y le dolió profundamente, que la tratara como lo hacía el miserable de Dominic.

Gonzalo estacionó cerca del restaurante de Rebecca y se quedó allí un rato, analizando lo que le diría. Sabía que debía disculparse con ella e intentar solucionar las cosas, solo que no daba con la manera de hacerlo, pues no deseaba revelar nada de lo que había descubierto la noche anterior o hacía poco.

En cuanto subió a su camioneta, llamó a la agencia de viajes, para que lo sacaran de la lista de espera; la decisión de quedarse, estaba tomada, ya que era consciente, que escapar a Filadelfia, no era la solución.

Con toda la información que tenía, su cabeza no dejaría de dar vueltas, y no estaría en paz, hasta que consiguiera más respuestas; y esas, solo las tendría, quedándose allí.

Miró por el espejo retrovisor, la puerta del local y dejó libre un suspiro cansado; cerró los ojos un momento, para al fin armarse de valor y bajar del auto.

Caminó hasta el restaurante, mirando las llaves, que llevaba en sus manos, al tiempo que buscaba las palabras adecuadas, para solucionar las cosas, con la hermosa morena, que se había apoderado de sus pensamientos.

—Buenas tardes, Darla —saludó a la chica en la caja.

—Hola, Gonzalo, ¿cómo estás? —preguntó, con una sonrisa.

—Bien, ¿y tú? —inquirió, más por protocolo, lo único que quería, era ver a Rebecca y poder hablar con ella.

—Bien, con mucho trabajo... Llegas un poco tarde, para el almuerzo; creo que ya no nos queda nada, pero tenemos otras cosas —comentó, aunque algo le decía, que él no había ido hasta allí por comida.

—La verdad, ya almorcé; vine a ver a Rebecca.

—Lo suponía —dijo, riendo—, pero lamento decirte, que no está.

Louis vio llegar al detective, y fue como si lo hubiera llamado con el pensamiento; se quitó el delantal, lanzándolo sobre una silla y salió de la cocina, dispuesto a reclamarle, por estar jodiéndole la vida a Rebecca.

Nadie le sacaba de la cabeza, que ella no se marchó por un simple malestar, sino porque algo había pasado con el detective, y esa visita, se lo confirmaba.

—Gonzalo. —Lo llamó, para captar su atención.

—Louis, ¿cómo estás? —Lo saludó, por cortesía, pero no le gustó el tono que usó, para dirigirse a él.

—Yo bien, pero hay alguien que no, y creo que sabes a quién me refiero... ¿Sabes algo? Creo que sería conveniente, que dejaras de venir a este lugar; y mejor aún, que te alejaras de Rebecca —dijo, con un tono que dejaba claro, que hablaba en serio.

—Louis... —Gonzalo dejó escapar un suspiro pesado, para armarse de paciencia y no mandarlo a la mierda—. Mira, yo admiro tu manera de preocuparte por Rebecca y que desees cuidarla, pero por si no te has dado cuenta, ella es una mujer adulta y sabe cómo hacerlo sola; además, lo que pase entre ella y yo, es asunto nuestro, de nadie más —pronunció, mirándolo a los ojos; intentando, que le quedara claro, que podía guardarse su opinión; que a él no le interesaba.

—Te estás equivocando, Gonzalo. Si piensas que ella está sola en el mundo, porque no tiene un padre o un hermano que la represente; aquí estoy yo, para hacerlo..., así que te lo digo por última vez, déjala en paz —mencionó, con su mirada verdosa, clavada en la gris del detective.

—Louis, por favor, bájale un poco a tu instinto protector; Gonzalo tiene razón, Becca es una mujer y sabe cómo actuar; además, sabes bien, que odia que hablen por ella. —Darla intervino en favor del hombre y para evitar una pelea.

Mary había notado la actitud de su hijo, en cuanto salió de la cocina, así que terminó lo que estaba haciendo, para seguirlo; porque sabía, que algo pasaba.

Cuando vio lo que ocurría, no le extrañó en lo absoluto; Louis se había controlado mucho, hasta el momento.

No lo estaba justificando, pero ver a Rebecca tan decaída, como se encontraba esa mañana, fue la gota que derramó el vaso y acabó con la paciencia de su hijo; pues, hasta a ella, le había dolido verla tan apagada; y conocía tan bien a su ahijada, que sabía, que lo que le ocurría, eran problemas del corazón.

—Louis, ve a terminar lo que estabas haciendo, por favor. —Le pidió, mirando a su hijo a los ojos.

—Aún no he finalizado aquí, madre —contestó, negándose a hacerle caso; tenía que ponerle las cosas claras, a ese hombre.

—Louis, comprendo tu punto; y créeme, no quiero causar problemas; solo necesito hablar con Rebecca, y si ella me pide que me aleje, te aseguro que no insistiré más y me iré; pero eso es algo que debemos acordar nosotros dos, nadie más... Solo deseo saber dónde está —indicó Gonzalo, manteniéndole la mirada, para demostrarle, que no lo intimidaba.

—Rebecca está en su casa, Gonzalo —respondió Mary, tomando la situación en sus manos.

—¡Madre! —Le reprochó Louis, mirándola.

—Ve a la cocina a terminar lo que estabas haciendo y deja que ellos arreglen sus asuntos. En tema de dos, los terceros sobramos... ¿O acaso se te olvida, cuánto te molesta, que yo me meta en tu relación con Lucy? —cuestionó, mirándolo con esa expresión, que le advertía, que era mejor no contradecirla.

Louis se fue, refunfuñando palabras, que ninguno logró escuchar con claridad; pero que suponían, no eran muy agradables; e iban dirigidas a Gonzalo.

Darla no pudo evitar sonreír, al verlo, cual niño regañado; se lo merecía, por meterse donde no lo llamaban, y antes de que Mary también fuera a amonestarla a ella, se fue a ocupar su puesto, tras la caja registradora.

—Mary... muchas gracias; yo solo quiero disculparme con ella, por algo que hice... —Gonzalo no era de compartir sus asuntos con los demás, pero a esa mujer, le tenía mucho aprecio y respeto.

—No hace falta que me digas nada, aunque no te voy a negar, que me molesté mucho esta mañana, cuando la vi esforzándose por no demostrarnos, que estaba triste; pero esto es algo de ustedes dos, y como bien has dicho, ninguno de nosotros debe meterse. Solo intenta solucionar todo con mi niña; y no le den tantas vueltas a las cosas, lo que ha de ser, será; y lo que no, es mejor dejarlo ir, antes de que sea demasiado tarde y alguno de los dos, salga perjudicado. —Le aconsejó, mirándolo a los ojos, con algo de ternura. Sabía, desde que lo conoció, que era una buena persona.

—Intentaré hacer las cosas mejor, esta vez... Gracias por el consejo —dijo, antes de despedirse.

Salió, sintiendo que el corazón, le latía muy rápido; pues, nunca imaginó, que lo sucedido, hubiera afectado tanto a Rebecca.

La mañana en el restaurante, la había dejado agotada, aunque no había sido por el trabajo, sino por tener que aparentar delante de los demás, no quería que nadie se enterara de la pena que llevaba a cuestas.

Ni siquiera ella misma, deseaba reconocer, que la despedida de Gonzalo, la había dejado tan mal.

Había pasado tanto tiempo, negándose la posibilidad de enamorarse de nuevo, que cuando al fin decidió hacerlo, sus ilusiones, una vez más, se venían abajo; y esta vez, no podía culpar a nadie más que a ella misma.

—La estúpida siempre eres tú, Rebecca, porque Gonzalo nunca te dio esperanzas ni te dijo que se quedaría aquí, para siempre; por el contrario, te dejó muy claro, todo el tiempo, que no lo haría, que solo estaba de paso...; así que no es su culpa; él no te engañó, como lo hizo Raymond. —Se dijo, en voz alta, retirando una lágrima, que rodaba por su mejilla.

Se había bañado y cambiado de ropa, por algo más cómodo, para intentar dormir un rato; pero no podía dejar de pensar, así que bajó al salón, puso su iPod en la consola de sonido y buscó una lista de reproducción.

Comenzó a escucharla, para ver si eso lograba ayudarla a conciliar el sueño; o al menos, pudiera distraerla.

Se tendió en el sillón, cerrando los ojos; sin embargo, el destino parecía estar empeñado en echarle más sal a su herida, porque entre todas las canciones, se coló una, que removió todos sus sentimientos, y fue tan masoquista, que la dejó seguir, poniéndola en repetición.

Además, lo hizo para revolvase en su dolor, mientras dejaba que las lágrimas bajaran por sus sienes, mojando su cabello, al tiempo que las letras de *You Won't Let*

Me, hacía estragos en ella. Quizás así, aprendía de una vez, a no seguir ilusionándose con imposibles.

*But you won't let me
You won't let me
No, I don't want to say goodbye
I just want to give it one more try
But you won't let me
No, you won't let me.*

Mientras la canción corría, todas las imágenes de Gonzalo junto a ella, desfilaban por su mente; los besos, las caricias, cada palabra, cada despertar, los abrazados, la mañana de Navidad.

De pronto, sintió que su teléfono vibraba y el corazón se le desbocó en latidos; lo tomó, para ver quién llamaba.

Dejó escapar un suspiro, cargado de decepción, al ver el nombre de Louis en la pantalla, pensó en no responder, pero al final, terminó haciéndolo, pues podía ser algo importante.

—Dime, Louis.

—Tu noviecito vino aquí, preguntando por ti —dijo, en un tono de pocos amigos.

—¿De quién hablas? —preguntó, queriendo mostrarse indiferente, pero el corazón se le instaló en la garganta.

—No te hagas la tonta, Rebecca; sabes bien a quién me refiero. El detective vino a buscarte e intenté decirle, que ya te deje en paz, pero mi madre, como siempre, cree que sabe más que todo el mundo y no me dejó ponerlo en su lugar... Solo espero, que si va a buscarte, lo hagas tú. —Louis contaba con que ella le hiciera caso y no actuara como una tonta, con ese hombre.

—¡Que tú hiciste...! ¡Por Dios, Louis! —Rebecca se incorporó, quedando sentada. Su amigo, en serio, no tenía límites; la hizo poner furiosa—. Mira, esto lo vamos a hablar en persona, no por teléfono —dijo, poniéndose de pie, para asomarse a la ventana; y todo el cuerpo empezó a temblarle, cuando vio la camioneta de Gonzalo, estacionándose frente a la casa.

—Becca... —Él intentó persuadirla, de nuevo.

—Becca nada, hablamos después. —Y colgó el teléfono.

Caminaba de un lugar a otro, debatiéndose entre salir o esperar a que él llamara a su puerta; mientras sentía, que el corazón le iba a estallar, por su vertiginoso latido.

Con rapidez, se limpió las lágrimas, intentando evitar, que él viera que había estado llorando; eso sería vergonzoso.

Escuchó un par de golpes en la puerta, que la hicieron sobresaltarse; caminó, mientras se pasaba las manos por el cabello, para acomodarlo un poco; respiró profundo; y después, abrió. La imagen de Gonzalo, triplicó los latidos de su corazón.

—Hola —dijo él, en un susurro, elevando el rostro, para mirarla a los ojos; perdiéndose en esas gemas hazel, que lo tenían fascinado.

—Hola —esbozó ella, en un hilo de voz.

—Rebecca..., yo... quisiera hablar contigo. Sé que después de lo de esta mañana, tal vez no quieras escucharme, pero...

—Pasa —concedió ella, interrumpiéndolo; y se hizo a un lado.

—Gracias. —Él entró, sintiendo un peso sobre sus hombros.

Gonzalo pasó al salón, y por primera vez en mucho tiempo, sentía que se quedaba sin palabras; miró a su alrededor, ese lugar, que ya conocía casi de memoria; sus oídos, se llenaron de la canción que sonaba en ese instante; y el corazón se le encogió, al escuchar la letra.

No quería, que Rebecca se sintiera mal, por su culpa, ni que pensara, que él no valoraba su compañía.

Rebecca sentía su cuerpo muy pesado y rígido, mientras se debatía entre mantenerse en ese espacio seguro o acercarse a él. Solo los separaban unos dos metros, pero ella sentía, que era una distancia, que no podía desaparecer, si él no le daba la oportunidad.

Quería abrazarlo, hacer todo lo que la canción decía; pedirle una oportunidad, que la dejara ser su amiga, que compartieran sus penas, no solo una cama; quería mucho más de él, y entregarle mucho más de ella...; solo deseaba intentarlo una vez más y que él se abriera a ella.

Gonzalo se dio la vuelta, para mirarla; notando, en ese momento, que en verdad, se le veía diferente. No irradiaba esa alegría, que en ella era habitual, y que a él le encantaba, porque parecía llenarlo todo de vida.

Deseaba acercarse y abrazarla, pero algo se lo impedía; quizás era el mismo sentimiento, que una vez más, lo tenía paralizado; ese miedo, que había estado sintiendo, durante los últimos años; sin embargo, era distinto; las cosas ya no eran iguales a como lo fueron, cuando se sintió de esa manera por primera vez; ya habían transcurrido diez años de eso; y este tiempo había hecho estragos en él.

Rebecca se obligó a dejar de lado sus fantasías y poner los pies en la tierra, al ver que él, la miraba sin decir nada. No intentó ni siquiera acercarse y esa situación comenzaba a resultarle incómoda.

Quiso escapar, terminar con todo, porque era evidente, que no tenía sentido.

Caminó hasta la consola de sonido, para apagarla, antes de que la canción comenzara de nuevo.

—Pensé que te habías ido —comentó ella, para romper el pesado silencio, que los envolvía.

—No me voy a ningún lado —mencionó y se acercó un poco más; quería que también sus ojos, se lo confirmaran—. No me voy, Rebecca...; al menos, no por ahora, ni dentro de unos días o unas semanas. La verdad es, que no lo tengo claro...; lo único que sé es, que en este instante, voy a quedarme y quiero hacerlo contigo; quiero que me dejes hacerlo contigo —expresó, con la voz cargada de todas las emociones que viajaban dentro de él.

Rebecca se llevó una mano a los labios, para ahogar el sollozo que brotó de ellos, mientras un par de lágrimas pesadas, se deslizaban por sus mejillas; asintió, sonriendo y acortando la distancia, que la separaba de Gonzalo; amarrándose con él, en un abrazo.

Sintió cómo la envolvía, apretándola con fuerza, como si quisiera fundirse en ella, y eso le llenó el corazón de felicidad.

Suspiró, dejando caer una lluvia de besos en el rostro de Gonzalo, deseando darle el consuelo, que él parecía estar necesitando desesperadamente; en ese instante, supo, que sus intenciones de irse, eran porque algo grave le había sucedido.

En el poco tiempo que llevaba conociéndolo, sabía, que no era un hombre de demostrar mucho sus sentimientos; y aunque moría por preguntarle, no lo haría; no abusaría de la confianza, que le estaba ofreciendo en ese momento.

—Puedes quedarte tanto como desees —susurró, mirándolo a esos bellos ojos grises, que reflejaban una gran confusión.

—Lo de quedarme aquí, lo digo en serio, Rebecca —pronunció, manteniéndole la mirada.

No quería regresar a la cabaña, al menos, no por un par de días o hasta que pusiera sus pensamientos en orden.

—Yo también... —Le rozó los labios, con solo un toque; y después, sonrió, con picardía—. Te sale en sesenta dólares la noche; todo lo demás, corre por cuenta de la casa.

Una sonrisa efusiva, se apoderó de los labios de Gonzalo. Ella, una vez más, hacía magia en él; alegrándole la vida, con tan solo unas palabras.

Sintió, que el peso que había estado cargando desde la noche anterior, empezaba a abandonarlo.

—¿Y esa tarifa, aplica para la suite principal? —preguntó, siguiéndole el juego, mientras sonreía.

—Sí, tenemos descuentos especiales, por ser Fin de Año —dijo ella, riendo y acariciándole la espalda; dejando en libertad los deseos que tenía de tocarlo, pues le encantaba hacerlo.

—Perfecto, y todo lo demás... ¿Qué incluye? —inquirió él, dándose el placer de acariciarle las caderas.

Deslizó su mirada por el hermoso cuerpo de Rebecca, quien solo llevaba puesta, una ligera camiseta rosa de algodón; y los pezones erguidos, que se apreciaban perfectamente, bajo la tela, despertaron su deseo.

Sus manos descendieron hasta esas piernas, que lo enloquecían; y para su suerte, llevaba un diminuto pantalón negro.

—Desayunos especiales... —respondió ella, en un susurro, sintiendo cómo todo su cuerpo, se le cargaba de expectativas.

—¿Servidos en la cama? —La picardía destellaba en los ojos grises de Gonzalo, quien la veía con intensidad, al hacer esa pregunta; y continuó con su exploración, acariciándole con suavidad el pubis, por encima del pantalón corto.

Rebecca sintió su rostro prenderse en llamas y no encontró su voz, para responderle; el deseo la golpeó con fuerza, dejándola abrumada y anhelante, de todo lo que él le dio, en aquella ocasión.

Asintió, en silencio, mordiéndose el labio inferior, mientras se perdía en esos ojos, que habían adoptado el color del plomo.

Jadeó, al sentir que él la pegaba a su cuerpo y se apoderaba de su boca, con un beso que la hizo temblar.

Se aferró a los hombros de Gonzalo, al tiempo que dejaba que su lengua, se acoplara a los movimientos que la de él hacía, en el interior de su boca.

El beso, cada vez les exigía más; y sus manos, viajaban a cada rincón que podían llegar. Ella lo despojó de la camisa, con rapidez, dejándola caer en el suelo, al tiempo que él hacía lo mismo, dejando sus senos libres.

La tomó por la cintura, pegándola a su pecho caliente, sin dejar de besarla un solo instante; ni siquiera subieron a la habitación; caminaron hasta el amplio sillón de cuero, que era el único mueble en el salón y allí se tumbaron, desesperados por unirse.

El mundo se redujo a ese instante, donde la pasión hizo derroche en ambos, dejando de lado todo lo demás.

Gonzalo se olvidó de lo que lo atormentaba; y Rebecca ignoró su curiosidad, que le exigía saber, por qué él había tomado la decisión de irse y luego se había arrepentido.

Ya más adelante, tendrían tiempo para hablar y hacer confesiones, pero en ese instante, solo deseaban que fueran sus cuerpos, los que se expresasen y así lo hicieron; dándole al sexo, un sentido más comprometido.

Deborah llegó hasta la mansión, con un humor que ni ella misma se soportaba, se puso furiosa, cuando se enteró de que Maurice, se había marchado de la empresa, sin siquiera avisarle; dejándole las llaves de su auto con Kelly.

El muy cobarde, aprovechó que ella se encontraba en una reunión, con dos directivos, para largarse, sin darle siquiera una explicación.

Estacionó, dejándolo guardado; no iría al gimnasio esa tarde, porque no estaba de ánimos; aunque, si lo pensaba mejor, no le vendría mal, descargar la furia que sentía en un saco de boxeo; ya que no tenía a Maurice en frente.

Ingrid le abrió la puerta, saludándola; ella le respondió, intentando ser amable, pues la mujer no tenía la culpa.

—Señorita Wallis. —Marcus entraba en ese instante al salón, y la llamó, antes de que subiera las escaleras.

—Dime, Marcus —dijo, volviéndose a mirarlo.

—Maurice me presentó su carta de renuncia, hace un momento; pensé que debía saberlo, como él ahora trabaja para usted. —Le informó, mirándola a los ojos.

—¿La recibiste? —preguntó ella, con los dientes apretados.

—Está en mi escritorio, pero le hice saber, que le transmitiría esta información a usted, en cuanto llegara.

—¿Y qué te dijo? —inquirió.

—Que eso quedaba a mi consideración. —Marcus lo suavizó, pues no fueron precisamente esas, las palabras que utilizó.

—¿Eso te dijo? —cuestionó, arqueando una ceja. Sabía que Marcus le ocultaba algo.

—No con esas palabras, señorita; pero lo dio a entender.

Deborah suprimió un suspiro, cargado de frustración; cerró los ojos un instante, mientras sentía sus sienes pulsar, anunciándole que tendría un severo dolor de cabeza.

—¿Quiere que le traiga la carta, para que usted misma la revise o me encargo yo, de todo? —preguntó. Ese era su trabajo y siempre lo había hecho, pero suponía, que tratándose de Maurice, la señorita actuaría de manera diferente.

—¿Él aún se encuentra en la casa? —cuestionó ella en respuesta, mientras abría los ojos.

—Sí..., lo dejé en la cocina, hablando con Martha —respondió Ingrid, quien al igual que todos los demás, esperaba que ella pudiera convencer a Maurice de quedarse.

—Bien. Marcus, busque la carta, devuélvasela a Maurice y dígame que venga él mismo a entregármela. Estaré en el estudio. —Le ordenó y sin esperar una respuesta, caminó hasta su despacho.

Estaba furiosa, por esa actitud infantil de Maurice, pero también sentía temor de que se fuera de la casa, que no pudiera verlo más y que su relación se terminara, de manera definitiva.

Nunca se había planteado, que algo así pasara; siempre creyó, que él estaría a su lado, apoyándola, escuchándola, siendo su cable a tierra; y descubrir, que existía la posibilidad de perderlo, la aterraba.

Pensó, que debía actuar con inteligencia, debía convencerlo, para que se quedara; y sabía, que su mejor arma, era el sexo; someterlo de esa manera, pues él nunca se negaría a estar con ella.

Empezó a despojarse del vestido, con rapidez; lo escondió detrás del diván, quedándose solo en ropa interior, con los zapatos de tacón alto y el abrigo; se volvió, para mirar por el ventanal; ya que, en caso de que quien entrara fuera Marcus y no Maurice, no pasaría la vergüenza de que la consiguiera así.

Cinco minutos después, escuchó un par de golpes en la puerta; sabía, que ese toque era de Maurice. El corazón comenzó a latirle desesperado, respiró hondo, para calmarse, y dio la orden, para que entrara, manteniéndose de espaldas.

—Me dijo Marcus, que necesitabas verme —mencionó Maurice, con seriedad, manteniéndose parado, junto a la puerta.

—Necesito que me lleses a un lugar —pronunció ella, sin volverse a mirarlo, para no revelar sus planes, tan pronto.

—Ya no trabajo para tí, aquí está mi carta de renuncia —dijo, caminando hacia el escritorio, donde puso la hoja.

—Una verdadera lástima, porque este viaje, lo íbamos a disfrutar mucho, los dos —comentó ella, volviéndose, para mostrarle a Maurice, a lo que en realidad estaba renunciando.

Él se estaba obligando a mantenerse en su postura, a no ceder a sus deseos de rendirse y dejar que Deborah ganara, una vez más; casi sin analizarlo, redactó esa carta de renuncia y se la llevó a Marcus.

Se suponía que ese era el primer paso, para separar las cosas, para alejarse de ella un tiempo; no porque lo quisiera, sino porque lo consideraba necesario.

Se sentía hastiado de ser solo el amante, y si no tomaba distancia en ese momento, tal vez las cosas terminarían arruinándose.

Estaba a punto de graduarse y debía poner en orden sus asuntos, tomar prioridades; y Deborah era una, pero él no parecía serlo para ella, así que de nada valía continuar de esa manera; había esperado mucho tiempo, para que ella tomara en serio su relación.

Sin embargo, era evidente, que Deborah, no quería hacerlo; mucho menos, ponerle las cosas fáciles. Ella no lo tomaría en serio nunca, si él seguía cediendo; tenía que darle un verdadero ultimátum.

Frunció el ceño, mirándola fijamente, casi con rabia, por ponerlo en esa situación.

—¿A dónde deseas que te lleve, vestida de esa manera, Deborah? —preguntó, manteniendo la distancia.

Ella se acercó, de manera seductora, dándole a cada paso, la sutil cadencia, con la que sus caderas lo hacían; sonriéndole y mirándolo con intensidad.

Se detuvo frente a él, quedando a solo un suspiro de distancia; casi rozando sus cuerpos, y llevó sus labios hasta el oído de Maurice.

—Quiero que me lleses al paraíso —susurró, dejando que su aliento, le acariciara la sensible piel de la oreja; y después, bajó, calentándole la piel del cuello, que se erizó.

Maurice cerró sus ojos un instante, mientras apretaba los dientes, para contener sus deseos de lanzársele encima, arrancarle la poca ropa que la cubría y hundirse en ella, hasta sentirla suya por completo.

No obstante, su realidad era otra; y llegó golpeándolo con fuerza. Se alejó, poniendo distancia, necesitaba hacerlo, para pensar con la cabeza y no con su miembro, que comenzaba a tensarse.

—Creo que ese viaje, tendrá que esperar, Deborah. Allí está mi renuncia, hasta hoy trabajo para tí —mencionó, con determinación, dándole la espalda; pero antes de abrir la puerta, volvió a hablar—. Y será mejor que te vistas o puedes terminar resfriándote. —Después de eso, salió, dejándola sola.

Deborah no podía creer lo que Maurice acababa de hacerle, estaba completamente atónita y con la mirada perdida en la puerta, mientras sentía, que el pecho, se le llenaba de una emoción, mezcla de rabia y zozobra; al final, el orgullo herido la hizo reaccionar, sin prestar atención a la manera en cómo iba vestida, salió tras él, casi corriendo.

—¡Maurice! ¡Regresa al estudio! ¡No he terminado de hablar contigo! —Le ordenó, con rabia y con la mirada clavada en su espalda, que lucía tan atractiva, vestida de traje.

En el salón, se encontraban Ingrid y Marcus; ella ocupada en un arreglo de flores, que había traído desde el invernadero; y el mayordomo, estaba atento a la puerta; porque era la hora de llegada de Dominic, y siempre estaba allí, atento, para recibirlo y ponerlo al día de las novedades de la casa.

Ambos se sorprendieron, al ver a Deborah vestida de esa manera, y desviaron sus miradas, posándolas en Maurice; a la espera de una reacción de su parte.

—No se te ocurra salir por esa puerta. —Lo amenazó Deborah, al ver que él llevaba la mano al manubrio, dispuesto a marcharse, dejándola allí.

Maurice se llevó las manos a la cintura, dejando libre un suspiro; cerró los ojos, sintiéndose cansado; era el hombre con el corazón más blando sobre la tierra.

Se volvió, para mirarla, sorprendiéndose, al ver que ella no había tomado la precaución de cerrarse el abrigo; frunció el ceño, al ser consciente de la presencia de Ingrid

y Marcus, quienes intentaban disimular, que no lo habían notado, tal vez para no hacer más incómoda esa situación; caminó con pasos seguros, hasta Deborah.

—Vamos —masculló, tomándola por el brazo, para llevarla de regreso al despacho, casi a arrastras—. Definitivamente, perdiste la cabeza, ¿cómo sales así, para que te vean? —cuestionó, mirándola con reproche, mientras entraban y cerraban la puerta.

—Me da lo mismo, esta es mi casa y puedo hacer lo que me venga en gana; si quiero andar así o desnuda, es mi problema —dijo, sintiéndose furiosa, y se soltó del agarre de él—. Y no estamos aquí para que me reproches nada, sino para hablar.

—Está bien, hablaremos de lo que quieras, pero primero te vistes —condicionó, obligándose a mantenerle la mirada en los ojos, y no ser consciente de su cuerpo.

—¿Y si no quiero hacerlo? —preguntó, arqueando una ceja.

—Me voy, y esta vez, nada de lo que hagas, conseguiré hacer que me quede —exigió, cruzándose de brazos.

Deborah resopló, sintiéndose molesta, frustrada y decepcionada; no podía creer, que él se estuviera comportando de esa manera, tan distante y frío.

Caminó, para tomar su ropa, se quitó el abrigo, dejándolo caer en la alfombra; mientras lo miraba fijamente, metió los pies en su vestido y comenzó a subirlo, con movimientos cargados de rabia.

—¡Maldita sea! —exclamó, cuando la cremallera se atoró, quedaba en su espalda, lo que le impedía arreglarlo.

—Date la vuelta. —Le ordenó Maurice, al ver lo que sucedía.

Ella lo hizo y esperó paciente a que se acercara; deslizó su cabello a un lado, ladeando el cuello, para intentar atraer la atención de Maurice, cuando sintió que se paraba tras ella.

Movió su trasero, para pegarse a él, y se mordió el labio inferior, al sentir que después de todo, sus tácticas no habían fallado; la ligera tensión que sintió, al rozarse con él, se lo demostraba.

—Quieta —indicó, agarrándole la cintura, pero se mantuvo junto a ella, tampoco se negaría el placer de sentir ese culo, que lo volvía loco. Deslizó la cremallera, llevándola hasta arriba—. Lista, ahora sí, podemos hablar.

Deborah se volvió, para mirarlo con rabia; caminó, alejándose, que se jodiera. Si pensaba que iba a estar rogándole por caricias o besos, estaba alucinando; no era del tipo de mujeres que se humillara, por un poco de cariño; se quería demasiado, como para caer en eso.

Reuniendo toda la rabia que sentía en ese momento, se dispuso a enfrentarlo y reclamarle su actitud; ya no se andaría con juegos.

—¿Qué demonios te ocurre, Maurice? Primero me discutes por el almuerzo de esta tarde con Gonzalo Dorta; después, le dejas la llave del auto a Kelly, sin esperar siquiera a entregármela; y al llegar aquí, me encuentro con que le has presentado tu renuncia a Marcus... ¡Fuiste tú quien perdió la cabeza! ¡Maldita sea! —Le reprochó, mirándolo a los ojos; y en los de ella, batallaban las lágrimas de ira y dolor, al verlo tan impasible—. ¿En serio estás terminando conmigo, Maurice? —preguntó, con la voz quebrada.

—Para terminar algo, primero tendríamos que empezar; y tú y yo, nunca hemos tenido nada, Deborah; al menos, no como lo que siempre he deseado. No tenemos nada serio, nada que terminar —expresó, manteniéndole la mirada; tal vez, ese era el momento, de definir la situación entre los dos.

Deborah jadeó, de manera ruidosa y se llevó una mano al pecho, mientras lo miraba con asombro, el mismo, que fue reemplazado por la rabia y unos deseos inmensos de golpearlo.

—Eres tan cínico, Maurice.

—No más que tú. No me vengas con eso ahora ni quieras hacerme sentir culpable. ¿Quieres que te diga lo que me pasa? Bueno, me pasa, que estoy cansado, Deborah; estoy harto de ser siempre el que deba limitarse delante de todos; quien no pueda salir contigo tomados de la mano; ni poder besarte cuando lo deseo o abrazarte... ¿Cómo crees que me sentí hoy, cuando te dejé con ese hombre? ¡Ponte por un maldito segundo en mi lugar, Deborah! ¡Dime! ¡Cómo te hubieras sentido tú? —Le gritó, porque ya no aguantaba más, que fuera tan egoísta e indiferente ante su sufrimiento.

Deborah se quedó de piedra, ante esos reclamos; su voz se esfumó y no supo qué responderle; le rehuyó la mirada, sintiéndose avergonzada; sin embargo, no sentía que debía disculparse con él, porque ella no había hecho nada malo; no merecía ser juzgada.

—¿Con cuántas mujeres estudias y sales, Maurice? —preguntó, mirándolo a los ojos, para que no le rehuyera.

—¿A qué viene eso ahora? —cuestionó, con el ceño fruncido.

—Solo respóndeme.

—Varias, pero eso no quiere decir, que tenga algo con ellas. —Se defendió, de inmediato; no le daría ventaja.

—Perfecto, porque el hecho, de que yo vaya a un restaurante y almuerce con un hombre, no quiere decir que me acueste con él...; así que, si te sentiste mal, hoy; lo lamento mucho, pero no voy a dejar de tener una vida, solo para darte gusto —pronunció, con determinación y caminó hacia la puerta.

—Espera un momento, esto no va a terminar así. —Maurice la sujetó por el brazo, para detenerla.

—Ahora soy yo, quien no tiene nada más que hablar contigo.

—Pues te equivocas, Deborah Wallis. —La pegó a la pared, aprisionándola con su cuerpo—. Esta vez, vas a escucharme, porque yo no soy el malo de la película... Estás intentando hacer lo mismo de siempre, actuando de esta manera, para hacerme sentir culpable, pero no te voy a seguir el juego.

—Déjame en paz, Maurice. —Intentó esquivarlo.

—No, no hasta que comprendas, que ya estoy harto, que si deseas que me quede aquí, vas a tener que darme algo más, Deborah; porque de lo contrario, me iré por esa puerta y no regresaré. —Dejándole claro, con su mirada, que sí lo haría.

—No puedes obligarme a nada —dijo, con los dientes apretados, mientras lo miraba, de manera retadora.

—¿Ah no? —preguntó, con arrogancia.

—No —sentenció ella, elevando la barbilla, con altivez.

—Eso lo veremos —masculló él, con rabia.

Llevó las muñecas de Deborah por encima de su cabeza, para mantenerla cautiva, al tiempo que se apoderaba de esa tentadora y altanera boca, con un beso rudo.

Estampó sus labios sobre los de ella y comenzó a persuadirla, para que lo dejara tomarla por completo; la escuchó gemir y la sintió removerse contra su cuerpo; pero eso no lo hacía dejar de lado sus intenciones.

—¡Suéltame, bruto! —Se quejó, empujándolo con el cuerpo.

—¿Acaso no era esto lo que querías? —inquirió, rozándose contra ella, para que sintiera la tensión en su miembro.

—¡Ya no! Te lo ofrecí y no lo quisiste antes, pues ahora soy yo la que no lo quiere; así que, te jodes... ¡Suéltame! —gritó.

—Es hora de que aprendas, que las cosas no siempre serán cuándo o cómo tú quieras; no soy tu maldito juguete.

—Voy a armar un escándalo, como no me sueltes ahora mismo. —Lo amenazó, mirándolo a los ojos; se sentía furiosa, y a la vez, excitada; aunque eso último, le costase reconocerlo.

—Hazlo, así nos quitaremos las caretas de una buena vez; aunque todo el mundo aquí, ya sabe que tú y yo, nos la pasamos cogiendo en este lugar, así que dudo que se sorprendan.

—¡Imbécil! —exclamó, y después, liberó un jadeo, al sentir, que él metía la mano bajo su falda, intentando tocar su intimidad.

—Mira cómo te pone este imbécil —murmuró, contra los labios entreabiertos de ellas; mientras sus dedos entraban y salían de ese rincón húmedo, cálido y suave, que lo hacía perder el sentido.

—Maurice... —Aunque estaba furiosa con él, no pudo evitar rogarle, para que continuara; se mordió el labio, separando las piernas—, te odio... —susurró, mirándole los labios, pidiéndole un beso; y sus caderas comenzaron a moverse, junto a él.

Maurice la llevó, justo al borde del orgasmo; y teniéndola allí, abandonó su cuerpo; la soltó, alejándose, para hacerle pagar por su altanería.

Sonrió, con arrogancia; al ver, que Deborah lo miraba, asombrada, por lo que había hecho; y para echarle más leña al fuego, se llevó los dedos, impregnados de la esencia de ella a la boca y los succionó, con fuerza, mientras la miraba y saboreaba.

—¡Infeliz! —quiso pegarle, pero se contuvo.

Le pagaría con la misma moneda; caminó hasta el diván, para acostarse; elevó las caderas y se quitó con rapidez el panty; dejándolo caer en la alfombra; después, separó las piernas y comenzó a masturbarse.

Le demostraría, que no lo necesitaba, para alcanzar un orgasmo, que ella sola se bastaba para ello.

Maurice casi hace combustión espontánea, ante esa imagen. Deborah era la mujer más perversa, que hubiera conocido; no tenía límites, a la hora de salirse con la suya; sin embargo, él también sabía jugar y se lo demostraría.

Se arrodilló, en medio de las piernas de ella; y sacó de su pantalón, la poderosa erección, que a cada segundo, se ponía más dura; la encerró en un puño y comenzó a mover su mano, con la presión justa.

La mirada de Deborah, seguía el vaivén de la mano de Maurice, a lo largo de toda su longitud, haciendo que su respiración, se tornara más pesada; no solo por lo que ella misma se estaba haciendo, sino por el deseo de sentirlo en su interior.

Se movió, acercándose a él; y casi le arrancó la corbata, con bruscos tirones; después, le intentó deshojar los botones de la camisa, pero el desespero, la llevó a romper varios.

Maurice, supo, que en ese instante, las palabras sobran y no dijo nada; solo se dejó llevar, por las ansias locas, que le llenaban el cuerpo.

Con la misma brusquedad que mostraba Deborah, la desnudó, y un par de minutos después, estaban teniendo sexo, de manera salvaje; las exigencias de dar y recibir más, los llevaron a terminar rodando, por la alfombra.

Y ese juego sexual, los hizo vivir, uno de los encuentros más excitantes, de los que habían gozado en los últimos meses; donde la violencia con que sus cuerpos chocaban, las mordidas, los tirones de cabello y el lenguaje sucio que emplearon, hicieron que sus cuerpos estallaran en poderosos orgasmos, más de una vez.

Rebecca despertó, cuando escuchó la alarma de su teléfono, que había programado esa tarde, cuando se dispuso a dormir; antes de que llegara Gonzalo. Para que no se le fuera a pasar la hora de ir a cerrar el restaurante.

Con rapidez, la desactivó, para que Gonzalo no fuera a despertarse. Ella no tenía mucho sueño, pues su cuerpo estaba acostumbrado a horas específicas para dormir; pero estaba segura, que él no había descansado nada la noche anterior.

Se le veía agotado; a tal punto, que unas horas antes, estuvo a punto de dormirse sobre ella, después de que terminaran de tener sexo, en el sillón.

Sonrió, al recordar todo lo que hicieron.

Miró hacia la ventana, descubriendo, que la noche comenzaba a caer; y tomó de nuevo su móvil, buscó el número de Darla y le envió un mensaje, pidiéndole el favor, de decirle a Louis, que cerrara el local.

Él tenía un juego de llaves, para cualquier emergencia.

Al recibir la mordaz y divertida respuesta de su amiga, una sonrisa afloró en sus labios, sintiendo, cómo el pecho, se le llenaba de emoción; ya que los buenos deseos de Darla, eran también los suyos; que esa reconciliación, durara toda la noche.

Aunque, en la situación que estaba Gonzalo, lo dudaba; pero solo tenerlo allí, acostado, a su lado; la hacía muy feliz.

—¿Debes ir al restaurante?

La voz adormilada de él, la hizo sobresaltarse; sintió como si sus pensamientos, lo hubieran despertado; buscó esos bellos ojos grises, que estaban ligeramente hinchados, por las horas de sueño; y le sonrió, acariciándole el cabello.

—No, le acabo de mandar a pedir a Louis, que cierre por mí; lo que significa, que puedo quedarme aquí contigo, así..., abrazaditos —respondió, acariciándole la espalda; y lo hizo apoyarse sobre sus senos; sintiendo su respiración cálida, erizándole la piel.

—Me parece una maravillosa idea —murmuró, antes de cerrar los ojos y rodearle la cintura con el brazo, para pegarla más a su cuerpo—. Quiero dormir contigo de esta manera, sentir tu piel desnuda y cálida, toda la noche —pronunció, besándole el cuello.

—Descansa...; mañana a primera hora, tendrás tu desayuno especial —susurró, besándole el cabello; y bajó un poco más, para darle un beso en los labios—. Buenas noches, Gonzalo.

—Buenas noches, muñeca —respondió, sonriendo.

Rebecca no pensaba dormir, pero la tranquilidad de estar en los brazos de Gonzalo, en un estado tan relajado; hizo que cayera junto a él, en un profundo y reparador sueño, que los alejó de sus realidades; unidos en ese abrazo estrecho e íntimo.

Gonzalo se encontraba seleccionando su ropa sucia, para ponerla en la lavadora. Aprovechando que Rebecca no se encontraba en la casa, fue al supermercado e hizo unas compras; sabía que ella no deseaba que lo hiciera, pero él se sentiría mejor, colaborándole en algo, mientras estuviera allí.

Tampoco planeaba quedarse por mucho tiempo, solo por un par de días, hasta poner en orden sus pensamientos y decidir por fin lo que haría.

Caminó hasta la cocina, para encender la radio y llenar el silencio, que se sentía en toda la casa. A él no le molestaba, porque desde hacía tres años, se había acostumbrado a vivir solo.

La compañía de su padre, en sus últimos meses de vida, no había cambiado mucho ese panorama. Gaspar se la pasaba medicado, y apenas se sentía su presencia, en el pequeño apartamento de Filadelfia.

Sin embargo, estar allí, sin la compañía de Rebecca, lo hacía sentir extraño; le hacía falta verla revoloteando, por la cocina; sonriendo, bailando o simplemente, mirándolo como lo hacía; de esa manera, que parecía querer descubrir todo de él.

Llevaba menos de un mes conociéndola, pero ella le había dado un sentido a su vida, en ese poco tiempo, que no esperaba tener; había sido ese aire fresco, que estaba necesitando desesperadamente, porque de un tiempo a la fecha, su mundo se movía por inercia, sin esperar recibir ni dar nada; solo se dejaba llevar por la corriente.

La alarma de la máquina de lavar, le anunció que la carga de ropa, ya estaba lista; así que caminó de regreso al cuarto de lavado, para seguir con su labor; de pronto, se tropezó con las maletas; y supo, que ese no era el lugar para ellas.

El podía ser un hombre desordenado, pero Rebecca parecía ser fanática del orden; así que, él no tenía derecho de alterar su espacio.

—Será mejor que las deje en el auto —dijo, en voz alta, tomándolas y encaminándose a la salida; pero se detuvo, pensándolo—. No, mejor las llevo hasta el armario de Rebecca, así las tendré a mano; y cuando el resto de ropa esté seca, las organizo. —Subió las escaleras, llevándolas consigo.

Ella le había comentado, que podía organizar sus prendas allí; pero a él le resultaba un tanto incómodo, ocupar todo su espacio; así que, solo sacó una muda de ropa, para pasar el día en la casa; tomó el pantalón de su pijama, un jeans, una camisa y una de sus infaltables chaquetas, para usarla, en caso de que tuviera que salir; todo lo demás, lo dejó guardado.

—¡Mierda! —exclamó, cuando tropezó con una caja, que fue a parar al piso, volcando todo su contenido—. ¡Qué desastre hiciste aquí, Gonzalo!; ojalá que no se haya roto nada.

Tomó la caja, y con cuidado, fue organizando todo lo que había tirado, que por suerte, solo parecían ser papeles; nada que pudiera romperse.

Sin poder evitarlo, su mirada se topó con una fotografía de Rebecca; en ella, estaba junto a los que seguramente, fueron sus padres.

—En verdad eres muy hermosa, Rebecca —mencionó, acariciando la imagen con su pulgar, al tiempo que sentía, que el corazón se le aceleraba—. ¡Vamos, hombre! Ya está bien de que te estés comportando de esta manera; pon los pies sobre la tierra.

Recogió lo otro, que parecían ser solo papeles; e intentó ponerlo todo dentro de la caja, procurando que quedaran como estaban; suponiéndolo, por cómo cayeron.

Cuando estaba por ponerle la tapa, vio que esos papeles, eran solicitudes para ingresar a la universidad de Pensilvania.

—¡Deja eso! ¡No es de tu incumbencia! —Se exigió a sí mismo, apartando las manos; pero un par de segundos después, cedía ante su curiosidad y las volvió a tomar—. ¿Por qué tienes tantas, Rebecca? Y todas de temporadas diferentes, ¿acaso no has enviado ninguna? ¿O lo hiciste, pero tienes la manía de guardar una copia?

Se inclinó por la última opción, pero al ver, que dentro de la caja, no había una sola carta en respuesta, comprendió que, o ella las desechara o ciertamente, nunca había enviado una sola de esas solicitudes; lo que en verdad le resultó extraño.

Todas eran para la Facultad de Artes. Recordó en ese momento, que ella le había mencionado, que le gustaba la escultura y que había deseado estudiar eso, pero que su situación no se lo permitía; dejó escapar un suspiro pesado.

—Las guardas, con la esperanza de poder enviarlas algún día. Rebecca, esto es como comprar una tabla de surf y nunca pasar de la orilla...; si no te atreves, nunca podrás descubrir, si puedes hacerlo o no. Tienes que arriesgarte —mencionó, acariciando la delicada caligrafía de ella.

Él sí lo hizo, en ese momento, tomó la última que había llenado; que suponía, podía tener vigencia hasta el próximo trimestre, y la guardó en el bolsillo interno de su maleta.

La enviaría él, para ver si corría con suerte; pensaba que tal vez, lo que Rebecca estaba necesitando, para dar ese paso, era, tener la certeza de que sería recibida en la Penn.

Sabía que quizás, el tema del dinero, era lo que la limitaba, pero siempre existía la posibilidad de pedir una beca o algún préstamo; lo primero era que fuera aceptada; y con sus calificaciones, eso era bastante probable.

—Yo tenía un promedio similar y entré a la Facultad de Leyes; con una ayuda económica, que me costaba un veinticinco por ciento. Tú estás solicitando a la de «Artes»; en esa, el acceso es más fácil y hasta puedes conseguir una beca completa.

Dio por sentado, que eso sería así; o por lo menos, no se perdía nada con intentarlo. Cuando regresara a Filadelfia, él mismo se encargaría de llevarla.

Acomodó todo en la caja y la puso en su lugar, sintiendo que el corazón le latía muy rápido, ante la posibilidad de ayudar a Rebecca y darle esa alegría; tal vez, se metería en problemas, cuando ella se enterase, pero bien valía la pena, si todo salía como esperaba.

Rebecca llegó a la casa, cerca de las dos de la tarde, aunque había deseado hacerlo antes, para acompañar a Gonzalo; pero él le dijo, que si descuidaba sus labores en el restaurante por su culpa, regresaría a la cabaña.

Ella no quería que algo como eso pasara, porque en verdad, disfrutaba de su compañía, en todos los aspectos, no solo en el sexual. Le gustaba sentir la presencia de alguien más en su casa, y no solo escuchar el eco de sus palabras, cuando hablaba sola.

Entró al salón y lo primero que atrajo su atención, fue la música que salía del pequeño equipo de sonido en la cocina; caminó, pensando que Gonzalo estaría allí, pero la encontró vacía; dejó sobre la mesa lo que llevaba en las manos, y continuó buscándolo.

—¿Dónde te habrás metido? —preguntó, llevándose las manos a la cintura y girando medio cuerpo, al escuchar un sonido, por debajo de la música; que solo tardó dos segundos en reconocer.

Dejó ver una sonrisa y se encaminó al cuarto de lavado; el gesto en sus labios se hizo más amplio, cuando lo encontró allí, de espalda. Estaba cantando y moviendo su cuerpo, al ritmo de *Start Me Up*, de *The Rolling Stones*.

Se apoyó en el marco de la puerta, para disfrutar de ese espectáculo; mirándolo con una mezcla de diversión y deseo, pues debía reconocer, que se movía bastante bien, aunque eso ya lo sabía.

— *I'll take you places that you've never, never seen...*

Gonzalo estaba disfrutando de una de sus canciones favoritas, y mientras lo hacía, sonreía, recordando a Rebecca; pues ella lo hacía sentir como decía la canción, caliente, todo el tiempo.

—Quisiera ver eso —mencionó Rebecca, delatándole su presencia; a la vez que empezó a acercarse a él, sonriéndole.

Gonzalo se sobresaltó al escuchar su voz, pues no la había sentido llegar; después, sonrió, al notar lo distraído que se encontraba. La recibió con un beso en los labios, solo un toque, antes de dedicarle una parte de la canción.

— *If you start me up, I'll never stop.*

La giró, moviéndose con ella, al ritmo de la música, sin dejar de sonreír.

—Estás muy animado el día de hoy, Gonzalo —acotó, tomándole el rostro entre las manos, para besarlo mejor.

Él cedió ante lo que Rebecca deseaba y se dejó envolver en las sensaciones que ese beso le brindaba. Se sentía feliz, era cierto, y el motivo de eso era, que planeaba darle una sorpresa a la mujer que lo había hecho tan feliz, en los últimos días.

Debía volver antes a Filadelfia, para concretarla, por lo que no podía decirle nada, pero la llamada que había hecho una hora antes, a ese amigo que tenía a un conocido dentro de la Penn; y que por suerte, era muy influyente; casi le aseguraba, que ella tendría un cupo en la prestigiosa universidad.

—Tú me haces sentir así —confesó, rodeándole la cintura con los brazos, para pegarla a su cuerpo.

—Me gusta escuchar eso, porque tú también me haces muy feliz —dijo, riendo y besándolo, de nuevo.

Esta vez, el intercambio fue más intenso, así como las sensaciones que provocaba en ambos; sus lenguas ya se acoplaban con excelente maestría, brindándose un placer, que crecía a cada segundo y los hacía desear más.

Las suaves succiones, los roces y las sutiles mordidas que se daban, avivaban el deseo en sus cuerpos, haciendo que sus respiraciones, se hicieran más pesadas.

Gonzalo la tomó de la cintura, instándola a rodearlo con las piernas; quería llevársela a la habitación, para tener sexo con ella, ya que allí, no tenía preservativos.

A veces, lo sorprendía esa urgencia, que se apoderaba de él, cada vez que estaba junto a ella. Lo traía loco y todo el tiempo quería que estuvieran cogiendo; sin embargo, sus planes fueron arruinados por la alarma de la lavadora, que comenzó a sonar en ese instante, anunciándole, que la última carga de ropa, estaba lista.

—Mierda —murmuró, hundiendo su rostro en los cálidos y suaves senos de Rebecca, que el escote le permitía sentir.

—Tendrá que apagarlo, detective —señaló Rebecca, haciendo alusión a la canción, mientras reía sin parar.

—Solo dame unos minutos... —indicó, poniéndola de pie, para dirigirse a la máquina—; por cierto, discúlpame por usar tu lavadora; tenía mucha ropa sucia acumulada. En la cabaña, a veces fallan las tuberías; creo que me va a tocar hacer de plomero, también, porque le pedí a uno que fuera y aún no lo hace.

—No hay problema, te dije que podías sentirte como en tu casa. Espero que no hayas almorzado, te traje comida.

—No, no he comido nada, ni siquiera me había fijado en la hora que es. Muchas gracias —expresó, sonriéndole.

—De nada. Me voy a la cocina a servir lo que traje y preparar algo de tomar —dijo, viéndose tentada de besarlo, para evitar rendirse a ese sentimiento, delante de él; a ese que comenzaba a albergar en su pecho.

—Está bien, ya casi termino aquí y te acompaño —dijo, mientras la veía alejarse, para luego seguir con lo suyo.

—¡Gonzalo Dorta! ¡Eres un terco!

Gritó Rebecca desde la cocina, sorprendiéndolo; pero al segundo siguiente, sonrió; asumiendo, que ella ya se había dado cuenta de la compra que hizo y guardó en los gabinetes y el refrigerador.

Terminó allí y se encaminó hasta donde ella se encontraba; la miró, intentando disimular su sonrisa, al ver que estaba seria.

—No tenías que hacerlo —pronunció, con el ceño fruncido.

—Me siento mejor ayudándote. Tú lo haces conmigo, Rebecca; deja que yo también lo haga contigo. —La miró a los ojos, para que supiera que era sincero; y al verla asentir, le dio un beso en los labios, mientras sonreía—. Bueno, ahora sí, ¿qué trajiste? Me muero de hambre —afirmó, caminando con ella hasta la mesa.

Rebecca le presentó un rico arroz Jambalaya, que despertó su apetito de inmediato; tomó un trago del jugo de arándanos, que como siempre, estaba delicioso; y juntos, compartieron la comida.

Ella no tenía que regresar al restaurante hasta la noche, para cerrar, así que después de eso, subieron a la habitación, donde tuvieron sexo; y mientras se bañaban, volvieron a repetir.

Posteriormente, se acostaron a dormir, por un par de horas.

La cena en la cocina de la mansión Wallis, se llevaba como era habitual, entre comentarios de lo sucedido durante el día; y esa noche, lo que más resaltaba, era esa escena que había tenido lugar en el salón, entre Deborah y Maurice.

Ingrid contaba todo, en medio de risas; no era una mujer chismosa y no decía todo eso por mal, simplemente, era la costumbre el personal; su forma de entretenerse.

—La verdad es, que nunca pensé, que la señorita Deborah, llegase a actuar de esa manera; pero se nota, que esos dos, apenas pueden ocultar lo que se traen —comentó, con algo de diversión, antes de llevarse un trozo de pan a la boca.

—No sé por qué te extraña, Ingrid; ellos saben que aquí, todo el mundo está al tanto de lo que hacen cada tarde, en el estudio de ella —dijo Katherine, con algo de resentimiento, mirando de reojo a Diego—. No somos tontos. Maurice no tiene ni idea de finanzas; así que, que digan que se la pasan conversando o que él la ayuda con el trabajo de la empresa, es la mentira más descarada que se les puede ocurrir.

—Pues yo no los crítico; por el contrario, creo que sería lindo, si llegasen a formalizar su relación... Después de lo que pasó el día de Navidad, creo que ya no quedan más impedimentos, para que eso suceda. —Angie se dejó llevar por la emoción y no midió sus palabras; le había prometido a su madre, que no hablaría nada, de la pelea entre Maurice y su patrón.

—¿Y qué pasó ese día? —preguntó Katherine, interesada.

—Nada, no sucedió nada —intervino Ingrid, mirando a su hija con severidad; advirtiéndole, que se quedara callada.

Diego, quien se encontraba en la mesa, obligándose a comer, mientras escuchaba todo eso; también se quedó con la curiosidad de saber lo que había ocurrido ese día.

Sabía, que desear conocer más, era algo masoquista, pero lo necesitaba, porque estaba reuniendo el valor, para ponerle las cartas sobre la mesa a Deborah.

—Bueno, creo que deberíamos dejar ese tema de lado; lo que hagan Deborah y Maurice, es asunto de ellos dos —mencionó Martha, procurando que sus palabras, dieran por cerrado el tema.

Sin embargo, Katherine tenía otras intenciones; ella no sería la única amargada en esa casa; podía notar, que Diego no había dicho una palabra, y se le notaba tenso; así que buscó arruinarle la noche por completo.

Él le podía jurar, una y mil veces, que no tenía nada con Deborah, pero ella no era tonta, sabía muy bien, que algo sucedía; y si ella tenía intenciones de verlo esa noche, haría que se llenara de odio.

—Diego, tú has estado muy callado... ¿No dices nada, del espectáculo que hicieron hoy, Maurice y la «señorita» de la casa? —cuestionó, mirándolo fijamente, con una ceja arqueada.

Lo vio convertirse casi en una piedra, pero no le importó haber sido tan directa; solo quería una respuesta.

—Lo que ellos hagan, no es un asunto que me concierna —contestó, encogiéndose de hombros—; yo solo estoy aquí para atender el jardín, no para andar pendiente de chismes —agregó, sin dejar de lado su comida, aunque no tenía apetito.

—Eres un chico inteligente, como tu padre... Él nunca se metía en los asuntos de los patrones. A nosotros no nos pagan para estar pendiente de sus vidas, sino para servirles —señaló Martha, mirando a su hija con reproche.

—Pues yo creo que mientes, Diego; todos aquí, alguna vez, hemos hablado al respecto; seguro que tú también tienes tu opinión, pero por lo visto, tienes miedo de expresarla. ¿Acaso tienes un motivo, para no decir nada? —Katherine lo retó, sin ningún tipo de sutileza; clavando su mirada en él.

—¿Quieres que te dé una opinión? —inquirió, elevando una ceja, con arrogancia; viendo que ella asentía y que las demás mujeres, posaban sus miradas en él—. Está bien. Creo que él es un iluso y que va a terminar bien jodido, cuando se les acabe el juego; porque ella nunca lo va a tomar en serio, solo lo usa, para entretenerse, nada más. Es un verdadero pendejo, si cree, que porque se gradúe y tenga un título, ella se va a casar con él o a tener una familia. A la hora de unir su vida a alguien, esas personas, buscan a otras iguales a ellos, para agrandar sus fortunas y combinar sus importantísimos apellidos —pronunció, sin poder ocultar el rencor en sus palabras.

—¿No crees que ellos puedan tener una vida juntos? —preguntó Angie, pues su alma romántica, no quería aceptar una realidad así; para ella, Maurice y Deborah, eran una linda pareja.

—No —respondió él, de manera categórica.

Las mujeres se quedaron en silencio, ante la seriedad que mostró; ninguna tuvo ganas de cuestionar nada, después de eso; conscientes, de que tal vez, lo que acababa de decir Diego, era la verdad; por muy dura que esta resultase.

Continuaron con la cena, pero el ambiente había cambiado; se había vuelto taciturno.

—Necesito hablar contigo, Katherine; te espero afuera, no tardes. —Le indicó a la morena, cuando llegó a retirar su plato; usando un tono de voz, que solo ella pudiera escuchar.

Ella se vio tentada a negarse, pero terminó asintiendo, porque había estado ansiando su reconciliación. Lo vio marcharse, mientras sentía el corazón latirle muy rápido.

Luego de dos minutos, salió y lo vio fumando; apoyado en la pared; se acercó, quedándose en silencio; y jamás se esperó la reacción de Diego, pues estaba muy nerviosa, pensando que quizás, la había llamado para reclamarle, por haberlo expuesto como lo hizo.

Se sorprendió, cuando la besó, arrinconándola contra la pared; gimió, dejándose llevar; y comenzó a acariciarlo, pegándolo a su cuerpo; estaba ansiosa por tener sexo con él, de nuevo.

—Quiero pasar el Fin de Año contigo, te voy a llevar a mi apartamento —murmuró Diego, contra los gruesos labios de Katherine, que temblaban.

Ella sintió, que estallaba de felicidad y asintió, mostrando una gran sonrisa, antes de entregarse a un nuevo beso, que la llevó al borde del delirio; e incluso, estuvo a punto de rogarle que la tomara allí mismo, pero tuvieron que separarse, al escuchar que la llamaban.

Se despidieron, compartiendo una mirada, que hacía miles de promesas.

Diego cumplió con su palabra de llevar a Katherine a su apartamento, lo había hecho, no tanto porque deseara compartir con ella, pues bien podía pagarse un par de putas, como la otra vez; su motivo fue, vengarse de Deborah.

Estaba harto de hacer el papel de cabrón y quería castigarla, porque no fue a visitarlo en tres días, aunque ella no se diera ni por enterada.

Él tampoco hizo algún intento de acercarse, ni invitarla a pasar juntos el Fin de Año, como había planeado; esperaba que esa indiferencia que mostraba, le dejara claro, que no era tan importante para él, y que podía reemplazarla con la primera mujer que le pasara por el frente.

Deseaba que fuera consciente de que no era más que una buena cama, una cogida y nada más.

Tampoco se esmeró en hacer sentir especial a Katherine, tenía demasiada rabia encima, como para estar fingiéndose el «novio perfecto».

Solo compró dos botellas de champán barato, un pavo que vendían en el supermercado, ya listo, que solo había que calentar en el microondas; y le pidió a ella que llevara lo demás, pues no estaba dispuesto a preparar nada.

Centaron juntos, ella parlotando de mierdas que a él no le interesaba, así que se mantuvo en silencio, fingiendo que le prestaba atención; y de vez en cuando, se obligaba a sonreírle.

Lo único que deseaba era, terminar de comer, para llevársela a la habitación y ponerla a que le diera una buena mamada; de esas que tanto le gustaban y que siendo sincero, había extrañado.

—¿Te gustaría ir al malecón, para ver los fuegos artificiales? —preguntó ella, mirándolo con entusiasmo.

—No —mencionó, y al ver que la sonrisa desaparecía de los labios de Katherine, tuvo que armarse de paciencia; suspiró y le extendió la mano—. No me gusta el alboroto que se forma en esos lugares, morena..., mejor nos quedamos aquí.

—Está bien —concedió ella, bajando la mirada, sin poder ocultar su desilusión; y se puso de pie, para recoger los platos.

Diego se frotó la cara con las manos, al verla volverse y comenzar a lavar los platos; cerró los ojos, suprimiendo un suspiro; después, se levantó de la silla y caminó hasta ella, abrazándola por la cintura, empezó a besarle el cuello.

—¿En serio quieres ir a ver los fuegos artificiales? —preguntó, deslizando sus manos por la atractiva cintura de Katherine.

—Me habría gustado, pero si tú no quieres, no hay problema —respondió, aunque estaba claro, que no se encontraba conforme con esa decisión; quería pasear junto a Diego, tomados de las manos, como verdaderos novios.

—Si quieres ver fuegos artificiales, yo puedo enseñarte algunos —murmuró, subiendo sus manos, para acariciarle las tetas; se movió, pegándose a ella, para que sintiera lo duro que estaba y que ya no quería seguir esperando.

—Hablaba de fuegos artificiales de verdad, Diego —expresó, intentando mostrarse seria, pero sonreía y gemía al sentirlo.

—Y yo también; además, los que verás en mi habitación, serán mucho mejores, Katherine...; deja eso y vamos —pidió, sin dejar de tocarla ni de rozarse contra ese culo parado y redondo, que esperaba tener al fin, esa noche.

Katherine se rindió ante lo que sentía y se volvió, para besarlo; dejó que Diego hiciera fiesta en su boca, mientras se deshacía en gemidos y jadeos, al sentir cómo movía su pelvis contra la de ella, y la subía por la cintura, para rozar contra su pubis el bulto que formaba su erección bajo el pantalón.

Los besos que él le daba, le robaban la capacidad de pensar, se llevaban toda su voluntad, y el deseo tomaba posesión de su cuerpo; no quería nada más que sentir el placer que ese hombre le provocaba.

Entraron a la habitación, sin dejar de besarse, mientras sus manos se movían con destreza por sus cuerpos, buscando aumentar la excitación.

Ella sintió, cómo Diego la tumbaba en la cama, y con rapidez, le quitaba el sexy panty, que había comprado para esa ocasión, pero que él ni siquiera apreció, solo lo lanzó al piso y acto seguido, le separó las piernas.

—Prepárate para ver los mejores fuegos artificiales de toda tu vida.

Pronunció esas palabras, justo antes de hundir su boca en el centro palpitante y anegado de Katherine. Ella se arqueó, ante la primera secuencia de húmedas succiones, que él le dio.

Aferrándose a las sábanas, se abandonó, en medio de ese inmenso goce, y los jadeos se le atascaban en la garganta, al llegarles todos de golpe.

Cerró los párpados lentamente, poniendo los ojos en blanco, al sentir cómo la lengua de Diego, llegaba cada vez más profundo; y esos labios que adoraba besar, se acoplaban a su intimidad; invitándola a moverse, y ella así lo hizo; dejó a sus caderas salir, en busca de ese orgasmo, que casi rozaba con los dedos.

Diego se esmeraba en darle sexo oral, concentrándose en lo placentero que le resultaba perderse entre las piernas de esa morena, y dejando de lado, todo lo que lo había atormentado hasta hacía unos minutos.

La había llevado hasta allí, para disfrutar de ella y cogérsela hasta que se quedaran sin fuerzas, así que podía jurar que lo haría; no desistiría hasta hacer que Deborah Wallis, desapareciera de su cabeza, al menos esa noche.

Llevó a Katherine cerca del orgasmo, manteniéndola allí por casi un minuto, hasta sentirla desesperada: así podría obtener lo que deseaba de ella, esa noche.

Sus dedos se deslizaron hacia abajo, tanteando ese lugar, que las mujeres, muy pocas veces entregaban; al ver que ella no protestaba, comenzó a introducir un dedo, lentamente. Estaba apretada, pero no tanto como Deborah, así que dudaba que fuera virgen; seguramente ya lo había hecho por allí, así que no dejaría que se siguiera negando.

—Diego... —murmuró, tensándose; sabía dónde estaba él y lo que hacía; le estaba gustando mucho, pero al sentir que aceleraba el movimiento; pensó, que lo mejor era detenerlo, porque quería ir despacio con él—. Diego..., mi amor.

—¿Me dejarás tenerlo hoy? ¿Como un regalo? —preguntó, en medio de besos, que dejaba caer en el interior de sus muslos.

—Llevamos poco tiempo de novios... —Intentó excusarse.

—Hace casi un mes que estamos cogiendo, Katherine; creo que me lo merezco... Hagámoslo hoy, esta noche es especial... ¿Quién sabe cuándo tengamos otra así? —insistió, deslizando sus labios por el pubis depilado de la morena.

Ella se debatía entre ceder o mantenerse en su postura; con sus relaciones anteriores, había esperado al menos un año, para tener sexo anal. Era algo que requería de mucha confianza; y con Diego, aún no la tenía, pero lo deseaba demasiado.

—¿Me prometes que serás cuidadoso? —preguntó, mirándolo a los ojos, dejándole ver su temor a ser lastimada.

—Te prometo que voy a tratarte como una princesa —respondió, entregándole una sonrisa encantadora.

Ella asintió, en silencio, al tiempo que suspiraba, sonrojándose, intentado relajarse, para que todo fuera mucho más fácil. Sabía, que si estaba tensa, no lograría disfrutarlo, y esa noche, lo único que quería era, enamorarse de manera definitiva a Diego; hacerle entender, que ninguna otra lo iba a hacer sentir como ella, ni se entregaría de la misma forma; quería que viera, cuánto lo amaba.

La sonrisa en los labios de Diego, se mostró radiante y casi le dividió el rostro, al conseguir lo que estaba deseando; pensó que Katherine, se merecía un premio, a cambio de dejar que pudiera disfrutar de su espectacular culo, esa noche.

Terminó de desvestirla y le besó todo el cuerpo, excitándola hasta volverla una marioneta entre sus manos; haciéndolo sentir realmente poderoso y dueño por completo de ella.

Deborah se encontraba en su auto, dando vueltas por la ciudad; se había marchado de la fiesta donde estaba, sin avisar; solo se excusó, diciendo que debía hacer una llamada, y escapó; porque ya no soportaba seguir escuchando las estupideces de las personas que la rodeaban, y lo que era peor, tener que sonreírles, fingiendo que le agradaba la charla o le parecía interesante.

Se detuvo en una esquina, sin saber a dónde ir; sintiéndose sola y algo perdida; apoyó su frente sobre sus manos, que estaban en el volante, y la primera imagen que llegó hasta ella, fue la sonrisa de Maurice; esa que le regalaba después de compartir un orgasmo, cuando la pasión se esfumaba, dejando todo en ese estado de remanso, tan íntimo y placentero, cuando él le acariciaba el rostro con ternura, besándola y mirándola, como si fuera el ser más especial, que pudiera existir sobre la tierra.

La imagen hizo que su corazón comenzara a latir más rápido, y una agradable sensación le colmó el pecho; buscó su teléfono, sintiéndose tentada de llamarlo, pero en ese instante, recordó que debía estar compartiendo con su familia; por lo menos él, tenía una; una en la que ella no era bien recibida.

—Definitivamente, estarás sola esta noche, Deborah... —Se dijo, en voz alta, y puso el auto en marcha; pero tuvo que frenar con brusquedad—. ¡Maldito loco! —gritó, al hombre que iba sobre la motocicleta que se le atravesó.

Los latidos se le aceleraron, haciendo que el cuerpo le temblara, por el susto; soltó el aire que contuvo, de golpe, por la impresión; y cuando lo liberó, se sintió débil.

Ese hombre estuvo a punto de quedar bajo las ruedas de su auto. Lo vio alejarse, sin siquiera disminuir la velocidad; como si realmente hubiera perdido la cabeza; y pensó, que tal vez, deseaba ver a alguien con urgencia.

—Conduce como el imprudente de Diego —expresó, y de inmediato, la imagen del jardinero se apoderó de su cabeza; sonrió, cuando una idea llegó hasta ella—. Diego... No había pensado en él. Seguramente estará en su apartamento, pues dudo, que llevándose con su familia como lo hace, esté con ellos.

Se puso en marcha, de nuevo, sintiéndose esperanzada, porque después de todo, no pasaría esa noche sola y aburrida, entre las frías paredes de la mansión Wallis.

El cuerpo de Diego, se encontraba completamente bañado en sudor, mientras su pecho iba en un vaivén, gracias a su respiración acelerada; y sus manos, mostraban los nudillos de sus dedos casi blancos, por la presión que ejercían, sobre las redondas y turgentes nalgas de Katherine; para mantenerlas separadas, y así poder entrar y salir de ella, con absoluta libertad. Sus labios entreabiertos, dejaban escapar su aliento caliente y pesado, al tiempo que su mirada, estaba anclada en el perfecto cuerpo de la morena y en la unión de sus sexos.

—Diego, por favor...; ve más despacio, mi amor —suplicó. Si bien disfrutaba de ese momento, no podía dejar de lado, el miedo de resultar lastimada, pues él estaba muy bien dotado.

—Solo relájate, Katherine... Tócate. Hazlo y verás que se siente mejor —dijo, llevando una mano él mismo, hasta el clítoris, para presionarlo; quería continuar, pues planeaba acabar sobre esas perfectas nalgas que ella tenía—. Así... ¿Ves? Se siente rico, ¿verdad? —inquirió, presionado los dedos de ella con los suyos, sin dejar de mover sus caderas, pero procuró ir más lento—. Sigue tocándote así, morena... Estoy cerca y quiero que te corras conmigo, que lo hagamos juntos.

Esa petición de Diego, hizo que el pecho de Katherine, se hinchara de ilusión; lo que más deseaba era, compartir con él algo tan extraordinario, como un orgasmo; sabía, que cuando un hombre y una mujer, tenían ese tipo de conexión, el sexo pasaba a ser algo más; y ella deseaba eso con Diego.

Se obligó a olvidarse de la molestia que sentía, y ella misma comenzó a moverse junto a él, empujando sus caderas hacia atrás, mientras jadeaba y sentía que el corazón le martillaba en las sienas.

—Yo también estoy cerca, mi amor...; tócame tú también, me encanta cómo lo haces... Tócame, Diego —esbozó, mirándolo por encima del hombro, animándolo, para que lo hiciera rápido.

—Tú eres mi princesa, esta noche... Haré todo lo que me pidas —dijo, sonriendo con satisfacción, al saber que la tenía comiendo de su mano; ella haría lo que fuera por él.

Deslizó sus dedos por los labios húmedos y los hundió muy profundo, dejando que ella se encargara del brote de nervios, mientras él la llenaba; de esa manera, la sentía mucho más apretada.

Vio que ella fruncía el ceño, mostrando una mueca de dolor, pero no le pidió que se detuviera, así que avocado en obtener su propio placer, le dio libertad a su miembro, para que entrara por completo.

—¡Diego! —Katherine se quejó, llevando su mano hasta la pierna de él, para alejarlo; pero era inútil, parecía una estatua.

—Ya casi... Estoy a punto, morena; aguanta, que tú puedes... Puedes con esto y con más, déjame seguir... ¡Dios! ¡Qué culo tan perfecto tienes, Katherine! —expresó, sin detenerse.

A ella le tembló la barbilla, al tener que contener las lágrimas, y respiró profundamente, para soportar; cerró los ojos, al tiempo que se frotaba con fuerza el clítoris, para intentar correrse con él, tal como había deseado; o al menos, para que el dolor que sentía, disminuyera un poco.

Soltó el aire lentamente, y lo miró con los ojos llorosos, para hacerle ver que debía detenerse.

—Diego... Diego —Lo llamó, pero él solo seguía.

Él le apoyó una mano sobre la espalda, para tumbarla en la cama; sacó sus dedos impregnados de humedad y lubricó la unión de sus sexos, para hacerle las cosas más fáciles, pero no se detuvo, porque estaba muy cerca de correrse.

Resoplabo como si fuese un toro; con el cabello desordenado, la piel pintada de carmín y cubierta de sudor; dando la imagen de un hombre desquiciado.

—¡Maldición! ¡Qué buena estás! —exclamó, dándole una estoca tras otra, temblando de pies a cabeza, mientras se corría.

—¡Por Dios! —gritó ella, sintiendo que iba a quebrarla en dos; la invadió una mezcla de dolor y placer, cuando sintió la esencia caliente y espesa de él llenando su interior—. ¡Diego! ¡Diego! —expresó, y prácticamente, obligó a su cuerpo a liberarse, también.

Lanzó un grito, que le desgarró la garganta; y hundió su rostro entre la almohada, disfrutando del instantáneo placer, que se llevó el dolor, provocado por las violentas acometidas de Diego.

Terminó sollozando y mordiéndose con fuerza, la tela de algodón; sintiendo, que su cuerpo entero, era una masa trémula.

Diego salió con rapidez de Katherine y consiguió derramar parte de su semen, sobre esas perfectas nalgas; tal como había deseado desde que iniciara la noche.

Se sentía alucinado, ante la imagen de la piel ébano, salpicada por algunas gotas de su esencia, que resaltaban, luciendo como perlas transparentes.

—Eres un verdadero espectáculo, Katherine... —susurró, acariciándole la espalda. Ella era la primera mujer de piel oscura, que se había cogido por detrás, y ahora sabía, porqué sus amigos decían, que las morenas eran especiales. Sonrió y bajó, para darle un beso en el hombro—. Me enloqueciste, y te juro, que te cogería así, una y mil veces... —mencionó, besándole la nuca.

Ella fue saliendo poco a poco del estado donde se encontraba; en sus labios, se había dibujado una sonrisa, al escuchar las palabras de Diego.

Había conseguido su objetivo de conquistarlo, de hacer que deseara estar con ella, siempre. Suspiró y se movió, para quedar tendida en la cama, de espaldas, y así poder mirarlo.

—Yo también quiero que hagamos el amor una y mil veces, Diego... Quiero que lo hagamos siempre... Te amo —pronunció, con la mirada brillante y el pecho colmado de amor, por él, mientras le extendía las manos, para invitarlo a abrazarla.

Diego le sonrió y se acercó, para besarla; quiso complacerla, ya que se lo había ganado. Le acarició con suavidad las tetas, masajeando los pezones oscuros y duros; necesitaba de algunos minutos, para recuperarse del orgasmo que vivió, pero estaba seguro, que esa noche, repetirían.

Después de eso, se alejó, para buscar un cigarrillo en la mesa de noche y fumarlo, como siempre acostumbraba. Se acostó junto a Katherine, mostrando una sonrisa, cargada de satisfacción; mientras sentía, que ella apoyaba la cabeza en su pecho y suspiraba, con ensoñación.

No había pensado su cigarrillo, cuando escuchó el sonido del timbre; se sintió extrañado, pues, las únicas personas que sabían de ese lugar, eran sus padres; y estaba seguro, que no serían ellos, ya que habían quedado molestos, por su negativa, cuando lo invitaron a la casa; así que dudaba que hubieran ido hasta allí.

De pronto, recordó que no solo ellos sabían la dirección de su apartamento, había alguien más que también la conocía.

¡Mierda! ¡Deborah!... No, no puede ser ella... ¡Maldición!

Pensó, saliendo de la cama con rapidez; se puso de pie, ante el asombro de Katherine, quien había quedado tan rendida, que casi se había dormido sobre su pecho. La miró, con los ojos muy abiertos, buscando en su cabeza, la solución a ese momento.

Quizás, si le pido que se esconda en el baño... ¡Vamos, Diego! ¡No seas tan pendejo! Sabes que ella no lo hará; por el contrario, buscará la manera de averiguar quién toca... Señor, por favor, que no sea Deborah...

Cavilaba y volvió a escuchar el sonido. Se sobresaltó y miró hacia la puerta que llevaba al salón, sintiéndose acorralado; después, se volvió hacia Katherine, quien lo

veía fijamente, mostrando su desconcierto, al inicio; y al final, la desconfianza.

—¿No piensas ir a ver quién llama? —preguntó, con recelo.

—Yo... Quizás sea mejor no hacerlo, no espero a nadie y debe estar equivocado —contestó, esquivándole la mirada.

—Pues no lo parece, toca con mucha insistencia —comentó ella, al escuchar que llamaban por tercera vez.

—Debe ser algún vecino fastidioso, mejor lo ignoramos.

—Pues no nos dejará en paz, si no sales y le dices que se vaya.

—Ya se cansará —rogó internamente, para que eso sucediera. Estaba por entrar a la cama, cuando la vio levantarse.

—Yo iré a ver quién es...

—¡No! —exclamó y le apoyó las manos en los hombros, para volver a sentarla—. No puedes salir desnuda, ¿acaso te has vuelto loca? —inquirió, fingiendo que era eso lo que le importaba.

—Iba a ponerme algo encima...

—Igual no lo harás... —Diego maldijo internamente, al escuchar, que quien llamaba, no se cansaba; dejó escapar un suspiro y se resignó a ir a ver quién era—. Iré yo, y te juro, que lo echaré de aquí a patadas... Espérame aquí y no salgas. —Le ordenó, mirándola con seriedad, para que obedeciera.

Recogió su pantalón del suelo, para vestirse, pero se percató de que este tenía manchas de semen; eso pasó, cuando estuvo a punto de acabar en la boca de Katherine, mientras le daba una mamada; ella se alejó y él terminó corriéndose sobre su ropa. Lanzó la prenda a un rincón y tomó una de las sábanas.

—¿Vas a salir así? —inquirió ella, elevando una ceja.

—Sí, yo soy hombre y no hay problema —respondió, con fastidio, al tiempo que la enrollaba en su cintura.

Después de eso, salió, con pasos apresurados, hasta el salón; respiró hondo y cerró los ojos, rogando para que la persona al otro lado de la puerta, no fuera Deborah.

Quitó los seguros, y de un tirón, abrió la puerta.

Perdió todos los colores del rostro, su piel se cubrió de una espesa capa de sudor frío y la respiración se le cortó, al ver ese par de hermosos e intensos ojos azules.

Deborah había visto la motocicleta de Diego en el estacionamiento, pero estaba a punto de irse, pensando que él no se encontraba allí, al llamar tantas veces y no recibir respuesta.

Sonrió con alegría, al escuchar que quitaba los cerrojos; sin embargo, el gesto se le congeló en los labios, cuando sus ojos se encontraron con la imagen que él mostraba.

—¿Qué haces aquí? —Consiguió preguntar Diego, después de un minuto de silencio, donde solo se miraron.

—¿No me invitas a pasar? —cuestionó, arqueando una ceja. Su voz era fría y mostraba la furia que surgía en ella.

—Estoy ocupado ahora. —Él intentaba mostrarse calmado, aunque tenía las pelotas en la garganta.

—Sí..., ya veo —dijo ella, paseando su mirada por el cuerpo de él; no con deseo, sino con desprecio—. Me voy, entonces.

Diego la vio darse la vuelta, sabía que lo mejor que podía hacer en ese instante, era dejarla ir, así evitaría que Deborah supiese, que quien estaba junto a él, era Katherine; sin embargo, sintió cómo el miedo, le calaba hasta los huesos, ante la idea de perderla.

No sabía lo que le había dado esa mujer, pero de algo estaba seguro, no quería que lo que tenían, terminase; y era consciente, que si la dejaba marchar en ese instante, sin darle una explicación, eso podía terminar sucediendo.

—Espera... —pronunció, saliendo, para detenerla.

—No quiero interrumpir lo que sea que estés haciendo, Diego...; mejor sigue y hablamos después. —Quiso mostrarse indiferente, pero su mirada era fría y estaba cargada de rabia.

—No sabía que vendrías... —Intentó excusarse.

—Es evidente —reprochó ella, dejando salir su furia.

Diego la miró con resentimiento, no le gustaba la actitud de Deborah, comprendía que estuviera molesta, pero tampoco tenía el derecho de reclamarle nada; él podía hacer con su vida lo que le diera la gana, sin tener que ofrecerle explicaciones.

Estaba por decir algo más, cuando sintió unos pasos acercarse; y casi corrió hasta la entrada, para evitar que Katherine saliera.

—Diego... ¿Sucede algo?

Preguntó la morena, desde el interior, tirando del pomo, para abrir la puerta, pero él la mantuvo sujeta con fuerza, impidiéndolo.

Sabía, que si ella salía en ese momento y veía a Deborah allí, todo podía irse a la mierda y se terminaría quedando sin las dos.

—No pasa nada, regresa a la habitación, enseguida estoy contigo —indicó, sin mirar un solo instante a Deborah, aunque la escuchó jadear con indignación.

—¿Por qué no me dejas salir? ¿Quién está afuera? —cuestionó, con recelo, tirando una vez más del pomo.

—No es nadie, regresa a la habitación, Katherine. —Elevó la voz, para que le hiciera caso; y después, maldijo en pensamientos, por haber dejado que se le escapara el nombre.

—Está bien..., solo no tardes, amor.

Deborah apenas podía asimilar lo que estaba sucediendo, aunque ya tenía sus sospechas, no estaba preparada para confirmar de esa manera, que el «malnacido» de Diego, la estaba engañando con la maldita «mosca muerta» de Katherine.

Se sentía furiosa, indignada y también dolida; no podía creer, que hubiera permitido que esos dos le vieran la cara de estúpida, que seguramente se burlaran de ella a sus anchas, mientras cogían.

Le dio la espalda, otra vez; y caminó hasta los ascensores, para salir de ese lugar. Tenía que hacerlo, antes que la furia que llevaba dentro, se desatara y terminara armando un escándalo.

No se rebajaría de esa manera, menos por ese par de miserables, que no valían nada, no les daría el gusto de verla afectada.

—¿A dónde vas? —preguntó él, tomándola del brazo.

—Será mejor que me sueltes —siseó, mirándolo, de manera amenazadora, mientras tiraba de su brazo, para liberarlo.

—Deborah..., déjame contarte lo que sucedió. —Diego pensó, que si le decía toda la verdad, ella comprendería y terminaría hasta agradeciéndole por ello.

—No, gracias... No tengo ganas de escuchar, sobre las aventuras de «la sirvienta y el jardinero». Si quisiera hacerlo, busco en internet una película porno barata —mencionó, con desprecio.

—Deja de actuar como una tonta y escúchame —pidió, volviéndola, para mirarla a los ojos.

—¿Tonta? ¡Estúpida es lo que crees que soy! —gritó, molesta; y al ver que él abría los ojos, con asombro, supo que debía calmarse; respiró hondo, antes de seguir—: mira, Diego...; vamos a dejar las cosas como están, es lo mejor que podemos hacer en este momento, así que suéltame y regresa con tu juguete; solo espero que no te aburras muy rápido de ella...

—Katherine no significa nada para mí, ahora mismo iré y acabaré con todo esto, pero tú y yo no podemos terminar así, Deborah; eres tú quien me importa...; además, tenemos un trato —mencionó, para presionarla con eso.

—Nosotros tenemos un trato, Diego; y sigue en pie, pero después de esto, algunas cosas cambiarán. No vas a volver tocarme, nunca más...

—¿Qué carajos significa eso? —inquirió Diego, con el ceño fruncido.

—Lo que escuchaste, si quieres coger con alguien, vas a tener que seguir haciéndolo con Katherine, porque lo que es a mí, no vuelves a tenerme nunca más —sentenció, con la mirada clavada en la de él, sin titubear un instante—. Nuestro acuerdo sigue, tendrás el dinero que te prometí, cuando todo esté hecho, pero nada más —agregó, intentando liberarse.

La perplejidad que embargó a Diego, lo dejó en silencio por varios segundos, pero cuando las palabras de Deborah fueron procesadas por su cerebro, el sentimiento de asombro, fue reemplazado por el de la ira.

La tomó por la cintura y la llevó a un rincón oscuro, arrinconándola contra la pared, sin importararle la mueca de dolor que transfiguró ese hermoso rostro, ni el grito que ella ahogó o la mirada de susto que le dedicó.

—Estás muy equivocada, si crees que puedes jugar conmigo, Deborah Wallis; yo sé que te gusta hacerlo y que buscas a tipos que sean fáciles de manejar, para que cumplan todos tus caprichos, pero conmigo te jodiste... Yo no soy uno de ellos. —Acercó su rostro al de ella peligrosamente, mientras la miraba con furia, apenas contenida y le aplastaba los senos con su pecho.

—Suéltame, Diego, te estás comportando como un animal.

Ella forcejó, para liberarse, empujándolo con sus manos por los hombros, pero él apenas se movía; y de pronto, se llenó de miedo, al ver que su fuerza, no era nada, comparada con la de ese hombre. Intentó tranquilizarse, para no entrar en pánico.

—Y puedo ser peor, así que mírame y escúchame bien; vas a hacer exactamente lo que te digo... Te vas a ir directo a la mansión y mañana irás a verme para hablar de esto.

—No haré nada de eso, tú no eres nadie para darme órdenes, y quítame las manos de encima. —No se dejaría doblegar por un pendejo como él, ella era Deborah Wallis.

—Deja ya la estúpida pose de mujer ofendida y engañada, yo no he hecho nada que tú no hicieras antes. Te vas a la casa del maldito de Maurice y te quedas allí por días; te importa un carajo que tu padre y todo el mundo sepa, que te la pasas cogiendo con él... —decía, dejando libre todos los reproches que se había guardado y lo quemaban por dentro; tenía el rostro enrojecido y transformado, por la ira

—Te he dicho mil veces, que mi relación con Maurice, no es de tu incumbencia; además, tú estás al tanto de la misma, nunca te he engañado —mencionó, sintiéndose furiosa, pues eso era lo que más le dolía, que él no le dijera nada—. Te pregunté muchas veces, si tenías algo con Katherine, y siempre lo negaste. Eres un maldito

mentiroso, Diego —expresó, manteniendo a raya, las lágrimas que colmaban sus ojos.

—¿Para qué mierda querías saberlo? ¿Para que te sintieras como me siento yo? ¿Crees que se siente bien, ser consciente de que en las tardes, coges en tu estudio con Maurice; y después, vienes en las noches al invernadero, y te acuestas conmigo? Pasas de uno al otro, solo con darte un baño, como si fueras una...

Deborah lo calló, asestándole una fuerte bofetada, que le dejó la mano doliendo; su mirada cargada de odio, se encontró con la de Diego, que destilaba el mismo sentimiento, cuando volvió el rostro, para verla, pues la cachetada lo había volteado.

Él reaccionó, llevando su mano al delgado cuello de Deborah y la cerró con fuerza, pegándole la cabeza contra la pared; la miraba, debatiéndose entre el odio y el deseo, al final, este último ganó y estampó sus labios sobre los de ella, obligándola a abrir la boca, para poder besarla con libertad.

Hundió su lengua en su boca, ahogando los gruñidos de ella, y con la mano que tenía libre, comenzó a subirle el vestido; llegó a la ropa interior y comenzó a tirar de esta, para romperla, mientras la sentía forcejar, buscando escaparse.

—¡Suéltame! ¡Asqueroso! ¡Maldito bastardo! —Deborah intentaba liberarse con todas sus fuerzas—. Diego, suéltame o juro que te vas a arrepentir de esto...

—¿Quieres saber si me he cogido a Katherine? ¡Sí, lo he hecho! Me la he cogido muchas veces... y me ha gustado; justo acabo de correrme sobre el grandioso culo que ella tiene... Ahora dime, Deborah, ¿cómo se siente saberlo? —cuestionó, siseando cada palabra que salía de su boca.

—Maldito imbécil... ¡Te odio! ¡Te odio! —Aprovechó que tenía las manos libres, para pegarle en los hombros.

Le repugnaba sentir que estaba tocándola y besándola, después de haberse revolcado con Katherine; ella nunca había hecho algo como eso, no era tan baja, como para tener sexo con Maurice e ir enseguida a buscarlo.

Respiró hondo, para retener las lágrimas que pujaban por salir; y al hacerlo, el olor que brotaba de los poros de Diego, le dio la estocada final; sintió una fuerte punzada en el pecho, al percibir el aire impregnado de sudor y sexo.

—Ahora estamos a mano, porque en ocasiones, yo también he llegado a odiarte, Deborah... —La aprisionó más contra la pared y terminó de arrancarle el panty con un movimiento brusco.

Deborah sintió, cómo la piel se le quedó ardiendo, ante los tirones que él dio, para despojarla de su ropa interior; se sintió indefensa en ese momento y luchó por liberarse, una vez más.

Un jadeo escapó de ella, cuando sintió cómo los gruesos dedos de él, entraban en su intimidad, con movimientos rudos; intentó cerrar las piernas, pero Diego las aprisionó más fuerte contra la pared, dejándola sin escapatoria. Ella sollozó, al sentirse perdida.

—¿Es esto lo que no quieres que toque de nuevo?... —preguntó entre dientes, mientras la penetraba con fuerza—. ¿Esto es lo que vas a negarme, Deborah?... Pues te has vuelto loca, si crees que dejaré que algo como eso pase... Tú eres mía y voy a cogerte cada vez que se me dé la gana, ¿lo has entendido? —inquirió, dejando que su aliento caliente, le bañara el rostro.

Deborah estaba luchando por contener sus sensaciones y evitar que eso que él hacía, le provocara placer; se esforzaba por mantenerse inmóvil y con los ojos cerrados. No cedería, no le daría lo que estaba esperando; él no era más fuerte que ella.

Para su alivio, Diego pareció percatarse de que no iban a ningún lado y sacó los dedos de su interior, dejando escapar un gruñido salvaje; se restregó contra ella, para hacerla sentir que estaba excitado.

—Me estoy muriendo por coger contigo, Deborah...; sabes que me vuelves loco, belleza... Solo dame diez minutos y echaré a Katherine de aquí —susurró, contra los labios apretados de esa mujer, que le negaba el paraíso de su boca.

—Si haces eso, solo tendrás para coger, a un maldito maniquí —respondió, mirándolo con furia y desprecio.

—¡Mierda! ¿Por qué tienes que ser así, Deborah? —preguntó, estallando y zarandeándola un poco; pero ella no le contestó, solo lo miró con indiferencia—. ¿Sabes qué? Mejor vete..., sal de aquí y haz lo que se te dé la gana, pero mañana te quiero en el invernadero, y más te vale que estés allí; de lo contrario, vas a lamentarlo, y hablo en serio —pronunció, con fastidio; y después, la soltó, alejándose de ella, para no ceder ante su rabia.

Deborah también controló su molestia y sus deseos de pegarle; no tenía sentido seguir allí, así que caminó, para alejarse; intentando dejarle ver, que su orgullo seguía intacto, y que le importaba una mierda, que se quedara con la «zorra» de Katherine.

Casi se había olvidado de ella; y supo, de inmediato, que se estaba exponiendo mucho. Si la estúpida salía y la veía, no dudaría en contarle todo a Maurice.

No podía permitir que eso sucediera, no podía perderlo y menos por un miserable como Diego, quien acababa de demostrarle, que no era alguien digno de su confianza.

El sonido que hacía la cama, provocado por el balanceo sobre ella, llenaba toda la habitación, sincronizado con los gemidos y los jadeos que brotaban de los labios de Gonzalo y Rebecca, cada vez que sus bocas se separaban, en busca de oxígeno, acompañado, además, por ese que producían sus pieles al chocar, cuando se fundían, volviéndose casi un solo ser.

El sudor bañaba sus cuerpos, y el ligero carmín que los pintaba, dejaba en evidencia, el poderoso placer, que estaban experimentando en ese instante; el mismo que estaba llevándolos, al camino de la gloria.

Rebecca tenía las manos aferradas a la poderosa espalda de Gonzalo, dejando allí, pintadas, las intensas marcas de sus dedos. Se sentía algo sofocaba, por el peso de él sobre ella, pero al mismo tiempo, extasiada, al percibir el calor y la fuerza de esos brazos, que la envolvían, que la hacían sentir deseada y única.

Le hundía su rostro en el cuello, que estaba cubierto de una ligera capa de humedad; pudiendo percibir, que de cada poro, brotaba ese aroma, que era solo de él, y por el cual, ella deliraba.

Gonzalo también disfrutaba a plenitud del encuentro, atraía a Rebecca a su cuerpo, para eliminar cualquier espacio entre los dos, sin dejar de moverse un solo instante, en el húmedo y cálido interior de la morena; disfrutando de cada contracción que le brindaba, cuando llegaba muy profundo y le arrancaba gritos de goce, que ahogaba contra su piel.

Sabía, que no soportaría mucho más, estaba a punto de correrse; y por lo menos, ya ella había tenido dos orgasmos. Él deseaba darle un tercero, pero conocía sus limitaciones; no era un chico de quince años, que podía pasar toda la noche cogiendo, aunque verdaderamente, lo deseara.

—Me voy, muñeca —murmuró, con la voz trémula.

—Si no lo hacías..., ibas a terminar... matándome —expresó ella, entre suaves succiones de labios, mientras sonreía.

Él le respondió con el mismo gesto, mostrándolo de manera más efusiva; y su mirada se iluminó, al ver cómo el placer, comenzaba a reflejarse en el bello rostro de Rebecca.

La vio separar los labios, en busca de aire; y sintió, cómo su cuerpo se tensaba, anunciándole que también se correría. Le acunó la cabeza entre las manos y buscó sus suaves labios, para fundirse en ellos, al tiempo que su miembro, seguía penetrándola, sin tregua, listo para descargarse; y así lo hizo, segundos después.

—Gonzalo..., quédate allí... ¡Dios! Se siente tan perfecto... ¡Me encanta! ¡Me encanta! —pronunció ella, besándole el rostro, sintiendo todavía, los estragos del orgasmo.

—Sí... sí, se siente perfecto... Tú lo haces perfecto, Rebecca.

Él se quedó dentro de ella, tal como le pidió, tenso como la cuerda de un violín; y de esa manera, dejó que toda su esencia, se desbordara en el interior de esa mujer, que lo volvía loco; acabó con la respiración agitada y el corazón martillándole por todo el cuerpo.

Hacerlo directamente en ella, le brindaba una sensación extraordinaria. Había pasado tanto tiempo, desde que lo hizo por última vez, junto a su difunta esposa, que casi había olvidado, lo que se sentía al estar en el cuerpo de una mujer, sin barreras de por medio, sumergido en esa húmeda calidez, que lo enloquecía.

Después de que compartiera con Rebecca, parte de su historia, se había creado entre ambos, una conexión más estrecha. Ella también le contó parte de su vida, y aquella mala experiencia, que vivió junto a un «malnacido», que se aprovechó de su inocencia.

Esos días juntos y las confesiones realizadas, les habían servido, para exponer sus sentimientos, aunque seguían mostrándose algo reservados; sobre todo él, quien no lograba definir del todo, lo que sentía estando con ella. Por el momento, solo quería disfrutar de esa experiencia, que lo hacía feliz.

De pronto, escuchó que el teléfono de ella sonaba y se sorprendió; pues la señal en la cabaña, había estado pésima, desde que llegaron el día anterior.

Habían ido a pasar el año nuevo allí, por petición de Rebecca; ya que su madrina no estaría en la ciudad, pues le tocaba ser la invitada de sus hermanas, quienes vivían en el estado vecino, Mississippi.

—¿Te están llamando? —inquirió, moviéndose, para liberarla de su peso y que ella pudiera atender.

—No, puse una alarma... ¡Feliz año nuevo, Gonzalo! —exclamó con felicidad, abrazándolo fuertemente.

—Feliz año nuevo, Rebecca —mencionó él, besándola y sintiéndose sorprendido, no se había percatado de la hora.

Se abrazaron con fuerza y sus bocas se fundieron en un beso, que prolongaron cerca de un minuto. Entre lentos y húmedos roces de lenguas, iniciaron ese año, dándole espacio a la esperanza de que trajera cosas mejores que los anteriores.

Se separaron y se quedaron mirándose, en silencio, hasta que ella comenzó a reír, al percatarse del momento que vivían. Le dejó caer una lluvia de besos a Gonzalo en el rostro, cuando él la vio; mostrándose desconcertado.

—¿Qué te causa tanta gracia? —preguntó, intrigado.

—Que nunca había finalizado un año, teniendo un orgasmo... Es algo para destacar, sin duda alguna —expresó ella, riendo y acariciándole el rostro—. Gracias por hacerlo posible, detective Dorta.

Él soltó una carcajada, ante la acotación de ella. Le rodeó la cintura con un brazo y se tumbó de espalda, sobre la cama, para ponerla encima de su cuerpo.

Comenzó a acariciarle las caderas y espalda, mientras le dejaba caer suaves besos en cada mejilla; y después, le rozó los labios, justo antes de apoderarse de esa exquisita boca, que se había convertido en su nuevo vicio.

Rebecca gimió, con satisfacción, y deslizó su cuerpo, para estar más cerca de él; sintiendo cosquillas, por los suaves vellos, que poblaban el pecho masculino; creando un roce, que le resultaba sumamente excitante.

Su intimidad seguía muy sensible y cada toque, por mínimo que fuera, con el miembro de él, la hacía gemir y estremecer.

—¿Sabes algo, Rebecca? Acabo de darme cuenta, que yo tampoco había terminado el año teniendo un orgasmo... y tampoco lo he iniciado con uno.

—¿Me está proponiendo una segunda ronda, detective? —preguntó, con una sonrisa efusiva y la mirada de picardía.

—Bueno..., podríamos comenzar con un buen preámbulo... —contestó, acariciándole las nalgas.

Ella gimió, aprobando lo que él hacía; cerró los ojos, para dejarse consentir, al tiempo que movía sus caderas, frotando su intimidad contra la longitud de él; dejando que la humedad que impregnaba sus labios íntimos, lo mojara.

El contacto de sus pieles, sin nada que los separara, era tan sublime, que el deseo de sentirlo en su interior, por segunda vez, se hacía más poderoso, a cada segundo.

—Acepto tu propuesta, dame el primer orgasmo de este año, Gonzalo —respondió, deslizando sus labios por la fuerte mandíbula, y terminó mordiendo el lóbulo de la oreja.

Después, lo besó en los labios; un beso profundo y cargado de todos los sentimientos, que a cada momento, iban cobrando intensidad, sin limitarse por nada.

Ya Rebecca no temía entregarse a Gonzalo, después de que él, le contara parte de su pasado, y que ella sintiera, que cada una de sus palabras, eran sinceras. Les dio libertad a sus sentimientos, para que albergaran una nueva ilusión; aunque no le decía nada a él, pues sentía que era pronto; deseaba enamorarse de Gonzalo, y vivir nuevamente, la parte maravillosa del amor.

Gonzalo despertó esa mañana y entró a la habitación que ocuparon sus padres; no lo había hecho desde aquella noche, cuando se encontró la carta, que había trastocado su mundo.

Aprovechando que Rebecca dormía, caminó hasta ese lugar, para enfrentar a sus demonios y buscó de nuevo en el baúl de su madre. Releyó la misiva, llevado por su curiosidad, y en su cabeza, se instaló la idea de investigar un poco más, sobre la mujer llamada Christie; sobre todo, después de recordar, que Deborah Wallis, le dijera, que su madre se llamaba así.

Llegó a la conclusión, que Rebecca podía brindarle algo de información; ella parecía conocer a todo el mundo en Nueva Orleans; además, la había visto interactuar con la heredera de los Wallis, aunque no fue un encuentro muy grato, pero podía aportarle la información que deseaba tener.

La miraba en silencio y le sonreía, tratando de dar con las palabras idóneas, que le ayudasen a abordar el tema, sin incomodarla.

—¿Por qué estás tan callado? —preguntó ella, de repente, clavando su mirada en los ojos grises, él parecía algo extraviado.

—Por nada en particular, solo pensaba...; o, mejor dicho, trataba de adivinar algo. Siempre estoy haciendo teorías, es parte de mi trabajo —respondió, viendo en esa pregunta que ella le hacía, la posibilidad de iniciar con el tema.

—Suenan interesantes, ¿y qué está teorizando ahora, detective Dorta? —preguntó Rebecca, entusiasmada.

—Bueno, estaba recordando una escena, que tuvo lugar en tu restaurante... —Se interrumpió, sonriendo, al ver cómo ella se sonrojaba—. No esas escenas, aunque también me gusta recordarlas —aclaró, besándole la mano—; hablo de otra, una que me resultó bastante extraña.

—¿En el restaurante? —preguntó, desconcertada, porque no recordaba nada parecido a lo que Gonzalo le decía.

—Sí, tú atendías a un hombre rubio, que llegó a la hora del almuerzo; y de pronto, entró una mujer, muy elegante, blanca, delgada y de cabello oscuro; que comenzó a exigirle a él que salieran de allí... Tú te acercaste, para ver lo que sucedía y tuvieron un fuerte intercambio de palabras... —La vio tensarse, así que se detuvo, consciente de que ella había recordado la escena.

—Sé de lo que hablas. Sucedió a los pocos días de que llegaras a la ciudad —mencionó, borrando la sonrisa de sus labios—. La mujer que entró ese día, al restaurante, se llama Deborah Wallis, y es la persona más insoportable sobre la faz de la tierra. Se cree la dueña del mundo, solo porque su padre es el hombre más poderoso de Nueva Orleans y su madre fue una famosa actriz de teatro —indicó, mirándolo a los ojos.

—¿Y el hombre? —inquirió, manteniéndole la mirada; necesitaba más información de él, pues no había dejado de lado, la revelación que le hiciera George Stevenson.

—¿Qué hay con él? —cuestionó ella, algo desconcertada.

—Esa mujer entró a tu restaurante, casi dispuesta a sacarte los ojos, solo porque tú le sonreíste. ¿Acaso hubo algo entre ustedes dos? —Siguió con su interrogatorio, eso también le interesaba.

—¡No! Apenas conozco a Maurice —dijo, riendo y frunció el ceño, viéndolo detenidamente—. ¿Por qué tanto interés? ¿Me estás celando, Gonzalo? —cuestionó, con la esperanza de que le dijera que sí, que sentía celos de Maurice.

—¿Tendría motivos para hacerlo? —contestó con otra pregunta y cruzó los brazos sobre su amplio pecho.

—No... La verdad es, que solo he visto a Maurice pocas veces, aunque sí conozco bastante a su padre; es uno de los hombres de confianza del viejo Wallis, y fue amigo de mi padre. Lo otro que sé de él es, que es amigo de Louis; van a la misma universidad, aunque en facultades diferentes, pero a veces salen en grupo... ¡Ah! Y los dos practican boxeo.

Gonzalo escuchó todo en silencio y fue haciendo anotaciones en su cabeza, aunque su instinto policial, no lo libró de sentir una extraña punzada en el pecho, al ver que Rebecca no estaba del todo ignorante de ese hombre.

—Para haberlo visto en pocas ocasiones, sabes mucho de él.

Ella soltó una carcajada, ante ese comentario. Él podía querer disfrazar todo lo que quisiera sus celos, pero era demasiado evidente; sintió un deseo enorme de ponerse de pie y comérselo a besos; sin embargo, se contuvo, al ver que él ponía mala cara. Tuvo que respirar profundo, para dejar de reír.

—Nueva Orleans no es un lugar tan grande, Gonzalo...; aquí todo el mundo sabe algo de los demás; sobre todo, si esas personas están relacionadas con otras importantes; y Maurice lo está —comentó, para alejar de él ese sentimiento absurdo.

—¿Qué quieres decir? —cuestionó, sintiendo que se acercaba al punto que deseaba conocer.

—Bueno, muchas personas creen, que él y Deborah Wallis, tienen una relación de años; yo estoy segura que es así... Las dos estudiamos juntas en la secundaria, aunque gracias a Dios, nunca fuimos amigas; ella es realmente insoportable. En ese tiempo, ya se decía, que la niña mimada de Nueva Orleans, tenía una amistad muy estrecha, con el hijo del chofer de su padre.

—¿Se conocen desde niños? —Gonzalo se mostraba cada vez más interesado, en lo que le contaba Rebecca.

—Sí, Gaël, el padre de Maurice, perdió su casa y a su esposa, tras el Katrina; para ese momento, ya era chofer de Dominic Wallis y este le ofreció un lugar en su propiedad...; así que él se mudó allí, junto a Maurice, donde este conoció a Deborah. Si no recuerdo mal, ella tenía quince años y él unos dieciséis o diecisiete. El caso es, que en la escuela, ella tenía muchos pretendientes, chicos apuestos y de su misma posición, pero no se fijaba en ninguno, por más que sus amigas le insistían para que lo hiciera —explicaba, mirándolo a los ojos—. ¿Por qué tienes tanto interés en esto?

—Simple curiosidad —respondió, encogiéndose de hombros; le estaba mintiendo, y se sintió mal por ello, pero no podía decirle nada, al menos no por el momento.

—Parece más que simple curiosidad, Gonzalo... —Arqueó una ceja, mientras lo miraba fijamente; sentía que había algo más, detrás de todo eso, aunque no lo presionaría para que le contara.

—La curiosidad de un policía, es mucho más poderosa, que la que comúnmente muestran otras personas.

—Déjame poner eso en duda, porque conozco a unas cuantas mujeres, que dejarían tu curiosidad de policía en pañales —acotó, mirándolo con los ojos muy abiertos.

Gonzalo soltó una carcajada, ante ese comentario de Rebecca; no mentía cuando decía, que ella podía alegrar el peor de sus días.

Había estado algo tenso, después de leer de nuevo la carta de su madre y asociarla con lo que escuchó de labios de Deborah Wallis, pero solo bastaba compartir unos minutos con Rebecca, para que ella aligerara su mundo, de nuevo.

—Bueno, está bien...; ya no me cuentes nada, si me vas a llamar chismoso, es mejor que no lo hagas —indicó, fingiéndose ofendido por la comparación.

—No te pongas así, tonto; a ver, dime. —Se puso de pie y se sentó en las piernas de Gonzalo, rodeándole los hombros con un brazo, para estar más cerca de él—. ¿Qué más deseas saber?

—Cuéntame más sobre los Wallis, esa familia me parece interesante. He escuchado que son las personas más influyentes de la ciudad —mencionó, mirándola a los ojos.

—Influyentes, excéntricos, locos... La verdad, que se les ha catalogado de mil cosas; por ejemplo, la heredera es como ya te dije, la mujer más espantosa del mundo; lo que tiene de hermosa, lo tiene de malvada; es egoísta, caprichosa, arrogante... Todo eso lo heredó del padre, Dominic Wallis, quien es muy parecido a ella. Dicen que es un ser despiadado en los negocios, que no le tiembla la mano, para hacer a un lado a sus competidores. La mitad de las familias de clase alta, le debe favores; y la otra mitad, lo odia.

—Supongo que tendrá muchos enemigos —concluyó, deseando ir a uno de los puntos que le interesaba.

—Seguramente, aunque no es algo que a mí me incumba; así que no sabría responderte con certeza. Lo cierto es, que dudo mucho que alguno se atreva a tocarlo; es un hombre muy importante y la policía no tardaría en atrapar a quien cometiera un crimen contra él o su hija. Dentro de esta ciudad, son intocables —expuso con naturalidad, lo que era de conocimiento público.

—¿Y qué hay de la esposa?

Gonzalo sabía que estaba muerta, porque Deborah se lo había mencionado; solo necesitaba hacerle creer a Rebecca, que estaba completamente ignorante de todo eso. No se sentía bien engañándola, pero debía hacerlo, para saber más.

—Christie Wallis, murió hace unos seis años; se dijo que tuvo un accidente en la bañera, pero muchos rumoraron, que ella se había quitado la vida.

—¿La policía no hizo una investigación? —cuestionó, desconcertado, mientras movía las pupilas con rapidez.

—Supongo que sí, pero los detalles no se hicieron públicos. Fue un acontecimiento muy triste. De los Wallis, ella era la única que contaba con el aprecio de las personas, era muy agradable y admirada por muchos. Antes de casarse, fue una gran actriz, famosa y con mucho talento; sin embargo, abandonó los escenarios, para formar una familia junto a Dominic; pero al parecer, ese sacrificio no valió la pena.

—¿Por qué lo dices? —De pronto, Gonzalo sintió pena por la mujer; después de todo, lo había llevado nueve meses en el vientre y luchó para traerlo al mundo.

—La señora Christie, estaba enferma, era alcohólica. Esa fue otra de las cosas, que los Wallis intentaron ocultar... Su esposo la mantenía aislada, en esa gran mansión, que tienen en White Castle; pero cada vez que ella se escapaba y se presentaba en público, se podía ver lo deteriorada que estaba... Parecía una rosa marchita —esbozó, con algo de tristeza.

—¿Por qué nadie se ocupó de ella?

—No lo sé, Gonzalo... El viejo Wallis tenía amantes por doquier, no le prestaba atención; y Deborah, pues, ella se olvidó de ambos. Se fue a estudiar a Filadelfia y no volvió más, ni en las vacaciones de verano ni por las fiestas de Navidad o Año Nuevo. No se llevaba muy bien con sus padres; incluso, intentó escapar en dos oportunidades, cuando estábamos en la secundaria. Solo regresó para el sepelio, pero a los pocos días, regresó a Filadelfia —explicó, mirándolo.

Gonzalo tenía el ceño profundamente fruncido, la mirada perdida y una expresión, que Rebecca nunca le había visto. No comprendía porqué se había mostrado tan interesado en saber sobre los Wallis; y mucho menos, el porqué de esa reacción.

—¿Te encuentras bien, Gonzalo? —Se animó a preguntarle.

—Sí... sí, claro. Es solo que... no sé, me parece todo tan denso; como si hubiese muchos secretos en torno a esa familia. Ahora veo porqué les han atribuido tantos títulos. —Intentó que su comentario sonara casual; no podía mostrarse tan afectado, delante de Rebecca, aunque en el fondo, lo estaba.

—Creo que será mejor que dejemos el tema de lado —sugirió ella. Su mirada se encontró con la de él, que le seguía pareciendo extraviada—. ¿Te apetece algo especial, para almorzar? —preguntó, después le dio un suave toque de labios y le acarició el cabello, que estaba necesitando un corte.

—¿Qué hora es? —indagó, parpadeando; sentía como si hubiera estado dentro de una cápsula, que lo alejó del tiempo real.

—Es casi mediodía —contestó, aún percibía en él, esa actitud extraña; de pronto, sintió que debía traerlo de vuelta, temiendo que fuera a mostrarse como el otro día, cuando estuvo a punto de irse; pues lucía igual que entonces—. Ven, vamos a la cocina, para que preparemos algo, juntos.

Se puso de pie y lo tomó de la mano, para hacer que se levantara; lo llevó de esa manera hasta la cocina y tuvo que soltarlo, para comenzar a buscar en la nevera. No tenía nada en mente, así que prepararía algo rápido.

—Yo te ayudo. —Gonzalo se ofreció, al ver lo que ella hacía.

Se obligó a centrarse en el momento. No podía dejar, que las cosas que le ocurrieron a esa mujer, lo afectaran. Christie Wallis, no era nadie para él, debía recordarlo.

—¿Te parece que pongamos un poco de música? —inquirió Rebecca, caminando hasta donde había dejado su bolso.

—Claro, haz lo que desees. Siéntete en tu casa, Rebecca. —Le sonrió, terminando de lavar las verduras, que ella había dejado.

—¡Perfecto! Pongamos algo alegre... No es que no me gusten tus gustos musicales —aclaró, al ver que la miraba, desconcertado, por esa mención—, es solo que... son muy pesados.

Él sonrió y asintió, dándole la razón; la mayoría de las bandas que escuchaba, eran de *«Heavy Metal»*. No tenía ni un solo cantante de pop o esos ritmos actuales, que le gustaban a la mayoría; sin embargo, frunció el ceño, cuando escuchó la vibrante música, que llenó el espacio; había escuchado la canción, porque estaba de moda, pero siempre que salía en la radio, la cantaba.

—¿Por qué pones esa cara? —inquirió Rebecca, conteniendo su risa—. ¿No te gusta Rihanna?

—Ella me gusta, su música no —respondió, siendo sincero.

—¡Descarado! —Rebecca se llevó las manos a la cintura, y lo miró con una mezcla de reproche y diversión.

—Tú preguntaste..., solo soy honesto; ella se mueve bien.

—¿Ah, sí? Pues para tu información, yo puedo moverme tan bien como ella —dijo, mostrándose como una niña malcriada.

—Me consta..., aunque no estaría de más, que me lo recordaras —pronunció, apoyando sus manos en la pieza de granito, donde estaban empotrados el lavaplatos y la cocina.

—¿Me estás retando, Gonzalo? —inquirió, arqueando una ceja y se cruzaba de brazos.

Él se encogió de hombros, dejando ver una sonrisa burlona y sensual al mismo tiempo. Le recorrió con la mirada el cuerpo, encendiendo la sangre que corría por sus venas.

Ella no pudo resistirse ante esa invitación, así que tomó el control del equipo de sonido y puso a repetir la canción.

Después, caminó hasta él, sin apartar su mirada de esos ojos grises, que a cada segundo, se tornaban más oscuros; y cuando quedó a escasos centímetros, se dio la vuelta, para quedar de espaldas. Sin sutilezas, empujó el culo hacia atrás, para pegarlo a la suave curva que formaba su pene, y comenzó a sobarse contra él, siguiendo el ritmo de la canción.

Los latidos de Gonzalo se desbocaron, al sentirla moverse de esa manera. Contuvo la respiración, y toda la sangre en sus venas, corrió en torrentes hacia un solo lugar de su cuerpo.

Intentó mantenerse inmóvil, pero falló estrepitosamente, cuando ella hizo su roce más intenso, haciéndole sentir el calor que se iba apoderando de su intimidad; y luego, se subió el camisón, dejando a su vista, el diminuto tanga que tenía puesto.

—Rebecca... —susurró, con la voz cargada de deseo.

—*Beg you something please... Baby don't you leave... don't leave me stuck here in the streets uh huh.* —Ella esbozó una sonrisa, después de cantar esa parte de la canción.

Siguió moviéndose y gimió, al sentir cómo el miembro de Gonzalo, iba tensándose, cada vez más.

La canción seguía, también esa mezcla de extraordinario placer y suplicio, que Rebecca provocaba en él. Sentía que no tardaría mucho en liberar su erección y hundirse en ella.

No dejaba de impresionarlo, la rapidez con la cual ella lo excitaba; ese deseo irracional y poderoso, que despertaba en su cuerpo y que solo conseguía saciar, poseyéndola.

—Me has dejado muy claro tu punto...; incluso, podría jurar, que te mueves mejor —murmuró, besándole el cuello; suspiró, cuando ella se alejó un poco y pudo ver el efecto, que había tenido el baile, sobre su cuerpo.

Su pantalón de ejercicio, parecía una carpa de circo, gracias a la potente erección que ella le había provocado, en menos de cuatro minutos.

Le sostuvo las caderas con sus manos, para atraerla a su cuerpo, y dejándose llevar por su deseo, empezó a rozarse contra ella.

Recibió, con una sonrisa de satisfacción, los gemidos y temblores que Rebecca le entregó, al sentir lo duro que estaba.

—Gonzalo... —susurró, en medio de un jadeo; sintiendo que el corazón, cada vez le latía más rápido, y que su intimidad, era un volcán, a punto de hacer erupción.

—Sigue cantando, Rebecca...; me gusta tu voz, y sigue moviéndote, así...

—*I hope that you see this through... I hope that you see this true... What can I say, please recognize I'm trying, babe!* —Ella hizo lo que le pedía, aunque su cabeza le daba vueltas.

Él no pudo seguir aguantando. Con rapidez, se deshizo de aquello que los separaba; se bajó el pantalón, liberando su erección; y la llevó hasta ella, rozándola un par de veces contra la prenda intimidad, que estaba húmeda.

La hizo a un lado, y saboreó, durante unos segundos, la expectativa que podía percibir en Rebecca; después de eso, se hundió, llegando muy profundo, de un solo

embiste; gruñendo contra el delicado cuello femenino.

Rebecca tembló de pies a cabeza, ante esa ruda y excitante invasión, a la que la sometió Gonzalo; se arqueó, al sentir cómo se deslizaba con rapidez, golpeando sus nalgas, cada vez que se movía. Sentía, que ese hombre, iba a matarla de tanto placer; no le importaba siquiera, la tensión que sentía en sus piernas, por estar de pie; el ambiente era demasiado erótico, para ser consciente de ello.

La canción de fondo y el ritmo acelerado, hicieron que ella no tardara mucho en tener un poderoso y enloquecedor orgasmo, que la llevó a gritar el nombre de él.

Gonzalo la sintió irse, y luchó por mantenerse, en medio de esas deliciosas contracciones. Le cerró la cintura con los brazos, y casi como un animal, siguió penetrándola.

En medio de ese vórtice de emociones y sensaciones, le arrancó gritos, jadeos, gemidos y un segundo orgasmo, que compartió con ella.

Diego llegó a la mansión, cuando la noche ya se cernía sobre la extensa propiedad, tenía oportunidad de hacerlo al día siguiente, antes de las ocho de la mañana, pero decidió que fuera antes, porque estaba desesperado por hablar con Deborah.

Katherine le hizo mil y un reproche por eso, deseaba que pasaran su última noche juntos, en la ciudad, salir a pasear o a cenar fuera, pero él no estaba de ánimos para ello; por el contrario, se mostró muy paciente con ella durante esos días.

Sobre todo, después de la patética escena de celos que le hizo, cuando Deborah se marchó y él regresó a la habitación. Estuvo a punto de mandarla a la mierda, pero en lugar de ello, se desquitó, cogiéndosela de manera violenta.

Descargó en ese voluptuoso cuerpo, toda la rabia y el deseo frustrado, que le había provocado la heredera; además, de ese que ganó, con los estúpidos reproches de la monera, quien deseaba que él le jurara, casi de rodillas, que era la única mujer en su vida.

—¡Semejante pendejada! —expresó en voz alta, recordando el episodio y dejando escapar un bufido.

Se portó como un maldito con Katherine, era consciente de ello; incluso, llegó hasta a sentir lástima por ella, cuando vio la manera en la cual la dejó. La pobre parecía una vieja muñeca de trapo, toda desmadejada, con el cabello alborotado, el rostro bañado en lágrimas y el maquillaje todo chorreado; pues terminaba llorando, cada vez que la hacía correrse.

Pensó, que después de eso, ella no querría volver a verlo nunca más, pero grande fue su sorpresa, cuando le dijo, que ningún hombre, le había dado tanto placer en su vida.

—¿Quién carajo entiende a las mujeres? —Se preguntó.

Cuando dejó su motocicleta, pudo notar, que el auto de Deborah, no se encontraba; y de inmediato, una hoguera se instaló en su pecho, al imaginar, que seguramente, ella estaría con el infeliz de Maurice.

Entró, lanzando la puerta, descargando toda la rabia que sentía dentro; aunque su verdadero deseo era, tener al maldito chofer frente a él, para romperle el alma.

Después de estar durante varios minutos, caminando de un lugar a otro, dentro del pequeño espacio, decidió salir a la terraza, para fumar, eso siempre lo calmaba y esperaba que el aire frío de la noche, también le ayudara a aplacar el fuego que crecía en su pecho.

Se sentó y luego sacó un cigarrillo, se lo llevó a los labios, encendiéndolo.

La primera calada, fue profunda y le llenó de nicotina los pulmones, soltó el aire, creando una columna de humo, por encima de su cabeza, y repitió la acción.

Fumó un cigarrillo tras otro, mientras imágenes traicioneras, de Deborah, cogiendo con Maurice, se apoderaban de su cabeza; sentía que estaba a punto de volverse loco.

—¡Hasta que al fin apareces, descarada! —expresó, con odio, cuando vio entrar el auto a la propiedad.

Se mantuvo sentado, siguiéndola solo con la mirada; los latidos de su corazón, no fueron inmunes al sensual y elegante andar de esa mujer, y se encontró deseándola una vez más.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que la tuvo bajo su cuerpo, haciéndola gemir y temblar, mientras se corría, y estaba realmente desesperado por hundirse en Deborah; ya no podía seguir negando, que lo que vivía con ella, no lo había conseguido en otra mujer. No tenía sentido engañarse.

—Deborah Wallis, te tiene agarrado de las pelotas, Diego... —murmuró, frunciendo el ceño, y luego suspiró, con desgano.

Sus miradas se encontraron un instante, y él aprovechó, para recordarle con la mirada, que tenían un asunto pendiente. Ella no reaccionó a eso, pero él se sintió esperanzado, así que, sin perder más tiempo, entró a la habitación, para darse un baño y esperarla.

Dos horas después, Diego seguía mirando el techo de su habitación, y ella no aparecía; no tenía que ser adivino, para saber que le estaba cobrando lo de Katherine.

—Estás tentando a tu suerte, Deborah... Hoy me la hiciste, pero esto no pasa de mañana, o dejo de llamarme Diego Cáceres.

A la mañana siguiente, Deborah bajó, como acostumbraba, los días que no iba a la oficina, vestida con un jeans desgastado, de cintura alta, una blusa de seda, rosa palo, que mostraba sus senos de manera provocativa, y un elegante abrigo negro, que le daba algo de sobriedad a su aspecto.

Caminó hasta la cocina, para saludar al personal, pero en cuanto vio a la estúpida de Katherine, se le revolvió el estómago; y un deseo enorme de caerle a cachetadas, la embargó.

—Buenos días. —Se obligó a mostrar una sonrisa radiante.

La muy «zorra», la miraba con prepotencia, como si quisiera retarla, y eso hizo que la furia en su interior, aumentara; pero se contuvo de hacer algún comentario, no le daría el gusto de verla afectada, por lo que había descubierto. La dejaría que siguiera recogiendo sus sobras.

—Feliz Año Nuevo, Debbie. —Martha se acercó, para abrazarla, mientras sonreía con felicidad.

Deborah se tensó en un principio, pero al final, terminó sintiéndose a gusto, con ese gesto de la mujer. La miró con cariño, olvidando por un instante, que era la madre de la mujerzuela, que se estaba revolcando con Diego.

—¿Quieres algo especial para desayunar, mi niña? —preguntó la señora, con entusiasmo, mientras se aproximaba a la cocina.

—Lo que sea que hagas, estará bien, Martha... Haz que me lo lleven a la terraza, por favor; el día está hermoso y deseo aprovecharlo. Necesito respirar algo de aire puro. —No pudo evitar mirar con desprecio a Katherine, al decir esas últimas palabras.

—Claro, ya me pongo manos a la obra; ve... ve a disfrutar del sol, que te hace falta; últimamente, luces muy pálida —dijo Martha con ternura, viéndola salir de la cocina.

Deborah caminó hasta el comedor, ubicado en la terraza; se sentó y tomó el diario, que estaba dispuesto allí, como todos los días, estuviera o no Dominic en casa.

Comenzó a hojearlo, para distraerse, se concentró en la página de sociales, encontrándose con varias caras conocidas; incluso, se vio en una de las fotos, que tomaron en la fiesta donde estuvo.

—Buenos días, señorita Wallis, le he traído una rosa.

La voz de Diego la hizo sobresaltarse, cerró los ojos y maldijo en pensamientos, por tener esa reacción. Se había dicho, que lo iba a ignorar, al menos por un tiempo, para que aprendiera, que con ella no podía jugar.

Ni siquiera apartó el diario de su rostro, pero lo escuchó carraspear, para hacerle notar su presencia, y no le quedó más remedio, que darle una respuesta.

—Puedes llevarte la rosa y metértela por el culo. Solo espero que no le hayas quitado las espinas —pronunció, sorprendiéndose a sí misma, por ese lenguaje tan soez que había usado.

—¡Qué boca tan sucia tiene, señorita Wallis! —exclamó, con asombro y algo de molestia.

Diego se había tragado su orgullo, para poder llegar hasta allí; había escogido la rosa más hermosa del invernadero, la había limpiado para ella, ¿y así era como lo recibía?

—Aprendí de un «jardinero», que es muy vulgar, además de traidor, mentiroso y con un gusto espantoso por algunas mujeres.

Esta vez, la respuesta de Diego fue una carcajada; se sintió feliz, al saber que ella no solo estaba molesta, sino también celosa; aunque quisiera ocultarlo, mostrándose indiferente.

—¿Qué te causa tanta gracia? —preguntó ella, dejando caer el diario y lo miró, con frío resentimiento.

—Te respondo esta noche, cuando vengas a verme al invernadero, y más te vale que no me dejes esperando, como anoche —acotó, con la mirada brillante y una sonrisa ladeada.

—Ve haciéndote a la idea de que así será, porque no pienso volver a ese lugar —comentó, tomando nuevamente el diario.

—¡Ay, Deborah! Yo que tú, no me arriesgaría. Sabes que soy capaz de muchas cosas, y no me costaría nada, meterme a medianoche a tu habitación —indicó, bajando

el periódico, para mirarla a los ojos—. No me retes, porque puedes terminar pagándolo muy caro. —Su voz era serena, pero la amenaza estaba muy clara.

—Por ahora, no tenemos nada que hablar, Diego.

—Sabes muy bien que sí —señaló, con seriedad.

—Lo que tengamos que hablar, podemos hacerlo en mi estudio. Te envío a llamar más tarde —dijo, sin mirarlo.

—No, ese lugar déjaselo al pendejo de Maurice... Yo te quiero en el invernadero, pues es allí donde puedo hacerte gritar.

Deborah sintió cómo su cuerpo temblaba internamente, ante esas palabras; no podía negar, que Diego tenía mucho poder sobre ella, al menos en el aspecto sexual.

—Hoy a las diez, en el invernadero. No faltes, Deborah —mencionó él, al notar el silencio en ella.

Le dio la espalda y se alejó, después que vio, a través del ventanal, que Angie se acercaba; sabía, que lo mejor era marcharse, antes de que lo viera. No quería estar aguantándose los reproches de Katherine, si Angie le iba con el chisme de que los había visto hablando.

Lo más sensato era, mantenerse a salvo, y a las dos víboras que tenía por mujeres, alejadas; o terminarían matándose entre ellas, y en el camino, se lo llevarían a él, también.

El resto del día, transcurrió para Deborah, en una tensa calma; cada vez que intentaba alejar de su mente a Diego, algún recuerdo lo traía a ella.

Se encontró, retomando su vieja costumbre, de verlo a escondidas, detrás de las cortinas; y se arrepintió de ello, cuando vio a Katherine acercarse a él, con intenciones de besarlo y acariciarlo, pero para su sorpresa, Diego se mostró renuente. O sabía que ella lo estaba mirando o era brujo, el muy condenado.

—Igual no te la pondré fácil, Diego... estás muy equivocado, si crees que con tus amenazas, volverás a tenerme —expresó en voz alta, alejándose del ventanal.

Regresó hasta su escritorio, para seguir trabajando en el nuevo proyecto que tenía en mente, y que pensaba presentar en la próxima junta directiva.

Se había propuesto, poner de su parte a los demás socios, y aprovechar el éxito, que había tenido con su idea anterior, para mostrarse como la mejor candidata, para reemplazar a Dominic.

No iría solo por su libertad, sino por todo; deseaba ser la mujer más importante de Nueva Orleans.

Se enfrascó tanto en la investigación que hacía, que ni siquiera notó, cuando la noche se apoderó de cada rincón de la propiedad; fue extraída de su estado de concentración, por Angie, cuando fue a avisarle, que la cena estaba a punto de ser servida.

Dudó durante unos segundos, pues no tenía mucho apetito, pero al final, terminó apagando su equipo y salió hacia el comedor.

Cenó sola, como de costumbre; ya le era indiferente la ausencia de Dominic. Era más el tiempo que él pasaba junto a Silvy, que en la casa; y se suponía, que eso debería ser un alivio para ella, pero a veces, se sentía extraña, en medio de tanta soledad y silencio.

—Subiré a descansar, revisen todo bien, antes de retirarse. Que tengan buena noche. —Le ordenó a Marcus y se marchó.

Deborah se tomó su tiempo para asistir a la cita con Diego; sabía bien, que no podía negarse; de lo contrario, él podía terminar cumpliendo su amenaza y podía provocar un desastre, si alguien llegaba a descubrirlo entrando a la casa.

Llegó casi una hora después de lo acordado, entró, quedándose junto a la puerta, mientras él se sentaba al borde de la cama y le sonreía.

—Bien, aquí estoy... ¿Qué es eso tan importante que tienes que decirme? —cuestionó, sin responder al gesto de él.

—¿Podrías al menos pasar y sentarte? —La invitó, haciendo un ademán a su lado, en la cama.

—Estoy bien así, Diego; mejor date prisa... tengo cosas que hacer, mañana temprano.

—¿Cosas que hacer? ¡Por favor, Deborah! Invéntate algo mejor. No me creas tan estúpido... Sé perfectamente, que no retomarás las actividades en la empresa, sino hasta la próxima semana —comentó y se puso de pie.

—No hablo de la empresa. Me iré de viaje —dijo, sonando casual y se cruzó de brazos, para poner una barrera.

—¿A dónde? —preguntó, con recelo, elevando una ceja.

—Eso no es tu problema, mejor comienza ya con lo que tengas que decirme, que no tengo toda la noche —indicó, con tono adusto.

—Deborah... Deborah, deberías dejar de lado la altanería o puedes terminar castigada por esta actitud.

—¿Qué vas a hacer? ¿Acaso me vas a pegar? —cuestionó, mirándolo de manera retadora.

—No, ese no es mi estilo, pero sabes muy bien, que puedo dominarte en esa cama y hacer que me termines rogando —respondió, con una sonrisa arrogante y le sujetó la barbilla.

—¡Suéltame! —espetó, echando la cabeza hacia atrás, para liberarse, mientras lo miraba con rabia.

Diego contuvo sus deseos de arrinconarla contra la pared y arrancarle la ropa, para saciar en ella, las ganas que tenía acumuladas; porque sabía que había metido la pata y debía hacer las cosas bien, si quería recuperarla.

Respiró hondo, para armarse de paciencia. Regresó a su puesto, en la cama y se cruzó de brazos, al tiempo que la miraba, en silencio.

—Tuve que acostarme con Katherine, para sacarle de la cabeza, la idea de que tú y yo, tenemos algo —lanzó la información, sin sutilezas; no era un hombre de rodeos.

—¿Qué dices? —Deborah se alarmó, de inmediato.

—Lo que escuchas. Hace unas semanas, llegué aquí, toda histérica, y comencé a reclamarme; hasta me dio algunas cachetadas. No entiendo por qué las mujeres siempre hacen tanto drama —dijo, no solo para referirse a Katherine, sino también a ella.

—No me hagas recordarte, lo imbécil que te pones, cada vez que me ves con Maurice. —Ella notó el sarcasmo en el comentario de Diego, y no iba a quedarse con eso; así que también clavó su estocada. Lo vio tensarse y se sintió satisfecha, pero escondió su sonrisa—. ¿Cómo demonios, se dio cuenta esa estúpida, que nosotros teníamos algo? —Lo interrogó.

—Por Ingrid, al parecer, vio en mis sábanas, evidencias de sexo o no sé qué pendejadas; y le reclamó a Katherine, creyendo que era con ella, con quien yo estaba cogiendo. —Se detuvo, evaluando la reacción de Deborah, pero al ver que solo se quedaba en silencio, tuvo que continuar—: el caso es, que Katherine sabía que eso no era cierto. Yo solo le había coqueteado, para no pasar por «marica», nada más. Pero a ella se le había metido en la cabeza, que la quería para que fuera mi «novia». Así que vino hasta aquí, lanzándome un montón de improperios, hecha una fiera. Me tocó decirle, que lo de las sábanas, era porque me masturbaba, pero no me creyó; y no me quedé más remedio, que cogérmela, para convencerla —finalizó, esperando que Deborah le creyese.

—¡Qué sacrificio tan grande has hecho, Diego! —exclamó, con sarcasmo y se llevó las manos al pecho—. Sabes muy bien, que siempre le has tenido ganas a la «mosca muerta» esa.

—Eso no tiene nada que ver. Lo que hice, fue por protegerte a ti... —decía, cuando Deborah lo detuvo.

—¡Eres un maldito cínico! ¿Protegerme de qué? ¿Acaso crees que le tengo miedo a las amenazas de una «estúpida sirvienta»? Con echarla de aquí, me hubiera bastado —expuso, molesta.

—¿Sí? Y a ver, Deborah... ¿Qué hubieras hecho, cuando le contara todo a tu querido Maurice? ¿No es a él a quien te la pasas protegiendo? ¿No es a quien quieres mantener en esa burbuja de mentiras, donde lo tienes? —cuestionó sintiéndose furioso.

Deborah casi se convirtió en una piedra, al ser consciente de esa probabilidad; sabía que Diego tenía razón. La maldita de Katherine, le iría con el chisme a Maurice, solo por vengarse.

—Maurice no tiene por qué verse involucrado en todo esto —acotó, mirándolo fijamente a los ojos.

—Dile eso a Katherine. Mira, Deborah, mejor colabora y deja de actuar como si fueras la víctima en todo esto; los dos hacemos las cosas que consideramos necesarias, para continuar con nuestro plan...; ni más ni menos.

—¿Vas a seguir acostándote con ella? —cuestionó, sin poder dejar de lado la molestia que eso le causaba.

—¿No lo haces tú con Maurice, todo el tiempo? Si vamos a poner las cosas en una balanza, creo que no tienes mucho que reclamar, Deborah —contraatacó, manteniéndole la mirada.

Ella suprimió el jadeo, cargado de indignación, que subió por su garganta; apretó los dientes con fuerza, para drenar con ese gesto, la rabia que la colmaba, y le dio la espalda, para marcharse.

—¿A dónde carajos vas? —preguntó, poniéndose de pie y la sostuvo, tomándola de la cintura, para pegarla a su cuerpo.

—No voy a acostarme en la misma cama donde te coges a esa «zorra» —respondió, al tiempo que luchaba por liberarse.

—¡Deja el maldito orgullo de lado! Igual ya lo has hecho.

La declaración de Diego, desató la ira en ella; comenzó a forcejar, para liberarse, quería golpearlo y hacerle daño, que sintiera algún tipo de dolor, pues ella sentía su dignidad hecha añicos.

Siguió luchando por liberarse, cuando él la volvió, aprisionándola con sus brazos y dejando sus rostros muy cerca.

—¡Suéltame, Diego! —gritó, alejándose.

—¡Ya! ¡Quédate tranquila! —Su fuerte voz, resonó en todo el lugar; y cuando la sintió temblar, supo que él también debía calmarse; así que respiró profundo—.

¿Cómo demonios hemos llegado a este punto? Antes todo era tan perfecto entre nosotros dos, belleza...; yo... ya estoy hartado, cansado de las discusiones y de toda esta mierda. Quiero que volvamos a estar como al principio, quiero que vengas cada noche, coger contigo y disfrutarlo, quiero...

—No me culpes a mí, Diego; tú lo jodiste todo —masculló, sintiendo las lágrimas colmar sus ojos y el pecho lleno de resentimiento—. Déjame ir, yo... necesito pensar.

Él no quería hacerlo, sentía que si la dejaba marchar, la iba a perder aún más; sin embargo, la súplica en la mirada de Deborah, terminó por derrotarlo.

Le acunó el rostro con las manos y la besó, fue un gesto lento, pero necesitado. Ella no respondió como él esperaba, se mostró fría y distante; así que al final, no le quedó más remedio que dejarla marchar.

Deborah apenas pudo dormir esa noche, recordando la actitud y las palabras de Diego; todo eso la hacía sentir en medio de un torbellino, que no le daba tregua.

Necesitaba aclarar sus pensamientos; y sabía, que lo mejor que podía hacer, era alejarse por unos días. No le había mentado cuando le dijo, que se iba de viaje; y a lo había planeado desde el primer día del año.

Le planteó la idea a Maurice y él de inmediato aceptó; feliz de compartir unos días con ella. En principio, ella lo hizo por cobrarle a Diego su traición, pero después, se encontró realmente entusiasmada con la idea; además, necesitaba de un cambio de ambiente, respirar aire fresco, para desintoxicarse.

—Sigo pensando, que hubiera resultado mejor, ocupar el avión de la empresa —mencionó ella, cuando se sentó en el puesto de primera clase, junto a Maurice.

Se sentía algo incómoda, rodeada de tantas personas. No había como la privacidad y la comodidad del «jet»; por no decir, que hubiera logrado dormir al menos dos horas, durante el vuelo, pero presentía, que allí se le haría imposible.

—El trayecto es corto, Debbie; más bien, agradece que acepté estos puestos de primera clase; sabes que mi intención era pagar los boletos —mencionó Maurice, abrochándose el cinturón.

—Estas vacaciones las planeé yo, así que me niego a aceptar que gastes un solo centavo; recuerda que fue mi condición, y tú la aceptaste —dijo, mirándolo a los ojos, con seriedad.

—Está bien —masculló, no estaba muy contento con eso.

Maurice notó, que Deborah se veía distante, como si algo la preocupase o perturbara; y justo de eso, era que estaba huyendo.

No terminaba de convencerlo, esa repentina propuesta de viajar juntos; solo porque ella necesitaba un cambio de ambiente, antes de volver al trabajo.

—¿Está todo bien? —preguntó, sin poder controlar su curiosidad; buscó la mirada de Deborah y le acarició la mano.

—Sí... sí, claro. Solo estoy algo agotada; anoche no pude dormir bien —respondió, esquivándole la mirada.

—¿Y eso por qué? —indagó. Esa actitud de ella, le decía que él estaba en lo cierto. Deborah escondía algo.

Ella se quedó sin palabras, para responder, y su cuerpo se tensó, al verse acorralada por Maurice; odiaba cuando él hacía eso.

Fue salvada por la azafata, que llegó para ofrecerles algo de comida, pero los dos se negaron; y mientras eso sucedía, Deborah buscó en su cabeza, una respuesta para darle.

—Estoy trabajando en un nuevo proyecto, que deseo presentar en la primera junta directiva del año, pero todavía me faltan algunos detalles; y eso me ha impedido dormir bien en los últimos días.

—Me parece fantástico, Debbie...; sabes que cuentas con mi ayuda, por si la necesitas. Pero debes cuidarte y descansar —dijo, entusiasmado y preocupado a la vez.

—Gracias, Maurice —expresó Deborah, con una sonrisa y le devolvió la caricia, que le dio en la mano—. Tengo clara la idea de lo que quiero y seré yo quien se encargue de todos los detalles. No quiero darle ventaja a Dominic, para que me haga lo mismo que me hizo con *Ligera*.

—Eso no sucederá —aseguró, mirándola a los ojos.

—Es lo que espero, pero ya no hablemos de eso. Me prometí que estos días, dejaría de lado todo lo que tuviera que ver con el trabajo. Deseo que sean unas vacaciones maravillosas junto a ti; este es un viaje de placer —afirmó, entregándole una sonrisa seductora.

—Si ese es tu objetivo, solo tienes que ponerte en mis manos, Debbie. Prometo darte todo el placer que desees y mucho más —mencionó, mirándole los labios.

No pudo contenerse y la tomó por el cuello, para atraerla. Se apoderó de esa boca, que era una de sus mayores adicciones; primero con roces de labios y de sus lenguas, que se masajaban con exquisita lentitud; así, poco a poco, las ansias iban aumentando; y finalmente, terminaron en un beso que casi los dejó jadeantes, con la excitación corriendo por sus venas.

—Será mejor que continuemos esto en el hotel, o me veré en la obligación de arrastrarte hasta el baño y hacerte el amor a treinta mil metros de altura —susurró Maurice, rozándole los labios y mostrándole una sonrisa, que desbordaba picardía y sensualidad.

—Ahora, después de esas palabras, quien terminará arrastrándote a la habitación en cuanto pongamos un pie en el hotel, seré yo —murmuró, con la misma actitud de él.

Compartieron una sonrisa cómplice, se dieron un beso más; y él hizo que se recostara sobre su hombro, para que descansara. Aún les quedaba una hora de viaje y tenían mucho por hacer, en cuanto llegaran a Miami.

Dos horas después, el transporte, que les había asignado el hotel, se detenía ante la lujosa y moderna fachada del *Marriott Biscayne Bay*.

Maurice bajó primero del auto y después le ofreció su mano a Deborah; el personal del complejo, se encargó de sus equipajes y ellos caminaron al interior, tomados de la mano, sonrientes; sintiendo que allí, no había motivos, para mantener las distancias, como lo hicieron en Nueva Orleans, antes de tomar el vuelo, para evitar que algún conocido, los viese.

—Miami siempre tiene este clima tan agradable. Salir de Nueva Orleans y sentir este calor, me encanta —comentó Deborah, sonriendo.

Solo tenían diez grados de diferencia una ciudad de otra, pero para ella, era fantástico; así que tomó el control del aire acondicionado y lo apagó; luego caminó, para abrir la puerta que daba a la terraza.

Había pedido que su habitación estuviera en los pisos superiores, para tener una mejor vista de la bahía y que sus pulmones recibieran aire puro.

Se había propuesto dejar de fumar, porque sentía que comenzaba a hacerle daño a su cuerpo.

—También comencé a sentir calor, pero no fue por estar aquí, sino por ver esa cama e imaginar todo lo que voy a hacerte en ella.

La abrazó por detrás, pegándola a su cuerpo y besándole el cuello; sonrió, cuando la sintió suspirar y apoyarse en él, mientras le acariciaba los brazos.

Podía decir, que ese instante, era perfecto; y que daría lo que fuera por quedarse así siempre, junto a Deborah; aunque si lo pensaba mejor, la prefería desnuda entre sus brazos, completamente entregada a él y disfrutando del placer, que les brindaba la unión de sus cuerpos.

—Te deseo... —Le susurró al oído, llevando sus manos por debajo de la blusa que ella llevaba, para acariciarle los senos.

—Maurice —suspiró, antes de continuar—, vamos a tener muchas noches para estar juntos, mejor aprovechemos los días para salir a pasear por la ciudad e ir a la piscina o a las playas.

—Deborah, podemos hacer todo eso a partir de mañana; pensé que deseabas descansar —indicó, volviéndola, para mirarla a los ojos, y que viera que se moría por tenerla.

—Lo hice durante el vuelo. —Ella decía la verdad, había logrado dormir casi una hora; cosa que la sorprendió.

Maurice no podía negarle nada, cuando lo miraba de esa manera, con ese entusiasmo que irradiaba y la hacía lucir como una niña, llena de curiosidad; la misma mirada que le dedicaba años atrás, cuando comenzó a enamorarlo.

—Está bien, hagamos lo que desees —concedió.

—¡Gracias! —exclamó ella, sintiéndose feliz; dejándole caer un montón de besos en los labios, al tiempo que le sonreía, emocionada—. Iremos a la piscina. Voy a darme un baño y a cambiarme; debes tener hambre, pide servicio a la habitación o comemos en el restaurante, lo que decidas, por mí está bien —dijo, alejándose para entrar al baño.

—Puedo esperar, pero ahora ve y no tardes.

—No lo haré. —Volvió corriendo hasta él y lo besó, pero se alejó con rapidez, al ver sus intenciones de atraparla.

Deborah se sentía muy bien al compartir con él de esa manera, sin presiones ni problemas, pendiendo sobre su cabeza. Todo sería perfecto, si pudiera quedarse con Maurice en ese lugar y olvidar todo lo demás, pero sabía que no era posible, su vida no podía ser unas eternas vacaciones; tenía asuntos pendientes, que debía atender

tarde o temprano.

Cuarenta minutos después, se encontraba disfrutando de la deliciosa comida del restaurante; pidieron ensaladas y mariscos, acompañándolos con un vino blanco, que le calzó a la perfección.

Maurice era de paladar más simple; le hubiera bastado con algo sencillo, pero Deborah insistió. Él se obligó a no mencionar nada, con relación a los elevados precios de cada platillo.

—Creo que alguien desea tener muchas energías, para esta noche —mencionó ella, divertida, al ver la cazuela que Maurice había pedido; lucía muy apetitosa, así que le robó un poco.

—Pues tú debiste pedir más que una ensalada —acotó él, no había pedido su comida con esa intención—; y no necesito de nada especial, para hacerte el amor toda la noche. Mi mayor afrodisíaco eres tú. —Le dio más de su comida y sonrió, al verla gemir, aprobando el sabor; al menos, eso justificaba el precio.

—Yo tampoco necesito de nada especial. Enciendes mi piel, solo con tocarme —susurró y rozó sus labios con los de él.

—Si sigues diciendo palabras como esas, tu baño en la piscina tendrá que esperar. —Le advirtió, elevando una ceja.

Ella negó con la cabeza, quería que esos días, fueran distintos, quería compartir más con él, todo; no únicamente la soledad de una habitación. Eso lo tenían siempre en Nueva Orleans.

Su verdadero anhelo, era disfrutar de la libertad, que les daba ser dos desconocidos en ese lugar, poder caminar tomados de la mano, besarse, hacer todo eso, que en otras circunstancias, no podrían.

—Compórtese, señor Favre; estamos en público —pronunció, al sentir la mano de él, subir por su pierna.

—Entonces, deje de tentarme, señorita Wallis —dijo. Había hecho eso, porque vio el anhelo en la mirada de Deborah.

—¡Qué lástima! Pensaba pedirte que me aplicaras el bronceador. —Ella sonrió con malicia, al verlo tragar en seco.

—Tienes toda la intención de poner a prueba mi cordura, ¿no es así? —preguntó, entrecerrando los ojos.

—¿Tan evidente soy? —contestó, con otra interrogante.

Él asintió, en silencio, provocando que ella soltara una carcajada. Ese sonido ronco y sensual, viajó a través del cuerpo de Maurice, estremeciéndolo, encendiendo la sangre en sus venas y tensando esa parte de él, que se moría por ahogar en ella.

Terminaron allí; y después, caminaron tomados de las manos, hasta la hermosa piscina, donde ocuparon un par de tumbonas en un rincón, alejados; para tener mayor privacidad.

Deborah se despojó del hermoso y elegante kimono negro, que cubría su figura; y de inmediato, el corazón de Maurice se desbocó en latidos, al ver el sexy bikini dorado, que llevaba puesto; resaltaba, como si estuviera hecho de oro, y en su cuerpo, lucía sencillamente espléndido.

—Pareces una diosa —esbozó, recorriéndole el cuerpo con la mirada, completamente embelesado.

—Me lo puse especialmente para ti —contestó, sonriéndole y extendiéndole la botella de bronceador—. ¿Me ayudas?

—Voy a tener que ponerme a rezar, para no terminar con una erección del tamaño de un edificio —comentó, un tanto divertido.

Deborah solo hizo su sonrisa más amplia y se acostó; le ofreció sus piernas, para que empezara por ellas; suspiró, al sentir las manos de Maurice, brindándole esa caricia lenta, con la presión justa, para relajar también sus músculos.

—Te falta del otro lado —indicó ella, una vez que él terminó con sus senos y sus brazos.

—¿Qué clase de tortura es esta? —cuestionó, sudando.

—Ya tendrás tu recompensa, no seas impaciente.

—El impaciente no soy yo..., sino... —Señaló con sus labios.

Deborah sonrió, sintiéndose muy satisfecha de provocar todas esas sensaciones en él. Se acercó, dándole un toque de labios; y después, se puso de espalda. No se privaría del placer de seguir sintiendo las manos de Maurice en su cuerpo.

Él terminó con esa tortuosa tarea, le dio un par de besos en la nuca y se dispuso a recostarse en la tumbona, para relajarse; lo necesitaba con urgencia.

Estuvieron así un rato, hasta que Deborah se puso de pie; tenía el cuerpo brillante, por la loción, y ya los rayos del sol, comenzaban a dorar su piel.

—Voy a entrar al agua, ¿me acompañas? —preguntó, dándole suaves succiones en los labios.

—En un momento estoy contigo —respondió, aún no se había relajado por completo; y sabía, que si se ponía de pie, todo el mundo notaría su erección.

Ella vio la timidez en los bellos ojos grises de Maurice, bajó la mirada y pudo ver el motivo por el cual él no la acompañaba; le sonrió con picardía y se alejó, moviendo su cuerpo con estudiada sensualidad, para provocarlo más aún.

Le encantaba sentirse poderosa, deseada, hermosa, y todo eso lo conseguía solo junto a Maurice. Él la miraba como ningún otro hombre lo hacía.

Maurice, llevaba varios minutos, siguiendo la elegante sincronía con la cual ella nadaba, cuando escuchó las risas de un grupo de hombres, cerca de él; los malditos, prácticamente se estaban devorando a su mujer con la mirada.

Eso le causó una molesta presión en el pecho y un intenso calor; frunció el ceño, mientras los observaba con rabia, para hacerles ver, que no era ningún estúpido y que sabía lo que hacían, pero ni siquiera se inmutaron.

—Maurice. —Deborah lo llamó, al ver la molestia en su rostro—. ¿Qué ocurre? —preguntó, saliendo del agua.

—Cada hombre en este lugar, te mira como si quisiera lanzarse sobre ti —respondió, con molestia.

Ella paseó la mirada por el lugar, descubriendo, que lo que él decía, era verdad; un par de ellos, le resultaron atractivos, debía admitirlo, aunque no al punto de dejar a su amante de lado.

Algo había cambiado en ella, desde hacían un tiempo hasta la fecha; era como si ya no le resultara tan divertido, coquetear con desconocidos.

—¿Podrías dejar de mirarlos? —Le exigió él, con molestia.

—¡Hey! Relájate, solo los veía para comprobar algo.

—¿Qué? —preguntó, y su voz salió como un gruñido.

—Que no me llaman la atención, en lo más mínimo; ninguno se compara contigo —sonrió, con picardía y se sentó en las piernas de Maurice, acariciándole el pecho —. Deja que sigan como unos tontos, aspirando algo que nunca podrán tener, porque es solamente tuyo —pronunció, mirándolo a los ojos.

Deborah sonrió, al ver la sorpresa reflejada en el semblante de Maurice; se acercó y lo besó, pero no con un beso casto, sino todo lo contrario; se adueñó de esos labios que conocía de memoria, deslizando su lengua en el interior tibio y húmedo, degustando todo lo que la boca masculina, tenía para entregarle.

—Quítate esto y ven al agua conmigo —susurró, alejándose para sacarle la camiseta y lanzarla en la otra silla.

Él no dijo una sola palabra, simplemente, la siguió; mientras sentía que caminaba sobre nubes. No se hubiera esperado una reacción como esa de Deborah; por el contrario, pensaba que terminaría reprochándole sus celos y saldrían de allí disgustados.

—Debbie, ya no puedo más. Subamos a la habitación o te juro que voy a terminar cogiéndote aquí, delante de todo el mundo —expresó Maurice, después de varios minutos, compartiendo caricias y besos, en un rincón de la piscina.

—¡Por Dios, señor Favre! —exclamó, asombrada—. Aquí hay niños —agregó, en un susurro, pero con la mirada perversa, brillante.

Le dio un beso más, para después tomarlo de la mano y sacarlo de allí; recogieron sus cosas con premura, mientras él intentaba, que su pantalón corto y mojado, no evidenciara demasiado, la erección que tenía.

Pero, al pasar junto al grupo de hombres, que miraban a Deborah; le apoyó una mano en el culo a su mujer y les dejó ver, a esa bola de pendejos, cómo lo había puesto; y que sería él, quien se la cogería, no ninguno de ellos.

En cuanto se encontraron en la habitación, Maurice lanzó las cosas que llevaba en la mano, a uno de los sillones del salón, tomó a Deborah por la cintura y la volvió, para ponerla frente a él.

No le dio tiempo ni siquiera de hablar, la besó con desesperación y comenzó a despojarla de la delicada prenda que la cubría.

—¡Dios! Eres tan perfecta mi amor —pronunció, acariciándole la cintura; después, sus manos viajaron hasta la parte superior del traje de baño y se la quitó—. Me

encantas, me vuelves loco; me muero por estar dentro de ti —esbozaba, succionándole los pezones con suavidad.

—Maurice... tú también me enloqueces —confesó, en medio de intensos jadeos, cerrando los ojos, disfrutando de eso que él le hacía.

Él bajó, quedando de rodillas frente a Deborah, mirándola con pasión y devoción, deleitándose con el efecto que causaba en ella; de cómo su piel se erizaba, ante el simple toque que le daban sus dedos.

Tiró del delgado hilo, que sostenía el traje de baño en sus caderas, dejándola desnuda, para él.

Sus miradas, estaban ancladas la una en la otra, y apenas le anticipó a Deborah, lo que haría. Deslizó sus labios por el hermoso y sonrosado pubis, que se mostraba libre de vellos; y en respuesta, ella se estremeció, cerrando los ojos.

—No... mírame, quiero que me mires —pidió, y al ver que ella lo complacía, deslizó su lengua, por los labios bañados de humedad, y su boca se apoderó del brote de nervios.

—¡Maurice! ¡Mi vida! —La exclamación brotó de los labios de Deborah, sin siquiera darse cuenta.

El placer que le estaba regalando Maurice, cada vez la llevaba más y más alto, quemándola, abrumándola, recorriendo su cuerpo, con tanta fuerza, que comenzó a sollozar y a temblar sin control.

Ya muchas veces Maurice la había besado de esa manera, en realidad, fue lo primero que compartieron en la intimidad, pero nunca dejaba de asombrarla, el poder que él tenía sobre su cuerpo; cómo la hacía delirar, con el movimiento de su boca; cómo lo abarcaba todo.

Maurice le estrujaba las nalgas, con fuerza, manteniéndola allí, pues ella a cada segundo, temblaba más; no la dejaría robarle un solo instante, del placer que vivía. La besaba con ímpetu, queriendo fundir sus labios en la intimidad de Deborah.

Al sentir que ella estaba a punto de irse, aceleró sus movimientos, para brindarle ese orgasmo, por el cual suplicaba.

Una vez que pasó, se la llevó a la cama; y estando allí, Maurice hizo fiesta en el cuerpo de su mujer.

Habían pasado cuatro días, desde que Deborah se marchara, y Diego, cada vez se sentía más desesperado; en el día, estaba siempre de mal humor.

Ni siquiera las visitas de Katherine y todo lo que la morena le hacía, lograba que él alejara la molestia que sentía; pasaba todo el día con una sensación de opresión en el pecho y un intenso fuego, que lo torturaba.

Las noches eran peores, caminaba de un lugar a otro y se fumaba más de una cajetilla de cigarrillos, intentando drenar de esa manera, la sensación que lo recorría.

No le servía salir a correr, hacer ejercicio o escuchar música; lo único que necesitaba, para poder estar bien era, verla aparecer por la puerta.

Quería verla llegar, vistiendo esas ropas sensuales, que siempre usaba para él; sonriendo con malicia y mirándolo con deseo. La quería desnuda en su cama, suplicándole por más placer, moviendo las caderas y cogiéndoselo, como tanto le gustaba.

No le importaría una mierda, cederle el mando; lo haría, si con eso pudiera sentirla de nuevo, aferrándose a su cuerpo, extrayendo de él, toda su esencia, mientras se corría y gritaba su nombre.

—¡Maldita sea, Deborah! ¡Vas a hacer que me vuelva loco! ¿Dónde demonios estás? ¿Acaso estás con él? —Se preguntó, en voz alta, y la presión en su pecho, fue mucho más dolorosa; casi sollozó a causa de eso—. ¡Qué mierda preguntas, Diego! ¡Pareces pendejo! ¡Por supuesto que está con él! —Los reproches contra sí mismo, fueron duros, pero debía hacerlos; tenía que reaccionar.

Se puso de pie y caminó hasta la ventana que daba al jardín, la abrió, enfocó su mirada en la habitación de la tercera planta, esa que desde hacía cuatro días, había estado vacía.

Necesitaba salir de ese lugar y emborracharse, calmar de alguna manera, lo que estaba sintiendo; o podía jurar por Dios, que si no lo hacía, terminaría matando al maldito de Maurice, en cuanto lo viese.

—A la mierda con todo, si me van a echar por salir, que lo hagan; ya estoy harto de todo esto, de ella, del «malnacido» chofer y del viejo Wallis, de todos.

Caminó hasta el baño, y media hora después, salía de la miserable pieza, donde dormía; traía unos jeans desgastados y una sudadera negra, con capucha; llevó la motocicleta sin encenderla, hasta el portón de hierro forjado, para no delatarse.

Marcó su código, y el sistema eléctrico se activó; en segundos, se encontraba camino al primer burdel, que encontrase en Nueva Orleans.

A una hora de diferencia y varios kilómetros de distancia, Deborah y Maurice, disfrutaban de una botella de *Veuve Clicquot*, en uno de los cubículos privados, del exclusivo club *Story*, de Miami.

Ella había insistido, para que celebraran el cumpleaños de Maurice en ese lugar; aunque él intentó convencerla de una y mil maneras, para que lo hicieran con una sencilla cena en el hotel, Deborah no cedió; quería vivir su última noche en la vibrante ciudad, como estaba acostumbrada.

—Ve despacio con eso —comentó él, al ver que Deborah se tomaba la mitad de su copa, de un trago.

—Tranquilo, puedo beber lo que desee; tengo chofer —dijo, sonriéndole y deslizando su mano por el muslo de Maurice, llegando a la entrepierna—. Quien, además, es mi amante, mi amigo, mi cómplice... ¡Ah y sorpresa! ¡Está de cumpleaños!

—Creo que me va a tocar llevarte en brazos —acotó y no pudo evitar sonreír, al verla fruncir los labios.

—Para tu información, tengo perfecto control del alcohol, Maurice. Apenas llevo dos copas...

—Dos y media —indicó, mirando la que tenía a la mitad, en la mano—. Nunca te he visto borracha, creo que será divertido.

—Nunca me he emborrachado... y llevo la misma cantidad de copas que tú. Ven, vamos a bailar. —Se puso de pie y lo tomó de la mano—. Si nos movemos, no terminaremos ebrios.

Él la siguió hasta la pista de baile, que estaba colmada de personas; todos movían sus cuerpos, al ritmo de la sensual *How Deep Is Your Love* de *Calvin Harris* y *Disciples*; en medio de un despliegue de luces blancas y azules, que daban la impresión de ser rayos láseres, estrellándose contra las figuras de hermosas mujeres, a medio vestir; y hombres, que obviamente, les rendían mucho culto a sus cuerpos, pues en su mayoría, parecían modelos de revistas.

También resaltaban algunos hombres mayores, no tan agraciados y que intentaban llevarles el ritmo, a las chicas junto a ellos; quienes perfectamente, podrían ser sus hijas.

En medio de esa hoguera de vanidades, se ubicaron Deborah y Maurice, pegando sus cuerpos, llevados por el deseo, aunque el espacio, de por sí, era reducido.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y comenzó a besarlo, gimiendo, al sentir el roce tibio y pesado de la lengua de Maurice; así como el agarre posesivo de sus manos, en su trasero.

Se separaron, viéndose a los ojos con intensidad, dejando que sus miradas, se fundieran la una en la otra, exponiendo sin palabras, el sentimiento que compartían, mientras la canción seguía retumbando en todo el lugar.

Para muchos, ese era solo el tema de moda, pero para ellos, estaba teniendo otro significado, uno más íntimo y poderoso, que los hacía temblar. Al que necesitaban desesperadamente, darle respuesta.

*Open up my eyes and
Tell me who I am
Let me in on all your secrets
No inhibition, no sin...
How deep is your love?
Is it like the ocean?
What devotion? Are you?
How deep is your love?
Is it like nirvana?*

Deborah no soportó la fuerza de la mirada de Maurice, el amor, la pasión y la devoción que le entregaba; la hizo sentir pequeña, desnuda.

No en un sentido sexual, sino en uno más espiritual; era como si él, pudiera ver dentro de ella, en cada rincón, todo lo malo y lo bueno que había hecho, cada error, cada esperanza y miedo; fue algo que la hizo sentir extraña, expuesta.

Sin decir una palabra, lo sacó de allí, llevándolo de la mano, hasta el área «VIP», que ocupaban. Cuando llegaron, lo hizo sentarse en el elegante sillón de cuero, negro; se recogió el vestido, y mientras lo miraba a los ojos, se sentó encima de él, dejando sus piernas a cada lado, sin esbozar nada; y ante el desconcierto de Maurice, se apoderó de sus labios.

Le tomó el rostro entre las manos, al tiempo que su lengua, zaqueaba esa boca que adoraba; sentía el corazón latir muy de prisa y cientos de emociones viajando por todo su cuerpo, haciéndola estremecer.

—Debbie... —susurró, cuando se separaron unos segundos. Miró esos hermosos espejos azules, ahogándose en ellos, intentando descubrir, qué era lo que estaba ocurriendo.

—Sigue besándome..., no dejes de hacerlo, por favor —rogó, con la voz transformada, por algo más que el deseo.

—Nunca, no dejaré de besarte nunca. —La complació.

Entre los dos, siempre había existido una poderosa conexión, eso lo supieron desde la primera vez que compartieron un beso; sabían que una caricia, una mirada o una

palabra, podía encender la llama de la pasión, que llevaban dentro; una pasión, que parecía estar transformándose; o sencillamente, regresando a aquello que descubrieron, siendo apenas dos jóvenes, inexpertos; pero con mucho deseos de vivir el placer de la unión de sus cuerpos.

—Tócame..., tócame, Maurice —suplicó, en medio de gemidos, sin dejar de rozar sus labios con los de él.

Maurice estaba tan sumergido en el goce que Deborah provocaba en su cuerpo, que no comprendió su petición en un principio; y la atrajo, de nuevo, para besarla; él solo quería quedarse así, con ella, ignorando todo lo demás y viviendo lo especial de ese momento.

Deborah cedió los primeros segundos, ahogando los gemidos dentro de la boca masculina, pero necesitaba más, así que volvió a hablar.

—Por favor, cariño..., quiero sentirte...; tócame como lo haces. Quiero volar, Maurice. —Su voz expresaba urgencia y deseo.

—Deborah... —Esta vez él sí procesó la solicitud que le hiciera; de pronto, fue consciente del lugar donde estaban, y pensó, que hacer algo como eso, sería una locura —. Regresemos al hotel, allá haremos todo lo que desees.

—No, no quiero Maurice... No aguantaría hasta llegar allá, quiero hacerlo aquí...; te deseo ahora —mencionó y apoyó todo su peso en él, para evitar que se pusiera de pie.

—¡Mierda! —expresó Maurice, sabiendo que su propia cordura, pendía de un hilo—. Debbie..., sabes lo débil que es mi voluntad, no me pongas a prueba de esa manera. En este lugar debe haber cámaras... —decía, cuando ella lo calló, apoyando los dedos sobre sus labios y lo miró a los ojos.

—No me importa... Nada me importa, Maurice; solo quiero sentirte, respirarte..., ser tuya; solo quiero... ser tuya, mi vida —esbozó, con los latidos de su corazón desbocados, mientras volvía a besarla.

Maurice mandó a la mierda su sentido común, que le decía, que eso era una locura; se abrazó con fuerza a Deborah, pegándola a su cuerpo, hasta el punto que creyó, que se fundiría en ella.

Sus manos viajaron con rapidez, bajo la delicada tela del sensual vestido rojo, que ella lucía esa noche, buscando el camino a ese lugar, que tenía grabado en su memoria.

Sus dedos tantearon la prenda íntima de encajes, y sin perder tiempo, la hizo a un lado, para al fin, hundirse en el húmedo y cálido paraíso, entre las piernas de Deborah.

Gimió, al sentirla tan excitada, al tiempo que disfrutaba de la presión, que ella ejercía en torno a los dedos que la invadían, regalándole jadeos, a medida que él aceleraba el ritmo; provocando que el disfrutara de cada suspiro y temblor, que le entregaba, mirándolo a los ojos.

—Bésame —pidió Deborah, ofreciéndole sus labios y su lengua.

Él se apoderó de ellos con ardor, mordiendo, succionando y lamiendo, hasta dejar los labios hinchados y ligeramente enrojecidos.

Bajó al cuello de ella, sintiendo que la erección dentro de su pantalón, cada vez se tornaba más dolorosa; en ese instante, se dijo que no debió ceder, sino llevársela al hotel; por su debilidad, ahora le tocaría pagar las consecuencias.

El aire acondicionado del lugar, no hacía mella en el abrasador calor que envolvía sus cuerpos, que los cubría de una ligera capa de sudor.

Eso y la respiración afanosa de ambos, así como el apenas perceptible movimiento de la mano de Maurice en el exterior; pero contundente en el interior de Deborah, eran las pruebas más fehacientes, de lo que allí ocurría.

—¡Oh, Dios mío! —expresó ella, sentándose, al tiempo que lo miraba, suplicante y lo besaba—. Me voy..., Maurice...

—Yo lo voy hacer contigo, mi amor, solo con mirarte —pronunció en respuesta, con la voz ahogada y grave.

Deborah hundió su rostro en el cuello de él y se dejó ir, temblando y sollozando; el placer que le daba, era tan sublime e infinito, que no podía compararse con nada.

—Es tu turno —dijo ella, una vez que se recuperó del orgasmo; sintiendo cómo él seguía masajeando en su interior, con suavidad—. Voy a llevarte tan alto, que no vas a querer bajar nunca más —susurró, entre excitantes lamidas sobre sus labios.

—¡Por Dios, Deborah! No me hagas esto..., no me tientes de esta manera, mujer... No tienes idea del suplicio que estoy viviendo... —decía y ella una vez más, lo callaba.

Lo besó con pasión, antes de ponerse de pie, y frente al asombro de Maurice, llevó sus manos hasta el panty, lo bajó, dejándolo caer a sus pies; después, se dobló, para recogerlo y se lo entregó, al tiempo que una sonrisa radiante, adornaba sus labios.

—Deborah..., en serio, creo que has tomado mucho champán. —La miraba, emocionado, excitado y algo asustado, pues cualquiera podría verlos.

—En realidad, he tomado mucho de usted, señor Favre; es usted quien me ha embriagado esta noche —susurró, sentándose sobre él, y le acarició la erección, antes de liberarla.

Maurice gimió, cerrando los ojos, tragando en seco y haciendo la cabeza hacia atrás, completamente, rendido a ella y a esa magia que desplegaba; dejándose llevar por lo que sentía, por su deseo, por el amor.

La miró, al sentir cómo Deborah, lo llevaba a su interior, con lentitud, haciendo que se alojara muy profundo, dentro de su cuerpo. Tembló íntegro y dejó de lado su actitud pasiva; si iban a hacer eso, lo harían bien.

Deborah se estremeció, al ver la decisión en la mirada de Maurice. Sabía qué esperar de él, cada vez que le dedicaba ese gesto, cargado de intensidad y seducción.

Separó sus labios, para recibirlo, sintiéndose emocionada, con su cuerpo lleno de expectativas, anhelando todo lo que Maurice le entregaría.

Los años de llevar una relación en secreto, los habían enseñado a ser silenciosos, mientras tenían sexo; tal vez, en ese lugar, no era muy necesario, pues dudaban que sus gemidos se escucharan entre la música que retumbaba en las paredes, pero igual, procuraron hacerlo; expresando, a través de sus miradas y sus caricias, aquello que no salía de sus labios.

—Hagamos esto rápido..., antes que vengan con otra botella de champaña —murmuró, sujetándole con fuerza las nalgas y aumentando el ritmo de sus caderas, hundiéndose en ella.

—Tranquilo, dejaron una mientras estuvimos bailando —acotó Deborah, con picardía.

—¿Sabías eso y me tenías aquí, estresado y temiendo que nos encontrarán? —cuestionó, con perplejidad.

Ella soltó una carcajada, antes de besarlo; comenzó a mover sus caderas, con premura, después de todo, sabía que él tenía razón y que se estaban exponiendo demasiado; aunque a esas alturas, no le importaba nada. Que el mundo se cayera, si tenía que hacerlo.

Su mirada se fundió en la de Maurice, en ese gris plomo que le fascinaba; y con su frente apoyada en la de él, dejó que la pasión hiciera derroche en los dos.

Maurice estaba más allá de lo que pudiera soportar, se aferraba a los cabellos y a la ropa de Deborah, mordidiéndole los labios, para drenar parte de lo que lo azotaba, completamente sometido, por el sensual movimiento de las caderas de su mujer.

Llevó una de sus manos al escote del vestido, y sin analizar lo que hacía, lo bajó, dejando uno de los senos al descubierto; escuchó que ella jadeaba, impresionada por esa acción, y sonrió con malicia, antes de tomar en su boca, el rosado y suave pezón; que se endureció al contacto con su lengua, volviéndose más provocativo.

Se envolvieron en un abrazo, justo cuando sintieron, que los temblores en sus cuerpos se hacían más intensos, los latidos de sus corazones, parecían uno solo, sincronizándose a un mismo ritmo, que irremediadamente, los empujaba hacia el éxtasis.

Él vio, cómo el placer, se apoderaba del rostro de Deborah, y antes de que ella fuera a liberar ese orgasmo que la recorría, en un grito; la tomó por el cuello y la besó.

Fue un beso cargado de emoción y pasión, donde él mismo, dejó escapar sus reacciones, sintiéndose como siempre que se derramaba en ella, en la cima del mundo, pues eso era lo que provocaba Deborah en él.

Justo como le prometió, lo había llevado muy alto; tanto, que se encontró deseando quedarse en esa nube, donde volaba, que ese instante, fuera eterno.

De pronto, una canción, que comenzó a llenar el espacio, hizo que ella se estremeciera aún más; se abrazó a él, como si de eso dependiera su vida, y un cúmulo de lágrimas, llegó hasta su garganta; sollozó, hundiendo su rostro en el cuello cálido de Maurice, sintiéndose incapaz de contener la marea de emociones, que la recorría de pies a cabeza.

*It's obvious you're meant for me
Every piece of you, it just fits perfectly*

*Every second, every thought, I'm in so deep
But I'll never show it on my face
But we know this, we got a love that is homeless.*

—Maurice..., quiero quedarme contigo, así...; siempre, siempre —susurró, llevada por ese sentimiento, que la envolvía y por la libertad que le daba el alcohol que corría en su sangre.

—Mi amor, mi hermosa Debbie... Te amo tanto, tanto —expresó, con los ojos anegados por las lágrimas.

Él también estaba escuchando la canción y su corazón se estremecía, ante cada palabra que acompañaba a la melodía; era como si contaran su historia con Deborah.

Desde que era un chico, supo que se había enamorado, de alguien que muchos consideraban un imposible para él. Su padre, era el primero en decirle, que ella jamás sería suya, que iba a terminar sufriendo.

Gaël no mentía, su padre había acertado en muchas de sus palabras; había sufrido lo indecible, desde que el más hermoso de los imposibles, se metió en su corazón; pero nunca le importó vivir ese amor entre las sombras, ni tener que aguantar las burlas ni las humillaciones de muchos.

Deborah le demostró, que no era la persona inalcanzable que todos creían; ella hizo a un lado los prejuicios, que le imponía la sociedad y dejó de ser un imposible; se entregó a él para que la hiciera mujer, su mujer.

Y si sufrir, era el precio que debía pagar por tenerla, por sentirla así, entre sus brazos, por verse en sus ojos, mientras le hacía el amor; lo haría, pagaría eso y más; atravesaría el infierno, solo por perderse en ese par de zafiros, que le gritaban que lo amaba; aunque esa palabra nunca hubiera salido de sus labios; él sabía que Deborah lo amaba.

Y justo esa declaración que acababa de hacer, se lo confirmaba; ella, al igual que él, deseaba que pudieran tener una vida, juntos; lejos de todos los que se atrevían a juzgarlos, sin conocerlos; de los que jamás comprenderían, la intensidad de su amor, ni hasta dónde estaban dispuestos a llegar, para mantenerlo.

La impoluta fachada de la mansión Wallis, con su apariencia fría y desolada, pintada de un hermoso entretejido de luces doradas, naranjas y malvas, que anunciaban el final de un día; los recibió, cuando bajaron del taxi, y de inmediato, la brisa helada que recorría el jardín, los envolvió; anunciándoles que habían regresado a la realidad.

Deborah se apartó el cabello de su rostro y lo sostuvo, evitando que la brisa lo revolciera, mientras veía a Maurice ayudar al chofer con las maletas; él se le adelantó, una vez más, pagándole al hombre, y lo despidió, palmeándole el hombro; al parecer, eran conocidos, pues durante el camino, habían charlado un rato.

—Vamos adentro, me estoy congelando y la brisa está a punto de lanzarme al suelo —indicó, mirándolo a los ojos; y se dobló, para tomar su equipaje de mano, pero Maurice la detuvo.

—Espera, creo que deberíamos despedirnos aquí...

—¿Por qué? —cuestionó ella, de inmediato.

—Tu padre está en la casa —respondió, con el ceño fruncido.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó, y estaba a punto de volverse, pero Maurice se lo impidió, tomándole el rostro.

—Porque nos está mirando desde el ventanal de su estudio. —Mantuvo el rostro de Deborah entre sus manos; no quería que viera el desprecio, con el cual Dominic los miraba.

—¿Sabes qué? No me importa, yo le dejé claro que tú podías estar en esta casa, porque también es mía...

—Deborah, no quiero que tengas una discusión con él, menos por mi culpa —indicó, mirándola con preocupación.

Ella dejó escapar un suspiro, cargado de frustración; había pensado muy bien las cosas y analizado lo que planeaba hacer; y al final, decidió que intentaría mejorar las cosas con su padre; darle una nueva oportunidad, para poder convivir en paz, bajo el mismo techo.

Pensaba, que si se mostraba delante de él, como una mujer independiente y con deseos de sacar adelante la empresa; tal vez, Dominic, podía tomarla en cuenta por fin y darle al menos el reconocimiento que merecía.

No esperaba que de la noche a la mañana, las cosas entre los dos, cambiaran de manera radical, pero por algo debían empezar; y una vez más, sería ella quien diera el primer paso, porque sabía que él nunca lo haría.

Todo eso surgió, a raíz de una conversación que tuvo con Maurice, donde le habló un poco más de su nuevo proyecto y de las aspiraciones que tenía con el mismo.

Su amante le sugirió, que lo usara también para buscar un acercamiento con Dominic; y ella, en un principio, rechazó la idea; incluso, discutieron por eso, pero después, lo analizó mejor y terminó por ceder.

No sabía cuál era el embrujo que lanzaba Maurice sobre ella, pero cada vez que pasaban días juntos, renovaba sus esperanzas y alejaba el odio que le carcomía el alma.

Quizás era, que también se encontraba cansada de vivir de esa manera, estando siempre alerta, tensa y sometida por el estrés; de estar todo el tiempo, esperando cualquier reproche o burla, por parte de Dominic.

—Prometiste que harías... —Maurice le recordaba lo que habían acordado en Miami.

—Sé lo que prometí, mejor dicho, lo que tú me obligaste a prometer. Eres un condenado manipulador —suspiró, intentando relajarse y continuó—: intentaré ignorarlo si nos dice algo, pero igual, vas a tener que entrar a la casa; tienes que ayudarme con las maletas, porque están bastante pesadas; y desde allí pides un taxi —indicó, mirándolo a los ojos con seriedad.

—Te compraste medio Miami, ¿cómo no van a estarlo? —comentó, con relación a las maletas, mientras reía—. Y puedo pedir el taxi desde mi móvil, cuando esté en la entrada; no es necesario que espere en la casa...

—Maurice Favre, vas a entrar; si no quieres que me ponga realmente furiosa —pronunció, de manera tajante.

—¡Dios mío! No pudiste hacer que me enamorara de una mujer menos obstinada que esta —expresó, mirando el cielo.

—¡Estúpido! —exclamó, golpeándole el estómago.

—¡Ay! —Se quejó y la envolvió entre sus brazos, para besarla. No le importaba que el viejo los estuviera viendo; tendrá que irse haciendo a la idea, de que tarde o temprano, Deborah y él, formarían un hogar y tendrían una familia.

Deborah se sintió feliz, al saber que ya Maurice, parecía haberle perdido el miedo a su padre. Ya no se cohibía ni se mostraba como un cobarde, como hacía tiempo atrás.

Eso le mereció, que respondiera al beso con entusiasmo, acariciándole la espalda. Ese gesto de Maurice, la hizo sentir libre y feliz.

Se separaron, sonriendo, mientras se miraban con complicidad; él tomó las maletas, organizándolas, para cargar con todo, pero ella era terca y tomó su bolso de mano; así entraron a la mansión.

Dominic se alejó del ventanal, en cuanto los vio entrar, sintiéndose furioso e impotente; deseaba ir hasta allá y apartarla de ese aprovechado, arribista, y gritarle hasta que abriera los ojos, pues parecía que estaba ciega.

No podía concebir, que no se diera cuenta de qué es lo que en realidad, Maurice buscaba con ella.

—Es una tonta, heredó la estupidez de la madre —refunfuñó, sentándose detrás del escritorio—, y también la belleza; tiene la misma sonrisa de Christie, es tan parecida... —pronunció, trayendo a su cabeza, el recuerdo de su difunta esposa.

Cerró los ojos y recostó la cabeza en el espaldar de la silla. Deborah, cada día, se parecía más a la madre, y eso causaba en él, cierta mezcla de sentimientos. Por un lado, su belleza le producía rechazo, pues sabía, que eso fue lo que hizo de su vida un infierno; él cayó rendido a los pies de la hermosa y sensual actriz francesa; no le hizo caso a las señales, que le advertían, que ella no era del todo sincera, que el amor que sentía, no era por él, sino por su dinero, por el prestigio que le daría su apellido.

—Tu padre te lo advirtió, pero igual caíste, como un imbécil... Fuiste tan ciego, Dominic. Ella y ese hombre, ya tenían algo; varias personas lo rumoraban, no todo era actuación; y tú, en el fondo, lo sabías; pero más pudo el deseo que ella despertaba en ti. Dejaste de pensar con la cabeza, para hacerlo con la entepierna. Creíste, que con exigirle que dejara de lado esa vida, conseguirías que ella fuera únicamente tuya... ¡Pobre pendejo! —Se reprochó, llevándose las manos al rostro, para restregarlo con fuerza.

Lo otro que le provocaba, ver cuán parecida se hacía Deborah a su madre, cada día era, admiración. Era como si de alguna manera, tuviera a Christie junto a él.

A esas alturas, creía haber definido sus sentimientos hacia su difunta esposa; no era amor lo que lo llevaba a mantenerla viva en su mente, era una dañina y absurda obsesión. Seguía obsesionado con ella, con las preguntas que se quedaron sin respuestas, con las dudas.

—Con ese supuesto hijo que tuviste, antes de conocerme, y del que me confesaste su existencia, el día de tu muerte... ¿Sería cierto? ¿O solo era otra de tus mentiras? Para poder verte con alguno de tus amantes. ¿Irías a verlo a él? ¿O al miserable de Leonard Blanchard?

No lo sabía y nunca lo haría, porque solo ese día, se había visto tentado a investigar el pasado de su mujer, pero temeroso de encontrar algo más turbio de lo que ya conocía, lo dejó de lado.

Solo le preguntaría directamente a ella, le exigiría que le contara todo, pero el destino se lo impidió. Esa noche, cuando regresó a su casa, se encontró con la peor imagen que hubiera visto en su vida.

Christie estaba en la bañera, completamente inerte, pálida, con los labios morados, sin respirar.

Se llenó de terror y corrió hasta ella, para hacerla reaccionar, pero ya era muy tarde; la había perdido, y después de eso, lo demás no tuvo sentido para él; ya no le importaba nada, ni siquiera su propia vida.

—Perdóname... perdóname —pronunciaba, a la etérea alma de su esposa, de quien esperaba, le diera la absolución; desde donde quiera que se encontrase, en esos momentos.

Igual que siempre le ocurría, cuando recordaba aquel episodio, terminó llorando y temblando, con un inmenso vacío, abriéndose en medio de su pecho; sintiendo cómo la culpa, lo aplastaba contra el piso y le hacía doloroso hasta respirar.

Diego, una vez más, descargaba su furia en los sacos de abono que guardaba en el depósito, dejando caer un golpe tras otro, con asombrosa rapidez e ímpetu.

Había presenciado la llegada de Deborah y Maurice. En cuanto escuchó el motor de un auto, caminó con rapidez hasta la ventanilla que daba a la entrada de la mansión; se asomó, procurando que nadie lo descubriera; y desde allí, los vio bajar de un taxi, como una maldita pareja feliz, sonriendo, besándose, sin importarles un carajo que los viesan.

Eso le confirmó lo que ya sospechaba y desató la ira en él; tuvo que recurrir a todo su autocontrol, para no salir de allí y agarrar al infeliz del chofer a golpes, hacerlo hasta partirle el alma. Lo único que lo detuvo fue, imaginarse de regreso en la cárcel, por haber asesinado a ese «malnacido».

—No me verán la cara de pendejo... No lo harán. ¡Se los juro! —exclamó, sin darle tregua al material dentro del saco, que ya estaba deformada, por sus golpes—. No sé qué demonios estás planeando Deborah, pero me darás lo que me prometiste; tendré ese dinero al precio que sea. No voy a quedarme en este lugar, siendo un maldito jardinero toda la vida —sentenció, intentando calmarse, al ver que tenía los nudillos en carne viva.

La imagen, lo hizo consciente del dolor y del ardor en sus manos, pues la rabia, le había impedido ver, que solo se estaba dañando a sí mismo.

Respiró profundo, para calmar los latidos desbocados de su corazón; buscó en el estante un pañuelo limpio e intentó parar la sangre, que brotaba de sus heridas.

Media hora después, Deborah y Maurice salían al pórtico; ella insistió en acompañarlo, cuando el taxi llegó a buscarlo. Quería darle una muestra de que ella, también, comenzaba a dejar de lado, el miedo que le tenía a su padre.

—Te voy a extrañar mucho esta noche —mencionó él, mirándola a los ojos, mientras le acariciaba la cintura.

—Lo sé..., y habrá una parte de ti, que me extrañará muchísimo más —sonrió, con malicia.

Él mostró el mismo gesto de Deborah y se acercó a besarla; se suponía que sería un beso casto, de despedida, pero las ansias que se despertaban en los dos, hicieron que fuera completo y apasionado; los hicieron olvidarse del mundo a su alrededor.

Después de un minuto, se vieron obligados a separarse, dejando el intercambio en suaves roces de labios.

—Te doy permiso para que me imagines, esta noche —susurró ella, en el oído de Maurice, al tiempo que le acariciaba el pecho.

—Espero que tú hagas lo mismo —indicó, mirándola.

Deborah asintió, mordiéndose el labio, y terminó de despedirlo, dándole un beso rápido; después de eso, lo vio subir al auto.

Entró a la casa y se sintió aliviada, cuando Marcus le informó, que su padre no cenaría esa noche. Le tocaba hacerlo sola, pero era mejor así; estaba segura, que él no perdería la oportunidad de reprocharle su comportamiento con Maurice.

Después de varios días, Deborah se encontraba una vez más, sumergida en la rutina; se había dedicado en cuerpo y alma a su nuevo proyecto.

Desde que llegaba a la empresa, muy temprano, hasta pasadas las cinco de la tarde. Aunque su horario era hasta las tres, igual ella se quedaba y le pedía a Kelly, que también lo hiciera, por si necesitaba su ayuda.

Trataba de mantener todo en el más estricto secreto; se reunía con el asistente del jefe del Departamento de Mercadeo, porque se llevaban mejor; y confiaba más en él, que en el designado por su padre.

Silvia, también la había invitado a almorzar, para intentar descubrir lo que tramaba, pero ella no le dijo absolutamente nada. Aunque tenían una buena relación, y a no volvería a confiarle nada; la mala experiencia vivida, le había enseñado a no hacerlo.

Ese día, se quedó más tarde de lo normal, porque estaba ultimando unos detalles, para presentar el proyecto, en la junta que harían dentro de dos días.

Cuando salió, el edificio estaba prácticamente vacío, solo laboraba el personal de limpieza y los de seguridad.

—Se le hizo tarde hoy, señorita. Está trabajando mucho últimamente. Seguro que en algo muy bueno —comentó con una sonrisa, el anciano que estaba a cargo del estacionamiento, y siempre esperaba hasta que el último auto abandonara el lugar.

—Así es, Harold... Que tenga buena noche. —Se despidió, respondiendo con una sonrisa al gesto del hombre.

—Igual usted, que descanse —dijo, al verla subir al auto.

Deborah se puso en marcha, rogando no encontrar tráfico; deseaba llegar a su casa, darse un baño, comer algo y beber una copa de vino, antes de irse a dormir; en verdad, estaba agotada.

Buscó vías alternas, para evitar el embotellamiento que siempre se hacía a esa hora. Pasaba justo por una de esas calles solitarias, cuando escuchó un estruendoso sonido; y de pronto, el auto se descontroló; por suerte, no iba a gran velocidad.

—¡Oh Dios mío! —exclamó, asustada. Cuando consiguió detenerse, respiró profundo, para pasar la sensación de terror que la invadió—. ¿Qué rayos pasó? —inquirió.

Miró a su alrededor, notando que no había otros autos cerca; en realidad, no había una sola persona en esa calle. Se armó de valor y bajó, para inspeccionar lo que había ocurrido.

Una de las llantas había estallado; suspiró, con frustración, mirando el daño.

—No puedo encargarme de esto sola. Será mejor que llame a Maurice... —decía, cuando recordó que él había viajado hasta Baton Rouge, porque debía presentar una exposición, temprano; y necesitaba preparar la maqueta—. ¡Mierda! Piensa, Deborah, piensa... ¿Qué puedes hacer? —Se preguntó y entró de nuevo al auto, para tomar su teléfono y buscar en internet, el número de algún servicio de grúas o un taller.

La frustración la invadió por completo, cuando miró que su teléfono, casi no tenía batería, que estaba a punto de apagarse. Ella, como no pensaba usarlo más, no tuvo la precaución de ponerlo a cargar, antes de salir.

Intentó realizar una llamada, esperando que al menos, le alcanzara para eso. Estaba marcando el número de Janeth, para que pasara a buscarla, cuando vio a dos hombres de color, acercándose a ella con rapidez.

Deborah entró en pánico, ni siquiera le dio tiempo a subir de nuevo al auto, para encerrarse.

—¿Necesitas ayuda, bonita? —preguntó uno de los hombres, dedicándole una sonrisa lasciva y mirándola de pies a cabeza.

—No necesito nada, muchas gracias —respondió, intentando no ser grosera, pero tampoco se mostró débil o asustada.

—Pues a mí me parece que sí —dijo el otro, mirando el neumático; y después, la miró a ella—. Nosotros podríamos ayudarte, si nos das algo a cambio.

—Acabo de llamar al servicio de grúas; deben estar por llegar. Ya ellos se encargarán. —Deborah mintió, para alejarlos.

—¿Eso te dijeron? Pues déjame decirte, que te engañaron; nunca llegan a tiempo. Lo mejor será, que nos dejes ayudarte —comentó el que había hablado primero, acercándose a ella, haciéndola retroceder hasta el auto.

—Ya les dije que estoy bien... —decía, y se interrumpió, al ver que el otro hombre, aprovechaba que su compañero la distraía, para abrir la puerta del auto—. ¿Qué demonios cree que hace? —cuestionó, armándose de valor; y se acercó, para tratar de alejarlo.

—Necesitamos herramientas, para cambiar el neumático, y deben estar en el portaequipaje —expresó, fingiendo inocencia.

—Pues ya les dije, que no necesito de su ayuda; hagan el favor de marcharse... o llamaré a la policía.

Intentó entrar al auto con rapidez, para encerrarse en el, pero el hombre fue más astuto y la agarró por la cintura; al menos consiguió quitar la llave del contacto, antes de que él la estrellara contra la carrocería y cerrara la puerta con un golpe seco, que la hizo estremecer.

Deborah comenzó a temblar y sus ojos se llenaron de lágrimas; apretó los dientes, para no derramarlas; y en ese instante, llegaron hasta ella, las lecciones de defensa que le había enseñado Diego.

Ella estaba de espaldas, sobre el frío metal del capó, pero tenía la posibilidad de hacer algunos movimientos, dar la pelea y no quedarse allí, pasiva, mientras esos «malnacidos», abusaban de ella o le robaban; e incluso, la mataban. Pues no tenía que ser adivina para saber, que así terminaría esa situación.

—¡Hey, chicos! ¿Algún problema?

Deborah escuchó esa voz y sintió que había sido salvada, aunque fuera, evidentemente, la de una mujer; pero la advertencia para que se alejaran, estaba muy clara en el tono de voz; sin embargo, toda su felicidad se vino al piso, cuando giró el rostro y vio, que su salvadora, no era otra que Rebecca Freeman.

Seguramente, al saber que se trataba de ella, la dejaría allí, a merced de esos delincuentes.

—Está todo bien, solo pretendemos ayudar a la señorita —dijo uno de los hombres, quien había reconocido a Rebecca.

—¡Quítame las manos de encima! ¡Miserable! —exclamó Deborah, mirándolos con coraje.

—No deberías ser tan altanera, bonita; eso te puede traer muchos problemas —mencionó, ese que la había arrinconado contra el auto y le había agarrado el culo, de manera posesiva.

—¡Suélteme! —gritó y lo empujó con ambas manos.

No obstante, apenas pudo moverlo; así que optó por darle un golpe en la nariz, de abajo hacia arriba, con la mano abierta.

Ese tipo de golpes, hacía mucho más daño, que uno con el puño cerrado; y este sí que lo hizo tambalearse; lo que ella aprovechó para zafarse y correr hasta Rebecca, aunque no esperaba que la ayudara.

—Llamaré a la policía —dijo y comenzó a teclear el número.

—¡Suelta ese maldito teléfono! —ordenó el más agresivo de ellos, al tiempo que sacaba una navaja y caminaba con decisión hacia Deborah.

—¡Tranquilo, hombre! Solo queremos el auto... —Lo detuvo el que era más consciente y había reconocido a Rebecca—. No nos metamos en problemas.

—¡Déjame en paz! ¡Esa perra me las pagará!

Rebecca supo que la situación se había puesto fea; eso le pasaba por andar de metiche. No debió interferir, al ver lo que sucedía, pero algo se le había pegado de Gonzalo; ahora, ella también quería ser una heroína.

—¡Corre, Deborah! ¡Entra! —gritó Rebecca, abriendo la puerta, sin dejar de mirar a los hombres.

—¡Maldita metiche! —exclamó el tipo furioso y corrió para detenerlas, no se quedaría con eso.

Deborah logró bloquear las puertas del auto antes de entrar, esperando, que no le sucediera nada; aunque siendo sincera, lo dudaba.

Haló a Rebecca del brazo, para ayudarla a entrar, antes de que el delincuente la agarrase.

La morena trancó la puerta con su cuerpo, Deborah la vio y también le ayudó, para hacer más peso contra la hoja de cristal.

Las manos de Rebecca temblaban, pero consiguió pasar la llave, con algo de torpeza.

Ambas se sobresaltaron, al escuchar cómo el hombre golpeaba y las miraba, completamente enardecido.

—¡Malditas! ¡Me las pagarán! ¡Las dos! —gritaba, como poseído por un demonio, sin dejar de lanzar golpes en el cristal.

—¡Ya para! ¡Imbécil! Mejor larguémonos de aquí, antes que llegue la policía —ordenó, antes de salir corriendo.

El delincuente, que prácticamente estaba fuera de sí, terminó por alejarse; reconociendo, que su compañero tenía razón. Ellas llamarían a la policía y el lugar estaría lleno de patrullas en solo minutos.

Corrió, perdiéndose en la oscuridad que reinaba en la calle y le brindaba la posibilidad de escapar.

Vieron cómo el hombre se alejaba, pero el miedo seguía corriendo por sus venas; tenían los latidos de sus corazones acelerados y las respiraciones afanosas; mientras sus cuerpos, no dejaban de temblar.

Rebecca fue la primera en tener una reacción, se volvió a mirar a Deborah, quien lucía tan pálida, que daba la impresión de estar a punto de desmayarse.

—¿Te encuentras bien? —Le preguntó, con preocupación.

Deborah no lograba dar con su voz, sentía que las lágrimas, agolpadas en su garganta, estaban a punto de ahogarla; solo asintió en silencio e intentó respirar profundo, para pasar esa horrible sensación de asfixia, que la embargaba; pero al hacerlo, dejó escapar un par de sollozos y negó con la cabeza.

—Tranquila, ya pasó... —Intentó consolarla, aunque no se atrevió a tocarla, porque no tenían esa confianza.

—Lo siento..., aún estoy impresionada —habló, con voz estrangulada, y se aclaró la garganta.

—Es normal, tuviste suerte...

—No, no se trató de suerte... Si tú no hubieras intervenido, ¿quién sabe lo que me habrían hecho? —Deborah tuvo que reconocer, que había sido salvada por ella—. Gracias, Rebecca, gracias por acudir en mi auxilio.

—No es nada, lo hubiera hecho por cualquiera; ni siquiera sabía que se trataba de ti —dijo, para cortar con esa sensación tan incómoda, de haber ayudado a su enemiga—. Y esos hombres solo buscaban asustarte; querían llevarse el auto, pero estoy segura, que no te hubieran hecho daño.

—Yo no lo estaría. Son delincuentes, ven a una mujer indefensa, sola, y enseguida piensan en aprovecharse de ella. El más violento, tenía toda la intención de abusar de mí; no quería solo el auto —contestó y se volvió a mirar por el cristal.

—¿Qué hacías sola? ¿Y Maurice? —inquirió, desconcertada.

—Mi chofer pidió un permiso —respondió con seriedad. No le gustó ni un poco, que Rebecca tratara con tanta familiaridad a su amante.

—¿Tu chofer? —cuestionó Rebecca, con una sonrisa irónica.

—¿Serías tan amable, de prestarme un teléfono? Mi móvil se quedó sin batería... Llamaré a la policía, para reportar lo sucedido; y a un servicio de grúas, para que se lleven el auto —explicó, para desviar el tema de Maurice.

—Claro, aunque si me dejas darte un consejo... —sugirió, caminando hasta donde había dejado su bolso.

—¿Qué? —inquirió, a la defensiva.

—No deberías perder el tiempo en poner una denuncia, es poco probable que den con esos hombres; además, te tendrán en una estación policial durante horas...

—No me voy a arriesgar a salir de aquí, sabiendo que esos hombres, están allá afuera. Necesito ir a un taller, para que cambien el neumático de mi auto; y después, que al menos una patrulla me escolte hasta la mansión —comentó, sintiéndose alarmada; nunca se había encontrado en una situación igual.

—¿Que te escolte una patrulla? —cuestionó Rebecca, algo divertida; y al verla tensarse, continuó—: claro, lo olvidaba; eres la princesa de Nueva Orleans, no esperas un trato distinto.

—¿Podrías dejar de lado el sarcasmo? —Deborah se llevó las manos a la cintura y la miró con rabia, estaba agradecida con ella, pero no soportaría sus burlas.

—¿Podrías poner los pies sobre la tierra, al menos una vez en tu vida? Lo que acabas de sufrir, no es algo extraordinario, Deborah. Es algo por lo que muchas personas deben pasar, en muchas partes del mundo. Solo relájate y da gracias a Dios, porque sigues viva —dijo, con determinación. Odiaba el drama.

—¿Qué pretendes entonces que haga? ¿Que salga y me pare en mitad de la calle?, ¿para que vengan esos delincuentes u otros más y me roben, me violen o me maten? —cuestionó, sintiéndose furiosa—. Solo necesito hacer una llamada; después, me largaré y te libraré de mi insoportable presencia.

—No te estoy echando, Deborah. Ya deja de lado el estúpido orgullo; solo te di un consejo, tú ves si lo tomas o no. —Le extendió su móvil.

—Gracias. —Deborah lo recibió y se quedó mirándolo.

No sabía qué hacer, si lo que Rebecca decía de la policía era verdad, iba a perder su tiempo y lo único que deseaba en ese momento, era llegar cuanto antes a su casa.

No quería que las cosas se quedaran impunes, pero en ese momento, sinceramente, no se encontraba de humor para someterse a un interrogatorio.

—¿Qué me sugieres que haga? —continuó Deborah, doblegando su orgullo y elevando el rostro, para mirar a Rebecca.

—Esos autos nuevos, tienen seguros y personal que te auxilia, en casos como estos; puedes llamar al centro de atención al cliente y pedir que te envíen a alguien. Ellos se encargarán de cambiar la llanta; después de eso, te irás a tu casa a descansar; y mañana, cuando estés más calmada, vas y pones la denuncia —explicó, con voz calmada—. Lo otro que puedes hacer y que quizás se lleve menos tiempo, es llamar a alguien para que venga a buscarte, o puedo llamarte un taxi. Al auto no le pasará nada porque lo dejes aquí, solo asegúrate de dejarlo cerrado.

—Maurice es el único que podría venir por mí y está en Baton Rouge...; tal vez, pueda tomar un taxi. —Optó por lo que fuera más rápido, ya no quería seguir allí.

—Bueno, en ese caso..., vamos; te acompaño a tomar uno.

—¡Qué! ¡No! ¡No pienso salir sola!... ¿Te has vuelto loca? Esos delincuentes siguen allí afuera —mencionó, alarmada.

—Por favor, Deborah, no seas tan miedosa; esos hombres deben estar muy lejos de aquí. Seguro pensaron que llamaríamos a la policía —indicó, caminando hacia la puerta.

—¿Nunca te han dicho, que eres muy confiada? —cuestionó Deborah, mirándola con recelo.

—Sí... —respondió Rebecca, encogiéndose de hombros y sonrió, al recordar a Gonzalo—. Pero tuve dos padres que me enseñaron a ser valiente, y ahora son dos ángeles que me cuidan desde el cielo —agregó, llevando la mano hasta el manojito de llaves, que había quedado pegado a la puerta.

Deborah se sintió celosa e incómoda, ante ese comentario, miró a otro lado, para que Rebecca, no descubriera en su mirada, la sensación que le provocó escucharla decir eso.

—¡Mierda! ¡No puede ser! —exclamó Rebecca, sintiéndose frustrada, mientras intentaba hacer girar la llave.

—¿Qué pasa? —inquirió Deborah, acercándose.

—La llave está atascada. Al parecer, la forcé al momento de cerrar; o quizás, fue cuando ese estúpido golpeó la puerta. No puedo girarla, no abre —contestó, con la voz forzada, por el esfuerzo que hacía para moverla.

—¿Y entonces? ¿Nos vamos a quedar encerradas? —preguntó Deborah, abriendo mucho los ojos.

—No, tengo las llaves de la puerta trasera; pero tendré que buscar un cerrajero... —Se detuvo, antes de quejarse por tener que gastar en ese imprevisto.

—Lo siento... —pronunció Deborah con rapidez. No estaba acostumbrada a disculparse, pero sintió que debía hacerlo—. Llama a alguno de tu confianza, que yo pagaré la cuenta —indicó, queriendo solucionar las cosas con dinero, tal como hacía su padre.

—No es necesario —masculló y soltó el manojito de llaves con rabia—. Espera aquí, regreso enseguida. —Caminó hacia su oficina, para buscar el otro juego.

Le había hecho un favor al dejarla entrar allí, no estaba esperando que le pagara por nada, ni que viniera con su estúpido dinero a querer humillarla. Era cierto que sus cuentas se descuadrarían por ese gasto extra, pero no se quedaría en la ruina por ello; y lo más importante, conservaría intacto su orgullo.

En su despacho, comenzó a buscar en el cajón, donde pensaba que las había guardado, pero no dio con ellas; se detuvo, pensando en dónde pudo haberlas dejado; recordó que la última vez que las tuvo en sus manos, fue cuando salía de la cabaña de Gonzalo, el día anterior, y no las había echado de menos, porque Louis siempre abría la puerta trasera cuando llegaba mercancía. Era él quien las recibía junto a Freddy.

—¡Mierda! ¡Lo que me faltaba!

Se llevó las manos a la cabeza y cerró los ojos, sintiéndose muy molesta, de solo imaginar, que le tocaría pasar al menos dos horas allí, encerrada, junto a Deborah Wallis.

Se resignó, pues no le quedaba de otra; tomó su teléfono y le marcó a Gonzalo; sintiéndose algo apenada, por ponerlo en esa situación.

—Hola, Rebecca ¿Ya estás en casa? —preguntó, pues le había pedido, que siempre lo llamara cuando llegara a la casa, para saber que estaba bien.

Su afán por protegerla, no descansaba ni estando lejos.

—No, sigo en el restaurante y tengo un problema.

—¿Qué pasa? —Gonzalo se puso alerta, de inmediato.

Rebecca dejó escapar un suspiro y cerró los ojos, antes de dar inicio a esa respuesta, buscando hacerla lo más rápida y sencilla posible.

Tal como esperaba, Gonzalo se alteró, al enterarse de lo sucedido; la regañó por ser tan imprudente y no llamar a la policía, en lugar de intervenir; pero al decirle a quién había salvado, algo pareció cambiar en su tono de voz.

Después de diez minutos, consiguió librarse del interrogatorio de Gonzalo; y se armó de paciencia y de valor, una vez más, para salir y notificarle a Deborah lo que sucedía.

—Tengo una mala noticia.

—¿Qué sucedió? —Deborah se volvió a mirarla, en cuanto la escuchó. Estaba atenta a su auto o viendo que los hombres, no estuvieran rondando.

—Dejé el otro juego de llaves, en el auto de un amigo. Lo acabo de llamar y ya viene..., solo que... vive cerca del pantano y tardará al menos dos horas en llegar hasta aquí. —Le pareció que era mejor decir todo de una vez.

Deborah apretó los labios, para suprimir un grito, mezcla de desesperación y frustración; cerró los ojos, esforzándose por mantener la calma, recordándose que debía estar agradecida y no mostrarse grosera con Rebecca.

—Supongo que no queda de otra.

—Supongo que no —contestó Rebecca, encogiéndose de hombros y caminando hasta la barra—. Será mejor que te sientes.

—Gracias —masculló y lo hizo en una de las mesas; miró su teléfono, que ya se había quedado sin batería y ni siquiera pudo llamar a su casa—. ¿No te da miedo quedarte aquí, tan tarde? —preguntó, llevada por la curiosidad.

—No, nunca me ha pasado nada...; mi casa está a dos manzanas de aquí, nunca llevo cosas de valor o llamativas, que hagan que los ladrones pongan sus ojos en mí, y mucho menos ando en un lujoso Corvette —contestó, sentándose en uno de los bancos junto a la barra, agradeciendo que la otra, hubiera puesto distancia.

—No tengo culpa de tener cosas que tú no.

—No, pero deberías ser más prudente. Debiste quedarte dentro del auto y llamar a alguien, no salir y exponerte —comentó, mirándola a los ojos.

—Quise ver lo que le había sucedido al auto. No pensé que esta zona fuera tan peligrosa, no está en los suburbios. —Se excusó, sintiendo que tenía la razón. Era el distrito empresarial.

—Pues era obvio que había sido un neumático, y solo en caso de que tú supieras cómo cambiarlo, sería aceptable que bajaras; de lo contrario, solo estabas cometiendo una estupidez.

—Gracias, no bastó con que me accidentara, que intentaran robarme y ultrajarme, ahora también tengo que soportar tus insultos. ¿Sabes qué? —dijo Deborah, poniéndose de pie.

—¿Qué? —inquirió Rebecca, con sorna.

Había visto las intenciones de Deborah de marcharse; al parecer, se le había olvidado que estaban encerradas. Comenzaba a creer, que la belleza y la inteligencia, no podían tener cabida en una misma persona; aunque debía reconocer, que la heredera lo era; siempre había resaltado en las clases, por encima de su cara bonita.

—Nada —masculló Deborah, con molestia, siendo consciente de su situación, pero se quedó de pie y caminó de nuevo hasta la puerta, para mirar hacia afuera—. ¿Crees que tarde mucho tu amigo? Es decir, podríamos llamar a un cerrajero y quizás estaría aquí antes —sugirió. Quería marcharse de ese lugar.

—Si pudieras encontrar a uno a estas horas, cosa que dudo. —Rebecca se puso de pie y caminó hacia la cocina.

—Siempre crees tener la razón en todo, crees saberlo todo...

—¿Y por eso me odias? —preguntó, con una sonrisa burlona.

—¡Por favor! No te odio. Ese sentimiento es demasiado poderoso, como para dedicarlo a personas sin importancia. —Hasta allí había llegado su postura sumisa; una cosa era estar agradecida por lo que había hecho por ella; y otra muy distinta, era dejarse humillar.

—¡Allí está la Deborah Wallis de siempre! —exclamó Rebecca, mirándola con resentimiento.

—No te quejes, tú me buscaste. He intentado ser amable y mostrarme agradecida contigo, pero lo único que has hecho es, burlarte de mí. Sé que para ti no es agradable mi compañía, pues que te quede claro, el sentimiento es mutuo.

—Eso es lo que te molesta, que yo no te rinda pleitesías, como las ridículas de tus amigas, pero ¿Te digo algo? No lo esperes, porque vas a llegar a vieja y nunca lo vas a ver, Deborah Wallis —sentenció, con la mirada clavada en la azul.

—No dormiré esta noche, por la angustia que eso me provoca —esbozó, con sorna, dándole la espalda.

Un pesado silencio se apoderó del lugar, mientras ambas se esforzaban por ignorarse. Rebecca pensó en encerrarse en su oficina, pero después recapacitó; ese era su restaurante y ella no tenía por qué estar escondiéndose de nadie, menos de Deborah Wallis.

Se paseó por el lugar, como lo que era, la dueña y señora.

Deborah se moría de sed, pero no sabía cómo pedirle agua. Eso le vendría de maravilla y le ayudaría a calmar el molesto temblor, que a veces la recorría; al final, después de varios minutos, se armó de valor y habló.

—¿Podrías venderme una botella de agua? —preguntó, volviendo medio cuerpo, para mirarla.

—La caja está cerrada; además, ¿con qué piensas pagarme? No veo que traigas dinero encima —contestó, mirándola con rabia.

Deborah ni siquiera le respondió, se volvió a girar para seguir mirando por el ventanal; sintiéndose furiosa, humillada y frustrada.

Ese cúmulo de sentimientos, hizo que las lágrimas que se esforzaba por contener, rodaran por sus mejillas; en ese instante, la imagen de Maurice llegó hasta ella, y un deseo enorme de abrazarse a él, la embargó; quería que estuviera allí y la hiciera sentir a salvo.

—Toma. —Rebecca puso una botella de agua sobre la barra.

—No hace falta, estoy bien —acotó, después de mirar de soslayo lo que le ofrecía.

—Ya deja el estúpido orgullo de lado y bébete el agua, que debes estar sedienta... —indicó, con un tono de voz que demostraba autoridad; pero suspiró, al ver que no le hacía caso—. Deborah, ya deja de comportarte de esa manera. Está bien, sé que quizás fui muy indolente contigo, pero en la vida pasan cosas peores...

—No se trata de eso, ya lo del robo pasó...; estoy bien.

—Entonces, ven, siéntate y tómate el agua. ¿Necesitas algo más?

—Con el agua está bien, gracias —comentó. Haciéndole caso a Rebecca, se puso de pie, y agarró la botella y el vaso con hielo que le había puesto, y se bebió casi la mitad de un trago.

—¿Quieres llamar a tu casa? Deberías avisarle a tu padre, para que no se preocupe... —decía Rebecca.

—A él le da lo mismo si llego a dormir o no. Nunca está allí, siempre se queda con su amante —mencionó, sin mirarla.

—Bueno, si nadie se angustiara por tu retraso, entonces siéntate; todavía falta para que mi amigo llegue.

—Gracias —esbozó y tomó lo que le restaba del agua.

No comprendía, porqué se comportaba de esa manera, porqué se mostraba tan sumisa con Rebecca.

Pudo haberse negado a recibir el agua y mantener su orgullo intacto, pero en lugar de eso, cedió; otorgándole más poder sobre ella, haciendo que la deuda fuera mayor.

Rebecca, por su parte, también se sentía extraña ante esa situación y la actitud de Deborah. Nunca imaginó, que algún día la vería de esa manera; era tan soberbia, déspota, y la despreciaba tanto, que jamás pensó que terminarían compartiendo juntas, como si nunca hubieran sido enemigas.

—¿Por qué me odiabas tanto? ¿Por qué tanto rechazo? —preguntó Rebecca, sin poder seguir conteniéndose. Vio que Deborah se volvía, para verla con la mirada cargada de desconcierto, así que continuó—: dices que no me odias, pero será ahora, porque cuando estuvimos en la preparatoria, te dedicaste a hacerme la vida imposible; siempre tratabas de humillarme, de lastimarme... —Su voz llena de rabia, se quebró.

—No te odio... y nunca lo he hecho —murmuró y respiró hondo, antes de seguir—. Yo... yo... —Se detuvo, no sabía cómo explicarle la razón, el origen de su eterna rivalidad.

—¿Tú qué? —inquirió Rebecca, para que continuara.

—Yo... te envidiaba, no soportaba que fueras tan perfecta, tan alegre, y que tuvieras lo que yo no tenía —confesó, manteniéndole la mirada.

—¿Me envidiabas? ¡Por favor, Deborah! Eso no te lo crees ni tú misma, ¿qué podrías envidiarme, si tú lo tenías todo? —cuestionó, mirándola con rabia y recelo.

—Sí, claro, yo tenía todo: vestidos, joyas, una gran mansión, autos... Quizás tú, no tenías todo eso, pero tenías algo que yo no; y era lo que yo más deseaba en la vida. Tú tenías unos padres...

—¿Qué tonterías dices? Tú también los tenías, todavía tienes a tu padre vivo... —Rebecca no pudo continuar.

—¡Yo perdí a mi padre cuando tenía siete años! —exclamó, con lágrimas corriendo por sus mejillas—. Él prefirió creer en una mentira, que en el amor que yo le tenía...; me hizo a un lado, sin contemplaciones, sin importarle que fuera solo una niña. Yo no entendía nada y aun así, fui condenada a su desprecio, a sus humillaciones, a su odio... Dices que yo te odio, pero no Rebecca, no te odio. Tú no tienes idea de lo que es ese sentimiento; porque estoy segura, que nunca en tu vida has tenido que verte expuesta a ello... ¡Nunca! —gritó y se volvió, para esconder su dolor.

Justo en ese momento, quería salir corriendo de allí y esconderse a llorar, como siempre hacía; esconder de los demás su dolor y su vergüenza.

Intentó ahogar los sollozos, llevándose las manos al rostro, pero no pudo controlar el temblor, que hacía convulsionar su cuerpo, ese que le anunciaba, que podía desplomarse en cualquier instante.

—Deborah..., yo no sé... no sé qué decir...

Rebecca se acercó, despacio, dudando entre consolarla o no. Sabía que era orgullosa, ella también lo era; así que comprendía que para Deborah, no debía ser nada fácil, mostrarse de esa manera, y menos delante de ella.

—No tienes que decir nada, solo no vuelvas a llamarme «la niña mimada de Nueva Orleans», porque eso sí lo odio. Desde muy pequeña, olvidé lo que era ser mimada o amada por mis padres —pronunció, con resentimiento, sin volverse a mirarla.

—No lo haré..., pero no comprendo; tú siempre parecías feliz en la preparatoria y alardeabas de las cosas que tus padres te regalaban. Recuerdo que quise coserte la boca, para que dejaras de hablar de aquel dichoso crucero que te regalaron, cuando cumpliste quince años. Eras insoportable, Deborah.

—Odié cada minuto de ese viaje, yo no quería hacerlo. Deseaba tener una fiesta, como todas las chicas, con mis amigas y la música que me gustaba; no andar con un grupo de desconocidas, recorriendo montones de ruinas y escuchando historias aburridas, sobre un pasado que no me interesaba y que nada tenía que ver conmigo —respondió, abrazándose a sí misma y recordando todo eso—. Dominic se negó a hacer una fiesta, no le importaron mis ruegos ni los de mi madre, dijo que no y esa fue su última palabra; así que terminé en ese maldito crucero.

—Jamás lo hubiera imaginado —indicó Rebecca, perpleja.

—Porque yo nunca demostré, que lo había odiado; por el contrario, me esforcé por hacerles creer a todas, que había sido una de las «mejores» experiencia de mi vida. Siempre intenté ocultar lo que sucedía en mi casa, por vergüenza, porque los Wallis, éramos la familia perfecta. Nadie se podía enterar, que mi madre era una alcohólica y que mi padre nos despreciaba.

—Lo siento mucho, Deborah..., de verdad. Yo no tenía ni idea.

—Se suponía que así debía ser, supongo que cumplí bien con mi papel. Igual, no todo fue malo, las cosas mejoraron para mí, desde que llegó... —Deborah se interrumpió de golpe, cayendo en cuenta, que estaba hablando demasiado.

—¿Maurice? —preguntó Rebecca, aunque ya sabía la respuesta, porque ella había notado ese cambio.

Deborah solo asintió, en silencio; ya no quería hablar más de ese asunto. Su única confidente había sido Janeth, y las pocas veces que las dos lo conversaron, fue cuando Deborah caía en profundas depresiones o cuando no podía seguir en el infierno en el cual vivía y escapaba a casa de su amiga.

—Cuando me enteré de la enfermedad de Nhung, pensé que Dios era muy injusto. Causarle a alguien como ella, un sufrimiento así, mientras que mi madre, a quien no le importaba su vida ni la mía, seguía gozando de buena salud —esbozó Deborah, con amargura, dejando escapar un suspiro—. Nhung fue una madre extraordinaria, siempre estuvo pendiente de ti, apoyándote, brindándote cariño y comprensión...; incluso, conmigo, se mostró amable, a pesar de que nosotras no nos llevábamos bien. No hacía distinción y siempre me decía, que algún día, dejaríamos de lado las riñas y terminaríamos siendo grandes amigas.

Deborah seguía de espaldas a Rebecca, pues sabía, que si la miraba a la cara, nunca le diría nada de eso; pero sentía, que desahogarse, comenzaba a hacerle bien; después de todo, le había prometido a Maurice y se había prometido a ella misma, que buscaría empezar de cero, sin deseos de venganza o rencores.

—Mi madre siempre hacía suposiciones raras —murmuró Rebecca, sintiéndose nerviosa y algo incómoda, con esa conversación.

—Siempre —susurró Deborah, limpiándose una lágrima.

Ambas se quedaron en silencio y sumidas en sus pensamientos, hasta que la melodía del teléfono de Rebecca, las regresó a la realidad.

Rebecca se dirigió hacia la barra, donde había dejado el celular, sabía quién llamaba; y sintió que él, había sido su salvador.

No deseaba seguir descubriendo, las verdades ocultas de los Wallis; tampoco dejar que esa empatía, que comenzaba a sentir por Deborah, creciera. Ella no era digna de su confianza.

—Gonzalo —respondió a la llamada, sintiéndose aliviada.

—Estoy cerca, ¿me estaciono en la parte de atrás o por el frente? —preguntó, conduciendo despacio, mientras miraba las calles.

—Por atrás, el juego de llaves que tienes, es de esa puerta —respondió y caminó a ese lugar.

—Estaré allí en un minuto.

—Gracias —dijo y colgó, dejando escapar un suspiro.

Deborah había escuchado con atención la conversación, desde el mismo momento, que oyó el nombre de Gonzalo.

Algo dentro de su pecho, se encogió, presintiendo que se trataba del mismo hombre. Decenas de preguntas, se agolparon en su cabeza, pero se mantuvo en silencio, con la mirada clavada en la puerta, a la espera de que ese «amigo» de Rebecca, hiciera su entrada, mientras el corazón le latía muy rápido.

Sin embargo, nada hubiera evitado que se sorprendiese, ante la escena que siguió.

Vio al detective abrir la puerta y a Rebecca lanzársele encima; acto seguido, le envolvió el cuello con los brazos y le dejó caer un par de besos en la boca.

Deborah esquivó la mirada, para no seguir presenciando ese cuadro, mientras sentía, que un intenso calor, se apoderaba de su pecho; y su cuerpo se tensó.

No tardó en reconocer esa reacción, eran celos, y eso la desconcertó, pues el hombre ni siquiera le gustaba; aunque era atractivo, no era del tipo que le atraía y mucho menos que le provocara celos.

—¿Estás bien? —Le preguntó Gonzalo a Rebecca, mientras le acariciaba el cabello y la miraba a los ojos.

—Sí, solo fue un susto, pero ya pasó —contestó, sonriéndole.

Se sintió tan bien y a salvo junto a Gonzalo, que olvidó por completo a Deborah; cuando la escuchó aclararse la garganta, para hacerla consciente de su presencia allí, fue como si la hubiera sacado de una fantasía, para llevarla a una desagradable realidad.

—Buenas noches, detective Dorta.

Deborah lo saludó, con toda la intención de dejarle claro a Rebecca, que ellos dos, ya se conocían; aunque se había dicho, que no la molestaría más, en ese instante, quería arruinarle esa tonta felicidad que irradiaba.

—Deborah. —Fue todo lo que esbozó Gonzalo y la miró fijamente, para comprobar que también estaba bien.

—¿Ustedes dos se conocen? —Los interrogó Rebecca, completamente desconcertada; al instante, un peso se alojó en su estómago; miró a Deborah, quien le sonreía con soberbia y después clavó su mirada en él—. ¿Gonzalo? —Lo llamó, buscando su mirada.

—Hemos conversado, en un par de ocasiones —respondió, mirándola a los ojos, para pedirle que confiara en él.

—En realidad, han sido más que un par —soltó Deborah, burlándose y caminando hacia la puerta.

Rebecca trató de recomponerse, para no darle el gusto de verla afectada; respiró profundo, pero no pudo evitar mirarla con rabia, en cuanto le dio la espalda; también le dedicó una mirada cargada de resentimiento a Gonzalo, y se cruzó de brazos, alejándose.

La tensión que se apoderó del lugar, le indicó a Gonzalo, que estaba metido en un serio problema con Rebecca. Le había mentido y le tocaba correr con las consecuencias de sus actos.

Solo esperaba, que ella confiara en él lo suficiente y no se dejara llevar por las apariencias, ni que ese odio que sentía hacia Deborah, afectara su relación.

—Espera, Deborah; no puedes salir sola —dijo, tomándola por el brazo, sintiendo con mucha más fuerza, esa sensación, que en un principio no lograba explicarse, pero que ahora, sabía a lo que se debía; era la sangre que compartían—, puede ser peligroso. Quédate aquí hasta que me asegure, que afuera, todo está bien.

—No quiero seguir importunando a «tu novia» —mencionó ella, mirándolo a los ojos, sintiendo cómo el toque de Gonzalo, le provocaba esa sensación desconcertante, de nuevo.

—No soy su novia —espetó Rebecca, porque estaba furiosa con él y no quería seguir haciendo el papel de estúpida.

—Por supuesto, solo es tu «amigo». —Se mofó y se soltó del agarre de Gonzalo. Ella tampoco permitiría, que Rebecca creyese, que estaba recogiendo sus sobras—.

La verdad es, que poco me importa lo que seas de este hombre; nosotros apenas nos conocemos, y a pesar de lo que tú y la mayoría piensa de mí, no me voy a la cama con cualquiera. Así que, puedes estar completamente tranquila, porque tu «amigo» y yo, no hemos tenido sexo. De haberlo hecho, te aseguro que no estaría contigo —pronunció, con toda la arrogancia que poseía.

Rebecca sintió, como si le hubiera propinado una bofetada. La rabia y el dolor que se desataron en su interior, casi la hicieron sollozar, pero reunió el valor para mostrarse fuerte.

—Fue un placer ayudarte, Deborah; solo espero no tener la desgracia, de que te vuelvas a cruzar en mi camino. Ahora, puedes largarte —dijo, temblando de rabia; después, se volvió a mirar a Gonzalo y le extendió la mano—. Dame las llaves, Gonzalo. Voy a cerrar, quiero irme a mi casa; necesito descansar.

—Rebecca, no tienes que tomar esa postura...

—¿Ah, no? ¿Entonces qué hago, Gonzalo? ¿Dejar que me siga humillando? ¿Como siempre? —cuestionó, sintiéndose dolida.

—¡Por Dios! ¡Cuánto drama! —murmuró Deborah.

—¡Tú te callas! ¡Estúpida! —gritó Rebecca, queriendo golpearla; y lo hubiese hecho, si Gonzalo no la detiene.

—Rebecca, cálmate. —Le pidió Deborah, paseando su vista de uno a otro.

—No me calmo nada, y se me van de aquí, ahora mismo —respondió, luchando por no llorar delante de ellos.

—No voy a dejarte sola en este lugar, después de lo que pasó.

—¡Puedo cuidarme sola! —exclamó, intentando zafarse de Gonzalo, quien la tenía sujeta por los brazos.

—Creo que será mejor que espere afuera —mencionó Deborah, con cautela. Era evidente, que las cosas se habían salido de control. Jamás pensó, que sus palabras, afectarían tanto a la tonta de Rebecca.

—Tú tampoco vas a ningún lado —sentenció Gonzalo, mirándola con autoridad, sin soltar a Rebecca—. Te vas a quedar aquí. Las dos me van a esperar aquí, sentadas y calmadas. Yo iré a bajar la puerta enrollable, pondré los candados y regresaré, para sacarlas, una vez que me asegure, que todo está en orden, ¿entendido? —preguntó, alternando su mirada entre una y otra, con ese tono de voz, que no dejaba lugar a réplicas.

—Está bien, haré lo que dices.

Deborah solo elevó las manos, en señal de rendición, y se pegó a la pared, alejándose de Rebecca, para no provocarla más; parecía que quisiera sacarle los ojos.

—Rebecca. —La llamó Gonzalo, ladeando el rostro para verla a los ojos, ya que ella, seguía rehuyéndole la mirada.

—No me quedaré un segundo más junto a ella, Gonzalo; sácala de aquí y déjame, yo puedo encargarme de lo demás.

—¡Mierda! —espetó, sintiéndose frustrado—. ¿Puedes dejar de actuar como una insensata? ¡Ya no son un par de adolescentes, carajo! —expresó, saliéndose de sus casillas.

La reacción de Gonzalo, las hizo temblar y las sorprendió a ambas; sobre todo a Deborah, quien no sabía, que él estaba al tanto de la rivalidad que existía entre Rebecca y ella.

Al parecer, ese hombre sabía mucho más de lo que ella imaginaba; la sospecha la hizo llenarse de nervios, le esquivó la mirada y fue a sentarse.

—No tienes porqué gritarme. —La voz de Rebecca salió estrangulada, debido al nudo de lágrimas que le cerró la garganta.

—Lo siento... , no quise hacerlo, es solo que... quiero protegerte, Rebecca; pero tú no me pones las cosas fáciles. Por favor, no llores... —Le acarició las mejillas con los pulgares, retirando las lágrimas que brotaban de sus ojos y le humedecían la suave piel—. No llores, muñeca. Te prometo que hablaremos de esto y te explicaré todo; solo haz lo que te pido, por favor.

Ella asintió, en silencio, mientras sorbía por la nariz. Cerró los ojos y tragó, para pasar las lágrimas; obligándose a calmarse y dejar de dar ese patético espectáculo, delante de Deborah; quien debía estar feliz, al verla de esa manera.

Deborah vio salir al detective y cerró los ojos, mientras negaba con la cabeza, sintiendo, que ese hombre la tenía verdaderamente acorralada, y ella ni siquiera lo había sospechado.

Tendría que ser mucha casualidad, que de todas las mujeres en Nueva Orleans, él estuviera relacionado con Rebecca Freeman. A esas alturas, ya no creía tanto en las casualidades; ya su instinto le decía, que Gonzalo Dorta, iba detrás de algo más.

Miró de soslayo a Rebecca, quien seguía mostrándose afectada. No creyó que sus palabras, la pondrían de esa manera.

Su reacción le resultaba muy exagerada, pero de pronto, recordó algo y pensó, que en eso radicaba todo.

Rebecca había sufrido un horrible desengaño, cuando estaban por salir de la preparatoria; fue algo tan duro, que ni siquiera ella, con todo el rencor que le tenía en ese entonces, le deseaba; menos en el momento que vivía, pues su madre, ya estaba en etapa terminal.

—Rebecca... , yo no quise... —Se puso de pie y caminó hasta ella, pero la mirada que le dedicó, la hizo detenerse.

—Será mejor que te quedes donde estás y no me hables. —Le advirtió, mirándola a los ojos.

—No te pongas así, solo intento disculparme.

—Pues no quiero tus disculpas, guárdate tu hipocresía, para que la uses con alguien más; y a mí, déjame en paz.

—Sigues siendo tan tonta. Lo que te dije, fue para dejarte claro, que entre Gonzalo Dorta y yo, no existe nada; es cierto que nos conocemos, pero no me ha pasado por la cabeza acostarme con él... —Se defendía, aunque no pudo continuar.

—No seas mentirosa, es evidente que estás loca por cogértelo. La manera como lo miras, como le hablas... Siempre haces lo mismo, siempre queriendo atraer la atención de todos.

—¡Por favor, no seas ridícula! No lo miro ni le hablo de manera especial; los celos te están afectando la cabeza, y deberías dejar de mostrarlos tan abiertamente o harás que en verdad, me interese en él; ya que supongo, debe ser muy bueno en la cama, para que lo celes de esta manera —mencionó, sintiéndose molesta por sus ataques.

De verdad quería disculparse, pero cuando era sincera, nadie le creía.

—Eres tan descarada —pronunció Rebecca, con desprecio.

—¿Sabes qué? Deberías dejar el pasado atrás o nunca terminarás de superarlo, y pasarás toda tu vida, desconfiando de quienes te rodean. Si no quieres creerme a mí ¡Bien! Tienes razones para hacerlo, pero él te está diciendo la verdad. —Vio en la mirada de Rebecca, el mismo resentimiento y la misma desconfianza, que siempre mostraba su padre, y eso la enfureció aún más.

—No hables de lo que no sabes, no tienes ningún derecho a meterte en mi vida... —pronunció, con la voz vibrándole por el llanto. Deborah había tocado un punto sensible en ella.

—Solo te estoy dando un consejo, tampoco me interesa lo que hagas con tu vida, y piensa lo que se te dé la gana; después de todo, no seré yo la que viva amargada. —Le dio la espalda y caminó hasta la silla que ocupaba antes.

Rebecca apartó la mirada de Deborah y se quedó en silencio; sentía una presión en el pecho, que apenas la dejaba respirar. Mientras se esforzaba por contener los sollozos, las palabras de la que consideraba su peor enemiga, seguían resonando dentro de su cabeza, removiendo dentro de ella, todos esos sentimientos, contra los que había luchado durante años.

—Listo, ya aseguré la protección; al parecer, el daño fue solo a la cerradura, lo demás sigue intacto —mencionó Gonzalo, entrando de nuevo al local.

—¿Podemos irnos ya? —preguntó Rebecca, obviando la información que él le ofrecía. No le importaba nada de eso, solo quería ir hasta su casa y lanzarse a llorar en su cama.

—Lo haremos dentro de poco, solo dame diez minutos, Rebecca —respondió, mirándola a los ojos, quiso acercarse a ella, pero cuando vio que le desviaba la mirada, con rabia; supo, que lo mejor era, dejar que las cosas se calmasen; suspiró, con cansancio y se volvió hacia Deborah—. Necesito las llaves de tu auto, voy a cambiarle el neumático... —dijo y pudo escuchar con claridad, el jadeo, cargado de indignación de Rebecca.

—Gonzalo, en verdad, no quiero seguir causando más molestias; mejor acompáñame a tomar un taxi, por favor; ya enviaré por el auto, mañana temprano.

—O puedes acompañarla hasta su casa, después de todo, ella esperaba ser escoltada por algunos oficiales de policía —señaló Rebecca, con ironía; y caminó, para buscar su bolso—. Yo no pienso esperar un minuto más. Estoy muy cansada.

—Deborah, dame tus llaves. —Gonzalo ignoró a Rebecca y le extendió la mano a la pelinegra.

—Voy contigo. —Tomó su móvil y se encaminó hacia la puerta, antes de salir, volvió medio cuerpo—. Lamento haberte causado tantos problemas, Rebecca; envía la factura de la reparación de la cerradura a mi oficina, yo la cancelaré; y gracias por la ayuda que me brindaste —mencionó, pero sin el tono sumiso, que se suponía debía acompañar a esas palabras.

—Puedes guardar tu estúpido dinero, no me hace falta; no te daré la oportunidad de humillarme, nuevamente. —Rebecca la miró, desafiante.

Gonzalo vio ese intercambio de palabras, caminó hasta Deborah y le quitó las llaves de la mano, sin miramientos; la joven lo miró, sorprendida por su atrevimiento, pero él ni siquiera se inmutó.

Después, se dirigió hasta la puerta, sintiendo que ellas lo seguían de cerca; haló el picaporte y abrió la puerta.

—Las dos se quedan aquí y me esperan —ordenó, mirándolas con severidad; luego salió, sin permitirles decir una sola palabra.

Deborah y Rebecca lo miraron, indignadas; la morena resopló, sintiéndose furiosa, mientras que Deborah, suprimió un suspiro de fastidio.

Cada una, se dirigió al puesto que ocupaban antes, sin mirarse y sin dirigirse la palabra.

Gonzalo solo tardó diez minutos en cambiar la llanta, como había dicho. Debía reconocer, que Deborah tenía un excelente gusto para los autos; o tal vez, el mismo había sido sugerencia de su «chofer», para alardear de conducir una máquina como esa. Al menos, la mantenía en buenas condiciones.

—Bueno, Maurice Favre, al menos sirves para algo, más que para cogerte a mí... .

Gonzalo se detuvo, antes de pronunciar esa palabra, que aún no terminaba de encajarle en la cabeza. Le estaba rehuyendo, tanto como podía, a aceptar el parentesco que lo unía a Deborah Wallis; incluso, había llegado a pensar, que se estaba apresurando en sacar conclusiones. No tenía nada seguro, solo simples especulaciones.

Caminó de regreso al restaurante, rogando para no conseguir a Deborah y a Rebecca, agarradas de los cabellos; pues, por la actitud que estaban demostrando, parecían un par de chiquillas malcriadas y caprichosas.

Respiró profundo, armándose de paciencia, antes de abrir la puerta. Por suerte, cada una estaba en su lado, en silencio e ignorándose por completo.

—Ya está todo listo. —Caminó hasta Rebecca—. Voy a llevarte a tu casa, la acompaño a ella y después regreso, para que hablemos —informó, mirándola a los ojos.

—No es necesario, yo puedo irme sola. Vete con ella y no te molestes en regresar; no tenemos nada de qué hablar —dijo, tomando su bolso, mientras se ponía de pie.

—Rebecca, por favor... —pidió, tomándola del brazo.

—Gonzalo, yo estaré bien —intervino Deborah, sintiéndose incómoda con esa situación, y con pasos decididos, se encaminó hacia la puerta—. Mejor, quédate a solucionar tus asuntos.

—Vamos —dijo Gonzalo, cuando vio salir a Deborah; ignoró el mal humor de Rebecca y la tomó de la mano, para sacarla de allí. Ella intentó soltarse, pero él reforzó el agarre y la miró a los ojos, con seriedad—. Comprendo que estés molesta, tienes muchas razones para estarlo, pero yo también tengo el derecho de defenderme; así que, estás muy equivocada, si piensas que haré lo que me pides y me marcharé; no soy un maldito cobarde, como ese que te engañó. Sé que cometí un error y estoy dispuesto a afrontar las consecuencias —habló, sin abandonar la mirada miel de Rebecca, que estaba colmada de lágrimas.

—Pues yo también tengo el derecho a no querer escucharte, y ya deja de tratarme como a una estúpida niña —esbozó, soltándose de un tirón; no quería que la tocara

siquiera, era un mentiroso.

—Entonces, compórtate como una mujer.

La voz y la mirada de Gonzalo, mostraron autoridad; así como el agarre de sus manos, sobre la cintura de ella.

La pegó a él, y cuando vio que de nuevo se disponía a protestar, la calló con un beso.

Los movimientos de sus labios y su lengua, fueron invasivos e intentaban persuadirla de dejarse llevar, mientras que sus manos, se aferraron a la espalda de ella, para impedir que escapara; después, fue suavizando las caricias, pues no quería forzarla a nada.

Rebecca luchó por mantener su dignidad, pero el deseo que sentía por Gonzalo, era más fuerte que su orgullo, al menos en ese instante.

Mandó al carajo todo y lo envolvió con sus brazos, para tenerlo más cerca, queriendo casi fundirse en él; necesitaba que le demostrara, no solo con palabras, sino también con hechos, que él era suyo, que verdaderamente lo era.

—Esto no soluciona nada —murmuró, contra los labios de Gonzalo, una vez que sus bocas se dieron una tregua.

—Lo sé, pero por favor, por favor... dame la oportunidad de reparar las cosas; o al menos, escucha lo que tengo que decirte; después, aceptaré lo que sea que decidas —pronunció, con la voz y la mirada cargada de arrepentimiento.

Rebecca asintió, en silencio; dejando correr un par de lágrimas, que Gonzalo retiró con sus dedos; luego, le dio un beso en la frente y salió con ella, llevándola tomada de la mano.

Sabía que a las mujeres, ese tipo de gesto, las hacía sentir seguras; lo aprendió, en los cinco años que estuvo casado.

Deborah se encontraba en la acera, paseándose junto a su auto y abrazada a sí misma, para entrar en calor; en ese instante, daría lo que fuera por tener un cigarrillo a mano, mientras recordaba lo sucedido, minutos atrás.

En vista de la tardanza de Gonzalo, regresó al local, para pedirle sus llaves y largase de allí, pero cuando llegó, lo vio besándose con Rebecca, un beso intenso y hasta podría decir, que rudo o desesperado.

Se sintió una intrusa en esa escena, así que volvió sobre sus pasos; no le quedaba más que esperar, hasta que él saliera y le hiciera entrega de las llaves. No podía interrumpirlos, porque sabía que terminaría discutiendo con Rebecca, una vez más.

Solo esperaba, que no se les diera por tener su reconciliación en ese momento y terminaran cogiendo; porque ya no soportaba continuar luchando contra el frío y el cansancio.

—Deborah.

Ella se volvió, al escuchar la voz del detective; lo miró a los ojos, y después, bajó la mirada, a la unión de su mano con la de Rebecca; al parecer, el león había domado su fiera.

Eso le fue indiferente, después de todo, él no le interesaba como hombre, así que Rebecca podía quedárselo.

Gonzalo soltó a Rebecca de la mano, no sin antes mirarla a los ojos, para pedirle por última vez, que confiara en él.

Ella asintió en silencio, y él le brindó una suave caricia, en el dorso de la mano; luego, la subió a su camioneta y caminó hacia Deborah.

—Voy a acompañarte hasta tu casa, pasaremos primero a dejar a Rebecca en la suya, para asegurarme de que estará bien; y de allí, te escoltaré a ti. —Estaba por entregarle las llaves, cuando algo en su actitud, lo hizo desconfiar—; y será mejor que no se te ocurra hacer ninguna estupidez, porque tu auto puede ser muy rápido, pero yo tengo entrenamiento en persecuciones; así que te conviene seguir mis órdenes. —Le advirtió, con seriedad.

—¿Seguir tus órdenes? Creo que a estas alturas, debería haberte quedado claro, que no soy de las personas que acatan órdenes de otros. Yo vivo para darlas, Gonzalo Dorta —expresó, sintiéndose molesta por la manera en la cual le habló.

—Pues esta vez, tendrás que hacerlo; a menos claro, que desees ponerte en riesgo, otra vez —indicó él, mirándola a los ojos.

—¿Por qué haces todo esto? —Le preguntó, sin rodeos.

Gonzalo se sintió acorralado, ante esa pregunta tan directa; y por un instante, el pánico quiso apoderarse de él, pero lo hizo a un lado rápidamente, adoptando una postura impasible.

—Es mi deber, no solo contigo, sino con cualquiera que se encuentre en una situación igual. —Le respondió, sin dejar de mirarla a los ojos.

—¡Vaya! ¡Qué responsable, detective Dorta! Mejor hagamos algo, quédese con su «amiga» y arreglen sus diferencias, porque si pretendía jugar en dos bandos a la vez, acaba de perder uno; así que cuide del otro o se quedará sin nada.

—Deja de decir tonterías, Deborah y sube al auto. —La tomó del brazo, casi llevándola a arrastras; la hizo entrar, le entregó las llaves y cerró la puerta con fuerza, pero antes de regresar a su camioneta, habló—: recuerda lo que te dije, nada de estupideces —mencionó, señalándola con el índice.

Deborah apretó los dientes con fuerza, para tragarse sus palabras y no mandarlo a la mierda en ese momento; ese condenado hombre, tenía un poder sobre ella, que no terminaba de entender.

Pisó el acelerador, manteniendo el auto en neutro, haciendo rugir el poderoso motor. Él le dedicó una mirada reprobatoria, por encima del hombro; sin embargo, no le importó y lo hizo de nuevo, para dejarle claro que no podía dominarla.

—Infeliz —esbozó, con los dientes apretados, al ver que subía a su auto, con pasos calmados; suspiró, dejando libre parte de su frustración; y después, tomó aire, despacio—. Por esta vez, Deborah, haz lo que te pide; no te queda de otra, si desees liberarte de esto.

Se puso en marcha, una vez que lo viera a él hacerlo, y dos manzanas después, él puso las luces intermitentes, pidiéndole que se detuviera; ella pudo ver, que se había estacionado frente a la casa de Rebecca, la reconoció de inmediato.

—¡Ya basta! Me van a provocar náuseas, como sigan con tanta cursilería —esbozó, al ver que se besaban, una vez más.

Las luces de su auto los alumbraba, mostrándole las siluetas de los dos, perfectamente. Vio que Rebecca, bajaba y caminaba hasta la entrada de su casa, sin siquiera mirar hacia ella; eso le provocó una molesta punzada en el pecho, pero de inmediato, se recompuso y pisó el pedal, para adelantar a Gonzalo, pero antes de hacerlo, se detuvo junto a él.

—Iré adelante, porque conozco el camino —comentó, apenas mirándolo, y se puso en marcha.

Segundos después, vio que la camioneta le daba alcance, aunque ella no había avanzado mucho; él no había mentido, cuando le dijo que la escoltaría hasta la mansión.

Suspiró, sintiéndose aliviada, en parte, pues aún se sentía paranoica y cada sombra de personas, que veía entre las calles, la llenaban de miedo.

Medía hora después, al fin había llegado a su destino; se detuvo en la entrada y esperó a que Gonzalo también lo hiciera, pretendía marcar el código de acceso, cuando lo vio bajar.

Eso la extrañó un poco, se suponía que solo la acompañaría hasta allí, no que iba a entrar con ella. Eso no podía permitirlo.

—Está todo bien detective, me ha traído sana y salva —dijo, con algo de ironía, al tiempo que lo miraba a los ojos.

—Me alegro, ahora, procura no volver a ponerte en riesgo; puede que la próxima vez, no corras con tanta suerte.

Deborah se llenó de ira, en ese instante y bajó del auto; se irguió para quedar a la misma altura de él, cosa que podía conseguir, gracias a los tacones de sus zapatos y a que no era una chica baja, sino todo lo contrario.

—Yo no provoqué esta situación, solo fui víctima de las circunstancias; pero si tanto le jodió a tu «amiga» o a ti, ayudarme, pues no creas que yo me siento muy feliz, debiéndoles favores a ambos —pronunció, con rabia y se metió a su auto, para buscar su bolso, de donde sacó dos billetes de cien dólares y se los extendió—. Esto es para que le paguen a alguien, para que repare la cerradura del restaurante.

—Rebecca no va a aceptar tu dinero —indicó Gonzalo, con el ceño fruncido, negándose a recibirlos.

—Entonces, hazlo tú. No quiero estar en deuda con Rebecca Freeman, para que cada vez que me la consiga en la calle, no me recuerde que fue mi heroína y que prácticamente, le debo la vida. —Tomó la mano de Gonzalo, para ponerle los billetes.

—Hay cosas en la vida, que no se pagan con dinero. —Cerró el puño, negándose a tomar el dinero.

—Entonces, ¿tendré que estar toda la vida en deuda con ella? —inquirió, sintiéndose realmente molesta.

—No en deuda, pero sí agradecida... Eso es lo que deberías estar, Deborah; pero tu maldito orgullo, no te deja verlo.

—Intenté serlo, le di las gracias, fui amable..., pero tuviste que aparecer en escena y que ella se enterase que nos conocíamos, para que enloqueciera. Los estúpidos celos le cegaron y comenzó a atacarme. —Deborah se defendió, no aceptaría hacer el papel de mala, una vez más; menos cuando no lo merecía.

—Y tú respondiste de igual manera, así que no te quejes.

—No iba a permitir que siguiera insinuando, que yo pretendía robarle a su amante, cuando eso no es cierto. Tú debiste aclarar la situación y decirle la verdad, pero te quedaste callado, así que no vengas ahora a culparme, como lo hizo ella.

—¿Y qué pretendías que hiciera? —cuestionó, molesto.

—¡Que le dijeras la verdad! ¡Que tuvieras los pantalones de decirle, que yo nunca te me he insinuado!

—¿Nunca? —preguntó él, con ironía, pues sí lo había hecho.

—Yo solo seguí tu maldito juego. No soy una mujer a la que le gusta perder el tiempo, por eso fui directo al grano; te pregunté si era sexo lo que buscabas, me respondiste que no. ¡Bien! ¡Fin del asunto! —espetó, con rabia; y tomó aire, para continuar—: pero al parecer, me he equivocado, por lo que vi esta noche, si lo desees,

solo que te gusta más, jugar; o tal vez, esperas que sea más dócil, porque no te gusta ser abordado, sino ser quien conquiste.

—¿Sigues pensado que deseo acostarme contigo? —inquirió, desconcertado y algo molesto.

—Sí, de lo contrario, ¿por qué ocultarme que andabas con Rebecca Freeman? ¿Y que ella ya te había contado sobre mí? —cuestionó, mirándolo a los ojos.

—Porque yo no tengo que darle explicaciones de mi vida a nadie. Mis asuntos, lo que hago, con quien lo hago y cuándo, es asunto mío. Tú no tienes nada que ver con eso —pronunció, mostrando una postura firme.

—Pues te equivocas, porque resulta, que tus asuntos, están relacionados conmigo, y quiero saber por qué —exigió, viéndolo.

Una vez más, Gonzalo se quedaba sin palabras, sintiéndose acorralado, por ese interrogatorio; y en ese instante, le pareció algo irónico, que él estuviera en esa postura.

Se quedó mirándola a los ojos; y ver la intensidad que se desbordaba de esa mirada, lo hizo sentir extrañamente fascinado, por la fuerza que veía en Deborah.

Debía reconocer, que le agradaba que ella no fuera una chica tonta, vanidosa y cabeza hueca, como lo eran muchas de las que se habían criado rodeadas de lujos.

—Sube al auto y ve a descansar, Deborah. —Le ordenó, poniendo distancia entre los dos.

—¡Maldita sea! ¡Ya deja de darme órdenes y respóndeme! ¿Qué demonios buscas? ¿Por qué estás aquí? ¿Por qué deseas averiguar cosas sobre mi vida? ¡Habla, Gonzalo Dorta! —cuestionó, temblando de rabia y miedo, a la vez.

—Tal vez, en algún momento, te cuente mis motivos; hasta entonces, confórmate con saber, que no busco hacerte daño. Ahora, ve e intenta descansar —dijo y aprovechó que ella se quedaba pasmada, para caminar hacia su auto—. Buenas noches, Deborah —subió, poniéndose en marcha un segundo después.

Ella se quedó parada, en ese lugar desolado y frío; su figura estaba apenas iluminada por las farolas incrustadas en cada uno de los enormes muros de piedra, que custodiaban el portal de hierro forjado; dándole un aspecto tan sobrio al lugar donde vivía, ese que no podía llamar hogar, pues hacía mucho que dejó de ser uno.

Fue saliendo poco a poco, de ese estado en el que las palabras de Gonzalo Dorta, la habían dejado; y al verse sola, allí, se llenó de miedo. Un sentimiento inexplicable pero tan contundente, que casi la hizo correr hasta el auto.

Rebecca se encontraba mirando el techo de su habitación, mientras lágrimas cálidas y pesadas, bajaban por sus sienes, hasta desaparecer en su espesa cabellera negra. Había estado casi media hora bajo la ducha, esperando que el agua tibia, se llevase el cansancio y el dolor que cubría su cuerpo, haciéndolo más pesado a cada paso que daba, pero no fue mucho, lo que el baño pudo hacer por ella.

Sentía una opresión en el pecho, que apenas la dejaba respirar, mientras trataba de luchar con los recuerdos de años atrás, cuando su mundo se derrumbó, siendo apenas una chica.

Sentirse traicionada, era junto a la muerte de sus padres, la experiencia más horrible que había vivido.

Justamente por ello, no había vuelto a abrirle su corazón a ningún otro hombre, no antes de que Gonzalo llegara a su vida y se apoderara de sus pensamientos.

Creyó que él sería distinto, que era honesto, directo; lo vio como un hombre en el cual podía depositar su confianza. Decidió arriesgarse y darle una oportunidad, quería que él reparara sus heridas del pasado, que le hiciera ver, que el amor podía ser verdadero, que no era una simple ilusión; que el tiempo o los engaños, podían destruir.

Se puso de pie con rapidez, al escuchar el motor del auto; sabía que era él, se limpió con manos trémulas el rostro y respiró hondo, llenando sus pulmones de oxígeno.

Caminó hasta el espejo, para arreglar un poco su apariencia. Lucía desencajada, despeinada y con los ojos enrojecidos de tanto llorar; así que corrió al baño para lavarse y no dejarle ver, cuán afectada estaba.

Debía exigirle una explicación, no aceptaría medias verdades ni más mentiras; prefería terminar con él, antes que ser objeto de burlas, otra vez.

Escuchó el timbre, y su cuerpo fue preso de un cúmulo de sensaciones, donde la ansiedad y los nervios, lideraban la batalla dentro de ella. Respiró lentamente, antes de abrir la puerta, y después, se armó de valor.

—Hola... —saludó Gonzalo, mirándola a los ojos—. No me había percatado de la hora; si deseas, podemos dejar esta conversación para mañana...

—Pasa, necesito que hablemos ahora —dijo, alejándose de la puerta, para que él entrara.

—Está bien, como desees. —Cerró la puerta y dio un par de pasos; al final, se detuvo en medio del salón.

No sabía cómo iniciar esa conversación, durante todo el camino, buscó alguna excusa que darle, inventarse una historia; o tal vez, decirle la verdad, hablarle de George Stevenson, de la carta de su madre; sin embargo, mientras más se concentraba esa idea en su cabeza, más poderoso era el pánico que se apoderaba de él. No quería esbozar en voz alta, algo que ni siquiera soportaba reconocer en pensamientos.

—Estoy esperando por ti, Gonzalo. —Rebecca le hizo ver, que estaba allí, pues él no parecía ser consciente de ello.

—Yo... no sé por dónde empezar —confesó, mirándola a los ojos; y después, le rehuyó.

—¿Qué te parece por el motivo que te llevó a engañarme?

—No te engañé, Rebecca —pronunció, dando un paso hacia ella, para acercarse; pero al ver que se cruzaba de brazos, poniéndole claramente un límite, se detuvo.

—¿Ah, no? ¿Y cómo le dices entonces a todo esto? —Hizo un ademán con la mano, mirándolo con rabia.

—Es complicado de explicar, créeme. Quisiera poder decirte todo, contarte todo..., pero es algo que me resulta muy difícil de poner en palabras. Necesito que confíes en mí y me des un tiempo, para darle orden a algunas cosas, para asimilar lo que descubrí... —Se interrumpió, buscando las palabras adecuadas en su cabeza, y al no hallarlas, descargó su frustración, meciéndose el cabello con fuerza, dejando escapar un suspiro.

—¿Qué descubriste? —La pregunta de Rebecca fue directa. Sabía que algo de cierto había en eso y fue cuando quiso irse, semanas atrás.

Caminó hasta él, para mirarlo a los ojos.

—Hasta hace poco, mi vida era mía, era una mierda de vida, pero sabía dónde estaba parado, de dónde venía; y suponía, que tenía claro también, hacia dónde iba; pero ahora, me siento a la deriva, y solo tú me das un poco de estabilidad. Estar junto a ti, me hace olvidar el caos que es mi existencia.

—Quiero creer en ti, en verdad quiero hacerlo..., pero ¿Cómo puedo? Después de lo de esta noche. Me hiciste creer, que no sabías ni siquiera quién era Deborah; y ahora resulta, que la conoces y que hasta has compartido con ella; que al parecer, son muy buenos amigos. Siento que estuve haciendo el papel de estúpida, todo este tiempo. Supongo, que tuvo que parecerles muy divertido, ¿no? —cuestionó, llenándose cada vez más de rabia.

—Ella no sabía nada de lo nuestro, nunca le mencioné nada, porque para mí, es una completa desconocida.

—No fue lo que me pareció esta noche, no me creas idiota, Gonzalo; pude ver perfectamente, cómo estabas preocupado por ella y cómo no te importó dejarme aquí e irte a acompañarla hasta su casa, ¿es ese el tipo de cosas que haces por una desconocida? —inquirió, mirándolo fijamente a los ojos.

—¿Por qué no vas directo al grano y me preguntas lo que deseas saber? —Le mantuvo la mirada, quedando cerca de ella.

—¿Te acuestas con Deborah Wallis? —inquirió, sintiendo el doloroso y desesperado latido de su corazón acelerarse.

—No. ¿Por qué todo el mundo asume, que entre un hombre y una mujer, solo puede existir ese tipo de relación? —preguntó, sintiéndose molesto y también ofendido.

—Porque, a menos que sean familia, no puede existir otra; y menos conociendo la reputación de ella —espetó.

—Pues te equivocas, no me acuesto con Deborah Wallis; no lo hago con ninguna otra mujer en este lugar, que no sea contigo; y creo, que eso deberías saberlo; pero te resulta más fácil, dejar que los fantasmas del pasado, que te atormentan, te llenen la cabeza de espejismos, a creer en un hombre. Solo por uno que te engañó, todos debemos pagar el precio y ser objeto de tu desconfianza. Lo quieras ver o no, Rebecca, eso te hace más daño a ti, del que puede hacerle a los demás —pronunció, sintiéndose decidido a abrirle los ojos y liberarla de ese miedo que tenía.

—Me pides confianza, pero no me eres sincero —pronunció con los dientes apretados, para contener sus lágrimas; las palabras de él, la habían herido profundamente.

—Te pido, que me des un tiempo, para poner en orden mis cosas y así poder contarte todo. Confiar en alguien, no significa conocer toda su vida; yo confío en ti, y apenas te conozco —indicó, mirándola a los ojos y tomándola por los hombros—. Cuando sea el momento, te diré todo; hasta entonces, debes conformarte con saber, que nunca voy a herirte, que no te engañaré y que mientras estemos juntos, no existirá otra mujer.

—No sé si eso sea suficiente para que podamos seguir —dijo, con la voz estrangulada, dejando las lágrimas en libertad.

—Es todo lo que puedo ofrecerte, por ahora —contestó, siendo sincero; con su mirada anclada en la de ella.

—Entonces, acabemos con esto; es mejor que sea ahora y no más adelante —pronunció, rehuyéndole la mirada.

—¿Es lo que deseas? —cuestionó él, tomándole la barbilla. Rebecca luchó por no mirarlo a los ojos, no quería que él viera, cuánto le dolía tomar esa decisión. No podía entender, porqué le había resultado tan fácil caer de nuevo en ese juego, porqué se había enamorado tan rápido de ese hombre, a quien apenas conocía; quien obviamente, tenía muchos más secretos que Raymond; incluso, presentía que eran mucho más grandes—. Si es eso lo que quieres, Rebecca; entonces, yo estoy dispuesto a aceptarlo —mencionó, con una opresión en el pecho.

—¿Es todo lo que tienes que decir? —cuestionó ella, sintiéndose dolida, al ver que él, la dejaría acabar con su relación, sin hacer nada para evitarlo, como si no le importara.

—¿Qué más quieres que te diga? —contestó, con otra interrogante, queriendo mostrarse seguro, pero sus ojos se humedecieron, por las lágrimas.

Ella se quedó mirándolo en silencio, sintiendo, que el pecho se le abría, por el dolor que le provocaba esa fría indiferencia de él; sin embargo, la mirada cristalizada de Gonzalo, la hizo soltar el aire que estaba conteniendo y una luz de esperanza, se encendió dentro de su pecho, y sin dudarlo, acertó la distancia que los separaba, con dos pasos.

—Dime qué es lo que quieres tú y no me dejes a mí, toda la responsabilidad de esto —pidió, siguiendo con sus pupilas las de él, mientras sentía el latido de su corazón por todo el cuerpo.

—Yo solo quiero quedarme a tu lado, tanto como me sea posible. Ya te lo dije antes y te lo vuelvo a repetir...: ahora, en este momento, no hay nada que desee más que estar junto a ti. Eso es lo que quiero, Rebecca, estar contigo, y cuando esté listo, poder contarte todo —expresó, con su mirada anclada en la hazel de ella; deseando, que a través de sus ojos, pudiera confirmar también, lo que sentía, que viera la verdad.

Rebecca sintió, cómo cada una de sus palabras, hacían añicos los muros con los que pretendía protegerse, cómo su corazón latía desesperado, rogándole que mandara a la mierda su orgullo, que dejara a sus sentimientos en libertad y accediera a lo que Gonzalo le pedía, que confiara en él.

Cerró los ojos, temblando, justo antes de sentir, cómo ese peso, que había llevado por años, la abandonaba; y cuando abrió los párpados, su mirada estaba llena de determinación.

Tomó a Gonzalo por la chaqueta, para acercarlo a ella, y antes de que él fuera consciente siquiera, de lo que haría; se adueñó de esa boca que la volvía loca; lo besó con la misma intensidad que él le mostró hacía un rato, en el restaurante.

Sintió las poderosas manos de él, aferrarse a su espalda, para pegarla a su cuerpo; y gimió, ante el choque que aplastó sus senos contra su fuerte pecho.

—Hazme el amor —susurró, mirándolo a los ojos.

Había pasado tanto tiempo, desde que una mujer le dijera esas palabras, que en un principio, Gonzalo no supo cómo reaccionar.

Se quedó estático, solo mirándola, creyendo que era un espejismo; y que en cualquier momento, desaparecería; pero el suave roce de labios que le entregó Rebecca, lo hizo reaccionar.

La tomó por la cintura, levantándola en vilo, y ella cerró las piernas en sus caderas, con un movimiento ágil, aferrándose a sus hombros para no caerse, mientras le pedía con la mirada, que la hiciera suya.

De esa manera, la llevó hasta la habitación, sin dejar de mirarla o besarla; aunque no hubo palabras, pues ambos sentían, que salían sobrando, que todo lo que podían decir, ya sus miradas lo hacían por ellos.

Gonzalo la tumbó sobre la cama, con cuidado, sin despegar la mirada de ella, mientras se quitaba la cazadora y la camiseta que llevaba.

Ver el anhelo en la mirada de Rebecca, disparó la excitación en él; y sin perder tiempo, la despojó del corto pantalón de algodón, que usaba para dormir; llevándose también el diminuto panty, para lanzarlos a un rincón, segundos después.

Rebecca sentía, cómo exquisitos temblores, le recorrían todo el cuerpo, al percibir en su piel, el suave y excitante toque de las manos de Gonzalo, que subían por sus piernas.

Comenzó a suspirar, cuando sus dedos fueron reemplazados por los labios y la lengua, que iban cubriendo cada espacio de su piel.

Se arqueó, al sentir ese primer espasmo, que la recorrió entera, cuando él se apoderó con la boca de su intimidad, y cada músculo en ese rincón de su cuerpo, se contrajo de placer.

La visión del cuerpo de Rebecca, lo estaba volviendo loco; ver cómo separaba sus labios, al jadear; cómo sus párpados cerrados, temblaban, y ella arqueaba el cuerpo, mostrándole los pezones erguidos, bajo la delgada tela, de la blusa rosa que llevaba; cómo empujaba sus caderas hacia él, buscando hacer más intenso el roce de su suave vulva contra sus labios y lengua.

Suspiró, sobre los labios trémulos y brillantes de humedad, haciéndola temblar y gemir, mientras su dura erección, literalmente, lloraba dentro de sus pantalones y suplicaba por ahogarse en ella, muy profundo.

—Gonzalo... —esbozó, llevándose las manos a su cabello, sosteniéndose de este, mientras el goce comenzaba a elevarla—. Gonzalo... ¡Oh, Dios! Bésame así..., bésame así...; lo haces tan bien..., se siente tan bien... ¡Oh! ¡Dios, Gonzalo! ¡Eres maravilloso! —Llevó una de sus manos a la cabellera de él y hundió los dedos entre las gruesas hebras, al tiempo que movía sus caderas hacia arriba.

Él se deleitó, jugando un rato más con el tenso clitoris, dándole rápidos toques con su lengua, hasta llevarla a liberarse, disfrutando de ese grito que ella expresó, cuando el orgasmo se apoderó de cada rincón de ese sensual cuerpo.

Se alejó, para terminar de desvestirse, mientras ella se recuperaba. Una vez que estuvo desnudo, la tomó por las caderas y se hundió en ella, temblando, al sentirla tan cálida y mojada; tanto, que lo hizo llegar hasta el fondo.

—Rebecca... —susurró, acariciándole el vientre, viendo cómo se contraía, cada vez que él empujaba en su interior—, me gustas tanto..., tanto, mujer... Me enloquece sentirte así. Muévete, muñeca, muévete conmigo. —Le pidió, sujetándole las caderas, indicándole cómo deseaba que lo hiciera.

Ella comenzó a seguirlo, jadeando al sentirlo llegar tan profundo. Su mirada estaba prendada en la unión de sus cuerpos, siguiendo completamente maravillada, el ritmo enloquecido de sus caderas y las de él, que los hacían chocar con fuerza.

Lo miró a los ojos, cuando sintió que estaba a punto de irse, y él pareció comprender lo que deseaba, porque se recostó sobre ella, dejando caer apenas, parte del peso de su cuerpo, y la envolvió con sus brazos.

—Quiero sentirte así, Gonzalo... —murmuró, acariciándole la espalda, y una secuencia de jadeos, brotó de sus labios, cuando lo sintió apurar el vaivén de sus caderas—. ¡Cielo santo! ¡No te detengas! ¡No te detengas! ¡Hazme correr! ¡Hazme correr así, Gonzalo! —suplicó y comenzó a morderle los labios, aferrándose a él, con brazos y piernas; empujando sus caderas al mismo ritmo que las de él.

Gonzalo estaba tan cerca de irse, que no dudó un segundo en hacer lo que le pedía; a pesar de que la vio fruncir el ceño, mostrando cierto gesto de dolor, él no se contuvo y siguió empujando dentro de ella, con poderío, hasta que percibió los primeros estremecimientos, que le anunciaban su orgasmo, viajar por su columna y desembocar en su hombría; liberándose en medio de roncós jadeos, bocanadas de aire y temblores.

Esa noche, no hubo más reproches ni dudas o interrogantes, dejaron de lado todo eso, para dedicarse a brindarse placer.

Callaron a sus consciencias y dejaron que las sensaciones, hablaran por ellos; ya más adelante, tendrían tiempo para lo demás.

La mirada marrón de Diego, seguía con disimulo el elegante y sensual andar de Deborah, quien se dirigía hacia su auto, como todas las mañanas; solo que ese día, le extrañó que lo hiciera, pues era sábado; y ella, por lo general, no salía de la casa esos días.

Siempre se quedaba trabajando en su estudio, y si se reunía con sus amigas, lo hacía por la tarde, pero nunca tan temprano.

Sintió que esa rabia, que lo carcomía por dentro y que no lo había abandonado desde hacía semanas, se hacía más intensa en su interior.

Esquivó su mirada, cargada de resentimiento, al ver que ella subía a su auto, sin siquiera dignarse a mirarlo; tratándolo con la misma indiferencia que lo hacía desde que regresó de su viaje con el «malnacido» de Maurice.

—Voy a dejar que se confíe, pero al más pequeño descuido por parte de ese imbécil, voy a recuperarte, no lo dejaré ganar; antes de eso, le daré una paliza que lo lleve por mucho tiempo al hospital —mencionó, clavando la pala en la oscura y húmeda tierra, que rodeaba el frondoso roble, en el cual trabajaba.

—¿A quién piensas enviar al hospital?

Diego sintió, cómo el vello de su nuca, se crispaba, al escuchar esa voz. Su cuerpo fue recorrido por un desagradable escalofrío, y podía jurar, que su cara se había puesto pálida, como una hoja de papel.

Se volvió lentamente, para encontrarse con la sonrisa mordaz, que curvaba los labios de Yorgos y esa mirada oscura, que a pesar de los años, seguía inspirando en él, temor y respeto. Dejó caer la pala y se acercó al hombre.

—¿Cómo llegaste aquí? —cuestionó, mirándolo a los ojos.

—¿No vas ni siquiera a saludarme, Lobito? —indagó, haciendo su sonrisa más amplia y extendiendo sus brazos a cada lado.

—Sí... sí, por supuesto —respondió, abrazándolo.

—Quita esa cara de espanto, hombre; me miras como si fuese un jodido fantasma —dijo, cuando se separaron y le llevó una mano al hombro, en un gesto paternal.

—No te esperaba —murmuró Diego, como excusa.

—Lo sé, no acostumbro a anunciarme.

—¿Cómo me conseguiste? —preguntó, sin poder dejar de lado su desconcierto.

—Después de todo lo que te he contado y del último favor que te hice, ¿me haces esa pregunta tan estúpida? —cuestionó, elevando una ceja, mientras lo miraba fijamente.

Diego le esquivó la mirada, sintiéndose realmente idiota. Buscó la mansión y vio que todo lucía como de costumbre; sin embargo, eso no alivió la tensión que se había apoderado de él; sabía, que era peligroso que Yorgos estuviera allí.

—¿Y qué excusa diste, para que te dejaran entrar? —preguntó, volviendo a mirarlo, una vez más.

—¿Acaso te has convertido en un maldito policía? Ya deja de hacerme tantas preguntas; y mejor cuenta, cómo van esos planes que tenías —señaló, pero al ver que Diego fruncía el ceño y que no cedería ante su postura, liberó un suspiro, cargado de fastidio, y procedió a explicarse—: me recibió una de las chicas de servicio, le dije que era tu tío y que había venido de muy lejos, para verte. De inmediato me hizo pasar; al parecer, quiere congraciarse con tu familia; porque a partir de allí, comenzó a mostrarse más amable —dijo, sonriendo con malicia.

Diego no tardó un segundo en descubrir quién lo había recibido; eso, al menos lo hizo sentir más tranquilo; pues sabía, que Katherine, no cuestionaría nada que estuviera relacionado con alguien de su «familia»; y por suerte, el perro guardián que era Marcus, se encontraba de permiso ese fin de semana.

—Y bueno, no has respondido a mi pregunta, ¿cómo van tus planes? ¿Te nos vas a casar este año, «sobrinito»? —preguntó, con sorna, palmeándole la espalda.

Diego estaba por mandarlo a la mierda, cuando vio que Katherine se acercaba a ellos, trayendo en sus manos, una bandeja con una jarra de té y dos vasos con hielo; al tiempo que sonreía, como si se hubiera ganado la lotería; y miraba a Yorgos, como si fuera el jodido presentador, que le daría el cheque.

—Les traje este té, que acabo de preparar.

—Muchas gracias, en verdad estoy sediento; ¡qué joven tan encantadora y considerada! —pronunció Yorgos, deleitándose con los atributos de la mujer. Se volvió a mirar a Diego, quien lucía bastante incómodo ante la situación, y quiso joderlo un poco más—. ¿No vas a presentarnos, sobrino? —Lo miró, elevando una ceja.

—Claro —masculló él y la señaló con la mano—. Tío, ella es Katherine... —decía, pero la morena no lo dejó continuar.

—Su novia. Encantada de conocerlo, señor —expresó, extendiéndole la mano, al tiempo que le sonreía.

—Con que la novia... Bueno, tengo que reconocer, que mi sobrino tiene buen gusto; es usted muy hermosa, Katherine. —Le extendió la mano y le guiñó un ojo.

—Gracias —susurró, sonrojándose como una chiquilla.

—Será mejor que vayamos al invernadero, tío; no quiero ganarme una reprimenda, por estar atendiendo visitas en mi jornada laboral —indicó Diego, con el ceño fruncido, al ver ese intercambio de palabras.

La actitud de Yorgos, lo había puesto celoso, pero es que tendría que ser de hierro, para no estarlo. No se trataba de que estuviera enamorado de Katherine ni ninguna de esas pendejadas, pero esa mujer, era suya; y mientras lo fuera, solo él tenía derecho a cogérsela, nadie más.

Tomó la jarra y llenó los dos vasos con té; después, miró a Katherine a los ojos, para que se retirara; por suerte, ella no insistió en quedarse, bajó la mirada, mostrándose sumisa y se alejó, regresando a la cocina.

Él le hizo un ademán a Yorgos, para que lo acompañara; manteniéndose en silencio, durante el corto trayecto. No podía darse el lujo, de que alguien los escuchase hablando, sobre el asunto de George Stevenson.

Su auto se desplazaba con algo de dificultad, por el estrecho camino de tierra, que era bordeado por la densa vegetación, donde resaltaban los retorcidos y demacrados cipreses calvos, que debían tener cientos de años.

Llevaba el techo arriba, para evitar la nube de polvo que levantaba, al pasar a tan alta velocidad; mientras mantenía la vista fija en ese camino, que recorría por primera vez.

Seguía dudando de la idea que la había llevado hasta ese lugar, era peligrosa e incluso, podía decir que, estúpida; pero después de analizarlo durante varios días, decidió arriesgarse, porque de lo contrario, no conseguiría sacar de su cabeza, las últimas palabras que le dijera Gonzalo Dorta.

Su mirada se encontró con una intercepción, que la hizo maldecir internamente, porque el chofer al que le encomendó la tarea de averiguar la dirección del detective, no le mencionó nada acerca de eso.

—Debí buscar la ayuda de Maurice, seguramente, él me hubiera traído sin problemas. —Se dijo, en voz alta, mientras miraba los cuatro caminos y tamborileaba los dedos en el volante; al final, terminó suspirando—. Seguro que con él, no tendrías problemas para llegar, pero sí los tendrías, cuando supiera a quién vas a ver —pronunció, frunciendo el ceño.

Sacó su móvil, para llamar a la empresa y que la comunicaran con el transportista; necesitaba sus indicaciones, para poder continuar.

Suprimió una maldición, cuando vio que el aparato no tenía señal; cerró los ojos, para pensar mejor y no caer en desesperación; después de un minuto, abrió los párpados, lentamente y se arriesgó a tomar el camino de la derecha, pues era el que tenía huellas de autos, más visibles.

Si se perdía, contaba con el combustible para regresar, y todavía era temprano.

Después de andar unos quinientos metros, vio la silueta de lo que parecía ser una cabaña; la imagen le provocó un escalofrío, pues les recordaba a aquellos escenarios de las típicas películas de terror.

Sin embargo, se obligó a hacer a un lado la idea y portarse como una mujer adulta; siguió avanzando, hasta que sus ojos vieron la imponente camioneta negra de Gonzalo. Eso la hizo sonreír y respirar, aliviada.

—Te he encontrado, detective Dorta —esbozó, sintiéndose satisfecha por ese hallazgo.

Llevó su auto hasta detrás de la camioneta, apagó el motor, tomó su bolso y descendió. Lo primero que llegó hasta ella, fueron las poderosas notas de una canción de rock; y finalmente, sus ojos captaron la figura de Gonzalo, quien estaba de espalda; y descargaba con asombrosa rapidez, una secuencia de golpes, sobre un saco de arena improvisado, que colgaba del techo.

Llevaba un pantalón de ejercicio negro, que la dejó deleitarse con ese perfecto trasero que el detective Dorta tenía; lucía firme, redondo y muy, muy masculino.

Subió la mirada, fijándose en cómo los músculos de la espalda, se le contraían a cada movimiento; y la delgada tela de la camiseta negra que lucía, se pegaba a él, impregnada de sudor, como si fuera una segunda piel.

Se mordió el labio, sintiéndose tentada de jugarle una broma, pero desistió, porque no sabía cómo podría reaccionar. Podría encestarle un golpe y ella terminar tendida en el suelo.

Igual, caminó despacio hasta él, dejando que su mirada, disfrutara de ese bien formado cuerpo; pero que por alguna extraña razón, solo le provocaba admirarlo y no despertaba en ella su deseo.

—Qué extraño resulta, tomar desprevenido a un detective de la policía de Filadelfia —esbozó, mientras sonreía, con malicia.

Gonzalo se volvió con rapidez, al escuchar la voz de Deborah Wallis, por encima de las fuertes notas de *You Know You're Right*.

La encontró apoyada en uno de los pilares de la terraza, con los brazos cruzados a la altura de su pecho, y una sonrisa relajada y sensual en los labios.

—¿A qué debo esta visita? —preguntó, quitándose los guantes y luego tomó una toalla, para secarse el sudor.

—¿No me invitas a pasar? —cuestionó, arqueando una ceja y se acercó—. Ah, ya sé..., seguramente, tu «amiga», está en casa.

—Rebecca está en el restaurante, pero igual, si hubiese estado aquí, no tendría ningún problema en hacerte pasar. Las cosas entre nosotros están claras —comentó, mirándola a los ojos.

—Eso quiere decir, que si ella llegase en este instante y nos encontrara a los dos solos en este lugar, no diría nada, no armaría un drama tan patético, como ese del otro día.

—¿A qué has venido, Deborah? —preguntó, para terminar con ese juego estúpido.

—Odio cuando los hombres se enamoran; se vuelven tan aburridos —expresó, con desgan. Lo vio endurecer la mandíbula; y pensó, que lo mejor era dejar de tentar a su suerte—. Está bien, vine a traerte esto. —Sacó un elegante sobre, azul cobalto, de su cartera y se lo extendió.

—¿Qué es eso? —inquirió, mirándolo con desconfianza, sin llegar a recibirlo.

—Tómalo, no va a morderte. —Lo acercó, mientras sonreía.

Gonzalo se sintió estúpido, por estar actuando de esa manera. Se colgó la toalla en el cuello y le quitó el sobre a Deborah. Con dedos ágiles, extrajo el papel del interior y se sorprendió, al descubrir el contenido.

—Esto tiene que ser una broma.

—¿Por qué tendría que serlo? —inquirió ella, elevando las cejas y dio un par de pasos hacia él, quedando muy cerca.

—¿Por qué motivo me invitarías a la fiesta de cumpleaños de tu padre? Él y yo apenas nos conocemos —cuestionó, buscando algún indicio de burla en la mirada azul.

—Tú estás interesado en conocer a los Wallis más de cerca, ¿no es así? —preguntó, paseando su mirada por el rostro fuerte y atractivo del detective—. Creo..., que esta puede ser una buena oportunidad; quizás consigas descubrir algo que te interese.

—¿Por qué mejor no dejamos de lado el juego? Y me dices de una vez, qué es lo que deseas, Deborah.

—Lo haré..., siempre y cuando, tú también me digas lo que buscas. Verás, odio estar en desventaja y siento que contigo, siempre lo estoy, Gonzalo. —Llevó su dedo índice al pecho de él y lo hundió. Tal como suponía, era fuerte y aún a través de la tela, podía sentir el calor que se desprendía de él.

Gonzalo se quedó en silencio, analizando la situación; podía intuir que había mucho más detrás de esa invitación. Quizás ella sabía algo sobre su origen, a lo mejor la madre en algún momento, le contó sobre su existencia y ella también estaba interesada en descubrir más sobre él.

Había decenas de probabilidades de que algo como eso hubiera sucedido, aunque Adela no lo mencionó en la carta; algo dentro de él, le exigía ir hasta esa casa y descubrir más sobre Christie Wallis.

—Estaré allí el sábado... e iré con Rebecca —informó.

—Dudo mucho que puedas convencerla, pero la invitación servirá para los dos —dijo, sin mucho énfasis, pero la idea de tener en su casa a Rebecca Freeman, le molestaba.

—Deja que yo me encargue de ello.

—Como quieras... Nos vemos el sábado, detective Dorta.

Le dio la espalda y caminó hasta su auto; lo vio quedarse en el pórtico y solo asintió con la cabeza, cuando ella se despidió con un ademán de su mano.

Gonzalo se quedó mirando la estela de polvo, que dejó el auto de Deborah; incluso, mucho después de que la misma desapareciera. Estaba sumido en sus propios pensamientos, llenándose de miedo y ansiedad.

Diego llevó a Yorgos hasta su habitación, sentía que ese era el lugar más seguro de toda la casa, para hablar con él, pero dada la experiencia de la otra vez, con el abogado, se encontraba mucho más atento a su alrededor; miró a todos lados y dejó la puerta que daba hacia el invernadero abierta; de esa manera, podría ver si alguien se acercaba al lugar.

—Así que aquí es donde vives —dijo, mientras giraba sobre su eje, observando el lugar.

—No es muy distinta de la maldita celda que compartimos —mencionó, con molestia y le hizo un ademán, para que tomara asiento en el sillón, mientras él lo hacía en la cama.

—La verdad es, que está mucho mejor; no te quejes, siempre te quejaste demasiado, Diego —indicó, mirándolo a los ojos con seriedad—. Pero no estamos aquí para hablar de eso. ¿Qué sucedió con el abogado? —preguntó, sin rodeos.

Diego se tensó, ante esa interrogante tan directa; dejó escapar con brusquedad, el aire que contuvo durante unos segundos; se frotó las manos con nerviosismo; y después, se armó de valor para mirar a Yorgos.

Sabía que no lo dejaría en paz, hasta que le contase todo.

—Murió —soltó de una vez, y al ver que el semblante de su ex compañero de celda se tensaba, supo que debía continuar—: el hombre acató la orden que le di, de regresar a Nueva York y dejarnos en paz. Para asegurarme, lo llevé hasta los límites del Estado, sabes que no puedo salir de Luisiana, hasta cumplir el año fuera de prisión.

—Lo sé, pero... ¿Por qué sacarlo de la ciudad por carretera? ¿Acaso no era mejor hacerlo por avión? —inquirió, sin dejar de mirarlo; ya todo rastro de diversión había desaparecido de él.

—Lo intentamos, pero no encontramos vuelos que salieran desde aquí; todo estaba lleno, por las fechas. Lo más cercano que encontramos fue en Jackson, así que lo acompañamos hasta donde pudimos y le exigimos al muy miserable, que llegara hasta allí y abordara el vuelo que le habíamos conseguido; se suponía, que no debía tener problemas.

—¿Y qué pasó, entonces? —cuestionó, con recelo.

—El muy estúpido, se metió en un bar y se puso a beber; después, volcó el auto, de camino al aeropuerto. Estuvo recluido en un hospital por dos semanas, en terapia intensiva; hasta donde sé, no habló con nadie, porque pasó ese tiempo en coma y murió de un ataque al corazón —explicó, manteniéndole la mirada.

Yorgos se quedó en silencio, durante un minuto, analizando cada una de las palabras de Diego; intentando convencerse, de la buena suerte del chico, pues si lo veía desde un punto de vista objetivo, la muerte del abogado, los beneficiaba a todos. Los muertos no hablaban, no acusaban, no enviaban a la cárcel.

—Debiste comprar un ticket de lotería, después de eso. Tienes demasiada suerte, Lobito —mencionó, con un tono pausado; después, se relajó un poco en el sillón—. ¿Y qué hay de la mujer? —preguntó, cruzándose de brazos.

—¿Qué pasa con ella? —contestó con otra pregunta, y una alerta se activó en él, de inmediato.

—Eso precisamente quiero saber, ¿qué pasa con ella y qué ha dicho de todo lo sucedido?

—Nada, los planes siguen igual que antes.

—Supongo que no es la morena, que acaba de presentarse como tu novia, ¿o me equivoco? —cuestionó, elevando una ceja.

—No, no es Katherine. —Negó, moviendo su cabeza.

—¿Y aquella, sabe que te estás cogiendo a esta? —inquirió, con más malicia que curiosidad.

—Lo sabe —contestó, mostrándose serio.

—¿Y qué ha dicho? —Esa respuesta lo desconcertó.

—Se molestó, pero eso no cambió nuestros planes.

Yorgos se puso de pie y caminó hacia la ventana, con vista a la elegante e imponente mansión sureña; sus ojos recorrieron la estructura, mientras buscaba darle sentido a las palabras de Diego. Algo no le encajaba en aquella explicación.

Él le dijo que la mujer a la que defendió, era suya; suponía, que debían tener algún tipo de relación; entonces, ¿cómo era posible, que la mujer supiera que él la estaba engañando, y que no le importara?

En ese instante, un lujoso auto deportivo, entró a la propiedad, captando su atención; pero, lo que realmente hizo que sus ojos se maravillaran, fue la mujer que bajó del mismo.

No era la primera vez que veía a una belleza como esa; sin embargo, algo en ella, despertó su interés; podía apreciar cierta elegancia y sensualidad, en cada uno de sus movimientos; además de un toque oscuro y peligroso.

Vio en ella, todos esos elementos, que la convertían en una verdadera arma mortal, para los hombres.

Diego escuchó el motor del Corvette, y se puso de pie de inmediato, al tiempo que su corazón, comenzó a latir tan rápido, que pensó que le saldría por la boca, de un momento a otro.

Se paró junto a Yorgos y fue consciente de cómo la mirada de Lobo, seguía cada paso de su mujer; quiso exigirle que dejara de hacer eso, pero su voz había desaparecido. El puto miedo, se la había secuestrado, y tuvo que aferrarse al dintel de la ventana, para esconder el temblor que se había apoderado de sus manos.

—Con que aquí está... Ella sí es la mujer —comentó Yorgos. No le pasó desapercibida, la tensión que se apoderó de Diego, y terminó delatándolo—. Debo reconocer, que tus gustos, han mejorado mucho, Lobito... Pasar de las putas que nos visitaban en la cárcel, a señoritas de la alta sociedad de Nueva Orleans... —dijo, con sorna, mientras le palmeaba la espalda.

—Es la hija del viejo. Su única heredera —informó, para que su amigo supiera, en qué consistían sus planes, sin necesidad de esbozarlos, pues era arriesgado hacerlo.

—Ya veo. Entonces, ella es tu boleto de lotería. —Vio desaparecer a la mujer, y se volvió a mirar al joven—. ¿Eres consciente de los peligros que implican tus planes? ¿Que un asesinato, no es algo que deba ser tomado a la ligera? ¿Y que la pena de cárcel, es lo bastante jodida, como para arruinarte por siempre? —cuestionó, siendo directo, pues no estaba seguro, de que el muchacho, comprendía dónde se estaba metiendo.

—¿Quién te ha dicho que planeo asesinarlo? —preguntó, con recelo; confiaba en él, pero no al grado de contarle todo.

—No me creas estúpido, Diego...; sé perfectamente de quién es esta casa, sé quién es esa mujer y también sé, que el viejo Wallis, no está a las puertas de la muerte —pronunció, con lentitud, pero sin dejar lugar a dudas, de la molestia en su voz.

—Ese viejo es un maldito, no merece seguir respirando.

—Y tú eres un imbécil, que se está dejando manipular por una mujer —acotó, tomándole la mandíbula con fuerza, para hacerlo reaccionar; era evidente que estaba ciego.

—Tú no sabes nada —espetó, soltándose del agarre.

—Y seguramente tú sabes mucho. Te voy a dar un consejo más, Lobito..., aunque ya he perdido la cuenta de todos los que te he dado —mencionó, sonándose los dedos—. Nunca confíes en una mujer, mucho menos si es tan hermosa y sensual como Deborah Wallis. Puede que te sientas muy seguro de ella, porque te la estás cogiendo, pero eso no significa nada. Las mujeres son expertas en dos cosas: mentir y coger. Cada vez que desean algo, mienten y cogen; se les da natural, y los pobres incautos, que eligen como víctimas, nunca se enteran.

Diego se quedó en silencio, completamente bloqueado y sin saber cómo refutar las palabras de Yorgos; en ese instante, decenas de dudas lo asaltaron; y sintió, cómo

un frío, comenzaba a subir por su cuerpo, como una hiedra venenosa, que se va apoderando de todo.

Pensó en la actitud que había tenido Deborah, en los últimos días; en cómo lo ignoraba y le restregaba en la cara, al «maldito» de Maurice; en cómo se paseaba con él, delante de todos.

—Parece que no estoy tan equivocado, después de todo —indicó Yorgos, al ver el cambio en el semblante de Diego y cómo se había quedado en silencio, analizando sus palabras.

—Necesito salir de este agujero, Yorgos...; no puedo quedarme toda la vida en este maldito lugar, perdiendo mis mejores años, como lo hizo mi padre; no quiero ser un fracasado, como él —expresó, dejándole ver su desesperación.

—¿Y piensas, que matar a un hombre como Dominic Wallis, será la solución? —cuestionó, mirándolo a los ojos.

—Deborah me prometió una parte de la herencia. Con ese dinero, podré comenzar de nuevo, lejos de aquí...

—Lo único que vas a conseguir es, regresar a la maldita cárcel —pronunció, con rabia, mientras se alejaba, dándole la espalda.

—¿Qué carajos puedo hacer, entonces? —preguntó, sintiéndose frustrado, acorralado y furioso.

—¿De cuánto dinero te habló ella? —Se volvió a mirarlo.

—No lo sé..., no me ha mencionado una cantidad específica, pero sé, que es mucho. Lo suficiente, para no tener que pasar mi vida, lamiéndole el culo a nadie, por una maldita paga.

—Bien..., te voy a ayudar, una vez más, Diego; pero será la última y vas a tener que hacer exactamente lo que te diga.

Diego asintió, en silencio, mientras centraba toda su atención en cada palabra que le decía su mentor; y a medida que Lobo hablaba, el panorama se le iba esclareciendo y se sentía nuevamente en su eje.

La actitud de Deborah, lo había descolocado, pero después de esa charla, estaba seguro que él tomaría las riendas.

Después de que un hombre de seguridad le dio acceso, Gonzalo condujo hasta el área donde estaban estacionando los autos.

Antes de bajar de su camioneta, su mirada se paseó por la inmensa mansión de tres plantas, con grandes ventanales y paredes blancas, que la hacían resplandecer, en medio de la oscuridad, ayudada por las luces indirectas, que salían desde el suelo; y las enormes lámparas, que colgaban del techo, dándole cierto halo de luz dorada, creando un ambiente cálido y elegante.

En ese instante, comprendió la indignación que expresaron las palabras de su madre, en aquella carta. Él había llevado una vida con muchas carencias económicas. Cuando era niño, nunca pudo darse el lujo de tener videojuegos ni juguetes costosos o viajar en vacaciones al exterior; tampoco estudió en colegios privados ni usó ropa de marcas reconocidas; solo fue un chico como cualquier otro, de clase media, que debía conformarse con lo poco que sus padres podían ofrecerle.

Mientras que la mujer que le dio la vida, vivía en esa casa, rodeada de lujos, sirvientes y con el dinero suficiente, para cumplir cualquiera de sus caprichos o los de su hija.

No pudo evitar, que el resentimiento se apoderara de su pecho, en ese instante; que lo hiciera sentir dolido y decepcionado, de aquella mujer que nunca lo valoró, que nunca se preocupó por él, a quien nunca le interesó si él comía, si se enfermaba, si había ido a la escuela o si había logrado sobrevivir sin ella.

—¿Cómo puede ser alguien tan egoísta? —Se preguntó, y después, negó con la cabeza—. Has visto tantas cosas en tu vida, Gonzalo, ¿y te sorprende, que una mujer actúe como lo hizo Christie Wallis? ¡Por favor! Solo porque te lo hizo a ti, no quiere decir, que ella sea la única mujer que lo haya hecho.

Se decidió a bajar del auto, en ese momento; ya había llegado hasta allí y lo que le quedaba, era afrontar esa situación y tratar de descubrir acerca de esa mujer, tanto como le fuera posible, y de las personas que la rodeaban.

Se acomodó la chaqueta del traje que le tocó alquilar, pues no había llevado nada elegante en su equipaje; nunca esperó asistir a una actividad como esa.

—Buenas noches —mencionó, extendiéndole la invitación al hombre apostado en la entrada de la mansión.

—Buenas noches, señor Dorta. Bienvenido. —Marcus le hizo un ademán con la mano, para que siguiera adelante.

El lujo que reinaba en el interior de esa gran casona, lo dejó aún más alucinado; su trabajo lo había llevado a visitar a algunas personas importantes en Filadelfia y ver sus lujosos hogares, pero ninguno de esos, se comparaba con la ostentación que derrochaba la mansión Wallis.

Sentía que había entrado a una de esas películas del siglo XIX, donde el estatus y el buen nombre de una familia, se regía por la extensión de su propiedad. La sociedad no había evolucionado mucho en ese aspecto y lo que se presentaba ante sus ojos, solo se lo confirmaba.

—Buenas noches, Gonzalo... Bienvenido a mi humilde hogar. —Deborah lo vio en medio de los invitados y se acercó a él, para saludarlo.

—Buenas noches, Deborah... Lo de humilde, seguramente es sarcasmo —comentó, mirándola a los ojos.

Ella le sonrió y se acercó a darle un beso en la mejilla, jugando como siempre, con el deseo que podía ver en los ojos de un hombre, cuando ella hacía gala de todos sus atributos.

Le acarició el pecho con sensualidad y sonrió, al sentir que él se estremecía. Al parecer, el detective no era tan duro, frío o indiferente a sus encantos, como deseaba hacerle creer.

—Por lo visto, no lograste convencer a tu amiga, para que te acompañara —mencionó, sintiéndose feliz de no ver a Rebecca junto a él; sin dudas, le hubiera arruinado la noche tenerla allí.

—Rebecca se encontraba indispuesta —contestó, mirando a otro lado. La verdad, que no hubo manera de convencerla.

—Es una pena, espero que se recupere pronto.

Un mesonero se acercó y les ofreció champán.

—Aún o he visto a tu padre —comentó Gonzalo, recorriendo con la mirada el lugar. No le pasaron desapercibidas todas las miradas que estaban sobre él.

—Todavía no ha llegado, es una fiesta sorpresa. Su... asistente, es la encargada de traerlo. Él cree que celebrarán su cumpleaños en un restaurante —respondió con naturalidad, dándole un trago a su copa—. ¿Acaso está de servicio, detective? —preguntó, al ver que él tenía intacta su copa.

—Mi jurisdicción está en Filadelfia, creo que ya te había mencionado eso —indicó, mirándola a los ojos, sintiéndose un tanto desconcertado por la pregunta.

—¿Entonces, por qué no disfrutas de la bebida? *Armand de Brignac*, es una de las mejores champaña del mundo, tú la tienes en esa copa y ni siquiera le has prestado atención —dijo, mientras se llevaba la suya a los labios y le daba un sorbo al dorado líquido.

—Siento no apreciarla y deslumbrarme, como seguramente hizo la mayoría, en cuanto notaron la marca de la misma; yo, en cambio, soy un hombre de gustos simples —comentó, dándole un gran trago; reconociendo para sí, que era exquisita.

—En eso estamos de acuerdo, tus gustos son muy simples, Gonzalo. —Hizo ese comentario, pensando en Rebecca.

—No nací en cuna de oro ni fui criado en un lugar como este, rodeado de lujos, Deborah.

No pudo evitar, que su voz dejara entre ver, la molestia que sintió minutos atrás, cuando fue consciente de todo lo que le había sido negado.

Tampoco era que le importara mucho, la verdad, dudaba que se hubiera sentido cómodo, llevando una vida en ese lugar, en medio de tanta hipocresía y vanidad.

—Si supieras la verdad, no me envidiarías —acotó ella, rehuéndole la mirada y volviendo a tomar de su copa.

—No te envidio —pronunció y su molestia aumentó.

—Es la segunda vez que me echas en cara, que no naciste en una cuna de oro ni gozas de los privilegios de tener dinero.

—Eso no quiere decir, que te envidie. La verdad, me siento muy complacido con mi vida, a pesar de todo lo que he pasado. ¿Qué me dices tú, Deborah? ¿Te sientes satisfecha contigo misma? ¿Con las personas que te rodean? ¿Con todo esto? —inquirió, mirando a los presentes.

—¿Qué crees tú? —cuestionó, con su mirada en la de él.

Estaba jugando sus piezas, para lograr descubrir, cuánto sabía Gonzalo sobre ella; ya le había revelado algunas cosas, con las pocas palabras que había mencionado, pero nada en concreto; y ella necesitaba más, quería saberlo, porque odiaba estar ignorante.

Poseer el control, dependía de cuánta información tuviera y en ese caso, siempre buscaba estar en ventaja.

—Señorita Wallis, disculpe que la interrumpa, pero me acaban de informar, que el auto de su padre, está en la entrada.

—Justo a tiempo, muchas gracias, Marcus. Por favor, prepara a la banda, para que toquen la canción que les indiqué, en cuanto él haga su entrada... Quiero que todo salga perfecto —expresó y le entregó su copa, sintiéndose entusiasmada.

—Por supuesto, señorita; con su permiso. —Marcus se retiró, dejándola en compañía de ese hombre, a quien era la primera vez que veía, pero había despertado su curiosidad.

—Bueno, ya está aquí...; ven conmigo, vamos a recibirlo.

Había organizado esa fiesta, por dos motivos; el primero, para buscar un acercamiento con Dominic, tal y como le había prometido a Maurice. Intentaría por milésima vez, entablar una relación cordial con su padre; y el segundo, para demostrarle al policía, que la relación entre su padre y ella, era sencillamente, perfecta; pues no sabía cuánto le había contado George Stevenson.

Los presentes, se conglomeraron en la puerta, a la espera del festejado. Muchos estaban curiosos, por ver cómo recibía Wallis, esa sorpresa; otros, lo hacían por cumplir con el protocolo; y no faltaban los aduladores, que deseaban ser los primeros, en felicitar al hombre más poderoso de Nueva Orleans.

Dominic, no sospechaba nada de la sorpresa que le habían preparado, hasta que se fijó en la gran cantidad de autos, estacionados dentro de las cercanías a la mansión; y en el ambiente festivo, en la misma.

Había pasado mucho tiempo, desde la última vez que la vio iluminada de esa manera; derrochando toda la belleza y ostentación, para la que había sido construida

por sus antepasados.

La actitud algo nerviosa de Silvy, no lo hizo imaginar que sería algo como eso; simplemente, creyó que ella le tendría algún presente especial y por eso lucía tan ansiosa.

Ni siquiera recordaba su cumpleaños, quizás por ello no intuyó lo que estaban organizando a sus espaldas.

Bajó del auto, sin saber cómo desenvolverse en ese ambiente; una desconcertante mezcla de sentimientos, lo tenían cautivo; y cientos de recuerdos, se agolpaban en su cabeza, moviendo todas sus emociones.

Se irguió y tragó en seco, para pasar el nudo en su garganta, que le dificultaba respirar; miró a la mujer a su lado, quien lo veía, mostrando una sonrisa radiante.

Él estuvo a punto de ofrecerle su brazo, pero un recuerdo de Christie, lo hizo desistir. Solo a su difunta esposa, había llevado de esa manera, al interior de la mansión.

Caminó, dejándola un paso detrás, después de ofrecerle una sonrisa, a modo de disculpa. Adoptó una postura distinguida y segura, cuando las puertas se abrieron para él.

Lo primero que lo recibió, fue el poderoso *intro* de *It's a Man's Man's Man's World*, que llenó cada espacio del salón blanco de la mansión, interpretado de manera magistral, por una orquesta en vivo.

*This is a man's world
This is a man's world
But it wouldn't be nothing, nothing
Without a woman or a girl.*

Aplausos, risas y vítores, estallaron en el lugar, mientras él era el centro de todas las miradas. Se sentía algo nervioso, pero la letra de la canción, fue llenándolo de seguridad, y cada paso que daba, era muestra de lo que la letra decía.

El mundo era un lugar de hombres, de hombres como él: un visionario, un emprendedor, un estratega en los negocios; alguien poderoso, respetado y temido.

Sus labios se ensancharon, mostrando una sonrisa, rebosante de orgullo a quienes lo felicitaban; estrechaba sus manos, recibía las palmadas de camaradería en la espalda y observaba las caras de amigos de años, y otros a los que nunca antes había visto; al menos, esa era su impresión.

De pronto, el mar de personas, se fue abriendo y su sonrisa se congeló, cuando al final del mismo, se encontró con la mujer más hermosa que sus ojos hubieran visto; era Deborah, y lucía igual que su madre, elegante, radiante y con una belleza, que podía deslumbrar a cualquiera.

Se acercó a ella, sintiéndose bajo un hechizo, cautivado por la sonrisa que le dedicaba y ese brillo especial, que hacía lucir sus ojos azules mucho más hermosos, intensos y atrayentes.

—Feliz cumpleaños, padre —pronunció la joven, con una mezcla de nervios, expectativa, timidez y felicidad.

Él no le respondió, solo se quedó mirándola, como hipnotizado; así que ella se animó y se acercó, para darle un abrazo; uno realmente sincero, después de tanto tiempo.

Los años le habían hecho ganar altura y gracias a los zapatos de tacón alto que llevaba, podía casi alcanzarlo; sin embargo, en ese instante, se sintió como una niña pequeña, de nuevo y su corazón se llenó de esperanzas.

Le dio un beso en la mejilla y le sonrió, cuando se separaron, mirándolo a los ojos.

—¿Qué es todo esto? —preguntó él, sintiéndose abrumado por el gesto de ella; debía reconocer, que lo había extrañado.

—Su fiesta de cumpleaños, ¿qué más puede ser? —contestó Deborah, riendo y lo tomó del brazo, para llevarlo a la pista—. Vamos a bailar, recuerdo que le gustaba mucho hacerlo.

—Espera un momento..., yo no... —Se quedó en silencio, sin saber qué decir, solo conseguía mirarla.

—No seas tímido, Dominic Wallis —pronunció ella, mientras le sonreía y lo guiaba, para comenzar a moverse junto a él.

Dominic sintió, que el corazón se le cerraba en un puño, haciendo doloroso cada latido que daba; cerró los ojos, trayendo la imagen de Christie a su mente; mientras que las palabras de Deborah, seguían resonando dentro de su cabeza, alterando sus emociones, porque fueron las mismas, que le dijera su difunta esposa, cuando se conocieron en aquella fiesta; una igual a esa, pues también celebraba su cumpleaños.

—¿Por qué haces todo esto? —preguntó, abriendo los ojos, al tiempo que los suyos, reflejaban rabia y dolor.

—¿Por qué hago qué? —cuestionó, sin comprender.

—Esto..., torturarme de esta manera..., vestirme así, esa música, todo este ambiente... ¿Por qué demonios quieres llevarme al pasado y recordarme a tu madre? —inquirió, apretándole con fuerza la mano que sostenía entre la suya.

—Yo solo... solo quería celebrar su cumpleaños, hacerlo como supuse que le gustaría —respondió, nerviosa y con sus ojos llenos de lágrimas—. Por favor, padre, pare; me está lastimando —pidió, intentando disimular ante los demás.

En ese momento, Dominic fue consciente de que se estaba extralimitando y no le convenía hacer un escándalo, delante de todas esas personas.

Respiró profundo, para recomponerse y aflojó el agarre de su mano, esquivó la mirada atormentada de Deborah y siguió con la pieza de baile.

—Lo siento... —susurró, con la cabeza gacha; en verdad estaba arrepentido de haberla tratado así.

—No se preocupe, ya estoy acostumbrada —pronunció ella, sin lograr esconder el resentimiento en su voz.

—No fue mi intención, es solo que... todo esto..., me tomó por sorpresa, sabes que no me gustan estas cosas, Deborah. Debiste consultarme primero. —Se excusó.

—No tendría ningún sentido, querer darle una fiesta sorpresa, si antes voy y se lo digo —indicó ella, sin dejar de lado su molestia ni el dolor que le provocaba la actitud de él.

—Pues no me gusta que hagan cosas a mis espaldas.

—No se preocupe, me ha quedado claro.

La canción terminó y ella se sintió aliviada, al saber que ya podía liberarse de la tortura, que significaba estar allí, fingiendo delante de todo el mundo.

Tomó aire, lentamente, para evitar derramar las lágrimas que colmaban sus ojos; buscó con la mirada a Silvy y le pidió con un gesto, que ocupara su lugar; mientras ella se obligaba a seguir sonriendo para los invitados, dando la imagen de la hija perfecta.

—Ustedes dos se entienden mejor —mencionó, cuando la mujer se les unió; se disponía a soltarse, pero él la detuvo.

—Espera..., las personas nos están mirando —indicó Dominic, para retenerla allí. No le importaba mucho eso, solo quería reparar de alguna manera lo sucedido.

—Es lo único que le ha importado siempre..., las malditas apariencias. —Se soltó, intentando no hacer un movimiento muy brusco, que los dejara en evidencia—. Silvy, quédate junto a él y compartan con los demás invitados; yo necesito un poco de aire fresco —comentó y no esperó la aprobación de Dominic; simplemente, se marchó.

Se esforzó en mantener su sonrisa y las lágrimas a raya, mientras caminaba; saludando a aquellos invitados que no había visto hasta el momento.

Cuando al fin consiguió liberarse de ellos, se refugió en su estudio, donde dejó escapar todos los sollozos que traía acumulados en la garganta; dándole permiso a las lágrimas, para que corrieran con absoluta libertad, durante un buen rato, sin importarles si arruinaban su maquillaje.

Cuando al fin consiguió calmarse, buscó unas servilletas e intentó acomodarse un poco, pues debía esconder lo sucedido. Sabía, que tenía que regresar a la fiesta, pero no lograba reunir el valor suficiente para hacerlo; temía que en cuanto viese a Dominic, se pondría a llorar como una estúpida.

—No puedes hacer algo como eso, debes respirar profundo y calmarte, Deborah. Te llevó dos semanas organizar esta velada y no vas a dejar que él la arruine. —Se dijo, en voz alta; y cuando se puso de pie para salir, miró el teléfono.

Lo tomó y sin siquiera analizar lo que hacía, marcó el número de Maurice. En parte, él era culpable de todo eso, pues fue quien más apoyó la idea de hacerle esa fiesta a Dominic. Lo llamaría y le diría en lo que había resultado esa brillante idea.

—Hola, ¿qué haces llamándome? ¿Tan aburrida está la fiesta? —preguntó, desconcertado.

—Hola... —Sintió que se desmoronaba, solo al escucharlo.

—¿Qué sucede, Debbie? —inquirió Maurice, sonando esta vez preocupado, al escucharla sollozar.

—Nada..., es solo que... —Deborah se detuvo, sin saber qué decirle, ya que no quería angustiarse; respiró profundo, para contenerse y poder hablar—: debiste haber venido, la fiesta está saliendo grandiosa, la orquesta es genial, la comida exquisita y el champán es el mejor. —Cambió de tema, de un modo radical.

—No lo pongo en duda, yo te ayudé a organizarla; y sé, que solo escogiste lo mejor, para celebrar a tu padre... Me hubiese gustado estar contigo, pero seguramente, iba a terminar desencajando, entre todas esas personas. La verdad, no me hubiera sentido cómodo, Deborah.

—Me habrías acompañado..., me encantaría que estés aquí conmigo, Maurice —susurró ella; y una vez más, sus ojos se inundaron de lágrimas; sabía por qué lo había llamado a él; porque era quien siempre la consolaba.

—Yo también te estoy extrañando mucho, mi reina; pero no fue eso lo que acordamos, ¿lo recuerdas? Esta noche, debías evitar las tensiones entre tu padre y tú. —Le habló con cariño.

—Sería mucho mejor, si yo no fuese la única que está poniendo todo de su parte —comentó, dejando libre ese reproche; suspiró, sintiéndose agotada y apretó los labios, para no sollozar.

—Debbie..., sé que es difícil, mi amor; pero alguno de los dos debe ceder, créeme cuando te digo, que las cosas mejorarán, sé paciente.

—Eso espero... Bueno, tengo que dejarte, debo regresar a la fiesta. Descansa —dijo, para despedirse.

—Recuerda guardar una botella de ese champán, para compartirla conmigo —mencionó, antes de que ella colgara.

—Guardaré dos —acotó, sonriendo, sintiendo cómo el dolor y la tristeza, comenzaban a alejarse de ella—. Te quiero.

—Yo a ti más. Ahora ve y disfruta de la fiesta.

Después de esas palabras, Deborah terminó la comunicación. La calidez de Maurice, la reconfortaba aun a través de una llamada telefónica; le daba valor, para afrontar los peores momentos de su vida, como había hecho siempre.

Abandonó el estudio, pero no regresó a la fiesta; tomó la copa de champaña, que le ofreció un mesonero y salió a una de las terrazas.

—¿Está todo bien?

Preguntó una voz a su espalda, que la hizo estremecer.

—Sí..., por supuesto, solo salí a tomar un poco de aire —respondió, volviéndose y entregándole una sonrisa a Gonzalo.

Él, como buen observador que era, gracias a su profesión, consiguió notar la tensión que se apoderó de Deborah y Dominic Wallis, mientras bailaban.

Ese intercambio de palabras, al parecer, no había sido muy agradable, y la prueba de ello, fue cuando la vio salir, casi huyendo del salón.

—Supongo que su padre está feliz, por la fiesta.

—Sí, un tanto sorprendido, pero muy feliz. —Se recordó que debía continuar con esa fachada de la familia perfecta; sobre todo delante del detective, así que buscó cambiar de tema—. Quien no parece estar muy a gusto, es usted, ¿qué hace aquí afuera? Debería estar aprovechando la buena compañía de las mujeres presentes; pues, en vista de que su «amiga» no vino, no tiene ningún impedimento. ¡Ah! ¡Ya sé! Voy a presentarle a las mías; seguro que le agradarán, y así no se siente un extraño —dijo, caminando, para abandonar ese lugar.

—No estoy interesado en entablar conversaciones con otras mujeres, esta noche —mencionó, sujetándola del brazo.

—Entonces, ¿qué le interesa, detective? —preguntó, mirándolo a los ojos, sintiendo que sus latidos se desbocaban.

—Me interesas tú... He venido hasta aquí por ti, Deborah, y por eso que se supone, vas a revelarme —contestó, sin desprender su mirada de esos intensos ojos azules.

—¿Regresaremos a los interrogatorios, Gonzalo? —Mostró una sonrisa nerviosa e intentó liberarse, pero él no la dejó, haciéndola sentir acorralada—. Dime, qué deseas saber, pregúntame lo que quieras y acabemos con esto de una vez.

—¿Por qué no hay fotografías de tu madre en la casa?

—¿Qué? —Esa pregunta la dejó completamente desubicada.

—No vi una sola imagen de tu madre en la casa. Hay un par de fotografías tuyas, otras de tu padre y de los que supongo, son tus abuelos; pero ninguna de tu madre, ¿por qué? —Por el momento, eso era lo que más le interesaba conocer; después, iría con lo demás.

—Veo que has tenido mucho tiempo para mirar —indicó ella, asimilando cada una de las palabras que le dijo. Dejó escapar un suspiro y procedió a responder—. Mi padre la recogió todas y las guardó en un cajón, después de su muerte; supongo que le resultaba muy doloroso verlas.

—¿Por qué? —inquirió, nuevamente, intuyendo que más que dolor, le provocaban culpa.

—No lo sé, mi padre... es un hombre con un carácter... complejo. Mi madre fue la mujer que más amó en su vida, y supongo, que no es fácil, vivir con el recuerdo constante, de alguien a quien has perdido; y ver sus fotos todos los días, solo acrecentaría su dolor. —Lo justificó de esa manera, pues era lo que siempre había pensado de esa decisión de Dominic.

—¿Y qué hay de ti? ¿La extrañas? —preguntó, buscando la mirada de ella, que le había rehuído.

Deborah quería decirle que sí, pero no era eso lo que sentía; había dejado de extrañarla hacía mucho tiempo; la culpaba de haber arruinado a su familia, de haberla abandonado.

Esa curiosidad de Gonzalo, le resultaba bastante extraña y se enfocó en ello.

—¿Por qué de pronto, tienes tanto interés en mi madre?

Él se quedó en silencio, sin saber cómo responder a esa pregunta; reprochándose en pensamientos, por haber mostrado tanto interés; se suponía, que debía ser él quien controlara la situación, sacar el mayor provecho que pudiera de esa visita, no al revés.

—Se suponía que las preguntas las haría yo. —Le recordó, elevando una ceja—. Solo intento comprender algunas cosas, que no terminan de encajarme; por ejemplo, la actitud de tu padre, mientras bailabas con él. No lucía como un hombre que está feliz, de haber recibido una sorpresa, como esta que le has preparado; por el contrario, diría, que se mostraba molesto y hasta atormentado —pronunció, mirándola a los ojos.

—¿Seguirás aplicándonos tus estúpidos conocimientos de psicología? ¿Por qué mejor no vas y tratas a tu novia? Ella tiene muchos más traumas que afrontar, que mi padre o yo. Ya déjanos en paz —mencionó, sintiéndose furiosa, por la rapidez con la cual notó lo que había sucedido en la pista de baile.

Se alejó, con todas las intenciones de dejarlo allí y ocultarle las lágrimas, que una vez más, le llegaban de golpe; así como el dolor, al saber que todo el mundo podía ver el desprecio que Dominic sentía por ella; que sin importar cuánto ella se desviviera por complacerlo, nunca sería suficiente, nunca la valoraría.

—Lo siento..., Deborah. —La sujetó de la cintura.

—Ya estoy cansada de que todos se estén disculpando. Una disculpa, nunca soluciona las cosas. —Intentó liberarse.

—Por favor, mírame —pidió, volviéndola, para verla a los ojos; pero ella bajó el rostro, impidiéndoselo—. Sé que no debí entrometerme en los asuntos con tu padre, ni preguntarte por tu madre... No pensé que eso te afectaría tanto —pronunció, con cautela, ladeando el rostro para observarla.

—No me afecta..., pero tampoco lograrías entenderlo; así que mejor, dejamos el tema de lado.

—¿Por qué no lo entendería? —cuestionó, esperando que ella se abriera y le diera más información.

—¡Porque no has tenido una vida como la mía! —explotó al sentirse acorralada, lo miró a los ojos con rabia y una lágrima rodó por su mejilla, traicionándola.

—No, pero tú tampoco has tenido una como la mía.

Ver todo ese dolor, que le opacaba la hermosa mirada azul, le encogió el corazón y lo hizo sentir culpable; de pronto, se llenó de un deseo enorme de consolarla y llevó su pulgar hasta el rastro de humedad, para secarlo; otra lágrima escapó, deslizándose por la tersa piel.

Sin saber qué lo llevó a actuar de esa manera, se acercó a ella y la abrazó; lo hizo con fuerza, porque así se lo exigían las emociones que lo recorrían; y terminó entregándole un gesto de ternura, que pocas veces había dado en su vida: le dio un beso en la frente.

Deborah se encontraba completamente estática, sin saber cómo reaccionar, ante la actitud de Gonzalo; sentía que temblaba de pies a cabeza, que el aire estaba atascado en sus pulmones y que el corazón le latía de manera frenética.

Cerró los ojos, al sentir el suave y cálido roce de los labios de él en su frente, lo que la desconcertó mucho más; pues podía jurar que iba a besarla, pero no lo hizo, y eso la llenó de alivio.

—Lo siento..., no sé... —Gonzalo no sabía cómo explicarse, pues él mismo no entendía lo que lo había llevado a hacer eso.

—Está bien. Será mejor que regresemos a la fiesta.

Gonzalo asintió, en silencio y se alejó de ella; después, caminaron uno al lado del otro, hasta el salón, pero no hablaron de nuevo, ni se miraron y mucho menos se tocaron.

Dominic había quedado preocupado, por la actitud de Deborah; sabía que se había mostrado como un desgraciado con ella, pero no se esperaba todo aquello y mucho menos ser asaltado por tantos recuerdos y emociones. Eso lo perturbó y no pudo controlarse.

La buscaba de manera disimulada entre los presentes, sin atreverse a preguntarle a nadie por ella, para no despertar habladurías; tampoco le pidió a Silvy que la buscara, porque sabía, que su amante terminaría recriminándole su comportamiento, y ya bastante tenía con lo que debía lidiar esa noche, como para sumar más cargas a su espalda.

Al fin, su mirada logró dar con la figura de Deborah, y lo que vio, no le agradó en lo absoluto. Ella venía en compañía del hombre, que se le había presentado como el tal detective Dorta, y a quien supuestamente, había conocido en Filadelfia.

De inmediato, la idea de lo que pudieron haber estado haciendo, a solas y por tanto tiempo, se apoderó de su cabeza, llenándolo de ira e indignación; tenía que ponerla en su lugar, no permitiría que ella irrespetara su casa, así como lo hizo Christie.

—Si crees que vas a hacer lo que se te venga en gana y a burlarte de mí, como lo hizo tu madre, estás muy equivocada, Deborah; vas a tener que respetarme, lo quieras o no.

Cuando un mesonero pasó a su lado, le entregó el vaso ya vacío, donde había estado tomando whisky, y caminó hacia la pareja, con decisión, pero antes de que pudiera llegar a ellos, varios de sus viejos amigos, lo retuvieron.

Eran de esos, a quienes no se podían hacer a un lado con facilidad, así que, tuvo que dejar para luego, sus deseos de reprocharle a Deborah su comportamiento y echar a ese hombre fuera de su casa.

Diego se encontraba sentando al borde de su cama, con la cabeza entre las manos y los ojos cerrados, meciéndose hacia delante y atrás, al tiempo que intentaba controlar los deseos que tenía, de ir a la mansión y enfrentar a Deborah.

Ya estaba hastiado de ser su maldito títere, de que ella anduviera con cuantos hombres le diese la gana, que no le importara lo que los demás dijeran o pensaran de ella, ni mucho menos lo que sentía él, cada vez que hacia eso.

—Voy a terminar odiándote... voy a despreciarte tanto, tanto, que ni siquiera deseos de cogerte me van a quedar. Eres igual que una maldita puta, Deborah Wallis — expresaba, sintiendo que cada palabra, le quemaba los labios.

Las lágrimas bajaban pesadas por sus mejillas y se estrellaban en el frío suelo bajo sus pies, mientras sentía que el pecho se le abría en dos, cada vez que esa imagen que vio hacía minutos, se repetía en su cabeza, torturándolo, llenándolo de rabia, dolor y resentimiento, en contra de la mujer que se había vuelto una obsesión para él, que se había convertido en mucho más.

—¿Cómo viniste a enamorarte de una mujer así? ¿Cómo pudiste caer de esta manera, Diego? ¡Eres tan pendejo! ¡Eres un maldito pendejo! —Se gritó, para hacerse reaccionar de una vez, y se limpió las lágrimas con brusquedad.

En un arranque de rabia, se puso de pie, dispuesto a ir hasta ese lugar y hacer lo que su orgullo de hombre le exigía; sacar a Deborah de allí, llevársela lejos y si era necesario, encerrarla en algún lugar, donde pudiera tener la certeza, de que sería solo suya.

Pero antes de eso, agarraría al maldito con quien la vio esa noche y lo reventaría a patadas; estaba seguro, que la rabia que sentía en ese instante, le ayudarían a dejarlo hecho mierda.

—Seguramente, es alguno de esos malditos amigos tuyos, con un apellido importante y mucho dinero; tal vez, hasta maricón sea y no sabrá cogerte como te gusta; pero eso, a lo mejor ni te importe... porque es el hombre que puedes presentar en una fiesta como esta, delante de tu padre.

Caminó hacia el baño, para buscar algo que ponerse; no podía salir en ropa interior; y se lavó la cara, para ocultar que había estado llorando.

Después de eso, sacó del gabinete de atrás del espejo, la botella de whisky que había comprado días atrás; y que tenía allí, escondida.

—Al imbécil de Maurice y a mí, solo nos tienes para que te quitemos las ganas cuando se te antoja, solo para eso. Nos buscas, porque necesitas que hombres de verdad, te hagan sentir; ya que con esos cabrones de mierda, no lo haces... Eres una falsa, una maldita hipócrita —pronunció, antes de darle otro sorbo a la botella, dejándola varias medidas por debajo.

Se estremeció al sentir cómo el licor, le quemaba la garganta y el pecho; había ingerido mucho de un solo tirón, pero eso ya no le importaba, solo quería calmar de alguna manera, el dolor que estaba sintiendo en ese momento.

Abrió de nuevo el grifo y se llevó las manos mojadas al cabello, deslizó los dedos por las hebras, humedeciéndolas, mientras se miraba al espejo, sin poder reconocer del todo, al hombre que se reflejaba allí.

—No me vas a hacer a un lado, no lo harás, Deborah.

Después de esas palabras, salió del baño, se puso con rapidez el pantalón deportivo negro, de algodón, que usaba para correr, y una camiseta gris, del mismo material. Agarró con fuerza la perilla de la puerta y la giró, para abrir, pero justo en ese momento, las palabras de Lobo, resonaron en su cabeza; y toda la adrenalina que corría por sus venas, bajó de golpe, haciéndolo sentir incluso, débil y aturdido.

—Diego... para... para. Estás actuando como un imbécil.

Apoyó la frente contra la madera de la puerta y cerró los ojos, para intentar recuperarse; debía ser menos impulsivo y actuar con astucia; como le había mencionado Yorgos, no podía dejarse llevar por la rabia o los celos, tenía que aprender a controlar sus emociones o estaría jodido, para siempre.

Después de unos cinco minutos, tenía sus pensamientos más claros y organizados; su mentor le había recomendado, que recabara tanta información como pudiera, que vigilara cada paso que Deborah daba, porque eso lo pondría en ventaja sobre ella.

—Bien, Diego; sigamos los consejos de Lobo y descubramos quién es ese hombre. —Se ordenó, en voz alta, y sintiéndose más calmado, salió de la pieza.

Iría hasta la cocina, con la excusa de querer probar la comida que estaban sirviendo en la fiesta; allí, siempre hablaban de lo que sucedía en la mansión; y sabía, que esa noche, todas estarían comentando cualquier detalle.

Si Deborah andaba con ese hombre o lo había presentado como su pareja, se enteraría.

Deborah subió hasta su habitación, para acomodarse un poco; suponía que ese episodio de debilidad, había dejado huellas en su maquillaje; se excusó, diciéndole a Gonzalo, que iría a buscar el regalo de Dominic; y así, pudo liberarse de la presencia del detective, quien se había convertido en su sombra.

No podía culparlo, era horrible encontrarse en una fiesta, llena de personas extrañas, sin nadie con quien conversar.

Al menos, no se sintió tan mal, cuando él le dijo, que también iría por el suyo, que había dejado olvidado en el auto; pensó, que tal vez, no regresaría y tampoco lo culpaba por ello; después de todo, la velada no había sido lo que ninguno de los dos se esperaba.

Entró a su habitación, dejando tras la puerta, el bullicio de la banda, que seguía tocando los éxitos de *James Brown*. Caminó hasta su tocador y encendió la lamparilla.

Cuando volvió, la fiesta seguía en su apogeo; los invitados bailaban, bebían, reían y charlaban animadamente; algunas mujeres, se acercaron hasta ella, para felicitarla, porque todo estaba saliendo genial; otras más aduladoras, le aseguraban que difícilmente, alguna familia en Nueva Orleans, lograría superar esa velada tan exquisita.

Mentiría, si dijese que esos comentarios no le agradaban; por el contrario, se sentía feliz de escucharlos; y se decía en pensamientos, que no todo estaba perdido, porque aunque Dominic no valorara sus esfuerzos, otras personas sí lo hacían.

—¿Quién es la anfitriona de la fiesta, tú o Silvy Bolton? —Le preguntó Estefanía, con sorna, al ver que la mujer se desenvolvía como ama y señora de la mansión Wallis.

—Estefanía, no empieces con tus comentarios. —Le advirtió Janeth, quien sabía por dónde iba su amiga.

—No he dicho nada malo, solo lo que ven mis ojos —dijo, fingiéndose inocente.

—Puedes decir lo que quieras, la verdad es que me da igual. Ya todo el mundo sabe, que Silvy es la amante de mi padre y que está loca por ser la nueva señora Wallis. Después de haberlo aguantando por tantos años, hasta se lo merece —mencionó y recibió la copa que el mesonero le ofrecía; y llevaba varias, pero todavía tenía el control de sus actos y sus palabras.

—¿Vas a aceptar al fin a tu madrastra? —inquirió Estefanía, con algo de asombro.

—¿Tu padre y Silvy irán a casarse? —cuestionó Janeth, mirándola a los ojos, después de parpadear con rapidez.

—No lo creo, según ella, están mejor así...; pero en este punto, lo que hagan o dejen de hacer, me da lo mismo.

—¿Qué sucede, Debbie? —Continuó interrogándola, Janeth; esta vez, viéndola con más detenimiento y preocupación.

—Nada, es solo... —Se detuvo, pues no sabía cómo explicar lo que sentía; era como si ya no albergara rabia en contra de Silvy; y eso era algo difícil de asimilar, incluso para ella.

—Bueno, dejemos ese tema de lado y mejor cuéntanos, ¿quién es el hombre que entró contigo, hace un momento? Es la primera vez que lo veo. —Janeth cambió de tema, para librar a Deborah de esa situación.

—¿Es ese amante misterioso del que nos hablaste?

Hilary se había sumado a la reunión de amigas, al escuchar ese tema, que le resultaba más interesante. Ella, junto a las otras dos, posó su mirada en Deborah, a la espera de una respuesta.

Aunque Janeth tenía más información y sabía que no se trataba del mismo hombre; pues ella ya había conocido a Diego, igual, el extraño despertó su interés.

—Es... es alguien a quien conocí hace poco. —A ellas no podía mentirlas, diciéndole que lo había hecho en Filadelfia, porque si bien no estudiaron en las mismas facultades, compartieron el círculo de amigos—. Nos encontramos por casualidad, en un restaurante y hemos almorzado juntos un par de veces; solo eso —acotó, sin mirarlas directamente.

—¿Solo eso? ¿No te has acostado con él? —inquirió Hilary, de nuevo, buscando la mirada de su amiga.

—No, no lo he hecho —respondió, tajante—. No sé qué les pasa a ustedes, creen que con cada hombre que me relaciono, me voy a la cama.

La pregunta de Hilary, la había indignado y por eso se molestó; no sabía a ciencia cierta porqué; ya que antes, le habían preguntado lo mismo y ella no reaccionaba de esa manera; por el contrario, le resultaba gracioso.

Sin embargo, no lo hizo en ese momento; y quizás era, porque se trataba de Gonzalo; y con él, no había pasado nunca de simples insinuaciones.

—Bueno, no te pongas así, Debbie, fue solo una pregunta; siempre nos contamos todo. —Se excusó Hilary, mostrándose apenada.

—Lo sé... —Ella también trató de relajarse—, por eso mismo; les digo la verdad. No he tenido sexo con ese hombre y tampoco me interesa hacerlo; simplemente, somos conocidos. Ni siquiera puedo decir que seamos amigos —indicó, y en ese instante, pudo verlo entre los demás invitados. Parecía estar buscándola.

—Pues es una verdadera lástima que no lo hayas hecho, porque ese hombre, tiene cara de dar unos polvos de muerte. No sé, puedes llamarme loca, pero algo en su actitud, me resulta muy atrayente —señaló Janeth, recorriéndolo con la mirada.

—Ve dejando de lado tus ilusiones. No creo que le gusten los mismos juegos que a ti; y lo que es peor..., anda con la tonta de Rebecca Freeman —soltó y todas se volvieron a mirarla.

—¿Con esa insípida? —cuestionó Hilary, alarmada.

—Deborah Wallis, eres una perra —susurró Janeth.

—¿Vas a recibir las sobras de la mujer que más detestas en toda Nueva Orleans? —preguntó Estefanía, viéndola con burla.

—Precisamente por ello, nunca voy a tener nada con ese hombre. Y me enteré de eso hace apenas una semana.

—¿Entonces, por qué lo invitaste al cumpleaños de tu padre? Yo que tú, nunca lo hubiera visto de nuevo —indicó Hilary.

—Porque... siempre puedo joderle un poco la vida a Rebecca. Eso me entretiene —mencionó, riendo.

—Puedes joderla más, si te lo propones. Se ve que ese hombre está interesado en ti, Debbie; no ha dejado de mirarte un solo instante, desde que te vio. —Janeth sonrió, con malicia.

Deborah buscó con la mirada a Gonzalo, y ciertamente, tenía la mirada anclada en ella. Sus ojos la veían con tanta intensidad, que apenas pudo mantenerle la mirada unos segundos; después, tuvo que desviarla, al sentir que el corazón se le aceleraba.

Gonzalo era consciente, por las actitudes del grupo de mujeres, que debía ser el tema de conversación. Ellas apenas disimulaban, cuando miraban hacia él, y esa reacción de Deborah, terminó de confirmárselo.

Pensó, que quizás, podía sacar alguna información si se acercaba, para ser parte de la conversación; así que sin analizarlo mucho, se encaminó en dirección a ellas.

—Buenas noches —saludó, paseando su mirada por las tres desconocidas, para terminar sobre Deborah.

—Buenas noches, caballero —esbozó Janeth, con ese tono ronco y seductor, que usaba con sus conquistas.

—Buenas noches. —Hilary mostró algo de timidez y sonrió.

—Buenas noches... Debbie, preséntanos a tu amigo —pidió Estefanía, sin dejar de mirarlo.

—No se preocupe, puedo hacerlo yo mismo. —Le extendió la mano primero a esa—. Encantado, Gonzalo Dorta.

De esa manera fue haciéndolo con cada una y después de unos minutos, se sentía más en confianza; aunque podía notar, que Deborah estaba algo tensa y apenas participaba de la conversación.

Él buscaba integrarla, pero sus amigas ni siquiera la miraban, porque tenían toda su atención puesta en él.

—¿Te importaría acompañarme un momento? —Le pidió Gonzalo a Deborah, mirándola a los ojos.

—Nos vemos en un rato, chicas —dijo, antes de tomar la mano que le ofrecía y caminar junto a él, dejándolas atrás.

—Tus amigas son muy agradables.

—Que no se te ocurra mencionarle eso a Rebecca. Las odia tanto como a mí —indicó, con un tono mordaz.

—Gracias por advertírmelo, nos ahorraste una discusión.

—Seguramente, eso no representa un problema para ti; pues, por lo que vi el otro día, sabes cómo hacer que te perdone rápido.

—Lo mejor de las discusiones, son las reconciliaciones. Eso lo aprendes durante el matrimonio... —decía, pero no pudo continuar. Deborah lo paró, en medio del salón.

—¿Estás casado? —inquirió, buscando su mirada gris. En ese momento, sintió miedo, por lo que algo así podría provocarle a Rebecca, cuando esta llegara a enterarse.

Era absurdo, pero lo sintió.

—Lo estuve, durante cinco años. —Frunció el ceño, al notar que había hablado más de la cuenta.

—¿Qué sucedió? —preguntó, sintiéndose intrigada. Nunca lo hubiera imaginado.

—Murió. Unos asaltantes robaban el banco donde ella trabajaba; se produjo un tiroteo y fue herida de gravedad. Lamentablemente, no logró llegar al hospital —respondió, asombrándose, ante lo fácil que le resultó contárselo a Deborah.

—Lo siento mucho —susurró, mirándolo con pesar.

—Está bien, fue hace algunos años —dijo, rehuyéndole la mirada. Tenía que buscar algo que los alejara de ese tema—. Te pedí hablar, porque necesito darle a tu padre su regalo de cumpleaños, pero es probable, que ni siquiera me recuerde; así que me gustaría que me llevaras con él.

—Por supuesto —comentó ella, todavía no asimilaba bien lo que acababa de decirle. Ese hombre era todo un enigma.

Continuaron su camino en silencio; ella, analizando esa información que Gonzalo le había entregado; y él, reprochándose por haberle contado sobre su vida.

No sabía qué lo hizo abrirse de esa manera; pues, casi nunca hablaba de él con nadie, ni siquiera con sus compañeros de trabajo.

—Padre, ¿recuerda al detective Dorta? —Deborah lo abordó, aprovechando que se encontraba solamente con Silvy.

—Claro, lo recuerdo bien... Supongo que está disfrutando mucho de la velada —comentó, con sarcasmo.

—Feliz cumpleaños, señor Wallis. La verdad es, que la he pasado muy bien. Su hija es una gran anfitriona; además, tiene un gusto exquisito. Nunca había estado en una fiesta como esta.

Él pudo notar, ese dejo de sarcasmo, en la voz de Dominic Wallis, y no le gustó; al parecer, el hombre estaba acostumbrado a humillar a los demás, por simple capricho.

—Gonzalo, te presento a Silvy Bolton —mencionó Deborah, antes de que su padre fuera a salirle con algún desplante; conocía esa mirada, cargada de desprecio.

—Encantada —dijo, extendiéndole la mano.

—Es un placer, Gonzalo Dorta.

Le ofreció su mano libre y recordó, de inmediato, lo que lo había llevado allí; pensó, que lo mejor era darse prisa y salir de esa situación tan desagradable; además, algunas personas se acercaban; seguramente para hablar con Wallis, y él no quería ser parte de esa reunión; ya bastante tenía con seguir allí.

—Quisiera entregarle este presente, no es mucho, pero espero que sea de su agrado —mencionó de una sola vez y le hizo entrega del paquete, mientras lo miraba a los ojos.

—Gracias, detective... —Recibió la caja, envuelta con un elegante papel dorado, el gesto lo había intrigado; así que procedió a abrir el presente de una vez.

—¡Vaya! Eso es lo que yo llamo un buen regalo —expresó Ronald, uno de los socios y amigos del festejado.

Se había unido al grupo, llevado por la curiosidad que el extraño había despertado en él; sobre todo, porque aspiraba a que uno de sus hijos, se casara con Deborah.

Sabía que eso casi sería como sacarse la lotería, puesto que era la única heredera de Dominic. Así que, verla con cualquier otro hombre, ponía en peligro sus deseos y lo veía como una amenaza, siempre.

Dominic observó la caja negra, de madera, lacada; donde resaltaba el logo de Montecristo. Él no era muy amante de los puros, pero sabía, que eso que tenía entre sus manos, era un producto prestigioso.

La abrió y deslizó los dedos por los habanos, sacando uno, para apreciar su aroma; se deleitó con la mezcla de madera, picante, chocolate y frutas.

Deborah pensó, que también era su momento para hacerle entrega de su regalo y salir de eso de una vez; aprovecharía que al parecer, el obsequio de Gonzalo, había sorprendido a Dominic.

Le pidió a Katherine, quien se encontraba cerca, que fuera por este a su habitación y que no tardara.

—Tiene muy buen gusto, detective...; estos no son fáciles de encontrar, aquí —indicó Dominic, mirándolo a los ojos.

—Yo sé dónde encontrarlos —comentó, sin mucho énfasis.

—¿Un hombre de la ley, haciendo cosas ilícitas? —cuestionó.

—Ya no es ilícito, señor. Desde que le levantaron el bloqueo a Cuba, los puede conseguir de manera legal —pronunció, con seriedad. No dejaría que hiciera un chiste a su costa.

—Es bueno saberlo, detective Dorta —comentó Ronald, sonriendo. Él sí era fanático de los puros cubanos.

Katherine llegó y se quedó a un lado, esperando el momento oportuno, para interrumpir a sus patrones; mientras escuchaba parte de la conversación, descubrió algunas cosas de su interés. Por ejemplo, quién era ese hombre, que había pasado casi toda la velada junto a Deborah y que la tenía intrigada; pues pensaba, que ella por fin, se había decidido a hacer formal su relación con Maurice, pero al parecer, las cosas no eran como creía.

Deborah fue consciente de la presencia de Katherine allí y se llenó de nervios; no podía permitir que escuchase nada con relación a Gonzalo, porque estaba segura, que le iría con el chisme a Diego.

Se acercó con disimulo y le hizo una señal, para que le entregara el estuche y se retirara.

—Padre, este es mi regalo... Lo escogí pensando en usted, espero le guste —pronunció, captando la atención del grupo.

Dominic la miró unos segundos, antes de recibirlo. Fue embargado por ese sentimiento de precaución, que siempre se apoderaba de él en situaciones como esa; ya que

nunca sabía qué esperar de Deborah.

—Gracias —dijo, tomándolo al fin.

Apenas le dio un vistazo a la elegante envoltura roja con lazo dorado; la rasgó con agilidad y descubrió el fino estuche de la casa *Cartier*. Eso lo llenó de asombro, pues no esperaba que ella le obsequiara algo como eso.

Procuró no revelar su emoción y la abrió, encontrándose con un hermoso reloj de oro, en su modelo favorito, con manilla de piel marrón.

—¡Es una belleza! —exclamó Silvy, deslumbrada.

—Dominic, no puedes quejarte por los regalos de este año, cada uno es mejor que el anterior —mencionó Ronald, sin despegar su mirada del costoso regalo.

—Es... es un *Drive*. Lo último que lanzó Cartier —habló Deborah, al notar el silencio de su padre.

—Muchas gracias, Deborah. —Fue todo lo que dijo, no se confiaba de su voz, para agregar algo más.

—Deberías lucirlo desde ahora —sugirió Silvy, tomándole la muñeca, para retirar el que llevaba.

Gonzalo observaba detenidamente la escena, percibiendo la tensión que se había apoderado de padre e hija. El aire casi se había congelado en torno a ellos, y la única que parecía capaz de manejar la situación, era la mujer llamada Silvy.

Comenzó a hacer teorías, en base a lo que veía y a aquello que le contó Stevenson; al parecer, no estaba del todo errado y Deborah Wallis, si tenía motivos para pensar en asesinar a su padre. No solo para conseguir la herencia, sino también por resentimiento.

Podía ver ese sentimiento en ella y eso resultaba incluso, más peligroso que la misma ambición.

Dominic no estaba ajeno a las miradas que les dedicaba el policía a Deborah y a él; y suponía, que tal vez, ella le había llenado la cabeza de mentiras, haciéndose la víctima.

—Ven, vamos a bailar... —Le pidió, pues necesitaba hablar con ella a solas, dejarle en claro algunas cosas.

Deborah se sorprendió ante esa petición. Por un momento, la esperanza comenzó a hacer nido en su pecho, creyendo que a lo mejor, Dominic había apreciado en verdad el regalo y quería demostrárselo de esa manera; le sonrió, recibiendo la mano.

Caminaron hasta la pista y bajo la mirada atenta de todos, iniciaron la pieza que empezaba en ese momento.

—Te tomaste muy en serio todo este teatro, ¿no es así? —inquirió, lanzando el primer golpe.

—¿Qué... qué quiere decir? —contestó con otra pregunta, mostrándose desconcertada; no esperaba algo así.

—Por favor, Deborah. No me creas tan estúpido, sé perfectamente que todo esto, no es más que un teatro. Tú no hiciste esta fiesta para celebrar mi cumpleaños, la hiciste para poder meter a otro de tus amantes en esta casa y restregármelo. ¿Acaso piensas que no sé lo que estuve haciendo con ese hombre, cuando los dos se desaparecieron hace un momento? —Le estaba lanzando cada uno de sus reproches.

—Lo que sea que esté pensando, no es verdad.

—¿Verdad? ¿Tú conoces el significado de esa palabra? En realidad, lo dudo; de tu boca solo salen mentiras; heredaste eso de tu madre..., eso y la facilidad con la que te vas a la cama con los hombres —mencionó, mirándola con rabia.

—¿Para qué me sacó a bailar? ¿Para tratarme de esta manera? —cuestionó y su voz se quebró, al final. Había sido una estúpida, al creer que él podía verla de manera distinta.

—Lo hice para advertirte, que no dejaré que hagas de esta casa, un lugar de citas; que ningún estúpido regalo, por muy costoso que sea, hará que me calle la boca y me quede de brazos cruzados, viendo cómo manchas mi apellido. Así que te exijo, que sea la última vez, que traes aquí a uno de tus amantes, y eso va para el Maurice ese, también; no lo quiero más en mi casa —respondió y cada palabra salía cargada de desprecio.

—Usted no tiene ningún derecho a exigirme nada, esta casa también es mía —contraatacó, manteniéndole la mirada.

—No me provoques, Deborah, porque no tienes ni idea de lo que soy capaz. Si en verdad te preocupa el bienestar del estúpido chofer o de ese detective arribista, será mejor que hagas lo que te digo. —Le advirtió, con su mirada anclada en la de ella. Si no quería abrir los ojos por sí sola, él la ayudaría a hacerlo.

—Yo soy una mujer adulta y puedo decidir qué hacer con mi vida, así que límitese a la suya —dijo e intentó liberarse, pero él la retuvo, ejerciendo presión sobre su cuerpo.

—No voy a permitir que ensucies el apellido Wallis, mezclándote con ese tipo de hombres; primero soy capaz de hacer pública la verdad y quitarte mi nombre. —La amenazó.

—No se atreverá a hacer algo así, le tiene demasiado miedo al que dirán —dijo, mofándose de él.

—Antes que tú deshonres el honor de familia, prefiero echarte de esta casa; así que tú decides..., o comienzas a comportarte como corresponde o te dejo en la calle, convertida en una don nadie.

Deborah se congeló ante esa amenaza y se quedó mirándolo, sin poder creer, que de verdad pudiera llegar a eso; pero la determinación en la mirada de Dominic, le dejó claro, que él hablaba en serio, que si ella no acataba lo que le decía, cumpliría con su palabra.

Se sintió acorralada, nuevamente, prisionera de ese hombre que la odiaba tanto; y la idea que había abandonado, se instaló con fuerza en su cabeza; porque solo el miedo, podía darle verdadero valor y volverla muy peligrosa.

—Usted tampoco sabe de lo que soy capaz, padre. No me obligue a demostrárselo —siseó, mirándolo a los ojos.

Dominic se estremeció, al ver la amenaza en la mirada de Deborah. Había tanta frialdad en su actitud, que por un instante, sintió que las entrañas se le encogían, anticipando algo muy desagradable; un presentimiento que lo llenó de miedo, y en ese momento, fue él quien se vio queriendo escapar de ella.

—¿Me permite un baile con su hija? —preguntó Gonzalo, quien había caminado hasta ellos, al ver esa situación.

Habían dejado de bailar y solo se retaban abiertamente, ante las miradas sorprendidas de todos los invitados. Algo en la actitud de Deborah, le exigió intervenir. No podía solo quedarse allí, viendo cómo Dominic Wallis, la maltrataba; después de todo, ella era una dama y también, su hermana.

—Por supuesto —accedió Dominic, quien vio en el detective, su vía de escape; se movió, dejándole el espacio libre.

Deborah no dejó de mirarlo con rabia, un solo instante; sabía que debía controlarse, pero la sola amenaza a Maurice, había desbocado todas sus emociones.

Al final, Gonzalo se posó frente a ella, ocupando su campo de visión; le apretó la cintura, para hacerla reaccionar, pues parecía estar poseída.

—¿Estás bien? —preguntó, buscando la mirada azul.

—Sí —masculló ella, sin dejar que la mirase a la cara.

—¿Segura? —inquirió, de nuevo; sin desistir de verla.

—Ya te he dicho que sí —contestó, con molestia.

Gonzalo respiró hondo, para no retarla por hablarle de esa manera; debía comprender, que quizás para ella, no era un buen momento; y que cuando se atravesaba por un episodio así, lo que uno menos quería era hablar; así que la dejó tranquila.

—Lo siento..., gracias por intervenir, Gonzalo —pronunció ella, un minuto después, mirándolo a los ojos.

—¿Por qué te odia tanto? —No podía quedarse con esa duda, tenía que saber qué había detrás de ese resentimiento.

—Porque... —Deborah estuvo a punto de decirle la verdad, pero se detuvo, justo antes de hacerlo—. No tiene caso, ya no hablemos de eso, por favor.

Gonzalo asintió, con un leve movimiento de cabeza, mientras sus ojos le aseguraban, que respetaría su silencio; sin embargo, se dejó llevar por su deseo de consolarla y la acercó a su cuerpo.

Pudo sentir cómo se tensó en un principio, pero después, buscó refugio en él, apoyando la cabeza en su hombro,

Las suaves notas de *Georgia On My Mind*, seguían llenando el espacio; casi había olvidado cómo se bailaba ese tipo de melodías; esas que su esposa disfrutaba tanto y las cuales él aprendió a bailar, solo para complacerla.

En ese instante, agradeció haberlo hecho, pues también le sirvieron para acercarse a Deborah, para ser el apoyo que obviamente, estaba necesitando; y pensó, que tal vez, si le dijera toda la verdad, ella podría dejar que la ayudara, podría sacarla de allí y ofrecerle la opción de una vida nueva, lejos del despreciable ser, que tenía por padre.

Diego se encontraba en la cocina, fingiendo que había llegado hasta allí, para disfrutar de los bocadillos y entretenerse un poco con los comentarios sobre la fiesta; aunque las chicas estaban bastante atareadas y apenas podían conversar con él, logró enterarse de algunas cosas.

—Después de todo, tenías razón, Diego; las personas como Deborah Wallis, no se casan con hombres como Maurice. Allí la tienes, toda campante, estrenado amante nuevo —mencionó Katherine, dispuesta a sembrar toda su cizaña.

—Cómo te gusta inventar mentiras —refutó Angie, mirándola con rabia, mientras organizaba una bandeja con canapés.

—No son mentiras, yo misma he visto cómo han estado juntos, durante toda la velada. Ella se lo ha presentado a las amigas e incluso, al señor Wallis. El hombre hasta le dio un regalo, que según otro de los invitados, era muy costoso —dijo, mostrándose muy segura de cada una de sus palabras.

—Pues eso no significa que ellos sean amantes, pueden ser amigos, ¿acaso no viste, que ella ya se muestra con Maurice, delante de todos, incluso del patrón? Ya no esconden su amor.

—Deberías dejar de leer esas novelas románticas, Angie. Solo te llenan la cabeza de tonterías —sugirió Diego, mientras él mismo se moría por dentro y se asombraba de la resistencia que podía tener. Minutos atrás, las palabras de Katherine, lo hubieran enloquecido—. Te apuesto, que ese hombre, debe ser muy importante; seguramente, alguien con tanto dinero como los Wallis; un rico de cuna —acotó, zampándose un bocadillo.

—Digan lo que quieran, yo sigo confiando en el sentimiento que Maurice comparte con la señorita Deborah.

—Deberías de dejar tus tontas historias rosas de lado, como dice Diego; y también, dejar de llamar a esa mujer «señorita», porque esa palabra a ella no le calza. Se ha acostado con la mitad de los hombres de Nueva Orleans, y como ya acabó con los más guapos, ahora busca de afuera —pronunció Katherine, con resentimiento, mientras caminaba hasta Diego y le acariciaba la espalda, sintiéndose feliz, al ver que esos comentarios, no lo afectaban.

Fue una tonta al dudar de él, todo lo que le había dicho, era verdad; su novio nunca estuvo interesado en Deborah Wallis. Él no era de esos hombres, que se dejaban usar como juguetes, como el tonto de Maurice.

La verdad, lo lamentaba mucho por Maurice; después de todo, era su amigo y no merecía sufrir por el engaño de esa mujer; pero muchas personas, incluyéndose ella, ya le habían advertido de quién era Deborah Wallis, y él no atendía a razones.

—¿El tipo no es de aquí? —preguntó Diego, eso había despertado su curiosidad mucho más.

—No, es de Filadelfia...; seguramente, ella lo conoció cuando estudió allí. Lo cierto es que están juntos; y al parecer, se llevan muy bien. Como les mencioné, hasta se lo presentó al señor Wallis y él se mostró muy complacido con el regalo que le entregó el detective... —decía, cuando vio a Diego levantarse.

—¿Qué has dicho? —preguntó, mirándola a los ojos.

—Que el señor Wallis, estaba feliz con la caja de puros que le regaló el detective. Lo escuché llamarle así, detective Dorta.

Diego sintió, que el alma se le caía al piso, estallando en cientos de pedazos, cuando Katherine le confirmó sus palabras; el rostro se le puso rojo, a causa del intenso fuego que se desató en su interior; las manos le temblaban y las maldiciones en contra de Deborah, lo estaban ahogando; pero se esforzó, para no soltar una sola, porque no debía exponerse delante de Angie y Katherine.

Tenía que mantener la calma, como le dijo Lobo; debía ser más inteligente que Deborah, para poder vencerla. Hasta allí había llegado su papel de peón.

Diego salió de la cocina, después de justificar su repentino arranque delante de Angie y Katherine, alegando que solo escuchar la palabra «detective», lo enfurecía; les explicó, que su pena en prisión, hubiera sido menor, si el policía a cargo de la investigación, hubiera hecho su trabajo bien y no lo hubiera usado a él, como un chivo expiatorio, para atrapar a los cabecillas de la banda, que distribuían la droga en su barrio.

Su realidad no lo dejó en paz, toda la noche se mantuvo despierto, intentando darle una explicación a la presencia de ese detective en la mansión y a la supuesta relación que tenía con la condenada mujer, que estaba a punto de volverlo loco.

—¿Qué estás tramando, Deborah? —Se preguntó, tendido en la cama, con los brazos bajo la cabeza y mirando a la nada, pues la oscuridad de su habitación, no le permitía ver—. Sé que estás planeando algo...; todo esto de la fiesta, me sigue pareciendo muy extraño. Tú odias a Dominic Wallis, lo quieres ver muerto, no celebrarle el cumpleaños... ¿A qué demonios estás jugando y con quién? ¿Con Maurice? ¿Con ese maldito policía? ¿Conmigo? ¿Con quién? —cuestionaba, en voz alta y en su cabeza, las preguntas se repetían.

La fiesta terminó casi al amanecer, por lo que él tuvo que esperar pacientemente, hasta después del mediodía, para poder acercarse a Deborah; quien había dormido durante toda la mañana.

Tenía la ventaja de que el viejo Wallis, se marchó junto con la amante, así que podía entrar a la mansión, sin temer a encontrarlo.

No perdió tiempo y en cuanto vio que no había nadie cerca, corrió hasta la puerta del estudio de Deborah y entró sin siquiera anunciarse; sabía que estaba allí. La vio sobresaltarse y elevar la mirada, para segundos después, ponerse pálida y mirarlo con asombro.

—¿Qué haces aquí, Diego? —inquirió, poniéndose de pie.

—¿Quién es el tipo con el que andabas anoche? —cuestionó, sin darle ni siquiera tiempo a acercarse a él.

—¿De qué hablas? —Ella intentó ganar tiempo, haciéndose la desentendida, pero sabía bien que preguntaba por Gonzalo.

—No quieras verme la cara de pendejo, Deborah. —Acortó la distancia en tres largas zancadas, mostrándose como un depredador—. Sabes perfectamente de lo que hablo. Anoche te vi con un hombre en una de las terrazas y parecían estar pasándola muy bien, así que no quieras engañarme, porque te puede ir peor —pronunció, mirándola a los ojos.

—Diego..., y o no... —Intentó darle más largas.

—¡Responde de una maldita vez! —Le exigió, tomándola de los brazos y ejerciendo presión, para lastimarla; nunca había sido violento con las mujeres, pero ella sacaba lo peor de él.

—Baja la voz y suéltame, que me haces daño —pidió y su voz tembló; quiso parecer segura, pero él la estaba asustando.

—No lo haré, hasta que me digas, qué demonios hacías besándote con un maldito policía —pronunció, zarandeándola.

—Diego..., para... Me estás lastimando.

A cada segundo, se llenaba más de miedo, y sin pensarlo dos veces, reaccionó en su defensa; subió la pierna, asestándole un golpe en los testículos.

Él la soltó, para llevarse las manos a la zona afectada, mientras su cara se cubría de un intenso carmín y reflejaba el dolor, que estaba sintiendo en ese momento.

—Lo siento..., Diego, lo siento. —Se acercó, tomándole el rostro entre las manos y comenzó a acariciarlo, mientras le daba suaves toques de labios; él intentó alejarse, pero ella lo sostuvo.

—¡Déjame en paz! —exclamó, alejándose de ella, al tiempo que la miraba con odio. El dolor lo tenía doblado.

—Por favor, cálmate... No quise lastimarte, pero comenzaste a asustarme, Diego... Tenía que hacerte entrar en razón —mencionó, con la voz cargada de arrepentimiento.

—¿Golpeándome en las pelotas? —inquirió, furioso.

—No me dejaste otra opción... —Se arriesgó a aproximarse a él, muy despacio, hasta arrinconarlo contra la pared; y con cuidado, llevó su mano a la entrepierna de Diego.

—No me toques —indicó él, entre dientes.

—No seas tonto, déjame ayudarte..., por favor —susurró, contra los labios, que lucían mucho más rojos en ese instante.

Él cedió, retirando sus manos, para que ella pudiera tocarlo; aunque temía que fuera a hacerle daño, de nuevo, era mayor su deseo de sentir los dedos de ella, acariciándolo una vez más, después de tanto tiempo.

Cerró los ojos, ante la leve caricia de Deborah, sintiendo cómo los latidos del corazón, se le aceleraban, ante el solo contacto de ella.

—Lamento mucho haberte lastimado... —susurró Deborah, deslizando sus labios por la tupida barba. Le besó la mejilla, el fuerte pómulo y después la oreja, mientras sus dedos seguían brindándole alivio—. No hay necesidad de que te pongas de esa manera, Diego... ¿Por qué eres tan bruto a veces? ¿Por qué te ciegas? ¿Por qué no me escuchas? —preguntaba, en susurros, sin dejar de acariciarlo y besarlo.

—Deborah..., necesito que me digas lo que pasa. Me estoy volviendo loco; te juro, que voy a enloquecer si no hablas conmigo y me cuentas todo. —Su voz y sus ojos le rogaban.

No esperó por su respuesta, no pudo seguir conteniéndose y sin darle tiempo a que lo siguiera rechazando, tomó entre sus manos ese perfecto y suave rostro, atrapando un segundo después, los voluptuosos labios.

Gimió de satisfacción, cuando Deborah abrió su boca, para él, cediendo ante su demanda y entró al juego; sus lenguas se brindaban roces excitantes, húmedos; y poco a poco, iban despertando el deseo en él.

—Me estoy muriendo por cogerte, belleza.

—No creo que estés en condiciones de hacerlo, en este momento —susurró, y al ver la molestia en la mirada de Diego, le expresó con la suya, que también lo sentía —. Mejor te hubiera roto la nariz —agregó, con picardía.

—Mejor —confirmó él, asintiendo con la cabeza—. ¿Quién era ese hombre, Deborah? ¿Por qué estabas con él? —No había olvidado lo que lo llevó hasta allí, aunque le encantaba lo que ella hacía con su mano, no podía sacar de su cabeza, la imagen de la noche anterior ni las palabras de Katherine.

—Olvidate de eso. —Ella intentó distraerlo y buscó sus labios para besarlos, pero él ladeó el rostro.

—No, no me olvido un carajo..., dime ahora mismo por qué invitaste a un detective a la fiesta de tu padre.

—No tiene nada que ver con nuestros planes.

—¿Nuestros planes? ¿Y es que acaso tenemos planes juntos? Porque hasta donde sé, no has vuelto a hablar de ello ni a visitarme; solo te la pasas con el cabrón de Maurice, para arriba y para abajo; llevándotelo de viaje, paseando, cogiendo con él...

—Creí que las cosas habían quedado claras entre tú y yo, la última vez que hablamos.

—Lo único que me quedó claro fue, que quieres verme la cara de imbécil y eso no te lo voy a permitir. ¿Quieres que nuestros planes sigan? ¡Perfecto! Ve a verme esta noche y hablaremos de mis condiciones —mencionó, mirándola a los ojos.

—¿Vas a ponerme condiciones? —cuestionó, con recelo.

—Irás esta noche al invernadero, me dirás todo sobre el detective y aceptarás mis condiciones; o tus planes se van a la mierda —pronunció, de manera tajante y se dio la vuelta, para marcharse, esperando que accediera, al verse arrinconada.

—Si mis planes se van a la mierda, tú te irás con ellos, Diego —expresó, conteniendo apenas su furia, ante las amenazas de él.

—Eso lo veremos, Deborah; por si se te olvida, poseo suficiente información, como para tenerte en mis manos y obligarte a hacer lo que se me dé la gana. Así que, si

fuera tú, lo pensaría mejor —dijo, volviendo medio cuerpo, para verla.
—Está bien..., nos veremos esta noche, pero no en el invernadero.

Deborah y Diego habían quedado en verse en el jardín. Ella no estaba dispuesta a visitar el invernadero, porque eso sería rebajarse, y ella tenía orgullo.

Le daba asco, el solo hecho de pensar, que el muy infeliz, se cogía a Katherine en ese lugar; y que seguramente la citaba allí, para hallar la oportunidad de tener sexo con ella.

Hasta el momento, había sido paciente; pero presentía, que no tardaría mucho en explotar y exigirselo.

Aunque se encontraba furiosa con el imbécil de Diego, no podía cometer ningún error; debía ser más inteligente que todos ellos, debía ser ella quien moviera las piezas a su antojo.

Diego se encontraba impaciente, había fumado tres cigarrillos, uno tras otro, mientras su mirada se paseaba por el lugar, en busca de la figura de Deborah.

Aún no entendía, porqué ella había decidido citarlo allí, por qué no encontrarse en la privacidad del invernadero, como habían hecho siempre.

Esa situación comenzaba a exasperarlo, no quería seguir desempeñando el papel de peón, de esa condenada reina; por mucho que disfrutara del sexo que compartían, ella no era su dueña.

—Bien, aquí estoy... y no tengo mucho tiempo, así que es mejor que esto sea rápido.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por las palabras de Deborah, que denotaban desdén. Él presentía que ella intentaría rehuirle, como la vez pasada, pero estaba muy equivocada, si pensaba que se marcharía, dejándole las explicaciones a medias.

—Últimamente, nunca tienes tiempo para mí —dijo, alejándose del árbol donde estaba apoyado.

—Diego, por favor; no empieces con tus reproches —expresó con desgano y se cruzó de brazos.

—De acuerdo, vayamos directo al grano, ¿qué tienes que ver con el detective ese, que estaba en la fiesta de Dominic? —preguntó, ignorando la barrera que ella deseaba imponer y se acercó.

—Nada relacionado contigo. Es un amigo que está de visita en la ciudad. Lo conocí cuando estudié en Filadelfia. —Dio la respuesta que ya se sabía de memoria. Sabía, que si le contaba la verdad a Diego, él se negaría a continuar con sus planes.

—¿Te acostaste con él? —La miró a los ojos fijamente.

—No, solo somos amigos... Por favor, acaba con este interrogatorio estúpido de una vez. Gonzalo Dorta y yo, no hemos tenido sexo nunca, tampoco sabe nada de nuestros planes y ni siquiera conoce de tu existencia... así que puedes estar tranquilo —mencionó, pensando que con eso, podía dar por terminada la conversación.

—Espero, por tu bien, que no me estés mintiendo, Deborah —esbozó, arrastrando las palabras, sin dejar de verla.

—Ya deja tus tontas amenazas de lado, no tienes derecho a reclamarme nada. Tú andas con Katherine y lo que pudimos tener, ya quedó en el pasado; ahora solo nos une el interés.

—Las cosas ya no serán como tú dices, Deborah. No soy tu maldito esclavo, para que hables y decidas por mí. Te recuerdo, que también tengo voz en todo esto, así que más te vale, que lo tengas en cuenta, y si en este momento se me da la gana de cogerte, lo haré —decía, mirándole los labios.

—Ni se te ocurra atreverte a forzarme, Diego Cáceres —pronunció con frialdad, pero la actitud de él, la hacía temer.

—No lo haré..., no voy a forzarte a nada, porque sé que tú también deseas esto; lo deseas tanto como yo —murmuró, deslizando su mirada por la suave prenda, que el viento pegaba a esa curvilínea figura, que lo enloquecía.

El deseo se desató en Diego, ante esa imagen; y supo, que esa noche la tendría, de nuevo; aunque ella se molestara al principio; sabía, que terminaría mansa y suplicándole por más placer.

La sujetó con fuerza, enroscando su mano áspera y gruesa en el delicado cuello, aprisionándola contra el árbol tras ella. Utilizó su cuerpo como arma, para dejarle claro que no tenía escapatoria, ni mucho menos el control de la situación.

Aprovechó el jadeo, mezcla de asombro y dolor, que liberó Deborah, para apoderarse de esa exquisita boca; con un beso salvaje e invasivo, que le lastimaba los suaves y voluptuosos labios.

Gimió con satisfacción, cuando logró que ella cediera y lo dejara tomar todo a su antojo, sin ponerle barreras.

Se separaron, jadeando. Deborah más necesitada de oxígeno que él; lo miraba llena de furia, con lágrimas inundando sus ojos, pero las retuvo, apretando los dientes con fuerza, para evitar que se derramaran y terminaran mostrándole vencida, y a él victorioso.

Diego intentó volver a besarla, pero Deborah apartó el rostro, dejando ver una mueca de desprecio. Eso no lo intimidó, por el contrario, lo excitó aún más. Le gustaba cuando ella se hacía la difícil.

Utilizando una vez más su fuerza, llevó la mano, con la cual le aprisionaba el cuello, hasta la quijada de ella y la apretó, obligándola a abrir la boca; después de eso, su lengua lasciva, pesada, caliente y húmeda, se deslizó por los labios, entrando y saliendo, en un acto bastante obsceno.

Deborah no quería ceder ante las exigencias que le hacía Diego y su propio cuerpo, que la invitaba a dejarse llevar y disfrutar de ese encuentro. Sentía, que si cedía, él sería consciente de que tenía poder sobre ella y eso no podía permitirlo.

—Creo que ha perdido práctica, señorita Wallis —pronunció, con sorna; sabía que ella se estaba aferrando a su estúpido orgullo, pero eso le iba a durar muy poco—. ¿O será que Katherine es mejor amante que usted? —lanzó, esperando que esas palabras, la hicieran reaccionar.

—Sé a lo que estás jugando y eres realmente iluso, si crees que voy a caer... Si esa mojigata fuera mejor que yo, no estarías aquí, desesperado por hundirte entre mis piernas —mencionó, mirándolo con arrogancia y siguió allí, totalmente pasiva.

—Una vez, me dijiste que te gustaba cómo te cogíamos Maurice y yo; aunque, obviamente, conmigo gozas más, pero... ¿Por qué no puede gustarme, cómo lo hacen Katherine y tú?

—No me sigas comparando con esa desgraciada —dijo, con los dientes apretados; mirándolo con verdadero odio.

—Entonces, demuéstrame que eres mejor, hazlo Deborah. —La retó, acariciándole los labios con la lengua, mientras la miraba a los ojos con intensidad.

La mano de Diego, que le cerraba el paso a Deborah, abandonó el árbol y viajó hasta el nudo de la bata de seda, emulando la lentitud con la cual su lengua, se paseaba por el interior de la boca de ella; fue desatando la cinta, abrió el salto de cama y la corriente de aire frío, que golpeó a Deborah, la hizo estremecer.

Él se separó, para deleitarse con el espectáculo, y los pezones cobraron vida de inmediato, captando su atención.

Sin miramientos, llevó la mano hasta uno de ellos y lo acarició por encima de la seda, para después, exponerlo ante sus ojos.

El tono rosado, se mostraba intenso contra el nácar de la piel; metió un dedo en la boca de Deborah, humedeciéndolo y hurgando, para sacarlo brillante de saliva; luego, descendió por el cuello, dejando un rastro húmedo, hasta el pezón, que se encontraba al aire; comenzó a hacer círculos, presionando cada vez más, sacando primero gemidos y después jadeos.

Deborah, quien se había mantenido en una actitud pasiva, llevó su mano hasta la nuca de Diego; se aferró con fuerza a su cabello y lo haló, para hacer que elevara el rostro.

Él lo hizo, dejando ver una mueca de dolor, pero al mismo tiempo, una sonrisa, ante la necesidad que podía ver reflejada en el rostro de su amante.

Con brusquedad, bajó el escote de la delicada prenda, exponiendo ambos senos al aire y luchó contra la presión que ejercía la mano de Deborah en su nuca.

Bajó y sin compasión, se apoderó de los senos, succionándolos con fuerza, mordiéndole los pezones, presionándolos con sus labios. Enloqueciendo, ante los jadeos que brotaban de Deborah.

Sus manos viajaron hasta sus muslos, para levantarla en vilo; y con absoluto descaro, empezó a frotar su miembro contra la intimidad de ella; creando una fricción maravillosa, gracias a la humedad que traspasaba la seda.

—Diego... —susurró, cerrando los ojos, sintiéndose tentada a rendirse a ese placer, que él le brindaba.

Deborah se mordía el labio inferior, ante las sensaciones que hacían estragos dentro de su cuerpo. Sentía que su piel se quemaba, que no podía continuar luchando, contra el deseo que crecía veloz y ardiente.

Con posesión, envolvió sus piernas en las caderas de Diego, ejerciendo mayor presión al roce, invitándolo a entrar en ella.

—Sí, belleza...; justo así quiero sentirte..., mojada y ansiosa, por tenerme dentro de ti... ¿Me quieres allí? ¿Me quieres hundiéndome muy profundo? ¿Me quieres cogiéndote rápido?

—Sí... sí..., te quiero dentro, te quiero dentro —suplicó.

Diego no se hizo esperar, pues ya la tenía justo donde deseaba; se bajó con rapidez el pantalón de chándal, que llevaba, liberando su erección; la misma que encontró su guarida en el interior de Deborah, de inmediato.

Con un movimiento certero y brusco, la penetró; haciéndola liberar un pequeño grito, que ella ahogó en su cuello.

El desenfreno se apoderó de los dos, como animales salvajes, luchando uno contra el otro; él dando y ella recibiendo; él exigiendo y ella entregando.

Sus mentes estaban completamente nubladas, por el deseo y el placer; el sudor que cubría sus cuerpos, era producto del fuego que ardía en su interior y que ni siquiera la brisa fría de la noche, podía aplacar.

Los gemidos y los jadeos de Deborah, se confundían con los bramidos y los gruñidos que brotaban de Diego; y a momentos, todos eran opacados por el sonido que producían sus cuerpos al chocar.

Deborah sentía, cómo la corteza del árbol, le lastimaba la espalda, pero no le daba importancia; tampoco se la daba a los dedos de Diego, que se le clavaban en la piel de los muslos; y seguramente, le dejarían marcas espantosas.

Solo quería sentirlo, mantenerlo en su interior, retenerlo allí, tanto como le fuera posible; y que ese instante de placer, nunca acabara.

El tiempo que habían pasado separados, casi le había hecho olvidar, lo maravilloso que era el placer que Diego le brindaba; tan contundente y absoluto, que la hacía olvidarse de todo lo demás.

Diego, a cada segundo, arremetía con mayor fuerza contra Deborah; la penetraba, como si desease traspasarla, como si quisiese quedarse en ella, marcarla como suya, hundiéndose tan profundo y con tanta desesperación, que no le importaba si ella se quejaba; estaba seguro, que era mayor el placer que el dolor.

La sintió temblar y luego tensarse, después, liberar un jadeo y un grito ahogado, que le anunciaron que se había corrido.

De inmediato, buscó su propia vía de escape, con una secuencia de embistes rápidos, con besos voraces y posesivos, que lo llevaron a dejarse ir.

Se desahogó en ella, con una serie de espasmos y jadeos, que rompían su voz; todo su cuerpo tembló, cuando el último lo sacudió; después, se relajó por completo y su vista se nubló.

Hundió su rostro en el cuello de Deborah, dándose el tiempo, para que su respiración se normalizara y sus sentidos volviesen a cada sitio al que pertenecían. El fuego se había extinguido, solo por el momento.

—Espero que te haya quedado claro..., que soy mejor que la «zorra» de Katherine —esbozó Deborah, con la respiración algo agitada, un minuto después.

—Y a ti, que yo soy mejor que el cabrón de Maurice —respondió, mostrando media sonrisa y volvió a besarla, con arrebatos.

En ese instante, ella sintió cómo un intenso dolor, se apoderó de su pecho, y un frío le heló la sangre, haciéndola estremecer por completo, al tiempo que sus ojos, se llenaron de lágrimas.

Con ímpetu, se movió, para alejarse de él.

—¿Qué ocurre? —cuestionó Diego, frunciendo el ceño.

—Nada, tengo que irme —respondió, acomodándose la ropa.

—Deborah... —Él intentó tomarla por el brazo.

—Tengo que irme, Diego —repitió, sin mirarlo a la cara.

Después de esas palabras, se alejó, de prisa; sin volverse a mirarlo una sola vez, porque ya no pudo contener su llanto, tampoco esa desolación que se apoderó de su cuerpo, ni la vergüenza que sentía, por lo que había hecho.

No sabía por qué se encontraba de esa manera, solo sabía, que era una sensación horrible; y que sus emociones alteradas, la estaban destrozando.

La mirada de Dominic, se topó con la de Deborah, mientras baja las escaleras; eran las seis de la tarde y ella apenas iba llegando de la empresa. Eso despertó una vez más su curiosidad, sabía que estaba trabajando en un nuevo proyecto, el cual mantenía celosamente guardado, y por más que él había intentado averiguar, no había conseguido enterarse de qué se trataba.

Suponía que no tardaría en hacerlo, pero cada vez que pensaba en ello, solo encontraba interrogantes; eso lo hacía sentir atado de manos. Se suponía que era el presidente de empresas Wallis y que todo lo que se hiciera entre las paredes de la torre o en las fábricas, debía pasar por él, primero.

—Buenas tardes —mencionó, más por molestarla que por protocolo; llevaban varios días sin dirigirse la palabra. Específicamente, desde su fiesta de cumpleaños—. Cuando uno llega a un lugar, debe seguir ciertas normas de cortesía, ¿acaso no te enseñaron eso en las costosas escuelas que te pagué?

—¿Qué quiere? —preguntó ella, obviando su reproche; sabía que si le hablaba, era por algo.

—¿De ti? Absolutamente nada. No quiero ni espero nada de ti; sé que eres un caso perdido —expresó, encogiéndose de hombros, mientras se acomodaba los puños de la camisa.

Deborah apretó los dientes con fuerza, amarrando las palabras que subieron por su garganta, y no eran nada amables.

Cada día, lo odiaba un poco más; era tan desgraciado, arrogante e hiriente, que nada de lo que ella hiciera o dijera, lograría hacer que la viese de manera distinta.

—Compartimos la misma opinión, y yo también creo que usted es un caso perdido —pronunció, y sin dejarse intimidar por él, subió las escaleras, con andar altanero.

—Sé que estás tramando algo, y quiero que sepas, que tarde o temprano me voy a enterar, Deborah —dijo, cuando ella pasaba por su lado, y la sostuvo del brazo, con fuerza.

—¿Acaso es Dios, para enterarse de todo? —cuestionó, y miró el agarre, pidiéndole sin palabras, que la soltara.

Intentó mostrarse relajada, para que él no sintiera la momentánea tensión que se apoderó de su cuerpo; sabía que al más pequeño fallo, Dominic comenzaría a sospechar; y a esas alturas, no podía cometer ningún error.

Ya lo había decidido, necesitaba su libertad absoluta; y solo muriendo, el maldito Dominic Wallis, la dejaría en paz.

—Es mejor que te vayas con cuidado, Deborah. —La soltó, mirándola a los ojos fijamente, para intentar descubrir, eso que estaba seguro, le ocultaba—; y recuerda lo que te dije, no quiero ver a ninguno de los perdedores con quienes te relacionas, en esta casa; al próximo que ponga un pie aquí, lo echo a la calle, sin miramientos —agregó, dándole la espalda para continuar con su camino, sin dedicarle una mirada.

Deborah sintió unos deseos enormes de empujarlo en ese momento y verlo rodar por las escaleras; el odio se desató en ella ante esas amenazas; y tuvo que contenerse, para que su ira no la llevara a cometer una estupidez.

Respiró profundo y bajó tras él; iba a acabar con eso de una vez por todas.

—Acompáñeme al estudio, hay algo que necesito decirle.

No esperó a que él se negara o aceptara; ella, simplemente, caminó en dirección al lugar, con pasos seguros; dejándolo detrás.

Si decidía seguirla, al menos obtendría la oportunidad de poner un par de cosas en claro, pero si no lo hacía, no pasaba nada, porque no acataría sus estúpidas órdenes.

Maurice nunca se marcharía de esa casa, mientras ella pudiera retenerlo allí; así que él tendría que aguantarlo.

—Se te está haciendo costumbre lo de dar órdenes —comentó Dominic, mirándola con molestia, cuando entró al elegante estudio de Deborah; notando que se parecía mucho a ella.

—Usted lo hace todo el tiempo, no se queje, pues fue quien me enseñó; pero no lo he traído aquí para que me critique.

—No estoy para perder mi tiempo, así que habla de una vez —exigió, cruzándose de brazos y apoyándose en el sillón.

—No voy a dejar que me presione ni me venga a imponer sus órdenes, como si yo fuera una chiquilla, a la que puede manipular, cada vez que se le antoje; por si se le olvida, ya soy una mujer de veintisiete años, madura y puedo tomar mis propias decisiones... —decía, pero no pudo continuar.

—Pongo en duda cada una de tus palabras, bueno, solo dos son verdad: tu edad y que ya eres una mujer. Por desgracia, una igual a la madre, que se la pasa juntándose con el primer hombre que se atraviesa en su camino.

—No me importa lo que piense de mí, ya me cansé de querer arreglar las cosas y demostrarle de una y mil maneras, que existen muchos motivos, para que me vea como a una hija; para que se sienta orgulloso de mis logros... Estudié finanzas, para complacerlo; me gradué con honores, por usted; entré a la empresa y creé una línea, que la salvó de la ruina; me esfuerzo cada día para que salga adelante; y trabajo a la par o más que cualquiera de los otros socios. Pero nada de eso le importa, usted solo quiere ver lo malo —pronunció, sacando parte de todo lo que se había callado siempre.

—Espere un momento, déjame buscar un pañuelo, para secarme las lágrimas —dijo, con sorna, mirando al escritorio.

—Es un... —Deborah se tragó el insulto y reforzó su coraza, para evitar que le hiciera daño—. ¿Sabe qué? Mejor dejemos esto hasta aquí; ya le dije lo que tenía que decir. Esta también en mi casa y puedo traer a quien me dé la gana...; después de todo, Silvy viene muchas veces y cena junto a usted. Puede que yo también invite en algún momento a Maurice, para que se siente a la mesa con nosotros; y de esa manera, estemos a mano.

—Que no se te ocurra hacer eso, porque vas a saber en verdad, de lo que soy capaz. Te pongo a ti y a ese aprovechado en la calle. Allí veremos cuánto te dura el embelesamiento que sientes por él, cuando te veas privada de todos los lujos a los que estás acostumbrada. —La amenazó y se irguió, para intimidarla.

—Olvide esa idea, porque no puede sacarme de aquí. La carta de mi abuelo fue muy clara...; la mitad me pertenece.

—Te llenas la boca llamándolo abuelo, cuando sabes perfectamente, que no eres su nieta. Tú solo eres la prueba de la traición de tu madre; solo te usó para embaucarme, y si me he quedado callado todo este tiempo, es por respeto a su memoria y porque no me expondré a ser la burla de todos; pero como sigas retándome, vas a hacer que mande todo al carajo.

—Hágalo...; quiero que lo haga. Así me dará la oportunidad de llevarlo a un juicio y obligarlo a hacerse una prueba de ADN.

—No seas estúpida, solo te expondrías a una humillación pública, si haces eso. Eres tan ilusa al creer en tu madre. Christie era una mentirosa, como tú —mencionó, para hacerla desistir.

—¡Hagámonos la maldita prueba de una vez y salgamos de dudas! —exclamó, desesperada; sabía que él tenía miedo, y ella también lo tenía, pero era peor la incertidumbre.

—No necesito de pruebas, me basto con lo que mis ojos vieron —expresó, con la voz estrangulada; y después de eso, caminó con rapidez, para salir de allí, huyendo como siempre, de sus demonios.

Deborah se quedó con la palabra en la boca, mientras lo veía alejarse, y la impotencia se apoderó de su ser; quiso correr y cerrar la puerta, retenerlo allí y obligarlo a escucharla.

Ya estaba cansada de esa maldita situación, dio un par de pasos, pero no le dio tiempo de alcanzarlo; se dejó caer en el diván, luchando contra las ganas de llorar y esa horrible presión en su pecho.

—Puede que usted, sea un desgraciado cobarde, pero yo no lo soy. Voy a hacer lo que debí, desde hace mucho tiempo. Me niego a seguir viviendo con esta maldita duda, no lo haré. —Se puso de pie y caminó hasta su escritorio, para encender el computador.

Esperó hasta que el sistema iniciara y cuando la pantalla del explorador se abrió, tecleó con rapidez: «Pruebas de ADN».

Haría todo lo que pudiera, para salir de esa incertidumbre de una vez; necesitaba un resultado científico, que le asegurara que ese hombre, no era su padre; y una vez lo tuviera, ya no tendría ningún tipo de remordimiento, para llevar a cabo sus planes.

Estuvo un par de horas, sumergida en toda la cantidad de información que encontró; se negó incluso a cenar, cuando Angie le anunció que esperaban por ella para servir.

En ese instante, lo único que necesitaba, era dar con la manera más rápida, discreta y segura, de hacer ese examen.

—Solo tú puedes ayudarme con esto, Gonzalo. Sé que debes tener contactos, que por una buena suma de dinero, lo harán.

Gonzalo se acercaba a la cabaña, manteniendo el mismo trote que usaba todas las mañanas; corría, para mantenerse en forma; y también, porque eso le ayudaba a ordenar sus pensamientos, y de esa manera, evitaba pasársela divagando y quedarse por minutos mirando a la nada; como le sucedía últimamente.

Eso era en el exterior; no obstante, dentro de su cabeza, se la pasaba intentando encajar piezas, en el rompecabezas que eran los Wallis; y eso lo alejaba de su realidad.

Se sorprendió, al ver el auto de Deborah Wallis, estacionado detrás de su camioneta; de inmediato, las alertas se activaron en él; y sus músculos, de por sí tensos, por el ejercicio, se volvieron casi una piedra.

Recorrió con la mirada todo el perímetro y la vio sentada en el sillón de su padre, con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en la pared rústica de la cabaña.

—¿Te caíste de la cama? —preguntó, subiendo con agilidad, los escalones que lo llevaban al pórtico.

Deborah se sobresaltó al escucharlo hablar; en ese espantoso silencio, no oyó sus pisadas o su respiración agitada; en verdad, era muy sigiloso el detective.

Se puso de pie, un tanto apenada, pues nadie le había dado permiso, para sentarse; pero en vista de que él no llegaba, ocupó ese sillón y estaba a punto de quedarse dormida.

Todo por culpa de Dominic, ya que como siempre le sucedía cuando discutía con él, pasó una noche espantosa y no logró conciliar el sueño.

—Hola, Gonzalo. —Lo saludó primero y se sintió un tanto cohibida de acercarse a él; no porque estuviera sudado, ya que la verdad, lucía muy sexy; sino porque siempre alteraba sus emociones, cuando lo hacía—. Disculpa que haya venido sin avisar, como la otra vez, pero intenté llamarte y me enviaba al buzón de mensajes.

—La señal aquí es pésima... Entremos, estoy muriendo de sed. Olvidé llevarme una botella de agua. —La invitó, abriendo la puerta, que solo estaba ajustada. No tenía puesto ningún cerrojo, porque se sentía confiado en medio de esa soledad. Esperó a que ella pasara, para después hacerlo él; dejando la puerta abierta tras él—. Me gusta que esté ventilada, por eso abro todas las ventanas y puertas.

—Claro, supongo que extrañas el frío de Filadelfia.

Deborah caminó hasta el salón, paseando la mirada por el lugar. Creyó que sería más pequeño, pero la verdad, era bastante amplio y estaba organizado.

Los muebles, seguían el mismo estilo rústico de la casa; de pronto, se sintió identificada con ese espacio. Era como la mansión Wallis, tenía todo para ser habitada, pero no tenía aspecto de hogar.

—La verdad es, que vine en buena época. De haberlo hecho en verano, dudo que me hubiese quedado más de dos semanas. En realidad, he permanecido aquí, más tiempo del que tenía planeado en un principio —comentó, después de beberse dos vasos de agua; aprovechando que ella observaba el salón, para poder mirarla con disimulo y tratar de adivinar lo que buscaba—. ¿Quieres café? Hice un poco antes de salir a correr, solo tengo que calentártelo —mencionó, para captar su atención.

—No, no, gracias. Así estoy bien... —Detuvo sus palabras, ya que no sabía cómo continuar; se mordió el labio y bajó la mirada, sintiendo que estaba a punto de cometer una estupidez.

—¿Qué te traje hasta aquí, Deborah? Debe ser algo muy importante, para que hayas venido tan temprano.

Gonzalo se armó de paciencia, algo le decía, que debía sacarle las palabras una a una, pues ella no parecía dispuesta a hablar, aunque era evidente que deseaba hacerlo.

De pronto, sintió que los latidos se le aceleraban, de nuevo; y esta vez, nada tenía que ver con el ejercicio. La sospecha de que Deborah hubiese descubierto algo de su pasado, se instaló en él.

—No sé por dónde empezar —confesó ella al fin y dejó escapar un suspiro, como si le hubiera costado mucho decirlo.

—Ven, vamos a sentarnos en la terraza —dijo, tomando una silla; para acto seguido, salir junto a ella—. Siéntate en el sillón de mi padre, parecías estar muy cómoda allí. —Le señaló con la mano, al tiempo que mostraba media sonrisa, cuando la vio sonrojarse.

—Lo siento, tenía rato esperándote y anoche no pude dormir bien. —Se excusó, mirándolo a los ojos.

—No hay problemas, anda, siéntate.

—Gracias —expresó, casi con un hilo de voz.

Se sentó, intentando que él no notara la rigidez que embargaba su cuerpo; una vez más, se quedó en silencio y su mirada buscó algo en el horizonte, que la llenara de valor.

—Siento como si estuviera en presencia de otra persona. Hoy no luces como la Deborah que conozco —comentó, para ver si eso le ayudaba a reaccionar.

—Tengo que pedirte un favor.

—Bien, soy todo oídos. Si está en mis manos, cuenta con ello.

—Necesito que me ayudes a conseguir un genetista —mencionó, intentando no darle mucha información.

—¿Para qué quieres a un genetista? —preguntó, parpadeando con nerviosismo; y de nuevo, sus latidos se desbocaron.

—Quiero hacerme una prueba... y compararla con la de otra persona —respondió, sin ser del todo específica.

—¿Qué clase de prueba? —Gonzalo sabía, que ese tipo de especialista, hacía varias pruebas, pero una en especial, era la que lo tenía de esa manera, tenso como la cuerda de un arco.

—¿Podrías dejar de hacer tantas preguntas? Y decirme si me puedes ayudar o no —cuestionó, molestándose, porque él la estaba acorralando, y ya había ido demasiado lejos, al llegar hasta allí.

—Lo siento, pero esos asuntos, no se pueden tratar a la ligera; conozco a varios, en el departamento de policía. Podría decir, que de los mejores del país...; pero necesito que me des más información. ¿Cuál prueba en específico deseas realizarte? —No le dejaría escapatoria, si ella sabía algo sobre el supuesto parentesco que los unía, tendría que decirselo en ese momento.

—Necesito hacerme una prueba de paternidad, quiero saber si Dominic es mi padre biológico —lanzó, sin más rodeos; sabía que dar más vueltas, no le facilitaría las cosas.

—¿Qué? —Gonzalo quedó estupefacto ante esa revelación.

—Lo que escuchaste. El otro día, me preguntaste porqué él me odiaba tanto, ¿lo recuerdas? —preguntó, mirándolo, y solo lo vio asentir, en respuesta—. Bueno, ese es el motivo. Él asegura que yo no soy su hija; sino fruto de una relación anterior, que tuvo mi madre con otro actor de la compañía de teatro; y que finalizó, poco tiempo después de conocerlo a él... Christie y Dominic se casaron, estando ella embarazada; por lo que él cree, que me usó para embaucarlo y así convertirse en la señora Wallis.

—¿Por qué pensaría algo como eso? —inquirió, con el ceño muy fruncido y sin dejar de mirarla. No entendía nada.

—Tiene sus motivos, pero no deseo hablar de ello, ahora; solo necesito saber, si puedes ayudarme a esclarecer todo esto.

—Deborah... ¿Cómo puede él pensar que no eres su hija? Si sigues llevando su apellido, vives en su casa, trabajas en su empresa...; perdona, pero es que no entiendo.

—No hay nada que entender; él, simplemente, se ha callado esa supuesta verdad, para no pasar la vergüenza pública, de haber criado a la hija de otro. Su orgullo es más fuerte que cualquier cosa —expuso, furiosa, y se levantó; no podía estar sentada.

—¿Por qué no ha hecho él la prueba, para salir de dudas? —cuestionó, sintiendo que cada revelación lo golpeaba más y más fuerte, porque él sabía, quién era su madre biológica, según lo que le dejó escrito su madre Adela; pero allí, no mencionó a su padre; y comenzaba a sospechar, que tal vez, sería el mismo hombre que se suponía era el de Deborah—. Pudo habérsela hecho hace mucho tiempo, exigirselo a tu madre y a ese hombre también.

—Dominic es un cobarde, Gonzalo; en el fondo, nunca ha querido enfrentarse a la verdad, siempre le rehuyó. Mi madre se lo sugirió varias veces y mi abuelo

también, pero él nunca cedió —esbozó, dándole la espalda; sintiendo que había hablado de más.

—¿Y qué lo hará ceder ahora? —cuestionó, levantándose.

—Es allí donde necesito tu ayuda. Para poder obligar a Dominic a hacerse una prueba, tendría que entablar una demanda, y no quiero llegar a esos extremos. —Se volvió a mirarlo, dejándole ver el ruego en sus ojos.

—¿Qué planteas, entonces?

—Yo puedo proporcionarte las muestras que necesites. Él no tendría ni siquiera que enterarse...

—Deborah, eso no es legal. —La atajó, enseguida.

—Lo sé..., lo sé, pero estoy segura, que habrá personas que se encargan de eso. Yo podría buscar a alguien y pagarle, solo que correría el riesgo de que la información se filtre o que los resultados no sean tan eficaces. Quiero... No, más bien, necesito, que esto lo haga alguien en quien pueda confiar, por favor —pidió, acercándose a él y estuvo a punto de tomarle las manos.

—Lo que me pides, es complicado. —Se alejó y apoyó las manos en la baranda de madera, al tiempo que miraba hacia la maleza que lo rodeaba.

—Por favor, Gonzalo; pagaré lo que sea necesario...

—No se trata de dinero. —La miró, por encima del hombro.

—¿Entonces de qué? —Dejó aflorar su desesperación.

—¿Qué sientes tú, Deborah? ¿Crees que Dominic Wallis es tu padre? —cuestionó, dándose la vuelta, para acercarse a ella.

—No lo sé —confesó, con la voz estrangulada—, no lo sé... y quiero acabar con esto de una vez, quiero saber la verdad. —No pudo evitar, que un par de lágrimas, rodaran por sus mejillas.

Gonzalo, vio en ella, esa misma mirada atormentada, que seguramente tuvo él, cuando halló la carta escrita por su madre. Sintió el pecho presionado y un nudo cerrándose en su garganta.

No podía dejarla así, no podía negarse a lo que le estaba pidiendo; además, si lo veía desde un punto de vista práctico, también podía aprovechar, para hacerse una prueba con ella, y comprobar científicamente, si en verdad eran hermanos.

—Voy a ayudarte... —pronunció, mirándola fijamente.

—¡Gracias! —Deborah fue más efusiva, no pudo controlar sus acciones y lo abrazó, con fuerza.

El contacto fue solo por unos segundos, pero para los dos, fue electrizante; como si ambos hubieran estado cargados de estática y el roce hubiera enviado una descarga a sus cuerpos.

Ella se alejó con rapidez y esquivó la mirada desconcertada de Gonzalo, mientras se reprochaba en pensamientos, por ser tan impulsiva. No sabía qué demonios le pasaba cuando estaba cerca de ese hombre, pero parecía otra persona.

Gonzalo se centró en la conversación, para hacer a un lado ese episodio, y procedió a explicarle con detalle, en qué consistía lo que le pedía, cuáles eran los requisitos y cómo manejarían las cosas.

Tenía un buen amigo en el departamento de investigaciones criminalísticas; él era el idóneo para realizar las pruebas; pero, obviamente, no lo haría de gratis. Menos cuando no se trataba de un caso oficial, sino personal.

—Esta noche tendré una respuesta, iré a la ciudad y lo llamaré desde allí; después, me comunico contigo —mencionó, acompañándola hasta el auto.

—Estaré esperando tu llamada, muchas gracias por este favor, Gonzalo —expresó ella, abriendo la puerta y se arriesgó a despedirse, dándole un beso en la mejilla.

—Cuidate, Deborah —dijo, y se echó hacia atrás, para que ella saliera del estacionamiento, sin dejar de mirarla.

La vio marcharse, y sentía, que una vez más, se alejaba de los principios que le habían enseñado sus padres.

Estaba siendo deshonesto con ella, así como lo fue con Rebecca, pero por el momento, no se atrevía a confesarle lo que había descubierto y de lo que aparentemente, Deborah estaba ignorante.

La ansiedad se había vuelto una constante en Deborah, desde que le entregara a Gonzalo las muestras que necesitaba, para realizar la prueba de paternidad. Ese sería el último intento que haría, para salvar la situación con Dominic.

Era perfectamente consciente de que él se molestaría mucho, cuando se enterara que ella había hecho esos análisis, sin su autorización; pero no podía negarle el derecho de saber la verdad.

Ambos necesitaban salir de dudas de una vez por todas y salir de ese infierno, donde habían vivido durante veinte largos años.

Todos esos pensamientos, divagaban en su cabeza, mientras entraba en su auto a la propiedad de los Wallis, la que también era suya, por voluntad de su abuelo; sin embargo, también esperaba que lo fuera por derecho propio, porque ella llevase la misma sangre de Abraham Wallis, en sus venas.

No le costó mucho, conseguir una muestra de Dominic, pues él tenía la costumbre de rasurarse con hojillas, en lugar de hacerlo con máquinas; y casi siempre, terminaba haciéndose algún corte.

A la mañana siguiente de hablar con Gonzalo, Deborah vio, que lo que estaba esperando, había sucedido. Él bajó recién afeitado, con un pequeño corte en la barbilla.

Dominic se marchó a la empresa y ella aprovechó para entrar a su habitación y buscar entre las toallas, hasta que dio con la que estaba manchada de sangre.

Ese mismo día, condujo hasta la cabaña y le entregó a Gonzalo la toalla, junto a un pañuelo de seda, que tenía su muestra.

Él le preguntó, una vez más, si estaba segura; y su respuesta fue inmediata. Nunca había estado tan convencida de algo en su vida, necesitaba saber con urgencia, si Dominic era su padre.

Deborah, volvió de sus recuerdos, al ver que había llegado a la mansión; detuvo el auto en el lugar de siempre; tomó sus cosas y bajó, tan distraída, que no se percató de las señas que le hacía Diego, para que se acercara. Él se encontraba a pocos metros, recogiendo unas hojas secas del suelo.

De pronto, ella sintió que la tomaban por el brazo, para detenerla; y se volvió, adoptando una postura defensiva; pero al descubrir que era él, se relajó. Aunque luego frunció el ceño, evidentemente molesta, por esa manera tan brusca con la cual la había abordado.

—Suéltame, sabes que no pueden vernos así —pronunció, intentando alejarse, pero él no la soltó.

—Te estaba haciendo señas y como siempre, me ignoraste —mencionó, con tono de pocos amigos, mientras la miraba con dureza y después la soltó.

—Venía distraída..., no me di cuenta —dijo la verdad y no pudo evitar llevarse la mano al brazo, él fue en verdad muy tosco.

—Todo el tiempo lo estás, Deborah; pero claro, solo cuando se trata de mí. Parece que para ti, ya no existo. —Le reprochó, buscando la esquivo mirada de ella—. Necesito que hablemos, ve al invernadero...

—Está bien, lo haré esta noche.

—No, tiene que ser ahora —demandó, acercando su rostro peligrosamente a ella. No cedería, no esta vez.

—Diego, no seas impulsivo, sabes perfectamente que aunque quisiera, no puedo ir al invernadero en este momento; es muy arriesgado. Nos veremos esta noche, en el mismo lugar de la última vez. —Le habló con autoridad, debía recordarle, que era ella quien seguía teniendo el poder en sus manos.

—Me importa un carajo, si es peligroso o no, necesito que hablemos y tiene que ser ahora.

—¡Maldita sea! ¿Por qué demonios tienes que ser tan intransigente? —cuestionó, mirándolo con rabia, pero él ni siquiera se inmutó, así que ella dejó escapar un suspiro y aceptó hablar con él, aunque lo haría a su modo—. Busca algunas rosas, invéntate alguna excusa y ve a mi estudio, hablaremos allí. —Le dio la espalda para alejarse, sintiéndose furiosa.

—Deborah... —Él no se sentía conforme con eso.

—Habla allí, Diego —indicó y siguió con su camino.

Diego maldijo en pensamientos y pateó la bolsa repleta de hojas muertas; para su mala suerte, el hierro de seguridad de la bota que llevaba, la rompió, esparciéndolas de nuevo sobre el suelo.

Soltó un suspiro pesado y se encaminó hasta el invernadero, para buscar otra bolsa; debía terminar con eso rápido, para poder irse a hablar con Deborah.

—¡Que busque una excusa! Siempre tengo que inventar un maldito pretexto, para hablar contigo, mientras que los otros pueden hacerlo cuando se les da la gana. —Se quejaba, mientras caminaba hacia el depósito. En ese momento, su mirada se topó con las consentidas orquídeas del viejo Wallis, haciendo que se le ocurriera una idea—. Bien, Deborah; voy a darte lo que me pediste, pero yo obtendré mucho más.

Mostró una sonrisa, algo malévola y siguió hasta el depósito, para no perder más tiempo; mientras en su cabeza, iba planeando el siguiente paso que daría.

No tardó ni quince minutos en dejar todo listo en el jardín, regresó y escogió las más hermosas de las orquídeas *Dendrobium nobile*, que tenía allí, para ponerlas presentables; después, entró al baño y se acomodó un poco; él también quería lucir bien para ella.

Deborah se encontraba de pie, mirando a través del ventanal, cómo la tarde comenzaba a caer; siempre lo hacía más temprano en invierno. Apenas eran las cuatro de la tarde y ya el cielo comenzaba a pintarse de un hermoso tono violeta, a lo lejos.

Escuchó que llamaban a la puerta y el impetuoso toque, le anunció que se trataba de Diego; solo él tocaba de esa manera.

—Llevo casi media hora esperándote... —Detuvo sus palabras, en cuanto lo vio entrar, llevando en sus manos una maceta con orquídeas blancas—. ¿Qué es eso? —preguntó, con rabia, él sabía que ella odiaba esas plantas.

—La excusa que me pediste —dijo, mostrándose natural.

—Te dije que trajeras unas rosas, no unas malditas orquídeas. Llévatelas de aquí, no quiero verlas —exigió, mirándolo a los ojos, para que acatará su orden.

—Lo siento mucho, pero tendrás que soportarlas —indicó, caminando hasta una mesa, junto al ventanal—. Las orquídeas necesitan de mi cuidado diario, así que podré venir todos los días a verte —explicó, acariciando las hojas.

—Diego, hablo en serio, no las quiero aquí...

—Deja de actuar como una niña malcriada, Deborah; ellas no tienen la culpa de que tu padre, les preste más atención que a ti. Es que son muy hermosas —esbozó, escondiendo su sonrisa de satisfacción.

Diego quería, que ella tuviera un recordatorio de lo que era ser despreciada; después de todo, él lo tenía a diario, cada vez que la veía junto al miserable de Maurice.

Caminó de regreso hasta Deborah e intentó borrar la dureza de su semblante, acercando su rostro al de ella para besarla, pero una vez más, lo rechazó.

—¿Qué era eso tan importante, que tenías que decirme? Habla rápido, no puedes quedarte mucho tiempo aquí —señaló, alejándose de él, estaba en verdad furiosa, y él seguía jugando con la poca paciencia que le quedaba.

—Necesito que me transfieras a esta cuenta, doscientos cincuenta mil dólares —respondió, poniendo sobre el escritorio una hoja, con los datos que Lobo le había entregado.

—¿Acaso te has vuelto loco? —inquirió Deborah, mirándolo con asombro; casi se le caía la quijada al piso—. Es mejor que salgas de aquí, Diego; no estoy de humor para escuchar tus estúpidas bromas —agregó, caminando hacia la puerta.

—No es ninguna broma, belleza...; necesito ese dinero y vas a dármelo o comienza a buscar a otro, para que te libere del ogro de tu papito —pronunció, con sorna y se aproximó a ella.

Deborah, de inmediato, se puso alerta y respiró hondo, mientras se replanteaba su próximo movimiento. Sabía que debía ser más astuta que Diego; lo miró, en silencio, analizando la situación y optó por negarse, pero con argumentos.

—Yo no puedo darte ese dinero, Diego; es demasiado y un movimiento así, entre nuestras cuentas personales, atraería la atención de la policía, en cuanto comiencen a investigar.

—Esa no es mi cuenta personal y tampoco es una que pueda rastrear la policía. Sé cómo hacer las cosas, Deborah, así que puedes estar tranquila —expresó, mostrándose confiado.

Un nombre llegó de inmediato hasta la cabeza de Deborah y lanzó su anzuelo, para comprobar si tenía razón.

—Querrás decir, que el Lobo sabe cómo hacer las cosas —acotó ella, arqueando una ceja y escudriñándolo con la mirada.

—¿Qué te hace pensar, que él tuvo algo que ver? —preguntó, y la desconfianza se apoderó de su interior.

Yorgos tenía mucha información sobre los Wallis, cuando lo visitó, eso nunca terminó de cuadrarle. Así que, no le extrañaría para nada, que estuviera jugando en varios bandos a la vez, con Dominic, con Deborah e incluso con él.

—Por favor, Diego; no me creas tan estúpida. —Acortó la distancia entre los dos y clavó su mirada en la marrón—. Sé perfectamente, que tuvo que ser él. No te dejarías asesorar por nadie más en un tema así y solo un hombre como el Lobo, tiene los medios, para crearte una cuenta con esas características; ahora, mi pregunta es... ¿Confías tanto en él, como para poner en sus manos, doscientos cincuenta mil dólares? —Deborah vio cómo las dudas, comenzaron a asaltar a Diego y estuvo a punto de sonreír, pero consiguió esconder el gesto.

—Deja que yo me encargue de eso, es mi asunto —contestó, con determinación; debía mantener su postura.

—Pues hay un pequeño problema, yo no tengo ese dinero.

Diego se acercó a ella, hasta hacer que quedara entre la pared y su cuerpo; le recorrió el rostro con la mirada, mientras sus labios mostraban una sonrisa sarcástica.

—Deborah... Deborah. Será mejor que dejes de querer verme la cara de imbécil, porque comienzo a cansarme. —Le advirtió, presionando su cuerpo contra el curvilíneo de ella—. Te compraste un auto de casi cien mil dólares; te llevaste al cabrón de Maurice de viaje a Miami; le hiciste a Dominic una lujosa fiesta, con el mejor champán y la comida más exquisita; además de invitar a toda la alta sociedad de Nueva Orleans... —decía, aunque no pudo continuar.

—El auto no costó cien mil dólares, solo setenta; y lo demás, no llega ni a otros cien. Y nada de eso es de tu interés —alegó, controlando la rabia que le provocó que la cuestionara.

—Quiero ese dinero y no voy a repetirlo —siseó, mirándola a los ojos; y los labios entreabiertos de Deborah, atrajeron su atención—. También quiero que esta noche, vayas hasta el invernadero; hace mucho que no la meto en tu boca y traigo muchas ganas de hacerlo —susurró, acariciándole el labio con el pulgar; sonrió con satisfacción, cuando lo vio temblar—. Y extraño meter mi lengua aquí, jugar contigo hasta hacerte correr, mientras pronuncias mi nombre, en medio de jadeos. —La tocaba con posesión, lamentando que llevara puesto un pantalón y no una falda, para comprobar si se mojaba.

Deborah sentía, cómo el calor se extendía por todo su cuerpo y se concentraba en su intimidad, que se contraía deliciosamente, ante las palabras de Diego.

No podía negar, que la excitaba igual que tiempo atrás; que esa manera que tenía él de tratarla y las cosas que le decía, despertaban su morbo; hacían que lo deseara con intensidad, pero más allá de eso, no había nada más; era algo extraño, sentía que algo faltaba entre los dos.

Ya no percibía esa química tan poderosa, que los unió en el pasado; era como si algo se hubiera quebrado y ya no tenía reparo.

Lo miró a los ojos, buscando restablecer esa conexión e incluso, rozó sus labios con los de él, invitándolo a besarla; dejó que se apoderara de su boca y ella también se adueñó de la él, sintiendo placer en ese intercambio, pero nada más.

—Vete ya. —Le dijo, sin mirarlo a los ojos, por temor a que viera lo que ella acababa de descubrir.

—Te estaré esperando —mencionó, intentando besarla de nuevo, pero ella ladeó el rostro, volviendo a rechazarlo.

—Haré lo que me pides, pero ahora, tienes que irte... Llevas mucho tiempo aquí, Diego.

Él no mencionó nada más, porque sabía que no tenía caso; además, ella tenía razón, si deseaban continuar con sus planes, no podían dejarse ver juntos; nadie debía sospechar que tenían una relación, y menos los empleados; ellos serían de los primeros en ser interrogados por la policía.

Abrió la puerta y antes de salir, le dio un último vistazo a Deborah, sintiendo desde ese momento, la alegría instalarse en su cuerpo, pues esa noche, volvería a hacerla suya.

Maurice, regresaba, después de haber pasado una semana en Baton Rouge, preparándose para la defensa de su trabajo de grado.

El resultado, se vio reflejado en cada uno de los esfuerzos que hizo, para llegar hasta allí. El jurado, le había otorgado la máxima calificación; seleccionándolo, entre los afortunados que entrarían a capacitarse como ingeniero, en las plataformas petroleras, ubicadas en Santa Bárbara.

Su entrenamiento, duraría un año completo, lo que era mucho tiempo, pero dependiendo del desempeño que tuviera, podía quedarse con un cargo fijo, dentro de una de las petroleras más grandes del país.

Siempre había aspirado a eso, desde antes de comenzar a estudiar, así que apenas podía creerlo, cuando los profesores le dijeron: «Felicitaciones ingeniero, es uno de los elegidos para el programa».

Por fin, había logrado una de las metas más importantes de su vida, tenía un título; ya no sería un don nadie, sino el ingeniero Maurice Favre.

Lo primero que hizo fue, llamar a su padre para contárselo. Gaël había sido uno de sus principales apoyos. Desde lo poco que tenían, siempre intentó ayudarlo; ya fuera en el aspecto económico o suplantándolo en el trabajo; así que, ese triunfo, también era en gran parte, gracias a él.

Su otra principal motivación para obtener una profesión, fue Deborah; por ella había luchado por salir adelante y tener algo digno que ofrecerle. Quería que se sintiera orgullosa de él.

A ella no la llamó, para contarle que por fin lo había conseguido; quería decírselo en persona, quería mirarla a los ojos, estrechar sus manos, que compartiera su emoción; y no veía la hora de estar frente a ella para decirle todo, hasta el mínimo detalle.

—Buenas tardes, Marcus —saludó al mayordomo, con un fuerte abrazo; y sonrió, al verlo sorprenderse.

—Estás muy contento hoy, Maurice —respondió Marcus, algo desconcertado por ese gesto; aunque prácticamente lo había visto crecer, siempre había procurado mantener las distancias.

—Tengo maravillosos motivos para estarlo, Marcus. Desde hoy, soy el ingeniero Favre —respondió, ensanchando su sonrisa.

—¡Vaya, muchacho! ¡Felicitaciones! —expresó el señor, y olvidándose del protocolo, lo abrazó.

—Gracias, la verdad es que se siente muy bien —comentó, apoyándole una mano en el hombro—. ¿Deborah está en la casa? Estoy loco por contarle —mencionó, sintiéndose libre de expresar sus sentimientos; ella le había dado el valor para hacerlo.

—Está en su estudio —respondió, sonriéndole.

Maurice asintió, respondiendo al gesto de Marcus y se encaminó hacia el estudio; haciéndolo con el pecho hinchado de orgullo; erguido y rebosante de felicidad.

En un instante, todo eso cambió, cuando vio salir a Diego Cáceres de ese lugar. Primero se sintió desconcertado, y después, molesto.

Pensó en ignorarlo, pero la sonrisa odiosa que el jardinero le dedicó, fue un claro reto; y él, no pudo contenerse y acortó la distancia, para encararlo.

—¿Qué demonios hacías en el estudio de Deborah?

—Eso no es asunto tuyo —respondió, mirándolo con burla.

Diego caminó, dándole la espalda, dispuesto a controlarse y no caerle a golpes, como tanto había deseado.

—Te hice una pregunta. —Maurice lo tomó del brazo con fuerza; no le tenía miedo a esa postura de bravucón.

—Será mejor que me sueltes, si no quieres que te rompa la nariz. Te lo dije una vez —esbozó, soltándose con brusquedad.

—Creo que se te ha olvidado lo que te advertí —pronunció Maurice, arrastrando las palabras—. No te quiero ver cerca de Deborah.

—¿Por qué tienes tanto miedo? —cuestionó y sonrió, dejando en evidencia su reto. Vio que esa pregunta lo descolocaba y continuó—: ¡Ah, ya lo sé! Temes a que ella te haya encontrado un reemplazo; bueno, déjame informarte, que eso ya sucedió —agregó, con arrogancia.

—¿Qué diablos dices? —Maurice sintió cómo se le encogían las entrañas y un amargo sabor, se extendía por su boca. Lo miraba fijamente, al tiempo que se aproximaba a él.

—Al parecer, también se te olvidó que te dije, que nadie es indispensable en esta vida, Maurice. Sobre todo para una mujer como Deborah... Ella es demasiado para ti. Deberías tenerlo claro y alejarte con un poco de dignidad.

—¡Cállate la maldita boca! No eres más que un pedazo de mierda, que solo dice mentiras.

—¿Mentiras? Pobrecito... La verdad es que me das algo de lástima. Creer que eres el único que tiene derechos sobre ella. Eres peor que un ciego, eres un imbécil, que piensa que es el único aquí, que se coge a la «señorita» de la casa.

—Sigue hablando así... y juro por Dios, que te vas a arrepentir, miserable. —Lo tomó por el cuello del overol, estrellándolo contra la pared, mientras lo miraba con verdadera furia, queriendo matarlo.

—Te dije, que te iba a romper la maldita nariz —mencionó Diego, antes de darle un fuerte cabezazo.

Maurice sintió, que el golpe lo cegaba durante unos segundos; no era la primera vez que recibía un golpe así, pero nunca se estaba preparado para el dolor.

Soltó a Diego y se alejó, sintiéndose algo mareado. Al llevarse la mano a la zona lastimada, pudo comprobar, que esa humedad cálida que sentía, era sangre.

La ira que corría por sus venas, le exigió dar una respuesta a ese ataque; le lanzó a Diego un golpe, que llevaba la mitad del peso de su cuerpo; y cuando se estrelló en la quijada del jardinero, el impacto lo hizo tambalearse y quedar aturdido.

—¡Voy a matarte, «malnacido»! —exclamó Diego, resoplando por la nariz, como una bestia.

El primer golpe no alcanzó a Maurice, porque él se movió con rapidez, pero el segundo, le dio justo en la mandíbula, lo que Diego aprovechó, para descargar otro en el mismo lugar.

Iba a sacar toda la rabia que traía acumulada hasta ese momento, a darse el gusto de enviar a ese cabrón al hospital; y no le importaba, si perdía el estúpido empleo, pero lo dejaría inservible.

Maurice sintió, cómo esos dos golpes, retumbaban en su cabeza; y esa alarma que siempre se activaba, cuando practicaba boxeo, una vez más, se encendió.

Logró escapar del tercer golpe que le tiró Diego, y aprovechó eso, para arremeter en su contra. Le dio con el puño cerrado dos veces en el pecho, dejándolo sin aire; encontrando en eso, algo de igualdad, pues a él le estaba costado mucho respirar, por la sangre que salía copiosamente de su nariz.

—¡Vamos, pendejo! ¡¿No que eres muy bravo?! —Le gritó Maurice, quitándose con rapidez el saco de su traje y lo lanzó al piso.

—Me voy a dar un gran gusto partiéndote el alma, cabrón de mierda. —Diego fue el primero en acercarse.

Sin embargo, eso era precisamente lo que esperaba Maurice, y lo recibió con una avalancha de golpes en las costillas, el pecho y el abdomen; disfrutando de cada uno, mientras agradecía haber elegido ese deporte en la universidad.

Diego estaba tan mal, que se aferró a él, para intentar llevarlo al suelo con su peso; pero Maurice lo empujó, alejándolo y retomó su posición.

Los gritos anteriores, habían atraído al personal de la casa, quienes se sorprendieron al encontrarlos de esa manera. Katherine quiso intervenir, al ver cómo Maurice golpeaba salvajemente a Diego, pero Ingrid la retuvo, temiendo que pudiera salir lastimada.

—Katherine, no seas tonta. Angie ve a buscar a Marcus.

—¡Maurice, déjalo! —gritó Katherine, sin poder contenerse.

—Chicos, ya cálmense... —Ingrid intentó intervenir, desde la distancia; no le extrañaba que hubieran llegado a eso, si se notaba a leguas, que se llevaban muy mal.

Diego y Maurice, parecían poseídos y no escuchaban de razones; solo seguían golpeándose, sin darse tregua.

El jardinero había repuntado y castigaba duramente al chofer, en el estómago, el pecho y las costillas; descargando esos golpes, que tan bien había aprendido en prisión.

—¡Ustedes dos! ¡Deténganse! ¡Diego! ¡Maurice! —ordenó Marcus, con ese tono de voz que imponía respeto, pero no lo consiguió, de ninguno de los dos—. Llamaré a la policía.

Katherine, al escuchar eso, se llenó de miedo; sabía que Diego tenía libertad condicional y que una entrada a la comisaría, podía traerle problemas.

Corrió hasta el estudio de Deborah, solo ella conseguiría hacer entrar en razón a Maurice; abrió la puerta, sin siquiera llamar y la vio de espaldas, mirando por la ventana, como ausente del mundo y todo lo que sucedía afuera.

—¡Se están matando! ¡Por favor! ¡Venga! —pidió, con la garganta inundada por las lágrimas.

—¿De qué demonios hablas? —preguntó Deborah, al tiempo que se volvía, sobresaltada.

—Maurice y Diego... se están peleando —contestó y se marchó; necesitaba salvar al hombre que amaba.

—Mierda —expresó Deborah, por lo bajo; y casi corrió tras ella.

Cuando salió al pasillo, todos los colores desaparecieron de su rostro; y sintió, que el mundo se había puesto de cabezas. Caminó, dispuesta a terminar con esa locura, pero el empujón que Diego le dio a Maurice y lo estampó contra la pared, la hizo detenerse, sintiendo como si hubiera sido ella, quien recibiera el golpe.

—¿Qué pasa aquí?! ¡Diego! ¡Suéltalo! —exigió Deborah, recobrándose.

Él ni siquiera le hizo caso, parecía ser otro hombre, completamente distinto, letal y salvaje; supo, de inmediato, que debía detenerlo o terminaría matando a Maurice.

En ese instante, vio cómo este se recuperaba, dándole un golpe a Diego en el estómago que lo hizo doblarse de dolor, lo que también la hizo sentir mal. Dio un paso más, para hacer que fueran conscientes de que ella estaba allí y terminaran con eso.

—¡Maurice! ¡Ya basta! ¡Detengan esta estupidez! ¡Ahora! —gritó, pero una vez más, era como si no la escucharan—. ¡Les estoy dando una orden! ¡Deténganse!

Intentó meterse en el medio y eso distrajo a Maurice, quien no quería que ella resultase víctima de algún golpe; por lo que no atacó. Diego aprovechó esa oportunidad y le dio un codazo que lo tiró al piso, tomó ventaja y empezó a patearlo.

—¡No! ¡No! ¡Ya basta! ¡Ya basta, Diego! —Deborah gritaba, desesperada, al ver cómo Maurice se retorció de dolor, con cada patada que Diego dejaba caer en su torso—. ¡Detente, Diego! ¡Ya! ¡Por favor! ¡Por favor! —pidió, dejando que el llanto corriera por sus mejillas, al tiempo que tiraba con fuerza de su brazo.

—¡Diego! ¡Ya! ¡Déjalo! ¡Déjalo! —intervino Katherine, quien tampoco conocía al hombre frente a ella.

Maurice intentó incorporarse, dispuesto a darle la pelea a ese miserable, pero la súplica en la mirada de Deborah y verla llorando, desconsolada, le dijeron que debía ser más inteligente y acabar con eso.

Agarró la bota de Diego, que se aproximaba para darle un nuevo golpe, y la detuvo, girándole el tobillo con fuerza; en una llave, que lo hizo caer al piso.

—No voy a dejarte hasta matarte, maldito —esbozó Diego, con la respiración acelerada. Escupió en el piso y dejó una mancha de sangre.

Deborah se interpuso, cubriendo con su cuerpo a Maurice. Si quería seguir haciéndole daño, primero tendría que lastimarla a ella.

Lo miró por encima del hombro, con todo el odio que sentía en ese instante hacia él, advirtiéndole que se alejara.

—Marcus, sáquelo de aquí.

—Por supuesto, señorita. La policía ya viene en camino —indicó el hombre, antes de acercarse a Diego.

—¡No! No quiero a la policía, no quiero un escándalo mayor. Que se vaya al invernadero, hablaré con él después —ordenó, sin siquiera mirarlo; con la voz vibrante, a causa de la rabia.

Diego sintió, que esa manera tan impersonal en la que Deborah lo trató, lo estaba lastimando, más que cada uno de los golpes, que el «malnacido» del chofer le había dado.

Quiso agarrarla y zandearla, pegarla a la pared, besarla y cogérsela allí mismo, para dejarles claro a todos, que ella era su mujer.

Sin embargo, ver la mirada cargada de ira y desprecio que ella le daba, lo hizo sentir profundamente dolido y decepcionado. Dio media vuelta y se marchó, tragándose las lágrimas y el maldito amor que sentía.

—Diego... —Katherine lo llamó e intentó ir tras él, pero su madre, que había llegado por la algarabía, la detuvo.

—Déjalo..., es mejor que esté solo. Vayamos a la cocina —comentó la mujer, que veía con tristeza la escena; pues le recordaba a una muy dolorosa, que aconteció en ese mismo lugar, hacía muchos años. Suspiró y miró a Angie, quien lloraba y temblaba—. Hija, ve a buscar el botiquín de primeros auxilios.

—No, mejor llamen a una ambulancia o a un doctor, para que venga a atenderlo —pidió Deborah, mirándolo con mucho dolor.

—Estoy bien —esbozó Maurice, poniéndose de pie; pero no pudo evitar arrugar el semblante, ante el dolor que sentía.

—No lo estás, déjame ayudarte, por favor...

—Deborah, déjame tranquilo, estoy bien —espetó con rabia, al tiempo que se irguió, para demostrar que lo estaba, aunque era mentira.

—Maurice, no seas estúpido. Marcus haga lo que le pedí.

—No, no hagas nada. —Le advirtió, mirándolo a los ojos.

—Tú no puedes desautorizarme... —decía, sintiéndose molesta también con él. Aunque no sabía lo que había sucedido, nada justificaba que se fuera a los puños con Diego.

—Vamos al estudio, tengo que hablar contigo —señaló, tomándola del brazo, para llevarla con él.

—Señorita, Deborah. —Angie le entregó la caja de primeros auxilios, para que al menos, pudiera limpiarle las heridas.

—Gracias —respondió ella, en un hilo de voz y caminó junto a Maurice, sintiendo que las piernas le temblaban; tanto, que apenas podía mantenerse en pie.

Los minutos que siguieron dentro del estudio, estuvieron cargados de un tenso silencio, que ninguno de los dos se animaba a romper.

Deborah se ocupó de ayudarlo a parar la hemorragia de la nariz, intentaba hacerlo con mucho cuidado, pues nunca le había tocado atender una situación como esa.

—Insisto, debería verte un médico, Maurice —susurró, notando la cantidad de sangre que había botado y viendo los demás hematomas, que se iban formando en su rostro.

—¿Qué hacía ese hombre aquí, Deborah? —preguntó, sin poder contenerse más; obviando nuevamente, la sugerencia de ver a un doctor. No era la primera vez que lo golpeaban.

Miraba a Deborah a los ojos, para obligarla a que le dijera la verdad, aunque su actitud de minutos atrás, al defenderlo y cómo estaba llorando por él, lo hicieron sentir importante para ella.

A pesar de eso, no podía dejar de lado, esa molestia que sintió al ver que no lanzara a la calle a Diego Cáceres, que le permitiera seguir en la mansión, después de lo que había provocado. Tiempo atrás, ella no hubiera tenido contemplación con ese miserable.

Deborah se aferró a todo su autocontrol, para mantenerle la mirada a Maurice e intentar que sus ojos, mostraran seguridad, aunque por dentro, estaba temblando al

verse acorralada de esa manera.

El momento que más había temido, parecía haber llegado.

—¿Te caíste a golpes con él, solo porque lo viste salir de aquí? —cuestionó, primero; para ganar tiempo.

—No evadas mi pregunta con otra y dime qué hacía Diego Cáceres en este lugar, contigo —cuestionó y su voz fue más dura, esta vez. No soportaría más rodeos.

—Vino a traer unas malditas orquídeas —espetó, de manera furiosa y se alejó de él, necesitaba hacerlo.

—¿Orquídeas? A ti no te gustan las orquídeas. —Paseó su mirada por el lugar y pudo ver dónde se encontraban.

—Pero él no lo sabe... Y no lo sabe, porque no me conoce, como me conoces tú —indicó, viendo en eso una ventaja.

—¿Y por qué no le ordenaste que se las llevara? —preguntó, pues eso lo desconcertó mucho más.

Deborah se sintió nuevamente acorralada, se obligó a no entrar en pánico y a buscar en su cabeza, algo que le ayudara a darle una respuesta convincente. Sabía que Maurice no era estúpido.

—No lo sé..., me molesté al principio, pero después, pensé que... que esas estúpidas flores, no tienen la culpa de los desprecios que me hace Dominic; que es una actitud muy infantil de mi parte, tenerle resentimiento a unas tontas flores y... porque siempre sigo tus consejos y creí que tenerlas aquí, me ayudaría a superar de alguna forma, todos esos rencores —explicó, intentando sonar lo más categórica posible.

Maurice se quedó en silencio, analizando las palabras de Deborah, tratando de que no solo el corazón lo guiara, sino que lo hiciera también la razón; debía hacerlo o siempre estaría en la misma situación, haciéndose el ciego ante las mentiras de ella.

—Quiero creerte..., en verdad quiero hacerlo, Deborah; pero... —Se detuvo, sin saber cómo expresar en palabras, el dolor que sentía y que nada tenía que ver con el físico.

—¿Pero qué, Maurice? Te estoy diciendo la verdad. —Ella se acercó, para acariciarle el rostro.

—No lo haces y lo sabes. Ese hombre no se hubiera ido a los golpes conmigo, si tú no le importaras, si no sintiera, que de alguna manera, le perteneces, que tiene derechos sobre ti —pronunció con seguridad, y esa certeza, le dolía demasiado, porque le iba quitando la venda.

—Él solo se peleó contigo, porque los dos tienen una absurda rivalidad, que la verdad no entiendo.

—¿Absurda rivalidad? —cuestionó, mirándola con asombro, a la vez que soltaba un suspiro pesado—. ¡Por Dios! ¡Deborah! Tú no eres tonta, sabes perfectamente que ese hombre, se la pasa provocándome a diario, cada vez que entras a la cocina en las mañanas o cuando caminas a tu auto; siempre te mira como si quisiera desnudarte. Es un maldito descarado y tú eres consciente de ello, pero no haces nada para detenerlo. —Le reclamó, directamente.

—Si yo no le doy importancia a eso, ¿por qué demonios tienes que dársela tú, Maurice? Simplemente, ignóralo —mencionó, sin esconder su propia molestia.

—¿Ignorarlo? Lo dices como si fuera fácil. Ignorarlo no me libraré de sentir cómo los celos, me quemar por dentro, Deborah; ni de todas las voces en mi cabeza, que me gritan que tú no eres mía y que nunca lo has sido —expresó, mirándola a los ojos, para que entendiera su calvario.

—¿Qué quieres que haga? ¿Cómo puedo demostrarte que te equivocas? —preguntó, siguiendo sus pupilas—. Maurice, si existe alguien en este mundo que me importa y al que nunca quisiera lastimar, ese eres tú... ¿Acaso no te basta con eso? —cuestionó, sintiéndose molesta con él.

Maurice también se molestó, al ver lo ciega que estaba; se alejó de ella, una vez más, dándole la espalda; y respiró hondo, para intentar calmarse.

Deborah decía que no deseaba lastimarlo, pero lo hacía todo el tiempo, negándole la posibilidad de demostrarle al mundo entero, que él podía darle todo lo que le había faltado en la vida, que era capaz de hacerla verdaderamente feliz.

Estaba seguro, que si le decía en ese momento, que dejara todo eso de lado y se fuera con él a Santa Bárbara, ella se negaría; lo haría, como ya lo había hecho otras veces.

Se sentía tan cansado de esa situación, era como si no lo llevara a ninguna parte.

—No me importó retar a mi padre para mantenerte en esta casa, o que el personal se diera cuenta de que tú y yo tenemos una relación; incluso, mis amigas lo saben... —decía ella, a ver si con todo eso, él terminaba de entrar en razón.

—A ti te encanta retar a tu padre.

—¡Sí! ¡Pero esta vez lo hice por ti! —expresó, levantando los brazos y los dejó caer, en una actitud de derrota—. Dejemos esto hasta aquí, Maurice; haz lo que consideres que sea mejor y te haga sentir bien..., y yo me cansé. —Caminó, para salir.

Sabía que lo mejor era esperar a que las aguas se calmaran, que la rabia y la desconfianza, fueran cediendo en él; para entonces, poder intentar convencerlo.

Si ella no le daba importancia al asunto, Maurice podía terminar olvidándolo.

—Deborah. —La detuvo, antes de que lo hiciera—. Si yo de verdad te importara, supieras qué es lo que realmente deseo, y comprenderías, que ninguna otra mujer es capaz de darme lo.

—Pero tampoco puedo hacerlo yo, por lo visto —dijo, volviéndose a mirarlo, con reproche.

—Porque no quieres, solo por eso —acotó, con tristeza.

—Maurice..., por favor, no tienes por qué ponerte así. —Deborah intentó hacerle ver, que esa discusión no tenía sentido.

—Claro, no tengo por qué hacerlo...; después de todo, tú y yo no somos nada, fuera de este lugar. Yo no tengo ninguno derecho sobre ti, ¿no es así, Deborah? —cuestionó, mirándola.

Maurice esperó una respuesta, necesitaba que ella le dijera que estaba equivocado, que sí tenía derechos, porque era suya, así como él lo era de ella.

Pero, ante el silencio, no le quedó más remedio que acortar la distancia hasta la puerta, y cuando puso su mano en el pomo, sintió que Deborah lo abrazaba y comenzaba a besarle la espalda; al tiempo que intentaba ahogar los sollozos, que escapaban de sus labios.

La sintió temblar y él lo hizo junto a ella, por tener que contener sus propias lágrimas; giró medio cuerpo, sin lograr liberarse de su abrazo, y la miró.

—Mientras continuemos de esta manera, vamos a seguir haciéndonos daño, Debbie; y yo no quiero que las cosas terminen así, no quiero —pronunció, con la voz ronca.

—Yo tampoco quiero que terminen, pero no sé qué más darte; por favor, dime qué es lo que puedo hacer, Maurice, dime —inquirió, con su mirada clavada en la de él.

—No es algo que yo tenga que decirte, eso debe nacer de ti; eres tú la que debe desearlo —respondió, manteniéndole la mirada.

—Yo solo deseo que te quedes...; por favor, Maurice, quédate conmigo. —Le pidió, y para convencerlo, subió sus labios, pidiéndole un beso.

—Si yo solo me quedo, él tiene que irse. No pienso estar en el mismo espacio que Diego Cáceres —pronunció, mirándola a los ojos, para hacerle ver, que era su última palabra.

—Sabes que no puedo hacer lo que me pides... Si lo echo, Dominic me pedirá explicaciones y tendré que contarle lo que pasó, y tú también tendrás que irte. Él no dejará que te quedes, y yo no puedo mostrarme así, delante del personal. No tendría nunca su respeto —mencionó lo que creía era lo más lógico, no estaba defendiendo a Diego de manera directa, sino su postura. Como la dueña de la casa, debía ser imparcial.

—Nunca te ha importado lo que piense el personal de ti, esto no se trata de eso, Deborah..., sino de la verdad, ¿por qué no me la dices de una vez? —inquirió, la furia había resurgido en él y ya no dejaría que ella siguiera jugando.

—Maurice, ya basta con todo esto...

—¡Dime la verdad! ¿Te has acostado con ese hombre? —La interrogó, mirándola fijamente.

—Yo... no... ¡Esto es absurdo! —Una vez más, Deborah intentaba escapar, aunque los nervios apenas la dejaban moverse.

—¡Dime la maldita verdad! —explotó Maurice, sin poder contenerse, verla dudar, lo ponía cada vez más iracundo.

—¡Fue algo sin importancia!

Deborah se escuchó gritar esas palabras, sin poder detenerlas; cerró los ojos, sintiéndose la mujer más estúpida sobre la tierra.

Nunca debió dejarse presionar así y mucho menos terminar confesando; abrió los párpados y la mirada cargada de decepción de Maurice, la hirió profundamente; intentó acercarse a él, pero le vio elevar una mano, advirtiéndole que no lo hiciera.

—Maurice, por favor..., escúchame. —Dio un par de pasos hacia él, pero este se alejó, dándole la espalda—. No vayas a cometer una estupidez..., por favor. No fue

nada, no significó nada. No te arriesgues a terminar peor de cómo estás; déjalo en paz, ni siquiera merece la pena —rogó, con la voz estrangulada por las lágrimas, temiendo que él quisiera reclamarle a Diego, de nuevo; y ella sabía, que podían terminar matándose, si seguían.

—¿Peor de lo que estoy? —preguntó con sorna, sin volverse a mirarla, porque estaba llorando; lágrimas de decepción, ira e impotencia, le quemaban las mejillas—. Dudo que pueda estar peor que ahora, Deborah; pero tienes razón, ni él ni tú merecen la pena.

Después de decir esas palabras, salió del estudio, sin volverse a mirarla una última vez. Quería borrarla de su memoria, olvidar cada instante pasado junto a ella.

Era tanto el dolor y la decepción, que hasta deseaba nunca haberla conocido.

Continuó por el pasillo, caminaba, sintiendo que a cada paso que daba, sus pies parecían estar hechos de plomo; le costaba un mundo moverlos, pero no desistió, tenía que irse de allí, ni siquiera miró a Marcus o a Ingrid, quienes estaban junto a la puerta; simplemente, abrió y salió de ese lugar, esperando nunca más en su vida, regresar.

Deborah se quedó mirando la puerta, por donde había salido Maurice, mientras sus últimas palabras, seguían resonando en su cabeza y terminaron hundiéndola, literalmente; pues se dejó caer en el diván, sintiendo, que un enorme peso, se posaba sobre ella.

Se llevó las manos al rostro, para intentar esconder su llanto, pero no podía hacer nada contra los sollozos que la hacían estremecer, ni contra la presión que sentía en el pecho, o contra eso que cerraba su garganta, permitiéndole apenas respirar.

Subió sus piernas al diván y se dobló, hasta apoyar el rostro sobre estas, mientras se abrazaba a sí misma y luchaba contra esa sensación, que parecía estar despedazándola.

Cada parte de ella sufría; era un dolor que la sacudía por dentro y por fuera; tanto, que no sabía si era físico o emocional.

Lo único que podía percibir, era un sufrimiento que se extendía por todo su cuerpo y la aplastaba. Sentía que la garganta se le desgarraba ante los sollozos y su lucha por respirar.

—Ponte de pie, Deborah..., ponte de pie; no puedes dejarte vencer... —Comenzó a decirse, en voz alta, para buscar en eso valor y poder frenar lo que estaba sintiendo—. Fue tu culpa, todo esto fue tu culpa; sabías que en algún momento pasaría... Jugaste con fuego y terminaste quemada, no queda más..., así que ahora asúmelo y ponte de pie... ¡Levántate!

Los reproches, iban llegando hasta ella, uno tras otro, porque necesitaba hacerse reaccionar; no podía quedarse allí, de brazos cruzados, mientras el mundo se le derrumbaba.

Sin embargo, el dolor y los recuerdos de esas palabras que le dijo Maurice, no le daban tregua, seguían repitiéndose en su cabeza; y cada vez que intentaba dejar de llorar, nuevos sollozos brotaban de su garganta y las lágrimas se hacían presentes, sin que siquiera lo notara.

Una hora después, logró calmarse lo suficiente, como para ponerse de pie; vio cómo la noche se fue apoderando de cada rincón de la mansión y del espacio donde se encontraba; aunque desde que Maurice salió de allí, sintió que todo en torno a ella, se volvió oscuro y frío.

Había lastimado al único hombre que verdaderamente la amaba; a quien fue desde siempre, su soporte, su consuelo, su amigo y su amante.

Nunca se había sentido de esa manera, ni siquiera la vez que se despidió de él, cuando se machó a Filadelfia, para estudiar en la universidad.

Sentía mucha más desolación que en aquel entonces, se sentía mucho más perdida y con el corazón hecho añicos, porque la mirada de él, cuando la despidió años atrás, le decía que la iba a esperar todo el tiempo que fuera necesario.

Pero la que vio esa tarde, solo denotaba desprecio, rencor y tanta decepción, que recordarlo empeoraba el dolor que sentía; trayendo una vez más, oleadas de lágrimas, que eran las más amargas que hubiera derramado, desde que fuera una niña.

Deborah bajó las escaleras esa mañana, sintiendo una extraña mezcla de emociones en su pecho; había deseado por tanto tiempo, dejar esa casa, salir de ese infierno en el que había vivido junto a sus padres desde hacía diez años.

Pensaba que ese sería el día más feliz de su vida, pero con cada paso que daba, la nostalgia se iba apoderando de ella, miraba cada rincón de esa casa y un montón de recuerdos llegaban hasta ella, todos en desorden; algunos eran felices, pero otros eran sumamente tristes.

—¿Estás lista? —Le preguntó Christie, al pie de la escalera, mientras la veía bajar y le mostraba una sonrisa, para animarla.

—Sí, ya estoy lista... ¿Y mi padre? —inquirió, al no verlo allí.

—No pudo esperar, tenía una reunión muy importante que atender; dijo que iba a tratar de terminarla pronto y alcanzarnos en el aeropuerto —contestó, esforzándose por mantener su sonrisa; pero seguramente, su mirada le gritaba que había llorado.

—Me da lo mismo —dijo Deborah, encogiéndose de hombros ligeramente; y se acomodó su inseparable mochila Gucci.

Caminó junto a su madre y en la puerta, la esperaba parte del personal, para despedirse de ella; en ese entonces, ellos eran las únicas personas que estaban realmente pendientes de ella.

—Mi niña Debbie, le hice esta tarta de manzana, para que no la extrañe tanto; y prometo enviarle con sus padres, cada vez que vayan a verla —mencionó Martha, acercándose a ella, con la masa envuelta con mucho cuidado, en una caja que decoró, como si fuese un regalo, con un lazo rosado.

—Muchas gracias, Martha. —Sus ojos se llenaron de lágrimas, ante el gesto de la cocinera.

—Buen viaje, señorita Deborah —pronunció Marcus, y algo parecido a una sonrisa, adornaba sus labios.

—Gracias Marcus..., cuide de mi madre, por favor. —Le pidió en un susurro, para que Christie no la escuchara.

—Lo haré, señorita; no se preocupe —comentó, mostrando esta vez, una sonrisa verdadera, para llenarla de confianza.

Christie miró su reloj de pulsera; y vio que se les hacía tarde, así que caminó, para buscar a Deborah. Aunque viajarían en el avión privado de los Wallis, debían estar a tiempo en el aeropuerto.

Vio las muestras de cariño que los empleados le entregaban a su hermosa niña, y sintió que un nudo le cerraba la garganta. Esa casa no sería la misma sin ella.

—Debbie, debemos irnos ya, princesa; se nos hace tarde.

—Claro, hasta pronto. —Se despidió, con un ademán de su mano; y después, desvió la mirada, para soportar las ganas de llorar.

Esperaba ver a Maurice junto a Gaël, cuando salió, pero él no estaba por ningún lado. La noche anterior, cuando él se escabulló en su habitación, como siempre hacía; acordaron que así sería su despedida, que era mejor quedarse con el recuerdo de su última noche juntos, de los besos, las caricias y los abrazos compartidos; sin embargo, ella esperaba verlo allí y poder mirarlo, una vez más.

—Debbie, vámonos —mencionó Christie, al verla distraída.

Deborah paseó su mirada por el lugar, una última vez; después, asintió, en silencio y se encaminó hasta el auto.

Gaël sostenía la puerta para ella. Quiso preguntarle por Maurice, pero solo soltó un suspiro, para luego subir.

El auto se puso en marcha, dejando atrás esa casa que alguna vez fue su hogar, pero que con el tiempo, pasó a ser su prisión.

De pronto, algo la instó a mirar hacia atrás y pudo ver que Maurice los seguía en su bicicleta, mientras la hacía señas.

—¡Gaël, detenga el auto, por favor! —pidió, poniéndose de rodillas sobre el asiento, para mirar por el vidrio de atrás.

—¿Señora? —El solicitó el permiso de la madre de Deborah; no podía solo hacer lo que la chica le pedía.

—¡Por favor, Gaël! —Le pidió, con la voz ronca, por las lágrimas que le inundaron la garganta.

—Orille el auto, Gaël —ordenó Christie, al ver el desespero en su hija. Ella no estaba ignorante de la relación que Deborah llevaba con Maurice, aunque no la aprobaba del todo; suponía, que al menos, debía darles esa despedida—. Deborah, no tardes, recuerda que vamos con retraso.

Alcancó a decirle, antes de que la joven se bajara del auto y corriera hacia el muchacho, quien en ese momento, soltaba su bicicleta y también corría hacia ella.

Christie desvió la mirada, para darle privacidad a su hija, pero sobre todo, por el dolor que le causaba esa imagen. Ella había dejado de creer en el amor; los golpes que le había dado la vida, le demostraron que ese sentimiento, era el peor que pudiera existir.

—Maurice —pronunció la joven, aferrándose a él en un abrazo; y después, se alejó para mirarlo—. ¿Dónde estabas?

—Quería darte algo... Sé que no debe ser tan bonita o fina como las que seguro te compraste para el viaje, pero puede servirte, porque en Filadelfia hace mucho frío —respondió, extendiéndole una bolsa de regalo.

Deborah sacó una hermosa bufanda, con sus colores favoritos. Era muy suave y gruesa, no tuvo siquiera que ponérsela, para que la llenara de calidez.

Las lágrimas que estaba conteniendo, bajaron por sus mejillas; y un sollozo brotó de sus labios.

—Me encanta, voy a usarla todos los días.

Le aseguró, mirándolo a los ojos; y sin importarle que los padres de ambos estuvieran presentes, se puso de puntilla para besarlo.

Sonrió, al sentir cómo él le rodeaba la cintura con los brazos, para pegarla a su cuerpo y elevarla; siempre debía hacerlo, para besarla bien, pues era mucho más alto que ella.

—Voy a pensar en ti todos los días..., voy a recordar cada instante que compartimos, cada vez que hicimos el amor. Te juro que lo haré, Debbie —susurró, mirándola a los ojos.

—Prometo hacer lo mismo, voy a pensar en ti siempre y prometo también escribirte; revisa tu correo cada vez que puedas. Te voy a enviar muchas fotos; y por favor, reúne lo suficiente para que compres un teléfono y así yo pueda llamarte, sin tener que hacerlo al de tu papá. Voy a querer escuchar tu voz, siempre, siempre —pidió, manteniéndole la mirada y rozándole los labios.

Maurice asintió, tragándose las lágrimas, para no hacer más difícil esa despedida. La estrechó con fuerza entre sus brazos y hundió el rostro en el suave cuello de Deborah; intentando que su olfato guardase ese perfume, que tanto le gustaba.

Sintió cómo ella hacía lo mismo, cómo rozaba con su hermosa y pequeña nariz, su cuello; justo como hacía, después de que compartiera un orgasmo junto a él.

Iba a extrañar demasiado esa ternura que Deborah le entregaba. No sabía cómo haría, para vivir sin ella.

—Deborah, debemos irnos ya.

La voz de Christie, los sacó de la burbuja donde se encontraban; ambos se sobresaltaron y se alejaron, despacio. Maurice solo la miró, porque no podía encontrar su voz para decir nada más y el pecho le dolía demasiado.

—Prométeme que vas a buscar la manera de seguir estudiando, Maurice; quiero que cumplas con tus sueños.

—Lo haré..., lo haré, Debbie; ahora ve. Ve y cumple con los tuyos, recuerda lo que nos prometimos anoche. —La vio asentir; y supo, en ese momento, que debía dejarla partir—. Cuidate mucho, mi niña hermosa y no me olvides, por favor.

—No lo hagas tú tampoco, nunca me olvides, Maurice —expresó con un hilo de voz y se abrazó de nuevo a él, dándole un último beso, antes de alejarse poniéndose la bufanda.

—¡Te amo, Debbie! —gritó, sin importarle nada. Solo necesitaba que ella lo supiera.

Ella se volvió a mirarlo, dedicándole la más hermosa de sus sonrisas, quiso decirle algo más, responderle lo mismo, pero la mirada que le dedicó su madre, se lo impidió; la hizo sentir cohibida y solo elevó su mano, para decirle adiós.

El auto se puso en marcha, una vez más, alejándola de ese pasado que deseaba olvidar; pero también, del chico que la había salvado.

Deborah regresó de sus recuerdos, cuando escuchó un trueno que retumbó en todo el lugar, ni siquiera vio la luz, que segundos atrás, había iluminado la oscuridad donde se encontraba sumergida.

Su mirada se topó con las orquídeas; y en un arranque de rabia, las lanzó contra el piso; la vasija se hizo pedazos y las flores quedaron esparcidas, junto al barro del cual se alimentaban.

—Debí haberme fugado contigo la noche anterior... Si no hubiera sido una maldita cobarde y te hubiera dicho lo que sentía en ese momento..., si hubiera logrado vencer el miedo, que me daba acabar como mis padres..., si hubiera creído en ti. —Esas palabras, venían acompañadas por dolorosos sollozos, que brotaban de sus labios y por lágrimas que bajaban copiosas por sus mejillas; se llevó las manos a la cara—. ¿Por qué no lo hice, Maurice? ¿Por qué? Fui tan estúpida..., después de eso..., nada volvió a ser lo mismo. Rompimos nuestras promesas y nada fue igual.

Una vez más, dejó que el llanto hiciera estragos en ella; se dejó caer junto al ventanal, viendo cómo unas primeras gotas, comenzaban a estrellarse contra el cristal, así como hacían sus lágrimas, cuando caían sobre su regazo; y el corazón, le latía lenta y dolorosamente.

Sentía una horrible presión en el pecho, era como si el aire no alcanzase a llenar sus pulmones, provocando que se quemara por dentro, y que respirar, fuese un verdadero suplicio.

—Maurice..., Maurice..., por favor; regresa, regresa —suplicó en medio de un llanto amargo.

Deborah enterró el rostro en el diván para ahogar allí los sollozos que le rompían la garganta y hacían que su cuerpo se convulsionase. No podía concebir perder a Maurice de esa manera, que él se marchara de esa casa odiando, que la despreciase, aunque sabía que era culpable de todo lo que había sucedido, sentía que no podía perderlo, simplemente no podía.

Marcus se encontraban hablando con Martha, buscando el consejo de la mujer, pues no sabía cómo actuar ante la situación que se había presentado esa tarde.

Era consciente que debía esperar una orden de la señorita Deborah, pero su sentido de lealtad, también le decía, que debía informar de todo lo sucedido al señor Dominic.

—En estos momentos, mi principal preocupación, es la niña Debbie. Nunca debimos dejarla sola, no... —mencionó Martha, temiendo que la chica, fuera a terminar como la madre.

—Angie nos dijo que estaba bien.

—No, lo que dijo fue que la había escuchado llorando —acotó, mirándolo con reproche.

—No podemos hacer nada, Martha; estos asuntos son de ellos, ¿acaso no recuerdas lo que pasaba, cada vez que intentábamos intervenir en los asuntos de los patrones? Las cosas siempre terminaban peor; y nosotros, sintiéndonos culpables.

—Bueno, pero este caso es diferente...

—No lo sabemos, no sabemos nada, mujer. Lo mejor es mantenernos neutral —indicó, adoptando su papel de quien debía mantener el orden en la mansión.

—Si algo le llega a pasar a la niña Debbie, nos vamos a arrepentir. Yo no podría vivir con un peso más en mi consciencia. Aún me duele no haber ayudado a madame Christie —expresó, dejando libre un par de lágrimas.

Marcus frunció el ceño; y sintió, de pronto, que el miedo también lo embargaba a él; pensó, que quizás, debía seguir el consejo que le daba Martha.

Dejó escapar un suspiro pesado y cerró los ojos, rogando que estuviera haciendo lo correcto; después, se encaminó hasta el estudio, donde se encontraba la heredera, pero justo antes de llegar, vio que ella salía.

—Señorita Deborah, vine para saber cómo se encontraba.

—Estoy bien, Marcus. Subiré a mi habitación, necesito descansar, y por favor, que nadie me moleste —pidió, sin mirarlo a la cara, para que no viese los estragos que el llanto había dejado en ella.

—Claro, como usted diga —contestó, asintiendo.

—Marcus, ni una sola palabra de esto a nadie.

—Señorita, debo darle cuenta de lo que ocurrió a su padre...

—Ni una palabra a nadie, ¿entendido? —inquirió, mirándolo a los ojos, para que acatará su orden.

—Entendido, señorita. Disculpe que insista, pero debo tomar una decisión con respecto a Diego —mencionó, recordándole que él debía cumplir con las normas de la casa.

—Maurice se marchó por voluntad propia, lo que ocurra con el señor Cáceres, no es mi problema, él trabaja para mi padre, no para mí —comentó, sin mucho énfasis y le dio la espalda.

Ya no le importaba, porque había tomado una decisión. Le daba lo mismo, si Diego seguía en esa casa o no; su plan seguiría adelante, le daría el dinero que le pidió esa tarde y acordaría con él, la fecha en la cual actuarían.

Después de eso, no tendrían nada más que ver. Ella se iría lejos por un tiempo, mientras que él y Maurice, podían hacer lo que se les viniese en gana; ya se había cansado de ambos y de la tensión que vivía junto a ellos.

—Eso significa, que debo informarle a su padre de lo sucedido, porque él me exigirá el motivo por el cual despediré al chico.

Deborah cerró los ojos, conteniendo un suspiro cargado de fastidio, que revoloteaba en su pecho. Lo único que quería era, encerrarse en su habitación, darse un baño y esperar a que fuera medianoche, para ir a ver al imbécil de Diego, entregarle el comprobante de la transferencia y ponerle fecha a su libertad.

¡Maldita sea! ¿Por qué todo tenía que ser tan complicado? ¿Por qué solo no puedo poner mi mente en blanco? Mi mundo completo en blanco.

Deseo tanto poder borrar mi pasado, evitar cada error que cometí, reparar el daño que hice; solo quisiera, que todo fuese simple, que fuese... que fuese como esas tardes de verano, que pasaba junto a Maurice.

Pensó, sintiendo cómo el dolor, volvía a ella y las lágrimas una vez más, se anidaban en su garganta; subiendo hasta sus ojos, para exponerla delante de todo el mundo.

Se dio la vuelta, para mirar de nuevo a Marcus. Necesitaba que comprendiera, que Dominic, no podía enterarse de nada de eso.

—Marcus, yo me encargaré de todo, no se preocupe; vayan a dormir, ya mañana hablaré con Diego Cáceres...

—No es necesario que haga eso, señorita Deborah; yo puedo entenderme con él, ese es mi trabajo —indicó, sintiéndose preocupado; después de ver la reacción que tuvo Diego, esa tarde, no le parecía prudente, exponer a una dama frente a él.

—Está bien, dígame que no perderá su puesto, pero que tiene prohibido entrar de nuevo a la casa. Si le dice algo sobre las orquídeas que trajo hoy, coménteles que ya no será necesario que venga a cuidar de ellas —dijo, y antes de marcharse, se aproximó a él, de nuevo—. Y por favor, Marcus; no le diga nada de esto a mi padre, no quiero perder los pocos avances que hemos hecho en nuestra relación, por la actitud estúpida de Maurice y del jardinero.

—Por supuesto, señorita, que descanse.

Marcus sabía que ella tenía razón, si su patrón se enteraba de lo sucedido, iba a tomarla en su contra. La culparía de todo y pasaría meses, reprochándoselo.

Ninguno de ellos, sabía a ciencia cierta lo que había originado el enfrentamiento; porque al parecer, el problema parecía suscitarse entre Diego y Maurice. Era probable, que ella ni siquiera tuviera nada que ver; aunque, por la actitud de los tres, lo dudaba.

—Gracias, igual ustedes —mencionó y subió las escaleras.

Diego se encontraba terminando de armar su bolso, con las pocas pertenencias que tenía en ese lugar. Era consciente, que en cuanto amaneciera, Marcus lo enviaría a llamar para despedirlo.

Aunque sabía que había actuado de manera impulsiva, no se arrepentía de nada; se sintió bien, poder descargar toda la rabia que traía acumulada en contra del pendejo de Maurice.

Y sobre todo, ver cómo se había marchado de la casa, con esa actitud de derrotado, que a él le supo a gloria; aunque era probable, que al día siguiente, también le tocara salir de allí de la misma manera; pero al menos, se iría con la satisfacción de saber, que lo había separado de Deborah.

Se lo prometió y lo había cumplido, si ella no era para él, tampoco sería para el cabrón del chofer.

Escuchó la puerta de su habitación abrirse, y se volvió, encontrándose con la figura de Deborah; de inmediato, los latidos de su corazón se aceleraron; y una llama de esperanza, cobró vida dentro de su pecho; sonrió, acercándose a ella.

—¡Maldito imbécil! —exclamó Deborah, antes de darle una fuerte bofetada, sin importarle si lo lastimaba—. ¡Eres un estúpido! ¡Nunca debí meterme contigo! —Intentó pegarle de nuevo, pero esa vez, Diego le sujetó la mano con fuerza.

—¿Acaso has venido a continuar con lo que el cabrón de tu novio, dejó a medias? ¿No tiene él los pantalones para hacerlo? —cuestionó, soportando el dolor que ese golpe le había causado.

—¡Suéltame! —Tiró ella de su mano, buscando liberarse—. Y no quieras hacerte el gracioso. Sabes perfectamente lo que hiciste... Todavía no entiendo cómo pudiste ser tan imbécil...

—Un insulto más y te sacó de aquí a empujones, y estoy cansado de tus berrinches, de tus órdenes y de tu maldita histeria. —La amenazó, mirándola con verdadero

odio, al tiempo que la soltaba.

Deborah contuvo sus deseos de mandarlo a la mierda en ese momento, respiró profundo, para calmarse, mientras se sobaba la muñeca; después, sacó la hoja del bolsillo de su bata y se la extendió, sin decirle una sola palabra.

—¿Qué es eso? —inquirió, aunque sospechaba, que era su carta de despido, que ella misma la había traído.

—Lo que me pediste esta tarde —contestó, dejándola caer en la cama; no esperaría toda la noche a que él la recibiera.

Esa respuesta dejó perplejo a Diego, tomó la hoja y la miró durante un minuto; necesitaba asegurarse de que era verdad.

—¿A qué se debe esto? Pensé, que después de lo de esta tarde, todo se acabaría —mencionó, buscando la mirada de ella.

—Tenemos planes y los llevaremos a cabo. Lo de esta tarde, fue una gran imprudencia de tu parte, pero ya lo solucioné. Hablé con Marcus y lo convencí, para que no le dijera nada a Dominic. Vas a seguir en tu puesto, pero tienes prohibido entrar a la casa, de nuevo; eso te lo dirá él mañana, cuando te llame a su oficina. Supongo que te podrá alguna amonestación, acepta todo sin chistar. También, tienes que hacer pública tu relación con Katherine...; llévala a conocer a tus padres.

—¿Qué mierda estás diciendo? ¿Acaso te has vuelto loca? —preguntó, sentía que el mundo se había puesto al revés.

—Ella será tu coartada, así que es mejor que la mantengas contenta. Pronto será el Mardi Gras, y mi padre tiene por tradición, darles el día libre a todos los empleados. La mansión quedará sola y por lo general, él también se marcha, pero yo me encargaré de que ese día, permanezca en la casa. Haremos parecer todo como si fuese un robo.

Su voz sonaba tan fría y carente de emociones, que ella misma se sorprendió. Tal vez, había llegado el momento de volver a ser la maldita que era antes; después de todo, no había ganado nada con intentar ser una buena persona.

—¿Estás hablando en serio? —cuestionó Diego, una vez más.

—¿Crees que te hubiera transferido doscientos cincuenta mil dólares, si no lo hiciera? —respondió, con otra interrogante, mirándolo a los ojos—. Quiero liberarme de Dominic, de una vez por todas; quiero ser dueña de mi propia vida, para hacer lo que me plazca; y para ello, necesito saber si sigues conmigo en esto o si debo buscarme a alguien más —indicó, clavando su mirada en la oscura de él.

Diego se mantuvo en silencio por un par de minutos, analizando bien la situación; aunque ya habían hablado muchas veces de lo que harían, no había asimilado la idea del todo.

Era complicado asumir, que dentro de poco, se convertiría en un asesino; pero todo parecía indicar que así lo haría. Miró de nuevo la hoja con la transferencia y vio su libertad también, en esta.

—Bien, lo haremos; solo con una condición. No quiero ver a Maurice de nuevo, no lo quiero cerca de ti...

—Dudo mucho que regrese, te encargaste de dejarle muy claro lo que había entre nosotros, y ahora me desprecia —dijo, deteniéndolo, no quería hablar de él.

—Maurice es un pobre marica, es un cabrón que está acostumbrado a que le seas infiel todo el tiempo; en cuanto se le pase la rabia, va a volver. Lo más probable es que lo haga cuando se entere de la muerte de Dominic; seguramente vendrá, para darte consuelo, y deberás rechazarlo —señaló, obligándola a mirarlo a los ojos; quería que comprendiera que hablaba en serio.

—Tú no vas a decirme qué hacer y qué no. Nuestro trato es este —dijo, tocando la hoja—. Me ayudas a deshacerme de Dominic y yo te doy el dinero suficiente, para que puedas irte de este lugar.

—Sin esa condición, no hay trato. Quiero a Maurice Favre lejos, porque si no, el próximo en pasar al otro lado, será él. ¿Lo has comprendido, Deborah? —inquirió, dejando clara su amenaza.

Ella sintió, que el corazón se le detenía un segundo, y después, se desbocaba en latidos; su cuerpo fue preso de un horrible temblor; y ver la decisión en la mirada de Diego, la llenó realmente de miedo.

Intentó poner distancia entre ambos, pero él la mantuvo allí, sujetándola por los brazos.

—¿Lo has comprendido? —cuestionó, de nuevo.

—Sí —respondió, en un hilo de voz.

—Bien, ahora sí nos entendemos. Quiero esa misma cantidad, un día antes del Mardi Gras...

—Eso es arriesgado, Diego —indicó, tratando de hacer que fuera un poco racional.

—No lo es. Quiero que jodas definitivamente a Maurice Favre. Si intenta ponerse en contacto contigo, le dices que no quieres saber nada de él; que para ti, está muerto... Yo haré lo que me pides con respecto a Katherine; el próximo fin de semana, la llevaré a casa de mis padres —pronunció, tomando la situación en sus manos.

Deborah le hizo creer, que seguiría cada una de sus órdenes, pero ya ella tenía armado el tablero; y sabía el destino que le daría a cada pieza. En ese juego, ella era la reina.

Maurice había perdido la cuenta, de los tragos de whisky que llevaba hasta el momento; desde que entró a ese lugar, dos horas antes, supo que necesitaba algo más fuerte que las cervezas que acostumbraba tomar junto a sus amigos.

Esa noche, varios de sus compañeros de la escuela de ingeniería, así como de otras facultades, celebraban su graduación; riendo y bailando, en medio de un ambiente festivo, del que él no tenía ánimos de participar; así que se instaló en una de las sillas más apartadas de la barra.

—Dora, ¿me das otro, por favor? —pidió, rodando el vaso vacío sobre la madera pulida.

—¿Estás seguro de poder con uno más? —Ella lo dijo en tono de broma, pero también lo hizo, para ver si él caía en cuenta, que había bebido demasiado, y así se detenía.

Era evidente, que Maurice no estaba tomando para celebrar su graduación; su actitud taciturna y el rostro todo mallugado, producto, obviamente, de una pelea; demostraban que no había tenido un buen día.

La verdad era, que Dora nunca lo había visto de esa manera, y se sentía preocupada por él.

—Sí, no te preocupes, cuando quede inconsciente, llamas a un taxi de confianza y me envías a casa —mencionó, con desganado.

—Hombre, al parecer, vas en serio... Bueno, ya estás grande y sabes lo que haces; pero déjame darte un consejo: ningún dolor dura para siempre, lo que sea que estés sintiendo en este momento, va a pasar; el tiempo es el mejor remedio... Te lo digo yo, que he estado en esa misma situación muchas veces.

—Solo arrancándome el corazón y el alma, lograré que este dolor me abandone..., solo así —murmuró, antes de beber la mitad del trago, para pasar el nudo de lágrimas en su garganta.

*You and me, we made a vow
For better or for worse
I can't believe you let me down
But the proof's in a way it hurts*

La canción que comenzó a mezclar el dj, en ese instante, entró por sus oídos y fue como si le echara sal a la herida en su pecho; cerró los ojos y bebió lo que quedaba del trago de whisky, mientras sentía que los sollozos que retenía, le estaban haciendo girones la garganta.

—Dora, dame otro... y hazle una señal al dj, para que quite esa maldita canción o iré hasta allá y le destruiré la consola. —Todo eso, lo pronunció con los ojos cerrados, para que la mujer no viera el dolor reflejado en su mirada.

—Tranquilo, enseguida le ordeno que la cambie; él y sus mezclas extrañas. Le he dicho que ponga más ritmos tropicales —acotó, sirviéndole otro trago—. Aquí tienes y procura ir más despacio con esto, que no es agua.

Dora se alejó, porque debía atender a los otros clientes, pero antes de hacerlo, negó con la cabeza, sintiendo pena por el pobre; si seguía así, terminaría desmayado en el piso.

Maurice, hizo caso omiso a la observación de Dora y le dio un gran sorbo al líquido ámbar, arrugando apenas el ceño, ante el calor que le colmó la garganta y el pecho. Dejó escapar un suspiro cansado, cerrando los ojos, una vez más.

—¿Maurice? ¡Eres tú! ¡Hola!

Él se volvió, para mirar a la mujer que lo saludaba; reconociéndola de inmediato. Era una de sus compañeras y lo miraba mostrando una sonrisa, a la cual él no pudo responder.

—Hola, Jenny. —Se esforzó por devolverle el saludo.

—No pensé verte aquí, los chicos me dijeron que no habías aceptado su invitación de celebrar. —Ocupó la silla junto a él.

—Tenía otros planes..., pero se cayeron —respondió, desviando la mirada; y bebiéndose casi todo lo que le quedaba en el vaso.

—Bueno, eso no importa, porque igual puedes celebrar con nosotros. Estamos todos reunidos en una de las mesas al fondo, y la estamos pasando muy bien —dijo con entusiasmo, tocándole el hombro; intentando mirarlo mejor—. ¡Por Dios! ¿Qué te sucedió? —preguntó, asombrada, al verlo todo golpeado.

—Será mejor que no hablemos de eso —indicó, esperando que ella respetara su silencio.

—Claro..., claro —concedió, disimulando su curiosidad. No pudo evitar acariciarle el rostro, pero retiró la mano con rapidez, cuando vio que él fruncía el ceño—. Por cierto, me enteré que habías obtenido la nota máxima y un cupo en el programa de las plataformas en Santa Bárbara. ¡Felicidades!

Cambió de tema, para salir de ese episodio tan incómodo. Aunque siempre le había gustado, sabía que no tenía la más mínima oportunidad con él. Maurice nunca se había fijado en ella; solo tenía ojos para la antipática de Deborah Wallis, era a ella a quien amaba.

—Gracias —mencionó, solo por ser cortés con ella.

—Es algo por lo que debemos celebrar —dijo, intentando animarlo, pues no quería verlo de esa manera.

—¿Celebrar? —cuestionó, mostrando media sonrisa, que intentaba esconder el dolor y la decepción que sentía.

De pronto, pensó que Jenny tenía razón. Por fin, todo el esfuerzo que había puesto en obtener un título profesional, se había visto recompensado.

Sabía que mucho de eso, lo había hecho por Deborah, para ser digno de tenerla y poder hacer realidad su sueño de crear una vida junto a ella, una familia.

—¡A la mierda con ella! —exclamó, dispuesto a reunir el valor para recuperarse; y de un trago, dejó el vaso vacío.

—¿Estás bien, Maurice? —preguntó Jenny, sonriendo y mirándolo, algo desconcertada.

—Perfectamente, vamos a celebrar. —Intentó ponerse de pie y terminó cayéndole encima a ella.

Al principio, se sintió apenado, pero al ver el deseo en su mirada verde y cómo le ofrecía sus labios; no lo pensó dos veces y terminó besándola, con pasión y necesidad; notando apenas la molestia de sus heridas, pues el alcohol lo había anestesiado.

Ese asalto de Maurice, la tomó por sorpresa, pero ella lo había deseado durante tanto tiempo, que lo aprovechó y le respondió al beso con el mismo entusiasmo; dispuesta a ir más allá, si él se lo pedía. No le importaba si era solo por una noche o el inicio de algo más, igual lo disfrutaría.

Diego le insistió un par de veces, para que se quedara a su lado esa noche, pero ella solo estaba impaciente por librarse de él; y en cuanto todo estuvo claro entre los dos, salió del invernadero, sin siquiera darle el beso que le pidió para despedirse.

No podía concebir que se mostrara tan descarado, después de lo ocurrido esa tarde; era un maldito infeliz, y tuvo suerte de que no le diera otra bofetada, por imbécil.

Los acontecimientos del día, no la dejaban en paz, y cada vez que cerraba los ojos para intentar descansar, la última imagen de Maurice, llegaba hasta ella, torturándola; así que bajó y comenzó a caminar, sin un rumbo fijo, deambulando por la casa, como si fuera un fantasma.

Al final, se internó en su estudio y tomó la cajetilla de cigarrillos, que había dejado hacia tres semanas; la fumó completa, sentada en medio de la oscuridad.

Era cerca de las seis de la mañana, cuando al salir de su estudio, escuchó las voces de Marcus y de Gaël; se sintió alarmada, pensando que tal vez, el mayordomo le contaría lo de la pelea, pero por suerte, el hombre tenía una lealtad hacia los Wallis, inquebrantable y no le dijo nada.

Sin embargo, ella sí pudo enterarse de algo que la sorprendió y la hizo sentir miserable. Las lágrimas se hicieron presentes, nuevamente; y de inmediato, supo que tenía que ver a Maurice, que debía hablar con él.

Esperó a que los hombres se marcharan y subió con rapidez las escaleras; se metió al baño, sin perder tiempo, dándose una ducha que duró cerca de una hora, pues

debía quitarse de la piel, el olor a cigarrillo.

Entró a su armario, encontrándose con un dilema. No sabía qué ponerse, y entre más tardaba allí, más se desesperaba; al final, optó por un hermoso vestido negro, drapeado, de escote profundo; un *Donna Karan*, que había comprado en Miami.

—Te gustó mucho cómo me quedaba cuando me lo probé, espero que siga teniendo el mismo efecto —dijo, en voz alta, mientras sonreía, sintiéndose esperanzada.

Puso todo su empeño en lucir preciosa esa mañana, aunque era consciente del acuerdo al que había llegado con Diego. Aunque sabía que debía andarse con cuidado, no podía controlar su ansiedad; necesitaba ver a Maurice, y quizás, lograr que le diera una oportunidad; o al menos, una esperanza.

No lo presionaría para ello, pero tampoco se dejaría derrotar; él merecía que ella luchara por su relación, que por primera vez, lo hiciera.

—Voy a demostrarte, que en verdad, eres importante para mí, Maurice —esbozó, mirándose en el espejo de cuerpo entero.

La mañana se veía nublada, por lo que supuso que hacía frío; buscó el abrigo púrpura de cachemira, de la misma diseñadora y se lo puso.

Bajó las escaleras como todas las mañanas, pero esta vez, no iría a la empresa. Llamó a Kelly, para que cancelara su agenda de ese día; igual, sabía que no lograría concentrarse, hasta que no hablara con Maurice.

—Buenos días, Marcus; necesito que ponga en una bolsa, las dos botellas de champán, que indiqué me reservaran; el día del cumpleaños de mi padre; y me las lleva al auto, por favor. —Le ordenó, sin mirarlo a los ojos. Sentía algo de vergüenza.

—Por supuesto, señorita Deborah —respondió él, intentando que su tono de voz, no mostrara su sorpresa.

No esperaba una petición como esa, por parte de ella, después de lo acontecido el día antes, y menos a esa hora de la mañana; sin embargo, se retiró, para hacer lo que le pidió.

Deborah salió, directo a su auto, ignorando la presencia de Diego, quien se encontraba limpiando el rosal; y ella podía sentir, que la miraba con insistencia.

Entró al auto, lo encendió y rogó para que Marcus llegara rápido y así poder librarse del jardinero; quien ya comenzaba a exasperarla.

—Aquí tiene, señorita.

—Muchas gracias, Marcus. —Tomó el paquete, dejándolo en el puesto del copiloto, y después, se puso en marcha.

Media hora después, se encontraba frente a la modesta casa de su amante, mientras sentía que los nervios bullían en su interior. Las manos le sudaban frío y las piernas le temblaban.

Cerró los ojos y respiró hondo, para llenarse de valor; después, tomó la bolsa con las dos botellas y bajó del auto.

Llamó unas tres veces a la puerta, sin recibir respuesta, pero se negó a marcharse. Maurice debía estar allí, porque las luces todavía estaban encendidas.

Además, el aire acondicionado, también estaba encendido; con lo que confirmaba que él estaba allí. Y ella no se iría de ese lugar sin que hablaran.

—¿Dónde dejas la copia de la llave? —preguntó en voz alta, mirando a su alrededor, y enseguida recordó—: ¡En la maseta de bromelias! —exclamó, emocionada.

Con la llave en la mano, procedió a abrir la puerta; recorrió con la mirada el salón, antes de avanzar. La casa estaba en absoluto silencio, así que pensó, que tal vez, él seguía durmiendo.

Caminó hasta la habitación y abrió la puerta, despacio; cuidando de no despertarlo. Quizás podía aprovechar eso y meterse en su cama.

Pero grande fue su sorpresa, al ver que alguien más, ya se encontraba en la misma, junto a él.

Maurice dormía profundamente, boca abajo; y a su lado, una mujer rubia; con las sábanas apenas cubriendo sus cuerpos.

La imagen la golpeó tan fuerte, que su voz desapareció por completo, impidiéndole gritarle como deseaba. Solo dejó correr un par de lágrimas, como una estúpida, y la bolsa con las dos botellas, cayó de su mano.

Estas sonaron estrepitosamente al estrellarse en el suelo, pero no se rompieron, porque eran de metal; aunque el sonido hizo que ellos despertaran sobresaltados.

Deborah solo miró a Maurice, con toda la rabia que llevaba dentro, y sin decir una palabra, giró, para abandonar el lugar; debía hacerlo, antes de que los instintos asesinos, se apoderaran de ella y terminara haciendo una locura.

—¡Deborah! ¡Espera!

Maurice consiguió reaccionar, después de unos segundos y se puso de pie con rapidez; el mareo que le provocó la resaca y el movimiento brusco, casi lo hace caer.

Se recuperó, mientras tomaba una de las sábanas y se cubría; miró a Jenny, pidiéndole disculpas, antes de salir corriendo de la habitación.

—¡Espera! ¡¿Qué haces aquí?! ¡¿A dónde vas?! —preguntó, tomándola por el brazo, para evitar que se fuera.

—¡Suéltame! —gritó, halando el brazo, para liberarse. No podía contener sus lágrimas y eso la enfurecía más.

—No, hasta que me digas qué haces aquí, Deborah —cuestionó, reforzando su agarre y pegándola a la pared.

—Una estupidez, eso es lo que hago aquí... Ahora, suéltame, quiero irme de aquí —respondió, evitando mirarlo a los ojos.

Él se la quedó mirando, sintiendo cómo el corazón, le latía muy deprisa; y eso no tenía que ver con la manera en la que despertó. El pecho se le llenó de emoción, solo con verla de nuevo, con oler su perfume, con sentir la suavidad de su piel.

¡Dios, cómo amaba a esa mujer! Deborah llenaba de vida y color su mundo. La noche anterior, casi se había convencido de odiarla, hasta conseguir olvidarla, pero allí estaba, deseándola, necesitándola, amándola sin remedio.

—Déjame... quiero irme —expresó Deborah, con la voz estrangulada, por el nudo de lágrimas que le cerraba la garganta.

—Mírame. —Le pidió él, al ver que ella tenía la cabeza gacha. Se vio obligado a ponerle dos dedos bajo la barbilla y hacer que subiera el rostro; verla llorando, hizo que su corazón diera un vuelco—. ¿Por qué viniste? —preguntó, siguiendo sus pupilas, que nadaban entre lágrimas, mientras él sentía que el corazón saltaría de su pecho en cualquier momento.

—Porque soy una estúpida, porque quería demostrarte que en verdad me importas, que estoy dispuesta a hacer lo que sea necesario para recuperarte; porque no sabría cómo vivir sin tenerte a mi lado..., pero por lo visto tú sí; tú puedes olvidarme sin ningún problema; y todo ese amor que decías tenerme, no es más que basura, ya que no esperaste ni siquiera un maldito día, para irte con otra a la cama —pronunció, sintiéndose furiosa.

Deseaba descargar en él, todo el dolor que sentía, al menos con palabras, pues no se atrevería a lastimarlo; no viendo cómo estaba de maltratado su rostro y su cuerpo.

Se sentía tan estúpida por estar llorando, por sentir lástima por él, después de haberlo visto en la cama con otra; debería marcharse de allí y olvidarlo; que se jodiera, por imbécil.

Maurice estaba por decir algo, cuando escuchó la puerta de su habitación abrirse; cerró los ojos, liberando un suspiro, al ser consciente del grave problema en el que estaba metido. No tanto por Deborah, ya que ella tenía poca moral para reclamarle; en realidad, le apenaba mucho más, la situación de Jenny.

No debió dejarse llevar y buscar en su compañera de clases un desahogo, ella no se merecía que la usara de esa manera.

—Maurice..., creo que será mejor que me vaya —pronunció Jenny, mirando la espalda tensa de él.

—No, no se preocupen, la que se va soy yo. Fue un error haber venido hasta aquí —mencionó Deborah, e intentó liberarse de las manos de Maurice; ignorando la mirada furiosa de él.

—Deja tu estúpida postura de mujer ofendida; que en este momento, es lo que menos te queda. Viniste hasta aquí para hablar, bueno, hablaremos... Espérame aquí.

—¿Esperarte? —cuestionó, asombrada.

—Sí, a menos que desees irte; en ese caso, allí está la puerta. Puedes irte de la misma manera en la que entraste —respondió.

Seguía muy molesto con ella y no dejaría que viniera a imponerle nada; ya mucho hacía con acceder a verla y escucharla; después de lo que había hecho, lo único que merecía, era que la mandara al infierno.

Pero su estúpido corazón, necesitaba escuchar las razones que la habían llevado hasta allí, para bien o para mal; y si era para acabar con todo, que así fuera.

Entró a la habitación y tomó su teléfono, para llamarle un taxi a Jenny; sin tener siquiera el valor para mirarla directamente a la cara, porque sentía que había sido una bestia con ella.

—Siento mucho todo esto, Jenny —dijo, siendo consciente de que le debía una disculpa—. Tomé demasiado anoche y...

—Tranquilo, Maurice; no hay problema. Somos adultos y yo vine hasta aquí por voluntad propia, nadie me obligó —comentó, intentando sonreír, para que él no se

sintiera mal.

Ella sabía muy bien en lo que se estaba metiendo, cuando la noche anterior, aceptó irse a la cama con él; y la verdad, no se arrepentía de haberlo hecho; ciertamente, esa no era la manera como esperaba que acabara, pero igual se sentía feliz de que hubiera sucedido, porque lo disfrutó.

Él era un amante maravilloso, a pesar del alcohol y de que lamentablemente, su corazón pertenecía a la mujer que se encontraba en el salón.

Le había quedado claro en las dos veces que se corrió, estando dentro de ella, y la llamó Deborah.

Otra en su lugar, tal vez se hubiera ido de allí, odiándolo, pero ella era consciente de que también provocó esa situación; se aprovechó de que Maurice estaba tomado, para tener sexo con él. Era algo que ya estaba hecho y no podía ni quería cambiarlo.

—Lamento mucho que tengas que verte en esta situación, me gustaría poder acompañarte, pero...

—No te preocupes, quédate y soluciona las cosas con ella. Si aún te está esperando allí afuera, merece al menos que le des una oportunidad. Yo en su lugar, te hubiera dejado peor de lo que estás, y ni te cuento de lo le hubiera hecho a la que encontrara durmiendo junto a ti —dijo, abriendo mucho los ojos; y después, le dedicó una sonrisa.

Maurice asintió, en silencio, sin saber qué más decirle a Jenny. Le hizo un ademán, para llevarla fuera de la habitación; vio a Deborah, mirando a través de la ventana.

Pudo percibir cómo se tensó, en cuanto sintió su presencia; pero él siguió de largo, hasta la puerta, escoltando a Jenny, y esperó junto a ella, los tres minutos que tardó el taxi en llegar.

Deborah sentía, que estaba sufriendo la peor humillación de su vida; ni siquiera sabía por qué demonios, aún permanecía en ese lugar. Debí abandonarlo, en cuanto vio a Maurice acostado junto a esa mujer.

No sabía cuántos minutos pasaron desde que él saliera, para despedir a su «compañera de clases», pero para ella, fueron una eternidad y una tortura. Si él deseaba cobrarle lo de Diego, lo estaba haciendo muy bien.

Escuchó un auto llegar, después algunas voces susurradas; y finalmente, que él abría la puerta y entraba a la casa.

—¿Qué haces aquí, Deborah? —Le preguntó, a quemarropa.

Ella se volvió a mirarlo, y aunque sentía que en ese momento, lo odiaba con toda su alma; le dolió mucho, ver los hematomas que tenía en el rostro.

Vio que fruncía el ceño, quizás al ver que no le respondía, así que se concentró en la situación, respiró profundo y le mantuvo la mirada, antes de comenzar.

—Vine, porque necesitamos hablar.

—¿Hablar? —cuestionó, elevando una ceja—. ¿Y qué planeas decirme? ¿Que te tiraste al jardinero porque estabas aburrida? O no, lo hiciste para ir en contra de tu padre, como siempre. Pero no, no, espera...; seguro dijiste: «Voy a hacerlo, porque el imbécil de Maurice, nunca se dará cuenta». «Puedo jugar con sus sentimientos, cada vez que se me dé la maldita gana, porque él siempre me perdona». Dime, Deborah, ¿fue eso lo que pensaste?

—Maurice..., por favor —pidió, dando un par de pasos.

—Ni se te ocurra acercarte; y respóndeme, ¿fue eso lo que pensaste? ¿Que yo te iba a perdonar, solo porque te presentaras aquí, con unas malditas botellas de champán y derramaras un par de lágrimas? —Él seguía descargando cada uno de los reproches que tenía en su pecho, y a medida que preguntaba, iba elevando su tono de voz—. ¡Habla, Deborah! ¡¿Qué pensaste?! ¡¿Que solo con eso iba a olvidarme de todo?! —

—Si tan solo me dejarás explicarte...

—¡Qué carajos me vas a explicar, ah! —Le gritó, sin poder creer que ella pretendiera justificar lo que hizo—. Te acostaste con ese «malnacido», tuviste el descaro de vernos a los dos a la cara, todas las mañanas... Imagino cuánto debieron reírse juntos, cuánto les divertió engañarme, como un pendejo.

—Maurice, por favor... ¡Ya basta! ¡Basta! —exclamó, llorando.

Él la hizo sentir acorralada y desató sus nervios. Era consciente de la gravedad de lo que había hecho, y sabía que no sería fácil que él la perdonara, pero ni siquiera la dejaba hablar.

Respiró hondo, para intentar calmarse y dejar de llorar; buscó la mirada de Maurice, aunque al ver tanto odio en esos ojos grises que tanto adoraba, hizo que ella no pudiera mantenerle la suya.

—Yo... yo... lo siento tanto, nunca quise lastimarte —inició y se armó de valor, para mirarlo de nuevo a la cara.

—Pues déjame informarte, que para no querer hacerlo, te salió muy mal. Me destrozaste el alma, Deborah... ¿Sabes? Ayer, después de que salí de la mansión, me preguntaba: «¿Por qué? ¿Qué me faltó entregarle? ¿Qué me faltó decirle? ¿En qué demonios fallé?» —expresó y sus ojos, una vez más, se colmaban de lágrimas.

—Fue mi culpa... —respondió ella, enseguida, para evitar que él se siguiera martirizando con eso—. Tú nunca fallaste, Maurice..., siempre estuviste allí.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste? ¡Por qué, maldita sea! —Se fue sobre ella y la pegó a la pared. Nunca la había tratado de manera violenta, ni a ella ni a ninguna otra mujer, pero el dolor dentro de él, era demasiado poderoso y necesitaba drenarlo.

—Maurice, por favor, cálmate —rogó, sintiéndose realmente asustada. Jamás hubiera imaginado, que él tuviera una reacción como esa. La tenía temblando de pies a cabeza—; me estás asustando.

—Ahora yo te asusto... —espetó, soltándola con brusquedad y dándole la espalda—; pero seguramente, Diego Cáceres no, ese miserable que estuvo en prisión y que es una bestia, no te asusta, ¿verdad? No, con él vas y te acuestas...

—Cometí un error al involucrarme con ese hombre, lo admito y asumo las consecuencias..., pero no me juzgues, cuando tú también lo has hecho. Te sientes dolido y ofendido, pero por qué no te preguntas, cómo me siento yo; que llego aquí y te encuentro desnudo y durmiendo junto a otra mujer. ¿Cómo crees que me siento, Maurice? ¿Acaso crees que soy de hierro y que no me duele lo que acabo de ver? —cuestionó, mirándolo a los ojos.

—Son dos situaciones muy distintas.

—¿Sí? A ver, dime, ¿qué las hace diferentes? Porque para mí, las dos son traiciones —mencionó, sin amedrentarse.

—Lo que sucedió con Jenny, fue casual, producto del alcohol y el dolor que me produjo tu engaño; pero lo que tú hiciste con ese hombre, fue premeditado, con plena consciencia de lo que hacías y del daño que me causabas. Lo hiciste, simplemente, porque te dio la puta gana, porque yo nunca te di motivos para ello —pronunció, sin titubear.

—Ya te dije que lo siento, fue un maldito error...

—Eso no cambia nada, Deborah; el hecho de que te disculpes y ahora te arrepientas, no va a borrar el dolor y la decepción que siento yo. ¿Cómo puedo sacar de mi mente, las imágenes de ustedes dos, revolcándose y burlándose de mí? ¿Cómo puedo volver a confiar en ti? —cuestionó, sintiendo que la herida en su pecho, se abría una vez más; que algo se había roto y no sabía si tendría arreglo.

—Maurice... —intentó decir, pero él no la dejó continuar.

—No sé ni siquiera qué haces aquí, Deborah; deberías marcharte. Vete, por favor —pidió, dándole la espalda.

Ella dejó escapar un fuerte sollozo, que fue acompañado por un torrente de lágrimas. Se había equivocado tantas veces en su vida, pero ninguna llegó a dolerle como esa.

Sentir el desprecio de Maurice, era como volver años atrás, cuando Dominic la alejaba de él y la maltrataba; solo que en aquel entonces, ella era inocente, pero en este instante, no.

—Tienes razón..., no puedo pedirte que confíes en mí, otra vez, porque te fallé. Odié durante tanto tiempo a mi madre, despreciaba lo que había hecho, el haber engañado a mi padre y haber destruido nuestra familia —mencionó, liberando otro sollozo y respirando profundo, para continuar—; pero Dominic tiene razón, soy igual a Christie, me dejé llevar por los deseos de experimentar algo nuevo, oscuro y desconocido para mí; por vivir instantes de un placer efímero, que al final, resultó siendo una condena, más que una liberación.

Confesó, porque eso era lo que sentía; su relación con Diego, había pasado de ser algo divertido, a un campo de batalla; siempre estaban discutiendo, siempre tratando de imponerse uno al otro; ya ni siquiera la pasión alcanzaba, para reconstruir su relación o para restablecer esa conexión que tenían al principio.

—Hice todo eso, pensando que lograría ocultarlo, que tú nunca te enterarías y no sufrirías por ello; me esforcé tanto por mantenerte al margen de todo; cuando lo que debí hacer desde un principio fue, cuidarte y valorar lo que me dabas; porque, al fin y al cabo, nadie me ha entregado un amor verdadero, solo tú...; y yo lo arruiné, lo arruiné todo, Maurice... Soy una estúpida —expresó, llorando.

Maurice había escuchado cada una de las palabras de Deborah, mientras él también lloraba, en silencio; sintiendo que el pecho apenas podía contener tanto dolor.

Cerraba los ojos, deseando escapar de ese lugar y nunca haberse enterado de nada. Lo lastimaba que ella le confirmara su traición; y que además, le diera los motivos que la habían llevado a engañarlo.

—Puedo pedirte perdón mil veces, pero ya nada hará que olvides lo que pasó... —continuó Deborah—. Lo sé porque Dominic nunca le perdonó a mi madre, que lo hubiera traicionado, y ahora lo comprendo. No es fácil poner todas tus esperanzas en alguien y ver cómo esa persona las desecha a la primera de cambio. Yo... solo espero que algún día logres superar todo esto... y que mis acciones no... no te arruinen la vida, porque nada me dolería más que eso... Adiós, Maurice.

Deborah pronunció cada una de esas palabras, con la voz temblándole; y al final, liberó un suspiro, cargado de derrota. En ese instante, comprendió que no podía esperar nada más de Maurice.

Caminó, para abandonar ese lugar; aunque le dolía saber, que lo último que vería de él, sería su espalda, que no merecía ni siquiera una mirada más, no se lo pidió, no tenía derecho a hacerlo.

Él escuchó los pasos de ella, acercándose; y después, sintió el calor de su presencia, que hizo que todo el cuerpo se le llenara de expectativas.

Abrió los ojos, a la espera de algún gesto de despedida por su parte, pero solo pasó a su lado, sin mirarlo; y caminó hacia la puerta.

Maurice no supo qué demonios se apoderó de él, pero fue como si alguien más dominara su cuerpo; y con un par de zancadas, llegó hasta Deborah y la tomó del brazo, para evitar que saliera.

Ella se volvió a mirarlo, desconcertada; él tampoco sabía qué decirle, solo la pegó a la pared, mientras la miraba a los ojos, sintiendo, que cada latido desbocado de su corazón, le suplicaba que no la dejara marchar.

—Maurice... —susurró ella, temblando de pies a cabeza, sin saber qué esperar de él.

—¡Maldita seas, Deborah Wallis! Maldita seas, por hacer que te necesite de esta manera —susurró, antes de estampar sus labios contra los de ella y aprisionarla con su cuerpo.

Deborah gimió de dolor y de placer al mismo tiempo, pero la emoción que la embargó, la golpeó con mucha más fuerza, que ese beso de Maurice.

Él le tenía los brazos atrapados, por lo que no podía tocarlo, pero intentó, que su boca le entregara en ese beso, su agradecimiento y su felicidad, por esa oportunidad que le daba; aunque no sabía si podía dar por hecho, que la estaba perdonando; quizás solo era su despedida, pero la verdad, prefería que fuese de esa manera y así poder llevarse ese último recuerdo de él.

—Maurice..., yo... —esbozó, con la respiración agitada.

—No digas nada..., no quiero escuchar una sola palabra tuya —pronunció, con una mezcla de rabia y excitación.

Le soltó los brazos con brusquedad, esquivando la mirada cargada de desconcierto de Deborah; llevó sus manos al cinturón del abrigo y con rapidez, deshizo el nudo.

Escuchó cómo ella liberaba un jadeo, ante sus movimientos demandantes, que hicieron a un lado la prenda; gimió al ver el vestido que llevaba puesto, ese mismo que se había prometido quitarle algún día.

Deborah no sabía lo que pasaba por la mente de Maurice; es decir, obviamente, deseaba tener sexo con ella; pero nunca pensó que él reaccionaría así, que esa fuera su manera de dejar que entrara en su vida, de nuevo.

Se recargó contra la pared, cerrando los ojos y dejando caer sus brazos a cada lado, para que él tuviera la libertad de desnudarla, mientras que su respiración pesada, movía sus senos, en un hipnótico vaivén, que parecía estar a punto de sacarlos del sensual brasier que llevaba puesto.

El elegante y suave abrigo, cayó pesadamente al piso, y después, lo hizo el cinturón de su vestido; haciendo que el sonido que provocó la hebilla al caer al suelo, se esparciera por todo el lugar.

Sintió las manos de Maurice, subir por debajo de su falda, tanteando sus medias hasta llegar al ligero. Lo escuchó gemir y supo, que esa reacción la causó la visión de su ropa interior; lo sabía, porque había escogido las más sensuales que tenía, para él.

—Maurice... —susurró, abriendo los ojos, intentando acercarse para besarlo, pero él le esquivó el rostro.

—No quiero que hables... —dijo, apoyándole una mano en la mejilla, para volverle el rostro y se pegó a ella, haciéndole sentir la potente erección bajo sus pantalones.

—¿Acaso buscas lastimarme con tu indiferencia? —cuestionó, sintiendo que las lágrimas le subían a la garganta, al ver el trato que le daba—. Maurice, por favor, mírame.

—¡No! —exclamó él, negándose a hacerlo.

Le dolía saber, que después de todo lo que ella había hecho, él pudiera seguir amándola; se sentía como un imbécil, como el hombre más débil del mundo.

Quería que al menos, ella sufriera un poco del dolor que le estaba provocando, que supiera lo que era sentirse usada; eso era lo que deseaba en ese momento, solo usarla; no quería hacerle el amor, quería cogérsela y nada más.

—¡Entonces, déjame! ¡Déjame ir! —gritó ella, en medio de un llanto amargo, intentando empujarlo—. No me hagas esto, Maurice; no me quites la imagen del único amor que tengo, por favor —rogó, tomándole el rostro entre las manos, para que la mirara a los ojos.

Él no pudo seguir soportando el peso que sentía dentro del pecho, hundió el rostro en el cuello de Deborah y comenzó a llorar, como no lo había hecho en muchos años.

Se aferró a ella, sintiendo que sus piernas no podían soportarlo y los sollozos que liberaba, lo hacían temblar íntegro.

Lo que estaba sintiendo, no le daba tregua; era como si todo se le viniera encima de golpe; el amor, el odio, el dolor, el deseo; todos esos sentimientos, se chocaban dentro de él y ya no podía seguir soportándolo.

—No llores..., por favor..., mi amor..., mi amor, no llores, no llores. —Deborah, también dejaba libre su propio llanto, mientras intentaba consolarlo, dándole suaves besos en las mejillas, en el cabello, a cada espacio al que sus labios podían llegar; pues él intentaba esconderse de ella, tratando de ocultar ese dolor que le estaba provocando y que la hizo sentir como la peor mujer del mundo—. Perdóname... Maurice, por favor..., perdóname.

—No puedo..., no puedo, Deborah; porque sé que lo volverás a hacer, que me vas a destrozar el corazón, nuevamente, y yo..., yo ya no podría soportarlo —decía, negándose a mirarla a la cara, sintiéndose avergonzado.

—Dime lo que deseas que haga y lo haré... Haré lo imposible para que me perdones; pídemelo lo que sea, Maurice; pero por favor... —suplicaba, besándolo.

Él no respondió con palabras, solo respondió a ese beso, con toda la intensidad que poseía, con todo el amor que sentía por ella.

La amaba tanto, que incluso podía decir, que lo hacía más que a sí mismo; era como si ella fuera todo lo que deseaba en el mundo; su verdadera razón de existir.

La tomó entre sus brazos, sin decir una sola palabra y se la llevó a la habitación, para hacerle el amor, para sentirla suya, como sabía que nunca había sido de otro; porque ningún hombre en el mundo, la amaba como lo hacía él.

—Quita esas sábanas, por favor —pidió ella, al ver las intenciones de él, de acostarla en la cama.

Maurice la miró, desconcertado, solo por un segundo, porque enseguida, cayó en cuenta de lo que verdaderamente le pedía; la puso de pie junto a la cama, y con rapidez, quitó las cobijas y las sábanas, lanzando todo al piso.

Después, la recostó sobre el colchón, la miró, quitándose la camiseta y vio un gesto de pena, reflejarse en el rostro de Deborah, al ver los moretones en su torso.

Ella se incorporó un poco, para estar más cerca de él y con cuidado, pasó sus dedos por las horribles marcas, que estaban esparcidas por todas partes, y se notaba, que debían ser muy dolorosas.

Diego había sido una verdadera bestia; vio que él se quedaba muy quieto, y ella se arriesgó a hacer algo más; con lentitud, llevó sus labios hasta cada hematoma, para dejarle caer suaves besos, apenas toques de labios, que lo aliviaban.

—Lo siento tanto... —susurró, dejando rodar un par de lágrimas por sus mejillas; temblando de dolor e impotencia.

—Lucen peor de lo que se sienten —dijo, para consolarla; en verdad le dolían, pero no quería que lo viera con lástima.

—Lo dudo —pronunció, sorbiendo las lágrimas.

Maurice sonrió, bajando con cuidado, para tomar entre sus manos el rostro de Deborah y comenzar a besarla.

No necesitaba de palabras, cuando podía ver, a través de esa mirada azul, todo el amor que le profesaba y cuánto le dolía que él estuviera así.

Aunque seguía sin comprender su manera de proceder, pues él, tuvo que estar completamente borracho para poder acostarse con otra mujer. En sus cinco sentidos, jamás lo hubiera hecho, porque si bien fue el cuerpo de Jenny el que hizo suyo, en su mente y su corazón, era a Deborah a quien poseía.

—¿Acaso planeas hacerme el amor por encima de la ropa? —preguntó Deborah, desconcertada, al ver que él la cubría con su cuerpo, sin desnudarla—. Déjame

quitarle el vestido, será más fácil.

—No, déjatel puesto —pidió y dándole suaves toques de labios, comenzó a hacerse espacio entre las piernas de Deborah, aunque todo el torso le dolía—. Mierda —murmuró y se movió despacio, conteniendo el aire; tratando de soportar la molestia.

—Maurice, vas a lastimarte...

—Estoy bien..., puedo hacerlo. —Intentó esconder de su semblante, el dolor punzante que sentía; mientras con su mano, le movía el panty. Deseaba hacerla suya, lo necesitaba.

Deborah dejó escapar un suspiro, consciente de que le estaba mintiendo; verlo apretar los labios y contener el aire, eran pruebas suficientes de que no estaba bien; sin embargo, era evidente, que nada de lo que dijera, lo haría desistir.

—Espera... —Le pidió, al ocurrírsele una idea—, déjame estar arriba; prometo que seré cuidadosa —indicó, moviéndose despacio, para no lastimarlo. Le dedicó una sonrisa y lo besó en los labios, para terminar de convencerlo.

Maurice se tendió de espalda, acomodando las almohadas, para estar más cómodo, procurando que la posición, le permitiese disfrutar de ese momento. Elevó con cuidado las caderas, para que Deborah le quitara el pantalón.

Él le acarició las piernas, cuando ella las apostó a cada lado de su cuerpo. Apretó los dientes, para retener el quejido, cuando ella apoyó sin querer, las manos en su abdomen; antes de llevarlo a su interior.

—¿Estás bien? —Le preguntó Deborah, con preocupación, al ver que su mirada se había cristalizado; por lo que se mantuvo quieta.

—Estoy perfectamente —respondió, llevando sus manos a las caderas de ella, para invitarla a que empezara a moverse.

—Mentiroso —pronunció, mordiendo el labio para no sonreír. Le acarició las manos y poco a poco, fue apurando el vaivén de sus caderas; era fantástico sentirlo en su interior; sobre todo, después de creer que más nunca lo haría.

—Deborah —esbozó, en medio de un jadeo.

—¿Quieres que vaya más de prisa? —inquirió, con la respiración pesada y la voz ronca, por la excitación.

—Sí..., muévete más —pidió, sintiéndose algo masoquista, y ella lo complació—. ¡Mierda! ¡No! Para..., para; mejor despacio.

—Maurice... —susurró, deteniéndose y acercándose con cuidado, para besarlo en los labios, buscando aliviarlo—. Mejor dejamos esto para más adelante, cuando estés recuperado.

—No, no..., estoy bien, estoy bien; solo fue una molestia leve, ya pasó.

—Ninguno de los dos disfrutará de esto —dijo, negando con la cabeza y buscando la mirada de su amante. Dejó que sus labios rozaran los de Maurice, antes de continuar—: sé que quieres hacerlo, pero tu cuerpo no está bien. Si me hubieras hecho caso y hubieras dejado que un doctor te atendiera, no estarías así.

—Debbie... —decía, pero ella lo calló.

—Debbie nada, eres un testarudo —expresó y suspiró, pensando en una solución—. Te daré sexo oral —mencionó, succionándole los labios, para convencerlo.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó, pues también deseaba complacerla; ella siempre había sido su prioridad.

—Puedo esperar, o puedes tocarme.

Maurice no concebía, que su reconciliación se diera de esa manera; él deseaba disfrutar de un orgasmo junto a ella; quería escucharla pronunciar su nombre, mientras también liberaba el suyo; que temblaran juntos, besarla, abrazarla.

—Ningún dolor puede ser más terrible, que el hecho de no poder hacerte mi mujer, Deborah...; por favor, vamos a intentarlo de nuevo. Te prometo que estaré bien —pronunció, con convicción, mientras la miraba a los ojos.

Deborah asintió en silencio, armándose de paciencia, para ir despacio y complacerlo; se movió hacia atrás, sintiendo cómo toda la longitud de Maurice, se alojaba muy profundo dentro de ella. Lo miró a los ojos, para comprobar que estaba realmente bien, y respondió a la sonrisa que él le dedicaba, con el mismo gesto.

Lentamente, fueron encontrando el equilibrio perfecto, para disfrutar de ese encuentro. Ella intentaba no mover muy rápido sus caderas, pero en cambio, procuraba deslizarse a lo largo del miembro de Maurice; sintiendo cómo el músculo tenso, la colmaba por completo, y comenzaba a gozar de ese ritmo.

—Quitate el vestido, quiero verte... —murmuró él, con la voz muy grave; pero ya no de dolor, sino de placer. Deborah lo hizo y él se deleitó con el sensual conjunto de lencería que llevaba, cuya transparencia le aceleraron los latidos; aunque prefería verla desnuda—; y el brasier también. Tócate los senos.

Maurice necesitaba apurar su propia liberación; porque, aunque estaba disfrutando de sentirse dentro de Deborah, el dolor no lo abandonaba del todo.

La visión de ese par de senos perfectos y las manos de Deborah, masajeándolos, hizo que todo su ser, temblara; y lo demás se aceleró, precipitando su orgasmo.

—¡Oh, Dios! —exclamó ella, cerrando los ojos.

La expresión de placer que se dibujó en el rostro de Deborah, justo en el instante que él se apoderó con sus dedos del nudo de nervios en medio de sus piernas, frotándolo con la presión exacta, para enloquecerla, lo llevaron al límite.

Arqueó el cuerpo, sin dejar de acariciarle los senos y ese movimiento, la dejó más expuesta para él, brindándole una visión perfecta de la unión de sus sexos.

La noche anterior, su cuerpo había estado anestesiado por el alcohol, y por eso pudo tener sexo con Jenny, sin molestias, al menos que él recordase; pero en ese instante, la imagen de Deborah, montándolo de esa manera, fue lo que hizo que todo el dolor se esfumara; y llevado por el deseo, comenzó a empujar con fuerza dentro de ella, hundiéndose por completo.

—¡Maurice! —Dejó escapar un jadeo tembloroso.

—Quédate quieta..., no te muevas, Debbie. —Le rogó, sosteniéndole con una mano la cadera y con un gruñido profundo, se dejó ir. Empujaba y gemía, empujaba y jadeaba.

Deborah ya no era dueña de su cuerpo; lo dejó todo en manos de Maurice y disfrutó de ese goce, que solo él podía brindarle; eso que con otros, nunca había conseguido.

Sin ser capaz de soportar el placer que la embargaba, cayó desmadejada, sobre el cuerpo maltratado de su amante, con los ojos cerrados.

—¡Maldición! ¡Debbie! —gritó él, palideciendo.

—¡Dios! ¡Lo siento! ¡Lo siento mucho! —reaccionó y se incorporó rápidamente, liberándolo de su peso—. ¿Te hice daño? ¡Por Dios! ¡Qué cosas digo! Soy una estúpida, claro que te lastimé.

—No importa..., ven acá —pidió, sonriéndole y la acercó con cuidado a su cuerpo—. Si muero ahora..., lo haré siendo feliz.

—No digas eso..., no seas tonto —esbozó, besándolo.

Ella lo calló con ese beso, porque no quería que él dijera algo como eso, nuevamente; ni siquiera en broma, porque había una amenaza que pendía sobre su cabeza; y aunque él no lo sabía, ella sí.

Y el miedo le hizo un nudo en el estómago.

Gonzalo sonreía con picardía, al tiempo que intentaba guiar a Rebecca, para que siguiera el ritmo de su cuerpo, mientras la lenta y sensual melodía, llenaba el espacio dentro del salón de la casa de la morena.

Ella lo había retado, a que le enseñara que sus gustos musicales, no se limitaban nada más al rock pesado; quería que le demostrara, que su esencia latina, no solo estaba presente en sus maravillosas dotes de amante o en las ricas comidas que a veces le preparaba; sino también en otros aspectos de su vida.

Y así fue cómo se decidió a enseñarle a bailar salsa, pues no había venezolano que se considerase como tal, si no sabía mover su cuerpo a ese ritmo; aunque él lo aprendió de pequeño, lo perfeccionó durante los tres años que regresó al país que lo vio nacer, siendo ya un hombre.

Cuando retando a sus padres, se marchó; porque deseaba reencontrarse con ese niño, al que le quedaron muchos círculos por cerrar.

Sin embargo, su destino estaba en Norteamérica, porque incluso estando en Venezuela, conoció a la que fuera su esposa, quien era oriunda de Oklahoma y estaba de vacaciones en el país suramericano.

Quedó tan prendado de esa hermosa mujer, en las dos semanas que compartieron, recorriendo las playas del oriente venezolano, que lo hizo regresar a los Estados Unidos, junto a ella; y su madre, siempre le reprochaba eso, que más poder habían tenido las faldas de Clarisse, que todas las súplicas que ella le hizo, a través de sus cartas o llamadas, pidiéndole que regresara a su hogar.

—Gonzalo... , siento que estoy perdida. —Le hizo saber Rebecca, al ver que sus pies iban por un lado y los de él por otro.

—Tranquila, cariño; nadie aprende a la primera... Intenta relajarte y deja que sea yo quien te lleve —indicó, sonriéndole.

—Es que tengo muchas desventajas. Por mis venas no corre una pizca de sangre latina; y por si fuera poco, no tengo idea de lo que dice esa canción... ¡Es muy difícil! —Se quejó, haciendo un puchero, mientras lo miraba a los ojos.

Gonzalo soltó una carcajada, ante ese gesto tan infantil de ella. No pudo resistir la tentación de acercarse y cubrir con sus labios los de ella, solo con un toque suave, que iba cargado de ternura.

—No te rías de mí, Gonzalo —mencionó, frunciendo el ceño, aunque disfrutó de ese roce que le brindó.

—No me estoy riendo de ti, solo me resultas encantadora —expresó, siendo sincero. Le encantaba tenerla entre sus brazos, sentir su calor, su piel suave, su olor.

—Cuando quiere, puede ser muy galante, detective Dorta.

Le acarició la espalda, mientras le sonreía y buscaba sus labios, para besarlos; gimiendo, al sentir el primer roce de esa lengua ágil y pesada, que tanto le gustaba; deleitándose con la presión de esos labios llenos, que separaban los suyos, para adueñarse de todo.

Gonzalo deslizó sus manos, moldeando la cintura de Rebecca, hasta llevarla al nacimiento de ese perfecto culo, que lo volvía loco; pero no se limitó a quedarse allí; bajó, apoderándose con posesión de las turgentes nalgas, para pegarla más a su cuerpo.

Él ahogó con su lengua, el gemido que ella le entregó, cuando sintió contra el suave y cálido pubis, la ligera tensión, que comenzaba a apoderarse de su miembro.

Gonzalo abandonó los labios de Rebecca y le deslizó los suyos a lo largo del cuello.

—¿Quieres saber lo que dice la canción? —Le preguntó en un susurro, haciendo que su aliento pesado, le calentara la piel, erizándola; y fue su turno de gemir, cuando ella le acarició la nuca, deslizando sus dedos por el nacimiento de su cabello.

—Sí —susurró Rebecca, suspirando y deleitándose con los rizos desordenados de Gonzalo.

Él tenía rato, siguiendo la canción en su cabeza; claro, lo hacía en español, pero intentó traducirla para ella, sin que fuera muy literal, para que no perdiera la esencia; quería transmitirle toda la sensualidad de la misma, que era lo que Rebecca le hacía sentir.

—*Tú me quemas, cuando me rozan tus rodillas... tú me quemas, cuando me abrazas y me mimas... tú me quemas, ni el agua de los mares calmará esta hoguera...* —cantó, en susurros, al oído de ella, sintiéndola estremecer; lo que disparó su excitación. Siguió moviéndose, al ritmo de la música, pero sin alejarse ni dejar de acariciarla, mientras le besaba el cuello.

—Gonzalo... ¿Estás jugando conmigo? —preguntó y jadeó, al sentir cómo él, deslizaba una mano por debajo de su blusa, para rozar con suavidad su pezón, que estaba duro y muy sensible.

—No, es lo que dice la canción... —respondió, sonriendo, al ver cuán excitada la tenían sus caricias.

—Dime más... ¿Qué más dice? Sigue —pidió, cerrando los ojos y suspirando, al sentir cómo la mano que estaba en su seno, descendía hasta su vientre, haciéndolo temblar.

—¿Sigo cantándote o tocándote? —preguntó, con un tono provocador, mientras desabrochaba el botón de su jeans corto.

—Ambas —contestó, metiendo sus manos por debajo de la camiseta de él, y se deleitó, acariciando esa amplia espalda, al tiempo que le mordía el cuello.

—*Tú hierves en mi sangre al mirarte muñeca...* —Gonzalo cambió la palabra que iba allí, por la que él usaba con ella; sonrió contra el trémulo cuello de Rebecca, cuando ella jadeó, al sentir que la había dejado solo con el panty—. *Me vuelves loco y no combino mis ideas, no sé lo que me pasa y pierdo la cabeza... en tus brazos, tú me quemas...*

—Gonzalo... , se suponía que me enseñarías a bailar —esbozó, intentando recuperar la cordura, pero los dedos de él, debajo de su ropa interior, no la ayudaban—. ¡Detective Dorta! ¡Compórtese!

—¿Quieres que deje de enseñarte? —cuestionó, con una sonrisa sensual adornando sus labios.

—No... , es decir, sí... —Parpadeaba, sintiéndose abrumada, por las emociones que la recorrían.

—Decídase, señorita Freeman. —Continuó con sus caricias, provocándola, hasta hacerla delirar.

—¡Ya! ¡Olvidémonos de la salsa! Mejor bailemos tendidos en el sofá —pidió, succionándole los labios y colgándosele del cuello, para que la llevara hasta allí.

Gonzalo soltó una carcajada, que retumbó en cada rincón del salón; y haciendo uso de su fuerza, la cargó; atrapó esa deliciosa boca con la suya y caminó con agilidad hasta el mueble.

La recostó con cuidado y no tardó un minuto en estar desnudo sobre ella, acariciándola con su cuerpo, con sus manos, con sus labios; sintiéndola vibrar y haciéndolo junto a ella.

La música había cambiado a otra canción, pero ninguno de los dos, tenía intenciones de prestarle mucha atención. Solo deseaban dedicarse el uno al otro; y juntos, alcanzar la cima del placer.

Deborah había caído rendida junto a Maurice, después de ese demoleedor orgasmo que experimentaron juntos. El hecho de haber tenido relaciones sexuales con tanto cuidado, no limitó la sensación de placer que vivieron; por el contrario, fue como si de cierto modo, lo hubiera intensificado todo, pues les dio la oportunidad de disfrutar de cada roce por mínimo que fuera.

Él había buscado sábanas nuevas, para vestir la cama, mientras ella se aseaba en el baño. Pensó que Deborah se marcharía a la empresa en cuanto saliera; sin embargo, la vio quedarse de pie en un rincón; eso lo desconcertó, pero si era sincero, no quería que ella se marchara; deseaba que se quedara junto a él.

Deborah tenía dos razones para no querer irse de ese lugar, la primera, que al igual que él, no deseaba dejarlo; temía que tal vez, algo pudiera arruinar lo que habían recuperado; y la segunda, porque sentía que el trasnocho, le estaba pasando cuenta.

Apenas podía mantener sus ojos abiertos o decir algo, sin que un bostezo se atravesara en sus palabras.

Maurice lo notó y la hizo descansar; no hablaron mucho, solo se dedicaron a entregarse besos y caricias, acurrucándose con cuidado, para dormir juntos.

Después de siete horas, él seguía dormido, mientras ella sentía que ya su cuerpo no necesitaba más horas de sueño; pero no quiso despertarlo, solo se quedó mirándolo y sus pensamientos volaron al pasado, al momento en que nació el sentimiento que compartían.

Maurice ya llevaba un mes en la mansión Wallis, junto a su padre. Se habían mudado a uno de los galpones, que quedaban en el patio trasero de la gran casona; y que anteriormente, habían servido de depósito para el algodón.

La acondicionaron lo mejor que pudieron, para poder dormir allí, mientras esperaban la indemnización que les había prometido el gobierno, para que reconstruyeran sus hogares, que habían sido devastados por el Katrina.

En un principio, Deborah lo veía como un intruso; no le gustaba la atención que le dedicaba su padre, alegando que él la necesitaba, porque había quedado huérfano de madre, en el huracán.

Ella sentía que también lo era, desde hacía mucho, y nadie se preocupaba por su bienestar; por el contrario, cada día, Christie la ignoraba más y Dominic solo la despreciaba.

Sin embargo, con el pasar de los días, fue conociendo a ese chico, que en aquel entonces, le pareció el más apuesto que hubiera visto, a la corta edad de quince años.

Tenía unos hermosos y expresivos ojos grises, una sonrisa contagiosa, su cabello de un rubio oscuro, que cambiaba con la luz del sol; a veces lucía más oscuro y en otras, más claro; su textura era delgada, pero no desgarrada; y lo mejor de todo, era alto, muy alto.

Podía notar, que él se la quedaba mirando durante horas, como un tonto, mientras ella hacía sus tareas en la terraza; y en ocasiones, la incomodaba que fuera tan insistente. La desconcentraba; terminaba equivocándose en lo que hacía; y como era lógico, eso la molestaba.

Una tarde, no pudo soportar más, la entrometida mirada de Maurice Favre; soltó el cuaderno de ejercicios y resopló con fastidio, antes de ponerse de pie.

Caminó con decisión, hacia la pequeña terraza donde él se encontraba y lo enfrentó.

—¿Por qué todo el tiempo estás mirándome? —cuestionó, mirándolo a los ojos, mostrándose realmente furiosa.

Él se quedó en silencio, sorprendido ante ese ataque tan frontal de ella; solo conseguía mirarla, mientras sentía que el corazón le latía muy deprisa; pero reaccionó, consciente de que esa oportunidad, que tanto había estado esperando, al fin había llegado y debía aprovecharla.

—Porque eres hermosa —respondió, sonriendo.

Deborah separó sus labios para hablar, pero no logró emitir un solo sonido. No esperaba algo así por parte de él, no de manera tan directa; pensó, que le contestaría con evasivas.

Se molestó mucho más, al sentir que la había dejado sin argumentos.

—¡Pues deja de hacerlo! —Le exigió, mostrando su carácter.

—¿Por qué? —inquirió Maurice, desconcertado.

—Porque..., porque no me gusta —dijo y le dio la espalda.

Él no comprendía la actitud de ella, no creía haberla ofendido solo por mirarla; hasta donde sabía, eso no le hacía daño.

—Debbie... —La tomó del brazo, para detenerla.

—Tampoco me llastes así —pronunció, con los dientes apretados, soltándose con brusquedad del agarre.

—Todo el mundo aquí lo hace —señaló, mirándola con el ceño fruncido; su actitud, ya no le gustaba.

—Lo hacen, porque me conocen desde hace mucho y yo se los permito, pero a ti no. Así que no vuelvas a hacerlo.

—¿Por qué demonios eres tan grosera? —preguntó, revelando su molestia—. Yo solo intento ser amable contigo, porque me gustaría que fuéramos amigos —agregó, suavizando su tono.

—Tú y yo no podemos ser amigos. —Ella lo miró con algo de asombro; al parecer, ese chico había enloquecido.

—¿Por qué no? —inquirió, de nuevo; no la dejaría irse, sin que le diera una respuesta convincente.

—¿Acaso no es evidente? Tú y yo no pertenecemos a la misma clase social; no puedes estar en mi círculo de amigos.

—Esa es la respuesta más absurda que he escuchado en mi vida. Para ser amigos, solo basta con que dos personas lo quieran. No se necesita nada más —mencionó eso que había aprendido de su madre. Ella no creía en las clases sociales ni en el racismo.

Deborah, una vez más, se quedaba sin palabras; se marchó, sin responderle. Recogió sus cosas y entró a la mansión, pero las palabras de Maurice, se quedaron grabadas en su mente y no la dejaron en paz, durante una semana; así que al final, accedió a probar cómo sería tener una amistad con un chico como él.

Con el tiempo, descubrió que era genial. Maurice era muy especial con ella, la hacía reír todo el tiempo, era amable y tierno, también muy inteligente, carismático y cada día, le parecía más guapo; tanto, que más de una vez, se descubrió mirándolo como una tonta y suspirando por él.

Una tarde, se encontraba particularmente triste, porque sus padres no se presentaron en la obra de teatro, donde ella fue la protagonista.

Dominic le dijo que tenía otra maldita reunión; y su madre, se quedó dormida, después de que tomó varias pastillas para aliviar el dolor de cabeza, producto de la resaca; pues había estado tomando, como siempre.

—¿Cómo estuvo la obra? —preguntó Maurice, con entusiasmo; llegando hasta el columpio, donde ella se encontraba.

—Bien —masculló, sin mirarlo a los ojos.

—¿Solo bien? No te creo... Vamos, cuéntame más.

—Dije todas mis líneas bien..., aunque un par de veces improvisé; pero nadie notó que lo había hecho, solo la maestra; que incluso, me felicitó por controlar la situación tan bien. Dijo que había heredado el talento de mi madre y al final, todos nos aplaudieron de pie; aunque la mayoría me miraba a mí —respondió, sin mostrar la emoción que se suponía debía sentir.

—Y entonces, ¿por qué estás así? —cuestionó él.

—¿Así, cómo? Maurice —respondió con otra pregunta.

—Estás triste, Debbie —dijo lo que era evidente.

—Mis padres no fueron a verme. Me da igual, pero... —contestó, encogiéndose ligeramente de hombros; y bajó la mirada, para esconder que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Son unos tontos, yo hubiera dado lo que fuera por haber estado allí —mencionó él, con sinceridad.

—¿Lo dices en serio? —Deborah elevó el rostro, sintiéndose animada por esa reacción de Maurice.

—¡Por supuesto! —expresó, manteniéndole la mirada.

Ella dejó ver una sonrisa, que iluminó sus hermosos ojos azules y alejó las lágrimas que los opacaban; se sonrojó y esquivó la mirada de Maurice, porque la intimidaba.

De pronto, sintió cómo él acunaba su rostro entre las manos, con suavidad, para hacer que lo volviera a mirar, y se acercó, muy despacio.

Una vez más, ella se quedaba sin voz, delante de Maurice; sus nervios se dispararon y el latido de su corazón, parecía el zumbido de una abeja, de lo rápido que iba.

Lo miró a los ojos, fijamente, siendo consciente de lo que él haría; iba a besarla. Maurice le daría su primer beso; y esta vez, no huyó, como había hecho en ocasiones anteriores con otros chicos; solo se quedó completamente inmóvil, conteniendo la respiración.

El primer roce, fue tan delicado, que apenas lo sintió, pero la expectativa dentro de ella, crecía y crecía a cada segundo; lo sintió probar, de nuevo; presionando esta vez, sus labios.

Ella tembló, cuando un toque húmedo, se deslizó por sus labios.

Vio que Maurice cerraba los ojos y ella lo imitó, siguiendo sus movimientos, haciéndole espacio; y al primer contacto de sus lenguas, se sintió temblar de pies a cabeza.

—Maurice... —susurró, cuando al fin dio con su voz—. No me pediste permiso para besarme. —Le recordó, mirándolo.

—Oh, lo siento..., lo siento, es que estaba loco por hacerlo. ¿Puedo besarte, Debbie?

—Ya lo hiciste —respondió, riendo, con nerviosismo.

—Sí, pero quiero hacerlo de nuevo —indicó, mostrando el mismo gesto de ella, aunque más efusivo.

Deborah asintió, moviendo su cabeza; y esta vez, cerró los ojos desde el principio, para disfrutar del beso; animándose a separar más sus labios y dejar que su lengua, también masajeara la de Maurice.

Se sentaba cuando sentía que iban muy rápido, o que él llegaba muy profundo o cuando el aire comenzaba a faltarle; pero después de varios minutos compartiendo besos, sentía que no quería dejar de hacerlo; era extraordinario y la hacía sentir muy emocionada, como nunca lo había estado en su vida.

Los días, semanas y meses, fueron pasando, mientras Deborah y Maurice, cada vez estaban más unidos. Una tarde, se hicieron novios, pero acordaron mantenerlo en secreto, para que sus padres no los reprendieran por ello.

Pero cada día, cuando llegaban del colegio, se escapaban a algún rincón del jardín, y los besos se hicieron una constante entre ambos. Iban ganando experiencia y las hormonas estaban en plena revolución, exigiéndoles entregar más en cada intercambio.

Deborah le confió su secreto a Janeth, porque no podía seguir callándolo; le contó todo acerca de lo que estaba viviendo junto a Maurice y de sus miedos, al sentir que en algunas ocasiones, llegaba a desconocerse, y que su cuerpo, parecía tener vida propia.

Ella, quien ya contaba con más experiencia, le dijo que no era nada grave lo que le ocurría, que solo se estaba convirtiendo en mujer.

Al principio, le pareció un tanto absurdo, pues ella, desde hacía tres años, había comenzado a menstruar; y a no era una niña, sino una señorita; y suponía, que ese cambio era convertirse en mujer, pero su mejor amiga, le dijo que estaba equivocada, que convertirse en mujer, era tener intimidad con un hombre, y todo comenzaba con desearlo, que eso era lo que le ocurría con Maurice. Ella empezaba a experimentar el deseo por un chico.

Deborah no se sentía preparada para hacer algo así, apenas llevaban dos meses juntos y si sus padres llegaban a enterarse, la matarían, por no decir si se quedaba embarazada; era ingenua, pero no hasta el punto de no saber que eso podía pasar, si ella y Maurice tenían relaciones sexuales.

Janeth le dijo, que había otras maneras de drenar el deseo; y una tarde, ella puso en práctica esos consejos.

Se encontraba sola en su habitación, escuchando música; acababa de darse una ducha y se acostó, para intentar descansar; pero los recuerdos de Maurice, de sus caricias y sus besos, siempre despertaban en ella, esas emociones que la llenaban de miedo y al mismo tiempo, le gustaban.

Dejó escapar un suspiro, cerrando los ojos, y las palabras de Janeth, resonaron en su cabeza; pensó, que no tenía nada de malo que probase, al menos una vez; quizás encontraba alivio a esa necesidad que sentía.

Tomó el borde de su camisón rosado, de algodón y lo subió por encima de su cintura; después, deslizó su mano sobre su vientre, que temblaba ligeramente; y suspiró, antes de llevar un par de dedos dentro de su ropa interior.

Se estremeció, ante el primer roce sobre su monte de venus y se animó a ir más allá, llevada por las sensaciones que la recorrían.

Sintió sus labios tibios, húmedos; y cada vez que los rozaba, se iban tornando más sensibles. Su respiración también se fue haciendo pesada y el ritmo de su corazón, aumentó.

No supo ni siquiera, en qué momento separó las piernas y comenzó a frotarse con más ímpetu ese brote duro, que la tenía delirando.

—Maurice..., Maurice... —Comenzó a susurrar, al tiempo que lo imaginaba cerca de ella, besándola y acariciándola.

—¿Me llamabas? —preguntó él, desde la puerta de cristal que daba al balcón, la cual se encontraba abierta.

Había ido a verla, al notar que ella no acudió a su cita de todas las tardes; pensó, que quizás se encontraba enferma o tal vez, deprimida, como frecuentemente le pasaba.

Se había arriesgado a escalar la pared, hasta llegar a la tercera planta; tratando de que ningún sirviente lo viese, porque de hacerlo, estaría en graves problemas; pero al llegar y encontrarse esa imagen, supo enseguida, que lo haría mil veces más.

—¡Oh, cielo santo! ¡Maurice!

Un cúmulo de nervios se apoderó de Deborah y como pudo, se bajó el camisón, saltando de la cama, para darle la espalda; queriendo morir de la vergüenza.

Todo el cuerpo le temblaba y un torrente de lágrimas subió por su garganta; quería desaparecer.

—¿Qué haces aquí? ¡Vete! —gritó, sin mirarlo.

Él se aproximó a ella, para tranquilizarla; podía entender que se sintiera avergonzada, a él le había ocurrido un par de veces, cuando su padre lo descubrió haciendo lo mismo, pero no había nada de malo en eso, era algo natural; bueno, eso decían sus amigos.

—Cálmate, Debbie...; tranquila, no pasa nada —pronunció, acariciándole la espalda y se animó a envolverla en sus brazos.

—No, sal de aquí..., por favor —dijo, esforzándose por no llorar delante de él; ya estaba lo bastante apenada.

—¡Hey! Mírame. —La tomó por los hombros, obligándola a volverse, y le sostuvo el rostro entre sus manos—. ¿Por qué te pones de esa manera? —preguntó, ladeando la cabeza, para buscar su mirada, pues ella se la negaba.

—¿Que por qué? —questionó, asombrada—. No tienes que entrar así, estás violando mi privacidad. —Le reprochó.

—Lo siento, vine porque estaba preocupado por ti. No fuiste a verme y pensé que te sentías mal. ¿Por qué te pones de esta manera? ¿Te causó vergüenza que te haya visto? —inquirió y la vio asentir, con un moviendo forzado. Le acarició las mejillas, que estaban tan rojas, como las cerezas maduras.

Ella le esquivó la mirada, mientras sentía que la canción que sonaba en ese momento, expresaba todo lo que deseaba decirle a Maurice, pero su voz no alcanzaba ni siquiera para responder a sus preguntas.

Solo dejó que *Britney Spears* le dijera, que necesitaba tiempo, a través de la letra de *Sometimes*; sobre todo, que Maurice entendiera el mensaje, que lo viera también en su actitud. Estaba aterrada por lo que le hacía sentir.

—Mi hermosa Debbie, no debes sentirte avergonzada. Lo que hacías, es natural; yo también lo hago, todo el tiempo... En realidad, lo hago a diario, y también es pensando en ti. —Él se mostró un poco apenado, pero le sonrió, para hacerla sentir confiada; no le pasaba desapercibido, el miedo en su mirada.

Ella abrió mucho los ojos; y después, parpadeó, asombrada, ante esa revelación de Maurice. Tragó, para pasar el nudo en su garganta y su voz al fin apareció.

—¿Todos los días? —preguntó, sin poder creerlo.

—Sí, todos... Yo también te deseo, Deborah; te deseo tanto, que he estado a punto de volverme loco —confesó, mirándola a los ojos y llevó sus manos a la pequeña cintura.

Deborah se estremeció, al sentir el cálido contacto de sus manos, que pareció despertar cada fibra de su ser. Él se acercó, rozándole los labios, y ella no pudo retener ese suspiro, que revoloteaba en su pecho; solo cerró los ojos y apoyó sus manos en el cuello de Maurice, mientras le entregaba su boca.

Deborah regresó de sus recuerdos, sintiendo el mismo calor abrasador, que la embargó en aquel entonces; cuando Maurice, supo interpretar sus emociones y le dio el tiempo, que su mirada y sus gestos le pedían.

No hicieron el amor ese día, pero él quería, que ella comenzara a sentirse cómoda, compartiendo algo de intimidad con él; así que, mostrando desde ese instante, las artes de seducción, que con el tiempo perfeccionaría, logró convencerla, de dejarse tocar por él.

Y de esa manera, Deborah vivió una de las experiencias más eróticas que hubiera imaginado y el primer orgasmo de su vida.

Verlo desnudo y dormido, a su lado, aumentaba la excitación, producto de ese recuerdo; y estuvo tentada de tocarlo; de hacer aquello a lo que se animó, en su juventud, después de la tercera vez que Maurice la hizo tocar el cielo.

Quería que él sintiera lo mismo, que viviera esa extraordinaria sensación y dejando de lado su timidez, le pidió que le enseñara; porque al principio, lo hacía con torpeza.

—¡Ya detén esos recuerdos, Deborah! —Se exigió, sabía que debía darle tiempo a Maurice, para recuperarse, aunque lo deseaba con intensidad; su prioridad, era que él estuviese bien—. Debes dejarlo descansar —susurró, dándole un suave beso en la mejilla.

Regresó del baño y se asomó por la ventana, el sol comenzaba a caer, anunciándole que le quedaba poco tiempo. Dejó escapar un suspiro, cerrando los ojos y se negó a abandonar ese lugar. Se quedaría junto a Maurice.

Caminó, para meterse a la cama y acurrucarse con él; estando así, recordó que muchas veces, había hecho lo mismo. De adolescente, se escapaba de la mansión y se iba a dormir con él, o le pedía que fuera a verla y se acostaban en su habitación o en el que ahora era su estudio.

—*It seems like I can finally rest my head on something real... I like the way that feels.*

Deborah comenzó a cantar muy bajo, ese tema que muchas veces le dedicó a Maurice, mientras apoyaba la cabeza en su pecho y suspiraba, sintiéndose feliz; envuelta en esa paz, que solo él le podía entregar; sonrió, abrazándolo con cuidado.

—Hacia mucho que no me la cantabas —pronunció, con la voz ligeramente ronca, por haber dormido tanto.

—¡Estás despierto! —expresó ella, moviéndose, para mirarlo.

—No lo estaba, pero tu voz me despertó. —Parpadeó, para aclarar su visión, mientras le acariciaba la espalda.

—Seguramente por lo horrible que es.

—No, para mí no lo es; por el contrario, no tienes idea de cuánto me emociona escucharte cantarme.

—¡Eres un mentiroso, Maurice! —Se quejó, haciendo un puchero. Así como reconocía sus virtudes, también lo hacía con sus defectos; y era consciente de que no tenía buena voz.

—¿Crees que miento? —preguntó, incorporándose un poco.

—¡Por supuesto! —respondió ella, con vehemencia.

—Te demostraré que no.

Se puso de pie y caminó hasta la mesa, para buscar su teléfono; regresó, y se volvió a tender en la cama, junto a ella; mientras buscaba en los archivos.

Deborah se sentía intrigada, ante su actitud y ni siquiera se imaginaba lo que él le mostraría. Cuando le entregó su móvil, casi se muere de horror y vergüenza.

—¡Por Dios! ¿Cómo tienes este video? —preguntó, asombrada, llevándose una mano a la cara, para esconder su pena.

—Lo grabé con la primera cámara digital que tuvo mi padre, ¿recuerdas que siempre se la agarraba a escondidas, para tomarte fotos? Bueno, después de que te fuiste, le llevé la memoria a un chico, que les cambió el formato y pude guardarlo en mi teléfono.

De esa manera, te podía ver todos los días y no te extrañaba tanto; mira estas —mencionó, pasando todas las imágenes.

Deborah sentía, que el corazón se le hinchaba de emoción y que sus ojos eran colmados por las lágrimas, pero lágrimas de felicidad.

Se acercó, mirando cada una y sonriendo; estaban muy jóvenes en esas fotos. Ella nunca había tomado la iniciativa de guardar alguna en su teléfono; solo tenía las de su reciente viaje a Miami. Aunque, conservaba algunas en físico de ese tiempo; guardadas en un viejo álbum.

—Me encantan, Maurice; tienes que pasármelas todas.

—Claro —dijo él, emocionado, al ver su reacción. No pensaba que le fuera a dar importancia a algo como eso.

—¿En serio te gustaba escucharme cantar? —preguntó, mirándolo a los ojos, para que fuera sincero.

—Me encanta todo lo que haces, Debbie —respondió, manteniéndole la mirada—. Mira, hasta tengo esa canción aquí, solo que está bloqueada. ¿Te imaginas si alguno de mis amigos la escucha? Harían el chiste del año a mi costa. —Buscó la canción y la puso en el reproductor—. Vamos, señorita Wallis, cante para mí, quiero escucharla otra vez.

Deborah se sintió cohibida, al principio y dejó que la canción iniciara sola; respiró profundo, al ver que Maurice le entregaba su mirada clara y llena de expectativas. Supo que no debía hacerlo sentir rechazado, así que armándose de valor, unió su voz a la de *Ashlee Simpson*, para dedicarle *Pieces Of Me*.

—*It's as if you know me better than... I ever knew myself, I love how you can tell all the pieces, pieces, pieces of me.* —Deborah procuró, darle a su voz, la mayor armonía.

La pena que sintió en un principio, se fue desvaneciendo, a medida que recordaba, cuánto le gustaba esa canción; sobre todo, al ver la mirada brillante de Maurice, que la llenaba de confianza y emoción.

Le acariciaba el rostro con los dedos, haciéndolo con mucho cuidado, para no lastimarlo.

Maurice se emocionó mucho, al escucharla y ver los gestos que le entregaba; así que, como recompensa, se movió, poniéndola bajo su cuerpo y comenzó a dejar caer una lluvia de besos, en ese hermoso rostro que tanto adoraba.

—*How do you know everything I'm about to say? ... Am I that obvious? And if it's written on my face. I hope it never goes away, yeah.*

Deborah siguió con la canción, mientras se movía debajo de él, sintiendo la excitación correr por sus venas; tensándole y humedeciéndole esas zonas de su cuerpo, que el recuerdo ya había despertado.

Al parecer, el sueño había tenido un efecto reparador en Maurice, pues lo notaba muy animado, casi no se quejaba por el dolor, y cuando se apoderó de su boca, con un beso intenso; supo que no saldrían de esa cama en un buen rato.

A la mañana siguiente, el turno de despertar primero, fue para Maurice; su cuerpo reaccionó al calor que brotaba de la curvilínea figura de Deborah, quien dormía desnuda, entre sus brazos.

Él la acercó más, para disfrutar del sutil roce de sus pieles y hundió el rostro en la espesa cabellera azabache; deslizando su nariz por el nacimiento del cabello, para embriagarse del exquisito aroma, que se desprendía de cada hebra.

Esa sensación tan íntima y agradable, hizo que sus labios mostraran una sonrisa; incluso, antes de que abriera los ojos a ese nuevo día.

La escuchó gemir y acurrucarse contra él, lo que hizo que todo su ser, temblara; aunque habían hecho el amor un par de veces la noche anterior, el deseo entre los dos, no parecía menguar nunca; ni siquiera los años habían apagado esa llama.

—Quisiera despertar así todos los días, junto a ti, por el resto de mi vida, Deborah —pronunció, aún consciente de que ella no lo escucharía, porque seguía dormida.

Hasta su mente, llegó el recuerdo de aquel día, cuando ella despertó por primera vez junto a él; después de haber pasado junto a ella, la mejor noche de su vida, pues había hecho a Deborah su mujer.

Los seis meses que habían pasado de novios, había sido una mezcla de suplicio, cada vez que debía controlar sus deseos; y placer, cuando ella cedía, entregándole a cuentas gotas, su cuerpo.

—Cuánto me hiciste sufrir con esa espera, mi hermosa Debbie; en ocasiones, llegué a pensar que no lo soportaría, pero tú me hiciste ver, que cada día, había valido la pena. Me enamoraste por completo esa noche, Deborah —susurró, acariciándola.

Maurice, dejó que los recuerdos de ese día, lo llevaran a revivir aquella experiencia, que se quedó grabada en su piel, alma y corazón.

Deborah, había acordado con él, esperar hasta que ella cumpliera los dieciséis años, para entregarle su virginidad; habían hablado de ello tantas veces, que Maurice, ya tenía planeado hasta el mínimo detalle de todo lo que haría.

Quería crear una noche especial para ella, una que no olvidara nunca en su vida. Con esa idea en mente, reunió el dinero que le daba su padre para la escuela; y lo usó para comprar todo lo que necesitaba y poder concretar su idea.

Se había estado escabullendo en el salón abandonado, dentro de la mansión, donde a veces se encontraba con su novia, cuando afuera llovía y no podían escapar a algún rincón del jardín.

El día al fin había llegado, fue un viernes, después del cumpleaños de Deborah; quien como siempre, solo lo celebró con sus amigas, yendo de compras. Dominic no permitía fiestas en la mansión.

Mientras él pasó toda la mañana ultimando los detalles de su plan, había conseguido entrar a la mansión, para adornar el estudio, tal y como lo había imaginado; tomando la precaución de pedirle, que no entrara hasta que él le dijera.

Cuando terminó, se marchó a alistarse, pues quería estar apuesto para ella. Se había cortado el cabello y afeitado, aunque apenas le salía barba, también hizo un poco de ejercicio, pues eso le ayudaba a relajarse; sentía que la ansiedad, estaba a punto de matarlo.

Justo a las diez de la noche, cuando todos dormían en la mansión, salió rumbo al estudio; se metió por una de las puertas que daban a la terraza y se encargó de los últimos detalles.

Por suerte, contaban con la ausencia de Dominic Wallis; él se había marchado a hacer unos negocios y se había llevado al padre de Maurice con él, pues era en el único chofer que confiaba.

Gaël le dejó su teléfono, para que estuvieran comunicados, ya que él no necesitaría uno, pues siempre estaría con su patrón; y Maurice lo aprovechó, para estar en contacto con Deborah.

Le tecleó un mensaje con rapidez, pidiéndole que bajara al salón, y dos minutos después, escuchó el suave toque en clave.

—Cierra los ojos —pidió, abriendo una rendija de la puerta.

—¿Por qué? —preguntó ella, en un susurro.

—Porque deseo darte una sorpresa —respondió, sonriendo.

—Está bien —pronunció, liberando un suspiro.

Deborah cerró los ojos e intentó relajarse, sentía que los nervios, la iban a hacer entrar en pánico de un momento a otro.

Su corazón no había dejado de latir de manera apresurada, desde que llegara esa tarde a la mansión. Ella también deseaba que esa noche fuera especial; y contando con la complicidad de Janeth, pudo comprarse un hermoso, delicado y sensual babydolls.

Su amiga sobornó a la chica de la tienda, para que se los vendiera, pues siendo menores de edad, era probable que las hicieran sentir incómodas, si ellas mismas entraban y lo escogían.

Lo llevaba oculto, bajo el kimono de seda que lo acompañaba; por lo que Maurice, no podía verlo. Ella deseaba mirarlo a los ojos, cuando se mostrara ante él, vestida así.

Aunque ya habían compartido mucho en la intimidad, Deborah no terminaba de liberarse del todo; se sentía cohibida en ciertos aspectos, pero esperaba que esa noche, todo fuera distinto.

—Ya, puedes abrirlos —indicó él, parándose frente a ella, para poder disfrutar de su reacción.

Deborah abrió mucho los ojos y separó sus labios, aunque no consiguió emitir un solo sonido; la sorpresa y la emoción, le habían robado la voz.

Su mirada se maravilló, ante la bellísima escena que Maurice había preparado para ellos; parpadeó, antes de recorrer cada espacio, iluminado por delicadas velas blancas y por los pétalos de rosas blancas y rojas, esparcidos por todos lados, en el diván, en la alfombra; incluso, en el remolino de telas, que hacían las cortinas al caer.

—Maurice... es precioso —susurró y sus ojos se llenaron de lágrimas; se volvió, para mirarlo—, es... es tan lindo, muchas gracias, me has emocionado —agregó, apoyándole las manos en el pecho, y pudo sentir, que el corazón le latía tan rápido, como el suyo; sonrió, sintiendo que eso la relajaba.

—Feliz cumpleaños, princesa —expresó, extendiéndole una rosa blanca; la más hermosa que vio esa mañana en la floristería.

—Gracias —expresó, dejando correr una lágrima—, no pensé que fueras un chico tan romántico; la mayoría no lo son.

—Bueno, tratándose de ti, sería capaz de bajar la luna si pudiera y eso te hiciera feliz —mencionó, con una sonrisa.

Ella le devolvió el gesto, mirándolo a los ojos; sentía que a cada segundo que pasaba, los nervios se alejaban de ella; la mirada cálida de Maurice, la hacía sentir confiada, por lo que le acarició el pecho.

—Yo también quise hacer algo especial para ti hoy —susurró, desatando el nudo de su bata y dejando caer la seda a sus pies, quedando solo con el babydolls de satén, rosado y ribetes de encaje blanco. Debajo de este, no tenía nada.

La mirada gris de Maurice, se iluminó al verla así, luciendo tan bella y sensual; el escote resaltaba las suaves curvas de los senos de Deborah, aún eran pequeños, pero él estaba seguro, que crecerían, volviéndose mucho más hermosos.

Le apartó con cuidado el cabello, que le caía sobre los hombros y la espalda, para mirarla mejor; dejó ver una sonrisa, para llenarla de confianza, cuando la sintió estremecer, ante el roce de sus dedos.

—Eres una diosa, la más hermosa de todas, mi reina... —susurró, deslizando sus dedos por el encaje.

—Maurice... —esbozó ella, acompañando el nombre de él con un suspiro; cerró los ojos y tembló, al sentir el cálido roce de los dedos sobre sus senos.

Seguía recorriéndola con la mirada y sus manos bajaron hasta la estrecha cintura, presionándola con suavidad, para sentir que todo eso era real, que ella al fin sería suya, por completo.

Sus manos continuaron y se posaron en las caderas; no pudo evitar gemir, al sentir cómo la tela, se deslizaba sobre la piel de Deborah, revelándole que no llevaba puesta ropa interior; esa certeza, hizo que de inmediato, su entrepierna se tensara y palpitara.

—Te deseo tanto. —Le hizo saber, acercándola, para pegarla a su cuerpo y poder besarle el cuello.

—Yo también —susurró ella, cerrando los ojos y ladeando la cabeza, para que él tuviera mayor libertad, mientras sus manos, viajaban a esa fuerte espalda, que tanto le gustaba—. Maurice..., mi Maurice..., mío... —expresó y se estremeció, al sentir la dureza de la erección de él, presionando su vientre.

En respuesta, Maurice se apoderó de sus labios, con suaves succiones, sin dejar un solo segundo de acariciarla; dejaba que sus manos se deleitaran con su piel, con la emoción que le producía, cada temblor que ella le entregaba y con el despertar de su cuerpo, al erizarse ante su toque.

Deborah solo conseguía gemir, mientras se aferraba a él, para no terminar tendida en la alfombra; cerró los párpados, al tiempo que sentía, que un intenso calor, se concentraba en medio de sus piernas y un torbellino de emociones, giraba dentro de su ser.

—Debbie..., prométeme, júrame, que esto será para siempre —pidió, mirándola a los ojos, acunándole el rostro con las manos.

—Sí..., será para siempre, Maurice —respondió en su susurro, mientras lo observaba fijamente y le ofrecía sus labios.

Maurice se sintió tan emocionado, que la tomó en brazos, ahogando con su lengua, el grito de sorpresa que ella liberó y se la llevó al diván; en ese lugar, la haría su mujer, tal y como lo había imaginado, desde que ella accediera a entregarsele.

Antes de acostarla se detuvo, porque primero, quería verla desnuda; aunque ya antes había compartido con ella, el goce de complacerse con sus bocas, en sus lugares más íntimos, no había llegado a verla desnuda, por completo, siempre lo hacían a medio vestir; por lo que esa noche, deseaba descubrir cada espacio de Deborah, mirarla y guardar esa imagen en su memoria.

—Debbie..., quiero que esta noche, sea inolvidable, para los dos —dijo, mirándola a los ojos y acariciándole los labios con los suyos; la vio asentir y continuó—: y deseo empezar por verte desnuda; quiero que te me muestres, como no lo has hecho antes; quiero verte y sentir que esto es real, que al fin, serás mía.

Ella tembló ante las palabras de Maurice, los nervios la invadieron, de nuevo y el latido de su corazón, se desbocó. Lo miró a los ojos, sin saber qué hacer; después de unos segundos, asintió, con un movimiento algo rígido y respiró profundo, antes de llevar sus manos, hasta los tirantes de su camisón.

—¿Puedo hacerlo yo? —preguntó él, al ver cómo las manos de ella, temblaban; y le sonrió, para relajarla.

—Sí... —respondió, con un hilo de voz.

Deborah quería mostrarse más desinhibida, más dueña del momento, pero no podía conseguir controlar sus emociones; era como si todo dentro de su ser, estuviera revolucionado.

Al menos logró mantenerle la mirada a Maurice, cuando sintió que el satén, se deslizaba por su piel, hasta acabar hecho un nido a sus pies.

—¡Dios! —expresó él, sintiéndose maravillado ante la figura de su novia. La había imaginado miles de veces, pero nunca alcanzó a recrear lo perfecta que era en realidad.

Sus senos eran tan hermosos, blancos, con pezones rosados y pequeños; recordó lo bien que se sentía tenerlos en su boca, acariciarlos con su lengua; y de inmediato, su respiración se aceleró y las palpitaciones en su miembro aumentaron.

—¿Qué? —preguntó ella, un tanto nerviosa; sus amigas decían, que tenía un cuerpo muy bonito, pero ella se sentía llena de dudas, sobre todo en ese instante, pues nunca se había mostrado ante un chico.

—Eres perfecta —susurró él, sin dejar de mirarla.

Deborah sonrió, llenándose de alivio y emoción. Le acarició el rostro, al tiempo que se acercaba a besarlo; quería agradecerle con ese gesto, que él fuera tan galante con ella.

Llevó sus manos hasta la espalda de Maurice y las metió por debajo de la camiseta, dejando que recorrieran la cálida piel, y después, bajó, llegando hasta el par de nalgas, que ya había tocado muchas veces.

Maurice se alejó un poco, para desnudarse; quería que estuvieran en iguales condiciones, que ella fuera consciente de su cuerpo, que supiera que le pertenecía.

Sentía, que la mirada de Deborah, lo excitaba mucho más. Ella, en ningún momento la apartó de él; podía ver en sus hermosos ojos azules, cómo destellaba la curiosidad, el deseo y la expectativa.

—No puedo seguir esperando, Debbie...; he deseado esto por tanto tiempo, que me voy a volver loco si no te tengo —murmuró, pegándola a su cuerpo, sintiendo como si una descarga eléctrica, viajara por toda su columna, al contacto de sus pieles desnudas.

—Maurice... —Ella se quedó sin palabras, no sabía qué decirle, nunca había sido muy buena para expresarse con libertad; nadie le había enseñado a hacerlo, pero quiso hacer un esfuerzo, porque sentía que él lo merecía todo—. Hazme sentir mujer..., hazme... tu mujer —pidió, rozándole los labios.

Maurice no necesitó de nada más, para hacer realidad el mayor de sus sueños; la acostó con cuidado sobre el diván, sin dejar de mirarla a los ojos; y se tendió sobre ella, disfrutando del roce de sus pieles desnudas y del calor que de ellas brotaba, de los temblores y los gemidos, de cada beso y caricia, que nacía con naturalidad.

—Quiero que me mires..., que confíes en mí —expresó Maurice, al sentir que ella se tensaba y contenía el aire, cuando él le separó las piernas con sus caderas.

—Confío en ti..., Maurice; solo... bésame —pronunció Deborah, al tiempo que intentaba controlar sus nervios; debía relajarse.

Janeth le había dicho, que si estaba tensa, todo sería más difícil; que relajara su cuerpo y no pensara en el dolor; que no era nada del otro mundo, solo un poco desagradable al principio, pero nada que le impidiera continuar y disfrutar de su primera vez.

Maurice hizo lo que ella le pedía. Aunque se moría por fundirse en Deborah, sabía que ella merecía que le diera una noche inolvidable; que fuera una experiencia que pudiera recordar como algo perfecto.

No era la primera virgen que tenía, él se había estrenado junto a una prima, cuando tenía catorce años, y esa fue la primera vez de los dos. La inexperiencia los llevó a que el momento fuera bastante caótico; pero esta vez, todo sería distinto; no cometería los mismos errores de aquel entonces; no quería apresurarse y lastimarla. La haría disfrutar de esa primera noche juntos.

Comenzó a recorrer con sus labios el cuerpo de Deborah, besándole primero los senos, succionando y acariciando con su lengua esos suaves pezones, que se endurecían para él.

La escuchaba gemir y eso le hinchaba el pecho de emoción y tensaba mucho más su hombría.

Continuó hasta llegar al nacimiento de su monte de Venus; suspirando sobre los suaves vellos castaños, que cubrían ese rincón, que sería suyo por completo.

—Maurice..., bésame... bésame. —Le suplicaba en susurros, al tiempo que elevaba las caderas y entrelazaba sus dedos en la larga cabellera rubia, para invitarlo a beber de ella.

Él metió sus brazos por debajo de los muslos de Deborah y le sostuvo las caderas con las manos; elevándola para poder disfrutar de ese par de labios rosados, cálidos y húmedos, que lo invitaban a fundirse en ellos.

La ansiedad, lo llevó a apoderarse con lengua, dientes y labios de todo cuanto pudiera abarcar; succionando con fuerza, mordiéndole despacio, lamiendo, explorando y probando la miel, que se deslizaba lentamente con cada contracción que su diosa le entregaba.

Deborah jadeaba y gemía, aferrándose a Maurice. Sus manos estaban en la cabeza de él, instándolo a ir más profundo, porque necesitaba sentirlo allí, colmándolo; por ello, sus piernas, cruzadas sobre la espalda de él, también lo empujaban.

Sintió que el cuerpo se le tensaba, casi hasta convertirse en una piedra, y cuando creía que no podía más, estalló, con un grito ahogado, que la dejó sin aire; después, se volvió ligera como una pluma.

Maurice le dio un par de besos más, disfrutando de esa humedad que lo embriagaba; se liberó de las piernas de Deborah y con rapidez, buscó el condón que había llevado.

Se enfundó y sin perder tiempo, la cubrió con su cuerpo una vez más; aprovecharía que ella estaba totalmente relajada.

—No tienes ni idea... de cuánto he... esperado por este momento —susurró contra los labios de ella, mientras la miraba a los ojos, ronzando su erección contra la

vulva suave y húmeda.

—Seis meses —acotó ella, acompañando sus palabras con un gemido, al sentirlo tan duro y caliente.

Ya Maurice se había rozado contra ella de esa manera, pero siempre llevando ropa puesta; y sentir por primera vez su desnudez, le provocó una contundente descarga de placer.

—No, mucho más —dijo, sonriendo; y al ver el desconcierto en la mirada de ella, continuó—: te deseé desde el primer día que te vi... Esa misma noche, soñé contigo, Debbie...; esa noche y todas las que han transcurrido desde entonces —confesó, mirándola; y sonrió al ver la sorpresa en los ojos azules. Le dio un suave toque de labios, antes de bajar y besarle el cuello—. Te deseo tanto... tanto Deborah.

—Yo también te deseo, mi amor... Te deseo tanto que duele —susurró, exponiendo su cuello para él, cerrando los ojos y deslizando sus manos por la espalda de él—. ¡Dios! Ya no quiero esperar, no puedo esperar más, Maurice, quiero sentirte.

Ella gimió, al sentir que él le sostenía las caderas, mientras comenzaba a entrar despacio, en su cuerpo; cerró los ojos e intentó concentrarse solo en el placer, en el calor que se desprendía de la unión de sus cuerpos y ese palpitar que era tan delicioso.

—Debbie... —pronunció Maurice, con la voz trémula, buscando la mirada de ella; deteniéndose justo en la barrera que separaba a la niña de la mujer—. Mi amor, mírame..., quiero que me mires.

Deborah lo miró, comprendiendo, que su vida cambiaría en ese instante; suspiró, aferrando sus manos a los hombros de él, llenándose de expectativas.

Todo fue tan rápido, que no le dio tiempo ni de parpadear; solo liberó un grito, al sentir que Maurice, desgarraba algo dentro de su intimidad; y las lágrimas le inundaron los ojos y la garganta, pero se esforzó por contenerlas.

—¡Maurice! —Se quejó, al sentir que él se movía—. Espera... espera, por favor —rogó, sintiendo un intenso ardor.

—¿Te lastimé? —inquirió, con preocupación. Sus amigos le habían dicho, que era más sencillo si lo hacía con rapidez.

—No te muevas... —pidió, mirándolo. Inhaló despacio y soltó el aire de igual manera—. Creo que soy muy pequeña para ti —susurró, sintiéndose apenada, quería ser perfecta para él, pero temía no serlo.

—¿Pequeña? —cuestionó, sin comprender; y cuando cayó en cuenta a qué se refería, comenzó a reír.

—No te burles —dijo Deborah, dejando correr sus lágrimas.

—Debbie, hermosa, no llores... mi amor; eres perfecta —murmuró, besándole las mejillas.

—No es cierto... —expresó, en medio de un sollozo.

—Sí, lo eres... ¿Me dejas demostrártelo? —pidió, mirándola a los ojos y mostrándole una sonrisa, buscando convencerla.

Movió sus caderas lentamente, para no lastimarla.

—Está bien... —concedió, porque quería ser valiente; y sobre todo, porque quería ser su mujer.

—Prometo ir despacio, esta vez —pronunció, antes de besarla.

Deborah se dejó llevar por ese beso, que estaba cargado de ternura; deslizó sus manos por el cabello de Maurice, ya que le gustaba mucho tocarlo y esperaba que eso le ayudara a relajarse.

Sintió, que él comenzaba a moverse despacio, y el dolor se hizo presente, nuevamente, pero con menos intensidad; apretó los párpados con fuerza y ahogó los gemidos dentro de la boca de Maurice.

Él trató de ir despacio, deslizándose sin llegar muy profundo; pues, al parecer, la cuestión no era que Deborah fuese pequeña, sino que él era grande.

La verdad, se consideraba normal, nunca había pensado en compararse con otros, pero las dos chicas que había tenido antes de Deborah, le habían mencionado algo parecido; que estar con él, al principio era un poco incómodo, por su tamaño; aunque nunca creyó que fuese cierto.

—Maurice —expresó ella, jadeando, al sentir que el dolor se alejaba y comenzaba a disfrutar del roce en su interior.

—¿Estás bien? —preguntó, deteniéndose y mirándola.

—Sí... sí, pero no te detengas, continúa, continúa... así... —respondió, moviéndose lentamente debajo de él, para acoplarse a su ritmo.

—Haré lo que desees. Esta noche es tuya, Debbie —murmuró, deslizando sus manos por el torso de ella, y le dibujó un camino de besos, desde el rostro hasta el cuello, sintiéndola temblar.

Deborah sentía, que su cuerpo empezaba a ser recorrido por esas emociones, que la embargaban cuando él la tocaba o le daba sexo oral. Ese prelude que le anunciaba el orgasmo, llegó hasta ella, pero esta vez, lo hacía con mayor poderío.

—Maurice..., Maurice... —Lo llamó, pidiéndole ayuda, para soportar lo que se avecinaba; no podía dejar de temblar.

—Sí, Debbie...; vamos, hermosa, vamos —expresó, al sentir cómo ella lo apretaba con fuerza y le clavaba las uñas en la espalda. Le estaba causando daño, pero no le importaba—. Mi amor..., voy a ir más rápido, solo un poco, ¿sí? Te prometo que no te dolerá, te lo prometo —indicó, mirándola a los ojos.

Ella asintió con la cabeza, porque no lograba dar con su voz; sentía el cuerpo bañado en sudor, la respiración acelerada y los latidos de su corazón, parecían un caballo desbocado, que cabalgaba a lo largo de su cuerpo.

Lo vio acercarse mucho más, pegar la frente a la suya, para atraparla con su mirada; y lo que le dijo, que moverse más rápido no le dolería, lo había dicho en serio.

Jadeó con fuerza y buscó la boca de él, para soportar esa arremetida, que si bien era placentera, no dejaba de causarle algo de molestia.

Maurice la besó con toda la pasión, el amor y el deseo que sentía por ella; no había en el mundo una sensación más maravillosa, que hacer a Deborah su mujer, era extraordinario.

La sintió tensarse y separar su boca de la suya, eso le anunció que estaba teniendo un orgasmo, y como acostumbraba, le atrapó la boca con rapidez, para ahogar su grito, o terminarían despertando a todos en la casa.

—Debbie..., mi hermosa Debbie —murmuró, contra los labios trémulos de ella, antes de correrse; sintiendo un placer enloquecedor, como no había experimentado nunca antes.

Acabaron casi juntos, temblando, sollozando y aferrados en un abrazo; sintiendo que no solo sus sexos estaban unidos; sino que también sus corazones y sus almas lo estaban; dándole a ese instante, un sentido de perfección absoluta.

Maurice regresó de sus recuerdos, sintiendo cómo todas las emociones de esa primera vez, vibraban dentro de él y la muestra más fehaciente de ello, era la tensa erección que se moría por hundirse en ese cálido y húmedo rincón, dentro de Deborah.

Podía resultar algo idiota para muchos, pero para él, ser el primer hombre de Deborah, era algo que nadie podía arrebatarse; que ninguno de los amantes que ella tuvo después, podría quitarle nunca; y si ella así lo quería, sería el último.

No se consideraba un hombre machista, pero ser el primer amante de una mujer, era algo que siempre iba a tener mucho peso en una relación; quizás por eso, ella siempre volvía a él; porque fue quien le enseñó las artes del placer, quien descubrió su cuerpo y la hizo sentir mujer, la hizo sentir viva y amada.

Verla dormida, a su lado, hizo que deseara revivir todo aquello; y sin perder tiempo, comenzó a besarle la espalda. Quería despertarla, para amarla a plenitud, que ella fuera consciente y participara.

—Debbie..., despierta, hermosa —susurró, acariciándole las caderas y rozándose contra las turgentes nalgas.

Ella gimió, negándose a despertar y hundió el rostro entre la almohada. Se habían dormido en la madrugada y sentía que apenas había descansado.

Pudo sentir la dureza de la erección de Maurice; y supo enseguida, el motivo por el cual la despertaba. Gimió, una vez más, sin poder creer, que él deseara tener sexo, de nuevo; se suponía que estaba convaleciente.

—Maurice..., por favor, déjame dormir —murmuró, sin abrir los ojos, pero no pudo evitar sonreír, al sentir que le besaba el cuello y suspiraba, erizándole la piel.

—Debbie, hagamos el amor; te prometo que después, te dejo dormir tranquila. —Le pidió, acariciándole el pubis, sintiéndolo cálido y suave.

—No voy a poder dormir y lo sabes —acotó ella, consciente de que así sería. No sabía de dónde sacaba Maurice tanta energía.

—No importa, ya tendremos tiempo...

—¿Por qué tanta urgencia, señor Favre? —preguntó, resignándose a despertar; y se movió, para mirarlo.

—Estaba recordando nuestra primera vez —respondió, con una sonrisa que casi dividía su rostro en dos.

—¿Ah, sí? ¿Y solo el recuerdo te puso así? —inquirió, tocándolo, deslizando sus dedos por la tensa longitud.

—Sí... y me gustaría volver a demostrarte, que no eres pequeña para mí, que en realidad, sigues siendo perfecta —susurró, cubriéndola con su cuerpo, mientras la miraba a los ojos y sonreía provocativamente.

—En realidad, ya no soy pequeña... —indicó, compartiendo el mismo gesto coqueto de él, mientras se movía, para hacerle espacio entre sus piernas; y bajaba sus manos, para apoderarse de ese par de glúteos que le encantaban.

—Ahora eres una mujer en todo el sentido de la palabra, Deborah, y eso me da la libertad de desbocarme en ti, como tanto me gusta —susurró, entrando en ella con lentitud, pero sin detenerse hasta sentir que la colmaba por completo.

—Presiento que no me vas a dejar salir de esta cama en todo el día —murmuró, estremeciéndose, al sentir el suave roce de los labios de Maurice en su cuello; disfrutando de la exquisita sensación de ser parte de él, quien conocía su cuerpo como nadie.

—Ese es un maravilloso presentimiento —murmuró, sonriendo contra la nivea piel de ella y se dedicó a llenarla de placer, al tiempo que él mismo, gozaba de ese cuerpo que adoraba.

Una vez más, la habitación se volvía el centro del universo de ambos, donde los jadeos estallaban a cada segundo; cargando de ese excitante sonido, todo el espacio.

Los gemidos, también eran protagonistas de ese encuentro, y casi siempre, eran ahogados en sus pieles o en sus bocas, que se fundían en besos ardorosos, demandantes y absolutos; siempre deseando más y más.

Sus cuerpos navegaron en el goce, que solo se podía experimentar, cuando los sentidos se avocaban a darse placer, sin cohibiciones ni dudas; lo que vivían en ese momento, era real, contundente y los llevó al éxtasis más de una vez.

Dominic se encontraba como era frecuente, admirando la impresionante vista de Nueva Orleans, desde su oficina; aunque verdaderamente, su vista se perdía sin percatarse del espectáculo que le brindaba el paisaje; ese que ya no despertaba su interés, porque se podía decir, que lo conocía de memoria.

Lo que mantenía su mente ocupada, era la ausencia de Deborah; por absurdo que pudiera parecer, le había extrañado que no fuera a dormir a la casa la noche anterior; hacía mucho que no se quedaba por fuera; y lo que más lo asombraba y lo tenía bloqueado era, que tampoco había ido a trabajar.

Desde que empezó en la empresa, nunca se había ausentado sin un motivo; la única vez que lo hizo, fue cuando sufrió el accidente; del resto, no había fallado un solo día.

Lo había hecho el día antes y por lo visto, también lo haría ese, pues eran las diez de la mañana y ella no aparecía por ningún lado; tampoco estaba en las fábricas, porque de ser así, ya se lo hubieran informado.

—¿Dónde andas, Deborah? ¿Qué te traes entre manos?

Se preguntó en voz alta y dejó escapar un suspiro; aunque no lo quisiera admitir, le preocupaba lo que pasara con ella. Se excusaba, diciéndose que lo único que buscaba, era cuidar la reputación de los Wallis, pero en el fondo, sabía que no era cierto.

Escuchó que abrían la puerta de la oficina y no se volvió, porque supo de inmediato que se trataba de Silvy; el olor de su perfume llegó hasta él.

—¿Qué haces allí? Pensé que estarías revisando los puntos que se tocarán en la agenda de la próxima junta directiva —dijo, mirando la espalda de Dominic, con algo de desconcierto.

—No tengo ánimos de leer nada, ahora; lo haré más tarde.

—Bien..., supongo que tampoco deseas discutir sobre la oferta de fusión, que te ofrecieron los Mackenzie; y que de aceptar, deberías presentar en la próxima junta —indicó, notando que él estaba muy extraño esa mañana.

—No, tampoco —respondió, sin cambiar de postura.

—De acuerdo... Entonces, te dejaré solo, para que te ocupes de lo que sea que te tiene así —mencionó, caminando hacia la puerta. No seguiría insistiendo para que confiara en ella.

—Silvy..., espera. —Le pidió, volviéndose a mirarla—. ¿Tú sabes algo de Deborah? —cuestionó, acercándose a ella.

—¿De Deborah? ¿Qué ocurre con ella? —formuló una interrogante en respuesta, mostrándose preocupada.

—Nada..., es decir, no lo sé; pero es evidente que algo le ocurre. Ha estado extraña y hace dos días que no sé nada de ella; no ha venido a la empresa y anoche no durmió en la casa. —Le contó, esperando que ella pudiera aclarar sus dudas.

—La verdad, no sé qué decirte, Dominic —habló, siendo sincera y acortó la distancia entre los dos—. Sé que ella está concentrada en un nuevo proyecto, que casualmente, piensa presentar en la próxima junta directiva. Quizás no ha venido, porque está ocupada en eso. A lo mejor, viajó a entrevistarse con alguien... —decía, pero no pudo continuar.

—No, no creo que esté de viaje, su auto no está en la casa..., y no me han informado de que haya usado el avión o que esté visitando las fábricas... Es algo más —indicó, frunciendo el ceño; odiaba no tener las respuestas a sus dudas.

—Bueno, no te preocupes, quizás está atendiendo algún asunto personal. Deborah ya no es una niña, Dominic...; y no es extraño, que de vez en cuando, se quede a dormir fuera. Quizás se encuentra con Maurice —mencionó, con naturalidad.

No le extrañaría que ella decidiera pasar unos días con él; después de todo, y a el mismo Dominic le había contado, que ellos habían hecho formal su relación.

—¿Crees que esté con él? —preguntó, perplejo; y después de tener la certeza de que eso era lo más probable, se enfureció.

—Bueno, podría ser... Tú me dijiste que se habían ido de viaje a Miami, juntos.

—Ella no puede estar con ese hombre —espetó, con rabia.

—¿Por qué no? Tú hija es una mujer hecha y derecha, Dominic. Creo que tiene la edad suficiente, para decidir con quién puede estar y con quién no —acotó, mirándolo a los ojos.

—Ella es una tonta, que no sabe nada; y ese hombre es un perdedor, que solo busca aprovecharse del encaprichamiento que ella tiene por él. No es más que un arribista...

—Qué ciego estás, Dominic, pero ¿Sabes algo? Creo que tu mayor pecado, no es ser un mal padre, sino que no conoces en absoluto a tu hija. Ella está enamorada de Maurice, no es un simple capricho, Deborah ama a ese muchacho; y me atrevo a asegurar, que él siente lo mismo.

—No digas estupideces, Silvy y deja que yo me encargue de esto. Si lo que dices es cierto, haré que Deborah abra los ojos, antes de que haga algo que deba lamentar por el resto de su vida.

—¿Qué piensas hacer? —inquirió, sintiéndose preocupada.

—Por ahora, nada; pero te aseguro, que Maurice Favre, no se aprovechará del apellido Wallis, para escalar posición. Lo siento por Gaël, porque es un buen hombre, pero por lo visto, no supo criar a su hijo y enseñarle el lugar al cual pertenece —mencionó, con un tono despectivo, sin mirar a Silvy; al tiempo que volvía a ocupar su silla, tras el escritorio.

Teniendo una idea más clara del paradero de Deborah, se concentró en su trabajo; tenía muchas cosas pendientes y no podía seguir perdiendo el tiempo con una inconsciente como ella.

La esperaba esa noche, para hablar y ponerle las cosas en claro de una vez por todas; la haría escoger entre seguir siendo su heredera o quedarse al lado de ese infeliz oportunista.

Si era inteligente, ella elegiría lo que más le convenía; de lo contrario, no le temblaría la mano para cumplir sus amenazas.

Maurice recorría con la mirada la figura de Deborah, la veía luciendo tan hermosa, mientras dormía; no había cambiado mucho con los años, y estando así, tan relajada, casi parecía la misma chica de dieciséis años, que él hizo suya.

Suspiró, mostrando una sonrisa y deslizó un par de dedos por su vientre suave y plano; sintiendo que se estremecía ligeramente, ante el contacto; se acercó a darle un beso, apenas un roce.

Se apartó y la miró detenidamente, y la sonrisa en sus labios, se fue desvaneciendo, al ser consciente de que él, no había sido el único que había disfrutado de estar así, junto a ella; ni el único que haya gozado de su cuerpo, de sus besos y sus caricias.

Esa verdad, hizo que el pecho se le colmara de un intenso dolor, y una maldita secuencia de imágenes entre Diego Cáceres y ella, buscaron apoderarse de su cabeza. Él intentó bloquearlas, girándose, para darle la espalda y no verla.

Se levantó, hasta quedar sentado al borde de la cama, mientras respiraba hondo, para no derramar las lágrimas que le inundaron de golpe la garganta y cerró los ojos con fuerza.

Sabía que él tampoco había sido solo de Deborah, que muchas mujeres habían pasado por su cuerpo; y si era sincero, había disfrutado de esas relaciones, de las amantes casuales que había tenido; aunque ninguna fue para él, más que sexo.

Siempre estuvo claro en eso, y jamás se acostó con alguien más, mientras estuvo con Deborah; para él, ella siempre estuvo por encima de todas las demás; siempre la respetó y le dio el valor que merecía.

Sin embargo, ella no hizo lo mismo, a ella no le importó haberse acostado con ese hombre y después mirarlo a la cara, mentirle y hacerle creer que era el único.

Maurice sintió, cómo el ardor en su pecho, se hacía más intenso en ese momento y apretó sus labios, para atajar el jadeo que quiso liberarse, reventando la presa que contenía sus lágrimas.

—Eres experta en mentir, Deborah... —murmuró, antes de ponerse de pie y caminar hacia la ventana que daba al jardín—, y yo soy un maldito ciego, que no pudo ver lo que pasaba entre ustedes; que creyó todas tus mentiras.

Al final, dejó que una lágrima corriera por su mejilla; abrió los ojos, dejando que su mirada se perdiera en el paisaje, pero sin ser verdaderamente consciente de este, pues solo buscaba que su mente, vagara sin un rumbo fijo; tratando de huir de esos recuerdos, de todas las veces que Diego Cáceres, le insinuó la relación que tenía con la mujer que él, ilusamente, creía suya.

Ni siquiera sabía si ese hombre seguía en la mansión o si Deborah lo había echado de allí; no sabía nada, porque no le había preguntado; tampoco era un infeliz masoquista, como para escuchar que ella hablara de ese «malnacido», que llegó a arruinarlo todo.

Las dudas y los celos lo asaltaban, despertando sus demonios, haciendo que la desconfianza lo invadiera y lo torturara sin compasión.

—¿Qué vas a hacer, Maurice? ¿Qué vas a hacer? —Se preguntó en voz alta, sintiendo cómo el corazón, se le desbocaba en latidos dolorosos y hasta respirar se le hacía difícil—. ¿Vas a poder seguir junto a ella, después de lo que pasó? ¿Vas a conseguir olvidarlo todo y no esperar a tener la primera discusión, para reprocharle lo que hizo? ¿Vas a poder perdonarla, en verdad?

Se hacía todos esos cuestionamientos, porque haber tenido a Deborah, de nuevo, en su cama, no alejaba sus demonios, no hacía que el dolor y la desconfianza, se alejaran de él.

Hasta el momento, no sentía que la hubiera perdonado verdaderamente; y ni siquiera sabía, cuánto tiempo se quedaría ella en ese lugar; si esta vez estaba siendo sincera; o si por el contrario, lo engañaba, una vez más.

—Maurice.

Escuchó que lo llamaba, con apenas un hilo de voz; un simple murmullo, que alcanzó a oír, colándose entre sus pensamientos; respiró profundo, antes de volverse a mirarla.

No quería que ella viera el sufrimiento por el que estaba pasando; al menos, no por el momento; no cuando se sentía tan vulnerable.

—Dime —mencionó acercándose; y le sorprendió ver, que ella seguía durmiendo—. Deborah. —La llamó, casi tendiéndose en la cama, sin dejar de mirarla.

—Maurice...

—¿Estás soñando? ¿Estás soñando conmigo? —preguntó, sintiéndose sorprendido, al tiempo que se aproximaba, sin llegar a tocarla; necesitaba comprobar que era verdad.

La desconfianza que sintió minutos atrás, no lo dejaba creer del todo en esa casualidad, que ella justo lo estuviera soñando, cuando él cuestionaba si le estaba siendo sincera o no.

Se quedó mirándola fijamente, durante un rato, y quiso probar, acariciándole la mejilla con su nariz; suspiró, cerca del oído de ella y le dio un suave beso, sintiéndose hechizado.

—Maurice..., quiero quedarme contigo... para siempre —susurró, girándose hacia él y dejó escapar un suspiro, sonriendo.

Esas palabras y la actitud de Deborah, hicieron que el pecho de Maurice, casi estallara de emoción. Se metió de nuevo en la cama y la abrazó con fuerza, dejando caer una lluvia de besos en sus labios.

Deborah se removió, despertando ante su gesto, pero él la arrulló entre sus brazos, logrando que quedara dormida, nuevamente; mientras sonreía y rogaba que ese sueño, se hiciera realidad y ellos pudieran vivir juntos, por siempre.

Después de varios minutos admirándola, se le ocurrió una idea; se levantó con rapidez y se encaminó hasta el baño, saliendo del mismo, veinte minutos después.

Su paso por la cocina, para dejarle algo de comida, fue rápido; luego de eso, salió, dejándole también una nota, sobre la mesa, para que cuando despertara y no lo encontrara allí, no se marchara; aunque esperaba volver antes de que lo hiciera y despertarla con su sorpresa.

Deborah despertó a media tarde y extrañó el calor de Maurice junto a ella; se removió entre las sábanas, gimiendo de placer, cuando algunas zonas adoloridas de su cuerpo, le recordaron lo maravilloso que lo habían pasado esa mañana.

Sonrió y abrió los párpados, sintiéndolos ligeramente pesados, por todo lo que había dormido; paseó su mirada, notando que él no estaba dentro de la habitación.

Se incorporó, apoyándose en sus codos y la cobija que la cubría, se deslizó ante sus movimientos, revelándole que seguía desnuda; la verdad, desde que había puesto un pie en esa casa, hacía dos días, apenas había llevado ropa encima; cuando no estaba haciendo el amor con Maurice, solo una de las ligeras camisetas de algodón de él, la cubrían.

Se puso de pie, mostrando su esbelta figura en todo su esplendor, cuando se estiró cuan larga era. Por lo general, no hacía ese tipo de cosas, porque las consideraba de mal gusto, pero estando allí, se sentía en la libertad de actuar de otra manera, sin ser tan acartonada y estar manteniendo la compostura todo el tiempo. A veces, la cansaba ser un estúpido maniquí.

Caminó hasta el baño, para darse una ducha; suponía que Maurice, estaría preparando algo de comida, aunque no escuchaba ningún ruido.

Después de quince minutos, salió, sintiéndose renovada; buscó en un armario, uno de los pantys que dejó la vez anterior, cuando se quedó allí, se lo puso; y luego, tomó otra de las camisetas de él, pues la anterior, terminó llena de la mermelada que comieron esa mañana o que él comió sobre ella.

—Maurice, ya desperté y tengo tanta hambre, que te comería entero... —pronunció, entrando a la cocina, pero se sorprendió al no encontrarlo allí—. ¿A dónde has ido? —preguntó en voz alta y salió hacia el salón, para mirar por la ventana.

De pronto, el estómago se le contrajo, al sentir que los nervios la invadían, cuando recordó la amenaza que Diego había lanzado sobre Maurice.

Y después de ver cómo lo había golpeado, no dudaba de que cumpliera con su palabra. Tembló de pies a cabeza, ante esa posibilidad y abrió la puerta, para buscarlo; salió hacia el pórtico, recorriendo con la mirada todo el lugar y se aventuró a llegar hasta la vereda, que llevaba a la carretera principal.

Ni siquiera se había percatado de que solo llevaba puesta una camiseta de algodón, azul cielo, que apenas alcanzaba a cubrirle el trasero; y que sus pezones, se podían apreciar con facilidad, por debajo de la tela.

Si algún vecino de Maurice la veía, seguramente tendría un buen espectáculo, pero nada de eso le importaba en ese momento, todo lo que deseaba, era encontrarlo.

—Demonios, Maurice... ¿Dónde estás? —Se preguntó, con la voz temblorosa y decidió regresar a la casa, dirigiéndose al pequeño jardín, que quedaba en la parte de atrás.

Aunque, sospechaba que tampoco lo encontraría en ese lugar, pero confirmarlo, hizo que las lágrimas se le arremolinaran en la garganta; respiró profundo, para no alterarse, no tenía sentido hacerlo, porque él podía estar bien.

—Tiene que estar bien..., tiene que estarlo —susurró, para convencerse de ello y regresó hasta la cocina.

Al entrar, se percató de algo que no había notado antes. Sobre la pequeña mesa de cuatro puestos, donde habían comido antes, había un plato con comida, cubierto con una fuente de cristal, empañada por algunas gotas; lo que demostraba, que aún estaba caliente, y junto a la misma, una nota, escrita con la letra de él.

«No tengo nada en la nevera ni en la despensa, así que salí a comprar algo, porque no voy a matarte de hambre; en todo caso, prefiero hacerlo de placer. Regreso en una hora, por favor, espérame, Deborah; y extráñame mucho».

Te amo, Maurice.

Deborah dejó libre los sollozos que había estado conteniendo, acompañados por una risa algo histérica; se llevó la nota al pecho, agradeciendo que él estuviera bien.

—¡Idiota! —expresó, sin dejar de reír, y con rapidez, se limpió las lágrimas, sintiendo que había reaccionado de una forma un poco exagerada—. Debiste despertarme y decirme que saldrías. Esta te la cobro en cuanto llegues, Maurice Favre —agregó, sonriendo, en medio del llanto que seguía mojando sus mejillas.

Su estómago reaccionó, contrayéndose, al ver la comida; y su apetito despertó, en cuanto quitó la fuente y el aroma le llenó el olfato. Si había algo en lo que Maurice era un experto, además del sexo, era en la cocina.

Se sentó a la mesa y comenzó a degustar el platillo, mientras esperaba por él, deseando que llegara pronto, porque se sentía un poco extraña estando allí, sola.

Se puso de pie en cuanto terminó; tal como imaginó, todo estuvo delicioso y comió hasta sentirse más que satisfecha. En realidad, había sido grosera, al ingerir todo lo que él le había servido, pero no pudo parar hasta acabarlo.

Comprobando que no era tan inútil como creía, lavó todo lo que había usado. Estaba doblada, guardando la fuente de vidrio en uno de los gabinetes inferiores, cuando sintió la presencia de alguien más en la cocina.

—¡Que vista más espectacular!

La voz de Maurice la hizo lanzar un grito, sobresaltada, y casi se le cayó la pieza de cristal. Apretó los dientes, para no soltar una mala palabra, se irguió, quedando de pie y se volvió a mirarlo.

—Casi me matas del susto, ¿acaso no sabes que debes llamar a la puerta, antes de entrar? —cuestionó Deborah, con el ceño fruncido; en verdad, la había asustado.

—¿Tengo que anunciarme al llegar a mi casa? —preguntó, conteniendo una carcajada y dejando las cosas sobre la mesa.

—Es lo correcto, cuando tienes una invitada —mencionó, para no dejarse vencer; consciente de que eso era algo absurdo.

—Pues tú no eres mi invitada, tú eres la dueña de este lugar y de todo lo que hay aquí; incluyendo a este hombre que tienes frente a ti. —Se acercó y la envolvió entre sus brazos, antes de rozar con suavidad, los dulces labios de Deborah.

—Tus palabras no te librarán del regaño —esbozó, cuando acabaron el beso, dejándolo en solo toques de labios.

—¿Regaño? —inquirió, arrugando el entrecejo.

—Sí, regaño... ¿Por qué no me despertaste y me dijiste que te irías? Me preocupé muchísimo cuando desperté y no te encontré.

—Te veías tan relajada, que no quise molestarte; apenas te he dejado dormir en estos días —respondió, pegándola más a él.

—¡Qué considerado de su parte, señor Favre! Supongo entonces, que esta noche, nos quedaremos solo haciendo cucharitas —indicó, arqueando una de sus perfectas cejas.

—Tampoco es para tanto —acotó, enseguida—; te dejé dormir toda la tarde, Debbie —mencionó, elevando sus cejas.

Ella no pudo resistirse al ingenio de Maurice, le tomó el rostro entre las manos y comenzó a succionarle los labios, muy despacio, disfrutando del inicio de ese beso perfecto.

Sintió cómo Maurice, la tomaba por la cintura, para subirla a la encimera y se abría espacio entre sus piernas. Ella gimió, al sentirlo tan cerca.

—Lo de matarme de placer, lo decías en serio, ¿no es así? —preguntó, gimiendo, ante esos excitante besos que él le dejaba caer en el cuello, y las caricias que le daba en las caderas.

—Muy en serio —murmuró, contra la sutil piel del cuello de Deborah y elevó una mano, para acariciarle un seno. Recordó en ese momento, lo que le había comprado; y pensó que podía esperar un poco más, para hacerla suya—; sin embargo, antes, quiero entregarte lo que te compré... Es algo sencillo y nunca te he visto uno así, pero en cuanto lo vi en esa vitrina, te lo imaginé puesto —pronunció, sintiéndose nervioso, de repente.

—¿Qué es? —preguntó Deborah, bajando de la encimera de un salto, como si fuese una adolescente, y caminó con entusiasmo, tras él. Cuando él llegó hasta las bolsas que había traído, tomó una y se giró hacia ella.

—Es para ti, Debbie; espero que te guste —expuso, haciéndole entrega de la bolsa, mientras le sonreía.

Ella la recibió, mostrando el mismo gesto de él. La curiosidad la dominaba y con rapidez, sacó el paquete que estaba envuelto en papel de seda, blanco; lo rasgó y ante sus ojos, se mostró un hermoso vestido, en color hueso, de lino crudo y encajes.

Deslizó sus manos por la suave tela; y después, lo expuso, para mirar bien el diseño; descubriendo que en verdad, era muy hermoso.

—¿Te gusta? —preguntó Maurice, sin dejar de mirarla—. Si no, lo puedes cambiar, no hay problema. Le pregunté a la chica que me lo vendió, si podía hacerlo y me dijo que sí.

—No quiero cambiarlo, me encanta —dijo, emocionada.

—¿Lo dices en serio? —cuestionó, un tanto dudoso.

—¡Por supuesto! ¡Es bellissimo! Muchas gracias, Maurice —expresó, besándolo en los labios.

—Me alegra mucho haber acertado. No es que no me guste verte llevando solo mis camisetas, porque la verdad, me encanta mirarte así, pero creo que ese vestido se te vería bien.

—Bueno, vamos a averiguarlo —sonrió, antes de dar media vuelta, para salir de la cocina.

—¿A dónde vas? —Él la tomó de la mano.

—A ponérmelo. No esperarás que me cambie de ropa aquí, en la cocina, ¿o sí? —respondió, mostrándose divertida.

—No, no..., claro que no, ve. Mientras, yo iré guardando las compras. —Estuvo a punto de suspirar, cuando vio el guiño que le entregó y esa hermosa sonrisa, que lo enloquecía.

Deborah salió de la cocina, dejándolo solo, haciéndolo sentir que caminaba sobre nubes y sin poder borrar la sonrisa de sus labios.

Guardó todo y después, caminó hasta el equipo de sonido, para poner algo de música, mientras esperaba paciente por ella.

—¿Qué tal me veo, señor Favre? —preguntó Deborah, apoyada con una mano en el marco de la puerta; y con la otra, en su cintura, mientras le sonreía, posando, para él.

Maurice se volvió a mirarla y quedó completamente hechizado por ella, lucía tan hermosa, que no le parecía extraño que pudiera enamorarlo un poco más.

No mentía, cuando la llamaba «hermosa Debbie». Ella lo era, era el mejor regalo que Dios le había enviado desde el cielo; y la amaba, a pesar de todo.

—¡Vaya! Te ves bellissima, mi amor —dijo, acercándose.

—Muchas gracias, me encanta cómo me queda —mencionó, siendo completamente sincera; le gustaba, aunque era sencillo y no se parecía a los que ella acostumbraba a lucir—. Me gustaría usarlo para alguna ocasión especial.

—Puedo crear una para ti, justo en este momento, vamos a bailar —expresó él, mostrándose entusiasmado y comenzó a buscar una canción en la radio.

—¿Qué bailaremos? —cuestionó, divertida.

—Algo como... esto —respondió, en el mismo ánimo de ella y le elevó el volumen a *Cool de Alesso y Roy English*.

—¿Eso? —Frunció el ceño, un tanto desconcertada.

—Sí —acotó y comenzó la coreografía del artista.

Deborah comenzó a reír, al verlo bailando de esa manera; ella había visto el vídeo de esa canción, y debía admitir, que Maurice lucía igual de cómico que el famoso dj.

Se llevaba las manos al estómago, mientras se doblaba de la risa; sintiendo que sus ojos, también se llenaban de lágrimas, y por extraño que le pudiera parecer, Maurice no le resultaba ridículo, sino adorable.

Lo vio acercarse y comenzó a caminar de prisa por la cocina, para evitar que la alcanzara. Él se veía muy gracioso con su acto, pero ella, seguramente se vería patética, haciendo lo mismo.

No podía dejar de reír y elevó una ceja, al ver cómo empujaba su pelvis hacia ella; lo que incluso en ese momento, le resultó sexy.

—Maurice, ya..., detente. —Le pidió, al ver que la tomaba por la cintura—. Ya... para, para...; pareces un payaso... ¡Maurice! —indicó, mirándolo a los ojos y le apoyó las manos en los hombros, para evitar que la moviera a su mismo compás; intentaba parecer seria, pero seguía riendo ante los gestos de él.

—¿Un payaso? —preguntó él, elevando una ceja con un gesto muy exagerado, como el de los actores.

—¡Sí! ¡Un payaso! —expuso, riendo—. Aunque... tengo que reconocer, que eres un payaso encantador.

—¡Ah! Eso me gusta más. Baile conmigo, señorita Wallis.

La tomó de la cintura y la elevó del suelo, para hacerla girar con él; arrancándole un grito de sorpresa, que acompañó con una carcajada; eso le llenó el pecho de emoción. Se sentía de maravilla, cuando hacía reír a Deborah de esa manera.

—*It's only you... who... loves me like you do... do.* —Le cantó, mientras le dejaba caer suaves besos en los labios a Deborah, sintiéndose feliz, por la mirada cargada de ternura y emoción, que ella le dedicaba—. *Acting like a fool, fool... Wanna scream it from the roof... roof.*

Deborah sentía, que el pecho se le llenaba de emoción; y era tanta, que apenas podía contenerla. Lo miró, y acunándole con sus manos el rostro y mirándolo a los ojos, le entregó la segunda estrofa, esperando que él comprendiera, lo que estaba sintiendo en ese momento y lo que deseaba transmitirle.

—*You were the beacon I followed home... you were the one who rescued me.*

Maurice le sonrió y unió sus frentes, sintiendo que el corazón, le latía desbocado y que no necesitaba escuchar nada más.

Deborah también le entregó el mismo gesto y se animó a seguir la coreografía con él, al menos a esas alturas, ya no se sentiría como una tonta, bailándola; porque al final del vídeo, el sabelotodo, aprendía cómo moverse.

Maurice la guió, mientras sonreía con ella, manteniendo su postura del chico seguro y sensual; lo que no le era difícil, pues fue así como la conquistó; al final, hizo lo mismo que Alesso en el vídeo, dejándola perpleja.

—¡Hey! —exclamó ella y lo haló del brazo. No la dejaría así.

Maurice le entregó un guiño, antes de envolverla entre sus brazos y apoderarse de su boca, con un beso cargado de pasión.

Sus lenguas se acoplaron a la perfección, y sus manos comenzaron a recorrer sus cuerpos, al tiempo que los gemidos iniciaban un concierto, que era sublime a sus oídos.

—Te amo —murmuró, contra los labios enrojecidos de ella.

Deborah se quedó muda ante esa declaración; y sobre todo, ante el sentimiento que la voz y la mirada de Maurice le transmitían. Era como si no pudiera poner en palabras sus emociones, y eso la hacía sentir algo frustrada.

—Yo... —Quiso responderle de la misma manera.

—No..., no hace falta que me digas nada; ya tus ojos hablan por ti —dijo, sonriendo; sabía que para ella, no era fácil expresar sus sentimientos, ni siquiera cuando hacían el amor.

—¿Y qué... qué te dicen? —preguntó, sintiéndose asustada.

—Eso es un secreto entre ellos y yo —contestó, volviéndola a besar; y después, la tomó de la mano—. Vamos al jardín, tendremos una tarde especial..., como en los viejos tiempos.

Deborah le obsequió una de sus mejores sonrisas y caminó junto a él, hacia el pequeño jardín trasero.

Sintiéndose entusiasmada ante la idea de revivir aquellas tardes, cuando compartían en el jardín de la mansión Wallis, entre besos y caricias. Creando un mundo perfecto, que solo les pertenecía a ellos.

Gonzalo se secaba las manos con un paño de cocina, después de lavar la vajilla. Desde esa tarde, se encontraba en la casa de Rebecca, para pasar el fin de semana con ella, pues le había dicho que no estaría durante el Mardi Gras; y a que no le gustaba todo ese bullicio que se hacía en las calles de Nueva Orleans, durante las fiestas.

Escuchó el zumbido que hacía su teléfono móvil al vibrar y lo buscó con la mirada, descubriéndolo sobre la mesa del comedor.

Dejó de lado el trapo y caminó para tomarlo; antes de hacerlo, vio que la llamada era del genetista que había contactado, para hacer las pruebas de ADN.

Sintió, que el corazón se le subía a la garganta y se le aceleraba; tanto, que no le extrañaría si terminaba vomitando la cena.

Soltó el aire que estaba conteniendo; y después, inhaló, despacio, para calmarse.

No podía ponerse de esa manera, solo por una estúpida llamada, que a lo mejor, no era para darle los resultados; sino, para preguntarle algo relacionado con las muestras.

Era consciente, de que muchas, al ser manipuladas por un tiempo prolongado, terminaban volviéndose deficientes.

Miró a su alrededor, y supo que tenía que salir de allí. Si Rebecca lo conseguía hablando por teléfono sobre ese tema, seguramente le preguntaría, y él no se sentía en condiciones de contarle nada, por el momento; y tampoco deseaba seguirle mintiendo.

Caminó hacia el salón, comprobando que ella seguía arriba; y tomó de su chaqueta, la cajetilla de cigarrillo. Si ella le preguntaba, podía excusarse diciéndole que salió a fumar.

Cuando estuvo afuera, ya la llamada se había perdido, así que él se la devolvió.

—¡Dorta! Aun estando de vacaciones, tardas para responder el teléfono; hombre, pero tú no cambias.

—Estaba ocupado, Cox... ¿Qué me tienes? ¿Ya están listos los resultados? —preguntó y no pudo evitar la vibración en su voz. Respiró profundo, recordándose que debía tener serenidad.

—Por eso precisamente te llamaba. Esta semana, hemos tenido mucho trabajo en el laboratorio y me ha sido imposible trabajar sobre las muestras...

—¿Cómo carajos me vas a decir eso, ahora? ¡Han pasado diez días, desde que te entregué las muestras! —exclamó, sintiéndose alterado, había pasado todo ese tiempo en un maldito estado de tensión, a la espera de esos resultados.

—¡Hey! No te pongas así. Ya las trabajé y las tengo en el ordenador, pero el proceso de comparación lleva tiempo y eso es precisamente lo que ha faltado. He estado trabajando casi dieciocho horas todos los días. —Se excusó, tratando de no empeorar el humor del detective.

—¡Dieciocho horas! ¡No seas mentiroso! Te conozco desde hace años, Cox. No creas que porque tengo tres meses lejos del departamento, se me ha olvidado cómo eres.

—Gonzalo, relájate... A ver, ¿por qué tanta desesperación por conocer esos resultados? No es un caso de vida o muerte.

—Ese no es tu problema, solo... necesito que me hagas llegar eso cuanto antes —exigió, con la autoridad que había ganado en sus años como detective.

—Espera... espera, esto no es un caso oficial; es solo un favor que te estoy haciendo, así que cálmate, viejo.

—¡Un favor? ¡Un favor, dices! No me vengas con pendejadas ni me hagas perder la paciencia.

—Los tendré para la próxima semana, antes, no puedo —concedió, dejando escapar un suspiro cansado.

—Los quiero para el lunes a primera hora. —Gonzalo no esperaría un día más, no podía hacerlo.

—El lunes a primera hora no puedo, eso implicaría trabajar el fin de semana y sabes que no lo hago. —Se negó, de inmediato; queriendo cortar la llamada.

—Pues te va a tocar; y recuerda, no me estás haciendo ningún favor; te transferí quince mil dólares para tener esos resultados en una semana y no has cumplido.

—Gonzalo... —intentó ganar más tiempo.

—Ya deja de perder el tiempo conmigo y ve a trabajar, porque tienes hasta el lunes a primera hora. Que tengas un feliz fin de semana, «en el laboratorio».

Después de decir esas palabras, cortó la llamada; pero antes de eso, escuchó cómo el científico, lo llamaba «imbécil».

Pensó que tenía que recordarlo, para cuando estuviera de vuelta en Filadelfia, cobrárselo.

Le tenía respeto, porque era uno de los mejores genetistas, pero como persona, era un desastre; adicto a los juegos en la red y mujeriego empedernido; gastaba todo su dinero en clubes.

Guardó su teléfono en el bolsillo trasero de su pantalón; y después, sacó del bolsillo de su cacheta, la cajetilla de cigarrillos; extrajo uno, y de inmediato lo encendió.

Cerró los ojos, mientras le daba la primera calada, y mantuvo el humo durante unos segundos; para después soltarlo, seguido de un suspiro cansado.

—¿Todo bien? —preguntó Rebecca, llegando hasta él.

Se había asomado por la ventana de la cocina, cuando bajó y lo encontró allí. Al verlo hablando por teléfono, fuera de la casa, todas sus alarmas se encendieron; así que se encaminó de prisa hacia el salón, donde podría observarlo mejor y quizás lograba escuchar esa conversación, que le parecía bastante sospechosa.

—Sí, muñeca, todo bien...; solo salí a fumar un cigarrillo —respondió, obligándose a mostrarle una sonrisa y le extendió la mano, para atraerla a su cuerpo.

—Puedes hacerlo en la casa, sabes que no me molesta. Mi padre también lo hacía —mencionó, rodeándole la cintura con un brazo, mientras lo miraba a los ojos.

Gonzalo no respondió, solo le dio otra calada a su cigarrillo y después de soltar el aire, le dio un beso en el cabello, tratando de esquivarle la mirada, porque no era tan desgraciado, como para mentirle mirándola a los ojos.

—¿Con quién hablabas por teléfono? —preguntó, sin poder seguir conteniéndose; buscando sus ojos, nuevamente.

—Con alguien del trabajo —respondió, en tono casual.

Se llevó el cigarrillo a los labios una vez más, antes de apagarlo contra el hierro forjado del portón y lo lanzó al bote de basura que estaba en la acera, pues el camión había pasado minutos atrás.

—¿Tienes problemas? ¿Te están pidiendo que regreses? Parecía como si hubieras estado discutiendo —mencionó, mirándolo a los ojos, sin poder esconder su angustia, al pensar que él tendría que marcharse pronto.

Gonzalo vio el miedo en la mirada de Rebecca; y sintió que el corazón se le encogía.

Sabía que tarde o temprano tendría que irse y separarse de ella, pero cada vez que esa idea se atravesaba en sus pensamientos, él también se llenaba de angustia; así que enseguida quiso consolarla.

Le rodeó los hombros con un brazo, pegándola a él, para llenarla de confianza.

—No voy a irme a ningún lado...; al menos no por el momento. Cuando tenga que hacerlo, te juro que serás la primera en enterarte, Rebecca —dijo, mirándola a los ojos.

—Solo espero que no sea como la última vez... Quiero que me des al menos un tiempo, para poder hacerme a la idea de que ya no estarás junto a mí —mencionó, conteniendo su llanto.

Él no le respondió con palabras, prefirió hacerlo con hechos, porque se le daban mejor.

La envolvió entre sus brazos, para besarla con intensidad y alejar de los dos, esa tristeza que intentaba apoderarse de sus corazones.

Diego veía, cómo los círculos de humo que hacía con el cigarrillo que se fumaba en ese instante, se desvanecían en el espacio frente a sus ojos, dejando apenas una huella difusa de haber existido.

Había despertado una hora atrás, después de tener un sueño con Deborah; esa condenada mujer tenía tanto poder sobre él, que ni siquiera cuando dormía podía liberarse de ella, y como siempre le ocurría, su cuerpo reaccionaba a los estímulos que recibía; ya que el sueño había sido bastante placentero.

Fue como volver en el tiempo y disfrutar de esa relación que tenían al principio, cuando todo se enfocaba en pasarla bien, en gozar el uno del otro, en reír y charlar sin complicaciones.

Todo eso había cambiado de manera radical en los últimos meses; a veces deseaba no haber accedido nunca a los planes de Deborah, o haberla hecho desistir y seguir como antes. Nunca pensó, que aceptar formar parte de eso, iba a terminar jodiendo la relación que tenían.

No te engañes Diego, sabes que no fue solo eso; también fue el maldito de Maurice. Tú te confiaste y él empezó a recuperar terreno; además, también estuvo la cagada que hiciste con Katherine. Aunque por eso último, Deborah no tenía ningún derecho a reclamar; no tenía la moral para hacerlo.

Cavilaba, dándole otra calada a su cigarrillo, que ya casi acababa; y después de soltar el humo, dejó escapar un suspiro, que le costó un poco; ya que tenía a Katherine acostada sobre su pecho.

Esa mujer parecía una perezosa, siempre se quedaba dormida después de coger. La había despertado para calmar en ella las sensaciones que le había provocado soñar con Deborah; y después de dos orgasmos, cayó nuevamente rendida.

Al menos había conseguido su objetivo de desahogarse en el voluptuoso cuerpo de la morena; no podía negar que le gustaba coger con Katherine; ella era muy complaciente y nunca le decía que no a nada que él le pidiera.

Quizás era porque estaba tan perdida y estúpidamente enamorada, que no cuestionaba nada; eso a veces le gustaba, pero en ocasiones, le restaba emoción a sus encuentros. Necesitaba de esos retos que Deborah le lanzaba, y lo excitaban hasta la médula.

Con Katherine todo era demasiado simple; si se la quería coger, solo tenía que pedirselo y ella de inmediato se abría de piernas; nunca le exigía que la conquistara o al menos que la sedujera.

Le ponía todo tan fácil, que a la larga, hacía que cada encuentro fuese aburrido. Era como si se masturbara con una tonta muñeca inflable, que lo dejaba complacido, pero no satisfecho a plenitud.

—Deja de andar pensando esas pendejadas Diego, mujer es mujer y a la hora de coger, todas son iguales, todas tienen lo mismo entre las piernas. —Se dijo en voz alta, para convencerse de que no había nada en Deborah, que la hiciera especial.

Desde que ella prefirió a Maurice antes que a él, cuando sucedió lo de la pelea, decidió que acabaría con cualquier estúpido sentimiento romántico que llevara dentro del pecho.

No valía la pena, empeñarse en conseguir más de una mujer, a la que evidentemente no le importaba; ella se lo había dejado muy claro esa tarde, cuando se interpuso entre los dos, y después cuando fue a verlo, para reclamarle la golpiza que le dio a ese «malnacido».

—De ti ni siquiera se condolió, no le importó que también hubieras estado lastimado, para darte una maldita cachetada. Eso es lo que tienes que recordar, siempre que desees andar suspirando por ella; que no se te olvide, que no le importas para nada, pendejo —murmuró, estirándose para apagar el cigarrillo, en el cenicero sobre la mesa de noche, junto a su cama.

El movimiento hizo que Katherine se rodara y terminara despertando, mostró una sonrisa perezosa antes de abrir lentamente los párpados y enfocar su mirada en Diego.

No pudo evitar suspirar, al ver lo sensual que se veía en las mañanas; pocas veces habían despertado juntos, y cada vez que lo hacían, ella sentía que se enamoraba un poco más de él; sentía que su novio era el hombre perfecto.

—Buenos días —susurró, besándole el cuello.

—¿No te los di cuando te desperté hace un rato? —preguntó, luciendo el ceño fruncido y algo desconcertado, mientras la miraba.

—No... —esbozó, ensanchando su sonrisa, al tiempo que negaba con la cabeza—. Me pusiste de lado, comenzaste a tocarme y me dijiste al oído: «vamos a coger» —respondió, antes de darle un suave toque de labios.

—Bueno, puede que no te lo haya dicho, pero igual te di unos buenos días —comentó, acariciándole la espalda.

—No me he quejado —dijo, riendo—; aunque si soy sincera, me gustaría que dejaras de usar la palabra «coger»; no sé, quizás deberías usar algo más romántico; después de todo, tú y yo llevamos tres meses de novios —agregó con algo de timidez, sin mirarlo a la cara; solo se escudó deslizando sus dedos por los oscuros tatuajes en su pecho.

Diego tuvo que hacer un gran esfuerzo, para no poner los ojos en blanco en ese momento; esas eran las cosas que se había propuesto evitar toda su vida.

Respiró hondo, para llenarse de paciencia; y mostrando la más falsa de sus sonrisas, le tomó la barbilla a Katherine, para hacer que lo mirara a los ojos.

—Yo no soy un tipo romántico, morena; me cuesta ese tipo de cosas. Yo hablo así y no siento que eso tenga algo de malo.

—No es que lo tenga, pero soy tu novia; se supone que deberías tratarme más bonito, no sé..., de manera especial.

Ese momento, Diego acababa de comprobar, que tenía el estómago de hierro; ni siquiera supo cómo consiguió no soltar una carcajada, ante los estúpidos comentarios de Katherine.

Ahora sí te jodiste, Diego. «Tratarla de manera especial» ... Esta mujer cada vez se cree más el cuento de los «noviecitos», y para colmo de males, te va a tocar llevarla a la casa de tus viejos. La pobre ni se imagina el trancazo que se va a dar, cuando te largues de este lugar y la dejes tirada... Hasta lástima me da la morena.

Pensó, mientras observaba esos ojos oscuros, que lo miraban anhelantes y esperando una respuesta; dejó escapar un suspiro, resignándose a seguir con el juego.

—¿Quieres que haga algo «especial» por ti? —preguntó, manteniéndole la mirada; y al verla morderse el labio y asentir, no pudo evitar sonreír—. Está bien, ¿qué te parece si mañana vamos a casa de mis padres? —inquirió, como si lo entusiasmara la idea.

—¿Lo dices en serio? —Ella se incorporó, asombrada.

—Sí, ellos me invitaron a un asado este domingo; si quieres podemos ir juntos —respondió. Lo de la invitación era verdad.

Su madre lo había llamado para eso, pero lo de llevar a Katherine, había sido idea de Deborah. Aunque en un principio, él se había mostrado renuente a llevar a cabo esa parte del plan, Yorgos le había aconsejado que lo hiciera. La heredera tenía razón, necesitaba tener una coartada.

—¿Si quiero? ¡Por Dios, Diego! Sabes que estaría encantada de ir a conocer a tus padres... Bueno, a Roberto ya lo conozco y a tu madre la he visto un par de veces, pero no es lo mismo eso, a que me presentes como tu novia... ¡Estoy tan emocionada! —exclamó y le llenó el rostro de besos.

—Bueno, ya ves; no soy un hombre romántico, pero espero que esto te complazca —indicó, pegándola a su cuerpo y le dejó caer un par de besos en esos labios gruesos.

—Me siento más que complacida, me siento muy, muy feliz... —pronunció, con la mirada radiante; y se movió, quedando encima de él—. Y ahora, voy a hacer que tú también te sientas igual.

Sus ojos le entregaron una mirada cargada de picardía, mientras se deslizaba, besándole el pecho; dejando que su lengua, también humedeciera la piel marcada por las sombras oscuras, de los tatuajes que tanto le gustaban; anunciándole con sus gestos, lo que haría en ese momento.

Se metió bajo las sábanas, para darle rienda suelta a sus deseos de hacer feliz a Diego.

Él se dejó llevar por su instinto y sus manos viajaron a la cabellera de Katherine. Comenzó a acariciarla, para incitarla a que lo tomara completo; quería perderse en el placer que le brindaba esa deliciosa boca y olvidarse de todo lo demás.

Sobre todo, sacar de su mente la imagen de Deborah Wallis, y el hecho de que llevara varios días sin saber nada de ella.

El tiempo se le había ido a Deborah, como agua entre los dedos; no podía creer que llevase tres días en la casa de Maurice; y lo que era más asombroso, que no se sintiera desesperada por marcharse, como la vez anterior, cuando después de dos días, sentía que incluso el aire le faltaba.

En ese momento; por el contrario, lo que la embargaba era un enorme deseo de quedarse en ese lugar junto a él, olvidar todo lo que había planeado, olvidarse de Diego, de Dominic y de la empresa.

Se encontraba sentada en el sofá de dos plazas, mirando a Maurice, quien hablaba por teléfono y se desplazaba por la pequeña sala de su casa, conversando con uno de sus compañeros, quien también había salido seleccionado en el programa para la capacitación, en las plataformas petroleras.

Ella se había emocionado mucho por él, cuando le dio la noticia; pero después, comenzó a ver lo arriesgado que era trabajar en ese lugar y que él se expondría demasiado; por lo que ya no se sentía tan feliz de que hubiera sido seleccionado.

Además, estaba lo de su traslado a Santa Bárbara. Maurice debía marcharse durante un año a California, y si tenía un buen rendimiento, era probable que le dieran un puesto fijo y tuviese que radicarse allá de forma permanente; lo que irremediamente, terminaría separándolos.

—¿Todo bien? —preguntó, en cuanto lo vio colgar.

—Sí, todo de maravilla... —contestó, dejándose caer junto a ella, en el sillón y le rodeó los hombros con un brazo, para pegarla a su cuerpo y darle un beso en la frente—. ¿Por qué tienes esa cara? Te ves preocupada —mencionó, mirándola a los ojos.

—Tal vez sea porque lo estoy —indicó y suspiró, antes de continuar—: Maurice... ¿Por qué no optas por un puesto aquí?

—Deborah, ya hablamos de eso y te conté lo transcendental que es que me hayan ofrecido una oportunidad como la de Santa Bárbara —respondió, mirándola fijamente. Esperaba que sus ojos le dijeran, cuán importante era eso para él.

—Sí, ya lo sé...; pero sigo creyendo, que es muy arriesgado. Esas plataformas siempre presentan problemas; hay incendios, huracanes, ataques del *Greenpeace* y un montón de siniestros, que pondrían en riesgo tu vida —explicó, sin desviarle la mirada.

—Existe una entre mil posibilidades de que algo así ocurra, cuando yo esté en una de las plataformas —mencionó, basándose en sus conocimientos y la confianza que tenía en la labor del personal, que era capacitado para ese trabajo.

—Tus probabilidades no me convencen, Maurice. Si me voy a mis cálculos, esa «única» posibilidad, aumentaría mucho. Mira, si lo que deseas es tener un buen puesto, yo podría... —Se calló, al ver que él entrecerraba los ojos y tensaba la mandíbula—. ¡Está bien! No he dicho nada...; vete a California y haz todo lo que tengas que hacer —indicó, poniéndose de pie.

Él se levantó y caminó hasta ella. Aunque Deborah quisiera mostrarse como una mujer dura, a la que nada podía afectarle; él sabía que en el fondo, era muy sensible.

Le rodeó la cintura con los brazos y le dio un par de besos en el hombro; ella no dijo nada ante sus gestos; así que hundió el rostro en el suave cuello de su mujer y ronroneó, apretándola más contra su cuerpo.

—Deja de hacer eso —pidió, al sentir las cosquillas en su cuello y en otras partes de su cuerpo, también.

—Voy a estar bien, amor. Sé hacer mi trabajo, Deborah y también sé cómo cuidarme; no tienes por qué preocuparte por mí —murmuró, apoyando su barbilla en el hombro de ella.

Deborah asintió, mientras le acariciaba los brazos y se tragaba sus ruegos; no quería separarse de él, no quería que se fuera lejos; sabía que si se alejaban, la distancia podía hacer mella en su relación, otra vez. Ya les había pasado antes, y nada le aseguraba, que no sucedería otra vez.

Maurice la volvió, para mirarla a los ojos y le cubrió de besos el rostro.

—Te voy a extrañar demasiado —confesó ella y su voz se quebró, al intentar retener las lágrimas—. Yo... tengo mucho miedo, Maurice, yo...

—No te pongas así...; tampoco me voy a ir mañana. Además, sabes que si quisieras, podrías venirte conmigo. Eso me haría el hombre más feliz del mundo —mencionó, con la esperanza de que ella le dijera que sí.

Deborah lo miró a los ojos, viéndose realmente tentada de aceptar esa propuesta e irse con él, escapar de todo el caos que era su existencia en ese momento, fuera de ese lugar.

Sin embargo, no bastaba con desearlo; sabía que las cosas eran más complicadas y que ella siempre sería una prisionera, mientras Dominic estuviera vivo.

—No puedo hacerlo, tengo mis proyectos en la empresa y tú debes dedicarle tiempo a tu entrenamiento —justificó de esa manera su negativa, aunque le dolió ver el gesto de desilusión en el rostro de Maurice; suspiró, buscando en su cabeza, alguna frase que le diera consuelo—; pero iré a visitarte cada vez que estés libre; ya que supongo, que pasarás mucho tiempo en la plataforma —indicó, acariciándole el pecho.

—La última vez que prometiste eso, las cosas no fueron como esperaba —mencionó, sin poder tragarse eso que siempre le había reprochado, cuando ella se fue a Filadelfia.

—Las cosas serán distintas, esta vez... Ir a verte en Santa Bárbara, será lo que más desee día tras día —expresó con sinceridad, mientras se ahogaba en la mirada gris.

Quería que él le creyese, deseaba ganarse su confianza de nuevo, y sabía que para eso, debía alejar a Diego de su vida.

Era consciente, de que eso, tal vez, no sería fácil, pero esperaba que una vez el jardinero tuviera el dinero que le había prometido, se marchase muy lejos y así ella podría liberarse de él.

Maurice sintió que su pecho se colmaba de alegría, al escuchar esas palabras de labios de Deborah; pensó que las cosas en verdad serían diferentes, porque antes, ella se negaba a regresar a Nueva Orleans, por la situación que vivía junto a sus padres, pero esta vez, el escenario sería otro. Él sería el escape para Deborah, su tabla de salvación, su refugio.

—Por lo general, dan una semana libre al mes, a los que están en el programa de capacitación, así que prepárate para pasar todos esos días dentro de una habitación, porque no te dejaré salir en cuanto te tenga junto a mí —dijo, con determinación y sonrió, al ver el asombro en la mirada azul.

—¿Es eso una amenaza? —cuestionó ella, elevando una ceja.

—No, es una promesa —respondió él, mostrándole una gran sonrisa y la besó con pasión, abrazándola, de nuevo.

Deborah quiso fundirse en ese abrazo, deseando que fuese eterno, que nada los separase.

No sabía por qué estaba tan sensible, pero desde que despertó, esa mañana, un insoportable sentimiento de zozobra, se apoderó de su ser.

Era como si una sombra los cubriera y les anunciara, que les quedaba poco tiempo, que algo estaba a punto de suceder y que no era bueno; que ese estado de calma que estaba viviendo junto a Maurice, era demasiado perfecto para que le durase tanto; y sabía, que tarde o temprano, la burbuja donde se encontraban, iba a terminar reventándose.

Deborah solo esperaba, que no les causara tanto daño; sobre todo a él.

Dominic salió temprano de la mansión, conduciendo él mismo su auto; había prescindido de los servicios de Gaël ese día, aunque el hombre, por lo general, no trabajaba los fines de semana.

Ese domingo, él necesitaba que se mantuviera lejos, porque se había propuesto ir a ajustar cuentas con Maurice y no quería que su chofer interviniera para defender a su hijo; ya que era probable que terminara perdiendo a uno de sus hombres de confianza, solo por las estupideces de Deborah.

Tal y como sospechaba, al llegar pudo ver el auto deportivo de su hija, estacionado en frente de la pocilga donde vivía Maurice Favre. Ella se encontraba en la casa de ese timador, desde hacía tres días.

Ni siquiera había tenido la gentileza de llamar a la mansión, para que le informaran que se encontraba bien; al menos eso, ya que hasta se había olvidado de sus responsabilidades en la empresa.

Siguió de largo por la vereda y estacionó donde no pudieran verlo. Necesitaba mantener el perfil bajo, para no suscitar comentarios entre las demás personas que vivían en esa zona.

Sabía que cualquiera podía reconocerlo y no correría el riesgo de ser el chisme del próximo Mardi Gras, que todo el mundo comentara que había tenido que sacar a Deborah a arrastras de ese asqueroso lugar.

Sacó el arma de la guantera y se la guardó con cuidado en la parte baja de su espalda; se la llevaría de ese lugar por las buenas o por las malas. Estaba por bajar, cuando vio que ese hombre salía de la casa y se despedía de ella en la puerta, mostrando una actitud, que más que romántica, le pareció falsa.

—Dejemos que él se vaya, Deborah. Así tú y yo arreglaremos nuestras cuentas y si sabes lo que te conviene, saldrás de este lugar conmigo —dijo para sí mismo, viendo alejarse a Maurice.

Dejar que él se marchara, no se trataba de cobardía, sino de inteligencia; sabía que tendría más ventajas, si ese entrometido no se encontraba allí. Esperó un par de minutos en el auto, antes de salir.

—Definitivamente, llevas en la sangre la esencia de tu madre. Ella nunca puso distancia con el personal, siempre los trató como a iguales. Todo eso provenía de su antigua vida, de cuando no era nadie y tú lo has heredado, por desgracia.

Después de esas palabras, bajó del auto y se encaminó hacia la casa, con ese andar prepotente que lo caracterizaba; como si fuera el dueño del mundo, pues así lo criaron y así se sentía.

Deborah se encontraba en el sillón, revisando sus redes sociales desde su teléfono; tenía algunas notificaciones, pero nada verdaderamente relevante; así que las respondió con rapidez.

No le gustaba quedarse sola en la casa de Maurice, porque no terminaba de sentir que encajaba en ese lugar; sin él, era como si todo le resultara completamente extraño.

Estaba por marcarle a Janeth, para conversar con ella un rato, cuando escuchó que llamaban a la puerta. Dejó ver una sonrisa, seguramente era él, que había olvidado algo o había cambiado de idea.

Esperaba que fuera la segunda opción, pues le parecía una tontería, que fuera hasta el centro de la ciudad, solo para complacerla por un estúpido antojo de moras. Ni que él fuese su esposo y ella estuviera embarazada.

—Pasar tanto tiempo aquí, comienza a afectarte, Deborah. —Se dijo en voz alta, mientras sonreía.

Abrió la puerta de madera y se congeló, al ver quién se encontraba al otro lado de la puerta de malla, que protegía la puerta del húmedo clima de Nueva Orleans e impedía la entrada a la casa de los insectos que abundaban en el verano.

Se quedó durante varios segundos paralizada, solo podía observar a Dominic, quien no se limitaba en dejarle ver todo el desprecio que sentía por ella, con su mirada y su actitud.

—¿No vas a abrirme la puerta? —preguntó, con algo de burla y molestia, por tener que esperar afuera.

—¿Qué demonios quiere? ¿A qué ha venido hasta aquí? —cuestionó Deborah, sin dejarlo pasar.

—Podríamos discutir eso dentro. Abre la puerta —exigió, con los dientes apretados y mirándola a los ojos.

Deborah dudó antes de abrir y dejarlo entrar; sentía que el corazón le latía tan de prisa, que casi le resultaba doloroso. No sabía qué había llevado a Dominic hasta ese lugar, pero estaba seguro que no sería para nada bueno.

De pronto, pensó que tal vez, Marcus le había contado lo de la pelea; sabía que el mayordomo, sentía más lealtad hacia su padre que hacia ella.

—Lo que haya venido a decirme, puede esperar hasta que regrese a la mansión; así que váyase.

—Deborah, no me hagas perder la paciencia. Te conviene abrir esa puerta y dejarme entrar. —Su voz dejaba clara la advertencia.

—O de lo contrario, ¿qué hará? ¿Acaso piensa echarla abajo?

Ella le mantuvo la mirada, para hacerle ver que no podía amedrentarla; lo que sea que tuviera que decirle, lo haría en ese momento, si era muy importante; y si no, podía esperar a que ella estuviera en la casa, un lugar conocido y donde supiera cómo defenderse. Jugar en su terreno le daba ventaja.

—No hagas pagar al pobre infeliz que acaba de salir de aquí, por tus estupideces. Abre la maldita puerta y escucha lo que tengo que decirte, o en tu consciencia quedará lo que pueda pasarle a Maurice Favre —sentenció, dejándose de rodeos.

Deborah tembló al escuchar esa amenaza, y una parte de ella, le gritaba que no cediera ante las demandas de Dominic, pero la otra, le decía que debía cuidar de Maurice.

Respiró profundo y se armó de valor, antes de abrir la puerta; apenas se hizo a un lado, para permitir que entrara, sin alejarse ni dejar de mirarlo, para demostrarle que no le tenía miedo.

—¿Qué ha venido a hacer? —preguntó ella, al ver que Dominic solo giraba sobre su eje, mirando cada rincón del salón, con evidente desprecio; esa actitud, le molestó mucho.

—A comprobar con mis propios ojos, lo bajo que has caído —respondió, clavando su mirada en ella.

—Parece que olvidó, que un día le advertí, que no aceptaría más insultos de su parte —mencionó, irguiéndose y mirándolo, desafiante.

—Las mujeres como tú, no pueden ir por la vida exigiendo respeto. No lo merecen —indicó, mirándola con rabia; sentía que era como tener un reflejo de Christie delante de él.

—Será mejor que se largue de aquí, enseguida.

Deborah caminó para abrir la puerta. No permitiría que él siguiera humillándola, ya no era esa niña estúpida, que sentía que merecía llevar sobre su espalda, el peso de los errores de su madre, o soportar los desprecios de Dominic, para así poder ganar la absolución. No le debía nada a ninguno de los dos.

—Lo haré, pero tú vendrás conmigo —sentenció, caminando hacia ella, para tomarla del brazo y sacarla de allí.

—¡No me toque! —exclamó, soltándose y alejándose de él.

—Te advertí esto muchas veces, Deborah, te lo dije, pero al parecer, crees que estoy jugando y que no cumpliré con mi palabra. No dejaré que ensucies el apellido Wallis, mezclándote con un don nadie. Antes de que eso ocurra, soy capaz de cualquier cosa, y si me conoces lo suficiente, sabrás que no hablo en vano.

—¿Por qué demonios no me deja en paz? ¿Acaso no me quería fuera de su casa? ¿No decía que no tenía derecho a estar allí? —cuestionó, mirándolo con odio—. ¡Bueno! ¡Lo ha conseguido! Siéntase satisfecho, ya lo estoy.

Ella ni siquiera analizó esas palabras, solo las expuso de manera espontánea, sin saber por qué. No se había planteado quedarse para siempre con Maurice en ese

lugar, aunque lo había deseado, sabía que eso no era viable; era su deber regresar a la mansión y llevar a cabo sus planes.

—¿Por cuánto tiempo será esto, Deborah? ¿Cuánto tiempo tardarás en darte cuenta, de la gran estupidez que estás cometiendo? —preguntó, mostrándose iracundo. Cerró la puerta de un manotazo, haciendo que el golpe retumbara.

Deborah tembló y cerró los ojos, sintiéndose asustada ante la reacción de él. Desde que era una niña, Dominic se había encargado de sembrar ese temor en ella; odiaba los gritos y los portazos, odiaba ese tipo de violencia psicológica.

—¿Por qué le cuesta tanto verme feliz? —Su voz trémula reveló el miedo que sentía y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Feliz? —inquirió, mirándola con asombro—. ¿Crees que esto es la felicidad? ¿Venir hasta esta pocilga, pasar el día teniendo sexo con ese hombre y olvidar tus responsabilidades, es la felicidad?

—Ser libre, estar lejos de usted, sentir que realmente le importo a alguien... ¡Eso es lo que me hace feliz! Pero jamás podrá comprenderlo, porque toda la vida, en lo único que se ha empeñado es en castigarme, por lo que hizo mi madre... ¡Ya déjeme en paz! —gritó, sintiéndose exasperada, y caminó para salir de allí. Si él no se iba, lo haría ella.

—No te vas a ir a ningún lado, sin antes escucharme. —La tomó con fuerza por los hombros y la pegó a la pared.

Dominic tembló, cuando el recuerdo de unas de las tantas discusiones que tuvo con Christie, llegó hasta él, trastornándolo.

—No voy a dejar que me abandones, nunca —mencionó, mirándola a los ojos, pero era como si no estuviera viendo a Deborah, sino a su difunta esposa.

—¿Qué demonios le ocurre? ¡Suélteme! —exigió ella, forcejeando para liberarse. La mirada atormentada de Dominic, la aterró—. ¡Le digo que me suelte!

—No lo haré hasta que comprendas, que tienes que quedarte conmigo, que tú me perteneces... Todo lo que eres, es gracias a mí; me debes todo a mí... —pronunció, pegándola más a la pared.

—¿Se ha vuelto loco? —cuestionó ella, comenzando a alterarse también; lo empujaba con fuerza, pero al no conseguir liberarse, empezó a llorar—. ¡Suélteme! Voy a gritar si no lo hace, ¡suélteme! —Le advirtió, intentado hacerlo reaccionar.

Dominic fue sacado por las palabras de Deborah, de esa elipsis, que de pronto lo desquició y lo hizo actuar como si no fuera él.

Se alejó de ella, sintiéndose apenado, sin poder mantenerle la mirada y estuvo a punto de salir de ese lugar y dejar las cosas como estaban.

Que Deborah hiciera lo que se le diera la gana con su vida, después de todo, no era una niña y tampoco su hija; sin embargo, cuando estaba por hacerlo, se detuvo en la puerta, y mirándola por encima del hombro, volvió a hablar.

—Debí lanzarla a la calle a tu madre y a ti, esa maldita noche, cuando la encontré con aquel hombre, deshonrando el hogar que le había entregado; debí prever que serías igual a ella...

—¿Y por qué demonios no lo hizo? ¿Por qué se empeñó en mantenernos, siendo parte de esa farsa de familia? ¿Por qué sigue haciéndolo ahora? —cuestionó, mirándolo a los ojos, dejando que el llanto la desbordase.

—Porque por desgracia, tú eres la única que lleva mi apellido y que puede darle continuidad; porque no tuve la sensatez de buscarme a otra mujer y embarazarla, para poder librarme de ustedes; porque tu madre me desgració la vida y ya no pude confiar en ninguna otra... ¡Por eso! —exclamó, con tanto rencor y dolor, que pudo ver cómo ella se estremecía.

Deborah sintió, como si él hubiera tomado su corazón entre las manos y lo apretó casi hasta detener sus latidos; causándole un dolor insoportable; mucho más cruel que aquellos que experimentó siendo una niña, cuando recibió los primeros desprecios y humillaciones del hombre que más había adorado en su vida, de su amor, de su héroe..., de su padre.

—Ya una vez salvé mi apellido de la deshonra, al desaparecer al miserable de Leonard Blanchard, cuando intentó llevarse lo que era mío y destruir a mi familia...

—¿Usted...? —Deborah no pudo ni siquiera terminar la pregunta, solo jadeó y se llevó la mano al pecho.

—Sí, lo hice —respondió con determinación, manteniéndole la mirada, para que supiera que no estaba jugando—. Y te juro que seré capaz de hacerlo de nuevo. No me temblará la mano, Deborah; y si en verdad sientes algo por Maurice..., entonces sabrás qué hacer. —Le estaba dejado clara su amenaza.

Ella lo miraba, sin poder salir de su asombro; jamás pensó que Dominic llegaría a algo como eso, a cometer un crimen de esa magnitud; pero de pronto, cayó en cuenta de que ella misma estaba a punto de hacerlo.

La verdad la golpeó con la fuerza de una centella, y en ese instante, supo que era primordial seguir con su plan; que ya nada haría que se arrepintiese.

—¿Qué desea que haga? —preguntó, en un tono sumiso; dejándole creer que la había derrotado, pero lo que en verdad acababa de hacer, era firmar su sentencia de muerte.

—Te daré el día de hoy, para que termines definitivamente con esto, y después del Mardi Gras, regresarás a la empresa, para atender tus responsabilidades. Luego hablaremos sobre tu futuro; si quieres tener una vida de casada y formar un hogar, será con alguien que valga la pena y que esté a la altura del apellido que llevas —decía, cuando ella lo detuvo.

—Usted no va a imponerme una estúpida y miserable vida. No le permitiré que lo haga —pronunció, negándose a dejar que él la controlara como se le diera la gana.

No podía controlar ese lado, que se revelaba contra las imposiciones; ella no era como la cobarde de su madre, que se dejó apabullar toda la vida por Dominic Wallis.

Se alejaría de Maurice, pero no haría nada más.

—Vas a hacer exactamente lo que te diga, y a Maurice Favre, no lo verás nunca más, porque me llego a enterar de que lo haces y lo habrás condenado a muerte. ¿Lo has entendido, Deborah? —La interrogó, tomándola con fuerza por el mentón, para saber si sus palabras le quedaban claras.

Cuando la vio asentir con un movimiento rígido de cabeza, sonrió, sintiendo que tenía la situación en sus manos, y que había logrado todo lo que se propuso esa mañana, antes de salir hacia ese lugar.

Después de eso salió, dejándola sin opción de decir nada más; solo haciéndola sentir que el peso del mundo, se había instalado sobre su espalda, y un torrente de sollozos, escapó de sus labios, mientras se apoyaba contra la pared, para no terminar tendida en el suelo.

Aunque, en ese instante, lo único que deseaba, era quedar allí, hecha un ovillo y llorar hasta que pudiera liberarse de todo el dolor que sentía dentro del cuerpo.

Diego llevó la motocicleta hasta el terreno que servía de estacionamiento, frente a la casa de sus padres; la mantuvo estable mientras la apagaba; y después, apoyó un pie en la tierra, dejándola algo inclinada, para que Katherine pudiera bajar sin problemas.

En cuanto se quitó el casco, el delicioso aroma del asado, inundó sus fosas nasales, despertándole el apetito. Sonrió, reconociendo ese olor que le traía tantos recuerdos de su infancia. Los asados, era lo que con mayor claridad recordaba de Argentina.

—Bien, hemos llegado —anunció, mostrando una sonrisa. Descendió de la moto y se guardó la llave en el bolsillo.

Se disponía a caminar, cuando sintió que Katherine lo tomaba de la mano, y la mirada que le dedicó, claramente le recordaba, que debía darle el puesto que según ella, le correspondía, como su novia.

Entrelazó sus dedos con los de la morena, dispuesto a comenzar su actuación; si quería usarla de coartada, no podía llevarla a casa de sus padres y mostrarse tan distante con ella.

—Diego..., estoy algo nerviosa —confesó, buscando la mirada de su novio. Necesita que él le diera un poco de seguridad.

—No hay motivo para que lo estés, aquí nadie muere —respondió con sorna, pues le parecía algo ridícula esa actitud.

—¡Diego! —Le reprochó, haciendo un puchero.

—Mi madre es buena gente, Katherine —acotó, deteniéndose y mirándola, antes de entrar a la casa; a ver si eso la tranquilizaba.

Ella asintió, dedicándole una sonrisa y respiró profundo, para calmar los latidos de su corazón; debía mostrarse segura y relajada ante los padres de Diego. Sabía que la primera impresión, pesaba muchísimo, y ella quería darle la mejor a sus suegros.

Diego entró a la casa, sin llamar y pasó de largo hasta la cocina, pues sabía que su madre debía estar allí, y su padre en el jardín, encargándose del asado.

Le sorprendió un poco no ver el auto de Germán; al parecer, contaría con la suerte de su ausencia.

—¡Mi Dieguito! —Lo saludó Matilde. En cuanto lo vio entrar a la cocina, dejó de lado los vegetales que picaba y casi corrió hasta él, mientras se secaba las manos con el delantal—. Me alegra tanto que hayas venido —expresó, con la mirada rebosante de felicidad, al tiempo que le acunaba el rostro con las manos.

—Madre, ¿cómo está? —preguntó, después de darle un beso en la frente. Ella era el único motivo por el cual seguía visitando esa casa, pues con su padre, las cosas no habían mejorado.

—Ahora que estás aquí estoy feliz, te ves muy guapo. —Le dio un par de besos en las mejillas y sonreía.

Katherine se sentía un poco intrusa en medio de esa escena, no solo porque tanto Diego como su madre, prácticamente la habían ignorado; sino porque incluso, estaban hablando en español, excluyéndola a ella por completo.

Estaba por intervenir y recordarle a su novio, que ella se encontraba presente, cuando vio que él se volvía a mirarla.

—Madre... ¿Recuerda a Katherine? —preguntó, poniéndole una mano en la parte baja de la espalda, para acercarla.

—Creo que sí... Eres la hija de Martha, ¿verdad? —comentó, mirando a la linda morena con detenimiento.

—Así es señora Matilde, encantada de verla de nuevo —pronunció, extendiéndole la mano y entregándole una sonrisa.

—Lo mismo digo, niña. Eres bienvenida en mi casa —dijo, respondiendo a la sonrisa de Katherine; y después, miró a su hijo, conservando el gesto en sus labios—.

No me habías contado que andabas de novio, Diego —agregó, palmeándole la mejilla, en un gesto cargado de cariño.

Él sintió que esa palabra, ya comenzaba a provocarle urticaria; fingió una sonrisa para su madre y alternó su mirada entre las dos mujeres; que obviamente, le exigían una respuesta.

—Quería decírselo cuando viniera con Katherine a la casa.

—Comprendo. Bueno, hoy tendremos dos motivos para celebrar. Tu noviazgo con Katherine y el primer asado del bebé de tu hermano... Por cierto, es extraño que Germán aún no llegue —acotó, algo desconcertada.

—Ojalá y le haya salido una operación a última hora, así nos libraremos de su presencia —murmuró Diego, caminando hacia la nevera, para darle la espalda a su madre.

No pudo evitar hacer ese comentario, pero por suerte, Matilde no alcanzó a escucharlo y se salvó del regaño que le habría dado.

Llenó un vaso con agua helada y casi lo bebió completo; el viaje hasta allí era largo y estaba sediento; su estómago le recordó, que apenas había comido dos tostadas de pan y un par de huevos revueltos esa mañana, ya que no tenía nada más en su apartamento y no quiso salir a comprar.

—Matilde, llama a Germán, para saber por qué no ha llega... —decía Roberto, entrando a la cocina. Se detuvo de golpe, al ver a su hijo menor junto a Katherine en ese lugar.

De inmediato, el motivo de la última pelea que había tenido con Diego, le fue confirmado. Él andaba con la hija de Martha, tal y como había sospechado.

No pudo evitar, que el desagrado se reflejara en su rostro; porque cuando se lo preguntó, Diego se molestó y se hizo el ofendido; como si lo que él decía, no fuese verdad. Eso le recordó, porqué ya no confiaba en su hijo; él nunca era sincero cuando le preguntaba algo.

—Roberto, ¿viste quiénes vinieron a visitarnos? —mencionó Matilde con emoción, mientras se acercaba a su marido.

—¿Cómo está señor Roberto? —Lo saludó Katherine, intentando buscar la aprobación del padre de Diego, quien por lo visto, no se sentía muy contento de que ellos estuvieran allí.

—Estoy bien, Katherine; ¿cómo estás tú? —preguntó, dedicándole una mirada escudriñadora.

—Muy bien, señor y encantada de estar en su casa —respondió, sonriendo. Se acercó a Diego, buscando apoyo en él.

—Hola padre. —Fue el escueto saludo que le dio y dejó el vaso sobre la encimera.

Le había jodido, que como siempre, su padre estuviera tan desesperado por la presencia de Germán. Estaba seguro que nunca se pondría así por su ausencia; por el contrario, se veía a leguas, que no estaba complacido de tenerlo allí, pero tendría que irse acostumbrado, porque justo en ese momento, decidió quedarse durante toda la reunión, y no solo una hora, como había planeado en un principio.

—Hola Diego, ven. Necesito una mano.

Le hizo un ademán, para llevárselo al jardín. Esperaba que su mujer, retuviera a Katherine en la cocina, pues ella sabía bien, que cuando se trataba de asados, los únicos que podían acercarse a la parrilla, eran los hombres.

Salió, esperando que su hijo lo hiciera detrás de él, aunque no le pasó desapercibido, el gesto de molestia que hizo, al escuchar su petición.

En cuanto Diego entró al jardín, el ambiente en este lo llevó a sus años de niñez; a ese tiempo en el cual, podía decir que fue verdaderamente feliz.

Las cometas del reproductor vibraban, al ritmo del cuarteto cordobés, mientras imágenes de su abuela, bailando y cantando junto a él, desfilaban por su cabeza.

Sin embargo, la sonrisa que se había apoderado de sus labios ante ese recuerdo, se fue desvaneciendo, al escuchar la letra de *Titere*, en la voz de *Fernando Bladys*.

No podía creer, lo irónico y jodido que podía ser el destino con él; parecía empeñado en echarle sal a su herida y recordarle lo que realmente era para Deborah; su juguete, su títere, su maldito peón.

—Vení, Diego, tomate algo.

Su padre lo alejó de esos pensamientos que lo torturaban; le dedicó una sonrisa, al tiempo que le entregaba un vaso grande desechable, casi rebosante de *Fernet* con Coca Cola. La famosa mezcla del licor con gaseosa, que no podía faltar en ningún asado argentino.

—Gracias —dijo, recibéndolo y dándole un gran trago.

Roberto no le había pedido a Diego que lo acompañara al jardín con intenciones de reclamarle su relación con Katherine; si él había decidido llevarla a la casa y presentarla como la novia, tenía que admitir, que al menos, eso era un avance. No obstante, ese gesto de su hijo, no lo haría desistir de enterarse de cómo iban las cosas

entre ellos dos.

La chica era una buena muchacha, un tanto rebelde y mimada, por ser la hija menor de Martha; y al igual que Diego, no quiso seguir estudiando. Pero era educada y trabajadora, así que esperaba que le hiciera sentar cabeza a su hijo. Quería poner sus esperanzas en ello.

—Las cosas con Katherine van en serio, entonces. —Roberto hizo ese comentario un tanto capcioso.

—¿A qué se refiere con «en serio»? —cuestionó, elevando una ceja, mientras lo miraba fijamente.

—Bueno..., la has traído a la casa y la presentaste como tu novia; supongo, que lo que deseas tener con ella, es algo formal —respondió, mientras reunía las especias, para que Diego preparara el chimichurri; y así él no descuidaba su asado.

—Solo estamos saliendo, no se haga a la idea de que me voy a ir a vivir con ella o que voy a darle nietos —respondió, de manera tajante, dándole otro trago a su bebida.

—Bueno, los dos son jóvenes para eso, pueden esperar. Lo importante es que se lleven bien y que vayas pensándolo, digo, para más adelante. Ella es una buena muchacha y si te gusta, podrían intentarlo. Yo no le veo nada de malo a que nos des nietos; Matilde se pondría muy feliz...

Roberto actuaba siempre de esa manera, cuando quería convencer a Diego de algo; fue justo así, como le vendió su puesto de jardinero en la mansión Wallis.

—Acaban de tener uno del hijo ejemplar, deje que yo siga siendo la oveja negra de la familia —mencionó con ironía, para ver si con eso, su padre zanjaba el tema. Siempre que él hacía un comentario mordaz en contra de Germán, Roberto desistía de dársela de buen padre.

—Vos no sos la oveja negra, simplemente, seguis creyéndote un muchacho, pero ya te tocará madurar... Ya vas a querer tener una mujer, hijos y un hogar. Los años no pasan en vano, Diego —mencionó, ignorando el comentario altanero de él.

Diego se quedó en silencio, porque sabía que no ganaba nada con empezar a discutir con su padre; y también, porque una especie de nostalgia lo invadió, cuando le dijo esas palabras.

En su futuro, no se vislumbraba que pudiera tener hijos y un hogar; sencillamente, porque la mujer con la que podía aspirar a ello, jamás lo consideraría para formar un hogar.

Deborah no se rebajaría a darle hijos a un hombre que no fuera igual a ella; educado, con dinero, con un apellido importante y al que pudiera presentarle a sus amigas.

En eso debía estar muy claro, si no quería terminar más jodido de lo que ya estaba; tenía que irse sacando del pecho ese estúpido sentimiento, que no había servido para nada más que para hacerlo sentir débil.

—Necesito ayuda aquí, vos encargate del Chimichurri, mientras yo le doy una vuelta al asado; ya está casi listo.

La voz de Roberto, lo sustrajo de sus pensamientos. Sin decir una palabra, caminó hasta la mesa y comenzó.

Quince minutos después, había terminado con el pedido de su padre; lo reservó en una fuente de vidrio y caminó hasta la parrilla. El olor de la carne asándose, lo traía ansioso por probar todo lo que allí se hacía.

Compartió una sonrisa y una mirada cómplice con Roberto, un gesto que hacía mucho no se entregaban; quizás porque había pasado mucho tiempo, desde la última vez que estuvieron así, en familia.

—Estuve diez días detrás del carnicero, para que me apartara todos los cortes, aquí está tu favorito —mencionó Roberto, señalando un trozo de *Vacio*, mientras sonreía, orgulloso.

—Cada día se parecen más a los que hacía el abuelo —dijo Diego, paseando su mirada por la parrilla.

La imagen y el aroma que se desprendía de los bifés, las costillas, las tapas, las colitas de cuadril, los chorizos criollos, las morcillas, el queso *Provoleta* y los chinchulines trenzados; hicieron que el apetito de Diego se disparara por los cielos.

Sintió cómo su boca era bañada por una ola de saliva y tuvo que tragar para pasarla, además de beber un trago de su fernet; que por suerte, apaciguó su deseo de comerse todo justo en ese momento.

—Gracias, tu abuelo era el mejor. Vos vas a tener que venir más seguido cuando los hagamos, para que aprendas también; ahora, llévale estos chorizos a tu madre, para que vaya preparando unos choripanes, mientras lo demás termina de asarse.

Roberto le entregó una bandeja con varios, al tiempo que sonreía, sintiéndose orgulloso, por la comparación que había hecho Diego. Su padre había sido el mejor en el arte de los asados.

Para nadie era un secreto, que Facundo Cáceres, era uno de los más destacados de toda Córdoba, hasta había ganado premios.

Cuando Diego entró a la cocina, la sonrisa que llevaba desapareció; ya decía que era demasiada suerte, que Germán no se hubiera aparecido allí con su familia, para robarse toda la atención de sus padres.

—Diego, que bueno verte... ¿Cómo estás? —Le preguntó Germán en inglés, para no excluir a su mujer, pues ella todavía no dominaba del todo el idioma.

—Bien, ¿y vos? —Diego quiso llevarle la contraria, respondiéndole en español, a sus pelotas que la cuñada no supiera hablarlo, después de siete años juntos, y a debería hacerlo.

—Todo bien, aunque un poco trasnochado. Matías no nos deja dormir bien, despierta cada dos horas —contestó, volviendo a hacerlo en inglés. No cedería a sus provocaciones.

—¡Mira vos! Llamaste al nene Matías, al menos Giselle te dejó ponerle un nombre más nuestro. ¡Qué considerada es tu mujer! —mencionó, dejando clara la burla en cada una de sus palabras y dejó la bandeja sobre la mesa—. Aquí tiene, madre.

—Vos siempre vivís con un problema, Diego... Jodes hasta por un nombre —acotó Germán, haciéndolo en español, para no incomodar a su mujer.

—Chicos, por favor...

Matilde intentó mediar entre ellos, ya sabía por dónde venían, siempre era lo mismo; no podían ni verse, porque comenzaban a discutir.

Ella, como madre, siempre sufría con eso, porque los adoraba a los dos por igual y todo lo que quería era verlos unidos, como cuando eran chicos.

Katherine observaba la escena y aún si comprender las palabras de Diego, lo conocía lo bastante bien, como para saber que estaba molesto. Se acercó hasta él, para acariciarle la espalda e intentar relajarlo, al tiempo que buscaba la mirada oscura de su novio, pidiéndole un poco de calma; no quería que ese día, tan importante para su relación, se arruinara.

—Será mejor que vaya a saludar a mi padre, vamos Giselle —expresó Germán, tomando al bebé que su madre tenía en brazos.

—Mi amor, espera..., no podemos llevar al niño al jardín, el humo puede hacerle mal, está muy pequeño todavía —comentó Giselle, al ver sus intenciones.

Diego dejó escapar un bufido, pero no dijo nada ante la mirada de advertencia que le dio su hermano; optó por quedarse tranquilo y tratar de llevar la fiesta en paz; por lo menos, ya lo había jodido de entrada.

No soportaba ver esa felicidad radiante que mostraba siempre, con una estúpida e hipócrita sonrisa en los labios, como si fuera un infeliz político en plena campaña, pretendiendo esconder la clase de mierda que es.

—Giselle tiene razón, ve con tu padre..., yo la llevaré a la habitación, para que duerma al bebé y después nos reunimos con ustedes. —Matilde tomó el control de la situación, era horrible vivir bajo esa tensión, cada vez que sus hijos se encontraban; antes de irse, miró al menor—. Diego, enseñale a Katherine a hacer los choripanes, mientras regreso, por favor.

Él solo asintió en silencio, para no contradecirla; tampoco era su idea hacerle pasar un mal momento a su madre. Abrió la nevera, sacó algunos tomates y una cebolla; sabía que a ella también le gustaba acompañar los choripanes con esa mezcla de verduras, además del chimichurri.

—¿Está todo bien? —preguntó Katherine, animándose a hablar cuando se quedaron solos.

—Sí, vamos a empezar con esto. Me muero de hambre.

Diego solo respondió eso y se cerró por completo a la morena; le costaba mucho hablar con otras personas, del rencor que sentía hacia su hermano y su padre. Odiaba inspirar lástima; quizás por eso prefería mostrarse como un desgraciado delante de los demás, como si nada le afectara.

La reunión se desarrolló en un estado de aparente calma, aunque a todos le preocupaba la manera tan desmedida en la que Diego estaba tomando; intentaron hacer caso omiso de ello y reían, compartiendo algunas anécdotas.

La charla fue toda en inglés, para no excluir a las invitadas, pero sobre todo, para no darle al menor de los Cáceres, la oportunidad de volver a molestar a Germán, con sus comentarios fuera de lugar.

—Creo que deberías parar con la bebida, Diego. —Le sugirió Roberto, al ver que le había costado ponerse de pie, para ir al baño.

—¿Por qué? —cuestionó, frunciendo el ceño.

—Mirá como estás —señaló lo que para él, era obvio—. Apenas podés mantenerte en pie.

—¿Y acaso hay algún problema con eso? —inquirió de nuevo, mostrando media sonrisa, cargada de ironía.

—Lo hay, si pensás conducir esa motocicleta.

Aunque Diego le hubiese dado tantos dolores de cabeza, era su hijo y no quería que le pasara nada malo. Se preocupaba por él y lo quería, a pesar de que todo lo que hacía para mejorar su relación, parecía ser en vano.

—No me pasará nada, sé cuidarme solo —dijo y se alejó, para servirse otro trago.

Pasar toda la tarde viendo el éxito y la felicidad de Germán, lo jodía; escuchar esas canciones de despecho de los cuartetos, que le restregaban sal a su orgullo herido, lo jodía; tener que fingirse el novio perfecto con Katherine, lo jodía; y no saber nada del paradero de Deborah, lo tenía a punto de enloquecer.

Necesitaba que ella le dijera que las cosas iban a mejorar entre los dos, después de la muerte del viejo Wallis; le urgía tenerla de nuevo entre sus brazos, sentirla suya, no solo en una cama; quería que lo fuera en verdad.

Ahogó el sollozo que subió a su garganta con un gran trago de fernet, mientras cerraba los ojos y temblaba, sintiendo que apenas podía soportar ese dolor que le atravesaba el pecho.

Giró, para ubicarse bajo el árbol, donde estaba reunida su familia, pero no se quedó allí, ante la mirada desconcertada de todos; tomó la silla y la rodó, hasta quedar

junto al reproductor de música.

Fue pasando los discos uno a uno, hasta que se topó con el que andaba buscando; pulsó el botón, deteniendo la música y la cambió por ese que acababa de escoger; cerró los ojos, casi dándole la espalda al mundo, para poder vivir su dolor a solas.

Las primeras notas de la canción, tomaron por sorpresa a Roberto, Matilde y Germán, para quienes la melodía era muy conocida; posaron sus miradas en Diego, como si en ese momento, le acabara de brotar otra cabeza.

—*Fuiste mía un verano..., solamente un verano...* —Cantaba Diego, sintiendo que el dolor que sentía en el pecho, apenas le permitía expresarse en voz alta, y las lágrimas estaban a punto de desbordarlo—. *Que otra vez será..., que otra vez será... tierno amanecer, sé que nunca más.*

Germán pasó de la sorpresa a la diversión, al ver a su hermano así; al parecer, alguien había conseguido clavarse en el corazón del duro Diego Cáceres, y por lo visto, lo había hecho con mucha fuerza; evidentemente, no era la morena que lo acompañaba.

Trató de esconder su sonrisa, al ver la mirada de tristeza que le dedicaba su madre a Diego; no quería importunarla y tampoco se alegraba de que su hermano estuviera pasando por esa situación.

Las canciones de Leonardo Favio seguían, mientras Katherine ajena a lo que cada una expresaba, trataba de ganarse el aprecio de sus suegros, charlando con ellos y esmerándose en atenderlos.

No dejaba que la madre de Diego se pusiera de pie, para atender a los otros invitados, era ella quien se encargaba de hacerlo; sin embargo, no era del todo ignorante, de que su novio estaba bastante tomado. Sabía que tenía que intervenir o terminaría peor.

—Mi amor..., mira, te traje más comida; es mejor que te alimentes o vas a terminar borracho. —Se acercó a él, con un plato donde llevaba varios cortes de carne.

Diego elevó la mirada al escucharla y vio, a pesar de la borrachera que tenía, cómo ella fruncía el ceño, seguramente por ver la tristeza en su mirada.

Se recordó enseguida que debía mantener su fachada y la tomó de la cintura; la sentó en sus piernas y la rodeó con su brazo derecho.

—Lo único que deseo comerme en este momento es a ti, mi morena hermosa —pronunció, con la lengua algo enredada, por el alcohol que corría por sus venas; y la besó.

Katherine se tensó en un principio, sintiéndose extraña, ante la torpeza con la cual la lengua de Diego se movía en torno a la suya. Pero comprendiendo que estaba bastante tomado, solo se dejó llevar, intentado ser ella quien llevase el ritmo.

Interrumpió el beso al sentir cómo la mano libre de él, se metía bajo su blusa, en busca de sus senos.

—¡Diego, no! —exclamó por lo bajo, mirándolo a los ojos con asombro—. Tus padres están presentes. —Le recordó.

—¿Y qué? ¿Acaso crees que ellos no cogen? —inquirió con sorna e intentó tocarla de nuevo.

—No hables así, mejor vamos, para que te recuestes un rato.

—Pero tú vienes conmigo —indicó, mirándola a los ojos.

Diego, una vez más, estaba intentando sacarse a Deborah de la cabeza y el pecho, buscando refugio en el deseo que le despertaba Katherine.

Intentó ponerse de pie, pero dos veces cayó en la silla de nuevo y eso le causó un ataque de risa, aunque no disminuyó el dolor que sentía; en realidad, se burlaba de él.

—Déjame ayudarte —mencionó Germán, quien se había acercado hasta ellos, al ver la patética escena de su hermano. Lo hizo sobre todo por solidarizarse con Katherine.

—¡No me toques! —espetó Diego, al sentir que su hermano lo agarraba por debajo de los hombros.

—Dejá de portarte como un pendejo, Diego. —Lo sujetó con fuerza, para impedir que siguiera haciendo estupideces.

—No hace falta que me ayudes. Estoy bien.

Consiguió liberarse de las manos de Germán y mantenerse en pie; vio que todos los miraban, como si la estuviera cagando; así que se enderezó, esforzándose para hacerles creer que estaba bien, y caminó hasta la casa.

Quería tomar su motocicleta e irse de allí, meterse en un lugar donde pudiera desahogarse con libertad, sin tener que estar fingiéndose bien, cuando en realidad, estaba hecho mierda; y lo único que quería, era beber hasta quedar inconsciente.

Sentía los pies más torpes a cada paso que daba y eso le impedía avanzar con la rapidez que deseaba; cuando pasó por el corredor que llevaba a las habitaciones, dobló, para meterse a la suya; se tiró a la cama y esperaba que allí nadie lo molestara.

—Dieguito..., mi amor, ¿qué tenés? ¿Por qué estás así? —preguntó Matilde, quien lo había seguido, para comprobar que estaría bien. Él la tenía muy preocupada.

—Estoy mal vieja..., estoy mal... —esbozó, dándose la libertad para dejar que el llanto corriera libre. Los sollozos hacían que todo su cuerpo se estremeciera. Se llevó el brazo al rostro para cubrirlo, sintiéndose avergonzado.

—¡Ay, mi amor! No llores así..., no te pongas así, mi vida —expresó ella, con la garganta colmada de lágrimas. Lo envolvió con sus brazos, haciendo que descansara el rostro en su regazo y comenzó a acariciarle el cabello.

—Esto me duele mucho..., me duele mucho, madre.

Diego se aferró a ella, mientras su cuerpo se convulsionaba. No podía controlar el llanto, todo el dolor se le había venido de golpe y sentía que estaba quebrándolo; mientras lo único que deseaba, era que Deborah llegara y lo abrazara, que le dijera que estaría junto a él para siempre.

Matilde se quedó en silencio, dejándolo desahogarse, mientras el corazón se le partía, por verlo de esa manera. Le acariciaba el cabello, como cuando era niño y llegaba llorando, con las rodillas llenas de rapones, porque se había caído.

Después de un rato, Diego se quedó dormido. Matilde vio a su marido entrar a la habitación y con una seña, le pidió que saliera. Ella se encargaría de desvestir a su hijo y cuidarlo, para que pudiera descansar.

Maurice regresó una hora después a su casa, no solo había comprado las moras que se le antojaron a Deborah, sino también otras frutas y una sorpresa para ella.

Había tardado, porque pasó por la floristería que visitó hacía años, cuando le preparó aquella sorpresa, para su primera vez; y le compró la rosa blanca más hermosa que tenían en existencia.

Cuando entró, le extrañó no verla en el salón y pensó que quizás se estaba duchando, así que dejó las frutas en la cocina y se encaminó hasta su habitación, llevando la rosa en su mano para sorprenderla.

Sin embargo, al abrir la puerta, el sorprendido fue él. La vio de espaldas, mirando hacia el jardín, llevando puesto el sensual conjunto de ropa interior con el que llegó.

—Creo que voy a salir más seguido, para que al llegar, me recibas así —mencionó, acercándose a ella y abrazándola por la espalda, dándole un suave beso en el cuello.

Deborah había escuchado el auto que lo dejó y la puerta al abrirse; sabía que era él, pero no se movió de ese lugar. Había analizado con cabeza fría su situación.

Cuando al fin consiguió dejar de llorar y calmarse, caminó hasta el baño y mientras se duchaba, tomó una decisión: Dejaría a Maurice.

—Tardaste —dijo, sin volverse a mirarlo, soportando las ganas que tenía de llorar, al sentir ese abrazo cálido y fuerte que le daba y que la hacía sentir a salvo; aunque en el fondo, sabía que ninguno de los dos lo estaría, mientras Dominic siguiera con vida.

—Lo siento, Debbie, es que pasé por un lugar para traerte una sorpresa. —Se excusó y le mostró la rosa—. Para ti.

Deborah respiró hondo y reforzó la presa que mantenía controladas sus lágrimas, mientras tomaba la flor.

—Gracias, está hermosa... —La sostuvo entre sus manos, girando el tallo. Pensó, que seguir alargando esa despedida, era una tortura; se la llevó a los labios y le dio un beso—. Tómala, llévala contigo a Santa Bárbara.

Maurice se quedó estático ante esa reacción de Deborah, frunció el ceño, sin recibir la rosa, y clavó su mirada en la azul, para tratar de descifrar lo que sucedía, pero no consiguió ver nada; los ojos de Deborah, que siempre habían sido tan expresivos, en ese momento, lucían insondables.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué estás así? —cuestionó, tomándola por los brazos, al ver que ella intentaba alejarse.

—Tengo que regresar a la mansión. No puedo quedarme para siempre en este lugar, no puedo dejar mi vida para internarme aquí a hacer nada y esperar a que tú regreses. No pretendas que haga eso, Maurice —respondió y logró liberarse, aprovechando que él se encontraba perplejo.

—Yo no pretendo nada de eso... —decía, pero ella le impidió continuar, hablando antes.

—Perfecto, entonces no habrá problema en que me marche. Sigue con tus planes y enfócate en eso; lo demás es una pérdida de tiempo. —Le dio la espalda y tomó su vestido del armario para ponérselo, mientras se tragaba las lágrimas que le subían a la garganta, ahogándola.

—¿Por qué estás haciendo esto, Deborah? —preguntó, intentando no perder la esperanza ni la paciencia. Sin embargo, ante el silencio y la indiferencia de ella, esta última desapareció. Caminó y la tomó de la cintura, para ponerla frente a él—. Te estoy haciendo una pregunta, ¿por qué haces esto? —cuestionó, siguiendo esas pupilas oscuras que no le revelaban nada.

—Porque esto no tiene sentido, porque aferrarnos a esta relación, es una estupidez; ambos sabemos que esto no tiene futuro; lo supimos siempre, Maurice y nos hicimos los ciegos por muchos años, pero es hora de abrir los ojos y enfrentarnos a la verdad... Lo que tú deseas, no es lo mismo que yo; y ese amor que dices tenerme, no es más que un imposible.

Deborah desvió su mirada de los ojos de Maurice, que se habían colmado de dolor y le estaban rompiendo el alma. Tenía que salir de allí, antes de hacerlo sufrir más; él no merecía eso.

Terminó de vestirse, tomó el abrigo y su bolso.

—¿Sabes lo que eres, Deborah? —mencionó él, saliendo tras ella, para sacar de su pecho todo lo que sentía. No la dejaría abandonar esa casa sin desahogarse antes. La vio quedarse de espaldas en medio del salón y pensó que era su momento—. Eres una maldita cobarde, eso eres... Una mentirosa y una egoísta; solo has pensado en ti. En todo este tiempo, lo único que te ha importado eres tú y el provecho que puedas sacar de las cosas.

Deborah apretaba los párpados con fuerza, para no derramar las lágrimas que le colmaban los ojos, mientras sus labios sellados, ahogaban los sollozos que le subían por la garganta. Sentía que cada palabra de Maurice, era como un puñal que se le clavaba en el pecho, y las heridas que le causaba, no sanarían nunca.

—Todo esto es por lo de Santa Bárbara, porque me negué a quedarme aquí y seguir siendo un don nadie, a quien puedas recoger o dejar cuando te dé la gana; a quien tu padre pueda humillar y pisotear cada vez que te vea conmigo.

Al ver que ella no se volvía a mirarlo y que ni siquiera reaccionaba a sus reproches, se enfureció mucho más y la tomó con fuerza por el brazo, para volverla. Quería que lo mirara a los ojos, mientras él le decía todas esas verdades, que lo quemaban por dentro y que ya no seguiría callando.

—Tú no quieres a un hombre a tu lado que se esfuerce para ser mejor por ti, que te ofrezca un amor de verdad... Tú lo que quieres es un títere al que puedas manejar; pues lamento decirte, que el tiempo del Maurice pendejo, se acabó. Y si todo esto lo haces para que yo me vea en la obligación de escoger, entre irme a Santa Bárbara, para sacar mi profesión adelante; o quedarme aquí, dependiendo de ti todo el tiempo; sin pensarlo, escojo lo primero —pronunció, sin sentir una pizca de remordimiento.

Deborah sintió en ese instante, cómo el corazón parecía quebrarse a la mitad; su barbilla tembló, al esforzarse por retener las lágrimas; y apretó los dientes, tragándose el dolor.

Si Maurice estaba diciendo todo eso para lastimarla, lo había conseguido; aunque fue consciente en ese momento, de que cada reproche que salía de él, era todo lo que ella merecía; lo había destrozado tantas veces, que era justo que la odiara, que la despreciara; y también sabía, que aunque viviese mil años, nunca sería digna ni merecedora de un amor como ese que él le había entrado siempre.

Eso le hizo ver, también, que debía seguir con su postura; debía alejarlo de ella, para evitar lastimarlo más. Disfrazó de indiferencia su rostro, le mantuvo la mirada, como si todo eso que le había dicho, no le importara; y decidió que ya era momento de acabar con eso.

Solo esperaba, que él pudiera continuar con su vida y ser feliz, junto a una mujer que fuera todo lo que él deseaba y merecía; que tuviera el valor para luchar por él y que no fuera una cobarde, como ella.

—Me parece bien que lo hagas, porque eso fue exactamente lo que hice yo hace años; escogí marcharme de aquí y dejarte. Siempre he sido una egoísta, siempre he pensado en mí, antes que en los demás y tú eres testigo de eso; así que ya quítate la venda de los ojos. Ya no soy aquella chica de la que te enamoraste —dijo, sin titubear un solo segundo y se soltó del agarre.

—Estás mintiendo —esbozó Maurice, cuando la impresión y el dolor le permitieron encontrar su voz—. Todo lo que dices, es una mentira. Hay algo más detrás de todo esto...

—¡No hay nada más! Esta es la verdad... ¡Entiéndelo de una vez! Me cansé de ti, me cansé de estar en esta situación; ya no quiero seguir así... No puedo seguir así —pronunció y caminó de nuevo hacia la puerta; puso la mano en el pomo, cuando sintió cómo él se aferraba a ella, envolviéndola en sus brazos.

—No nos hagas esto, Debbie; prometiste que no me destrozarías el corazón de nuevo..., lo prometiste. No me hagas esto, por favor..., por favor —rogó, apretándola con fuerza a él, hundiendo su rostro bañado en llanto en la cabellera azabache.

—Maurice... —Ella intentó hablar, pero su voz se quebró, dejando en evidencia el dolor que sentía; cerró los párpados con fuerza, para reunir el valor que necesita y salir de allí.

—Quédate conmigo..., quédate conmigo, te lo suplico, Debbie. Prometo hacerte feliz, prometo darte todo lo que necesites..., yo... yo puedo hacerlo, déjame hacerlo..., por favor, por favor, quédate —expresó, en medio de sollozos que le rompían el pecho—. Yo te amo, Debbie, te necesito conmigo para poder vivir... por favor.

Deborah sintió que la ola de dolor que la recorrió, le erizó la piel; le hizo sentir que apenas podía respirar, y por un segundo, solo por un segundo, pensó decir que sí; pero al instante, supo que ya no tenía esa libertad; no mientras fuese una prisionera de Dominic Wallis.

Se volvió, lentamente, sin deshacer el abrazo; le tomó el rostro y comenzó a recorrerlo con sus labios, ahogando así los sollozos cargados de dolor dentro de ella.

Maurice podía sentir tanto amor en ese gesto de Deborah, que una esperanza nació dentro de su pecho, pero también era consciente del dolor y las dudas que la embargaba.

Quiso alejar todo eso y acunó entre sus manos el rostro de su mujer; la miró a los ojos, justo antes de apoderarse de su boca con un beso intenso, un beso necesitado, que buscaba desesperadamente convencerla, para que se quedara junto a él.

Ella se entregó sin límites a ese último beso. Se aferró a la espalda de Maurice con sus manos, para evitar que la pena que sentía, le robara ese instante perfecto.

No supo cuánto tiempo estuvo allí, dejando que sus labios y su lengua, le expresaran lo que sentía por él. Eso que ya no era solo placer físico, porque era algo mucho más poderoso; que le calaba hasta los huesos.

Cuando el beso acabó, supo que la despedida había llegado; apoyó su frente a la de él, manteniendo los ojos cerrados, para no verlo sufrir. No lo soportaría.

—No me pidas que me quede, Maurice..., porque no puedo hacerlo. Tampoco puedo arrastrarte al infierno que me espera... Ya no puedes salvarme —pronunció, casi rozándole los labios, antes de alejarse.

Maurice sintió, cómo el espacio entre sus manos, se quedaba vacío, provocando que una profunda desolación, lo embargara. Mantuvo los ojos cerrados, porque no tenía el valor para verla partir.

En ese instante, se rindió, ya no podía hacer nada; ella se lo había dicho, siempre fue un imposible.

Deborah salió, cerrando la puerta tras ella; bajó despacio, los escalones que la llevaban a la terraza de la casa, pero al verse a pocos metros de su auto, no pudo mantenerse de esa manera y corrió hasta este, buscando refugiarse allí, para poder dejar su dolor en libertad.

Las lágrimas le bañaban el rostro y los sollozos salían de manera desordenada de sus labios, haciéndole difícil tomar aire. Intentó controlarse, mientras encendía el auto, tomando un respiro profundo. Cerró los ojos solo un instante, para ordenar su cabeza; la idea de que Maurice saliera por la puerta, para insistirle, la llenó de miedo; no sabía si tendría el valor de mantenerse en su postura.

—¡Sal de este lugar! ¡Sabes que no puedes quedarte! ¡No puedes hacerlo, Deborah! —Se gritó, para hacerse reaccionar, y después de eso, puso el auto en marcha, pisando a fondo el acelerador.

Deborah tomó la carretera que la llevaba al centro de Nueva Orleans; no se sentía en condiciones de ir hasta la mansión y mucho menos encontrarse con Dominic, porque podía jurar que lo mataría con sus propias manos en ese instante; aunque si debía ser justa, la única que debía morir era ella, por estúpida.

No podía creer, que después de todo ese tiempo, le siguiera dando tanto poder a Dominic, sobre su vida.

El reproductor de música había cobrado vida en cuanto encendió el auto y ella lo dejó así, no le dio siquiera importancia; en ese momento, en lo único que podía pensar, era en el dolor que le estaba provocando a Maurice.

Sollozó, alejando una mano del volante y llevándola a sus labios, para ahogar los demás que intentaba escapar de ella; cuando la letra de la canción que sonaba en ese momento, se coló por sus oídos.

*I can't love you in the dark
It feels like we're oceans apart
There is so much space between us
Maybe we're already defeated
Ah-yeah-yeah-yeah-yeah-yeah-yeah everything changed me*

Las lágrimas brotaban de manera copiosa, nublándole los ojos; y los estremecimientos de su cuerpo, le hacían difícil mantener la firmeza de sus manos sobre el volante.

Intentó calmarse, tomando aire, pero todo parecía ser en vano, así que decidió orillar el auto a un lado de la carretera, antes de provocar un accidente; después, apoyó la frente sobre el dorso de sus manos, que se aferraban al volante y dejó que el llanto saliera sin reparos; ya no podía seguir conteniéndolo.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —imploraba. Al sentir que el dolor la estaba destrozando, respiró profundo—. Tienes que hacer lo que tienes que hacer, Deborah..., enfócate en eso, solo en eso.

Apretó el botón de apagado del reproductor, para silenciarlo; se irguió, mientras se pasaba las manos por el rostro, para secar las lágrimas; se acomodó el cabello y se obligó a serenarse.

—Janeth... —esbozó, sintiendo que solo su amiga podía ayudarla en ese momento; como lo había hecho siempre.

Se miró al espejo, para acomodarse, y luego se volvió a poner en marcha.

Janeth le dedicó una sonrisa al hombre que la acompañaba, antes de ponerse de pie y caminar hacia la puerta. El timbre había sonado un par de veces.

Pensó en todos los antepasados de la persona que llegaba a molestar en ese momento, y que no podía ser más inoportuna.

—¡Debbie! —mencionó, alarmada, al verla de esa manera. Estaba toda llorosa, con el cabello desordenado, pálida y se veía tan frágil, que podía jurar que se desmayaría en cualquier momento—. ¿Qué te pasó? ¿Por qué estás así? —preguntó, envolviéndola con los brazos, para darle consuelo.

—Maurice... —Fue lo único que consiguió esbozar, antes de romper en llanto, de nuevo.

—¿Qué le sucedió a Maurice? —inquirió, pesando que algo grave le había pasado.

—Acabo de terminar con él... Tuve que hacerlo, Janeth..., tuve que hacerlo y me está matando —respondió, en medio de sollozos.

—Mierda... —murmuró Janeth, mientras le acariciaba la espalda. Pocas veces había visto a Deborah así. No parecía ser la misma, era como si se estuviera desmoronando—. Ven, pasa, pasa. Debes tomar algo, lo necesitas. —Le rodeó los hombros con un abrazo y la atrajo hacia el interior de su apartamento.

Deborah se tensó, al ver a Willy en el sillón negro, en medio del salón; se le veía muy a gusto en ese lugar y pensó que había llegado para arruinar los planes de su amiga.

—¿Todo bien, Janeth?

El moreno se puso de pie, para recibir a la visita, a quien reconoció de inmediato. Apenas pudo disimular la sorpresa que le causó ver a Deborah Wallis de esa manera; la mujer siempre iba de punta en blanco y era tan perfecta, que parecía un maniquí.

—Sí, solo danos unos minutos, por favor —pidió, guiando a Deborah hasta la cocina.

—Sí, por supuesto —mencionó. No sabía si sería prudente decir algo más, así que nuevamente se sentó y tomó una revista, para darles privacidad.

Janeth llenó un vaso con agua y se lo entregó a Deborah; por cómo se veía, la pobre debía estar deshidratada de tanto llorar.

—No sabía que Willy estaba aquí, creo que será mejor que me vaya —susurró, después de poner el vaso sobre la barra.

Intentó ponerse de pie, pero Janeth la retuvo, sentándola.

—No seas tonta, no tienes que ir a ningún lado. —Le advirtió, buscando la esquiva mirada de Deborah—. Dime lo que pasó con Maurice.

La sola mención de eso, hizo que los ojos de Deborah, se colmaran de lágrimas; respiró hondo, para evitar ponerse a llorar, otra vez.

—Se peleó con Diego, casi se matan... —dijo, elevando el rostro, y pudo ver cómo Janeth cerraba los ojos, consciente de que los había llevado a eso. Deborah quiso continuar, necesitaba desahogarse—: Maurice lo vio salir del estudio; al parecer, Diego le insinuó algo y terminaron cayéndose a golpes. Cuando al fin conseguimos detener la pelea, me llevé a Maurice al estudio, él me presionó y terminé confesándole todo.

—¡Dios, Debbie! No sabes cuánto lo lamento —expresó, acariciándole el cabello, para consolarla.

—Eso no fue todo, él se marchó tan dolido y decepcionado, que pensé que nada podía reparar lo que había hecho; pero al día siguiente, fui hasta su casa; necesitaba hablar con él. Al llegar allí, entré y lo conseguí durmiendo junto a otra mujer...

—¡Eso es tan típico! Todos los hombres son iguales; discuten con una y lo primero que hacen es, buscar consuelo en el cuerpo de otra. ¿Qué hiciste? —preguntó, interesada en esa respuesta. Deborah siempre había sido muy posesiva.

—Me puse furiosa, pero yo no tenía la moral para reclamarle. Él despidió a la mujer y yo me quedé para hablar; discutimos, me dijo muchas cosas que me lastimaron, pero que eran verdad, verdades dolorosas; y al final, terminamos reconciliándonos.

—¿Qué pasó entonces? ¿Por qué terminaste con él?

Janeth no conseguía explicarse nada. Si no habían terminado por lo de Diego, que era realmente grave, ¿qué otra cosa podía haber llevado a Deborah a dejar a Maurice? A hacer algo, que evidentemente, le dolía tanto.

Deborah se tensó, ante esa pregunta tan directa; aunque Janeth era su mejor amiga, no podía contarle lo de la visita de Dominic; nadie podía enterarse de la manera en la cual él la coaccionó, para que dejara a Maurice.

Sabía, que después de lo que haría Diego, se iniciaría una investigación y eso podía ser tomado como un motivo para querer vengarse. Pensó en excusarse de otra manera.

—Tuve que hacerlo, él consiguió un cupo para ir a un programa de capacitación en Santa Bárbara, estará un año allá... En un año pueden pasar muchas cosas, él puede conocer a alguien más, puede olvidarse de mí y antes de que eso ocurra y los dos suframos, es mejor terminar con todo. —Se puso de pie, alejándose de la mirada escudriñadora de Janeth.

—Deborah..., me vas a disculpar, pero eso es absurdo. ¿En verdad crees que Maurice te va a olvidar así tan fácil?

—Puede suceder, ya nos pasó una vez... Además, nada de esto tiene sentido; sabes que no puedo darle lo que él espera; no puedo tener una vida a su lado...

—¿Por qué no? —cuestionó Janeth, mirándola a los ojos.

Deborah separó los labios, para darle una respuesta, pero no consiguió un argumento válido, para que eso fuera posible.

Los últimos días que vivió junto a Maurice, le demostraron, que tener una vida juntos, era algo que podía permitirse, que en verdad sería feliz, si solo dejaba de lado la cobardía y aceptaba todo lo que él le ofrecía. Pero la imagen de Dominic llegó a su cabeza, arrebándole esa posibilidad.

—Las cosas son más complicadas de lo que aparentan, Janeth —dijo, para finalizar con la conversación—. Gracias por escucharme, me sirvió de mucho, pero tengo que irme; tú debes atender a Willy. No vino de Nueva York, solo para quedarse en tu sillón, leyendo una revista —comentó y se esforzó por sonreír.

—Espero que no —respondió Janeth, sin evitar que la emoción la embargara—. Debbie, ¿segura que estás bien? —preguntó, con algo de preocupación, mientras la veía.

—Sí..., sabes que siempre me repongo y que después de cada crisis, me hago más fuerte. Dejaré que el tiempo haga lo que tenga que hacer entre Maurice y yo. No te preocupes por mí y disfruta de tu visita. —Le dio un fuerte abrazo, agradeciéndole todo.

Caminaron hasta el salón y de nuevo Willy se puso de pie.

—¿Cómo estás, Deborah? —La saludó, un tanto dudoso.

—Bien, aunque no tengo que preguntar cómo estás tú, es evidente —dijo, mirando al amor eterno de Janeth.

—Gracias, me ha ido bien, no me puedo quejar —comentó, sonriendo y mirando a la hermosa morena, que tanto amaba—. Deberías venir con nosotros a pasar una temporada a Nueva York. Estoy tratando de convencer a Janeth.

—Todavía no te he dicho que sí —contestó la aludida, de inmediato; él tendría que poner todo de su parte para convencerla y esperaba que eso, preferiblemente, fuera en una cama.

—Pues más te vale que digas que sí. Los dos se lo merecen —esbozó Deborah, sintiendo una mezcla de nostalgia y felicidad. Se acercó para despedir al moreno—. Pórtate bien está vez y hazla feliz.

—Siempre lo hago —respondió él y apretó más el abrazo—. Me alegró mucho verte, Debbie —expresó, mirándola.

—A mí también, Willy. Bueno, los dejo solos, para que hablen de todo lo que tienen pendiente y recuperen el tiempo perdido.

Caminó hasta la puerta, acompañada de Janeth; esperó a que ella le abriera, y antes de salir, le dio un abrazo; uno muy fuerte, y así se quedaron por casi un minuto. Después, la morena le dio un beso en la mejilla, sintiendo algo extraño en ese gesto que estaban compartiendo. La miró a los ojos, que se habían colmado de lágrimas una

vez más, al igual que los suyos.

—Cuidate mucho... y no te hagas de rogar tanto por ese hombre. Sabes que lo amas y que él te ama a ti. Janeth, para ser verdaderamente feliz, no necesitas de dos hombres dándole placer a tu cuerpo, sino de uno solo, que te llene el corazón de amor —pronunció Deborah, dejando correr una lágrima por su mejilla.

—Gracias amiga. Por favor, cuidate mucho; y si me necesitas, no dudes en llamarme, a la hora que sea. Te quiero muchísimo.

La abrazó con la misma intensidad de minutos atrás y se despidieron con besos en las mejillas. Vio alejarse a Deborah, con ese andar elegante que siempre la había caracterizado; como si fuese una reina y no una chica más; que solo deseaba tener una vida feliz.

Rogó internamente, para que el destino se la concediera.

Deborah estuvo dando vueltas por la ciudad un par de minutos; el tráfico estaba insostenible, por los preparativos del Mardi Gras.

Las calles colmadas de personas que caminaban riendo, cantando, con bebidas en las manos y vistiendo disfraces.

Ella no tenía ánimos de celebrar nada, pero estacionó cerca del Bourbon. Tomó sus cosas y bajó, para entrar al local; lo único que deseaba en ese momento, era olvidar el dolor que sentía.

Seguiría el ejemplo de su madre, bebería hasta perder la consciencia.

Eran casi las tres de la mañana y Gonzalo se encontraba tendido en el sofá, mientras leía un libro; había intentado dormir un par de veces, pero el sueño le era esquivo. No sabía por qué esa noche, se encontraba tan ansioso, como si presintiera algo.

Regresó a la cabaña horas antes, escapando del bullicio que reinaba en Nueva Orleans. La casa de Rebecca quedaba en la calle por donde pasaría el desfile del Mardi Gras, lo que desde hacía días, le había impedido descansar y eso lo ponía de mal humor.

Ya le había advertido a ella, que cuando las fiestas iniciaran, se internaría en su cabaña; así que no fue una sorpresa para la morena, aunque trató de convencerlo de quedarse al menos hasta el lunes, pero la bulla de los ensayos de ese domingo, terminaron por aturdirlo y regresó a su refugio, donde reinaba el silencio.

—Esto es paz... —esbozó, dejando ver una sonrisa y pasando otra página, del libro en sus manos.

Irónicamente, lo que tanto le gustaba de tener esa cabaña internada en medio de la nada, fue roto por el ensordecedor sonido, que inundó de pronto el espacio.

Se irguió, hasta quedar sentado, gracias a que tenía muy buenos reflejos. Lanzó el libro a un lado y tomó su arma de debajo de la mesa, donde siempre la escondía; revisó que estuviera bien y le quitó el seguro.

Se puso de pie y caminó, para mirar primero por la ventaja; pero la fuerte lluvia que caía en ese momento y la oscuridad, le impedían ver con claridad.

—¡Maldita sea! —Se quejó, al asimilar que le tocaría salir.

Resopló con furia y después tomó aire, para calmarse; al final, abrió sus ojos, para estar atento; y lentamente, fue abriendo la puerta.

Salió al pórtico y desde esa distancia, pudo ver que un auto, que reconoció de inmediato, había impactado contra la verja, y por eso el sonido tan fuerte, que escuchó antes.

—¿Qué demonios haces aquí? —inquirió en voz alta.

Al ver que ella no salía del auto, un miedo se apoderó de su cuerpo, encogiéndole las entrañas; su respiración se cortó, y de inmediato, se obligó a reaccionar.

Corrió, exponiéndose a la intensa lluvia que caía en ese lugar; solo llevaba puesto un pantalón de chándal, por lo que todo su cuerpo convulsiónó, ante el choque del agua helada, que lo bañó en segundos e hizo bajar la temperatura de su cuerpo; mientras sus pies descalzos, se hundían en el fango que siempre se formaba frente a la casa.

La vio con la cabeza contra el volante y la desesperación se apoderó de él; comenzó a tirar de la palanca para abrir, pero Deborah tenía los seguros del auto puesto.

Levantó la vista, buscando algo que le ayudara a romper el cristal de la ventana trasera; no podía arriesgarse a lastimarla. No vio nada y eso lo llenó de frustración; así que empezó a pegarle con los nudillos al cristal, para ver si ella reaccionaba.

Respiró, aliviado, cuando vio que comenzaba a moverse, pero tenía el cabello en la cara, así que no podía comprobar si estaba herida.

Cuando al fin se volvió a mirarlo, le hizo señas para que quitara el seguro y él poder sacarla. No podía ni quisiera imaginar, cómo condujo en ese auto hasta ese lugar y con la tormenta que caía en ese momento.

—¡Abre la puerta! —Le gritó, para que lograra escucharlo. Se le veía completamente aturdida—. ¡Deborah! ¡Es el seguro! ¡Quita el condenado seguro! —exclamó, señalándolo.

Ella miró lo que él le indicaba y llevó sus dedos temblorosos hasta el control que colgaba de la llave; lo accionó y las puertas se destrabaron de inmediato.

Gonzalo casi grita «aleluya» allí mismo; tiró de la palanca, abrió la puerta y se puso de cuclillas, para confirmar que no tuviera ninguna fractura, antes de sacarla.

—¿Qué te pasó? —inquirió, tomándole el rostro entre las manos, y el aliento cargado de licor, le dio la respuesta—. Mierda... ¿Acaso te has vuelto loca? ¿Cómo vas a conducir en ese estado, Deborah? —La miró con severidad y la tomó por debajo de los hombros, para sacarla del auto.

—Quizás... quería que me pasara... lo mismo que a George Stevenson —respondió, sin siquiera ser consciente de sus palabras. Cerró los ojos, sintiendo que se desvanecía.

—Mírame..., no cierres los ojos..., enfócate en mí. —Le pidió y se dobló para cargarla; necesitaba llevarla adentro, porque la lluvia los había empapado.

—¿Gonzalo? —preguntó, sintiéndose algo desconcertada; le apoyó una mano en la mejilla—. ¿Qué hago aquí?

—Si no lo sabes tú —comentó él, subiendo los escalones que lo llevaban a la terraza.

—No..., no puedo estar aquí... Necesito ver a Maurice, necesito regresar con Maurice —intentó hacer que Gonzalo la bajara, pero solo consiguió que él reforzara más el agarre.

—Él puede esperar. No voy a dejar que te vayas de este lugar así como estás, ¿no ves que pudiste matarte? —cuestionó, mirándola con rabia; era una insensata.

—¡No me importa! Déjame ir... —Forcejeó, hasta conseguir que Gonzalo la pusiera de pie; aunque no la soltó del todo, pues la sostuvo de los brazos con fuerza.

—¡Ya, quédate tranquila! —espetó, zarandeándola, para que cayera en cuenta de su estupidez—. No vas a ir a ningún lado y es mi última palabra —mencionó, mirándola a los ojos.

Deborah se sintió como una niña que es retada; sus ojos se llenaron de lágrimas y la barbilla le tembló. Antes de comenzar a sollozar, lo miró, suplicante.

—Necesito verlo..., por favor, Gonzalo —rogó, con su mirada anclada en la severa y oscura del detective—. Necesito pedirle que me perdone..., que me perdone por todo el daño que le causé... Tengo que decirle, que haré lo que él me pida, todo lo que me pida... —pronunció, en medio de sollozos.

Gonzalo se sintió desconcertado, al ver a Deborah de esa manera; no había rastro en ella, de la mujer fuerte, fría y arrogante que él conoció; era como si tuviera ante sus ojos a otra mujer; era como si lo que él conocía, no fuese más que una coraza; y que allí estaba la verdadera Deborah, la que estaba debajo.

—¿Qué te hizo? —preguntó, con la voz helada, por la furia que se desató dentro de él, al pensar que ese infeliz, la estaba presionando de algún modo.

—Fui yo..., fui yo quien lo destrozó... Yo dejé que Dominic me manipulara de nuevo y lo arruiné todo; pero voy a repararlo..., voy a repararlo. Solo déjame ir, por favor; tengo que estar con Maurice..., tengo que... —

De pronto las palabras de Deborah se silenciaron. Se desvaneció entre los brazos de Gonzalo, quien por suerte, la seguía sujetando de los hombros, e impidió que cayera.

—¡Mierda! —exclamó, apoyándola en su pecho, para recargarla sobre su cuerpo; aunque la verdad, apenas la sintió. Parecía tener el peso de una niña—. Deborah..., Deborah..., abre los ojos, mírame, Deborah. —Le pedía, palmeándole la mejilla, para hacerla reaccionar, pero todo fue en vano; se había desmayado.

Gonzalo la tomó en brazos, metiéndola a la cabaña; caminó directo hasta la habitación de sus padres, para acostarla allí.

Como estaba toda mojada, la dejó primero en la mecedora de su madre y se llevó las manos al cabello, en un gesto exasperado.

—¡Carajo! ¡Solo esto te faltaba, Gonzalo Dorta! —pronunció, mientras la miraba doblada, sobre la silla, como una muñeca de trapo.

Sabía que debía desvestirla o podría terminar enfermando; así que sin perder tiempo, se acercó y se puso de rodillas, para quitarle los zapatos.

Tardó al menos tres minutos, para poder desabrochar las hebillas doradas y sacárselos. Aún no lograba comprender, cómo las mujeres podían andar sobre esos tacones tan delgados, sin romperse un tobillo.

Lanzó a un lado, el costoso par de zapatos *Michael Kors*.

—Sería tan conveniente, que te despertaras y pudieras hacer esto por ti misma —mencionó, deshojando los botones del abrigo. La movió para quitárselo y lo dejó caer al lado de la mecedora; estaba chorreando agua—. Las mujeres gastan tanto dinero en todo esto, y solo lo hacen para impresionar a sus amigas; pues, a nosotros los hombres, poco nos importa. Al final de cuentas, lo único que deseamos es verlas desnudas —expresó en voz alta, pero detuvo sus pensamientos de inmediato; debía recordarse, que posiblemente, la mujer a quien desvestía, era su hermana.

Se concentró en hacer todo eso lo más rápido posible y salir de la habitación; pero Deborah, definitivamente, no le ponía las cosas fáciles.

Cuando vio el sensual conjunto de lencería que la heredera llevaba, contuvo el aire y cerró los ojos, para bloquear cualquier señal de deseo hacia ella.

—Puede ser tu hermana..., no seas un maldito perverso. —Se acordó; pues, aunque ellos no se habían criado juntos, y en él no estuviera la consciencia de haberla concebido como su hermana, debía respetarla—. No le pasará nada por dormir con esa ropa interior mojada, seguro se secará rápido.

No se sentía cómodo con la idea de desnudarla por completo; la tomó en brazos, de nuevo y la depositó en la cama, con cuidado, para no despertarla.

Mientras la desvestía, había comprobado que no estaba desmayada, sino que dormía; o al menos, a eso dio paso el desvanecimiento que tuvo.

Tomó una manta gruesa del armario y la cubrió; después de eso, recogió la ropa húmeda, para salir de la habitación. Ella necesitaba descansar, y él también debía cambiarse o acabaría con un fuerte resfriado.

Metió las prendas en la lavadora, sin preocuparse por si la máquina dañaba las prendas; no estaba acostumbrado a tener cuidado con su ropa.

—¿Qué pudo haberte llevado a terminar así, Deborah? —preguntó en voz alta, mientras se desvestía.

Sentía que el aire estaba más frío y pensó que seguramente, se debió al baño de agua helada que recibió cuando salió en plena lluvia.

Caminó desnudo por la habitación y se metió a la regadera; una ducha de agua caliente, no le vendría mal. Solo esperaba que Deborah no despertase e intentara irse. No tenía ánimos de salir desnudo en medio de esa tormenta.

Media hora después, regresaba hasta la habitación de sus padres, para comprobar que Deborah estuviera bien; viéndola dormir, le resultaba mucho más joven, pero también más frágil.

Intuía que algo muy grave tuvo que haberle pasado, para que ella reaccionase de esa manera; evidentemente, eso tenía que ver con el tal Maurice y también con Dominic.

Recordó que Rebecca le había mencionado, que Christie Wallis, terminó sufriendo de alcoholismo, por la vida miserable que le había dado el marido; al parecer Deborah no estaba muy lejos de eso, por la forma en la cual la había visto tomar en la fiesta del padre y por cómo se encontraba esa noche. No tendría nada de extraño que algo así sucediese.

Pensar que Deborah pudiera terminar de la misma manera, hizo que se le estremeciera el pecho; después de todo, ella era la única familia que le quedaba con vida.

Al ser consciente de ello, una urgente necesidad se apoderó de él, exigiéndole que interviniera. No podía permitir que ella terminara como la mujer que le dio el ser; no tendría la consciencia en paz, si se marchaba de allí, desentendiéndose de ella.

Tendría que arriesgarse, debía contarle toda la verdad, decirle que eran hermanos y convencerla de mudarse con él a Filadelfia; donde pudiera empezar de nuevo.

—Voy a alejarte de ellos; no dejaré que te sigan haciendo daño... Te juro que encontraré la manera de sacarte de aquí y llevarte conmigo, Deborah —sentenció, mientras la veía dormir.

Estuvo unos minutos más así, solo observándola e intentando buscar algunos rasgos parecidos en los dos. Ella era una mujer hermosa y elegante, pero de rasgos fuertes, bastante definidos; y eso podía decir que era algo que los dos tenían en común; aunque, claro está, más marcados en él, por ser hombre.

Comenzó a sentir que los ojos se le cerraban, a causa del sueño y el cansancio; miró la hora en su teléfono móvil, descubriendo que pasaban de las cuatro de la mañana; así que se puso de pie, para irse hasta su habitación.

Antes de salir, le dedicó una última mirada, sintiendo cómo el corazón, le latía desbocado; pues estaba consciente, que al día siguiente, la vida de los dos iba a cambiar; suspiró pesadamente, estiró la mano para apagar la luz y salió.

Lo primero que sintió Deborah al despertar, fue un intenso dolor de cabeza; parecía que el cerebro estuviera a punto de estallarle.

Gimió, dejando ver una mueca de dolor y rodó sobre su costado, hundiendo su rostro en la almohada, para ver si podía dormir un poco más y escapar de esa sensación tan horrible.

El aroma que inundó su olfato, le resultó extraño, lo que la puso alerta de inmediato; parpadeó, hasta que consiguió abrir sus ojos; y al ser consciente de su entorno, entró en pánico.

—¿Dónde diablos te has metido, Deborah? —Se preguntó, cuando logró reaccionar y se incorporó, con prisa—. ¡Maldición!

Se llevó las manos a la cabeza, pues la sintió tan pesada, que pensó que se iría hacia atrás. El mareo la dejó aturdida durante varios segundos, por lo que tuvo que cerrar los ojos, una vez más.

Se sobó los párpados repetidas veces, para alejar esa sensación tan pesada que tenía sobre ellos y cuando los abrió, descubrió que estaba casi desnuda; solo llevaba su ropa interior.

—¡Oh Dios mío! —exclamó, saliendo de la cama.

Tocó su cuerpo, para comprobar que estaba bien y que no habían abusado de ella; aunque siendo razonable, si eso hubiese ocurrido, no llevaría nada encima.

Miró a su alrededor, buscando su ropa, pero no dio con ella; despacio, se acercó hasta la puerta, para intentar escapar de ese lugar; sin embargo, al escuchar unas fuertes pisadas, que provenían del exterior, el miedo se apoderó de ella una vez más.

Por lo menos tuvo la agilidad para pasarle el seguro a la puerta y corrió hacia la ventana.

Estaba apartando las cortinas, cuando escuchó que quien estaba al otro lado, intentaba abrir.

Comenzó a llorar, había sido una estúpida por ponerse a beber sola; tuvo que haber llamado a Janeth, en cuanto notó que estaba perdiendo el control sobre ella misma. Pero no lo hizo y ahora estaba perdida.

—Deborah..., si ya despertaste, abre la puerta.

La voz al otro lado, la sorprendió tanto, que no pudo evitar jadear; terminó de correr la cortina y vio dónde se encontraba.

Era la cabaña de Gonzalo Dorta, reconoció de inmediato la densa vegetación que la rodeaba. Lo que no sabía era, cómo había ido a parar en ese lugar, ni lo que había sucedido la noche anterior.

—Deborah..., abre la puerta... ¡Deborah!

Ella reaccionó al escuchar algo de desesperación en el tono de voz del detective; eso le extrañó, pero no le prestó mucha atención; caminó de prisa hasta la puerta, sin tomar la precaución de cubrirse con una sábana al menos.

—¿Qué hago aquí? —inquirió, en cuanto abrió la puerta; ocultando medio cuerpo detrás de la misma y clavó su mirada en él. Pensó, que tal vez, la había traído desde Nueva Orleans.

—Lo mismo me he estado preguntando desde esta madrugada, ¿qué haces aquí, Deborah? ¿Y cómo pudiste ser tan inconsciente, de ponerte a conducir en ese estado?

Gonzalo se sintió aliviado, al comprobar que estaba bien; la atroz imagen del suicidio de Christie Wallis, que no había logrado sacar de su cabeza; lo golpeó, pensando que podía vivir algo como eso en carne propia.

—Yo..., no lo sé. No recuerdo nada —confesó, algo apenada.

—No me extraña, apenas podías mover los pies, de lo borracha que estabas... —Se detuvo, al ver que bajaba el rostro, mostrándose avergonzada, y antes de comenzar a regañarla, prefería que se diera un baño y se pusiera algo encima—. Preparé desayuno. En el armario del baño, tienes toallas limpias. Será mejor que te des una ducha de agua caliente, ayer te empapaste en la lluvia. Busca un albornoz, hay varios; puedes usarlo mientras tu ropa se seca; aún sigue húmeda, por el clima —informó, enfocando su mirada en ella; aunque ella no lo estuviera viendo a los ojos.

Se dio la vuelta, para marcharse y dejarla sola; sintiéndose aliviado, al ver que al menos, parecía no tener mucha resaca.

—Gonzalo..., espera —pidió Deborah, aventurándose a salir un poco más, pero no con intenciones de seducirlo. Solo fue un gesto espontáneo—. No recuerdo mucho lo que pasó, pero te agradezco que me ayudes —esbozó, con algo de timidez.

—No te preocupes, ahora ve; que el desayuno se enfría —respondió, mirándola de reojo; después, se marchó.

Deborah se mordió el labio, mientras lo veía alejarse; no tenía ni idea de lo que había hecho, ni dicho.

Todo lo que recordaba, era que había estado tomando vodka en un reservado del Bourbon; que algunos hombres se acercaron a ella, para intentar seducirla; a todos los rechazó de manera grosera y siguió bebiendo. Pero nada más llegaba hasta su cabeza.

No recordaba cómo salió del club y mucho menos, cómo condujo hasta ese lugar.

Gonzalo esperó casi veinte minutos hasta que Deborah entró a la cocina; llevaba puesto un ligero albornoz blanco, y no le costaba mucho adivinar, que debajo de este, no tenía nada puesto.

Él esquivó la mirada y se puso de pie, para servir el desayuno; en realidad, solo había hecho algunos emparedados de jamón y queso; los que acompañarían con jugo de manzana, que compró en el supermercado, y también hizo café.

—Siéntate, supongo que debes estar hambrienta.

—La verdad es que me muero de sed —contestó, mirando a su alrededor. Nunca había estado en ese espacio de la cabaña.

—¿Qué tomaste? —preguntó, acercándole un vaso con jugo.

—Vodka. —Se lo llevó a los labios y casi bebió todo el contenido de un trago; quería pedirle más, pero le daba pena.

—No me extraña que hayas llegado en ese estado, entonces.

Gonzalo vio que había tomado casi todo su jugo y le rellenó el vaso, también le sirvió una taza de café; debía tener resaca.

—Si fue muy grave, por favor, no me hagas consciente de ello; ya bastante apenada me encuentro. —Le pidió, agradeciéndole con un gesto de su cabeza lo que le entregaba.

—Estrellaste tu auto contra la cerca de madera, que pasé toda una semana reparando —indicó, sin poder ocultar la molestia que eso le causaba; se puso furioso esa mañana, cuando vio los daños.

Deborah casi se ahoga con el jugo, comenzó a toser y lo miró abriendo mucho los ojos, al tiempo que una ola de calor le bañó el rostro, tiéndolo de carmesí.

—Gonzalo... yo... lo siento mucho, en verdad. Te prometo que me haré cargo de ello, enviaré a alguien para que lo repare.

—No te estoy cobrando nada, Deborah... —La detuvo antes de que continuase; respiró hondo, para no dejar fluir su mal humor—. Aunque sí deberás llamar a una grúa, para que se lleve tu auto. Quedó prácticamente destrozado y no fue por el golpe contra la verja, sino por la titánica aventura de traerlo hasta aquí, en medio de la tormenta que cayó anoche. Por cierto, eso fue muy insensato de tu parte, pudiste terminar estrellándote contra un árbol o lo que es peor, en medio del pantano.

Gonzalo la regañaba, como si se tratase de una niña de diez años; cuando en realidad era una mujer de veintisiete, que debía tener la madurez suficiente, para velar por su bienestar y no para estar haciendo estupideces.

Por eso no podía hacer nada contra los argumentos del detective; se merecía cada reproche que él le hacía y por extraño que pudiera parecer, no se animaba a contradecirlo; le inspiraba respeto.

Algo que le había perdido por completo a Dominic, quien siempre le reclamaba sus acciones, pero no de esa manera, sino con intenciones de lastimarla y humillarla; estaba segura, que de haber sido él quien la amonestara, ya se hubiera marchado, diciéndole que no se metiera en su vida.

—Lo lamento, sé que actué mal —admitió, elevando el rostro para mirarlo a la cara.

—¿Mal? —cuestionó, mirándola con severidad.

—Bueno, tampoco es para tanto... No pasó nada. —Ella quiso zanjar con ese tema.

—Ni siquiera eres consciente del peligro al cual te expusiste Deborah y todo por un maldito despecho. —Le reprochó, poniéndose de pie y tiró los restos de comida a la papelera; apenas había probado bocado.

Deborah se quedó helada ante ese comentario de Gonzalo, palideció y cerró los ojos, reprochándose por ser tan estúpida; no tenía otro adjetivo para ella en ese momento.

Se había ido a meter precisamente en las fauces del lobo, y lo hizo estando tan ebria, que ni siquiera recordaba lo que le había dicho. Sintió cómo el miedo, le encogió las entrañas y un sudor frío le cubrió la frente.

—¿Por qué dices eso? —Se aventuró a preguntar, y aunque quiso darle a su voz un tono impersonal, la traicionera, terminó vibrando por los nervios que la invadían.

—¿Qué ocurrió con Maurice? —cuestionó, directamente.

—Nada importante —respondió, tomando el vaso, para darle otro sorbo al jugo de manzana.

—Nada importante... Eso dices; sin embargo, anoche lo único que pedías, era que te dejara marchar, para ir a verlo y pedirle perdón. ¿Sabes algo? Creo que estás queriendo verme la cara de imbécil, Deborah.

Clavó su mirada en ella, mientras se apoyaba en la encimera y se cruzaba de brazos; no la dejaría salir de allí, sin que le dijese la verdad. Si ese hombre la estaba presionando de algún modo, tendría que decírselo; ya él mismo iría hasta donde viviera y ajustaría cuentas, pero no dejaría que le arruinara la vida.

—Es un asunto entre nosotros dos. Tú no tienes nada que ver en ello —respondió, alzando el rostro con altivez.

—Tengo que ver desde el momento en el que te presentaste en esta casa, a mitad de la madrugada, ebria y llorando.

—Lamento mucho haberte importunado, fue una estupidez de mi parte y no volverá a pasar. —Se puso de pie, dispuesta a marcharse; debía salir de allí, antes de que Gonzalo la siguiera presionado. Si solo le habló de Maurice, no tenía que temer.

—Siéntate. —Le ordenó, con un tono que no dejaba lugar a negativas. Ella lo miró a los ojos en un claro reto, pero él no era de los hombres que se amilanaban con facilidad—. Siéntate.

Deborah lo obedeció a regañadientes y tomó asiento de nuevo; se cruzó de brazos en una actitud altanera, mientras apretaba los labios, para no mandarlo a la mierda en ese momento.

Él no tenía ningún derecho a tratarla de esa manera, no era su marido ni su padre; mucho menos su hermano. Ni siquiera se podía decir que fueran amigos; por el contrario, pertenecía al bando enemigo.

—Vamos a acabar con este tema —mencionó Deborah, mirándolo a los ojos—. Maurice Favre no solo era mi chofer, también era mi amante, mantuvimos una relación por años, pero hemos llegado a un punto donde nuestros intereses no son los mismos, así que terminamos. Espero que eso satisfaga su curiosidad, detective Dorta, porque no pienso decirle nada más. Y le recuerdo, que usted tiene una relación con Rebecca Freeman, no debería estar celándome —apuntó, mirándolo con furia.

—No son celos...

—¡Ah, no! Y entonces, ¿por qué estás tan interesado en saber lo que pasó con Maurice y te muestras de esa manera? —preguntó, obstinada de todos los rodeos que él daba. No estaba para ser parte de ningún juego, que no fuera el de ella.

—Será mejor que dejemos este tema de lado —respondió él, dándole la espalda; el corazón se le aceleró ante la idea de contarle toda la verdad, pero no conseguía reunir el valor para hacerlo.

—Eres tan... ¡Insoportable! —gritó ella, poniéndose de pie.

—En eso, los dos nos parecemos mucho —acotó sin volverse a mirarla, no cedería ante sus berrinches.

Deborah se tragó todas las palabras que deseaba decirle en ese momento y no eran para nada amables; pensó que no tenía caso seguir perdiendo su tiempo en ese lugar; mientras más pronto regresase a la mansión, mejor sería para sus planes.

Se dio media vuelta, para alejarse, cuando recordó que no sabía dónde estaba su ropa; la necesitaba y también su teléfono.

—Tengo que volver a mi casa, necesito que me des mis cosas, por favor —pidió, aunque su tono no era nada sumiso.

—Iré a ver si tu ropa ya está seca —convino Gonzalo, la presencia de ella en ese lugar, lo trastocaba, lo hacía dudar.

Caminó hacia el lavadero, dejándola sola en la cocina. Esperando que no hiciera una nueva estupidez, en su ausencia.

Por suerte, cuando regresó, Deborah se encontraba de pie, mirando a través de una ventana, y casi había bebido todo el cartón de jugo. Estaba seguro, que no tendría ganas de probar nunca más el vodka; o al menos eso esperaba.

—Gracias —masculló, en cuanto le extendió sus prendas. Ella vio lo arrugado y feo que lucía su vestido—. Perfecto, está arruinado y era de mis favoritos... Tendré que comprar otro.

—De nada, Deborah; fue un placer lavar tu costosa ropa —ironizó, caminando hasta la cocina, para servirse café.

—Ya te di las gracias. —Se quejó, ante el reproche de él.

—Y después dijiste que había arruinado tu vestido. ¿Sabes algo? No sabes ser agradecida, nadie nunca te enseñó a serlo. No es cuestión de cumplir con un protocolo, es valorar en verdad lo que otros hacen por ti...

—¿Por qué demonios tienes que estar dándome clases de moral todo el tiempo? Tú no eres nada mío...

—Te equivocas. —Gonzalo no pudo contenerse, pero de inmediato trató de enmendar su error—. Lo hago porque siempre te equivocas, Deborah Wallis.

—Tonterías, lo haces porque te gusta sentir que siempre tienes la razón; porque eres quien cree saberlo todo, pero déjame decirte algo, Gonzalo Dorta... Lo cierto es, que no sabes nada, que solo llegaste hasta aquí, dejándote llevar por las estúpidas palabras de un abogado borracho, y siendo sincera, eso deja mucho que desear de un detective... Se supone que deberías basar tus investigaciones en pruebas concretas y hasta ahora, no tienes absolutamente nada. —Deborah quería mostrarse segura delante de él, debía hacerlo, si quería continuar con sus planes.

—Lo has dicho bien, hasta ahora... Aunque no creo que esté en el camino equivocado, de ser así..., tú no te pondrías tan nerviosa, cada vez que me tienes cerca.

Ella palideció y un temblor se adueñó de sus piernas, pero rápidamente, se obligó a serenarse. Elevó el rostro con un gesto arrogante, mirándolo directamente a los ojos.

—No soy la única que se pone nerviosa cuando estamos uno cerca del otro, detective... —Caminó hasta él, deteniéndose a solo centímetros de su cuerpo; tan cerca, que podía sentir el calor que se desprendía de la piel del policía; incluso, podía percibir su tensión y oler las notas de café en su aliento—. Puedo sentir cómo tiembles y se te aceleran los latidos, cuando me acerco a ti; puedo ver cómo te esfuerzas por mantener la distancia, por no ceder a lo que deseas... Ahora me pregunto, ¿acaso lo hiciste anoche? ¿Pudiste al fin calmar el deseo que te consumía, Gonzalo? —susurró esas preguntas junto a su oído, dejando que su aliento le calentara la piel. Ella sabía cómo usar sus armas.

—No te hice nada —pronunció con dureza, le molestaba que ella se mostrara tan descarada con él.

—Lo sé... y eso solo me confirma algo —indicó y se alejó un poco, para mirarlo a los ojos, mientras sonreía con malicia—. Ciertamente, eres gay, Gonzalo Dorta...

Él llevó una mano hasta el cuello de Deborah y la cerró allí con fuerza, mientras la miraba a los ojos, con algo de resentimiento.

Solo por un segundo, la idea de enseñarle qué tan hombre era, atravesó su cabeza; pero al recordar que podían ser hermanos, un sentimiento de rechazo y vergüenza, se apoderó de él.

—No vas a hacer nada, no tienes el coraje para dejarte llevar por lo que sientes... Jamás romperías tus reglas. Lo que es una verdadera lástima —esbozó con sorna, cuando él la soltó.

—¿Siempre estás tan segura de la manera en la que las otras personas actuarán, ante tus provocaciones? —cuestionó, mirándola a los ojos con un dejo de rabia.

—Siempre..., sobre todo con los hombres. Son muy predecibles.

—Te aconsejaría que no lo hicieras, nunca llegas a conocer a las personas verdaderamente. No puedes predecir, si en algún momento, traspasarán sus propios límites y terminen haciendo cosas, de las que no los creías capaces —acotó, hablando desde la experiencia. Había visto mucho de eso en su profesión.

Esas palabras, hicieron que la sonrisa en los labios de Deborah, se congelara; un vacío se abrió dentro de su estómago y su corazón se aceleró, como si presintiera algo.

Siguió con sus pupilas las de Gonzalo, y creyó por un instante, que él lo sabía todo; lo que la hizo llenarse de pánico; aunque, un par de segundos después, se recompuso; obligándose a creer que eso no era verdad, que el policía solo hablaba por hablar.

—Tienes razón..., ni siquiera nosotros mismos, tenemos la capacidad de saber hasta dónde estamos dispuestos a llegar, cuando nos vemos presionados o cuando deseamos algo..., pero siempre es interesante averiguarlo, ¿no lo crees? —preguntó, retomando su actitud seductora.

Sin previo aviso, agarró entre sus manos, el redondo y firme trasero del detective y lo apretó con fuerza, sonriendo, ante la mirada asombrada de él. Se puso de puntillas para estar a su altura y le mordió el lóbulo de la oreja.

—Es una lástima que hayas perdido tu oportunidad anoche, Gonzalo; no creo que tengas otra igual. —Aprovechó la sorpresa en él para alegrarse; debía poner distancia entre los dos, antes de que ese juego se le saliera de las manos—. Iré a cambiarme. ¡Ah! Y sería conveniente, que te dieras un baño con agua fría.

Después de decir esas palabras, sonrió, con malicia y le dio la espalda; se alejó, llevando en las manos su ropa, mientras caminaba derrochando sensualidad, a propósito.

Aunque no se sentía de ánimos para tener sexo con él en ese momento, solo debía seguir ese juego, el cual conocía de memoria.

Su cabeza estaba hecha un verdadero caos, pero más allá de eso, era su corazón el que se negaba a que le entregara su cuerpo a otro hombre; porque no dejaba de pensar en Maurice y en el daño que le causaría una nueva traición.

Gonzalo soltó de golpe el aire que estaba conteniendo, sus pulmones parecieron desinflarse, casi hasta quedar vacíos; tomó un respiro profundo, al tiempo que cerraba los ojos.

—Condenada mujer... —pronunció, entre dientes; y después, abrió los párpados, para comprobar que no estaba por allí. Se volvió, a buscar un vaso de agua en la nevera y lo bebió casi por completo, de un sorbo—. Vaya hermanita te gastas, Gonzalo; es toda una descarada... Ahora empiezas a comprender a George Stevenson; esa mujer puede hacer que cualquiera pierda la cabeza.

Se obligó a recordar, que ella estaba prohibida para él y así aplacar el calor que se apoderó de su cuerpo; también recurrió a sus recuerdos con Rebecca; se suponía que la morena, debía ser la dueña de todo su deseo.

Pero él era hombre y por más que quisiera brindarle fidelidad absoluta, a la mujer con quien había compartido su cama en los últimos días, era poco lo que podía hacer contra su instinto masculino.

Terminó buscando refugio en su habitación, esforzándose por ser racional; no podía dejar que el juego de Deborah lo afectara; él tenía la voluntad suficiente para no ceder ante sus avances; podía y lo haría. Le demostraría que no era un títere, al que pudiera manejar a su antojo. No había llegado hasta allí, para ser un peón.

Deborah salió quince minutos después de la habitación, había hecho lo que pudo con el vestido, ya que la secadora lo encogió; al menos, el abrigo conservaba un poco mejor su forma. Se acomodó el cabello, recogiéndolo en una cola alta; y su rostro estaba sin una gota de maquillaje.

—Necesito mi teléfono para llamar un taxi.

—Perderás tu tiempo, aquí no hay señal y menos posterior a una tormenta —indicó Gonzalo, después de entregarle la cartera. También se había cambiado de ropa—. Yo te llevaré hasta tu casa, envías a una grúa después por el auto.

—Está bien. —Ella accedió, porque lo único que quería, era dejar ese lugar cuanto antes.

—Vamos. —Le hizo un ademán con la mano, para que saliera primero; luego salió él, cerrando la puerta tras de sí.

Deborah caminó hasta su auto, antes de subir a la camioneta de Gonzalo; no pudo evitar sentirse triste, al ver el estado en que lo había dejado; de inmediato pensó en Maurice y en lo mal que él se hubiese puesto, si lo veía así. Sabía que le encantaba.

Había sido tan estúpida, no se detenía a reparar los errores que cometía; por el contrario, siempre sumaba más a esa extensa cadena.

—Pueden repararlo, solo debes buscar un buen taller... Tal vez, tu chofer pueda recomendarte uno —mencionó Gonzalo a su lado, mientras miraba la carrocería estropeada.

—Ya no importa —respondió Deborah, arrancando la mirada del auto; las palabras de él, la habían lastimado.

¿Qué maldita parte de «Maurice y yo terminamos», no entendió?

Se preguntó en pensamientos, mientras caminaba a la todoterreno; ni siquiera espero a que él le abriera, lo hizo ella.

El trayecto hasta la mansión lo hicieron en completo silencio, ambos inmersos en sus pensamientos, debatiéndose entre las dudas que los asaltaban.

Deborah con respecto a sus planes y Gonzalo, entre contarle toda la verdad en ese instante o esperar a los resultados de las pruebas de ADN.

—Necesito el código, para entrar.

Ella se volvió a mirarlo y los primeros segundos, no reaccionó; tenía la cabeza en otro lado, pero al ver la mirada algo impaciente de Gonzalo, se movió sobre el asiento, sin importarle pasar por encima de él.

Lo sintió tensarse, aunque no le dio importancia; no seguiría jugando, solo necesitaba liberarse de su presencia. Marcó su contraseña y después, puso su pulgar en el capta huellas, activando el mecanismo.

—Podías haberme dado el código —indicó él, pensando que ella se lo había negado por desconfianza.

—Necesitaba de mi huella dactilar.

—Claro, no podía ser para menos; última tecnología, digno de los Wallis —dijo, sintiendo algo de resentimiento.

—Yo lo envié a instalar, no es cuestión de privilegios, es por seguridad. Dominic no quería, decía que era una pérdida de dinero; él se cree intocable, pero lo cierto es que no lo es.

—Hiciste bien..., tu padre parece ser un hombre con muchos enemigos. —Gonzalo mencionó eso, esperando que ella comentara algo más; las últimas palabras de Deborah, le habían recordado el supuesto plan que tenía para asesinarlo.

—Nadie con suficiente cerebro, se atrevería a tocarlo —acotó ella, consciente del juego de Gonzalo—. Sin embargo, no es sensato confiarse, ¿no es así detective? —preguntó, mirándolo.

—Así es, nadie debe hacerlo —pronunció, con seguridad.

Él estacionó la camioneta frente a la imponente fachada de la mansión y no pudo evitar que su mirada fuera atrapada por la majestuosidad de la misma; de día, lucía tan hermosa como aquella noche, cuando la vio por primera vez; aunque debía admitir, que también se mostraba fría. No tenía aspecto de hogar.

—Los resultados de las pruebas, me llegarán el miércoles. Intenté presionar al genetista para que fuera hoy, pero tenía mucho trabajo —mencionó, antes de bajar, para abrirle la puerta.

—No te preocupes, ya no los necesito —contestó, sin mirarlo a los ojos y sin emoción en la voz.

—¿Por qué? —cuestionó Gonzalo, sorprendido.

—Porque ya sé que Dominic es mi padre, tengo la certeza de ello... —Se armó de valor, para mentirle mirándolo a los ojos; necesitaba convencerlo—. Lo único que deseo a partir de ahora es, reparar todo el daño que nos hemos causado; deseo ser la hija que él siempre esperó que fuera. Voy a demostrarle, que puedo ser mejor persona; me dedicaré por completo a la empresa..., y haré lo que sea para complacerlo. Es mi padre, ya no me quedan dudas de eso, Gonzalo; mi objetivo de ahora en adelante, será convertirme en una heredera, digna del legado de los Wallis.

Él tenía el ceño profundamente fruncido, cada una de las palabras de Deborah, le sonaban tan vacías; o en realidad, no estaban vacías, sino que iban cargadas de mentira.

Supo que sus planes no eran esos, sino todo lo contrario; pero no tenía pruebas ni argumentos para sostener esa teoría. Lo único que le quedaba, era vigilarla de cerca.

Bajó para abrirle la puerta, mientras analizaba la situación, comprobando que ninguna pieza encajaba.

—Gracias por traerme y espero que tengas buen viaje. Me dijiste que te ibas antes de Mardi Gras, ¿no es así? —inquirió.

—Sí, lo haré esta noche —mintió, con la misma maestría con la cual ella lo hacía.

—Bueno, fue un placer conocerte, Gonzalo. Espero que nos volvamos a ver —expresó, aunque era lo último que deseaba.

—Digo lo mismo. —Le respondió. Ella le extendió la mano, pero él no pudo controlar su impulso y terminó abrazándola—. Cuidate mucho, Deborah; y si me necesitas, no lo pienses y llámame. —La apretó con fuerza entre sus brazos.

—Lo haré —murmuró, sintiendo que la garganta se le inundaba de lágrimas. Le dio un beso en la mejilla y se alejó.

No quiso verlo a los ojos para que él no viera el tormento en su mirada; no sabía por qué razón, de pronto se sintió a la deriva, cuando se alejó de ese abrazo.

Estuvo a punto de regresar y buscar refugio en él; no podía comprender qué demonios le pasaba con ese hombre, pero decidió, que lo mejor era alejarse o terminaría volviéndose loca.

Gonzalo la siguió con la mirada, mientras subía las escaleras que llevaban a la entrada; la vio llamar a la puerta, y esperó hasta que le abrieron; después de que la vio desaparecer, se quedó unos segundos allí.

Debatiéndose entre marcharse o entrar y contarle toda la verdad; persuadirla de que abandonara ese lugar, que se fuera junto a él a Filadelfia y darle la oportunidad de empezar de cero, lejos de todos los que le hacían daño.

Tal vez, lo hacía para no sentirse tan solo. Aunque esa condición había sido un constante durante los últimos años en su vida, no terminaba de acostumbrarse; y sabía, que al regresar y no encontrar al menos a su padre, se sumiría en una gran depresión.

Ya le pasó antes, cuando la muerte de Clarisse. En ese tiempo casi pierde el trabajo y termina internando en un centro de rehabilitación; por poco se convierte en un alcohólico.

Frunció el ceño, al percatarse, que esa debilidad por el alcohol, tal vez la había heredado de Christie; por suerte, él contó con su padre y con algunos amigos, que lo ayudaron a salir de esa situación.

Cerró los ojos y negó con la cabeza; recordar ese episodio de su vida, lo hizo consciente de que no podía pedirle a Deborah, que se fuera con él a Filadelfia. No podía

ofrecerle ninguna estabilidad, pues apenas podía manejar su propia vida.

Debía ser realista, no tenía la capacidad como para hacerse responsable del destino de ella; además, no la conocía verdaderamente, no sabía a ciencia cierta, quién era la mujer que acababa de entrar a esa mansión.

Caminó de regreso a su camioneta, y antes de subir, se percató de la mirada de un hombre, que estaba clavada en él.

Parecía ser un jardinero por cómo iba vestido, aunque su aspecto, distaba un poco del tipo de empleados que esperaba encontrar en una mansión como esa.

Era la primera vez que lo veía, pero por el resentimiento con el cual lo miraban ese par de ojos oscuros, podía casi asegurar, que ese hombre sabía quién era él. Lo que lo estaba dejando en desventaja.

Lo vio alejarse hacia el invernadero, dándole la espalda; su andar era rígido y eso despertó mucho más su curiosidad. Algo no le agradaba de ese hombre; podía reconocer a alguien peligroso, cuando lo tenía en frente.

—Vamos Gonzalo, deja la paranoia de lado; es solo un empleado, que quizás esté teniendo un mal día. —Se dijo, subiendo a la camioneta.

Se puso en marcha y cuando llegó a la entrada, se le presentó un problema; no sabía cómo activar el portón. Estaba por tomar su teléfono para llamar a Deborah, cuando vio que el mecanismo se activaba solo; eso lo sorprendió, pero obtuvo la respuesta segundos después.

Ella le había enviado un mensaje, informándole que lo había desbloqueado, para que saliera; y una vez más, le deseaba un feliz retorno a Filadelfia.

Diego entró al cuartucho, lanzado la puerta hasta estrellarla con fuerza y hacer que el sonido retumbase en todo el lugar. Otra vez estaba a punto de perder la cabeza; la imagen entre Deborah y el maldito policía, lo había alterado.

Respiró profundo, para intentar calmarse; y antes de ponerse a romper cosas o hacerse daño, decidió llamar a Lobo; necesitaba que su mentor lo ayudase a contener la furia que crecía en su interior y amenazaba con devastarlo todo; tenía que actuar con inteligencia o Deborah terminaría ganándole la partida.

Sin embargo, una cosa era decirlo y otra hacerlo, pues cada vez que el recuerdo llegaba hasta él, sentía que el pecho se le calcinaba. No tuvo que analizar mucho la situación, para descubrir a lo que ella estaba jugando; iba a traicionarlo.

Había pasado todos esos días junto al detective, cogiendo con él y poniéndolo de su parte; por supuesto, en caso de que algo en su plan fallara, tendría su coartada. Deborah Wallis, era como una serpiente, astuta y letal; pero incluso una serpiente, podía ser vencida.

Lobo le aconsejó, que no hiciera absolutamente nada; debía hacerle creer a Deborah, que estaba ignorante de lo que ella tramaba, para así poder tomarla por sorpresa; tenía una ventaja que era vital y debía conservarla tanto como pudiese.

También le dijo, que estuviera pendiente de un sobre que llegaría a la casa, dirigido a él, cuyo remitente, sería un tal «Hermes Moira». Era el documento que justificaba la transferencia de los quinientos mil dólares, que Deborah le entregaría; que no se lo diera hasta que tuviera en sus manos la transferencia de la segunda parte; y que por supuesto, le exigiera otros quinientos mil, al terminar el trabajo.

«Cabeza fría, Diego. No pienses con la verga, no seas impulsivo y no cometas errores. Te estás jugando el futuro en esto».

Las últimas palabras que le dijese Yorgos, habían resonado como una letanía durante todo el día, dentro de su cabeza; recordándole, que no debía caer en provocaciones; y que él estaba por encima de todos ellos, pues poseía información que los demás no. Cosa que lo llenaba de seguridad.

No volvió a ver a Deborah, hasta que ella salió al balcón de su habitación, cuando la tarde ya caía; su imagen hizo que el corazón de Diego se desbocara en latidos. Estaba prácticamente desnuda, únicamente llevaba puesto un sensual salto de cama, negro; pero tan transparente, que solo algunos pequeños bordados, le cubrían los pezones y el pubis.

Se quedó detrás de la ventana; desde allí podría admirarla con libertad, sin que ella notase en sus ojos o su actitud, cuánto la deseaba; o lo que era peor, cuánto la amaba.

Era la mujer más hermosa que hubiera visto en su vida, era sensual, elegante e irradiaba un misterio, que por más que él intentó descubrir, nunca lo consiguió; pues había estado con mujeres con mayor destreza en la cama que Deborah; pero solo ella había conseguido ponerlo a sus pies, solo ella lo había convertido en un títere.

Quizás por eso la odiaba con la misma intensidad con la que la amaba, porque esa mujer, se había convertido en su peor debilidad; después de tantos años, creándose una coraza para que nadie pudiera lastimarlo, vino ella a hacerla añicos en cuestión de meses; dejándolo completamente desamparado, sin saber cómo actuar; y eso despertaba toda su furia.

De pronto, la vio cómo se inclinaba hacia adelante, como buscándolo en el jardín; pero se obligó a arrancar la mirada de ella y no ceder ante su deseo de recibir un vistazo de ese par de ojos azules, que le había jodido la vida.

Se alejó de allí, para entrar al baño; tenía que prepararse para cenar y seguir actuando de manera normal. Lo único que debía importarle, era su libertad.

Dominic había escapado del bullicioso ambiente, que se apoderaba de Nueva Orleans, en vísperas del Mardi Gras. Fiel a su naturaleza de hombre tranquilo y reservado, siempre procuraba mantenerse alejado de ese tipo de actividades. Lo exasperaba tener que estar sonriendo todo el tiempo y fingiendo entusiasmo.

Colaboraba de manera monetaria, como todos los empresarios de la ciudad, pero se negaba a participar en cualquier evento; siempre le pedía a Silvy a que se encargara de ello. Por esa razón, su amante se encontraba como juez del jurado, para escoger a la reina; en su lugar, ella sí disfrutaba de todo eso.

Cuando llegó, no vio el auto de Deborah; y una vez más, se llenaba de rabia; ella, evidentemente, lo estaba retando; no lo creía capaz de cumplir con sus amenazas.

Se dijo que haría que cambiara de parecer, les enviaría a dar un escarmiento, tanto a ella como al arribista que tenía por amante. Solo un pequeño susto, pero que no le dejara dudas de que hablaba en serio.

—Buenas noches, padre.

La voz de Deborah, lo hizo sobresaltarse; elevó la mirada y pudo verla en lo alto de la escalera, tan hermosa como la madre; con esa misma actitud que desbordaba seguridad; la misma que consiguió volverlo un estúpido juguete.

Tardó unos segundos en reaccionar. Lo que lo hizo sentir molesto, pues se suponía que era él quien tenía la situación en sus manos; pero la sonrisa odiosa que ella mostraba, le hacía sentir lo contrario.

—Veo que tomaste una decisión —mencionó, intentando no dejarle ver, que se sentía satisfecho por esa victoria.

—La verdad, no tenía muchas opciones, pero analizando bien la situación, supe que usted tenía razón. —Deborah comenzó a bajar las escaleras lentamente, como el depredador que asecha a su presa, sin que esta lo note siquiera.

—Vas a terminar agradeciéndomelo —indicó él, mostrando toda su arrogancia. Subió dos escalones, no quería estar en desventaja con ella; sentía, que más que nunca, debía estar alerta.

—Ya lo hago..., muchas gracias por salvarme de ese destino tan mediocre, padre —expresó, mirándolo a los ojos con fingida ternura, y se acercó, para darle un beso en la mejilla.

Tuvo que suprimir la sonrisa que intentó aflorar a sus labios, cuando lo sintió temblar ante su toque; y después, convertirse casi en un bloque de granito.

Podía reconocer esa reacción, era miedo. Dominic le temía y hacía bien en hacerlo, porque no tenía ni idea de la amenaza que pendía sobre su cabeza y que estaba a punto de aplastarlo; dejaría que siguiera creyendo que tenía el control.

—Le diré a Marcus que ordene poner la mesa, creo que Martha hizo uno de sus menús favoritos —esbozó, sonriéndole.

Después de eso, caminó, dejándolo completamente aturdido, en medio de las escaleras. Con lo que acababa de hacer, bastaría para irlo desconcertando; se recordó ir despacio, no podía mostrar un cambio de la noche a la mañana; debía ser más astuta que él y jugar mejor sus piezas, porque sabía, que Dominic Wallis, no era estúpido; mucho menos, alguien a quien pudiera manejar con facilidad. Por algo era el rey de ese juego.

Entró a la cocina, encontrándose con el personal reunido allí, esperando que ella ordenara poner la mesa, y así ellos tener la libertad de sentarse a comer, también.

Paseó su mirada por el lugar y estaban todos, menos Diego; suponía que Marcus lo había amonestado, prohibiéndole el paso incluso a esa zona de la mansión.

—Buenas noches —saludó, sonriéndoles.

Caminó hasta la cocina, donde Martha tenía una cazuela con la crema de apio; la había enviado a hacer especialmente para Dominic; sabía que era su debilidad y que él nunca desconfiaría de la lealtad de la cocinera.

—Buenas noches, Debbie... Marcus me dijo que tu padre llegó, ¡qué maravilloso, que justo hoy, me pediste preparar uno de sus platillos favoritos! —comentó Martha, sonriendo con efusividad.

—Sospechaba que vendría; pasó días, huyéndole a la responsabilidad de jurado, en la elección de la reina del Mardi Gras, y no se podía quedar en la ciudad, a la vista de todos —dijo, sonriendo con complicidad a la mujer—. Déjame probar la crema de apio, el olor me ha despertado el apetito.

—Por supuesto. —Martha estaba emocionada de tener a Deborah de nuevo en casa, y también de que, al parecer, hubiese regresado con toda la intención de

reconciliarse con su padre.

—¡Está divina! Tienes unas manos privilegiadas, Martha; me encanta, aunque... —Se interrumpió, saboreando un poco más.

—¿Le falta algo? —inquirió, asombrada; la receta era la de siempre, llevaba años preparándola.

—De sabor está perfecta; sin embargo..., a mi padre le gusta más espesa; por mí déjala tal y como está, pero la de él, deberías dejarla en el fuego un poco más —contestó, mirándola.

—Tienes razón, a tu padre le gusta casi puré...

—Toma solo un poco para él, la demás la dejas justo como está... Ven, pásame una cazuela, y o se la apartaré...

—No, mejor déjame a mí; te puedes quemar, mi niña.

—Tranquila, no me pasará nada... Aprendí algunas cosas la semana pasada, junto a Maurice. —Le hizo saber, en plan de confidencia, y le quitó la fuente de las manos.

Martha se sintió feliz, al verla de esa manera, tan compenetrada con las cosas de la casa; definitivamente, el amor hacía grandes obras en las personas; y Deborah era muestra de ello.

Al ver que se desempeñaba muy bien por sí sola, dio medio vuelta, para buscar otra fuente; la llenaría de agua y pondría esa al fuego, así la crema se espesaría sin quemarse.

Deborah estaba atenta a todo, escuchaba al personal concentrado en sus planes del día siguiente, por lo que sabía que no la observaban; así que aprovechó cuando Martha le dio la espalda, para depositar las dos pastillas de laxante en la crema de apio que había servido para Dominic. Eso lo mantendría en la mansión durante todo el martes; dándole a ella la oportunidad perfecta para lo que tenía que hacer.

La removió bien, con una cucharilla de madera que tenía cerca, tratando de mostrarse casual, y cuando Martha se acercó, de nuevo; le sonrió, mostrándose emocionada, por su nueva pasión por la cocina.

—Vas a tener que enseñarme a hacer algunas de mis recetas favoritas; no quiero seguir sintiéndome tan inútil dentro de esta casa, donde ustedes hacen todo —expresó, mirándola a los ojos.

—Tú no eres una inútil, Deborah —mencionó, con convicción—; eres una gran ejecutiva y tu puesto no es en una cocina, sino en la empresa de tu padre.

—Igual me gustaría aprender. —Le ayudó a poner al fuego la crema y no dejaba de moverla, necesitaba que el laxante se disolviera por completo y que Dominic no percibiera su sabor.

—Bueno, si es lo que deseas, puedo enseñarte los fines de semana, cuando no vayas a la empresa —accedió Martha, sintiéndose feliz, con la idea de compartir así con Deborah.

Ellas continuaron hablando unos minutos más, hasta que la heredera le anunció que iría al comedor, para esperar a su padre. Le dio un último vistazo a la preparación, rogando para que su plan saliese tal y como esperaba.

Por suerte, cuando llegó al comedor, Dominic no se había presentado aún; seguro se estaba duchando. Tomó asiento en su puesto de siempre y esperó hasta que él se dignase a bajar.

Deborah lo vio aparecer minutos después y se obligó a esconder su cara de fastidio; sin embargo, procuró no mostrarse muy efusiva, debía ser cuidadosa.

Le hizo una indicación con la cabeza a Marcus, para que el personal comenzar a servir la cena; mientras, ella se acomodaba la servilleta, sin llegar a mirar a los ojos a Dominic. Aunque sentía que él no le quitaba la mirada de encima, seguramente, estudiando su actitud.

—¿Él te dejó venir tan fácil? —preguntó Dominic, sin poder contenerse; algo en todo eso, no terminaba de encajarle.

—¿Tenemos que hablar de eso durante la cena? —cuestionó Deborah, no quería tocar ese tema, porque no sabía si lograría controlarse. Ya le estaba costando mucho.

—Sí —respondió, asintiendo también con la cabeza.

—No fue fácil, pero ya está hecho... Él tiene unos intereses y yo tengo otros; pronto se irá de la ciudad, así que usted puede estar tranquilo. Maurice Favre, es pasado. —Se obligó a mirarlo a los ojos, mientras decía esas palabras.

—Eso espero, Deborah; por su bien..., eso espero —indicó, manteniéndole la mirada. La desvió al ver que el personal entraba.

Ella estuvo a punto de lanzarle uno de los cuchillos que tenía cerca, en verdad lo odiaba; aunque su panorama cambió, cuando vio que la misma Martha, había salido de la cocina y le traía la cazuela, donde ella había vertido el laxante.

Con cuidado de no quemarse, la puso delante de Dominic, al tiempo que le dedicaba una sonrisa efusiva y lo miraba.

—Es su favorita, espero que esté en su punto justo de cocción.

—Muchas gracias, Martha.

Dominic se sentía algo extrañado por ese gesto de la mujer, pero no quiso mostrarse como un paranoico delante de Deborah, así que tomó la cuchara para probarla. Tuvo que admitir de inmediato, que Martha era la mejor cocinera de todo Luisiana. La crema estaba deliciosa, aunque tenía un sabor un tanto raro, supuso que sería uno de esos ingredientes secretos, que le ponía a sus recetas y las diferenciaba de otras.

—Está perfecta, tienes las mejores manos, mujer —expresó, tomando un poco más.

—Muchas gracias, patrón. Que disfrute la cena, la hice especialmente para usted —pronunció, con una sonrisa.

Después de eso, compartió una mirada cómplice con Deborah; dedicándole una sonrisa a la chica y hasta se aventuró a entregarle un guiño, cuando vio que esa mirada de hermosos ojos azules, también le sonreía.

Se dio la vuelta y regresó a la cocina, sintiéndose satisfecha; pero sobre todo, esperanzada de que por fin, padre e hija, comenzaran a entenderse.

Deborah seguía con disimulo, cada movimiento que hacía Dominic; disfrutando más de verlo ingerir toda la crema con el laxante, que de la comida que ella se llevaba a la boca en ese momento.

Podía ver, que el pobre iluso, creía que la había vencido; sonreía, sintiéndose victorioso; la miraba con arrogancia, tal vez para demostrarle, que era mejor que ella, que era más fuerte, más valiente y que por más que luchase, nunca lo vencería.

En ese instante, las palabras que le dijera Gonzalo en su cabaña esa mañana, se repitieron en su cabeza; el detective tenía mucha razón, pero eso Dominic lo descubriría muy tarde.

«Nunca llegas a conocer a las personas verdaderamente. No puedes predecir, si en algún momento, traspasarán sus propios límites y terminen haciendo cosas, de las que no los creerías capaces».

Diego se encontraba en el sillón, junto a la ventana que daba al rosal, mientras se fumaba un cigarrillo y escuchaba música; se había propuesto actuar de manera casual, cuando Deborah lo visitase esa noche.

Sabía que lo iría, pues casi había llegado el momento de llevar a cabo sus planes; además, él le había dejado claro, que debía transferirle los otros doscientos cincuenta mil dólares, un día antes del Mardi Gras.

Para estar más calmado, había bebido un par de tragos, del whisky que tenía escondido detrás del espejo del baño; también habló un par de minutos con Yorgos, para informarle que la correspondencia había llegado; él le explicó lo que eso significaba, para que le informara a Deborah y ella se quedara tranquila.

Debía reconocer, que su mentor, era un genio; podía volver legal cualquier cosa, incluso un crimen; aunque a veces era bastante fastidioso, pues una vez más, le recordó que debía estar calmado, y él le aseguró que lo estaba, que no tenía nada de lo que preocuparse, porque esa noche seguiría al pie de la letra todas sus indicaciones; y le demostraría, que podía confiar en él.

La música no le impidió escuchar cuando Deborah intentó abrir la puerta; él había puesto el seguro, para no ser tomado desprevenido. Pero al ser consciente de su presencia allí, se le aceleraron los latidos.

Se puso de pie y caminó lentamente, mientras hacía respiraciones profundas, que lo ayudaran a controlar su ansiedad. La escuchó golpear suavemente con los nudillos, así que no la hizo esperar más, quitó el seguro y abrió.

—Bienvenida —mencionó, mostrando una sonrisa cínica.

—¿Por qué estabas encerrado? —Eso la hizo desconfiar.

—Porque me pareció más seguro así, ven pasa... —respondió, haciéndose a un lado, al tiempo que le sonreía. La vio caminar hasta el medio de la habitación, y teniéndola allí, cerró la puerta y le puso el seguro, nuevamente—. ¿Hiciste lo que acordamos?

Deborah se estremeció, al escuchar ese sonido y el corazón se le puso a millón; sentía que algo no andaba bien. Era como un mal presentimiento, que le oprimía el pecho.

Tragó en seco, para obligarse a controlar los estúpidos nervios; lo miró, llevándose la mano al bolsillo del salto de cama.

Había escogido el más sobrio de todos los conjuntos que tenía para dormir, esperando que eso le dejara claro a Diego, que no se acostaría con él, por si esas eran sus intenciones esa noche.

—Por supuesto, aquí tienes el comprobante de la transferencia —dijo y le extendió una hoja de papel—. Doscientos cincuenta, como pediste, pero sigo pensando, que hacer esos movimientos tan grandes, es una gran estupidez. Si la policía comienza a investigar, no tardarán en atraparnos —comentó aquello que le preocupaba.

—Nada de eso pasará, todo está cubierto —acotó, mirando que los datos fueran correctos, y después, tomó el sobre amarillo, que estaba encima de la mesa de noche—. De parte de Lobo.

Deborah miró durante varios segundos con desconfianza lo que le entregaba, pero al ver que él elevaba la ceja derecha y la observaba con impaciencia, terminó por tomarlo, para revisar de qué se trataba.

Sacó el folio de papeles que parecía un documento notariado; su mirada recorrió las líneas escritas y no tardó mucho en descubrir lo que era.

—¿Qué es esto? —inquirió. Sabía lo que era, pero no lo que significaba, y menos viniendo de Lobo.

—Tu justificativo, cuando te pregunten por la transferencia de los quinientos mil dólares...

—Pero aquí dice, que esta propiedad que compré, tiene un valor de un millón —indicó ella, releiendo, de nuevo.

—Eso es porque todavía me debes.

—¿Me estás diciendo, que tengo que darte otros quinientos mil dólares? —preguntó, realmente asombrada.

—¡Exacto, belleza! Siempre me encantó eso de que fueras tan inteligente —contestó, con sorna y encendió otro cigarrillo, le dio una profunda calada, soltando el humo cerca de ella—. Cuando el trabajo esté hecho, me darás el resto.

—Definitivamente, te has vuelto loco, Diego —dijo, negando con la cabeza—. No voy a pagarte un centavo más. Estoy segura que un profesional, haría el trabajo por mucho menos dinero. No me quieras ver la cara de estúpida.

Se acercó a él de manera amenazante, no se dejaría intimidar por su pose de estúpido ex presidiario, cuando ni siquiera había matado a alguien antes.

Ella seguía siendo quien manejaba las piezas, según su conveniencia y no dejaría que él viniera a cambiarle el juego; solo era un pobre peón.

—Entonces ve... Ve y contrata a un profesional. Solo te recomiendo una cosa, investigaba bien, porque puedes terminar cayendo en tu propia trampa... Un profesional, tendría dos opciones; la primera, seguir tus órdenes y mandar de viaje a tu papito. —Le dio otra calada a su cigarrillo, soltando lentamente el humo, para jugar con la paciencia de Deborah—; o la segunda, ir donde Dominic y contarle todos tus planes; venderle la información y obtener quizás mucho más dinero del que tú estás dispuesta a pagarle. Lo que sería mucho más provechoso.

Deborah se quedó en silencio, analizando las palabras de Diego y tuvo que tragarse su comentario anterior; él tenía razón, era difícil que alguien le jurase lealtad, si le decía que a quien debían asesinar, era al importantísimo Dominic Wallis.

Preferirían entregarla a cambio de una suma de dinero mayor a la que pudiera ofrecerles ella. Casi quiso gritar, al sentirse atada de manos.

—¿Quién me asegura que tú no harás lo mismo? Quizás estás esperando a que yo te dé el dinero que me pediste, para después traicionarme —pronunció, mirándolo a los ojos; intentando descubrir, si él había mencionado eso, solo como una hipótesis o si era realmente el plan que tenía junto al Lobo.

Diego apagó el cigarrillo en el cenicero sobre la mesa de noche; después, caminó hacia ella, lentamente, sin dejar de mirarla un solo segundo, estudiando sus reacciones; y sonrió con satisfacción, cuando vio que se estremecía. La fuerte y arrogante Deborah, estaba nerviosa; eso era bueno.

—No soy un traidor, belleza... Mientras tú me mantengas contento y cumplas con lo pactado, puedes contar con mi lealtad, pero si llegas a fallar al menos una vez, te lo voy a cobrar muy caro, ¿lo has entendido? —preguntó, casi sobre los labios de ella.

—He cumplido con todo lo que me has pedido.

Deborah le mantuvo la mirada, no tenía nada que esconderle; le había pedido el dinero y allí estaba; que dejara a Maurice, y también eso lo había hecho; así que hasta el momento, había cumplido con todo lo acordado.

—Eso espero, Deborah..., eso espero. —Le advirtió, alejándose para buscar otro cigarrillo; no podía mirarla a los ojos y quedarse tan pasivo, sabiendo que le mentía, que era una cínica; aunque siempre podía ponerla a prueba—. ¿Dónde estuviste todos estos días? —inquirió, sin volverse a mirarla.

—Me pediste que terminara con Maurice, eso estaba haciendo —respondió y rápidamente cambió de tema—. Pero no perdamos el tiempo enfocándonos en eso. Necesitas estar al tanto de lo que haremos mañana; supongo que ya sabes que Dominic está en la mansión y aquí se quedará; ya me encargué esta noche de que mañana se sienta mal y no salga. Todo el personal se marchará temprano... —decía, sintiéndose tentada a quitarle un cigarrillo; sin embargo, se abstuvo de hacerlo.

—¿Qué hiciste? —preguntó, sintiéndose curioso. Ella desvió su atención del tema del detective, quizás era lo mejor.

—Eso no es relevante ahora, lo único que debe importarte es lo que harás mañana; debes estar enfocado en eso, Diego, solo en eso —pronunció, abrazándolo por la espalda y dándole un beso en el hombro; un toque de labios que prolongó.

Verlo tan distante y frío, la hacía sentir extraña, como si algo estuviera pasando con él, por su cabeza. No deseaba que tuvieran sexo, pero necesitaba saber que Diego seguía de su lado, que sus intereses eran los mismos.

Le acarició el pecho, dejando libre un suspiro pesado; se sentía verdaderamente muy agotada, tanto física como emocionalmente, pero solo debía aguantar un poco más, solo un día más y por fin sería libre. Le dio un último beso en la nuca, antes de alejarse, despacio.

—Tengo que irme —anunció, mirándolo; y al ver que él le sujetaba las manos, se tensó—. Diego...

—¿Vas a traicionarme, Deborah? —preguntó, dándose la vuelta y la tomó de los brazos, al tiempo que clavaba su mirada en esos ojos azules, que se movían con nerviosismo.

—No seas tonto, Diego; sabes que no haría algo como eso nunca —respondió, el corazón se le aceleró ante esa pregunta.

—¿Entonces, por qué me estás mintiendo? —Apretó los dientes y su voz salió casi como un gruñido.

—Yo..., yo no te estoy mintiendo...

—¡Sí, lo haces! —espetó, cerrándole el cuello con una mano y la pegó con fuerza a la pared—. Dijiste que habías estado con Maurice, pero hoy te vi llegar con el maldito policía; vi cómo se miraban, cómo te abrazaba y cómo tú te aferrabas a él, cómo lo besabas —pronunció, dejando que su aliento se estrellara contra el rostro de Deborah, mientras la miraba con odio.

—Intenta calmarte..., ya te dije que él y yo solo somos amigos.

—¿Amigos? ¿Y tú te vas a coger todo un fin de semana con tus amigos? —cuestionó, apretándola con fuerza; quería provocarle dolor, que ella sintiera al menos un poco de eso que a él lo consumía en ese momento—. ¡Qué pregunta tan estúpida! Por supuesto que lo haces, eso es lo único que sabes hacer, Deborah Wallis, mentir y coger..., nada más.

—Ya suéltame y deja de actuar como un imbécil, Diego. —Movié sus manos, para intentar empujarlo; no quería llegar al punto de lastimarlo; no podía darse el lujo de que él se molestara.

—Un imbécil es lo que crees que soy, pero te voy a demostrar que te equivocas. —Hizo más fuerte el agarre de sus manos y la alejó de la pared. La soltó, pero solo para desnudarla, le arrancó de los hombros con un tirón, el salto de cama y lo lanzó al suelo, pateándolo, para alejarlo; y finalmente, la lanzó con brusquedad sobre la cama—. Te voy a enseñar a respetarme.

—Diego..., tienes que tranquilizarte, no confundas las cosas. Yo no te estoy mintiendo, no voy a traicionarte...

—No, no lo harás..., porque si eso llega a suceder, te irás conmigo a una maldita cárcel; les diré a la policía la verdad; les contaré lo del dinero, y tu padre se sentirá tan decepcionado de ti, que dejará que te pudras en una miserable celda —mencionó, subiendo a la cama. Se puso en medio de las rodillas de Deborah y la haló con fuerza por las piernas, cuando vio que intentaba alejarse.

—Yo estoy contigo en esto..., pero necesito regresar a la mansión. Dominic está allí y puede darse cuenta de que no me encuentro en mi habitación. Si nos descubre, estaremos acabados —intentó razonar con él, procurando mostrarse segura, aunque en su interior, se encontraba aterrada.

—No te irás de aquí, sin que yo consiga lo que quiero —sentenció, al tiempo que la miraba a los ojos. Expuso la potente erección que ella le había provocado y le abrió las piernas.

—Diego, no quiero... Así no... ¡Déjame! ¡No quiero! —Comenzó a mover sus piernas para cerrarlas, mientras sus manos forcejeaban con las de él, quien intentaba quitarle la ropa interior, dándole fuertes tirones, para romperla.

—No me interesa si quieres o no. Voy a cogerte porque me da la gana y porque tú eres mía —dijo, consiguiendo arrancarle el diminuto panty, aunque no del todo.

—¡Detente! ¡Diego! ¡Ya basta! Te he dicho que no quiero... Me estás lastimando. —Deborah, cada vez se sentía más asustada ante la actitud de él. Necesitaba salir de allí—. ¡Diego! —exclamó, al sentir cómo ese último tirón que le dio a su panty, le escoció la sensible piel del pubis y de la cadera.

Los ojos se le llenaron de lágrimas, al ver que él seguía en su afán y ni siquiera se inmutaba; por el contrario, le cerró las muñecas con sus puños, hundiéndolas en el colchón, para hacerla su prisionera y comenzó a rozarse contra su intimidad.

—Te gusta esto, ¿no? —preguntó, empujando sus caderas con fuerza, aunque todavía no la penetraba; le desconcertó sentir que estaba seca—. Dime que te gusta esto, Deborah —exigió, moviéndose más rápido. El mutismo en ella, lo enfureció.

Le soltó una de las manos, para llevarse los dedos a la boca; los cubrió de saliva y después, hurgó en la vulva de Deborah, metiéndolos con brusquedad en la vagina; quería que ella se humedeciera, como siempre, que se excitara.

Y si no lo hacía, le daba lo mismo, porque igual se la cogería.

—Yo voy a disfrutar de esto y me importa una mierda si tú no lo haces —dijo, antes de hundirse con un golpe certero dentro de ella, llegando tan profundo, que la sintió temblar.

Deborah ahogó el lamento que le subió a la garganta, al sentir esa ola de dolor, que la barrió por completo.

Él siempre había sido brusco, pero en ese momento, fue como si la desgarrara, porque no estaba lubricada para recibirlo.

Apretó los párpados con fuerza y selló sus labios, para no emitir ni siquiera un quejido. Lo haría sentir que estaba cogiendo con una masa inerte.

Ella sabía que nada ganaba con luchar en ese momento; él no se detendría, así que le dejaría tener lo que quería; pero después, le haría pagar por eso.

La letra de la canción que sonaba en ese instante, le reveló en lo que se había convertido Diego; era evidente que él estaba obsesionado con ella, que la creía suya y que podía tenerla cada vez que quisiera.

*Our time is running out
And our time is running out
You can't push it underground
We can't stop it screaming out
How did it come to this?*

Diego intentaba no ser consciente del peso que sentía en el pecho al ver a Deborah de esa manera, al ver cómo ella prácticamente, le demostraba que podía tener su cuerpo, pero que en realidad, nunca sería suya; eso le podía causar más dolor que la indiferencia con la cual lo había tratado en los últimos días, y no era lo que quería, deseaba a la de antes.

—Abre los ojos, Deborah —pidió, sin dejar de empujar fuertemente dentro de ella—. Necesito que me mires... Mírame... ¡Maldita sea, mírame! —gritó, desesperado.

Deborah lo hizo y esa mirada cargada de frialdad y odio, lo golpeó con poderío en el pecho; el poco aire que tenía, se le quedó atascado en el pecho, y un cúmulo de lágrimas, subió a su garganta, amenazando con ahogarlo.

Se dijo que no se dejaría vencer por esa actitud de ella, que podía conquistarla; podía hacerlo de nuevo, solo debía complacerla, actuar como le pedía.

—Tú eres mía, belleza..., eres mía; no vas a necesitar de ningún otro..., yo puedo dártelo todo. Te lo daré todo, Deborah —susurró, dándole suaves besos en los labios y comenzó a ir más despacio, a hacerlo como a ella le gustaba—. Deborah..., mi Deborah, mía... mía.

Ella no respondió a sus palabras, siguió mostrándose igual de distante; quería hacerle pagar por eso que estaba haciendo; que viera que lo había arruinado todo.

Se quedaría allí, dejando que saciara sus ganas, pero nada más; pues ya no había placer en ese acto que compartían. Al menos ella no lo sentía de esa manera; por el contrario, estaba vacío.

La actitud de ella, terminó por enloquecerlo; la haría reaccionar a como diera lugar; ella le rogaría o dejaría de llamarse Diego Cáceres.

Se movió, saliendo de ella; la tomó por la cintura y con un movimiento rápido la volvió, poniéndola de espaldas a él. Deborah intentó alejarse, sujetándose de las sábanas, pero una vez más, la capturaba, apoyándole una rodilla en la espalda, para mantenerla allí; mientras buscaba en el cajón de la mesa de noche, el lubricante que usaba con Katherine.

—Diego... Diego, no hagas esto... por favor, por favor... —suplicó Deborah, al ver sus intenciones.

—Eres mía y quiero que entiendas eso, por las buenas o por las malas —pronunció con determinación, mientras la lubricaba con el gel frío.

—No, no, no, no... no así..., no así... por favor, Diego... Haré lo que me pidas, te lo juro, pero no me hagas daño, te lo ruego —sollozó, al sentir la pegajosa humedad del lubricante.

A esas alturas, no le importaba demostrar que estaba llena de miedo; solo quería que él se detuviera.

—¿Daño? Daño es el que tú me has hecho todos estos días, Deborah; con tu indiferencia, con tus desprecios, con preferir a los demás siempre, antes que a mí... Mientras yo te lo he dado todo, yo estoy dispuesto a todo por ti..., pero eso se acabó, ya me cansé. ¿Me escuchaste? ¡Me cansé! Hoy tu cuerpo será mío, hoy tú serás mía —pronunció, dispuesto a tomar ese rincón que se había prometido tener él primero.

—Diego..., no, no, no..., por favor..., detente.

Deborah se removía, para intentar liberarse; quería golpearlo, amenazarlo, hacer lo que fuera para pararlo, pero no podía luchar contra la fuerza de él. La tenía sometida.

El pánico la invadió, cuando sintió cómo Diego comenzaba a hurgar con sus dedos en medio de sus nalgas y cómo empujó uno con fuerza, haciéndola gritar; pero el muy maldito, no se detuvo.

—Quédate quieta —siseó, apoyándole el antebrazo sobre la espalda y la hundió más en el colchón.

Deborah sintió que se ahogaba, ante esa presión; le estaba costando respirar y el pecho le dolía; volvió a gritar, cerrando los ojos, mientras dos lágrimas bajaron por sus mejillas, al sentir que un dedo más, se sumaba al que ya estaba en su interior.

—Diego..., me duele..., me duele... Para, por favor. No quiero esto..., no quiero —rogó, en medio de sollozos.

—Cállate, no quiero escucharte... —La amenazó, hundiéndole la cabeza en la almohada.

Sacó los dedos al comprobar que estaba dilatada y con rapidez los reemplazó por su erección; al principio, le costó colar el glande; estaba temblando, sudando, ansioso, excitado y al borde del delirio.

La escuchó gritar e intentar alejarse de él, por lo que sin darle tiempo, terminó de entrar y se hundió por completo en ella; casi hasta que la base de su miembro, le rozaba las suaves y hermosas nalgas.

—¡Maldito! ¡Diego! ¡Eres un maldito! —gritó Deborah, sintiendo que el dolor la desgarraba. El llanto ya bañaba su rostro y su cuerpo cubierto de sudor, no dejaba de estremecerse, al sentir tanto dolor.

—Relájate..., la primera vez es así, belleza; pero después te gusta... —pronunció, intentando ir despacio. Vio la mirada de odio que ella le lanzaba por encima del hombro y quiso hacerle pagar por eso; le daría donde más le dolía—. Con Katherine lo hago todo el tiempo... Tendrías que ver cómo se corre, cuando me tiene en el culo; lo hace tan intenso, que siempre termino acabándole dentro —expresó, casi con satisfacción; sonriendo, al ver cómo lloraba. Era tiempo de que también lo hiciera, pues él había derramado muchas lágrimas por ella.

—Te vas a arrepentir de esto, Diego Cáceres... Te juro que lo vas a hacer.

—No lo creo, belleza... —Sonrió, dándole un beso en la espalda y el movimiento lo hizo hundirse más. Ella dio un respigo y gritó, de nuevo—. Relájate, porque lo que sí te prometo es, que lo vamos a hacer muchas veces... Te voy a coger por el culo, cada vez que se me dé la gana —susurró e intentó besarla en la boca, pero ella lo esquivó; así que le hizo pagar, aumentando el ritmo de sus caderas.

—¡Me estás haciendo daño, infeliz! ¡Ya déjame!... ¡Déjame! —exigía y suplicaba a la vez, tratando de escapar de esa tortura.

—No..., no hasta que no me corra dentro de ti —esbozó, dejándose caer sobre ella. Le metió los brazos por debajo y le sujetó los hombros con las manos, para mantenerla allí—. ¡Qué rica estás, Deborah! ¡Tan apretada! —dijo, apurando la marcha. Ella ejercía mucha presión sobre él.

El dolor le arrancó la voz a Deborah, y no pudo más que hundir el rostro en la almohada y ahogar allí todos los gritos que salían de su garganta, al sentir cómo ese malnacido, prácticamente, la empalaba, desgarrándola.

No había una pizca de placer en ese acto, todo lo que podía percibir, era un intenso dolor, que no solo le estaba quebrando el cuerpo, sino también el alma.

Diego empujó una y otra vez, gruñendo contra la piel sudada y enrojecida de la nuca de Deborah; sintiendo cómo ella, cada vez temblaba más.

Su propia búsqueda de placer, le impedía ser consciente del daño que le hacía, de los sollozos y los gritos que sofocaba en la almohada.

Él solo quería seguir disfrutando de ser el primero en estar allí; esa verdad, hizo que una sensación de satisfacción, lo recorriera de pies a cabeza, y lo llevó a tener uno de los mejores orgasmos de su vida.

Se descargó con poderío dentro de Deborah, y quedando sin fuerzas, terminó por dejarse caer sobre ella, aprisionándola con su cuerpo y embriagándose con el olor de su cabello.

—Eres maravillosa, Deborah Wallis... —susurró, dándole suaves besos en el cuello. La sintió estremecerse, y pensó que debía ser de placer.

Rodó, tendiéndose en la cama, sonriendo de satisfacción.

Deborah no se atrevía ni siquiera a moverse; sentía que le dolía con tan solo respirar. Intentó dejar de llorar, para no darle el gusto a ese maldito de verla destrozada.

Necesitaba ponerse de pie y salir de allí; no soportaría que se le diera por obligarla a estar de nuevo con él. Antes de que eso pasara, era capaz de matarlo.

—¿Te gustó, belleza? —preguntó, deslizando los nudillos de sus dedos por su columna, sin dejar de sonreír. En respuesta, Deborah solo sollozó y se estremeció, de nuevo—. Ya, no seas tan dramática, el dolor pasará... —mencionó y en ese momento, notó que tenía rastros de sangre en el pene.

Eso lo hizo consciente de, que en verdad, la había lastimado. Tragó en seco, para pasar el nudo en su garganta, sintiéndose mal.

Él la quería y no buscó hacerle daño; pensó que ambos terminarían disfrutando de eso. Deborah, muchas veces se molestaba con él y se negaba a tener sexo, pero al final, cedía y terminaba disfrutándolo. Por eso no creyó que estuviera hablando en serio, pensó que solo era su orgullo.

—Voy a buscarte unas pastillas —dijo, poniéndose de pie, para ir hasta el botiquín del baño.

Deborah, al verse sola allí, se movió, para intentar levantarse y escapar; pero apenas pudo girar su cuerpo, cuando el dolor se hizo más intenso, haciéndola quedar casi como un ovillo.

Un torrente de lágrimas salió de ella, en medio de sollozos cargados de dolor; cerró los ojos para intentar escapar de esa realidad y de la humillación que sentía.

—Toma, esto te aliviará —mencionó Diego, extendiéndole dos cápsulas, junto a un vaso de agua.

—No quiero nada —espetó, dejando salir todo su odio.

—Belleza..., por favor, tómalas... El dolor pasará, te lo prometo —expresó, buscando el par de ojos azules, mientras le extendía los calmantes—. Ven..., te ayudaré a tomarlas.

Ella las aceptó, porque tenía miedo de que él la moviera y la lastimara de nuevo; además, necesitaba con urgencia alejar esa espantosa sensación de dolor.

Se recostó, cerrando los ojos, al tiempo que rogaba que el medicamento hiciera efecto pronto.

Diego se sentó en la cama con cuidado, y con una toalla húmeda, intentó limpiarla; pero ella dio un respingo, alejándose.

—¡No me toques! —Le gritó, volviendo a llorar.

—Solo quiero aliviarte, belleza; lamentó mucho haberme dejado llevar. Pensé que el estúpido lubricante te ayudaría. No quise hacerte daño, solo quería que lo disfrutáramos... Tienes que crecerme, Deborah. Yo te quiero..., y te quiero, mi vida —expresaba, con la voz ronca por las lágrimas. Le dolía, la idea de que ella terminara odiándolo, por lo que le había hecho.

Nunca quiso forzarla, no pensó que sus negaciones eran verdaderas; simplemente, creyó que era parte de ese juego de retos que siempre hacían y que los excitaba tanto a los dos.

La vio quedarse quieta e intentó ser amable con sus movimientos; la rozaba despacio, suavemente, para no lastimarla.

Deborah dejó que su mirada se perdiera en algún punto dentro de esa habitación, mientras las lágrimas cálidas y pesadas, que brotaban de sus ojos, iban a morir en la sábana cubierta de sudor, bajo su cuerpo.

Ya no sollozaba ni se quejaba; simplemente, se encontraba allí, inmóvil, porque el dolor que sentía en el alma, era mucho peor que aquel que embargaba a su cuerpo; y se hizo más intenso, cuando la voz de *Nico Vega*, se coló en sus oídos.

***Bang bang, he shot me down
Bang bang, I hit the ground
Bang bang, that awful sound
Bang bang, my baby shot me down.***

Los sollozos que había estado conteniendo, salieron de ella con desesperación, en medio de un llanto que la hacía convulsionar; haciéndole sentir, como si su cuerpo pudiera estallar en pedazos de un momento a otro.

El dolor se intensificaba, al comprender que todo eso había sido su culpa; que ella pensó, que tenía todo bajo control; porque creyó, que cada una de las personas que había manipulado hasta ese momento, actuarían según esperaba.

Había sido una estúpida, una ilusa, una pobre infeliz, que creía que tenía algún tipo de poder sobre la vida de los demás, que tan solo lo tenía sobre la suya, pero todo era mentira.

—Deborah..., ya no llores, mi amor, no llores... Lo siento, siento haberte lastimado. —Diego se abrazó a ella, para evitar que siguiera llorando de esa manera, mientras le besaba el cabello con suavidad.

—Necesito irme —susurró, intentando ponerse de pie.

—No, quédate aquí conmigo, prometo cuidarte...

—Solo déjame ir... Necesito irme, por favor —pidió, luchando por dejar de llorar. Apartó de su cuerpo los brazos de él; sintiendo que su tacto la escocía.

Diego no quería empeorar las cosas, así que la dejó alejarse; se quedó sentado en la cama, mientras veía cómo ella tomaba el kimono del suelo y se lo ponía. La veía temblar y el corazón se le encogía de dolor y de culpa.

—Necesito que me perdones, belleza —expresó, deteniéndola, antes de que abandonara ese lugar.

—Diego, déjame ir..., ya déjame ir... —esbozó, con la voz tan ronca, que parecía un lamento.

—Por favor, Deborah... —La giró, para mirarla a los ojos. Necesitaba saber que todo estaría bien—. Te libraré de Dominic, haré lo que quieras...; solo dime que me perdonas —pidió con los ojos colmados de lágrimas y el corazón latiendo muy rápido.

Deborah solo asintió, esquivándole la mirada, y más llanto le mojaba el rostro; sintió cómo él le besaba la sien con ternura. Era el primer gesto así que Diego le entregaba; y quizás el último, porque ya era demasiado tarde, ya no podía reparar lo que había hecho.

Se alejó de él sin mirarlo a los ojos; abrió la puerta y caminó tan de prisa, como el dolor le permitía.

Cuando se vio sola en el jardín y la brisa fría le golpeó la piel, no pudo seguir manteniéndose en pie, se dejó caer en medio de la inmensa oscuridad que cubría cada rincón de la inmensa propiedad Wallis, y se cernía sobre ella, mientras los sollozos una vez más, le rompía la garganta.

—Maurice... Maurice..., ven a salvarme... Necesito que me salves, mi amor..., por favor..., por favor —pidió, sintiendo que el corazón se le podía detener de tanto dolor.

Dejó que el llanto la desbordase. Necesitaba dejar salir todo eso que sentía y que la estaba matando, que la torturaba, que la despedazaba.

Ya no quería sentir, no quería sentir ni rabia ni dolor ni tristeza ni odio ni decepción. No quería sentir nada.

Después de que lograra ponerse de pie y regresar a la casa, subió las escaleras, intentando acallar sus sollozos; no quería que Dominic la escuchase.

Entró al baño y se metió bajo la regadera, intentando borrar todo lo que había vivido esa noche. Su cuerpo estaba demasiado lastimado.

Un ataque de sollozos la invadió, al ver cómo el agua que se deslizaba por sus piernas, estaba teñida de un ligero tono rojizo; lo que hizo que comenzara a temblar y que terminara deslizándose, hasta quedar tendida en el piso, mientras una lluvia de agua tibia la bañaba.

El amanecer encontró a Deborah tendida en el diván de su habitación. Ella miraba por el gran ventanal que daba al balcón de su habitación, cómo los halos de luz brillantes, se iban abriendo espacio entre la densa neblina de esa mañana, alejando poco a poco la oscuridad.

Sin embargo, no lograban salvarla de esa penumbra donde se encontraba sumida; o por lo menos, aportarle un poco de calidez a su alma, que parecía haberse congelado.

Ni siquiera había notado, el instante en que sus ojos dejaron de brotar lágrimas; suponía que ya no quedaban más para derramar, que se había vaciado por completo.

La sensación que la embargaba en ese momento, era tan extraña; era como si estuviera sedada, como si acabara de salir de una operación, donde le extirparon todo, dejándola hueca.

Dejó escapar un suspiro, que más dio la sensación de ser un lamento; se arriesgó a mover su cuerpo, lentamente, para no lastimarse; lo sentía entumecido, por haber pasado tantas horas allí, inmóvil.

Debía bajar, para autorizarle al personal que se tomaran el día libre. Sus planes seguían en pie, y a no había marcha atrás; se puso de pie con cuidado y caminó hasta el armario, donde empezó a escoger prendas al azar.

Minutos después, bajaba, intentando no evidenciar la leve molestia que seguía sintiendo. Aunque la cantidad de antiinflamatorios y calmantes que bebió, la habían aliviado un poco, seguía temiendo hacer un movimiento brusco.

—Buenos días —saludó al personal que se encontraba reunido en la cocina, ninguno llevaba uniforme.

—Buenos días, señorita —respondieron al unísono.

Siempre hacían lo mismo, y ella terminaba sintiéndose como una maestra de jardín de niños; suspiró, y se obligó a sonreír, cuando vio que muchos la miraban con desconcierto y lástima; quizás por lo devastada que lucía.

—¿Deseas desayunar, mi niña? —Le preguntó Martha, quien intentó que su voz no sonara triste, pero falló.

—No tengo hambre, Martha... Gracias. Tal vez coma algo de frutas, más tarde.

—Bueno, entonces me quedaré para prepararte algo rico para el almuerzo; igual yo no soy muy dada al bullicio del Mardi Gras —comentó, sonriéndole.

—No es necesario que ninguno lo haga. Pueden irse —indicó, mirándolos a todos.

—¿Está segura, señorita? Alguna de nosotras podría hacerlo, para atenderla a usted y al patrón. —Angie estaba entusiasmada con la idea de estar en el Mardi Gras, pero no quería dejarla así; se veía muy triste. Suponía que era por Maurice.

—Por supuesto, yo puedo manejar sola; no tienen nada de qué preocuparse. Vayan tranquilos, igual puede que salga más tarde a visitar a Janeth; y seguramente, mi padre también se marche a la ciudad. No quedará nadie a quien atender en la mansión —indicó, recordándose que debía mostrarse serena.

—Igual les prepararé algo para el almuerzo, solo tendrás que ponerlo en el microondas y listo... Espero que tu padre no se moleste porque nos marchemos todos —dijo Martha, algo temerosa.

—No tiene por qué hacerlo, él sabe que todos los años ustedes salen en esta fecha; además, este año será especial, la nieta de Marcus, es una de las candidatas al reinado. —Deborah se enfocó en eso, fingiendo una sonrisa para terminar de convencerlos—. Todos deben ir a apoyarla.

—Muchas gracias, señorita —expresó el mayordomo, animándose a sonreír; estaba emocionado por su pequeña Melanie y le alegraba poder acompañarla—. Su padre no ha bajado todavía, tal vez debamos esperarlo.

—¡Por Dios, Marcus! No es necesario; recuerde que yo soy quien lleva la casa. —Le acordó al hombre su autoridad, aunque lo hizo mostrándole una sonrisa.

Los demás asintieron, respondiendo con el mismo gesto de la señorita de la casa; sintiéndose en verdad entusiasmado.

Cada uno estaba por salir a atender lo que les quedaba pendiente, para poder macharse cuanto antes y no perderse ningún detalle de la celebración más importante de Nueva Orleans, cuando escucharon que la puerta se abría.

—Buenos días.

La potente voz de Diego se dejó escuchar en la cocina en cuanto entró, todos se volvieron a mirarlo, a excepción de Deborah, quien quiso escapar de ese lugar enseguida, pero el miedo la congeló, dejándola a merced de ese par de ojos oscuros que se clavaron en ella.

—Las rosas amanecieron muy bonitas hoy y recogí unas cuantas —expresó con algo de timidez, sin animarse a llegar hasta Deborah y entregárselas directamente; la culpa lo estaba matando y no había conseguido dormir nada, pensando en ella.

—Están bellísimas, siempre he dicho que lo que se hereda no se hurta; tienes el don de Roberto... Quizás debamos ponerlas en agua, para que se mantengan. ¿Las quieres para tu estudio, Debbie? —preguntó Martha, mirándola.

—No —espetó, de inmediato; pero al ver que todo el personal se tensaba, se recriminó por esa reacción y suspiró, antes de continuar—: será mejor que las pongan en el salón, a la vista de todos; o quizás a mi padre le gustaría tenerlas en su habitación —acotó, mostrándose casual, sin posar su mirada en el jardinero.

—Creo que el señor Wallis, las apreciaría mucho. Katherine, ponlas en un jarrón y llévalas hasta su habitación. Así le preguntas si desea desayunar algo en especial —indicó Marcus, quien miraba a Diego con reproche; no le había autorizado para ingresar a la mansión, todavía.

—Estaré en mi estudio. —Deborah les dio la espalda y salió del lugar, echándole apenas un vistazo a Diego, quien la miraba mostrándose atormentado.

El muy imbécil, iba a hacer que todo el mundo terminara descubriéndolos; a cada minuto, la tensión en ella crecía; y esa actitud de él, no le ayudaba en nada.

A esas alturas, había montado el juego por completo. Esta vez, no comentaría un solo error.

Eran casi las nueve de la mañana, cuando Gonzalo parpadeó, para despertar a un nuevo día; casi nunca dormía hasta tan tarde, solo cuando se desvelaba, y la noche anterior, lo había hecho; no por gusto, sino porque los inquilinos de Rebecca, lo mantuvieron despierto hasta casi las dos de la madrugada.

Rebecca había seguido con su plan de rentar dos habitaciones de su casa a turistas, durante el Mardi Gras; aunque él se mostró renuente; e incluso, le dijo que le pagaría lo que podía ganar alquilándolas, ella se negó, mostrándose, además, ofendida por su ofrecimiento.

El no quiso agregar más tensión a su relación, así que terminó por aceptar, pero como no se sentía tranquilo, dejándola sola junto a unos extraños, se trasladó hasta su casa, de nuevo, para cuidar de ella.

Se encontraba en ese estado en medio del sueño y la realidad, cuando el sonido de las risas llegó hasta él. Dejó escapar un suspiro, cargado de fastidio y se giró, para ponerse boca abajo, mientras se tapaba la cabeza con la almohada, para ver si así conseguía librarse de la algarabía.

—Carajo, aquí van de nuevo —pronunció, con la voz sofocada, por tener la almohada encima.

Rebecca se removió, sintiéndose fastidiada, también; apenas los habían dejado dormir. Se pegó al fuerte cuerpo de Gonzalo, gimiendo de placer, al sentir la calidez que brotaba de él.

Le dio un beso en el hombro; y después, suspiró, intentando que el sueño se apoderara de ella una vez más. Debía aprovechar que ese día no trabajaba y podía descansar.

—Intentemos seguir durmiendo —pidió, en un susurro.

Ambos se pusieron eso, pero un par de minutos después, los inquilinos desbarataban sus planes. Las risas pasaron a ser gemidos, jadeos, gritos ahogados y exclamaciones de placer, junto al característico golpeteo que hacía una cama, cuando se tenía sexo alocado sobre ella.

—¿Lo harán otra vez? ¡No es posible! ¿Qué demonios comen? —Se preguntó él, quitándose la almohada de la cabeza.

Rebecca soltó una carcajada, mezcla de diversión y resignación; suspiró, abriendo los ojos. Se encontró con un Gonzalo recién despierto, con el cabello desordenado, el ceño fruncido y una mirada oscura. Le resultó sumamente atractivo, incluso furioso, el detective lucía sensual.

—Lo siento, cariño —expresó, tomándole el rostro entre las manos, para acercarlo a ella y comenzar a succionarle los labios; deseaba alejar la molestia de él.

Gonzalo se dejó envolver por ese gesto, aunque no se consideraba un hombre tierno, le gustaba que lo trataran de esa manera.

No todas las mujeres tenían esa capacidad; o tal vez, no con las que se había relacionado últimamente. Solo su difunta esposa y Rebecca, en ese momento, provocaban que esos gestos, le llenaran el pecho de emoción, que se sintiera realmente feliz.

—Solo un día más y nos habremos librado de ellos, te lo prometo —susurró, siguiendo con sus toques de labios.

—No me molestaría que se pasaran todo el día cogiendo, el problema es que hacen tanto ruido, que parece que estuviéramos viendo una película porno con altavoces

—dijo, con fastidio; esos gritos, le parecían ridículamente exagerados.

Rebecca volvió a reír, sintiéndose realmente divertida al ver esa actitud cascarrabias de Gonzalo; parecía un anciano.

—¿Y eso no lo pone caliente, detective Dorta? —preguntó, tumbándolo de espaldas y moviéndose con agilidad, para sentarse encima de él, mientras lo miraba con deseo.

—Me gustan más los sonidos que haces tú —respondió, anclando sus manos en las caderas de Rebecca.

—¿Cuáles? ¿Estos? —inquirió y comenzó a gemir bajo, al tiempo que mecía sus caderas, rozándose contra la entrepierna de Gonzalo, que ya estaba tensa.

—Sí... esos —contestó, gimiendo también, al sentirla tan tibia; y dejó que sus caderas se acoplaran a su ritmo.

Rebecca sentía, que era capaz de tener un orgasmo, solo rozándose así contra él; sintiendo esas poderosas manos apretando sus caderas, sus muslos; escuchando su respiración, que se tornaba cada vez más pesada; viéndolo entrecerrar los ojos, para mirarla con ese deseo tan intenso que parecía calcinarle la piel.

Sí, Gonzalo Dorta, podía hacerla correr, solo con esa imagen y con ese roce; solo él podía volverla loca.

Aunque Gonzalo se encontraba abstraído por la imagen de Rebecca sobre su cuerpo, no le pasó por alto, que los sonidos en la habitación de al lado, habían cesado; suspiró, agradecido con Dios por eso, y siguió deleitándose en lo que ella le hacía.

—¿Qué te parece si obtenemos nuestra venganza en este momento? —preguntó Rebecca, sonriendo con picardía—. Creo que podría gritar tan fuerte como ella —agregó, con diversión y soltó una carcajada, cuando lo vio poner los ojos en blanco, en respuesta a su comentario.

Él le quiso hacer pagar por sus burlas; se movió con rapidez y usando su fuerza, la puso de espaldas sobre la cama; después, se abrió espacio en medio de esas espectaculares piernas color canela.

Con la misma agilidad de antes, le subió el ligero camisón de algodón, dejándola expuesta para él; llevó su mano hasta el «slip» y sacó su erección, que ya estaba ansiosa por hundirse en ella, mientras le besaba el cuello.

La escuchó suspirar, rindiéndose a él y eso lo excitó mucho más. No necesitaba de gritos para ponerse duro como una piedra, solo le bastaba con escucharla gemir; le rozó el pubis con el glande, sintiéndola temblar y luego lo deslizó por los húmedos e hinchados pliegues; lubricándose, para poder hundirse con facilidad en ella, muy profundo, como quería hacerlo.

—Creo que esperas que grite mucho —mencionó Rebecca, al sentir cómo se hundía en ella de un solo empujón y la hizo contraerse de placer y también de un poco de dolor.

—Ni se te ocurra hacer eso —indicó, moviéndose, de nuevo—. Me gustas siendo tú..., siendo solamente tú —expresó, aumentando el balanceo de sus caderas.

—Gonzalo... —susurró, deshaciéndose de placer.

Los dos se entregaron al goce de ese excitante y animado despertar; olvidándose de los inquilinos y del resto de las personas, que vibraban, emocionadas por la fiesta; la misma que ya se sentía en las calles.

Gonzalo hizo derroche en el cuerpo de Rebecca, y ella le correspondió de la misma manera, cuando le tocó su turno, en una segunda vuelta; pues no lo dejó salir de la cama tan rápido, tenían todo el día por delante.

Se ducharon juntos, dedicándose solo caricias tiernas, pues sus cuerpos ya estaban saciados; después, bajaron hasta la cocina a alimentar sus estómagos, que ya se resentían, porque no acostumbraban a desayunar tan tarde; además de la actividad física, que triplicó su apetito.

—Detective Dorta..., usted oficialmente vive en mi casa; le acaba de llegar correspondencia —mencionó Rebecca, entrando a la cocina. Lo había dejado lavando los platos, mientras ella revisaba el correo—. Viene de Filadelfia y parece importante —agregó y la diversión desapareció de su rostro, al ver el sello que lo definía como un correo urgente.

Gonzalo estuvo a punto de dejar caer el plato que tenía en sus manos, solo a una persona le había dado la dirección de Rebecca; al genetista que hizo las pruebas de ADN.

Todo el cuerpo le tembló, cuando se volvió y vio el sobre color beige en las manos de Rebecca. Eran los mismos que usaban en el Departamento Científico de la Policía de Filadelfia; lo que no dejaba lugar a dudas de lo que se trataba.

—Disculpa..., yo... olvidé mencionarte que le había dado tu dirección a un compañero de trabajo —comentó, sin poder evitar que los nervios hicieran vibrar su voz; se secó las manos con el paño de cocina—, para que me hiciera llegar algo.

—Tranquilo, no hay problema... Toma.

Ella se lo extendió, mientras lo miraba a los ojos; no le había pasado desapercibida la reacción de Gonzalo. Nunca lo había visto ponerse de esa manera, pálido y su mano hasta estaba temblando, cuando recibió el sobre.

—Gracias —dijo y se quedó mirando el remitente, mientras un vórtice de emociones, giraba dentro de él.

Había esperado mucho por esos resultados, casi quince días, pero en ese momento, que los tenía en sus manos, le aterraba verlos.

—¿No lo vas a abrir? Parece importante —cuestionó Rebecca, quien sentía el corazón palpitándole en la garganta.

Él se mantuvo en silencio, solo viéndolo, con esa extraña mezcla de sentimientos atormentándolo.

Recordó las palabras de su madre en aquella carta, sus dudas, su rabia, su decepción y después recordó a Deborah; las cosas que le había contado de Christie, lo que él había visto de su trato con Dominic y sus deseos de querer ayudarla, de protegerla.

—Gonzalo... ¿Está todo bien? Por favor, dime algo; porque en verdad me estás preocupando —pidió, sintiéndose angustiada ante el mutismo de él.

—Sí... sí, está todo bien, Becca. —Gonzalo se obligó a reaccionar y caminó hasta ella, mientras le sonreía, para aligerar esa sombra que cubrió su semblante ante los recuerdos—. La verdad, no es tan importante, debo entregárselos a alguien, pero eso puede esperar hasta después del Mardi Gras.

—¿Estás seguro? —Rebecca no podía evitar sentir, que él le estaba ocultando algo, y eso la hacía sentir molesta y dolida.

—Por supuesto, los voy a guardar en la guantera del auto, para que no se me olviden. El miércoles los entrego —respondió, dándole un suave beso en los labios y le desvió la mirada.

Ya no sabía por qué le seguía mintiendo a Rebecca; debía ser sincero con ella y decirle toda la verdad; contarle desde el encuentro con George Stevenson, pasando por la carta de su madre, hasta las sospechas sobre su parentesco con Deborah Wallis.

Ella merecía saberlo, había sido incondicional con él, y no era justo que le fuera tan desleal, pero cada vez que la tenía en frente y la idea de confesarle todo llegaba hasta su cabeza, la cobardía lo invadía y terminaba por esquivarla, justo como acababa de hacer.

Llegó hasta la camioneta y subió, dejando la puerta abierta, siendo consciente de que la mirada de Rebecca, lo seguía; miró el sobre unos segundos más, sintiendo cómo las dudas lo torturaban.

Negó con la cabeza y después de un suspiro, lo guardó; lo mejor era esperar a que estuviera solo, para ver esos resultados.

Diego estaba desesperado por hablar con Deborah y no se iría de allí sin antes hacerlo; necesitaba demostrarle cuán arrepentido estaba, por su estupidez de la noche anterior.

Los celos y la rabia lo cegaron a tal punto, que no pudo detenerse ni ser consciente de que estaba abusando de ella.

Después de la manera en la que la vio abandonar el invernadero, la realidad cayó sobre él, como si fuese una tonelada de concreto, aplastándolo; quiso ir a buscarla, pero el miedo de que fuera a perderla definitivamente, lo invadió y por eso prefirió darle un tiempo.

Sin embargo, ya no podía seguir soportando esa tortura y esa incertidumbre; el gesto de las rosas había fallado; no esperaba que ella lo perdonase solo con eso, pero ser consciente del desprecio con el cual las rechazó, aumentó su angustia y decidió arriesgarse.

Esperó a que el personal se descuidara, y con rapidez, se escabulló hasta su estudio; sabía que podía perder el empleo si lo encontraban allí. Marcus se lo había dejado claro, pues prefería eso a perder a Deborah.

Abrió la puerta con mucho cuidado, para no delatar su presencia en el lugar; la encontró mirando a través del ventanal, hacia el jardín. Eso hizo que una luz de esperanza, se encendiera dentro de él; a lo mejor estaba buscándolo, quizás no lo odiaba como tanto temía.

Se acercó con cuidado, quería envolverla entre sus brazos, pedirle perdón, hacerle sentir cuánto sentía haberla lastimado; y jurarle que jamás lo volvería a hacer; pero a solo dos pasos de alcanzar su objetivo, la vio volverse y ambos se sorprendieron; ella incluso, palideció.

—¿Qué demonios haces aquí? ¿Acaso te has vuelto loco? —preguntó, mostrándose aturdida, a causa de los nervios.

—Necesitaba verte —respondió, acercándose a ella; e incluso, intentó abrazarla, pero la vio retroceder, mostrándose temerosa.

—Es muy arriesgado que estés aquí, Diego; tienes que irte —exigió, obligándose a mostrarse segura delante de él.

—No me importa..., yo solo quiero... —Se detuvo, sin saber qué palabras decir, para que lo perdonara; suspiró y se arriesgó a acortar la distancia entre los dos; necesitaba tocarla, para darle consuelo—. Siento mucho lo de anoche, me porté como una bestia... Nunca quise hacerte daño, belleza... Nunca fue mi intención.

—No quiero hablar de eso —mencionó ella, intentando alejarse; no quería que volviera a tocarla.

—Deborah, por favor...; en verdad estoy arrepentido...

—¡Dije que no quiero hablar de eso! —exclamó y le dio la espalda; temblando, mientras un par de lágrimas se hacían presentes.

Diego se quedó en silencio, devanándose los sesos, para hallar las palabras que hicieran que ella lo perdonara. No quería perderla y pensó que quizás, si la presionaba con lo de Dominic, conseguiría que siguiera a su lado; pero antes de decir algo, supo que si lo hacía, podía terminar arruinando más las cosas.

—Diego, vete, por favor —pidió, con voz trémula.

—Deborah. —Él la abrazó con suavidad por la espalda, queriéndola hacer sentir segura.

Ella dejó escapar un sollozo ante ese gesto, al tiempo que una mezcla de odio, miedo y asco la invadían; se tensó, casi hasta sentir que su cuerpo se volvía una estatua.

—Tienes que perdonarme..., te juro que nunca más voy a forzarte a nada; no lo haré jamás, porque ahora sé, que al hacerte daño a ti, me lo estaré haciendo a mí mismo, belleza... —La tomó de la cintura para girarla y poder verla a los ojos—. Deborah, yo... estoy enamorado de ti... Lo de anoche fue solo mi desesperación hablando por mí; la angustia de sentir que te estoy perdiendo. No podría vivir sin ti..., ya no podría hacerlo, porque te amo... Por favor, tienes que creerme —pidió, sumergido en ese par de ojos, que eran tan azules como el mar.

Deborah se quedó en silencio, mientras asimilaba las palabras de Diego. Clavó sus ojos en la mirada oscura y atormentada de él; y pudo ver, que más que amor, lo que sentía era una gran desesperación, una obsesión por ella.

Él confundía la obsesión con amor. Quien ama no lastima, y él lo había hecho; la había destruido.

—Diego..., yo... —intentó decir algo, necesitaba escapar de todo eso, pero temía a la reacción que pudiera tener él, si ella llegara decirle, que no sentía lo mismo.

—Deborah, yo necesito que me dejes estar a tu lado, estoy dispuesto a lo que sea con tal de conseguirlo; tengo que estar junto a ti, tengo que tenerte conmigo —rogó, apretándole los brazos, sin llegar a ser brusco, pero era vital que ella supiese que hablaba en serio—. Voy a matarlo por ti..., lo haré por ti.

Deborah se estremeció y dejó correr una lágrima por su mejilla, luchando por esconder el terror que la recorría; ahogó un sollozo, al ser consciente del horrible escenario donde se encontraba metida, pero terminó asintiendo.

—Libérame de él y me quedaré a tu lado para siempre —pronunció, mirándolo a los ojos.

Diego sintió tanta emoción, que no le respondió con palabras; se apoderó de esa boca que era una adicción para él. Primero lo hizo con desesperación, pero al sentir que Deborah se tensaba, fue suavizando el ritmo; lo hizo lento y de manera sutil, buscando darle un poco de ternura; aunque él nunca antes hubiera sabido cómo hacerlo, quería aprender para ella.

Deborah no estaba disfrutando de ese beso; por el contrario, sentía que entre más él intentaba seducirla, más lo odiaba, porque su actitud, le recordaba mucho a Dominic; solo hasta ese momento se dio cuenta de ello. Él siempre había deseado imponerse, que se hiciera su voluntad, y ella no caería en ese círculo vicioso de nuevo, no era Christie.

—Diego, ya tienes que irte; ve hasta la ciudad y comparte con los otros empleados; muéstrate feliz por tener un día libre. Nadie puede notarte nervioso o pueden sospechar —pronunció, obligando a Diego a acabar con el beso.

—¿Lo haremos esta noche? —preguntó en un susurro, mientras la miraba a los ojos, sintiendo que era suya de nuevo.

—Sí, será esta noche. —Fue la respuesta de Deborah; y le entregó un toque de labios, para alejar las dudas que vio ensombrecer la mirada hazel de Diego—. Lleva el teléfono de la otra vez contigo; cuando todo esté listo, te enviaré un mensaje. Ahora vete, Diego; e intenta actuar con naturalidad.

Él asintió y antes de soltarla, le dio otro beso; uno más apasionado que el anterior y que sellaba ese pacto. Le acarició la cintura; y después, caminó hacia la puerta.

Antes de abrir, miró una vez más a Deborah, sintiendo que era el hombre más feliz del mundo por haberla recuperado; le sonrió y después salió.

Deborah dejó escapar de golpe, el llanto nervioso y el aire que contuvo durante el último minuto; tuvo que caminar hasta el diván y dejarse caer allí; llevándose la mano a la boca, para acallar los sollozos que no podía contener.

Nunca imaginó, que involucrarse con Diego, la llevaría a ese punto; donde el deseo sería reemplazado por el miedo. Sabía por experiencia, que las promesas de los hombres, casi siempre estaban vacías; y ya no podía confiar en él. Nunca más podría hacerlo.

—Fuiste una estúpida, Deborah; debiste dejar esto cuando pudiste; tenías que haberle hecho caso a Maurice ese día, después del accidente en el estudio. Tuviste la oportunidad de salir de aquí y Dominic no te hubiera obligado a nada; lo habrías amenazado con denunciarlo con la policía, si te acosaba; tenías las pruebas en tus manos, pero no hiciste nada, fuiste una estúpida.

Deborah se reprochaba, en medio del llanto, todos los errores que había cometido y las oportunidades que perdió, de salir de ese lugar sin causar tanto daño.

Se sintió peor, al ser consciente de que incluso, George Stevenson podría haber seguido con vida. No tuvo un mínimo de sentido común, ni siquiera cuando Gonzalo Dorta apareció en su vida y la puso sobre aviso.

Debió tomar las insinuaciones del detective como una advertencia al menos, pero tampoco lo hizo.

—¡Dios mío! ¿Qué vas a hacer, Deborah? ¿Qué vas a hacer? —Se preguntaba, mientras sentía que caía en una crisis.

Respiró profundo un par de veces, intentando calmarse; no podía darse el lujo de caer en pánico en ese instante; no cuando todo estaba a punto de suceder; además,

ya no tenía marcha atrás, debía librarse de Dominic; primero de él, y ya después vería lo que haría con Diego; pero encontraría la manera de tener su libertad, al costo que fuese.

Se puso de pie y buscó entre la biblioteca, el lugar donde había guardado sus cigarrillos y el encendedor; aunque se había dicho que no fumaría más, en ese instante lo necesitaba; así que con dedos nerviosos, sacó uno y se lo llevó a los labios.

Le dio una profunda calada, conteniéndola, para que el narcótico hiciera su efecto; y después, la soltó lentamente, mientras sentía que poco a poco, la tensión en su cuerpo empezaba a disiparse.

Se tendió en el diván y de esa manera, fue buscando un equilibrio en medio de ese caos. Debía analizar todo con cabeza fría, no podía darse el lujo de entrar en pánico.

Una hora después, Marcus llamaba a su puerta, para anunciarle que todo el personal estaba listo para salir; ella se puso de pie, para ir a despedirlos. Debía mostrarse igual que siempre, además de asegurar que ellos estuvieran de su parte, porque los necesitaría.

Les deseó que se divirtieran y acordaron verse al día siguiente. Ella les dio el permiso de llegar a las ocho de la mañana, para que así pudieran disfrutar de su fiesta, mientras ella conseguía su libertad.

Dominic bajó casi al mediodía; había rechazado el desayuno que le ofreció Katherine, porque temía que su estado pudiera empeorar; había pasado una noche espantosa, casi que durmió sentado en el bidé.

Así que, a esa hora, sin nada en el estómago, sentía que necesitaba alimento; por lo que bajó, para pedirle a Martha que le hiciera algo ligero, pero que lo sustentara.

Le pareció extraño no encontrar a alguna de las mujeres haciendo limpieza ni a Marcus en el salón o el comedor; llegó hasta la cocina y su sorpresa fue aún mayor, cuando la encontró desolada.

Pensó que estaba soñando o que se había vuelto loco.

Salió de allí y quiso subir de nuevo las escaleras, pero la música proveniente del estudio de Deborah, captó su atención.

—¿Se puede saber dónde está todo el personal de esta casa? —preguntó, entrando al lugar, sin siquiera saludarla.

Deborah se sobresaltó, ante esa entrada tan intempestiva de Dominic; dejó el cigarrillo que fumaba de lado, al tiempo que arqueaba una ceja y lo miraba con fastidio; de pronto, recordó que no debía mostrarse de esa manera. Necesitaba que él confiara en ella, aunque fuera por esa única vez.

—Hoy es Mardi Gras —respondió, incorporándose, hasta quedar sentada en el diván.

—¿Y qué con eso? —inquirió, con el ceño tan fruncido, que sus cejas parecían una sola; sintiéndose cada vez más molesto.

—El personal de la casa siempre tiene este día libre; quizás no lo sabe, porque nunca lo pasa aquí. —Deborah no pudo evitar hacerle ese reproche.

—¿Y quién carajos dio esa orden? —La miró, con rabia.

—Mi madre —contestó Deborah, con simpleza—. Eso también debería saberlo, ya que lleva años haciéndose.

Él se sintió como un idiota, ante esa acotación; tal vez en algún momento lo supo, pero pensó que la estúpida tradición que había impuesto su difunda esposa, ya no se seguía llevando a cabo.

Era absurdo mantenerla, no le pagaba al personal, para que se fuera de fiesta a la ciudad; lo hacía para que lo atendieran.

Ya era tarde para hacer algo al respecto, pero se recordó tenerlo en cuenta, para tomar cartas en el asunto. Se lo informaría a Marcus en cuanto regresase.

—Casi nunca estoy aquí para estas fechas —mencionó, excusándose, sin saber siquiera por qué lo hizo; quizás para no terminar mostrándose como un tonto delante de ella.

—Lo sé, siempre se va al Caribe con alguna de sus amantes; y últimamente, con Silvy. Por cierto, ¿por qué no está con ella hoy? —preguntó, para hacerle creer que estaba ignorante; pero la verdad lo sabía absolutamente todo.

—Ella está ocupada, fue en mi representación como juez de ese estúpido reinado —pronunció, con algo de rudeza—. Creo que deberías llamar a alguien del personal, para que regrese; hoy me quedaré en casa y necesito que alguien esté aquí para atenderme —dijo, dándole la espalda, para salir.

—Yo puedo hacerlo...

—¿Tú? —inquirió, asombrado; volviéndose, para mirarla, con una mezcla de desconcierto y sarcasmo—. Esto debe ser una broma —agregó, sin moverse de donde estaba.

—No es ninguna broma. Aunque no lo crea, no soy tan inútil, puedo valerme sola. Lo hice muchas veces mientras estudiaba en Filadelfia —indicó, mostrándose segura.

Dominic la miró durante varios segundos, dudando entre si lo que le decía era verdad o mentira; al final, optó por ponerla a prueba; si fallaba, tendría la oportunidad de hacerle ver, una vez más, cuánto dependía de él.

—Está bien, quiero algo para comer, ¿será que puedes preparar una comida decente, que no termine mandándome al hospital? —inquirió, elevando una ceja.

—Seguramente —pronunció Deborah, sin especificar si se refería a que podía hacer una comida decente o a que esta pudiera enviarlo a urgencias.

Caminó, para salir del estudio, sin mostrarse intimidada por el reto que él le lanzaba; ella no era una experta, pero algo podía hacer; además, Martha ya había dejado algunas cosas preparadas; solo era ponerlas en el microondas.

Dominic la siguió muy cerca, no solo para verificar que lo que decía era cierto; sino porque no confiaba en ella, como para comer algo hecho por sus manos.

Esa actitud de Deborah, lo desconcertaba; presentía que algo estaba planeando.

—Ah, por supuesto, ahora entiendo... Esa fue la forma de valerte por ti misma que usaste estando en Filadelfia. Cuando la mujer de servicio que pagaba para que te atendiera, se tomaba su día libre, tú recalentabas la comida que te dejaba ya lista —dijo en tono burlón, al verla tomar varias bandejas de la nevera y ponerlas en la encimera.

—Están recién hechas, Martha las dejó antes de irse. —Ella hizo caso omiso de ese comentario, no podía caer en las provocaciones de ese condenado—. O bien puede pedir a domicilio, es su decisión; yo sí disfrutaré de esta comida, que le aseguro, es mucho mejor que cualquiera que puedan traerle —expresó, sin siquiera mirarlo.

Se acercó al grill y metió una hermosa porción de salmón, que ya estaba sazónada; después, regresó a la nevera y sacó una pequeña fuente de cristal, que contenía una apetitosa ensalada cruda.

Con eso le bastaría, la verdad no tenía mucho apetito; porque cada vez que pensaba en lo que sucedería esa noche, el estómago se le encogía y todo el cuerpo se le tensaba.

—Creo que comeré un poco de eso también.

Deborah se sobresaltó y se volvió a mirar a Dominic. La voz de él se coló en sus pensamientos, haciendo que el peso que comenzaba a llevar, se hiciera cada vez más molesto.

Tenerlo cerca, lo hacía dudar. Aunque cada vez que él hablaba, era para maltratarla; igual se trataba del hombre que había visto toda la vida como a un padre.

No era tan maldita ni tenía la sangre tan fría, como para compartir una comida con él, mientras pensaba en sus planes de matarlo esa noche. Aunque literalmente, no lo haría ella, sino Diego, fue su mente la que ideó todo eso.

—¿Qué sucede? —inquirió él, con impaciencia, al ver que se quedaba callada. Sentía que había mucho detrás de ese silencio y esa actitud ausente de Deborah.

—Nada... —respondió y negó con la cabeza, para alejar la duda de ella; tenía que seguir adelante—. Pensé, que tal vez, le gustaría algo más sustancioso. Martha también dejó lasaña y arroz Jambalaya, porque sabe que los dos son de sus favoritos.

—Eso es muy pesado, no puedo comerlo. Quiero que me des de lo mismo que almorzarás tú —dijo con determinación, y también con algo de desconfianza, al ver que ella le ofrecía otras opciones; quizás les había puesto algo a la comida.

—Como desee... —Caminó hasta la nevera y sacó otra porción de salmón; lo metió en el grill junto a la otra y le puso el tiempo, después se volvió a mirarlo—. ¿Por qué dice que no puede comer eso? ¿Acaso se siente mal? —preguntó, esperando que le diera la respuesta que ya esperaba.

—Algo en la cena me sentó mal —contestó, sin mucho detalle; no le gustaba mostrarse débil o enfermo.

—No pudo ser en la cena, yo comí lo mismo que usted y estoy bien. —Deborah debía alejar las sospechas de él—. Quizás fue algo antes, en el almuerzo.

—Sí, a lo mejor —masculló, desviando su mirada.

Se alejó, para mirar por la ventana, hacia el jardín. Le resultaba extraño tener una conversación así con ella; casi siempre que se encontraban, no hacían más que discutir.

Él nunca se animó a intentar tener una charla normal con Deborah, aunque debía reconocer, que ella muchas veces puso de su parte; pero el pasado no le dejaba ceder, era como si al hacerlo, perdonara la traición de Christie y pisoteara su orgullo.

La alarma del grill comenzó a sonar, minutos después, anunciando que ya el pescado estaba listo. Deborah había servido la ensalada y también una pequeña porción de puré de brócoli; tal como le dijo, no era una inútil.

Le puso el plato sobre la mesa y el aroma del salmón, hizo que su estómago gruñera; apenado, movió los cubiertos, para disimular.

—Buen provecho —pronunció ella, con una sonrisa.

—Gracias —murmuró Dominic. Esperó a que ella se sentara, para comenzar; después de todo, era un caballero.

Se sumieron en un pesado silencio, mientras comían; eso era habitual entre los dos. Así que cada uno se sentía cómodo de esa manera; sin embargo, Dominic recordó algo que vio, cuando entró al estudio de Deborah minutos atrás, y no dudo en cuestionarlo.

—¿Desde cuándo fumas? —inquirió, mirándola.

—Desde hace unos meses —respondió, sin posar su vista en él. Sabía que comenzaría a reprochárselo.

—Es un hábito muy feo en una mujer.

Ella liberó un suspiro y se armó de paciencia, recordándose que quizás, esa sería la última vez que tuvieran una discusión.

—Lo sé..., intentaré dejarlo de manera definitiva, esta vez —comentó, mientras seguía con su comida.

—Espero que te resulte tan fácil, como fue dejar a Maurice Favre —indicó, atacándola de manera directa; sentía que algo extraño se escondía detrás de esa sumisión tan repentina.

Deborah solo elevó la mirada y la clavó en él, manteniéndose en silencio; sintiendo, que a cada segundo que pasaba, lo odiaba y lo despreciaba más.

Si tuviera al menos una idea, del daño que le había causado dejar a Maurice; pero claro, un hombre como Dominic Wallis, nunca creería algo como eso.

No creía en ninguna mujer, ni en el amor ni en nada que no fuera él mismo y su maldita arrogancia.

—Es posible... ¿Ya terminó? —preguntó, mirando el plato casi vacío de él. Ella; por el contrario, apenas había probado bocado. No se sentía con apetito.

—¿Qué demonios sucede, Deborah? Algo está pasando y vas a decírmelo en este preciso instante —demandó, sujetándole la muñeca, para que no retirara el plato.

—Lo que sucede es, que ya estoy cansada. Usted me dijo que debía madurar... Bueno, creo que ese momento ha llegado. Ya no deseo estar en esta guerra absurda. Me rindo.

—¿Así? ¿Sin más? —cuestionó, con el ceño fruncido.

—Sí, así, sin más. Si usted desea seguir, tendrá que hacerlo solo. —Después de esas palabras, se puso de pie.

Dominic quedó tan aturdido, que ni siquiera pudo detenerla. La vio dejar los platos y salir sin decirle una palabra más o dedicarle al menos una mirada; lo que lo hizo sentir extrañamente vacío.

Se quedó sentado en ese lugar, sin saber cómo definir la marea de sentimientos que lo azotaban; era como si de repente, Deborah le hubiera quitado la única motivación que había tenido por años.

No tuvo la voluntad para ir tras ella y exigirle nada, solo se levantó, paseando su mirada por aquel lugar que le parecía tan frío y desolado, como se encontraba su pecho en ese momento.

Salió al salón, encontrándose con la misma sensación; mientras avanzaba, sentía que el peso de sus pies, cada vez era mayor; era como si el mundo se hubiera posado sobre su espalda y se empeñara en aplastarlo.

Dominic se encerró en su habitación, para intentar escapar de la inmensa soledad que lo rodeaba, esa que siempre había odiado, porque era a lo que más le temía en el mundo, a quedarse solo.

Fue precisamente eso lo que lo llevó a aferrarse a Christie, y después de la muerte de su mujer, su necesidad recayó en Deborah; no se imaginaba tener una vida lejos de ella, por mucho que a veces la odiase; era algo tan complejo, que no sabía cómo explicarlo.

Ni siquiera Silvy había conseguido llenar ese espacio que dejó Christie, como lo hacía Deborah; y no hablaba en un sentido literal, porque no era una atracción amorosa o sexual la que sentía. No era un miserable enfermo, aunque no fuese su hija, no podía verla con ojos de hombre.

Además, desde hacía muchos años, él había dejado de tener relaciones sexuales con su difunta esposa, por lo que no buscaba eso en Deborah; sus deseos de hombre, los satisfacía a cabalidad con Silvy.

El sentimiento que le unía a Deborah, lo hacía tan dependiente de ella, como lo fue de Christie; y con los años, se había vuelto igual de dañino. Decía que deseaba verla casada y formando una familia, que llevara con orgullo el apellido Wallis, pero la sola idea de verla salir de esa casa, lo angustiaba.

Si algo así llegaba a suceder, le exigiría que se quedara a vivir en esa casa, junto al hombre que escogiera como su esposo; aunque él tuviera que verse en la obligación de cambiar su manera de tratarla. Lo haría con tal de no perderla.

—Tienes sobre mí, el mismo poder que tenía tu madre... No puedo ni explicarme lo que es, pero puedo sentirlo.

Su voz llenó ese espacio y pareció retumbar en las paredes, haciendo eco dentro de su cabeza; cerró los ojos, sintiéndose derrotado por ella, por esa obsesión que se había apoderado de él.

Madre e hija, lo habían condenado o no poder caminar, hablar o respirar sin ellas, eran una maldición.

Cerró los ojos y recordó una de las últimas conversaciones que tuvo con su padre, aquella donde Abraham Wallis, le lanzó en cara su cobardía.

Lo trató como nunca se esperó que lo hiciera y prefirió ponerse del lado de ellas, haciéndolo sentir como si fuese el culpable de su miseria.

Se encontraba en su estudio, inmerso en el contrato que le había entregado su abogado, para finiquitar la compra de una nueva planta; la necesitaban, si quería empezar el año siendo la mayor productora de azúcar del país.

Su padre estaba por retirarse y él asumiría la presidencia de empresas Wallis. Tenía que hacerlo, teniendo su primer gran acierto.

De pronto, el sonido de la puerta al abrirse, lo hizo sobresaltarse; levantó la mirada, sorprendiéndose al ver bajo el umbral, a su padre, quien lo miraba con una seriedad, que le puso a temblar las manos.

Él ya estaba acostumbrado al carácter sobrio de Abraham, pero en ese instante, su mirada dura, lo hacía sentir intimidado; se puso de pie, intentando esconder el temblor en sus rodillas; y caminó, para recibirlo.

—Padre..., qué sorpresa verlo, ¿qué lo ha traído por aquí? —preguntó, mostrando una sonrisa.

Desde que la madre de Dominic muriese, cuando él tenía veinticinco años, Abraham dejó esa mansión en las manos de su único hijo y se internó en una casa más pequeña, cerca de la empresa, donde pasaba casi todo el día.

Decía que no soportaba mirar cada rincón, del que fuese su hogar junto a su esposa, y toparse con algún recuerdo de la mujer que más había amado en la vida; que hacerlo, siempre terminaba llenándolo de tristeza, porque ya no estaba con él.

—¿Por qué debería sorprenderte? ¿Acaso esta también no es mi casa? —cuestionó, mirándolo con severidad; estaba realmente molesto con él.

—Por supuesto, es solo que hace mucho que no venía —acotó Dominic, con una sonrisa forzada; haciéndole un ademán, para que tomara asiento.

—Me ha traído un asunto muy importante.

—Bueno, usted dirá. Soy todo oídos —indicó, tomando asiento él también; pensaba que sería algo relacionado con la empresa y su próximo nombramiento.

—Se trata de Debbie... —inició, pero no pudo continuar.

—¿Qué ocurre con ella? —inquirió Dominic y de inmediato, sus alarmas se activaron.

—Eso precisamente me gustaría saber, el otro día, cuando la invité a almorzar para celebrar su cumpleaños, la vi muy triste. Le pregunté por qué estaba así y me dijo que una vez más, tú te habías olvidado de la fecha —respondió, mirándolo fijamente, para dejarle claro su reproche.

—Padre..., tenía demasiadas cosas en la cabeza; a veces no sé ni en qué día vivo. Hasta olvido mi propio cumpleaños... —mencionó, restándole importancia al asunto.

—Eso no es una excusa, ella es tu hija. Yo nunca me olvidé de las fechas importantes, y vivía igual de ocupado que tú o quizás más; así que no me vengas con esas tonterías. Incluso, ahora tuve tiempo para compartir con mi nieta.

—No la llame de esa manera —expresó, apenas conteniendo su rabia y se puso de pie, para darle la espalda.

—¿Por qué no puedo llamarla así? ¿Acaso no lo es? —inquirió, esperando esa respuesta que había ido a buscar.

—Yo le di su obsequio a Deborah, ella quería comprarse un guardarropa nuevo para su viaje a Filadelfia, y le di el dinero para que pudiera tenerlo; solo espero que vaya a estudiar a la universidad y no solo a andar desfilando por los pasillos —indicó, obviando a propósito, la pregunta de su padre.

—No te pregunté si le habías obsequiado algo, sino la razón por la cual no puedo decir que es mi nieta; deja de estar esquivándome, sabes que lo odio. —Abraham se puso de pie, buscando acorralarlo.

—¿Por qué quiere escuchar algo que ya conoce y que sabe que me hace daño? —cuestionó, volviéndose a mirarlo con rencor, conteniendo apenas las lágrimas—. Usted sabe perfectamente que ella no lleva mi sangre, que es producto de la traición de su madre...

—Eso es lo que tú crees... —indicó, mirándolo a los ojos. No quería lastimarlo, era su hijo y lo amaba; precisamente por eso, quería terminar con todas esas dudas que lo torturaban.

—Es lo que sé, es lo que mis ojos vieron... Esa maldita imagen, no la he podido borrar de mi cabeza, en todos estos años. Usted no puede entenderlo, porque jamás le tocó vivir algo así. —Tragó para pasar el nudo en su garganta y evitar que las lágrimas lo ahogaran—. Mi madre fue una mujer intachable, siempre le dio el lugar que merecía, le fue leal hasta el último día de su vida, nunca le falló.

—Eso es cierto, y no te pido que perdones lo que hizo Christie; sabes bien lo que opino de tu deseo de mantener este matrimonio de mentira. Lo considero un absurdo, debiste acabarlo en cuanto todo sucedió... Y no estoy aquí para abogar por ella, sino por Deborah; la pobre chica no merece que la trates como lo haces, Dominic; ella ha sido la principal víctima de todo esto... —decía, cuando la mirada de su hijo lo hizo detenerse; había tocado un punto sensible.

—Aquí la única víctima he sido yo, ¿acaso no puede verlo? —preguntó, asombrado.

No podía creer, que su padre estuviera de parte de la mujer que lo había engañado, que esperase que él aceptara a la hija de otro y la amase como si fuera suya.

—Lo único que veo, es a un hombre que no ha tenido el valor para afrontar esta situación. Odias a Christie, pero no te has divorciado de ella; tampoco has intentado rehacer tu vida con otra mujer; solo saltas de una a la otra, creyendo que con eso, obtienes tu venganza; y lo que es peor, no te has hecho un maldito examen, que te saque de una vez por todas, la duda de si Deborah es o no tu hija —pronunció con dureza, para ver si de esa manera, lo hacía reaccionar.

—Yo no necesito de ninguna prueba, sé lo que mis ojos vieron esa noche y sé lo que ese hombre pensaba. Si ella no hubiera sido su hija, ¿cree que él se hubiese arriesgado a regresar? Lo hizo porque estaba seguro de que Deborah era su hija, porque siempre lo supo; los dos lo sabían y jugaron con el pobre imbécil. Deborah no

lleva nuestra sangre, no es una Wallis.

—¡Maldición! ¡Ya deja de auto compadecerte! ¡Eres tú quien no pareces un Wallis!... Ningún miembro de mi familia, ha sido un cobarde; y tú no serás el primero, no un hijo mío. Vas a ir a un laboratorio junto a Christie y a Deborah, se van a hacer esa prueba y vas a salir de dudas. Es una orden.

—No lo haré —sentenció, mirándolo a los ojos.

—¿Cómo dices? —preguntó, perplejo. Dominic nunca había objetado alguno de sus mandatos.

—Lo que escuchó, no haré lo que me pide. No me expondré a una nueva humillación, y muchos menos hacerlo de manera pública. —Dominic mantuvo su postura; y después, le dio la espalda, para salir de ese lugar.

Abraham conocía tanto a su hijo, que no le sorprendió que actuara de esa manera; cuando se trataba de cuidar su orgullo, Dominic no se limitaba ante nada. Por eso no se había doblegado y perdonado a Christie; ni siquiera el amor que sentía por su mujer, que evidentemente, seguía siendo fuerte, podía luchar contra eso.

—Ya sabía que dirías eso, Dominic... Llevas casi diez años, flagelándote con la idea de que esa chica no es tu hija, pero no tienes el valor suficiente para confirmar esa sospecha, ¿a qué le temes? ¿A que no lo sea o a que sí, y darte cuenta de que has sido un miserable con ella todos estos años? —cuestionó, mirando la espalda tensa de su hijo.

Dominic se quedó en silencio, sin siquiera volverse, pero no podía terminar de salir de allí, no tanto por respeto a su padre, sino porque intuía que había algo más. Abraham no llegaría hasta esa casa, solo para reclamarle que hubiera olvidado el cumpleaños de Deborah.

—¿A qué vino? Dígamelo de una vez —preguntó.

—A traerte esto —respondió, sacando un sobre blanco del bolsillo interior de su saco y lo puso encima de la mesa.

—¿Qué es eso? —La voz le tembló, al hacer esa interrogante, mientras miraba fijamente el sobre.

—Sabes perfectamente lo que es, usé una muestra de ella y una mía. Ya que tú no te atreves, tuve que hacerlo yo. Igual, si existe algún parentesco, allí quedará demostrado... Ábrelo, yo no lo hecho, porque no es mi deber, sino el tuyo.

Dominic se quedó mirándolo con insistencia, al tiempo que un torbellino de sentimientos lo asaltaban y chocaban entre sí, dentro de su pecho; los recuerdos comenzaron a invadir su memoria, llevándolo a actuar como hacía siempre que algo deseaba hurgar en esa herida, que no había conseguido sanar.

—Ya le dije que yo no necesito de pruebas. —Tomó el sobre y en segundos lo hizo pedazos, no dejó nada que pudiera aportarles una respuesta a sus dudas—. Ella no es mi hija.

—Eres... ¡Eres un estúpido, Dominic!

Abraham apretó los dientes y elevó su mano en un puño cerrado; nunca había sido un hombre violento, pero en ese instante, quiso golpear a su hijo.

Después de unos segundos, la bajó, siendo consciente de que eso solo empeoraría las cosas; no quería pelearse con Dominic.

—Crea lo que se le dé la gana —pronunció, con actitud altanera, mientras le mantenía la mirada; ya no era un chico y no se dejaría intimidar por él.

—Y eso es lo que haré, no me importa si crees que Deborah es tu hija o no; ella es una Wallis, lleva mi apellido y no permitiré que la sigas humillando —dijo y se dispuso a salir.

—¿Qué hará? —preguntó, sintiéndose intrigado.

—Ya te enterarás de eso en su debido momento.

Después de esas palabras, Abraham salió, dejando a Dominic agregando una duda más, a la larga lista que ya tenía.

Un año después, se enteró de lo que su padre quiso decir con esas palabras; le había heredado a Deborah un quince por ciento de las acciones de la empresa, también le puso la mitad de la mansión a su nombre y le dejó varios millones, con los que podía independizarse.

Ese fue un golpe bajo por parte de su padre.

Dominic regresó de sus recuerdos, sintiendo una vez más, ese cúmulo de emociones que lo descolocaban, que hacían que sus dudas, recobraran sentido, sin permitirle dejar detrás al pasado y comenzar desde cero.

Él no podía renunciar a su orgullo, para aceptar a Deborah como su hija; no podía olvidar lo que había hecho Christie, ni las últimas palabras que le dijera el malnacido de Leonard Blanchard, antes de que aquellos hombres, a quienes les había pagado para liquidarlo, se lo llevaran, para desaparecerlo de su vida para siempre.

«Christie nunca ha sido tuya. La mujer que vive en tu casa, solo está representando un papel, pero la verdadera, la que está detrás de esa fachada... Esa... esa es mía y siempre lo ha sido. Espero que lo recuerdes hasta el último día de tu miserable vida».

Después de eso, nunca más pudo acercarse a Christie; siempre que ella lo buscaba, él recordaba aquellas palabras y se preguntaba si era tan calculadora, que incluso podía fingir que lo deseaba.

Cada vez que bebía, cosa que hacía muy seguido, ella se escabullía en su habitación, se desnudaba y lo buscaba para tener sexo; varias veces, estuvo a punto de ceder, de ahogarse en ella hasta olvidarse de todo lo demás; pero se arrepentía en el último minuto y la lanzaba fuera de su cama.

—Quizás te emborrachabas para tener el valor de acostarte conmigo, quizás él tenía razón y nunca te me entregaste en verdad, solo actuabas... ¿Fue así siempre, Christie? ¿Fingías que disfrutabas conmigo, mientras te hacía mi mujer? ¿Alguna vez me amaste en verdad? Todas estas malditas preguntas, se quedarán sin respuestas. Tú te las llevaste todas.

Dejó escapar un suspiro cansado y cerró los ojos, negándose a dejar que el dolor, hiciera estragos en él. Tenía que cerrar ese capítulo de una vez por todas; quizás, si seguía el ejemplo de Deborah y cesaba con esa guerra absurda, el pasado dejaría de atormentarlo, quizás debía parar.

Gonzalo se encontraba en el salón de la casa de Rebecca, mientras se arrepentía una vez más, de haber aceptado salir con ella a pasear, para ver el desfile de carrozas; le había estado huyendo a las festividades.

Además, la ansiedad por conocer los resultados de las pruebas, no lo tenía de muy buen humor; había planeado esperar hasta que ella se marchara para verlos, pero en los planes de Rebecca, no estaba que él se quedaría solo en la casa; por el contrario, casi habían discutido, cuando intentó negarse a acompañarla.

Y lo que acabó por convencerlo de ir con ella, fue la ropa que sacó del armario y que pretendía usar ese día; un diminuto «jeans», con estampado de la bandera americana; que estaba seguro apenas la cubriría; acompañado de una ligera camiseta blanca, sin mangas, que también era corta; y unas zapatillas Converse.

Algo bastante casual, que estando en casa, no le vería nada de malo, pero salir con eso a la calle, era otra cosa; sabía que todos los hombres, que en ese tipo de eventos siempre andaban borrachos y desesperados por tener sexo, le pondrían los ojos encima y la verían como una posible conquista.

Él no iba a permitir algo como eso, si a Rebecca no le preocupaban los peligros que existían en la calle, a él sí y mucho.

—¡Estoy lista! —anunció, bajando las escaleras con rapidez.

Gonzalo elevó la mirada y el corazón se le desbocó en latidos cuando la vio; lo primero que lo asaltó fue el deseo, al ver las largas y torneadas piernas, expuestas por completo; se quedó embelesado, pero después, frunció el ceño.

Los otros hombres, también reaccionarían así, en cuanto ella pasase frente a ellos; de eso no le quedaban dudas.

La vio caminar hacia la cocina, y de inmediato, su vista fue atraída por ese culo redondo, parado y perfecto que ella poseía; tal y como pensó en cuanto vio el pantalón corto sobre la cama, apenas alcanzaba para cubrirle las nalgas.

—Creo que deberías ponerte mi chaqueta —mencionó, cuando la vio regresar, mostrando una sonrisa entusiasta.

—Tu chaqueta seguramente me queda inmensa y afuera está haciendo calor, Gonzalo... Me siento cómoda como voy vestida; mejor vámonos ya, o nos perderemos parte de la celebración —dijo, abriendo la puerta.

—Espere..., Rebecca. —La tomó por el brazo, mientras bajaba su mirada, para recorrer esa esbelta y excitante figura.

—¿Qué sucede? —preguntó, sintiéndose desconcertada, al ver la tensión en él.

—Nada... nada —contestó, negando con la cabeza.

—Bien, ¿podemos irnos ya? —inquirió, dedicándole una sonrisa y halándolo por la mano.

—Espere —mencionó él, una vez más.

—¿Y ahora qué? —cuestionó Rebecca, ya comenzaba a exasperarse de esa actitud de Gonzalo.

Él no respondió con palabras, tiró de ella, dejándola aprisionada entre el marco de la puerta y su cuerpo; le llevó una mano a la mejilla y se apoderó de la boca de Rebecca, con un beso demandante.

Dejó que su lengua entrara de lleno, masajeando con suavidad el cálido y húmedo músculo, que resbalaba sobre el suyo; gimió, al sentir cómo ella temblaba entre sus brazos.

Estuvo a punto de tomarla por la cintura, para llevarla a dentro y hacerla suya, pero la razón volvió a él.

—Ten presente que eres mía —susurró, contra los labios trémulos de Rebecca, mientras se ahogaba en esa mirada tan hermosa y brillante, esa que lo hechizaba.

—Pero... yo no soy... —intentó contradecirlo, pues él ni siquiera le había pedido que fueran novios.

En respuesta a sus protestas, solo consiguió que Gonzalo la besara de nuevo, y como si eso fuera posible, el beso fue mucho más contundente, robándole toda la cordura.

—Hoy eres mía, Rebecca..., recuérdalo —pidió, apoyando su frente en la de ella, después de terminar el beso, con la respiración agitada y el deseo vibrando en sus venas.

—Sí..., soy tuya —esbozó esas palabras, sintiéndose aún sobre esa nube de placer que él creaba para ella, cada vez que la besaba. Ninguno hombre lo había hecho igual.

Después de un suave roce de labios, se separaron; ella le mostró una sonrisa radiante, al tiempo que le ofrecía su mano; y de esa manera, caminó junto a él.

El sonido de los instrumentos musicales, se comenzó a escuchar mucho antes de que ellos llegaran hasta la avenida; el ambiente festivo, se desbordaba por las calles aledañas al lugar; y en medio de ese mar de personas, se internaron Gonzalo y Rebecca, pues ella quería estar más cerca.

Cuando lograron abrirse espacio, hasta llegar a las vallas de seguridad, desfílaba la banda *The Ocean of Soul*, que pertenecía a la Universidad de Texas; vestida con su distintivo color vino tinto.

Así una a una las bandas fueron presentándose, animando al público, cuando interactuaban con ellos. Aunque Gonzalo no era muy dado a ese tipo de celebraciones, debía reconocer que admiraba a los habitantes de Nueva Orleans, quienes a pesar de las duras épocas que habían vivido, no se rindieron.

Por el contrario, salieron adelante con una sonrisa pintada en el rostro; miró a Rebecca a su lado y ella se veía tan feliz, que el corazón se le hinchó de emoción a él también.

La mujer a su lado, era el más hermoso y vivo reflejo de esa ciudad; había perdido mucho en su vida, personas importantes, sus deseos de seguir tras sus sueños de estudiar arte; estaba ahogada en deudas, y aun así, sonreía todos los días y vivía siendo feliz.

—¿Qué pasa, detective? ¿Está aburrido? —preguntó, al volverse y darse cuenta de que Gonzalo tenía su mirada puesta en ella.

—No... —respondió, sonriendo y dándole un beso en el cabello—. Es que tú me resultas más hermosa que todas esas chicas —agregó, acariciándole la cintura.

—Más te vale..., porque hoy, tú también eres mía, Gonzalo Dorta —dijo, hundiendo su dedo en el pecho fuerte y cálido del detective.

Él soltó una carcajada y asintió mientras sonreía, mirándola a los ojos, y sin importarle la gran cantidad de personas que los rodeaban, le acunó el rostro, para besarla con pasión; sintiendo, que el corazón le latía con esa emoción, que creyó jamás volvería a correr dentro de su cuerpo; no después de la muerte de Clarisse.

Ya no podía seguir negándose lo que sentía, se estaba enamorando de Rebecca Freeman.

—Estamos en plena vía pública, detective; podrían arrestarlo por esto —susurró ella, sintiendo el rostro prendido en llamas; no solo por besarse con él de esa manera, delante de cientos de personas, sino por el deseo que el roce de su lengua había desatado en su interior—. Creo que será mejor que vayamos por un par de cervezas, antes de que termine haciendo combustión espontánea en este lugar.

—La culpa la tiene ese pantaloncito que traes. —Le susurró al oído, al tiempo que se ponía detrás de ella y le rozaba a propósito las nalgas con su entrepierna, que ya estaba lo suficientemente tensa; gimió, ante el contacto—. Sabes que tus piernas me vuelven loco. Lo hiciste con esa intención.

—¡Por supuesto que no! —Se defendió, fingiendo inocencia; porque la verdad, sí lo había hecho con ese motivo.

—Que no se te olvide que soy policía y puedo descubrir cuándo alguien me dice la verdad y cuándo no —indicó, caminado tras ella, para ir saliendo del mar de personas.

—Eres un policía, no un vidente —acotó, sonriendo.

Llegaron hasta uno de los puestos de comida y bebidas que había puesto la organización, para los asistentes al Mardi Gras.

Gonzalo pidió dos cervezas y un par de Po boys para comer; no había probado bocado desde las once de la mañana, cuando desayunaron, y ya iban a dar las cinco de la tarde.

—Gracias, me moría de hambre. —Rebecca recibió lo que le entregaba, al tiempo que le hacía espacio en la banca que ocupaba—. Están riquísimos.

—Sí, están muy buenos...

Gonzalo tuvo que atajar sus próximas palabras. Estuvo a punto de decir que extrañaría mucho toda la comida de Nueva Orleans, cuando le tocase regresar a Filadelfia. No quería tocar ese tema por el momento, sabía que tendría que llegar, pero no mientras pudiese evitarlo.

—¡Hola, Becca! —Angie se acercó hasta la pareja, sintiéndose sorprendida al ver al detective junto a su amiga.

—¡Angie, qué alegría verte! —Ella se puso de pie, para abrazarla—. Hasta que al fin te dejas ver en la ciudad.

—Vengo todos los sábados, solo que voy directo al instituto —contestó, posando su mirada en el hombre; para ver si Rebecca se lo presentaba.

—Lo imagino —acotó, sonriendo; vio que su amiga miraba con insistencia a Gonzalo, como si lo conociese de algún lado; así que lo presentó, para salir de esa duda

— Angie, te presento a un amigo. —Señaló a Gonzalo con la mano.

—Encantada, Angie Russo. —Le extendió la mano.

—Un placer, Gonzalo Dorta —dijo, recibiendo el saludo. No le pasaba desapercibida la insistencia con la cual lo había mirado, aunque él no la recordaba de ningún lado.

—¿Y qué haces hoy aquí? —preguntó Rebecca, para romper el incómodo silencio que quedó después de las presentaciones.

—Nos dieron el día libre a todos —contestó, desviando su mirada del detective.

—¿En serio? ¿Qué le está pasando al ogro de Dominic Wallis? —cuestionó, mirándola, perpleja.

—En realidad no fue él, sino la señorita Deborah... Siempre lo hacen, desde que la difunta señora Wallis estaba viva. —Le recordó, pues Rebecca parecía no saberlo.

—Todos ustedes se lo merecen, trabajan muy duro, para complacer los caprichos de ese par de amargados —acotó, sin poder dejar de lado su resentimiento.

—Bueno, esta vez se portaron muy bien; la señorita incluso se mostró feliz por la participación de la nieta de Marcus en el certamen y nos dijo que viniéramos a apoyarla. —Angie la defendió, como siempre hacía; no la consideraba mala persona.

—¿Me estás hablando de la Deborah Wallis que conozco?

—Por supuesto; bueno..., quizás no es la misma de meses atrás. Ella ha cambiado mucho, creo que se debe a su relación con Maurice; cada vez están más unidos. Ya ni siquiera se ocultan de nosotros o del patrón —indicó, mostrándose entusiasmada.

Gonzalo escuchaba en silencio, cada una de las palabras de la chica, mientras iba ordenando una teoría en su cabeza; que a cada minuto que pasaba, iba tomando mayor forma.

Deborah estaba muy mal la noche que llegó borracha hasta su casa, y todo lo que mencionaba, era el nombre del chofer y que tenía que pedirle perdón, que haría lo que fuera por él.

—La verdad..., dudo que esa relación tenga futuro, Angie. Deborah Wallis nunca dejará su pedestal de reina, para irse a tener una vida modesta al lado de Maurice; tarde o temprano, esa relación va a terminar —pronunció Rebecca, siendo realista. Ella conocía muy bien a Deborah.

—El amor puede cambiar a las personas, Becca —acotó Angie, quien no perdía las esperanzas—. Bueno, tengo que regresar a mi mesa, solo pasé a saludarte. Fue un gusto conocerlo, señor Dorta. —Se dirigió al detective.

—El gusto fue mío, señorita Russo.

—Me alegró mucho verte, Angie... Disfruta de la fiesta.

Rebecca se despidió de la chica con un abrazo, era evidente que le había molestado que hablara mal de Deborah, pero no pudo evitarlo, no soportaba a esa mujer y no podía creer, que alguien en Nueva Orleans, la considerase una buena persona.

Gonzalo siguió a la chica, con la mirada; y vio, que en el grupo donde se encontraba, estaba todo el personal de la mansión Wallis. Había visto a muchos de ellos el día de la fiesta de cumpleaños de Dominic; estaban todos, a excepción de alguien: Maurice, el chofer de Deborah.

Eso hizo que sus alarmas se activaran de inmediato y se puso de pie.

—Tengo que regresar a la casa, necesito hacer algo —mencionó, ante la mirada cargada de asombro de Rebecca.

—¿Qué sucede? —preguntó, levantándose también.

—Es algo difícil de explicar...

—Pues hazlo sencillo, porque tendrás que decírmelo —exigió, mirándolo a los ojos. Ya no soportaría más misterios.

—Vamos, cuando estemos en la casa te explico. —La tomó de la mano y la llevó casi a arrastras.

Llegaron a la casa, minutos después y lo primero que hizo Gonzalo al entrar, fue buscar las llaves de su camioneta; le urgía ir hasta la mansión Wallis y comprobar que todo estaba en orden.

Liberarse del presentimiento que se había apoderado de él y tenía a su corazón latiendo muy de prisa. Recordaba las palabras de George Stevenson, las actitudes de Deborah en los últimos días y su interés para que él se fuera de la ciudad, antes de las fiestas del Mardi Gras.

—Bien, aquí estamos. Te escucho, Gonzalo —mencionó Rebecca, parándose delante de la puerta y cruzándose de brazos, mientras lo observaba con detenimiento.

Gonzalo se vio acorralado y se mantuvo en silencio, mientras se debatía entre contarle o no lo que sucedía. No sabía cómo hacerlo, pues era algo que apenas estaba asimilando y no sabía cómo tomaría ella una revelación así. No era sencillo decirle que sospechaba ser medio hermano de la mujer que odiaba.

—Bien, me has atrapado, Rebecca —expresó, elevando las manos en señal de derrota—. Conocí a George Stevenson en un restaurante de camino, pocas horas antes de que tuviera el accidente que le causó la muerte... —Optó por darle esa información y esconder la otra, no sentía que fuera el momento para compartir la verdad sobre su nacimiento.

—¿Estás aquí investigando la muerte del abogado? —inquirió, mirándolo con asombro.

—No, nuestro encuentro fue casual; además, no estoy en mi jurisdicción; pero él me hizo algunas revelaciones que me dejaron inquieto y despertaron mi instinto policial —respondió, sin animarse a darle toda la información.

Confiaba en Rebecca, pero era muy poco lo que tenía como para formular una acusación; solo fueron las palabras cargadas de desprecio de un borracho. Sin embargo, notó que ella deseaba saber más, así que buscó en su cabeza la manera de darle información, sin quedar como un loco.

—¿No crees que haya sido un accidente, piensas que lo asesinaron? —inquirió, sintiéndose cada vez sorprendida.

—No, yo vi cómo iba el hombre ese día; había tomado mucho... En parte, me siento responsable por ello, porque debí avisar a un policía de camino, para que lo detuviera. —Bajó la mirada, eso era cierto, tuvo que haber hecho algo, pero en ese momento, tenía otros asuntos en su cabeza.

—Él no era tu responsabilidad, así que no debes sentirte mal, Gonzalo. —Le apretó la mano, para reconfortarlo—. No puedes cuidar de todo el mundo. Eres un policía, no un superhéroe; además, ni siquiera estabas de servicio.

—Igual debí hacer algo, no se trataba solo de ser policía, sino de ser un ciudadano responsable. Ese hombre pudo causar un accidente mayor y acabar con la vida de uno o más inocentes. —Se sentía molesto, no contra ella sino contra él.

—Tienes razón —expresó apenada y bajó la mirada.

—Lo siento, Rebecca —pronunció, dejando escapar un suspiro y le apoyó un dedo en la barbilla, para hacer que lo mirase a los ojos—. A veces me tomo todo muy a pecho. Pero regresando al punto inicial, no creo que el accidente de George Stevenson haya sido provocado por terceros, sino por él mismo; sin embargo, esa repentina decisión de marcharse de Nueva Orleans, fue ocasionada por algo o mejor dicho por alguien.

—Lo que las personas decían era que el hombre había decidido regresar a Nueva York con su familia, que se había cansado de este lugar —comentó Rebecca, lo poco que sabía.

—No fue lo que él me dijo. El abogado me habló de Deborah Wallis y de su amante; me aseguró que ellos lo habían obligado a marcharse bajo amenaza, porque él había descubierto un plan que ambos tenían, para asesinar a Dominic y así ella heredar toda la fortuna... —decía, mientras Rebecca lo miraba, asombrada.

—¡Por Dios! —exclamó ella, negando con la cabeza—. Gonzalo, ese hombre, en verdad estaba borracho. Mira..., Deborah es caprichosa, egoísta y puede ser malvada en ocasiones, pero de allí a planear el asesinato de su padre; si te soy sincera, no lo creo... Mucho menos de Maurice. Él es un buen hombre, es honesto, educado, generoso... Su único pecado ha sido enamorarse de Deborah Wallis —mencionó, sintiéndose convencida de sus palabras.

—Rebecca, te sorprendería la cantidad de crímenes horrendos, que comenten personas, que ante los ojos de la sociedad, son ciudadanos ejemplares. Si algo me ha enseñado este trabajo, es que se debe estar preparado para todo; que solo se debe confiar en la evidencia...

—¿Y tus pruebas son las acusaciones de un hombre que apenas podía mantenerse en pie, por lo ebrio que se encontraba? ¡Por favor, Gonzalo! Es absurdo... Yo no tengo motivo alguno para defender a Deborah; por el contrario, sé que sería capaz de muchas cosas...; solo que..., no me cabe en la cabeza lo de matar a su padre —acotó una vez más, mientras lo miraba a los ojos.

—¿Por qué estás tan segura de ello?

—No lo sé... —respondió, negando con la cabeza; y de pronto se sintió extraviada.

Ella adoraba a su padre y no concebía la idea, de que alguien que tuviera al suyo vivo, deseara matarlo.

Caminó hasta la cocina, sintiendo que las lágrimas la desbordaban; se sirvió un vaso de agua y lo bebió casi por completo; tratando de controlar las emociones que la recorrían.

Había sido testigo del resentimiento con el cual Deborah le habló de su padre, la noche que se quedaron encerradas en el restaurante; por lo que le contó y lo que las personas decían, ella tenía muchos motivos para odiarlo; pero jamás pensó que llegaría a planear un homicidio.

Aunque, así como el amor era capaz de transformar a las personas, el odio y el dolor, también.

—Solo necesito ir hasta la mansión Wallis y comprobar que todo está bien; no quiero quedarme de brazos cruzados y cometer otro error, como con George Stevenson —pidió Gonzalo, acercándose a ella, para mirarla a los ojos.

—No iré a esa casa, para exponerme a una humillación por parte de Deborah, pero te puedo llevar a casa de Maurice. Si lo encontramos allí, sabremos que todo lo que dijo el abogado, solo fueron mentiras, provocadas por su despecho.

—Está bien —concedió Gonzalo, mirándola.

Con eso le bastaba, por el momento; pero si el chofer no se encontraba en su casa, iría hasta la mansión. Aunque eso le ocasionase un problema con Rebecca; prefería eso a arrepentirse después, si no evitaba otra tragedia.

Deborah pasó el resto de la tarde encerrada en su habitación, el cansancio y haber llorado, una vez más, la hicieron quedarse dormida unas tres horas; cuando despertó, el sol comenzaba a caer, anunciándole que el momento que tanto había esperado, se acercaba.

Se puso de pie y caminó hasta el baño; el espejo le devolvió un reflejo, que sentía no le pertenecía; la mujer allí, lucía demacrada, pero conservaba algo de belleza.

Ella, por el contrario, se sentía horrible y sin vida. Era como si solo fuese un cascarón vacío.

Se metió bajo la regadera y estuvo allí durante casi una hora; mientras se secaba, fue embargada por una nueva crisis, al descubrir, que su piel pálida, mostraba espantosas marcas púrpuras, producto de la rudeza con la cual Diego la había tratado, la noche anterior.

Se obligó a calmarse y a ser fuerte; entró al armario, para escoger la ropa que usaría esa noche, un sobrio y elegante «baby dolls» negro, de seda, que le llegaba hasta los tobillos; junto a un salto de cama que le hacía juego.

Se secó el cabello y bajó, encontrándose con la casa sumida en penumbras; al parecer, Dominic no había vuelto a bajar después del almuerzo.

Fue encendiendo las luces por donde pasaba, hasta llegar a la cocina. No tenía apetito, pero debía mostrarse casual frente a él, por si decidía bajar a cenar.

Esperó durante unos minutos y al ver que eso no sucedía, puso agua a hervir, para hacerse un té; le llevaría uno también. Necesitaba de algún modo, darle las pastillas que lo pondrían a dormir, esa noche. Puso todo en una bandeja y subió.

—¿Puedo pasar? —preguntó, abriendo la puerta despacio.

Dominic estaba tendido en su cama, leyendo un libro; intentando distraerse un poco y alejar de su cabeza, todos esos pensamientos que lo torturan.

Miró por encima de los anteojos a Deborah, sin poder esconder su sorpresa; se mantuvo en silencio, solo observando, pero al ver que ella esperaba, terminó por reaccionar.

—Pasa... ¿Qué vienes a hacer aquí? —cuestionó, al ver la bandeja que llevaba en sus manos.

—Quise traerle esto —respondiendo ella, sin mirarlo, mientras colocaba todo sobre la mesa, con cuidado.

—¿Y desde cuándo eres tan amable conmigo? —La miró con recelo y se incorporó, quedando sentado.

—No estoy siendo amable, hago esto porque no hay otra persona en la casa que pueda atenderlo.

—Días atrás, hubieras dejado que me las arreglara solo —reprochó, elevando una ceja, sin despegar su mirada de lo que ella hacía. Ni loco bebería eso.

—Seguramente, pero usted me pidió que cambiara, que madurara y es lo que estoy haciendo; tomaré la oportunidad que me dio y haré que se sienta orgulloso de mí. —Todo eso lo decía sin mirarlo a los ojos. Cada una de esas palabras, estaban carentes de sentimientos, como lo estaba ella—. Tome, esto le hará bien a su estómago.

—No lo quiero, gracias —expresó, negándose a recibir la taza que le ofrecía, mientras la miraba con desconfianza.

—Es solo un té de manzanilla... No me interesa asesinarlo. —Cuando dijo esa última frase, clavó su mirada en él.

—No puedo estar seguro de ello. No confío en ti, Deborah; eres una mentirosa, igual que tu madre.

Deborah tuvo que reforzar su paciencia y respiró profundo, para no dejarse llevar por su odio; bajó su rostro, para que Dominic no viera la ira contenida dentro de ella, y se sentó al borde de la cama, obviando la incomodidad que él mostró.

—Yo no soy como mi madre... Si tan solo me diera la oportunidad de demostrárselo, por favor —suplicó, con los ojos anegados en lágrimas. Cuando lo vio dudar, supo que debía hacer algo más y aprovechar esa fisura, en la muralla que la separaba de él—. Mire, para que vea que le estoy siendo sincera... —dijo, antes de darle un pequeño sorbo al té de manzanilla que había servido.

Dominic le prestó mucha atención, y a su cabeza vino un recuerdo de aquel tiempo, cuando ella era una niña y se tomaba toda la sopa, para que él le entregase el regalo que le llevaba por las tardes; y se lo daba a cambio de que ella comiera.

El corazón le latió emocionado, mientras se ahogaba en esos hermosos e inmensos ojos azules. Solo que había una sombra en ellos, ya no eran los de la niña que creyó suya, ya no eran los luceros que le iluminaban la vida.

—Tome al menos una taza, no ha comido nada desde el mediodía y esto le hará bien —insistió ella, ante el denso silencio de Dominic, y se dispuso a preparar otra taza.

—Dame de la que acabas de beber. —Él ni siquiera supo qué lo llevó a aceptar, pero no se dejó envolver del todo; si ella pretendía causarle algún daño, no se lo permitiría.

—He traído dos... —decía, pues hasta ese momento, todo había salido como lo planeó; incluso, esa negativa de él, la había previsto; pero no podía cometer ningún error, debía hacerle creer a Dominic, que él tenía el juego en sus manos—. Puedo servirle en una limpia.

—Dije que quiero esa. —Señaló la que ya estaba lista. Él no dudó en ponerla a prueba, sea lo que fuese que estuviera planeando Deborah, la descubriría—. Vamos, Deborah, dame la taza de la que acabas de beber.

—Está bien... aquí tiene.

Ella se la entregó, mostrándose algo acongojada, pero por dentro, sonreía con satisfacción, al saber que había hecho una gran jugada; precisamente, esa era la taza que tenía disueltas las pastillas para dormirlo; ella apenas sorbió un poco del té, para hacerle creer que este no tenía nada.

—Bien, ahora sírvete tú en la otra taza. —Le ordenó, mirándola a los ojos, sintiéndose ganador.

Deborah afirmó y con movimientos lentos, se dispuso a hacer lo que le pedía, sintiendo su mirada clavaba en ella.

—¿Desea que brindemos por algo en especial? —preguntó con sarcasmo, antes de beber de su taza.

—¿Tienes a acaso algún motivo por el cual celebrar esta noche? —contestó con otra interrogante.

Ella se lo quedó mirando en silencio, mostrando un semblante impasible, que no le revelaba a Dominic, absolutamente nada de lo que pasaba por su cabeza en ese instante.

Después de todo lo vivido, no sabía siquiera si tenía algún motivo para celebrar; a esas alturas, ya todo le daba igual; así que suponía que no, que no tenía nada por lo que celebrar; sin embargo, le hizo creer a él que sí.

—Tal vez lo tenga, si usted nos da una tregua en esta guerra sin sentido y me deja demostrarle que puedo ser una digna representante del apellido Wallis; si me deja trabajar a su lado, para sacar adelante la empresa... —decía, cuando él la detuvo.

—Esas son cosas que debes ganarte. —Le recordó, con un tono de pocos amigos. Ella no terminaba de convencerlo.

—Y lo haré..., le juro que lo haré —pronunció, con total convicción, pues después de esa noche, tomaría el control de todo. Ella le daría un jaque mate.

—No cantes victoria tan pronto, Deborah; eso tendremos que verlo —mencionó, refiriéndose a la tregua que le pedía.

Dominic ni siquiera fue consciente de la tensión que embargó a Deborah, cuando él mencionó esas palabras; solo la vio darle un sorbo a la taza en sus manos, y él hizo lo mismo; mirándola por encima del borde de su taza, atento a cualquier reacción que pudiera tener.

No era tan paranoico, como para pensar que ella hubiera planeado envenenarlo; sabía que no era tan estúpida como para exponerse de esa manera, pero nunca estaba de más que desconfiara; debía hacerlo siempre.

Después de varios minutos de silencio, Deborah notó que Dominic bostezaba; supo, de inmediato, que el medicamento estaba haciendo efecto.

Había llegado la hora de poner en marcha la otra parte de su plan, pero esa mirada, que le dedicó al hombre que tanto había amado siendo una niña, y que tanto daño le causó después, desató una mezcla de sentimientos.

—¿Me permite hacer algo... solo una vez más? —preguntó, mirándolo a los ojos, casi a punto de llorar.

—¿Qué? —cuestionó Dominic, sorprendido al verla así.

—¿Me deja abrazarlo? —Su voz apenas era un murmullo.

No esperó a que él le diera una respuesta, dejó la taza de lado y se metió a la cama, acostándose junto al cuerpo cálido y robusto, que en algún momento de su vida, la hizo sentir protegida.

Lo rodeó con su brazo y apoyó su mejilla en el pecho de Dominic, cerrando los ojos al escuchar el latido de su corazón, en una despedida silenciosa.

Dominic la miró, asombrado; no conseguía entender ese gesto por parte de Deborah. Se quedó sin saber cómo reaccionar, completamente inmóvil, conteniendo el aire dentro de sus pulmones, y mantuvo sus manos justo donde estaban; ni siquiera se atrevía a tocarla.

El latido de su corazón, se había desbocado y un ligero temblor lo recorría, mientras seguía sintiendo el leve peso de ella sobre su pecho.

La escuchó sollozar y quiso acariciarle la espalda, darle algo de consuelo, pero su orgullo, y haber olvidado cómo se trataba a una hija, le impidieron que le entregara lo que pedía.

—Buenas noches, papá —susurró, antes de darle un beso en la mejilla, con un toque que prolongó tanto como pudo.

Deborah se irguió, hasta quedar sentada al borde de la cama; le dio la espalda sin decirle nada.

No se aventuró a mirarlo a los ojos, porque sabía que si lo hacía, todos sus planes se vendrían abajo; y pudiera ser, que en ese momento, las cosas entre los dos estuvieran bien. Imaginó, que tal vez, si ambos ponían de su parte, su relación podía mejorar, pero... ¿Por cuánto tiempo sería eso? ¿Cuánto duraría esa tregua? Seguramente no por mucho, y ella ya no podía seguir en ese callejón sin salida.

No podía quedarse de brazos cruzados, a esperar por un milagro; mucho menos después de lo que Diego le hizo.

Tenía que liberarse de los dos, tenía que acabar con todo y salir de esa prisión donde se encontraba.

Debía recuperar a Maurice, ser feliz junto a él, y eso solo lo hallaría, una vez que los dos hombres que la mantenían cautiva, no existiesen.

—Deborah... —Dominic logró dar con su voz y la detuvo, antes de que ella saliera de la habitación.

—¿Sí? —pronunció con un hilo de voz, volviendo apenas medio cuerpo, para mirarlo.

—Nada —respondió, la cobardía había regresado a él y le impidió decirle lo que sentía en ese instante.

Tal vez no era el momento, los sentimientos estaban a flor de piel; debía analizar todo con cabeza fría y no dejarse llevar solo por un gesto cariñoso de Deborah.

Estaba dispuesto a darle esa tregua que le pedía, por el momento, pero nada más.

Ella se quedó esperando algo más por parte de Dominic, algo que le impidiese llevar a cabo su crimen, pero él solo le dio más motivos; ni siquiera ese gesto de amor que le había mostrado, sirvió para alejar todo el odio que él sentía hacia ella.

Deborah comprendió, que ya no quedaba nada por salvar en esa relación.

Le dio la espalda y caminó hasta la puerta, llevándose la bandeja consigo; dudó unos segundos, antes de girar el picaporte, mientras lloraba en silencio, esperando por alguna palabra, pero nada llegó.

Abrío y salió de ese lugar, caminando por el pasillo. El frío que reinaba en la casa, fue metiéndose dentro de ella, congelándola por dentro.

Llegó hasta la cocina y borró toda la evidencia que pudiera incriminarla; tomó el frasco de pastillas y lo envolvió en una servilleta; debía ponerlo en la mesa de noche de Dominic, para que la policía creyese que él las había tomado.

Después de eso, entró a su habitación, tomó el iPod que había dejado en el sillón junto al ventanal y se sentó; solo le restaba esperar.

La canción que comenzó a sonar en ese momento, fue removiendo sus sentimientos, cada vez con mayor fuerza. Era como un reflejo de su vida; sobre todo, de esos últimos meses.

*I know I'm not the only one
Who regrets the things they've done?
Sometimes I just feel it's only me
Who can't stand the reflection that they see.*

No sabía dónde había quedado aquella niña, que soñaba con castillos y príncipes, que tenía unos padres amorosos y una vida perfecta; tampoco existían en ella, huellas de la jovencita que se enamoró y se entregó al chico más gentil, cariñoso y apuesto que conociera; ese que la salvó de tanta soledad y sufrimiento. Ya no quedaba nada.

Lo único que pudo mirar esa tarde, en el espejo, fue el reflejo de una mujer llena de rencor, fría, egoísta, arrogante y vacía.

Solo quedaba esa coraza, que intentaba ocultar a la mujer infeliz, que habitaba en su interior; con la que ya no soportaba seguir viviendo.

Por eso debía seguir con su plan, debía tomar en sus manos las riendas de su vida.

*I feel like my life is flashing by
And all I can do is watch and cry.*

Un sollozo le rompió la garganta, a medida que la voz de Adele, seguía flagelándola, trayendo a su memoria, todo lo que una vez tuvo y que había perdido; algunas veces por estúpida y otras por ilusa.

Se pasó las manos por las mejillas, para secarse el llanto; luego extendió una, hasta la pequeña mesa de té, ubicada junto a ella; y buscó el teléfono móvil que ya había usado antes, para contactar a Diego.

Le escribió un mensaje con rapidez, sin querer dilatar más esa situación ni analizar la decisión que estaba tomando y que cambiaría su vida.

- **Llegó la hora... Entra por la cocina y sube hasta la tercera planta; yo te estaré esperando en el pasillo.**

Deborah dejó el iPod de lado, cesando la música; se puso de pie y caminó hacia el estudio de Dominic. Cada paso que daba, era firme y reforzaba aún más, la decisión que había tomado: El final de Dominic Wallis estaba escrito, y ya nada cambiaría eso.

Maurice se encontraba tendido sobre la alfombra del salón de su casa, junto a él, un par de botellas de whisky, vacías; que dejaban muestra del motivo que lo había llevado a terminar allí.

Desde que Deborah se marchó, dejándolo completamente desolado y sin esperanzas; no había hecho más que beber, apenas se alimentaba con algunas sobras de comida que tenía en el refrigerador, cuando el dolor en el estómago, por solo ingerir alcohol, lo despertaba.

Se metía al baño y duraba horas bajo la lluvia de agua, para intentar aliviar los insoportables dolores de cabeza, productos de las resacas; incluso, había terminado devolviendo lo poco que comía, entre espasmos, aferrado al bidé, mientras sentía que dejaría hasta el alma en el escusado.

Sin embargo, nada de eso conseguía alejar el dolor que lo invadía, al ser consciente de que la mujer que amaba, lo había abandonado, una vez más.

En medio de ese estado de letargo, escuchó unos golpes en la puerta; quien llamaba, parecía tener urgencia por hablar con él, porque no cesaba en su afán, y el sonido parecía retumbar dentro de su cabeza, como si le estuviera martillando el cerebro.

Rodó a un costado, intentando escapar del molesto golpeteo, pero no consiguió acallarlo.

—¡Maldita sea, ya lárguense! ¡Déjenme en paz! —gritó, con furia y tomó la botella que tenía cerca para lanzarla contra la puerta—. ¡No quiero ver a nadie! ¡Váyase de aquí ahora o juro que saldré y le caeré a patadas!

Esperaba que con esas amenazas, la persona que llamaba, se fuese; lo último que quería, era tener que estar dando explicaciones; ya bastante había tenido, con el sermón que le dio su padre, cuando lo encontró borracho esa mañana.

¿Acaso no podía vivir su despecho en paz? ¿Le estaba haciendo daño a alguien con querer emborracharse? ¿Con querer olvidar?

Se preguntó en pensamientos, sintiéndose frustrado, porque la botella se le escapó de las manos y no tuvo la fuerza suficiente para estrellarla contra la puerta.

Se incorporó con algo de dificultad; aunque los efectos del whisky, se le habían pasado un poco, tras las horas de sueño, seguían afectado su capacidad motora, haciéndolo torpe y lento.

—¿No me está escuchando? ¡Quiero que se largue de aquí! —mencionó, abriendo la puerta de un tirón—. ¿Tú? ¿Qué haces aquí? —cuestionó, parpadeando con desconcierto.

—¡Hey! ¡Cálmate!, quédate quieto.

Le advirtió Gonzalo, elevando una mano para detenerlo, mientras tomaba a Rebecca de la cintura y la halaba hacia él, con toda la intención de protegerla.

Maurice se sorprendió, al ver a Rebecca en compañía del supuesto detective Dorta, quien había almorzado junto a Deborah semanas atrás.

Sintió cómo la borrachera que traía, comenzaba a abandonarlo, dejándole espacio poco a poco a la lucidez; alternó su mirada de la morena al policía un par de veces, intentando salir de su asombro.

—Maurice... ¡Qué bueno encontrarte aquí! —expresó Rebecca, dedicándole una sonrisa cargada de alivio.

—Me gustaría decir lo mismo..., pero no entiendo el motivo de esta visita —pronunció, mirando con recelo al hombre, después de nuevo a ella—. ¿Qué te ha traído hasta aquí? —cuestionó, con el ceño muy fruncido.

—¿Deborah está contigo? —preguntó Gonzalo, intentando mirar al interior del lugar.

—¿Deborah? —inquirió con rabia, en respuesta, pero después, recordó que él ya no tenía motivos para molestarse por lo que ella hiciera, ya no eran nada—. ¿Qué pasó? ¿Acaso a ti también te dejó, detective? —Su voz salió cargada de burla.

—Solo responde, ¿está o no, aquí? —demandó.

—Primero me bajas la voz, esta es mi casa y tú no vienes a hablarme de esa manera. Segundo, Deborah no está aquí... y me importa una mierda dónde se encuentre o lo que sea que esté haciendo; así que deja de perder tu tiempo y lárgate —dijo, en un tono duro y decidido, mientras intentaba cerrar la puerta.

—Maurice, por favor, espera... —pidió Rebecca, intercediendo; debía hacerlo, antes de que se fueran a los golpes. Pudo sentir cómo se tensaba el cuerpo de Gonzalo, tras ella—. Necesitamos hablar contigo, es algo importante.

—En estos momentos dudo que algo me importe, Rebecca, así que con toda la amabilidad del mundo, te pido que te lleves a este hombre de mi casa —dijo, mirándola a los ojos.

—No me iré, sin que antes me respondas algunas preguntas.

Gonzalo no se dejaría amedrentar por esa actitud de bravucón que mostraba Maurice, no saldría de ese lugar sin las respuestas que necesitaba.

Apoyó su mano en la hoja de madera, para evitar que la cerrase en sus narices.

—¿Tienes alguna orden? Porque si no la tienes, puedo demandarte por abuso de poder e invasión a la propiedad privada; así que mejor vete, antes de que haga que te arrepientas. Es la última vez que lo digo, váyanse de aquí.

—Gonzalo..., creo que es conveniente que... —Rebecca comenzaba a sentirse nerviosa.

Él no le prestó atención ni a ella ni a las amenazas del otro; con agilidad, empujó la puerta y se metió a la casa; lanzó a Maurice, estrellándolo contra la hoja de madera y le puso el antebrazo en el cuello, al tiempo que le detenía con la otra mano, el golpe que intentó propinarle.

—¡Gonzalo! —Ella lo miró, completamente alarmada.

—Tranquila, no pasada nada. —Le hizo saber, mirándola, para tranquilizarla; después, posó su vista en Maurice y le apretó la llave en el cuello, al ver que intentaba liberarse—. Te dije que necesito respuestas y vas a dármelas. Primero: ¿Dónde está Deborah? Segundo: ¿Tú tuviste algo que ver con la decisión que tomó George Stevenson de marcharse de Nueva Orleans? Y tercero: ¿Qué carajos la estás obligando a hacer? ¿Por qué ella dice que tiene que pedirte perdón?

—¿De qué mierdas hablas? —cuestionó Maurice.

—¡Responde! —exigió Gonzalo, pegándolo a la puerta con rudeza; le sacaría la verdad, aunque fuera a golpes.

—Gonzalo..., por favor, intenta calmarte. —Rebecca comenzaba a asustarse en serio; sabía que los policías tenían ciertos métodos, pero lo que él estaba haciendo, no era legal.

—No sé de qué carajos me hablas... Deborah se fue de esta casa hace dos días y desde entonces, no he sabido nada de ella. Yo jamás tuve relación con el abogado de los Wallis, ni siquiera intercambiamos saludos..., y nunca he obligado a Deborah a hacer nada. —Maurice pronunció esas palabras con algo de dificultad, porque apenas le llegaba el oxígeno a los pulmones.

—¡Estás mintiendo! —gritó Gonzalo, quien se desesperaba al no recibir las respuestas que necesitaba, y ejerció mayor presión, sobre el cuello del chofer.

—No lo está haciendo... Gonzalo para, por favor... ¡Ya suéltalo! —Ella tuvo que tirar de la camisa negra que traía puesta, para alejarlo y hacerlo reaccionar.

Respiró aliviada, cuando vio que había conseguido su objetivo. Gonzalo se apartó de Maurice, liberándolo de esa presa que le tenía sobre el cuello.

Rebecca temblaba, sin poder reconocer al hombre que tenía frente a sus ojos; los mismos que se encontraban inundados en lágrimas.

—¿Qué demonios está ocurriendo? —preguntó Maurice, cuando consiguió recuperarse. La actitud del policía lo había puesto alerta; vio en sus ojos que estaba desesperado.

Gonzalo dudó en contarle todo, no podía confiar en él, era su principal sospechoso; negó con la cabeza y se disponía a salir de allí, para no seguir haciendo el ridículo. Estaba perdiendo el norte, por culpa de Deborah; de pronto, sintió que lo sujetaban por el brazo, miró y era Rebecca.

—Cuéntale todo..., él quizás pueda ayudarte —pidió, mirándolo a los ojos. Ella sí confiaba en Maurice.

Gonzalo se volvió a ver al rubio. Notó los cardenales que tenía en el cuerpo y el rostro, lo que despertó su curiosidad, de nuevo; pensó, que nada perdía con hacer lo que Rebecca le pedía; por el contrario, tal vez ganaría mucho.

—Conocí a George Stevenson horas antes de su accidente, y me relevó el motivo que lo había hecho marcharse...

De esa manera, Gonzalo inició su relato, de lo que había sucedido esa noche, en aquel bar de carretera. No se guardó un solo detalle, pues sentía que Rebecca también merecía saber todo.

A medida que avanzaba, podía ver el asombro apoderarse de Maurice. En más de una ocasión, pensó que terminaría desmayado, pues palidecía, tornándose blanco, como una hoja de papel; y se estremecía, mostrándose aterrado.

Cuando terminó de narrarle todo, lo vio caminar hasta el ventanal y apoyarse en el dintel. Gonzalo les contó todo, a excepción de su supuesto parentesco con Deborah; eso se lo guardó, porque aún no lo tenía confirmado.

Maurice sentía, que la cabeza le daba vueltas y no era por el whisky que había ingerido; la borrachera se le había pasado de golpe, en cuanto el detective comenzó a contarle su historia.

No podía ni siquiera decir, que todo era mentira, aunque lo deseara; no podía, porque él había visto muchos cambios en Deborah en los últimos meses; y recordó perfectamente, cómo lucía ella, el día del sepelio de George Stevenson.

—¿Diego Cáceres estaba presente en esa reunión del Mardi Gras? —cuestionó, volviéndose a mirarlos.

—¿Quién? —inquirió Gonzalo, sin comprender.

—El hijo de Roberto, el nuevo jardinero.

—Yo..., no recuerdo haberlo visto —dijo Rebecca.

—¿El hombre de los tatuajes que trabaja en la mansión? —Lo interrogó Gonzalo, creyendo que se refería a ese.

—Sí, él... Diego Cáceres —respondió, sintiendo que el corazón le latía cada vez más rápido, por el presentimiento que se iba apoderando de su pecho.

—No, él no estaba allí...

—¡Maldición! —exclamó Maurice y corrió a su habitación; buscó una camisa limpia en el armario, luego regresó—. Tenemos que ir a la mansión... ¡Ahora! —exclamó, ni siquiera sabía si lo que intuía era verdad, pero prefería hacer algo, que quedarse allí, de brazos cruzados, mientras Deborah se jodía la vida para siempre; a pesar de todo, él la amaba.

Gonzalo no dijo nada, la actitud del chofer le bastaba, para comprender, que él sospechaba lo mismo. Deborah intentaría asesinar a su padre esa noche, en complicidad con el jardinero.

Diego se encontraba en su apartamento, sentando en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero y los ojos cerrados, mientras movía entre sus dedos una bala, buscando estar absolutamente relajado y concentrado en lo que haría esa noche.

Ese fue el último consejo que le dio Lobo, cuando lo llamó minutos atrás: Concentración.

A su lado, Katherine dormía profundamente; le había dado unas pastillas para dormirla, disueltas en un jugo; después de que prácticamente, se obligó a cogérsela, porque la verdad, no estaba de ánimos para eso.

No podía sacarse a Deborah de la cabeza y mientras se hundía en el cuerpo de la morena, recordaba la caída que había hecho la noche anterior.

—Yo no quise lastimarte, no quise hacerlo, mi amor; pero te juro, que haré lo que sea para que me perdones. Voy a conseguir que olvides lo que pasó, te lo juro —expresó en voz alta, consciente de que Katherine no podía escucharlo.

Dejó escapar un suspiro y abrió los párpados, buscando con la mirada el reloj sobre la mesa de noche; marcaba las ocho y quince. Deborah ya debería haberse comunicado con él.

Ese silencio, solo aumentaba su ansiedad y lo ponía tenso; se levantó y caminó hasta la ventana; miró a lo lejos, donde la fiesta del Mardi Gras, aún hacía vibrar las calles.

De pronto, el zumbido del teléfono que usaba para comunicarse con Deborah, captó su atención; lo buscó con la mirada, lo había dejado sobre la mesa de noche; vio que la luz se encendía y a los segundos se apagaba, no lo llamó; simplemente, le envió un mensaje.

Caminó de prisa para tomarlo, lo desbloqueó y lo que leyó, hizo que las piernas le temblaran, que el estómago se le encogiera y las sienas le palparan; respiró profundo, para calmar los latidos de su corazón, que se habían desbocado.

—Calma, Diego..., calma; debes estar tranquilo.

Se recordó, mientras borraba el mensaje; y a antes había acordado con Deborah, que le convenía deshacerse del aparato; debía lanzarlo al río; después de esa noche, no lo usarían más.

Se metió al baño, para buscar las cosas que tenía escondidas; y a se había bañado y cambiado de ropa, no podía perder más tiempo.

Miró a Katherine una vez más; y después, salió, confiando en que las pastillas, la mantuvieran noqueada hasta que él regresase; y hacer como si nunca hubiera dejado ese lugar. Ella era su coartada perfecta.

La noche estaba particularmente fría, por lo que se ajustó la chaqueta de cuero; se puso el casco y subió a su motocicleta.

Antes de tomar el camino a Castle White, hizo un rápido desvío hacia el malecón; y procurando que nadie se fijara en él, sacó el celular de su bolsillo y lo lanzó a las oscuras aguas del Mississippi; después de eso, se puso en marcha.

No tardó media hora en estar cerca de su destino; tal y como le había sugerido su mentor, dejó la motocicleta a un kilómetro de la propiedad, escondida en un lugar entre los cipreses, para que no fuera a alertar a alguien, si la veía.

Se guardó el arma en la parte baja de la espalda, se puso los guantes y el pasamontaña; sin llegar a cubrirse el rostro.

Agarró varias ramas secas, procurando que fueran lo bastante largas e hizo un manojo con ellas. A medida que caminaba, iba borrando sus huellas; no podía darse el lujo de dejar ninguna evidencia.

Llegó al fin a los límites de la propiedad y trepó la pared con agilidad; después de conseguirlo, corrió sigilosamente hasta la mansión.

—Bienvenido, Diego —esbozó Deborah, al abrir la puerta. Entregándole una sonrisa, que era mezcla de sensualidad y perversidad; con la mirada rebosante de expectativa.

—Hola, belleza —susurró él, tensándose, al percibir ese cambio en ella. Se notaba muy tranquila—. Miró a su alrededor, buscando algo fuera de lugar. Debía tener presente, su sospecha de que Deborah podía traicionarlo—. ¿Cómo está todo? —preguntó, mirándola fijamente.

—Como te dije que estaría. Ven..., no podemos perder tiempo —indicó, al tiempo que lo sujetaba de la mano.

—Espera..., me dijiste que me esperarías en el pasillo, ¿por qué estás en la cocina? —cuestionó, deteniéndose en seco.

—Porque tardaste demasiado. Me aburrí de esperar allá y vine a hacerlo aquí —respondió, sin darle mucho énfasis a sus palabras—. ¿Vas a hacer un interrogatorio o vas a acabar con esto de una vez? ¿Acaso tienes miedo, Diego? —inquirió, arqueando una ceja y sus ojos lo veían con seriedad.

—Te dije que haría esto, y es precisamente lo que voy a hacer.

—Bien, entonces dejemos de perder el tiempo —dijo y lo tomó de la mano, para llevarlo a la habitación de Dominic.

Mientras caminaban, no le pasaba desapercibida la tensión que invadía a Diego; aunque tuviera puesto los guantes, podía sentir el calor y el sudor que transpiraba su mano; y cada paso que daba, era rígido.

Ella no estaba menos nerviosa que él, pero las pastillas que tomó para los nervios, la habían ayudado a relajarse un poco; también, los dos tragos de whisky que bebió, mientras estuvo en el estudio de Dominic.

—Es la habitación al final —comentó, cuando estuvieron en el corredor que llevaba a las recámaras principales.

—Está bien..., será mejor que me esperes aquí...

—No, yo quiero estar presente —dijo, con firmeza.

Diego la miró, sintiéndose algo asombrado; no podía creer, que ella estuviese hablando en serio, que tuviese la sangre tan fría u odiase tanto al viejo Wallis, como para estar presente en el momento en que él lo asesinará.

—Deborah, no creo que sea prudente que entres... Ese hombre ha sido el único padre que has conocido en toda tu vida; esto podría causarte algún... —decía, pero no pudo continuar. Ella lo calló, posando dos dedos sobre sus labios.

—El único padre que conocí, murió cuando yo tenía siete años; el hombre que está allí, solo me hizo daño; y quiero ver cuando deje de existir para siempre —mencionó, sin que la voz le temblara un solo segundo.

—Está bien, haré lo que desees —concedió, con un suspiro.

La tomó de la mano y caminó junto a ella por el largo pasillo, mientras se obligaba a estar sereno, concentrado en un solo objetivo, darle a Deborah la libertad que tanto ansiaba.

Deborah giró el pomo de la puerta, que llevaba a la habitación de Dominic; lo hizo muy lento, para asegurarse de no despertarlo. Aunque minutos antes, había subido, para comprobar que el medicamento había hecho su trabajo, y para hacer que tocara el frasco de pastillas que dejó en la mesa de noche.

Había seguido con mucha cautela, cada paso de su plan, pero eso no terminaba de alejar del todo, los nervios que la recorrían y la hacían temblar.

Se asomó con cuidado, ajustando sus ojos a la oscuridad que reina en el lugar y lo vio en la misma posición que lo había dejado.

Terminó de abrir la puerta, para que Diego pasara; caminó hasta la mesa de noche y encendió la lamparilla, notando en ese momento, que el jardinero tenía la frente perlada en sudor.

Buscó la mirada de Diego, que rehuía la imagen de Dominic. No lo había mirado una sola vez, desde que entraron a la habitación. Ella sabía que era muy difícil lo que debía hacer, pero no permitiría que se acobardara en ese instante.

—Después de esto..., los dos seremos libres —mencionó, apoyándole las manos en las mejillas, con su mirada clavada en la de él. Subió y le dio un beso, apenas un roce de labios.

—Lo seremos, mi amor..., lo seremos —confirmó, rodeándole la cintura, para pegarla a su cuerpo; dándole un beso más profundo y cargado de pasión.

Deborah se tensó, al ser abordada de esa manera, pero de inmediato, se obligó a relajarse; no podía dejar que él supiera, que su beso, en lugar de provocarle placer, le daba asco.

Le acarició la espalda, bajando su mano hasta donde sabía llevaba guardada el arma; lo sintió ponerse rígido, pero solo sonrió.

—Es hora, Diego... No perdamos más tiempo; ya después tendremos una vida, para hacer lo que sea que queramos.

Deborah necesitaba, que Diego terminara con todo eso; la ansiedad la estaba matando y apenas podía soportarla sin quebrarse. Solo necesitaba que la liberase de Dominic; y después, ella se encargaría de hacerlo de él.

Se alejó, despacio, sin dejar de mirarlo a los ojos; necesitaba hacer que confiara en ella, que creyera ciegamente en todo lo que le decía.

Diego asintió y le soltó la mano; no podía pedirle que se quedara a su lado, ya mucho había hecho con entrar a la habitación, para acompañarlo; demostrándole que estaba allí para apoyarlo.

Eso hizo, que la amara mucho más de lo que ya lo hacía. Reunió todo el valor que tenía dentro de él, para al fin posar su mirada en la pasiva figura de Dominic Wallis. Aun estando dormido, el hombre era intimidante.

Cerró los ojos un instante y tomó aire, despacio; llenando sus pulmones en toda la capacidad que tenían; después, llevó la mano hasta el lugar donde guardaba el arma y la sacó, con un solo movimiento.

Soltó el aire lentamente, mientras ponía el dedo en el gatillo; abrió los ojos, para comprobar que apuntaba bien y solo eso bastó, para que el arrepentimiento se apoderara de él. Dejó escapar un jadeo y alejó el arma.

Deborah se encontraba en un rincón de la habitación, oculta entre la penumbra, con la mirada fija en Diego y alejada de Dominic.

Aunque le había pedido estar presente, no soportaba siquiera, la idea de ver cómo acababa con la vida de quien toda la vida había considerado su padre; a pesar de todo el dolor y las humillaciones que le había provocado con su indiferencia, y del rencor que sentía hacia él.

Todavía quedaba dentro de su corazón, ese amor que sentía por el hombre que fue su padre, antes de aquella maldita noche, en la que su madre lo traicionó, matándolo en vida.

Mientras él hacía eso, ella iba abriendo con mucho cuidado el cajón del mueble donde estaba apoyada; lo hacía lentamente, para evitar que hiciera algún ruido que pudiera alertar a Diego de sus planes.

De pronto, lo vio tener un arranque y alejar el arma a un lado, para después caminar hacia ella; dándole la espalda a Dominic.

—Mierda..., no puedo hacerlo, Deborah —expresó, con la voz estrangulada, mirándola con desesperación y culpa; con los ojos ahogados en llanto—. No puedo hacerlo...; no puedo mirarlo y dispararle, estando de esa manera. —La abrazó, aferrándose a ella. La amaba y deseaba hacerla feliz, pero hacer lo que le pedía, era en parte, como vender su alma al diablo.

Deborah no supo cómo reaccionar en ese instante; se dejó envolver por los fuertes brazos de Diego, que la hicieron sentir aprisionada, completamente estática, mientras sentía que el corazón, estaba a punto de salirsele por la boca.

Cerró los ojos, dejando que las lágrimas que los colmaban, rodran por sus mejillas y sollozó, hundiendo el rostro en el cuello de él.

—Mi amor..., lo siento. No sé..., no sé cómo hacerlo. Me falta el coraje, Deborah... No puedo hacerlo. Te fallé..., te fallé —pronunció, en medio de temblores.

—No..., no digas eso, Diego. —Se alejó, para mirarlo a la cara. Le acunó el rostro entre las manos, limpiando con sus pulgares las lágrimas que había derramado—. Tú no me has fallado, todavía estamos a tiempo..., estamos aquí.

—Deborah..., no quiero regresar a la cárcel. No quiero estar en ese infierno de nuevo, no podría soportarlo... La primera vez, tuve suerte, pero sé que está, no será así. Si regreso, no voy a salir vivo de ese lugar, no lo haré —confesó sus miedos, mientras se aferraba a ella, intentando transmitirle su terror.

—Nada de eso pasará, Diego, mírame... —Hizo que él la mirara a los ojos—. Te juro por mi vida, que no dejaré que regreses a prisión. No estarás en ese lugar nunca más —expresó con convicción, rozándole los labios.

—Deborah... —Él intentó decirle, que ella no tenía el poder para evitar que algo como eso sucediera; o tal vez sí, no lo sabía, y no tener una certeza, lo llenaba de miedo.

—Te lo juro..., no lo permitiré. —Se apoderó de la boca de Diego, con un beso intenso, buscando alejar las dudas de él. Sintióse complacida, cuando vio que reaccionaba tal como esperaba, y respondía al beso con el mismo ardor.

Diego se separó de ella con su convicción renovada, sentirla así, lo llenaba de felicidad y de esperanza. Deborah era suya, realmente era suya; había dejado atrás el episodio de la noche anterior, lo había perdonado y eso solo podía hacerlo alguien que amase en verdad, que lo hiciera profundamente.

—Te amo, Deborah. —Le dijo, con la voz ronca y cargada de emociones, mientras la miraba a los ojos y la abrazaba.

Deborah no respondió, porque su falsedad no llegaba tan lejos; pero más allá de eso, no podía hacerlo, porque si debía decirle «te amo» a alguien, solo existía un hombre en el mundo que lo merecía, y ese no era Diego.

—Haznos libres —susurró, acariciándole el pecho.

Lo agarró de la mano, donde tenía el arma y lo llevó a estar frente a la cama de Dominic, antes de que las dudas pudieran hacer mella de nuevo en su decisión; tomó una de las almohadas y le cubrió el rostro; así no tendría que verlo a la cara, ni ella tampoco.

—Será sencillo, solo debes hacerlo rápido; después de eso, te prometo que olvidarás todo... —pronunció, junto al oído de Diego y le dio un beso en la mejilla.

Lo vio elevar el brazo, apuntándole a Dominic, lo que la hizo llenarse de pánico; así que caminó de prisa, para alejarse; no quería estar cerca, cuando Diego lo asesinará.

Estaba a medio camino del mueble al fondo de la habitación, cuando escuchó la primera detonación; un sollozo le rompió la garganta, acompañando el sonido del jadeo que liberó Diego; y que llenó el silencio que dejó el disparo.

Deborah comenzó a temblar y el corazón le latía muy de prisa; un mareo se apoderó de ella y estuvo a punto de caerse, pero respiró profundo, consiguiendo mantenerse en pie.

Los últimos pasos, casi los dio corriendo, y cuando escuchó el segundo disparo, sus rodillas flaquearon, haciendo que perdiera el equilibrio; tuvo que sostenerse de

armario, para no terminar tendida en la alfombra, mientras sollozaba con fuerza, temblando y sintiendo que apenas conseguía respirar.

Lo siento, lo siento, lo siento... Por favor, perdóneme papá, perdóneme..., perdóneme... Tuve que hacerlo, yo no quería, no quería, pero tuve que hacerlo... Usted no me dejó otra opción. ¡Dios mío!

Pensaba Deborah, mientras se llevaba las manos al pecho, para intentar calmar el insoportable dolor que se había apoderado de ella; era como si fuese quien acabara de recibir los disparos.

Con movimientos trémulos, intentó secarse las lágrimas; se obligó a respirar profundo, para calmarse; ya todo estaba hecho. No podía detenerse, ya no podía hacerlo; debía continuar con lo que había planeado o la muerte de Dominic sería en vano. Ella no podía cambiar una prisión por otra.

No podía liberarse de quien la humilló y la controló por años, para acabar en manos de otro hombre, que pretendía hacerle lo mismo; incluso, sería mucho peor, pues Diego también usaría su cuerpo, cada vez que le diese la gana.

La destrozaría de todas las maneras posibles; no solamente le haría daño psicológico, como lo hizo Dominic; él también abusaría de ella y la lastimaría físicamente.

Ya le había demostrado hasta dónde era capaz de llegar, para hacerle ver, que él era quien mandaba sobre ella.

Abrió despacio el cajón superior del mueble y metió su mano, intentando que su movimiento fuese sigiloso; y una vez más, tomó aire, llenando sus pulmones, evitando sollozar, al sentir el frío acero del cañón del arma de Dominic.

Se armó de valor, tomándola y la deslizó con cuidado, en el bolsillo de su salto de cama, procurando que no se notara.

Maurice casi fundía su teléfono, marcándole a Deborah a su móvil; intentó dos veces al número de la mansión, pero le salía desconectado; obviamente, alguien lo había dejado así.

Eso solo aumentaba la ansiedad y el miedo en él, mientras decenas de escenarios, se mostraban dentro de su cabeza; algunos más perturbadores que otros.

Ni siquiera se atrevía a llamar a Marcus o a alguien más del personal de la casa, pues no sabía lo que les diría y no deseaba perjudicar a Deborah; solo rogaba a Dios, para que le diera a él el tiempo de llegar y evitar que ella fuese a cometer algún crimen.

Estaba a punto de quitarle el volante a Gonzalo y conducir él. Sabía que él hombre estaba poniendo todo de su parte, pero la desesperación, lo hacía sentir que no avanzaba.

—¿Podrías ir más de prisa? —cuestionó por quinta vez.

—Es un auto, no un jodido avión..., intenta calmarte —respondió Gonzalo, mirándolo por el retrovisor.

—Lo dices como si fuera tan fácil... No tienes ni idea de todo lo que me está pasando por la cabeza en este momento... Ella no te importa cómo me importa a mí... Si le llega a pasar algo... —Detuvo sus palabras, porque no quería pensar en nada malo, no quería hacerlo.

—No alcanzas a imaginar... —murmuraba Gonzalo, aunque prefirió callar, fijando su mirada en el oscuro camino, sintiendo que el corazón estaba a punto de saltarle por la boca.

Tuve que haberlo visto venir, tuve que haberlo hecho, el día que la dejé aquí y me dijo que ya no necesitaba las pruebas. Todo estaba tan claro... ¡Maldita sea, Gonzalo! ¡¿Cómo carajos, no lo viste?!

Se cuestionaba en pensamientos, tratando de que la tensión que sentía en el cuerpo, no le hiciera perder la cabeza; debía tener pulso de plomo para controlar la situación; porque, era evidente que no podía contar con Maurice. Él solo podía terminar poniéndose en peligro.

—Maurice, trata de calmarte..., solo es una sospecha; ya verás que llegamos y todo está normal en la mansión... —Trató de apaciguarlo, Rebecca.

—Ella no responde a su teléfono, Rebecca... La he llamado decenas de veces y no lo toma —expresó, desesperado, sin dejar de pulsar la tecla de remarcado.

—A lo mejor está dormida y lo tiene en silencio; debes intentar calmarte o puede darte algo —pronunció, mirándolo a los ojos. Le tomó la mano y le dio un suave apretón, para tranquilizarlo, pues lo veía muy mal.

Ella también estaba nerviosa y llena de miedo; no sabía por qué razón, pues hasta el momento, no terminaba de comprender lo que sucedía; todavía no asimilaba, que Deborah, estuviese junto a alguien más en la mansión, planeando el asesinato de su padre. Era algo tan horroroso, que no podía creerlo.

—¡Maldición! No tengo cómo acceder —expresó Gonzalo, golpeando el volante con exasperación.

Eso captó de inmediato la atención de Maurice, suponía que él seguía teniendo acceso a la casa; a menos que lo hubieran borrado del sistema de seguridad.

Sin siquiera informarles a sus acompañantes de lo que haría, abrió la puerta y bajó de un salto, marcó el código y puso el pulgar en el capta huellas; rogando para que el sistema le diera acceso.

—¡Gracias señor! —exclamó, al ver que la luz verde se encendía y la pesada estructura de hierro forjado, se movía.

Subió con rapidez al auto y apenas le dio tiempo de cerrar la puerta, antes de que Gonzalo se internara en la propiedad a toda velocidad. Lo vio apagar las luces y no comprendía por qué lo había hecho; bueno, el policía era él. Suponía que tenía algún motivo, así que no dijo nada.

Cuando Gonzalo divisó la casa, comenzó a bajar la velocidad, todo parecía estar en completa normalidad y eso podía ser bueno o malo; sin embargo, prefirió no exponerse y alertar a Deborah o a ese hombre, de sus presencias allí.

A unos diez metros, para que no escucharan el sonido del motor, se quitó el cinturón de seguridad.

—Nadie sale del auto hasta que yo lo diga, ¿entendido? —preguntó, mirando a Maurice por el retrovisor. Vio que este se disponía a protestar y lo calló—. Cualquier imprudencia que hagas, nos pone en riesgo a todos y a ella también; así que harás exactamente lo que te digo —ordenó, mirándolo con seriedad.

—Tal vez es mejor que yo me quede en el auto, puedo llamar a la policía mientras tanto —sugirió Rebecca, con la voz ronca y las manos temblorosas.

—Será lo mejor, por favor, cierra las puertas con seguro y te tiendes en el asiento... Sin importar lo que escuches, no vayas a salir, Rebecca —pidió, mirándola a los ojos.

Ella asintió en silencio, dejando correr un par de lágrimas por sus mejillas; se acercó a él y lo abrazó con fuerza.

—Haré lo que me dices —confirmó, mirándolo a los ojos.

—Perfecto..., no te preocupes, todo estará bien. —La miró a los ojos, para que ella viera que debía guardar la calma.

Estiró su mano hacia la guantera, sacando de ella su pistola y un par de esposas que también llevaba, por si le tocaba hacer uso de ellas.

Después, buscó con la mirada a Maurice, quien no dejaba de observar hacia la mansión; y era evidente, que apenas podía contener sus deseos de entrar.

Deborah podía escuchar cómo Diego trataba de controlar las arcadas que lo atacaban, no sabía dónde le había disparado a Dominic o si la almohada se había movido, revelando las heridas y era eso lo que lo tenía así.

Pensó que era muy probable, ya que lo mismo le pasó a ella en aquel sueño, donde él se disparaba, volándose los sesos; esa espantosa imagen la hizo estremecer.

—Deborah... —La llamó, en medio de un jadeo.

Ella se volvió muy despacio, para mirarlo; estaba sentado en el suelo; había dejado el arma a un lado y se limpiaba el rostro con movimientos bruscos. Se había quitado el pasamontaña y se le veía muy perturbado.

Caminó, apoyando su mano sobre el arma, para que el movimiento no le revelara su existencia a Diego; y se detuvo frente a él, mirándolo con pesar.

—Ven aquí —dijo, extendiéndole la mano, para ponerlo de pie. Hizo un esfuerzo para poder levantarlo—. Todo estará bien, ya cálmate..., cálmate —susurró, acariciándole la espalda.

—Siento una presión en el pecho... ¿Cómo puedes tú estar tan bien? —cuestionó, mirándola con asombro.

—No lo estoy..., en realidad, estoy destrozada —respondió con sinceridad, mientras lo miraba a los ojos—; pero yo tenía muchos más motivos que tú, para querer verlo muerto... Motivos que él me dio —decía todo eso, sin dejar de acariciarle la espalda a Diego. Se estaba despidiendo de él.

Recordó la primera sonrisa que le entregó; no aquellas que le insinuaban sus deseos de acostarse con ella o las que la provocaban, retándola; recordó la bonita, la auténtica.

A su mente llegaron también esos abrazos que en algún momento la hicieron sentir segura, que la consolaron; todos esos instantes de complicidad; el placer que se entregaron entre besos y caricias.

Cada uno de esos momentos, llegaban como oleadas a su mente; esos escasos gestos de ternura que le brindó, que le hicieron poner en duda sus sentimientos hacia Maurice; todos iban llenando espacios dentro de su corazón, haciendo que el dolor del alma fuese poderoso, insoportable.

—Diego..., Diego... —pronunció su nombre, sintiendo que el corazón se le hacía un puño, y golpeaba y golpeaba con fuerza dentro de su pecho.

—Deborah —susurró él, acariciándole la espalda y besándole el cabello—. Ya no tienes que temer más, belleza..., ya eres libre —expresó, mirándola a los ojos.

—No..., aún no —esbozó y subió para darle un beso.

Al principio pudo sentir que él recibía con algo de desconcierto ese gesto, pero en cuanto ella deslizó su lengua por los gruesos labios, invitándolo a que la dejara entrar a su boca, pudo sentir que la tensión lo abandonaba.

Nunca en su vida había entregado un beso tan vacío, no sentía nada mientras rozaba el pesado músculo de Diego, que había reaccionado a su invitación y entraba a su boca.

En ese instante, se llenó de miedo, al pensar que ya no sentiría nada nunca más; que lo que había hecho, le había robado la capacidad de percibir sensaciones dentro de ella.

Sollozó, cerrando los ojos con fuerza, al ser invadida por esa sospecha. Si eso era así, ya no le quedaba nada más que perder, solo le restaba acabar con todo eso.

—Ahora eres mía... Mía para hacerte feliz —expresó él, sintiéndose emocionado, mirándola a los ojos, olvidando por un momento la atrocidad que había cometido.

Esas palabras, trajeron hasta Deborah la cruel realidad que le deparaba el destino, si no llevaba a cabo el resto de sus planes.

Se obligó a sonreírle a Diego, y una vez más, apoyaba sus labios sobre los de él. Lo vio cerrar los ojos, pero ella mantuvo los suyos abiertos; movió la mano con lentitud, para sacar el revólver, mientras sentía que todo el cuerpo le temblaba; las sienas le palpitaban; e incluso, se sentía mareada. Contuvo el aire, llevando el cañón a la altura del pecho; cerró los ojos y tiró del gatillo.

Gonzalo y Maurice bajaron del auto, cuidando de no hacer mucho ruido al cerrar las puertas; el chofer le indicó a Gonzalo con la mirada, que lo siguiera a la parte posterior de la casa, para que entraran por la puerta de la cocina, que siempre estaba sin seguro.

Lograron entrar a la mansión sin problemas; lo único que Maurice tenía en la cabeza, era comprobar que Deborah se encontraba bien; así que se dirigió de inmediato a las escaleras y las subió con rapidez, siendo seguido por Gonzalo.

Antes de poner un pie en las mismas, escucharon claramente el atronador sonido de la detonación de un arma, que rompió el pesado silencio que reinaba en la mansión, y pareció retumbar contra las paredes, creando un atemorizante eco.

Por la magnitud del mismo, supieron que el arma que lo había producido, debía ser de gran calibre.

Maurice perdió todos los colores del rostro; los latidos se le aceleraron tanto, que fue como si el corazón se le subiera a la garganta y estuviera a punto de ahogarlo; el miedo lo congeló en ese lugar durante un par de segundos, pero al imaginar que la víctima de ese disparo podía ser Deborah, se olvidó de su propia seguridad y corrió escaleras arriba.

Gonzalo por su parte, sintió cómo el vello de la nuca, se le erizó al escuchar ese sonido, que era tan conocido para él.

De inmediato, le quitó el seguro a su pistola y la adrenalina se desbordó por sus venas, pero se obligó a guardar la calma, entrando a ese estado de concentración, que solo las personas con su entrenamiento, eran capaces de conseguir, en situaciones como esa.

Deborah se estremeció junto a Diego, cuando la bala lo impactó; él dejó escapar un jadeo dentro de su boca y la apretó con fuerza a su cuerpo.

Sin embargo, ella actuó con rapidez, aferrándose a su sentido de supervivencia y se liberó, forcejeando, para evitar que Diego tomara el revólver.

—Deborah... ¿Qué hiciste? —preguntó él, llevándose la mano a la herida, de donde la sangre emanaba con abundancia.

Diego bajó la mirada, aún sin poder creer lo que Deborah le había hecho; la sangre impregnaba sus dedos trémulos, y ver esa imagen, le causó más dolor que la propia herida. Le rompió el corazón.

Sollozó, al sentir que el alma también se le estrellaba contra el suelo, haciéndose añicos; no podía creer lo que sus ojos veían; no podía creer que la mujer que amaba, le hubiera hecho algo como eso; así que una vez más, elevó la mirada hacia ella; necesitaba que le diera una razón.

—¿Por qué? —Fue todo lo que consiguió preguntar, mientras gruesas y pesadas lágrimas, bajaban por sus mejillas.

—Yo..., yo no soy tuya..., no soy tuya... —respondió, en medio de sollozos, llevándose la mano a la boca al verlo desplomarse; se sentía aterrada y no podía dejar de temblar.

Quería alejarse, escapar de la mirada cargada de dolor y resentimiento de Diego, pero no podía reunir el valor para hacerlo, no podía dejarlo allí, agonizando solo; tampoco se atrevía a darle otro disparo, para acabar con todo eso, no quería lastimarlo más.

El remordimiento le hacía girones el pecho, al ver cómo su rostro se iba tornando cada vez más pálido, y la sangre comenzaba a emanar también de su boca. Lo vio cerrar los ojos y un torrente de sollozos, escapó de sus labios, al comprender, que ya no podía hacer nada; lo había asesinado.

—Yo... yo... te... amaba —esbozó Diego, clavando su mirada en ella, sintiéndose completamente destrozado.

—Lo siento..., lo siento tanto... —Deborah no podía dejar de llorar; sentía que se estaba quebrando también—. Me dabas miedo, Diego... Ya no te deseaba, solo te temía.

Él no dijo nada, porque después de lo que le hizo la noche anterior, era lógico que ella tuviera ese sentimiento, pero le prometió que nunca más le haría daño y estaba

dispuesto a cumplir esa promesa.

El sabor a sangre que inundaba su boca; el frío que se apoderaba de su cuerpo, calcándole hasta los huesos; la vista borrosa y la debilidad que sentía; le anunciaban que su final estaba cerca. No le dolía irse, le dolía que hubiera sido a manos de la única mujer que se había metido en su corazón.

—Jamás te hubiera hecho daño, Debbie; yo... yo... te... amo... —pronunció como pudo.

Deborah quería tocarlo, acariciarle el rostro; quería pedirle perdón con ese gesto; que él supiera, que lo que había hecho, le dolía demasiado, que no había sido fácil.

Nunca quiso llegar a ese punto, que aun después de haberla forzado, la noche anterior, que le hiciera daño y dejara en ella, huellas que no serían fáciles de borrar; no había en su pecho un sentimiento de odio hacia él. Que no fue el rencor lo que la llevó a dispararle, sino el miedo. Le aterraba volver a ser víctima de algo así.

Estaba por ponerse de rodillas junto a él, cuando sintió que abrían la puerta de par en par; y la luz del pasillo, entraba de lleno al lugar, estrellándose contra sus pupilas y cegándola por un instante; lo que provocó que se aturdera aún más.

—¡Deborah! —Maurice gritó su nombre, al ver que, aparentemente, ella estaba bien; llenándose de alivio.

Deborah; por el contrario, se llenó de terror cuando lo vio allí. No se explicaba cómo había llegado en ese momento a la mansión.

Y el miedo se convirtió en pánico, cuando notó que Diego abrió sus ojos y clavaba la mirada en él; se irguió, alejándose del cuerpo herido de su ex amante.

Tenía que sacar a Maurice de la habitación, no podía permitir que Diego le dijese algo, que terminara culpándola de todo eso; mucho menos, dejar que su plan de hacerse la víctima, fallara; no después de haber llegado hasta allí.

—¡Maurice! —exclamó, corriendo hacia él, al tiempo que lloraba y temblaba; llevando aún el arma en la mano.

—¡Deborah, suelta el arma! —Le advirtió Gonzalo, deteniéndose bajo el umbral de la puerta, apuntándola con su pistola; no pensaba hacerle daño, solo quería intimidarla.

En ese instante, un nuevo estallido retumbó en cada rincón de la habitación; llenándolos de terror y acelerando mucho más los corazones de todos, a excepción de Diego, pues había sido él, quien detonó la Beretta que tenía en la mano.

En cuanto vio a Maurice en ese lugar, la ira le dio fuerza para tomar la pistola que se encontraba tirada cerca de él y apuntó hacia el chofer; se había jurado que no tendría a Deborah nunca y lo cumpliría, aunque eso le costase la vida, pues sabía que el policía respondería a su disparo.

—¡Deborah!

El grito desgarrador de Maurice, estalló en los oídos de todos, cuando vio que ella era lanzada hacia adelante, al ser impactada por el disparo.

Corrió, atajándola, antes de que cayera al piso; y apenas parpadeó, al escuchar un par de disparos más, que volaban dentro de la habitación, dejando un horrible zumbido en sus oídos.

—Debbie... Debbie, mírame..., mírame, mi niña... —suplicó, acariciándole el rostro, para apartar la espesa cabellera azabache, al tiempo que sentía que el suelo bajo sus pies, desaparecía y el corazón había reducido sus latidos, haciendo casi doloroso cada movimiento.

—Maurice... —esbozó, ahogándose en los ojos grises que la miraban angustiados—. Maurice... —repitió, para comprobar que realmente estaba allí.

—Sí..., aquí estoy..., mírame..., solo... mírame —pidió, sosteniéndole la mejilla; deslizó su mano por la espalda de Deborah y no pudo evitar sollozar, cuando sintió la humedad que se esparcía por la seda de su camión—. Voy a sacarte de aquí, mi amor..., voy a sacarte de aquí.

Le aseguró, mirándola a los ojos, y la abrazó con fuerza, para evitar que se desvaneciera; no podía dejar que ella cerrara los ojos, no podía perderla.

Su respiración se hizo más pesada y apenas podía controlar el temblor en su cuerpo; aun así, se esforzó para mantener la calma y que Deborah no viera el miedo que se iba apoderando de él.

Gonzalo había reaccionado tal y como supuso Diego, abrió fuego contra él y los dos disparos que dio, impactaron en el cuerpo del jardinero; uno en las costillas y el otro en el hombro.

Se volvió a mirar con rapidez a Deborah, quien se encontraba en los brazos de Maurice; supuso que estaba herida, pero rogaba para que no fuera de gravedad.

Se acercó hasta Diego, para desarmarlo; él había dejado caer la pistola al ser herido, pero se encontraba cerca y no podía confiarse, dejándola allí; así que la pateó, lanzándola lejos; después, clavó su mirada en él, mientras le apuntaba.

—¡Maldito infeliz! —espetó, esforzándose por contener sus deseos de dispararle de nuevo y acabar con él.

Diego ignoró al detective, porque toda su atención estaba puesta en Deborah; él no había disparado con intenciones de herirla; no era a ella a quien quería asesinar cuando disparó, sino al malnacido de Maurice; nunca esperó que ella se atravesara y recibiera el impacto.

Comenzó a llorar, lleno de rabia, impotencia y dolor, cuando fue consciente de ello; le había prometido que no le haría daño, y acababa de dispararle.

—Deborah..., belleza, mírame..., mírame, por favor.

Su voz se fue apagando, en medio del dolor que le provocaba verla desfallecer.

Quería ponerse de pie, para ir hasta allá y arrancársela al malnacido de Maurice de los brazos, pero ya no sentía el cuerpo.

Todo lo que percibía, era un poderoso frío; quería llamarla, pero su lengua no se movía. De pronto, sus ojos dejaron de tener visión; todo comenzó a tornarse oscuro, envolviéndolo, cerrándose en torno a él; liberó un último suspiro; y después de eso, no supo nada más. Su corazón se había detenido.

Maurice fue golpeado con crueldad por las palabras de Gonzalo, que lo hicieron verdaderamente consciente del peligro que Deborah corría.

No tardó un segundo en hacer lo que el detective le había solicitado; con cuidado, empezó a moverla, sin quitar la mano de la herida, y al hacerlo, pudieron notar el charco de sangre, que se había formado en la alfombra gris humo; lo que inevitablemente, los alarmó a ambos, al ver que había perdido mucha.

Gonzalo dobló la sábana, para hacer una compresa y se la puso sobre la herida; ella se quejó al sentir la fuerte presión que hizo su mano, pero era necesario que fuese de esa manera, si no la detenían, inevitablemente la acabarían perdiendo.

—Solo aguanta un poco, va a pasar...; intenta mantenerte despierta. —Le pidió con un tono calmado y le acarició el cabello, sintiendo que el corazón se le cerraba en un puño; tragó, para pasar el nudo de lágrimas en su garganta—. ¿Puedes con ella o quieres que la baje yo? —preguntó, mirando a Maurice; lo veía bastante aturcido.

—Yo puedo —confirmó, obligándose a ser fuerte; debía serlo en ese momento, por Deborah—. Vamos al hospital, pronto todo acabará y estarás bien, te lo prometo —susurró, mirándola a los ojos y pegándola más a su pecho, para que sintiera el latido de su corazón y se quedara allí con él.

Salieron de la habitación, caminando con rapidez. Gonzalo le ayudó mientras bajaban las escaleras, aunque podía ver, que Maurice controlaba la situación. Él no se sentía bien quedándose sin hacer nada, mientras veía que ella cada vez se ponía peor.

Comenzó a rogarle a Dios, a todas las imágenes religiosas de las que era devota Adela; incluso al alma de ella, de Gaspar y de Clarisse; estaba tan desesperado, que invocó hasta a Christie, pidiéndole que salvara a su hija, que lo ayudara a salvarla, porque él no podría con un peso más sobre su alma.

Rebecca no había logrado mantenerse dentro del auto al ver que el tiempo pasaba y ellos no salían; además de que cuando escuchó los disparos, sintió que el alma se le caía al piso.

Lo único que impidió que no entrara a la casa, fue la promesa que le había hecho a Gonzalo; de no haber sido por ello, se habría metido para ver lo que sucedía y porqué tardaban tanto.

—¡Por Dios, Gonzalo! ¡Al fin! Te juro que estaba a punto de volverme loca —dijo, corriendo hasta ellos; y se detuvo en seco, cuando vio lo pálido que estaba Deborah—. ¡Cielo santo! ¿Qué ocurrió? —inquirió, asombrada.

—Recibió un disparo de Diego Cáceres —respondió, abriéndole la puerta a Maurice para que subiera.

—No puede ser... ¿Y ese hombre? ¿Dónde está? ¿Escapó? —Aunque presentía que estaba agobiando a Gonzalo, no podía dejar de hacer preguntas, por los nervios.

—Está muerto... y Dominic Wallis también —respondió, sin darle muchos rodeos al asunto, también porque sabía, que Rebecca le haría esa pregunta.

Ella no pudo ni siquiera emitir una palabra, solo liberó un jadeo cargado de asombro, llevándose las manos a la boca; miró a Deborah, quien parecía estar completamente ida; tenía los ojos abiertos, pero era como si mirara a la nada.

Escuchó que Gonzalo ponía el motor en marcha y ese sonido la hizo salir de la elipsis donde se encontraba, al recordar la primera vez que vio a Deborah; apenas era una niña, la más hermosa de toda la escuela; tanto, que parecía una muñeca; y verla en ese instante así, casi sin vida, hizo que las lágrimas le inundaran la garganta; comprendiendo, que ciertamente, nunca la había odiado como pensaba.

Subió con rapidez a la camioneta y trató de esconder sus lágrimas, para no poner a Maurice peor; podía notar que él apenas lograba mantenerse calmado, que estaba luchando por ser fuerte para Deborah; pero su miraba gritaba, que sabía que la estaba perdiendo.

—Maurice... necesito que abras el portón —mencionó Gonzalo, cuando se acercaban a la salida.

—Déjala con cuidado, yo estaré pendiente de ella —dijo Rebecca, extendiendo su mano para tomar la de Deborah.

Maurice asintió en silencio y casi se lanzó del auto, cuando Gonzalo estacionó; sus manos temblaban; sin embargo, consiguió activar el sistema y regresó corriendo. Cuando llegó, vio que Deborah había cerrado los ojos y eso lo llenó de miedo; se la puso en las piernas y le empezó a hablar.

—Debbie... no cierres los ojos, mi amor, por favor...; sigue mirándome, no dejes de hacerlo...; quédate aquí, conmigo. —Le suplicó, arrullándola contra su pecho; y a no podía seguir conteniendo sus lágrimas.

—Quiero... quiero decirte algo... —Deborah obligó a su lengua a moverse, para poder hablar; la sentía muy pesada.

—Ya tendremos tiempo... me dirás todo lo que quieras cuando estés mejor; ahora solo intentan no fatigarte.

—No... necesito que sepas esto... —pidió, mirándolo a los ojos; cuando lo vio asentir, continuó—: necesito que sepas... que... que yo te amo, Maurice... Te amé siempre, pero... tenía miedo —esbozó, con apenas un hilo de voz; no tenía fuerzas para que su tono fuese más alto; tomó aire y eso aumentó el dolor de su herida.

—Yo lo sé... siempre lo supe —expresó él, besándole el rostro, sintiendo bajo sus labios, cómo la piel de Deborah cada vez se sentía más fría—. Eso era lo que me decían tus ojos.

Ella consiguió sonreír, ante esa acotación de él; ya lo sospechaba, pero incluso eso, le daba miedo reconocer.

—Esa tarde... en tu casa, ¿la recuerdas? —preguntó, mirándolo a los ojos, esperando que los suyos le siguieran hablando, para que viera la verdad de lo que sentía.

—Sí... lo hago a cada momento —confirmó Maurice, moviendo su cabeza de manera afirmativa, sonriendo al ver que ella también lo hacía.

—Fue... el día más feliz de mi vida... —expresó, sintiéndose emocionada al poder decirlo, pero el dolor la colmó de nuevo y no pudo evitar sollozar; al comprender, que ya nunca más tendrían tardes como esas.

—Debbie... no te voy a perder... no te voy a perder.

Maurice se aferró a ella, apretándola entre sus brazos para mantenerla allí; llorando sin importarle estar con extraños.

Lo único que deseaba en ese momento, era luchar para que ella se quedara con él, para siempre.

Aunque Gonzalo y Rebecca, parecían ajenos a la escena que tenía lugar en la parte posterior de la camioneta, podían escuchar toda la conversación, y cada palabra que decían, removían sus emociones; sobre todo en el caso de Gonzalo, quien había perdido a su esposa en una situación muy parecida.

Él sentía, que estaba reviviendo la muerte de Clarisse, y no podía contener las lágrimas que brotaban en silencio de sus ojos, porque esta vez, el dolor era casi igual a ese de hacía tres años; solo que ahora, no estaba perdiendo a una esposa, sino a su hermana, a la única familia que le quedaba con vida.

Rebecca se llevó una mano a la boca, para acallar el sollozo que se le escapó sin poder evitarlo; el dolor que embargaba a Deborah y a Maurice, era tan palpable, que ella no podía escapar de este.

No podía imaginar cómo llegaron a esa situación, cómo Deborah dejó que el odio y el dolor, le arruinaran la vida; si con él lo tenía todo, si lo amaba, ¿por qué no tomó lo que le ofrecía y construyó un futuro nuevo junto a él? ¿Por qué no dejó que Maurice sanara sus heridas?

Se preguntaba, mientras negaba con la cabeza y lloraba, intentando hacerlo en silencio, mirando a través de la ventanilla, dejando que su vista se perdiera en la inmensa oscuridad que los rodeaba; que era tan densa, como esa que envolvía a cada uno de ellos, dentro del auto.

Los minutos seguían pasando; y cada uno, parecía una hora para Maurice, quien comenzaba a desesperarse, por no tener noticias de Deborah.

Las palabras de Rebecca, lo llenaban de esperanza, cuando decía, que ella seguía con vida; de lo contrario, ya les hubieran avisado; y a la vez, le pedía que no dejara que la angustia lo dominara.

Gonzalo estaba en un rincón, inmóvil; parecía una estatua, y sabían que seguía vivo, por el leve movimiento que hacía su pecho, cuando respiraba.

Le dio a la policía la información que necesitaban, por el momento, aunque sabía que lo citarían en la comisaría para declarar; les pidió que al menos, le permitieran estar en el hospital hasta que los doctores salieran del quirófano y les comunicaran el estado de Deborah.

Al fin, después de casi dos horas, uno de los doctores, acompañado de una de las enfermeras, se presentó en la sala de espera. Maurice se levantó con rapidez de la silla donde se encontraba y se acercó al hombre. No le pudo preguntar nada, la angustia le había secuestrado la voz, solo lo miró, pidiéndole que le dijera, cómo se encontraba Deborah.

—Doctor... —mencionó Gonzalo, mirando al hombre.

—La bala afectó el riñón, pero logramos sacarla y detener la hemorragia; sin embargo, cuando estábamos por finalizar..., la paciente tuvo un paro cardíaco. Intentamos reanimarla, hicimos todo lo posible... —Suspiró y volvió a mirarlos, antes de continuar—: lo siento mucho. No pudimos recuperarla.

Maurice dio un par de pasos hacia atrás, hasta llegar a la pared y dejó que el peso de ese dolor que sentía, cayera sobre él, llevándolo al piso, donde terminó sentado; recogió las piernas, rodeándola con sus brazos; y hundió el rostro en el hueco que quedaba, para poder dejar que el llanto saliera con total libertad, mientras todo el cuerpo le convulsionaba, al dejar salir los sollozos que le rompían la garganta.

Rebecca se llevó las manos a la boca, para ahogar su propio llanto. Deborah y ella no eran amigas; por el contrario, siempre se despreciaron, pero en su corazón, nunca hubo un odio tan fuerte, como para desearle la muerte.

No podía creer siquiera, que ella estuviera muerta; cerró los ojos, dejando que el llanto bañara sus mejillas, y se dejó caer en una de las sillas.

Gonzalo se había quedado estático al escuchar las palabras del doctor; su mirada se perdió y ni siquiera fue consciente en qué momento sus ojos comenzaron a brotar lágrimas.

Cerró los párpados cansados y lo primero que llegó hasta él, fue una serie de recuerdos de Deborah; lo que hizo que el dolor en su pecho, aumentara; sacándolo de la primera reacción pasiva, para desatar la rabia y la impotencia.

—¡Maldita sea! —exclamó, dando un golpe en la pared.

El dolor que sentía en el alma y el corazón, le impidió sentir el daño que se había hecho en el puño, al estrellarlo contra el cemento.

Sin mediar palabra con nadie, salió de allí; caminó de prisa hasta el estacionamiento y subió a la camioneta. No la puso en marcha, solo buscó el sobre en la guantera.

Lo abrió con la rapidez que sus dedos temblorosos, las lágrimas y el dolor le permitían; sacó las hojas, buscando la que tuviera su nombre y no tuvo que ver ningún gráfico, solo se fijó en el resultado, que le confirmaba científicamente, que Deborah Wallis y él, eran 99.9% hermanos de sangre.

—¡No! ¡No! ¡No! —gritó, mientras golpeaba el volante y lloraba, sintiendo que el pecho se le abría en dos—. ¡¿Por qué carajos no lo leí antes?! ¡¿Por qué?! ¡Mierda! ¡¿Por qué?! —exclamaba, en medio de ese llanto, que estaba cargado de dolor y remordimiento.

La culpa terminó por aplastarlo; pegó su frente al volante, mientras temblaba, a causa de los sollozos que salían de manera descontrolada de su garganta y las copiosas lágrimas, que mojaban su rostro.

Estaba llorando como hacía mucho tiempo no se permitía, como ni siquiera lo hizo con la muerte de su padre; porque sabía, que dio todo para intentar salvar a Gaspar, pero a Deborah le había fallado, al igual que le falló a Clarisse.

—¿De qué carajos te vale ser uno de los mejores detectives del país? ¿De qué te sirve resolver decenas de casos al año? Si no puedes salvar a las personas que son importantes para ti... ¡¿De qué, Gonzalo?! —Se gritaba, tratando de sacar toda la rabia que llevaba por dentro.

No sabía qué era mayor, si la impotencia que lo colmaba o el dolor que sentía, al saber que a partir de ese momento, sí se había quedado solo en el mundo.

Encontrar a Deborah, fue como una especie de milagro, algo que nunca imaginó posible; y lo tuvo tan cerca de él, tuvo cientos de oportunidades para decirle todo, pero no lo hizo, no lo hizo por imbecil, por cobarde; y ahora no le quedaba nada.

Rebecca había salido detrás de Gonzalo en cuanto lo vio abandonar la sala de espera de esa manera, su reacción la asustó y también terminó desconcertándola.

Ya sospechaba que Deborah le importaba, mucho más de lo que le había confesado, por esa desesperación que mostraba por salvarla; pero nunca imaginó, que se encontraría con una imagen como la que presenciaba en ese momento.

Sintió que el corazón se le estallaba ante el dolor de revivir lo que sintió diez años atrás.

Se llevó las manos al rostro, para ahogar el llanto que brotó con descontrol de ella; no quería ponerse en evidencia delante de Gonzalo; no quería que él la viera e intentara darle una explicación, que a la larga, solo la haría sentir más humillada de lo que ya se sentía.

Se dio la vuelta y salió del estacionamiento, sin que él se percatara de su presencia en el lugar. Mientras se alejaba, iba levantando poco a poco, esa muralla que él mismo había derrumbado.

Necesitaba de su refugio de nuevo, le urgía algo que la alejase del dolor que estaba sintiendo y de la vergüenza. Vergüenza porque la primera vez, pudo justificar sus errores con la inexperiencia, era joven y nunca había tenido un hombre en su vida, pero esta vez, todo fue distinto.

Ya era una mujer de veintisiete años, madura, centrada; esta vez, nada justificaba que ella se hubiese dejado engañar, ni envolver por la quimera que le ofreció Gonzalo.

Si él la había traicionado, la única responsable había sido ella, porque fue quien confió, porque fue quien le entregó el corazón.

Comenzó a recorrer las calles, en medio del bullicio de las personas que reían y celebraban; mientras ella sentía que se estaba congelando por dentro.

Algunos la miraban sorprendidos y otros se acercaban, para preguntarle qué le sucedía, al verla llorando. Aunque se esforzaba por hacerlo en silencio, no podía ocultar su llanto; así que solo negaba con la cabeza y se alejaba de ellos, tratando de esconderse, justo como hizo antes. Era volver a vivir el mismo infierno.

Cuando al fin llegó hasta su casa, cerró la puerta y se dejó caer contra la madera; al fin pudo dejar que el llanto la desbordara, mientras temblaba y sollozaba.

Esa noche, se daría la libertad de dejar que el dolor la destrozara por completo; ya después, a la mañana siguiente, recogería los pedazos y reconstruiría su vida, una vez más.

Ella era una luchadora, siempre lo había sido y no se dejaría vencer por nada ni nadie.

acelerando tanto, que los neumáticos dejaron marcas en el pavimento.

Rebecca se quedó congelada en ese lugar, sin poder creer lo que acababa de suceder; sabía que eso era lo que le había pedido y que era lo mejor para ella, pero no podía evitar sentir cómo el pecho se le desgarraba de dolor, y las lágrimas comenzaron a salir en un torrente.

Se llevó las manos al pecho, intentando controlar los sollozos para poder respirar, porque sentía que se ahogaba; se dio la vuelta y cerró la puerta tras su espalda; sintiendo cómo el silencio y la soledad, se cernían sobre ella, abrumándola.

Dos días después, Gonzalo se encontraba frente al féretro que guardaba el cuerpo sin vida de Deborah; le había mentido a Rebecca al decirle que se marcharía a la mañana siguiente; solo le dijo eso para no atormentarla más, haciéndola consciente de su presencia allí; y para no caer en la tentación de volver a buscarla.

No podía creer, cómo su mundo, había vuelto a ser un caos; todo aquello que le suponía algún tipo de estabilidad, se había derrumbado, dejándolo con cientos de piezas en las manos, y no sabía por cuáles empezar para rearmar su vida; si era que a eso que tenía, se le podía llamar así.

Su mirada estaba anclada en el color oscuro de la caoba que revestía el ataúd; aparentemente era así, pero su mente vagaba entre sus recuerdos, recuerdos de su encuentro con George Stevenson en aquel restaurante de carretera, recuerdos de esa noche, cuando horas después, conoció a Rebecca, y ella le abrió las puertas de su casa y llenó su vida de color.

Recordaba la primera vez, que sus ojos vieron a Deborah, tan altiva y arrogante; derrochando poder, elegancia y sensualidad.

En ese momento, jamás pensó que una mujer como ella, pudiera estar unida a él por la sangre; solo el primer encuentro entre los dos, fue despertando aquellas sensaciones que no sabía cómo explicarse y que tiempo después, tuvieron sentido.

Recordó la carta de su madre, la que le reveló la verdad más grande y poderosa de su vida; todo lo había llevado a ese lugar con un solo propósito; que descubriera su origen, que supiera la verdad sobre su pasado.

Aún no podía superar lo más triste de todo eso; y era, que teniendo la oportunidad de reconstruir su vida y empezar de cero, la dejó pasar, permitió que se le escapara de las manos.

Había perdido a Deborah y después también perdió a Rebecca; se quedó con las manos vacías, con algo más triste que eso, se quedó con el alma vacía.

No sabía cómo iba a continuar después de eso; siempre había sido un luchador, pero hasta el más valiente de los guerreros, tenía límites; y él sentía, que ya los había atravesado.

Vivir cuatro pérdidas en menos de diez años, era algo que no cualquiera podía sobrellevar; suponía, que a esas alturas y después de todo lo vivido, muchos comprenderían si se rendía.

Personas de todas partes, habían llegado para despedir a padre e hija, que fueron sepultados al lado de la tumba de Christie; unidos como en algún momento lo estuvieron en vida.

Eso le pareció desgraciadamente irónico, que aún después de muertos, les tocara seguir representando la fachada de la familia feliz, como si no hubieran tenido suficiente castigo ya.

La amante de Dominic Wallis, Silvy, fue la encargada de preparar todo; pero algo que extrañó a los presentes, fue que apenas se le vio cerca de la urna del magnate; toda su atención, se centró en aquella donde reposaba el cuerpo de Deborah.

Acomodaba las rosas que la cubrían, acariciaba una y otra vez la madera, mientras le susurraba algunas palabras; a momentos, sollozaba con fuerza; dejando ver, la imagen de una mujer que pierde a una hija; lo que por supuesto, comenzó a levantar rumores.

Gonzalo regresó a su realidad, cuando vio a la mujer llamada Janeth y al padre de Maurice, ayudar al joven a ponerse de pie, pues se había quedado allí, negándose a abandonar ese lugar; deseaba permanecer junto a Deborah.

Finalmente, la morena terminó de convencerlo para sacarlo, cuando le dijo, que Deborah se pondría muy triste y furiosa con él, si se dejaba derrotar; que recordara la promesa que le había hecho.

Ya todos los demás se habían marchado y solo quedaban ellos. Gonzalo le dedicó una mirada a Maurice, recordándole eso que decía Janeth. Él debía cumplir la promesa que le había hecho a Deborah.

Para su suerte, él ya no tenía promesas pendientes con nadie; lo recordó cuando se quedó solo, después de que ellos se marcharan.

Se llevó la mano al bolsillo interior del saco y extrajo de esta los resultados de las pruebas; había pasado toda la noche mirándolas, mientras lloraba; dándose la libertad para hacerlo, para gritar y descargar toda la rabia que llevaba dentro.

Sus ojos una vez más, se empañaron, por las lágrimas que los colmaban; bajó para poner las hojas sobre la tumba de Deborah, mientras apretaba la mandíbula con fuerza, para armarse de valor.

—Perdóname por no haber ido ese día; debí llevártelas en cuanto las tuve en mis manos. Si lo hubiera hecho, habría podido evitar todo esto. Perdóname por no hacerlo..., perdóname, Deborah —pronuncio, con voz trémula.

Llevó la mano a su cintura, sacando su arma; se la puso bajo la barbilla; miró hacia el cielo teñido de gris y tiró del gatillo.

El sonido espantó a las aves que reposaba en los árboles; y después de eso, solo reinó un silencio sepulcral.

engañaría nunca más.

—No se trata de eso, yo puedo perdonarte... , pero no puedo olvidar, Deborah; no me pidas que lo haga.

Se alejó de ella, dándole la espalda; tenía el corazón demasiado herido para retomar esa relación. Si lo hacía, estarían destinados al fracaso; sería repetir el mismo patrón de Dominic y Christie Wallis. Y él no quería terminar sus días así.

—Maurice... , mi amor. Sé cómo te sientes... —Intentó acercarse una vez más.

—No, Deborah, no lo sabes; para saberlo, tendrías que estar en mis pies. Yo tendría que haber hecho todas las atrocidades que tú hiciste... Así que no tienes idea de cómo me siento —mencionó, volviéndose a mirarla, con rabia y dolor.

Ella sintió como si la golpeará al escucharle decir eso, pero no podía culparlo por tratarla de esa manera; sabía que lo merecía.

—Entonces... ¿Qué se supone que haremos si me voy contigo a Santa Bárbara? —cuestionó, con la voz ahogada por el llanto, sintiéndose a la deriva.

—En primer lugar, estarías alejándote de Dominic, que es lo que deseas; empezarías desde cero en un lugar distinto; donde nadie te conoce; donde no te sentirás juzgada por lo que hiciste... Supongo que eso es un buen comienzo —pronunció, mirándola a los ojos. Ella asintió, dándole pie para que continuara—: en cuanto a nosotros, podemos... ser amigos.

—¿Amigos? —cuestionó Deborah, asombrada.

—Sí, mi amistad es lo único que puedo ofrecerte por ahora, nada más... Mientras tenga el corazón tan cargado de dolor y rabia, no podré darte nada más. Tú decides, lo tomas o lo dejas. —La miró a los ojos, para que viera que hablaba en serio.

Dos horas después, Deborah dejaba lista la maleta que se llevaría para comenzar su nueva vida. Contaba con dinero suficiente para vivir cómodamente, aunque no sabía lo que el destino le deparase.

Maurice le había dejado claro sus términos. Tuvo que aceptar lo que le estaba ofreciendo, porque deseaba recuperarlo. Creía que podía hacerlo, y porque sentía que solo en él podía confiar en ese momento.

No podía aferrarse como una garrapata a Gonzalo; ya él tenía su vida; además, no se imaginaba compartiendo todo el tiempo con Rebecca Freeman.

Prefería irse con Maurice y descubrir en qué terminaba esa nueva etapa entre los dos; suspiró, mirando a su alrededor, para comprobar que no se le quedaba nada importante; debía darse prisa.

Se encontraba sola en la casa; por suerte, Dominic se había marchado; suponía que habría ido a un hospital para verse la nariz. El golpe que le dio Gonzalo, debió causarle alguna fractura, por cómo sangraba.

Salió de su habitación y bajó, llevando su equipaje; al parecer no eran tan pocas cosas, porque la maleta estaba pesada y la de mano también; las dejó en el salón y entró a su estudio.

Con rapidez, encendió su computadora y borró todos los archivos, incluyendo el último proyecto que realizó. Que se jodiera la empresa, ya nada le importaba; pondría en venta sus acciones.

Miró los resultados que llevaba en la mano y tomó la pluma que le regalase Maurice; escribió algo breve en la parte de atrás del papel; y después, la dejó sobre el escritorio. Suponía que él revisaría cada rincón de la casa.

Buscó su libreta y se sentó, para escribir otra nota, dirigida a Diego. Mientras lo hacía, no pudo evitar que algunas lágrimas escaparan de sus ojos.

Fue hasta el invernadero. Aunque no quería regresar a ese lugar, sabía que solo allí podía dejársela. Entró, conteniendo el aliento; todo lucía tan impecable, como si nada hubiese ocurrido.

—Ojalá mi cuerpo y mi alma estuviesen así, ojalá yo también sintiera como si nada hubiese ocurrido.

Dejó la nota, pisándola con una libreta, para que no se fuese a volar; lo dejó mal puesto y el cuadernillo cayó al piso.

—¡Demonios! —expresó, doblándose para tomarlo; y cuando lo hizo, vio un número anotado.

Junto a este, estaba la palabra «Lobo». No tardó dos segundos en darse cuenta de que ese era el teléfono de aquel hombre.

Se armó de valor y sacó su teléfono para marcarle; al tercer repique, se dejó escuchar la voz con acento extranjero.

—Lobito... ¿Qué haces llamándome? ¿Sigues nervioso?

—Soy Deborah —respondió con seriedad—. ¿Por qué creyó que era Diego quien lo llamaba? Él nunca lo ha hecho desde mi teléfono —cuestionó, poniéndose alerta, de inmediato; sospechando que planeaban tenderle una trampa.

—Diego es el único que tiene este número. Solo se lo he dado a él... , por eso lo supuse, pero veo que me equivoqué. —Su tono de voz se tornó tenso.

—Conseguí su número anotado en una libreta —explicó, al percibir el cambio en el hombre.

—Bueno, nunca dijimos que el muchacho fuera prudente; es listo... , pero le falta tacto. Ahora dígame, ¿cómo se encuentra, señorita Wallis? ¿Está lista? —inquirió, con una falsa cortesía.

—No, pero ese no es su problema. Los planes ya no van —respondió, tajante.

—¿Ocurrió algo adverso? —preguntó, en el mismo tono.

—No van, eso es todo. Pueden quedarse con el dinero, pero mantenga a Diego alejado de mí. No quiero volver a verlo; que no se atreva a buscarme. —Se obligó a que su voz sonara firme.

—Se hará como usted diga, señorita Wallis. Negocios son negocios, y yo soy un hombre de palabra. No se preocupe por Diego, yo me encargaré de que no la moleste más.

—No... , no quiero que le haga daño —pronunció con rapidez, porque no le gustó el tono que el Lobo había usado; suspiró y agregó algo más—. Solo manténgalo lejos de mí.

—Entendido, fue un placer hacer negocios con usted.

—Adiós, Lobo. —Después de decir eso, colgó; sintiendo que el corazón se le iba a salir por la boca.

Gonzalo se encontraba tendido sobre el cuerpo de Rebecca, intentando recuperarse del orgasmo que acababa de vivir; sin poder creer, que esa mujer lo hubiera hecho correrse cuatro veces en dos horas.

Desde que entraron allí, prácticamente no había descansado; comenzaron en la cama, siguieron en la alfombra, cuando cayeron al piso; pasaron a hacerlo de pie, sosteniéndose de los barrotes de la ventana; y terminaron en la cama nuevamente.

Se movió, para librarla de su peso; dejándose caer de espaldas sobre la cama, al tiempo que le rodeó los hombros con el brazo, para pegarla a su pecho; sonriendo, al sentir cómo ella suspiraba.

De pronto, escuchó un zumbido y levantó la cabeza, para ver de dónde provenía; era su teléfono vibrando.

—Atiende y dile a quien sea, que nos deje dormir —dijo Rebecca, negándose a abrir los ojos.

—Lo siento, es Deborah. —Se excusó y recibió la llamada—. Hola, ¿cómo va todo? —preguntó, con la voz algo ahogada y la respiración afanosa.

—Bien... , me iré a Santa Bárbara con Maurice —respondió ella, notando que había llamado en un momento inoportuno.

—Me alegra escuchar eso —pronunció con sinceridad.

—Gracias... , lo haremos esta noche...

—¿Esta noche? Pero... ¿A qué hora? Son casi las ocho —acotó, mirando su reloj de pulsera sobre la mesa de noche.

—El vuelo sale a las once y cincuenta. Estoy en la mansión, buscando mi equipaje. Maurice pasará por mí en diez minutos, para irnos al aeropuerto—respondió. Quería que él estuviera al tanto, para que no se preocupase.

—Bien, nos encontraremos allí en una hora —dijo, levándose, hasta quedar sentado al borde de la cama.

—Gonzalo, no es necesario que vengas, todo estará bien.

—Quiero despedirme de ti —mencionó, en un tono que no aceptaba una negativa—. Te veré allí. Por favor, no pases a la sala de embarques hasta que yo llegue. —Le

pidió, poniéndose de pie; tenía que bañarse primero.

—Está bien..., te esperaré.

—Perfecto. —Colgó después de eso—. Tengo que ir...

—Ya te escuché. Vamos, te acompaño a que cumplas con tu papel de hermano mayor... —dijo Rebecca, levantándose.

El taxi se estacionó frente a la intimidante fachada de la mansión Wallis. Maurice descendió al ver a Deborah en lo alto de la escalinata, junto a una maleta grande y un equipaje de mano.

No pudo evitar que la comisura de su labio se elevase ante esa imagen; le había dicho que llevara equipaje ligero; pero ella no sabía el significado de esa palabra, cuando se trataba de ropa.

—Hola... ¿Estás lista? —preguntó, mirándola a los ojos.

—Sí, solo llevaré esto —respondió, señalando sus cosas.

—¿Solo eso? —inquirió él, tomando ambas maletas. Las bajó y se las entregó al taxista; se volvió a mirarla y descubrió que ella tenía la mirada anclada en la casa—.

¿Estás segura de esto? —preguntó, notando la nostalgia que la invadía.

—Sí —respondió, afirmando además con la cabeza. Miró una vez más la mansión y dos lágrimas brotaron de sus ojos.

—Deborah... —Maurice intentó decirle, que si no quería hacerlo, todavía estaba a tiempo.

—¿Podrías solo...? Sé que acordamos que seríamos solo amigos; sé que me comprometí a darte tiempo..., pero te juro, que en este momento, necesito tanto un abrazo. No un abrazo de un amigo; necesito un abrazo del Maurice que conozco..., del Maurice a quien... —Ni siquiera la dejó terminar. Ella quería decirle que lo amaba, que estaba poniendo todas sus esperanzas en él, en el amor que sentía; pero él no estaba dispuesto a escucharlo.

La abrazó con fuerza, lo hizo antes de que ella le fuera a decir algo en ese momento, que destrozara toda la voluntad que había construido para mantenerse en su posición.

Lo que estaba haciendo, no era fácil, pero era lo que necesitaba para sanar.

Se separó, mirándola a los ojos, los mismos que lo impactaron desde la primera vez que la vio; y que en ese instante, le suplicaban un beso, uno que él no pudo negarle.

Se apoderó de su boca con intensidad, dándole rienda suelta a toda la pasión que llevaba dentro de su pecho; la pegó a él, mientras su lengua llegaba profundo; haciéndola gemir.

Se separaron apenas con aliento. Maurice no se atrevía a abrir los ojos, solo estaba allí junto a ella, con su frente apoyada a la de su gran amor.

—No volveré a besarte, Deborah, hasta que sienta que ha dejado de dolerme cuando lo hago..., porque ahora lo hace —pronunció y se alejó.

Deborah comprendió lo que había querido expresar con esas palabras y lo aceptó; caminó tras él en silencio; le dio un último vistazo a la casa, despidiéndose de esta; y después, subió.

Cuando iban a mitad del trayecto, sintió que su teléfono vibraba. Lo llevaba en el bolsillo de su abrigo; pensó que tal vez sería Gonzalo, para avisarle que ya estaba camino al aeropuerto.

Lo sacó, para responder, pero antes de hacerlo, vio el nombre de Diego reflejado en la pantalla; su cuerpo se llenó de nervios y se tensó de inmediato. Se había paralizado mientras el aparato seguía vibrando.

De pronto, una lluvia de imágenes de lo ocurrido la noche antes, llegó hasta ella, haciéndola estremecer y casi sollozar. Con rapidez, bajó la ventanilla; miró una última vez el teléfono y lo lanzó con fuerza hacia los árboles que bordeaban el camino; para que se perdiera entre la densa vegetación.

Maurice había alcanzado a ver el nombre de la persona que llamaba; eso, al instante, lo hizo tensarse; y la rabia resurgió en él. Pensó que Deborah le había mentado, cuando le dijo que nunca más vería a Diego Cáceres.

Se volvió a mirar por la ventanilla, tomando la resolución de acompañarla hasta Santa Bárbara; y al llegar allí, la dejaría sola, para que ella hiciera lo que quisiera con su vida.

Pero ese gesto de lanzar el teléfono por la ventana, le valió más que todas las palabras que pudiera decirle para justificarse. A veces las acciones contaban más.

Llegaron al aeropuerto y se dirigieron hasta los cubículos de la aerolínea, para chequear su equipaje. La mujer que los atendió, les preguntó si viajaban juntos.

Deborah no supo qué responder; pero Maurice, que había visto el peso de su maleta y el semblante de la empleada, supo por qué lo preguntaba y le dijo que sí.

Deborah se había pasado del peso permitido, nuevamente; no estaba acostumbrada a esas cosas. La trabajadora les entregó sus boletos y los despidió con una sonrisa, para atender al siguiente.

—Te juro que solo escogí lo necesario, ese peso está malo. —Se defendió, cuando él la miró con reproche.

—Lo necesario para ti: diez pares de zapatos, quince vestidos, y docenas de blusas, faldas y pantalones; eso sin contar las joyas, maquillajes y perfumes.

Ella estaba por responder en su defensa, cuando vio que Gonzalo se acercaba, acompañado de Rebecca.

—Hola, Debbie. —Él la saludó dándole un beso en la mejilla; y se movió, para mirarla a los ojos—. ¿Cómo estás?

—Hola..., bien... Ya chequeamos el equipaje —respondió, sin saber que más decirle.

Era difícil hablar con él, teniendo a Maurice y a Rebecca cerca; aunque suponía que ya ella estaba al tanto de que eran hermanos, porque no la miraba como si quisiera asesinarla.

—Hola, Deborah. —Rebecca usó un tono amable, aunque se sentía rara en esa situación.

—Hola, Rebecca. —Le respondió el saludo, y después de eso, un pesado silencio se apoderó de los cuatro.

—Voy por algo de tomar, ¿deseas que te traiga algo? —Le preguntó Maurice a Deborah, para aligerar el ambiente.

—Sí, por favor..., una botella de agua —pidió, sonriéndole; él siempre sabía cuándo necesitaba ser salvada.

—Yo iré contigo, Maurice; también muero de sed —dijo Rebecca, para dejarlos solos.

—Toma, Becca; tráeme una a mí también, por favor. —Gonzalo se llevó una mano a la chaqueta, sacó un billete de diez dólares y se lo dio.

—Bien, regreso al rato. —Lo miró a los ojos antes de alejarse. Gonzalo le estaba agradeciendo el gesto.

—Parece que todos estamos sedientos —acotó Deborah, comprendiendo cuán evidente habían sido todos.

—Así parece..., pero cuéntame, ¿por qué esta decisión tan repentina? ¿Por qué irse tan pronto? —preguntó, mirándola a los ojos.

—Tengo que irme de este lugar. No puedo quedarme; no puedo ver a Dominic a los ojos... Estaba desesperada y Maurice me ofreció que podía irme con él a Santa Bárbara.

—Entonces, ¿se arreglaron las cosas entre ustedes?

—No, no hemos arreglado nada... Bueno, al menos no de la forma en que yo quisiera. Él solo se ofreció a ayudarme; me dijo que, por el momento, lo único que podía ofrecermelo, era su amistad... Que no esperara nada más —mencionó, y la voz se le quebró, al recordar eso y el último beso que le dio.

Ella bajó la cabeza, sintiéndose vencida, pero Gonzalo le elevó la barbilla con un dedo; y luego, tomó su rostro con ambas manos, para asegurar que ella lo mirara a los ojos.

—Deborah... Las cosas que hacemos, siempre tienen consecuencias; tú sabías eso y aun así, continuaste como si nada con tus planes. Maurice está poniendo mucho de su parte; otro hombre en su lugar, no te hubiese mirado nunca más... Si él te dijo que sería tu amigo, aprovecha esa oportunidad y haz que valga. Esfuérzate, hazle ver que puedes ser mejor; demuéstrole que lo amas y reconquistalo... Él lo merece. Merece que luches por él, que lo apoyes y lo cuides, como me dijiste que él lo ha hecho por ti siempre. Se merece eso y más, Debbie —explicó, era poco lo que conocía de la relación de ellos, pero lo que sabía, le bastaba para ponerse del lado del chofer; aunque Deborah fuese su hermana.

Ella asintió; y luego de eso, siguieron hablando de lo que haría al llegar a Santa Bárbara. Le contó que cambiaría de línea telefónica y que en cuanto tuviera un número, lo llamaría para dárselo; de todas formas, le pasó el de Maurice, para que pudiera comunicarse con ella.

Cuando escucharon el llamado de su vuelo, Gonzalo se acercó a Deborah y la abrazó con mucha fuerza, queriendo llenarla de fortaleza, para la nueva vida que debía afrontar; no era fácil tomar una decisión como la que ella había tomado.

—Prométeme que vas a cuidarte mucho, que no vas a hacer ninguna tontería y que vas a ser paciente con él. —Le susurró al oído, mientras mantenían el abrazo.

—Lo prometo... Y tú, prométeme que vas a buscar otra novia... —dijo, queriendo jugarle una broma.

—Deborah. —Le advirtió, mirándola a los ojos.

—Es broma. —Le aclaró, con una sonrisa brillante y divertida—. Solo espero que te haga feliz..., o esa arpía se las verá conmigo —dijo, sonriendo; y de pronto, sintió ganas de llorar—. Prométeme que irás a verme —pidió, con la voz ronca.

—Te lo prometo. En cuanto pueda iré a visitarte. —Le limpió las lágrimas con los pulgares y le dio un beso en la frente—. ¡Maurice! —llamó al rubio; tomó la mano de Deborah y se la ofreció, cuando lo vio acercarse—. Cuidala.

Maurice asintió, recibiendo la mano; la sostuvo con fuerza, para hacerla sentir segura pero también con amabilidad, para que supiera que la cuidaría.

La miró a los ojos, sus labios no sonreían, pero su mirada brillaba. Estaba feliz.

Después de eso, se alejaron, con la esperanza de tener una nueva vida. Aunque de momento no fuese juntos, lo que importaba era que sus corazones, ya habían apostado todo a ese juego; solo esperaban ganar, esta vez.

15 días después

La hermosa propiedad con vista al Océano Pacífico, se mostraba en todo su esplendor, ante los maravillados ojos azules de Deborah, quien sentía que estaba frente a un sueño.

Desde que la vio por internet, quedó enamorada de ella; y el sentimiento crecía en ese momento, cuando podía recorrerla y conocerla mejor.

Era amplia, moderna, llena de luz; sencillamente, perfecta. A medida que caminaba por el lugar, se imaginaba sentada junto a Maurice en el sofá, abrazados o recostados uno sobre el otro, con las puertas de la terraza abierta, para que la brisa entrara.

Quería poder disfrutar del olor del océano todo el día.

El precio en un principio le pareció muy elevado, y no era sencillo desprenderse de la suma de siete millones de dólares.

Recordó que no debía ser impulsiva a la hora de comprar; ese era uno de los principios básico de todo economista. Así que buscó otras opciones, pero ninguna de las que vio, terminaba de llenar sus expectativas.

Por lo que concertó una cita con la agencia de bienes raíces y pidió verla; solo así tomaría una decisión.

—Suba conmigo, le mostraré la habitación principal y las otras dos recámaras que están en el piso superior —mencionó la mujer de la inmobiliaria, sacándola de sus pensamientos.

—Por supuesto —dijo Deborah, con una sonrisa.

Cuando entraron a la recámara principal, se quedó alucinada ante la hermosa vista; la pared frontal, era toda de cristal y daba a una pequeña terraza, que solo se podía divisar cuando se miraba de cerca, porque estaba hecha también en cristal.

Miró la amplia cama, ubicada al fondo del lugar, desde donde tenía una vista privilegiada; y al instante, se imaginó cuánto disfrutaría compartirla junto a Maurice; sonrió, llena de emoción.

—La quiero..., voy a quedarme con ella —expresó, entusiasmada; ya no necesitaba nada más para decidirlo.

Salió junto a la mujer, quien se encontraba tan feliz como ella, por haber hecho la venta; le dio más detalles, diciéndole que la zona de *Fernald Point Lane*, era bastante tranquila, céntrica y cada vecino respetaba el espacio del otro; por lo que era ideal para tener una vida en solitario, en pareja o hasta formar una familia.

Después de pasar por la oficina de bienes raíces y llenar algunos formularios; se dirigió hasta el hotel donde se estaba hospedando. Estaba loca por contarle a Maurice, que al fin había conseguido la casa de sus sueños.

Él seguía mostrándose distante, a veces la acompañaba a cenar, pero nunca subía a su habitación, siempre se despedían en el «lobby» y solo con un casto beso en la mejilla, lo que a veces la hacía sentir frustrada.

No estaba esperando que tuvieran sexo; aún seguía un poco perturbada por lo sucedido con Diego. Casi a diario despertaba en la madrugada, bañada en sudor, con el cuerpo tenso y llorando.

Sabía que debía superar lo ocurrido, antes de acostarse de nuevo con Maurice, porque él podía terminar dándose cuenta de que algo le había pasado y que ella se lo ocultaba.

20 días después

Deborah había cerrado el contrato de venta, no le mencionó nada a Maurice hasta que tuvo el título de propiedad en sus manos; le había costado mucho no contarle, pero él casi había comenzado entrenamiento en tierra.

Pasaba todo el día en la petrolera y se veían solo un par de veces a la semana.

Sin embargo, era sábado y ella le había suplicado que hiciera tiempo, porque deseaba mostrarle algo. Tomaron un taxi en el hotel. Deborah le dio la dirección al chofer, y cuando llegaron, bajó, mostrando una radiante sonrisa, al sacar la llave de su bolso.

—¿De quién es este lugar? —preguntó Maurice, intrigado; aunque sospechaba algo, no podía creer que fuese cierto.

—Nuestra casa. Bienvenido —pronunció, abriendo la puerta, para invitarlo a pasar, mientras le sonreía.

—¿Nuestra? —inquirió, con el ceño fruncido—. Querrás decir tuya, Deborah —dijo, sin pasar del umbral.

—Maurice, yo... —intentó decir algo más, pero su comentario, le había arrebatado toda la alegría.

—Quedamos en un acuerdo, Deborah... Solo seríamos amigos. —Le recordó, mirándola a los ojos.

—Lo sé..., es solo que ya no quiero seguir en el hotel; me la paso aburrida en esa habitación, sola y sin nadie con quien hablar; además, no pudo seguir quitándole tiempo a Janeth, ella tiene otras cosas que atender —decía, sintiéndose desesperada.

—Bien, ¿entonces por qué no buscas un trabajo? Tienes un excelente currículum; estoy seguro que, si te lo propones, puedes conseguir algo que te guste —indicó, sin animarse a entrar.

—También estuve pensando en eso. He tenido varias ideas, pero necesitaba tener un lugar donde establecerme primero.

—¿Uno como este? —Paseó su mirada por el lugar. Desde donde se encontraba, podía deducir que era muy lujoso.

—Me encantó desde que la vi, es hermosa..., pero si no mueves tus pies y entras, no vas a poder verla... ¡Ven! Aquí nadie muerde —dijo, tomándolo del brazo para hacerlo entrar.

Maurice debía admitir, que el lugar era impresionante. Las vistas al océano, podían dejar sin aliento a cualquier. Todo era muy parecido a Deborah: elegante, hermoso y minimalista.

—Tiene cinco habitaciones, tres arriba y dos en la planta baja. Como ves, es muy grande... Por eso pensé, que podrías quedarte aquí, cuando estuvieras en tierra. El otro día me dijiste, que eran veinte días en la plataforma al mes, y diez libres. Así que esos los puedes pasar aquí... Tendrás una habitación para ti, si lo deseas.

Deborah se estaba jugando todas las cartas, sabía que una vez que lo tuviera allí, le resultaría más fácil reconquistarlo; solo necesitaba que él aceptase, y después, pondría en marcha la otra parte del plan, que había ideado con Janeth.

—Ven, te enseñaré las alcobas, para que te animes. —Lo tomó de la mano y lo llevó hacia las escaleras.

Maurice no quería hacerla sentir rechazada ni robarle la emoción que veía en ella, pero iba a tener que decirle, que no se quedaría en ese lugar.

La petrolera ponía a su disposición una casa, compartida con otros estudiantes, cerca de los campus; para que tuvieran fácil acceso a todo el complejo.

—Deborah..., la casa es hermosa y me alegro mucho que hayas dado este paso, pero yo... no puedo venir a vivir aquí —dijo, antes de que ella abriera la puerta de la habitación.

—¿Por qué no? —cuestionó, mirándolo a los ojos.

—Sabes muy bien por qué. Prometiste que me darías tiempo... y solo han pasado veinte días. Además, la empresa nos ofrece hospedaje; no es necesario siquiera que salga del complejo. Mudarme hasta aquí, significaría tener que trasladarme...

—Estudiaste a dos horas y media de Nueva Orleans, nunca te quejaste por tener que trasladarte... —insistió. Sabía que no sería sencillo convencerlo, pero tampoco se dejaría derrotar.

—Tú no lo entiendes, así que será mejor que me vaya.

Se alejó por el pasillo, tenía que salir de ese lugar antes de que su voluntad fuera vencida por el deseo que sentía por ella.

—Maurice... ¡Espera! —Deborah corrió tras él—. ¿Qué es lo que no entiendo? ¿Que ya no me quieres? ¿Que ni siquiera me deseas como antes...? ¿Es eso lo que tengo que entender? —cuestionó, sujetándolo por el brazo.

—Lo que no entiendes es, que necesito tiempo —lanzó, tomándola por los hombros y pegándola a la pared—. ¿Crees que es fácil para mí, Deborah? ¿Crees que no me muero por llevarte a esa habitación y hacerte el amor hasta quedarme sin fuerzas? —preguntó, mirándola a los ojos, sintiéndose furioso con ella.

—Si es lo que deseas, ¿por qué no lo haces? ¿Por qué no dejas de lado el maldito orgullo y me perdonas? —inquirió, con las lágrimas a punto de desbordarla.

—Porque no se trata de orgullo, sino de dignidad.

Después de decir eso, la soltó; la dejó allí y salió de ese lugar; reprimiendo una vez más, sus deseos de estar con ella, de vivirla a plenitud y decirle que la amaba.

Mientras el recuerdo de su traición con Diego Cáceres y todo lo que había hecho con él, estuviera latente en su memoria, no podía entregarle el corazón; temía que ella lo lastimara de nuevo.

24 días después

Deborah se encontraba en el espacio que había habilitado para crear su oficina; como lo que le sobraba era tiempo, ya tenía listo el nuevo proyecto en el cual se embarcaría.

Ofrecería asesoría a varias empresas, no se limitaría a una sola ni trabajaría con compañías que fueran competencia. Ofrecería sus conocimientos, creando estrategias que las ayudaran a crecer, a innovar; justo como había hecho con empresas Wallis.

Se había creado una página web, había pagado publicidad en varios blogs y sitios relacionados con el tema; solo esperaba que, dentro de poco, empezaran a escribirles personas interesadas en sus servicios.

Lamentaba no haber logrado cambiarse de nombre; podía hacerlo, pero perdería todo lo que había hecho como Deborah Wallis; sus estudios, su experiencia empresarial, todo.

Así que no le quedó más remedio que mantener el apellido de Dominic. Se encontraba concentrada, leyendo una revista sobre finanzas, cuando escuchó que llamaban al timbre.

Le extrañó, porque muy pocas personas conocían su dirección; el único en la ciudad que podía visitarla, era Maurice, pero este se encontraba ya en la plataforma; y desde su última discusión, no había regresado.

Mientras caminaba hacia la entrada, no podía evitar que los nervios se apoderaran de ella y le encogieran el estómago. Después de todo lo que había hecho y de las personas con las que se relacionó, aunque fuera de manera indirecta; no conseguía alejar de ella esa tensión.

Por algo decían, que quien tiene cuentas pendientes, nunca vive en paz. Apretó el botón del intercomunicador y habló.

—¿Hola?

—Hola, he venido a verte.

—¡Gonzalo! —pronunció, emocionada y salió casi corriendo, después de activar el mecanismo del garaje.

Vio entrar la imponente camioneta, aunque esta no era negra, sino roja. Se fijó en que era de alquiler, por la placa.

Él bajó y ella caminó de prisa, para darle un abrazo; hablaban muy seguido, pero lo había extrañado demasiado.

—¿Por qué no me avisaste que vendrías? —preguntó, abrazándolo; después le dio un beso en la mejilla.

—Quería darte la sorpresa —respondió, apretándola con fuerza, para elevarla un poco—. Te he traído un regalo.

Caminó hasta la segunda cabina de la camioneta y sacó una caja marrón, con un bello lazo rojo en la parte de arriba. No era muy grande, pero parecía que Gonzalo apenas podía sostenerla.

—¿Qué es? —preguntó, con curiosidad.

—Abrela —dijo, tratando de mantenerla derecha.

Deborah movió las solapas, que no estaban selladas; sus ojos se llenaron de sorpresa, cuando vio a un hermoso y peludo cachorro Golden Retriever, quien permanecía muy quieto, pero sus pequeños ojos oscuros, la miraban con curiosidad.

—¡Me has traído un perro! —expresó, con más asombro que emoción. Ella nunca había tenido uno, por lo que no sabría cómo cuidarlo.

—Me dijiste que te sentías sola, así que pensé que sería un buen compañero —mencionó, removiendo el cabello casi blanco del animal, el que con el tiempo, se pondría dorado.

—Sí..., te lo dije, pero... ¿Un perro? —cuestionó, tomándolo entre sus manos—. ¿Cómo voy a hacer para cuidarlo? Nunca he tenido mascotas, Gonzalo —decía, intentando mantener quiero al cachorro, que se removía, buscando pasarle la lengua por el rostro.

—Siempre hay una primera vez para todo, además, creo que le caíste bien; mira como está. ¡Esto fue amor a primera vista!

—Sí, muy gracioso —mencionó, mirándolo con reproche; pero cuando miró mejor al cachorro, le produjo algo de ternura. Era muy chiquito y no merecía desprecios

—. ¿Cómo se llama?

—No tiene nombre, aún. Nació hace poco y estaba en un centro, donde los dan en adopción —respondió, caminando con ella al interior de la casa—. ¡Así que este es tu nuevo hogar! Es muy bonito; al menos las vistas justifican los siete millones que pagaste —dijo, al entrar al salón y ser impresionado por el paisaje frente a sus ojos; era realmente hermoso.

—Sí, es mi nueva casa... No puedo llamarla hogar, todavía; un hogar no lo hace una sola persona —acotó Deborah, dejando al animal en la alfombra—. Espero que no la orine.

—Tienes que disciplinarlo... Si quieres, puedo llevarte ahora a una tienda de mascotas, para que le compres todo lo que necesite. Le traje alimento y tiene todas las vacunas ya, pero necesitará un lugar donde dormir... A menos que dejes que lo haga en tu cama.

—¡Ni loca! Seguro despertaría toda baboseada de perro —mencionó, mostrando una mueca de terror.

Gonzalo soltó una carcajada y le rodeó los hombros con el brazo; caminaron hasta la terraza, para conversar y ponerse al día; después de alimentar al perro claro, pues ya comenzaba a mostrar su carácter.

—¿Cómo van las cosas con Rebecca? —Le preguntó, sintiéndose en verdad interesada, aunque lo veía contento.

—Bien, tuve que regresar a Filadelfia para hablar con mi jefe y pedirle que me extendiera el permiso un mes más. No fue fácil, pero terminé consiguiéndolo; también fui, porque necesitaba hablar con alguien en la Penn. Quiero conseguir una beca para que Rebecca pueda estudiar Arte; tengo todos los requisitos, solo me falta una carta de recomendación, por parte de un ex alumno.

—Yo podría ayudarte con eso, me gradué con honores allí, aunque no de la facultad de Artes; de todas formas, imagino que si escribo una carta, recomendándola, será más sencillo de que pueda acceder —dijo, dándole un sorbo al té que bebía.

—¿Harías eso por ella? —preguntó, asombrado y emocionado.

—No. Lo haría por ti —acotó Deborah, pero al ver que el semblante de Gonzalo se tensaba, dejó escapar un suspiro de resignación—. Sí, también lo haría por ella... Merece cumplir sus sueños de estudiar, y tiene talento. En la escuela, los profesores se lo decían todo el tiempo, y no es justo que los años pasen y ella lo pierda tras la barra de ese restaurante.

Gonzalo se la quedó mirando un rato, en silencio; tratando de deducir si ese cambio en Deborah era verdad, o estaba solo fingiendo, para complacerlo.

guardado, casi una fortuna le había costado, pero no le importó, porque a verlo supo que sería perfecto para ella.

—¿Quieres casarte conmigo? —preguntó con un nudo de lágrimas y nervios en la garganta.

—Déjame pensarlo... —dijo y lo vio palidecer—. ¡Es broma! —acotó enseguida mientras reía—. Sí, sí quiero casarme contigo y ser tuya para siempre... para siempre Maurice.

Le rodeó el cuello con los brazos al tiempo que le ofrecía sus labios y lo miraba como si fuese el mejor regalo que el cielo había enviado para ella. Se sintió en medio de una nube cuando Maurice la besó con esa ternura que solo él podía entregarle, la que ningún otro hombre pudo ofrecerle, porque no existía en el mundo otro que la amase como la amaba él.

—Te amo —susurraron al mismo tiempo y sonrieron.

Ninguno de los dos había notado que eran el centro de todas las miradas, solo fueron consciente de ello cuando escucharon la lluvia de aplausos que siguió a ese momento tan especial en el que se prometieron ser el uno del otro para siempre.

Janeth corrió hasta ella y la abrazó con fuerza, las dos lloraban y reían, como si fuesen un par de adolescentes. Después de ella siguió Gonzalo quien la apretó con fuerza y la elevó unos centímetros del suelo, llenándole de besos la mejilla.

—Soy tan feliz —expresó Deborah en medio de lágrimas.

—Yo también —dijo él mirándola a los ojos.

Después se abrazaron de nuevo, llevando en sus corazones ese sentimiento que los había ayudado a superar años de pena, dolor, odio y desprecio. Caminaron hasta esas dos personas que habían escogido para compartir sus vidas, ofreciéndoles más que sus manos en ese gesto, ofreciéndoles todo de ellos.

Dominic se había enterado de la presencia de Deborah en Nueva Orleans, de inmediato buscó la manera de ponerse en contacto con ella, preguntó en cada hotel, pero nadie parecía saber dónde se estaba quedando. Al fin obtuvo la información que deseaba, ella había regresado para asistir a la boda de ese hombre, de su medio hermano.

Llegó hasta el lugar dispuesto a recuperarla, le pediría perdón y le prometería que si regresaba las cosas cambiarían, haría lo que fuese necesario para demostrarle que podía ser el mejor padre del mundo. Pero al llegar allí se encontró con esa escena entre ella y Maurice, hacía tantos años que no la veía sonreír de esa manera, que la veía tan feliz y hermosa.

Se quedó parado solo mirándola, temiendo que fuese a desaparecer o que su presencia allí fuera arruinar esa felicidad que irradiaba, así que, guardándose esa imagen para siempre, se dio la vuelta y se alejó, sin decirle nada; después de todo ella tenía razón, siempre fue un cobarde.

Deborah ignorante de su presencia allí, siguió disfrutando de la fiesta, esta vez con mayores motivos para celebrar y ser feliz. Bailaba junto a Maurice, se besaban y se abrazaban sin temor de los comentarios que sus muestras de amor pudieran suscitar, ya no le importaba, ni se cohibía, solo quería ser libre de expresar sus sentimientos.

En cuanto los novios abandonaron la fiesta, también se escabulló con Maurice, estaban desesperados por estar juntos; Sin embargo, se sentía algo nerviosa de ir hasta la casa de él, temía que Dominic o Diego se presentaran allí y les hicieran daño.

Aunque Janeth le había asegurado que el jardinero ya no encontraba en la ciudad, y que dudaba mucho que su padre fuese tan imbécil como empeorar las cosas con ella, no podía liberarse de esa zozobra, pero cuando llegó a ese lugar y él cerró la puerta tras ellos, fue como si todo el mundo desapareciera.

—¡Dios! Estoy tan ansiosa... tan excitada que siento que tendré un orgasmo en cuanto te tenga dentro de mí —expresó mirándolo a los ojos y succionándole los labios.

—Nada de eso Debbie, está noche te quiero despierta... —esbozó deslizado sus manos por la suave espalda de ella.

Subió buscando el broche que sostenía el vestido en su cuello y lo soltó dejándolo caer a sus pies, la imagen de ella llevando solo un delicado panty negro, hizo que su erección casi se convirtiera en un pilar de granito y humedeciera su ropa interior.

—¿Por qué dices eso? —preguntó intrigada, mientras le sacaba la corbata y la lanzaba lejos.

—Porque cada vez que tienes un orgasmo quedas como en un estado de letargo, y esta noche no quiero eso... quiero que me entregues todas esas ansias acumuladas. Yo tengo muchas, demasiadas, diría —pronunció tomándola en brazos y la llevó hasta la habitación.

Se tendieron en la cama, mirándose por un par de minutos, expresando sin palabras lo que sentía, Maurice quiso hacer algo más y fue descendiendo por el cuerpo de Deborah, adorándolo con sus manos, con sus labios, dejando caer besos en cada espacio de piel y dejando que lengua después le brindara una suave caricia, arrancándole gemidos.

Deborah sentía que el deseo dentro de ella era demasiado intenso, como nunca antes lo había percibido, poderoso, sublime y la estaba elevando a cada segundo. Se aferró a él con sus piernas cuando sintió que fundía su boca en su intimidad, provocando que algo estallara dentro de su pecho, haciendo que la sangre en sus venas cantada de felicidad, de éxtasis.

Él estaba muriéndose por estar dentro de Deborah, pero quería hacer eso despacio, quería disfrutar de estar allí, de tenerla de esa manera. Le apretaba los senos con sus manos, mientras su lengua y sus labios hacían fiesta en ese rincón por el cual deliraba, sintiéndola temblar, escuchándola gemir, viendo como el placer se reflejaba en su rostro.

—¡Maurice! —exclamó en medio de un jadeo—. ¡Cielo santo! ¡Maurice, mi amor! ¡Mi amor! —expresaba sintiendo como todo su cuerpo se tensaba y luego se desvanecía en medio de tanto placer, tanto que terminó sollozando—. Ven aquí... abrázame —pidió mirándolo a los ojos y le extendió los brazos.

Maurice lo hizo de inmediato, sintiendo como el pecho se le hinchaba de emoción al verla así, y saber que había sido él quien desató todas esas emociones en Deborah. Se puso sobre su cuerpo, acariciando su desnudez con la suya, disfrutando del roce de sus pieles, del calor y el sudor que brotaba de ellas.

—Hazme tu mujer... hazme tuya —expresó mirándolo a los ojos, besándolo, acariciándolo, deseando comprobar que eso era verdad, que él estaba allí con ella, amándola.

Esas palabras fueron como un dejavú para Maurice, el recuerdo de la primera vez que la tuvo así llenó tan nítido, que volvía a sentir lo mismo que en la fiesta, como si el tiempo hubiese retrocedido y tenía entre sus brazos a su hermosa niña.

El espacio estalló en colores y emociones cuando sus cuerpos se unieron, había tanto amor en ese encuentro que Deborah no recordó ningún otro, era como si todos hubiesen desaparecido, incluso aquella que durante tantas noches la atormentó, Maurice era capaz de alejarlos todos, de librarla de sus miedos y salvarla.

Las sensaciones cobraron intensidad cada vez que él se movía llegando muy dentro de ella, creando esa unión que era perfecta, única. Se aferró a la fuerte espalda de su futuro esposo justo cuando sentía que empezaba a volar, buscó sus labios y lo besó para hacer que se fuera con ella, quería estar en lo más alto junto a él, solo con él.

—Maurice... Maurice —susurraba en medio de lágrimas, sin poder contener las poderosas emociones que la atravesaban.

Él se movió para quedar de espalda y ponerla sobre su cuerpo, liberándola de su peso, había pasado más de dos meses sin desahogarse en el cuerpo de una mujer, y eso inevitablemente le pasó la cuenta, se había vaciado por completo, sintiendo que una parte de él se quedaba dentro de Deborah y no hablaba de si simiente, era algo más, algo espiritual.

Ella había sentido lo mismo en esa entrega y por solo se abrazaba a él, llorando como si cada lágrima que dejaba correr, la fuese liberando de culpas, de dudas, de miedos. Estaba dejando salir todo eso y a cambio, recibía certeza, valentía, fortaleza, amor, felicidad; todo de manos de Maurice.

—Te amo... Deborah —susurró acariciándola, dejando que las lágrimas que derramaba, se perdiese en la piel de ella.

—Te amo, te amo Maurice —expresó aferrada a él.

Nunca antes se habían sentido tan libres como lo eran en ese momento, abrazos aun sin poder creer que esa era su realidad, que al fin podrían tener el amor que alguna vez soñaron.

Poco a poco fue saliendo del profundo sueño en cual había caído después de celebrar la inauguración de su negocio, el calor de los cuerpos de las dos pelinegras que dormían desnudas a su lado, lo hacían sentir sofocado, necesitaba ponerse de pie y prepararse para un nuevo día. Con cuidado comenzó a moverse, no quería despertarlas porque con el dolor que cabeza que tenía lo último que deseaba era escuchar sus voces chillonas, parecía que tanta silicona les afectaba las cuerdas vocales.

Caminó hasta el baño mostrando su cuerpo desnudo musculoso, dorado por los días que había pasado en la playa y con los tatuajes. Había bajado algunas libras con el despecho, pero ya se encontraba en forma de nuevo, se pasó la mano por el pecho y la sensación que pudo dura su tetilla izquierda trajo un recuerdo hasta su memoria, pero lo rechazó de inmediato.

—Ahora te la pasarás admirándote en el espejo durante horas, como los galanes de cine —pronunció con sorna, mirándolo.

—¿Qué haces tan temprano aquí, Lobo? —preguntó Diego, enfocando sus ojos marrones en el reflejo del espejo que mostraba a su mentor, y ahora socio.

—¿Temprano? Son las doce del mediodía Lobito, debemos preparar todo para esta noche, aprovechemos que la inauguración nos puso en la cima y que todos quieren venir a tu club —mencionó con una sonrisa palmeándole el hombro—. Por cierto, deberías de dejar de cogerte a las bailarinas, sabes que no se debe mezclar el placer con los negocios.

—Si no me las cojo, cómo puedo recomendarlas —cuestionó sonriendo con picardía.

—Bueno, ese es buen punto... vamos, ve a vestirte. Tenemos trabajo que hacer, recuerda que yo volveré a Nueva York en dos semanas y tú quedarás solo a cargo de negocio —mencionó dándose la vuelta para salir de allí y caminar hasta la oficina.

Diego lo vio alejarse y miró de nuevo su reflejo, recordar la lección que había aprendido a la fuerza.

—No hay nada de malo en mezclar el placer con los negocios, lo jodido y estúpido, es mezclar con ambas el corazón —dijo en voz alta y salpicó de agua su reflejo.

Solo así volvería a ver lágrimas en sus ojos, solo de esa manera, porque hacía cinco meses se había jurado nunca más llorar por ninguna mujer.

Después de pasar un mes deambulando como un fantasma, sin encontrar consuelo en la bebida ni en los cuerpos de las mujeres con las cuales se acostó, para olvidarse de Deborah. Al fin lo había conseguido, ahora era un hombre empresario, dueño de su propio destino, ya no tendría que lamerle el culo a nadie por un salario, ni aguantar los regaños de su padre por un plato de comida, su vida había cambiado.

Al menos eso debía agradecerle a la heredera, al menos eso.

Tres meses y medio después

La boda de Deborah y Maurice se llevó a cabo frente al océano pacífico, teniendo como testigos solo a las personas que les importaban y que había estado junto a ellos en los mejores y los peores momentos de sus vidas.

Fue una ceremonia sencilla, pero muy hermosa, Janeth se había encargado de su mejor amiga luciera bellísima ese día, la ayudó a escoger el vestido y todo lo demás, preparar una boda en un mes fue todo un reto para la publicista, pero lo consiguió.

Todo salió perfecto, aunque ellos no tuvieron una luna de miel, como la mayoría de los recién casados, fueron felices quedándose allí durante cinco días, encerrados, haciendo el amor, haciendo planes de su futuro juntos, compartiendo esa felicidad que por primera vez era absoluta.

FIN